

La Gran Guerra

(1914-1918)

Álvaro Lozano

Marcial Pons **Historia**



Estudios
Maior

**MARCIAL PONS HISTORIA
CONSEJO EDITORIAL**

Antonio M. Bernal
Pablo Fernández Albaladejo
Eloy Fernández Clemente
Juan Pablo Fusi
José Luis García Delgado
Santos Juliá
Ramón Parada
Carlos Pascual del Pino
Manuel Pérez Ledesma
Juan Pimentel
Borja de Riquer
Pedro Ruiz Torres
Ramón Villares

LA GRAN GUERRA

(1914-1918)

ÁLVARO LOZANO

LA GRAN GUERRA

(1914-1918)

Marcial Pons Historia
2014

Las ilustraciones que aparecen en este libro pertenecen a los archivos privados del autor y de la editorial. El autor y el editor han hecho todo lo posible para cumplir las leyes vigentes sobre los derechos de autor de las fotografías y han pedido autorización para reproducirlas. Sin embargo, en algunos casos esto no ha sido posible, por tanto, se solicita a los poseedores de los derechos de autor que se pongan en contacto con el editor en caso de que quisiesen hacer alguna reclamación.

© Álvaro Lozano
© Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.
San Sotero, 6 - 28037 Madrid
☎ 91 304 33 03
edicioneshistoria@marcialpons.es
ISBN: 978-84-15963-33-2

Diseño de la cubierta: Manuel Estrada. Diseño Gráfico
Maquetación: Francisco Javier Rodríguez Albite

*Para Inés, que heredará este mundo
y lo convertirá en un lugar mejor.*

*«They ask me where I've been
And what I've done and seen.
But what can I reply
Who know it wasn't I,
But someone just like me,
Who went across the sea
And with my head and hands
Killed men in foreign lands...
Though I must bear the blame,
Because he wore my name».*

Wilfrid GIBSON, *Back*.

Índice

	<u>Pág.</u>
1. Introducción. Magnicidio para una guerra	13
2. La destrucción de la paz.....	45
3. La gran apuesta: 1914	91
4. Un drama nunca superado.....	147
5. Un juego de suma cero.....	175
6. El año de las batallas	223
7. Nuevas dimensiones.....	277
8. Frentes lejanos	339
9. España ante la guerra	397
10. Punto de ruptura.....	425
11. Hasta el último hombre	493
12. Año cero	539
13. La cultura de la guerra	563
14. «Entre Verdún y Dachau». Conclusión.....	585
15. Fuentes y bibliografía.....	605
16. Índice de mapas.....	619
17. Índice onomástico	621

1

Introducción Magnicidio para una guerra

«La guerra en 1914 era imposible pero probable».

Henri Bergson.

En el majestuoso edificio denominado Examinations Schools, en la universidad de Oxford, se encuentra un singular retrato del káiser Guillermo II de Alemania, ataviado con la toga de doctor honoris causa, que se le concedió en una solemne ceremonia celebrada en esa universidad en 1907. Siete años después de que el káiser recibiese orgulloso su rango académico, en junio de 1914, de un total de siete doctores investidos en Oxford, cinco eran alemanes. El duque de Sajonia Coburgo Gotha, el profesor Ludwig Mitteis, de la universidad de Leipzig, y el compositor Richard Strauss también recibieron sus rangos académicos en la ceremonia conmemorativa anual el 25 de junio. Asimismo, se celebraron convocatorias académicas especiales para conceder doctorados honoríficos al rey de Württemberg y al embajador alemán, el príncipe Karl Lichnowsky. Durante la celebración del banquete en honor de este último, el profesor Ludwig Mitteis aprovechó la ocasión para recordar a los allí reunidos que el bisabuelo del káiser, el rey Federico Guillermo de Prusia, también había recibido en su día un doctorado honorífico. Celebró la presencia de tantos estudiantes alemanes (58 estudiantes de ese país se habían matriculado en la universidad en los últimos diez años) y expresó la esperanza de que ambas naciones «se acercaran aún más», citando el deseo de Cecil Rhodes de que «toda la humanidad estaría mejor si los polos teutónicos se acercaran más y unieran sus manos con el propósito de llevar su civilización a regiones remotas»¹.

¹ Citado en R. COWLEY (ed.), *The Great War. Perspectives on the First World War*,

Tres días después de esa ceremonia conmemorativa, el archiduque Francisco Fernando de Austria era asesinado en la ciudad balcánica de Sarajevo. Tres meses más tarde, cuando la universidad reanudó sus actividades en octubre de 1914, muchos de los jóvenes ingleses y alemanes que habían participado en esos festejos se habían alistado en sus respectivos ejércitos y estaban dedicando su vida a matarse mutuamente. El Examinations Schools había sido convertido en un hospital. El número de estudiantes universitarios residentes en el campus de la universidad se había visto reducido a más de la mitad, de 3.097 a 1.387. Hacia 1918, esa cifra quedaría reducida a 369 estudiantes. Durante el período de vacaciones, más de mil estudiantes habían sido recomendados para diferentes destinos por un comité establecido bajo la dirección del vicescanciller y estaban sirviendo en el ejército. Hasta ese momento, sólo una docena había perdido la vida; la matanza de la primera batalla de Ypres se produciría una semana más tarde².

A finales de junio de 1914, casi nadie podía imaginar que la guerra era algo inminente. Europa entera se preparaba para disfrutar de un verano en un ambiente de optimismo económico. En un precioso día de verano en París se disputaba en Longchamps el Grand Prix, la prestigiosa carrera de caballos, con la destacada presencia de políticos y diplomáticos y la flor y nata de la alta sociedad francesa. El cielo estaba totalmente despejado. Más allá de los arreglos florales, de los cuidados campos de césped y de los amplios árboles, la gran ciudad de París resplandecía bajo el calor del incipiente verano. Era el domingo 28 de junio de 1914.

Ese fatídico día amaneció también caluroso y despejado sobre los Balcanes y nada hacía presagiar en Sarajevo que, horas más tarde, tendría lugar uno de los asesinatos políticos más decisivos de la historia, magnicidio que a la postre sería el detonante de un conflicto mundial. Para los serbios se trataba de un día muy especial, San Vitus (Vivovdan). En esa fecha se recordaba la batalla de Kosovo Polje («el campo de los mirlos») de 1389, en la que el reino medieval serbio del príncipe Lázaró había sido derrotado por los turcos. Para la historia serbia se iniciaba un largo período de sufrimiento bajo la opre-

Nueva York, 2003, p. 6. Salvo que se indique lo contrario, las traducciones de otros idiomas son obra del autor.

² Episodio narrado en M. HOWARD, *The Lessons of History*, Yale, 1989.

sión otomana, dominación que para los nacionalistas serbios era similar a la que ahora ejercía el Imperio austrohúngaro como sucesor del Imperio turco en los Balcanes.

Aquella jornada era también especial, pero por motivos muy diferentes, para el archiduque Francisco Fernando, heredero de la corona de Austria-Hungría, ya que celebraba el aniversario de su polémico matrimonio con Sofía Chotek. La pareja se encontraba en ese momento en Bosnia, asistiendo a las maniobras militares de verano y, una vez finalizadas éstas, tenía programada una visita a la vecina ciudad de Sarajevo, donde serían recibidos como altos dignatarios, algo impensable en Viena, puesto que la esposa del archiduque no era de sangre real. Sofía, embarazada de su cuarto hijo, podría, por fin, acompañar a su marido en el mismo automóvil en un acto oficial, algo que le era vedado en el estricto protocolo que se observaba en la capital del Imperio, Viena.

El 28 de junio también era un día señalado para siete jóvenes nacionalistas serbobosnios. Para ellos, la visita del archiduque el día de la festividad del patrón nacional de Serbia constituía una provocación en toda regla. De ahí que decidieran aprovechar la ocasión para atacar contra el archiduque, el representante y heredero del odiado Imperio, y el único escollo para lograr el sueño de la Gran Serbia, en la cual se integraría la mayoría de los eslavos del sur. Según las aspiraciones nacionalistas, la Gran Serbia debía anexionarse las provincias históricas de Bosnia y Herzegovina³.

En Belgrado se habían formado diversas sociedades secretas cuyo fin era conspirar para derribar el poder austrohúngaro, en particular en las provincias que Serbia deseaba anexionarse. Una de esas sociedades era la denominada Unión o Muerte, popularmente conocida como la Mano Negra. Su misión era conseguir, a través de actos terroristas contra personalidades y objetivos austriacos, la anexión de Bosnia a Serbia. Entre la lista de objetivos no se encontraba el emperador de Austria-Hungría, Francisco José, ya que su figura era ampliamente

³ Sobre el asesinato de Sarajevo las obras de referencia son V. DEDIJER, *La route de Sarajevo*, París, 1966; J. REMAK, *Sarajevo. The story of a political murder*, Nueva York, 1959; H. PAULI, *The Secret of Sarajevo. Franz Ferdinand, Sophie and the assassination that led to World War I*, Nueva York, 1965; L. CASSELS, *The Archduke and the assassin. Sarajevo, June 28th 1914*, Nueva York, 1984, y J. W. MASON, *The Dissolution of the Austro-Hungarian Empire. 1867-1918*, Londres, 1985.

respetada y la causa serbia no ganaría ninguna simpatía con su desaparición. Por el contrario, el heredero al trono, su sobrino Francisco Fernando constituía un objetivo tentador. En la Corte de Viena el archiduque no era muy popular. Por un lado, el emperador había negado al enlace matrimonial del archiduque otro carácter que el de morganático, lo que excluía a sus descendientes de la sucesión monárquica. Por otro, eran bien conocidos sus proyectos de conceder más derechos a los serbios del Imperio, poniéndoles en situación de igualdad con austriacos y húngaros en el sistema dual, vigente desde el *Ausgleich* o compromiso austrohúngaro de 1867⁴.

Atentar contra una figura favorable a los serbios parecía, a simple vista, una contradicción. Sin embargo, bastaba con que se aplicaran las ideas de Francisco Fernando para que fuera posible resolver el problema de la minoría serbia de Bosnia y para que, en consecuencia, se desvaneciese el sueño revolucionario de la Gran Serbia. Cuando se supo que el heredero al trono visitaría Sarajevo en junio de 1914, la Mano Negra decidió atentar contra él. Para ese fin, reclutó a siete jóvenes serbobosnios, evitando incorporar directamente a terroristas serbios para dejar a salvo a Serbia de toda responsabilidad. El entrenamiento y las armas para la misión provenían directamente de Serbia. La organización la Mano Negra estaba dirigida por el coronel Apis, cuya verdadera identidad era la del coronel Dragutin Dimitrevich, jefe de la inteligencia militar serbia. Los jóvenes, ligeramente entrenados, llegaron a Sarajevo el 3 de junio.

Las conexiones de la Mano Negra con el ejército y la administración serbia eran de sobra conocidas por casi todos los miembros del Gobierno de Belgrado. Cuando el primer ministro serbio, Nikola Pasic, tuvo noticias indirectas de lo que se tramaba, se encontró con un dilema de difícil solución. Si dejaba actuar a la Mano Negra y ésta llevaba a cabo su plan con éxito, las conexiones de los terroristas con el Gobierno serbio no tardarían en salir a la luz, lo que llevaría, sin duda, a un conflicto con Austria-Hungría. Por el contrario, si lo notificaba al Gobierno austriaco, sus compatriotas le considerarían un traidor y se convertiría en el siguiente objetivo de la organización terrorista o de cualquier otra. Finalmente, decidió informar al

⁴ S. R. WILLIAMSON, «Influence, power and the policy process: the case of Franz Ferdinand, 1906-1914», *Historical Journal*, núm. 17, 1974, pp. 417-434.

Gobierno de Viena en términos vagos, de forma que no inculpase directamente a la Mano Negra.

La persona elegida para trasladar el mensaje a las autoridades austriacas era el representante serbio en Viena, Jovan Jovanovic, un ardiente nacionalista que no era muy apreciado en el Ministerio de Asuntos Exteriores austriaco. Sin embargo, Jovanovic había cultivado una relación de amistad con el ministro de finanzas, Ritter von Bilinski. La misión no era sencilla, ya que no podía dar la impresión de que se estaba intentando intimidar a los austriacos hasta el punto de querer hacerles abandonar las proyectadas maniobras o la visita del heredero a Bosnia. El día 5 de junio, Jovanovic se entrevistó con Von Bilinski y le aconsejó que el archiduque renunciase a visitar Sarajevo y que las maniobras no se organizaran en Bosnia, y mucho menos en junio, por la celebración del Vivovdan. Von Bilinski, totalmente ajeno al sutil lenguaje diplomático, no se percató de la advertencia y se limitó a responder: «Esperemos que no ocurra nada»⁵.

Al regresar a su embajada, Jovanovic se limitó a comentar con un amigo que las autoridades austriacas no habían entendido el mensaje y dio el asunto por zanjado. La advertencia nunca fue transmitida a los oficiales de la seguridad austriaca; nadie fue detenido en Sarajevo. Europa se encontraba tan sólo a un paso de la guerra. Ese año, el archiduque Francisco Fernando había sido invitado por el gobernador de Bosnia, el general Oskar Poitorek, a las maniobras militares de verano que tendrían lugar a las afueras de Sarajevo. La seguridad para la visita dejaba mucho que desear. Al archiduque le desagradaba la presencia de miembros del servicio secreto en sus viajes y tampoco le gustaba que en sus desplazamientos un cordón policial le separase del pueblo. Edmund Gerde, jefe de la policía de Sarajevo, creía que existía un peligro real de que hubiera un atentado y solicitó que se reforzaran las medidas de seguridad. La respuesta que recibió de los responsables fue que estaba obsesionado con fantasmas.

Francisco Fernando llegó el 25 de junio a Tarcin, localidad próxima a Sarajevo. Su mujer se entretuvo unas horas en el centro. Su visita transcurrió sin novedad y es posible que comentara con su marido que no había nada que temer. Comenzaba así la última etapa

⁵ F. MORTON, *Thunder at twilight, Viena 1913-1914*, Cambridge Mass., 2001, pp. 249-264.

de su estancia en Bosnia y en tan sólo treinta horas tenían previsto estar de regreso en casa con sus hijos. La mañana del 28 junio, una vez finalizadas las maniobras, la comitiva se dirigió a Sarajevo. Allí les esperaba a las diez una recepción oficial en el Ayuntamiento y diversos actos, entre ellos la inauguración del museo local. Posteriormente, se dirigirían a almorzar con el general Poitorek en su residencia, e inmediatamente después emprenderían el regreso. La multitud aguardaba lo largo de la ruta para saludar a la pareja imperial. Entre la gente, y apostados en diversos lugares del trayecto, se encontraban los siete terroristas. El primero de ellos era un joven llamado Mehmedbasic, y a pocos pasos se encontraba su compañero, Cabrinovic.

Al acercarse la caravana, Mehmedbasic no actuó porque un policía le bloqueaba el espacio por donde pensaba lanzar su bomba, pero, al paso de la comitiva, Cabrinovic lanzó la suya hacia el vehículo del archiduque. Desde su asiento trasero, Francisco Fernando se percató del objeto que volaba en su dirección y levantó el brazo para alejarlo de su mujer, que se encontraba a su derecha, entre él y Cabrinovic. La bomba rebotó y fue a parar al suelo, donde estalló hiriendo a una docena de personas. El conductor del vehículo resultó herido leve, aunque la peor parte se la llevó el teniente coronel Erich von Merizzi, ayudante del general Poitorek, que fue herido en la cabeza. Entre tanto, el terrorista había ingerido el cianuro que llevaba y se había arrojado al río. Sin embargo, el veneno no hizo efecto; además, durante el verano el río Miljacka no tenía la profundidad suficiente para que una persona pudiera ahogarse. Unos minutos más tarde era detenido. La comitiva siguió su camino sin que ninguno de los otros terroristas se decidiese actuar, bien por falta de valor, bien porque pensaban que sus compañeros habían tenido éxito⁶.

Cuando los vehículos llegaron al Ayuntamiento, el archiduque estaba furioso y, dirigiéndose al alcalde, quien ya había iniciado el discurso de bienvenida, le increpó: «¡Señor alcalde, uno viene aquí de visita y es recibido con bombas! ¡Esto es un escándalo!». El alcalde, ignorante de cuanto había sucedido, prosiguió su discurso. Tras el discurso, y una vez serenados los ánimos, se planteó la decisión más importante: ¿qué plan debería seguirse el resto la jornada? Se discu-

⁶ A. LOZANO, «Magnicidio para una guerra», *La Aventura de la Historia*, núm. 45, 2002, pp. 26-31.

tió si no sería más prudente que el archiduque abandonase sin demora Sarajevo. Sin embargo, él se negó a que se alteraran los planes y solicitó únicamente que se incluyera en su agenda una visita al hospital donde se encontraban los heridos del atentado.

Antes de partir, el gobernador se dirigió al archiduque asegurándole que podía seguir su trayecto con toda tranquilidad, pues se habían redoblado las medidas de seguridad y los controles en toda la ciudad. A pesar de estas tranquilizadoras palabras, el archiduque pidió a su mujer que no le acompañase durante el resto la jornada y que abandonase Sarajevo, pero ella se negó. A las 10:45 de la mañana, los mismos vehículos se ponían en marcha. El automóvil del archiduque era conducido por un antiguo soldado llamado Leopold Sojka. A su lado se situó el general Potoirek. En la parte posterior, se sentaron Fernando y Sofía. Para mayor seguridad, el conde Frantisek Harrach, propietario del vehículo y amigo personal del archiduque, se apostó en el estribo por el lateral donde esa mañana había caído la bomba.

Los vehículos debían dirigirse al hospital siguiendo la avenida Appel, que bordea el río, sin adentrarse en las angostas callejuelas de la ciudad antigua. El cambio de planes serviría de medida de seguridad, ya que nadie les esperaba por esta avenida, y porque así se evitarían las calles más estrechas y concurridas. Sin embargo, ninguno de los conductores había sido informado de los cambios, por lo que pensaban seguir la ruta originalmente trazada, por la calle Francisco José en dirección al museo, para posteriormente dirigirse a la residencia del gobernador. El trabajo de alertar a los conductores sobre la ruta era responsabilidad del teniente coronel Merizzi, pero éste se encontraba herido en el hospital.

Mientras tanto, los terroristas se encontraban desconcertados. Sin ninguna certeza de que el archiduque fuese a seguir el itinerario previsto, se situaron en diversos puntos de la ruta. Uno de ellos, el estudiante de diecinueve años Gavrilo Princip, deprimido por la falta de suerte de su misión, decidió comer algo mientras reflexionaba sobre qué haría después. Se encaminó hacia la calle Francisco José, donde se detuvo para comprar un bocadillo en un establecimiento. Al salir, se encontró con un amigo cuando, justo en ese mismo instante, ignorando el cambio de itinerario, el conductor del primer automóvil de la comitiva estaba girando para adentrarse en la calle donde estaba. El general Potoirek se dio cuenta del error y le gritó para que rectificara: «¿Qué es esto? ¡Éste es el camino equivocado, se supone que

teníamos que seguir por la avenida Appel!». El conductor, sorprendido por los gritos del general, frenó en seco para dar marcha atrás. El automóvil se detuvo así a escasos pasos de Princip. La suerte estaba echada. Pocas veces en la historia un error ha tenido tales consecuencias. Princip se percató rápidamente de lo que estaba sucediendo. Apenas se lo podía creer: allí, a escasos metros se encontraba el archiduque, el odiado enemigo. No se lo pensó dos veces, sacó su pistola de bolsillo y realizó dos disparos sin apenas apuntar. El archiduque y su mujer fueron heridos de muerte. Potoirek, sin embargo, pensó que los terroristas habían vuelto a fallar y dio órdenes al conductor para que se dirigiera a toda prisa hacia la residencia del gobernador. Princip intentó suicidarse pegándose un tiro, pero un espectador lo impidió agarrándole del brazo. Momentos después, Princip estuvo a punto de ser linchado por la multitud⁷.

Mientras el vehículo aceleraba a través del puente Lateiner, un hilo de sangre salía por la boca del archiduque. Había sido alcanzado en el cuello y la bala le había perforado la yugular, alojándose en la columna vertebral. Su mujer exclamó: «¡Por Dios! ¿Qué te ha sucedido?». Y, acto seguido, se inclinó hacia delante. El general Potoirek pensó que se había desmayado e intentó ayudarla. Sin embargo, la duquesa Sofía también había sido mortalmente alcanzada en el abdomen. Agonizando, su marido alcanzó a pronunciar: «¡Querida Sofía, no te mueras, vive por nuestros hijos!». Pero la duquesa estaba muerta y unos minutos después también lo estaría el archiduque. Sus últimas palabras fueron: «No es nada, no es nada...»⁸. A las 11:30 de la mañana las campanas de Sarajevo comenzaron a doblar; los terroristas habían logrado su objetivo.

En todas las capitales de Europa la reacción al asesinato del heredero de la corona austriaca fue tibia, hasta el punto de la indiferencia. La enfermera y escritora pacifista inglesa Vera Brittain recordaría más tarde que no podía entender cómo una «bomba serbia arrojada al otro lado de Europa podía afectar a sus planes de asistir a la Universidad de Oxford aquel otoño»⁹. En un primer momento, parecía que nada iba a suceder tras el atentado; el asesinato en Sarajevo

⁷ C. CLARK, *The Sleepwalkers*, Londres, 2013, pp. 367-403.

⁸ V. GRONIN, *Paris on the eve, 1900-1914*, Nueva York, 1989, p. 434.

⁹ C. E. COOPER, *Behind the lines: One woman's war, 1914-1918*, Londres, 1982, pp. 21-22.

era algo distante, sin ninguna importancia. Al recibir la noticia en su central de Londres, la redacción de Reuters pensó que aquel mensaje urgente obedecía al resultado de una carrera de caballos con indicación de los vencedores: Sarajevo (1.º) Fernando (2.º) Asesinado (3.º). En Viena se celebró un discreto funeral para el heredero; el origen plebeyo de la duquesa impidió su entierro en la iglesia de los capuchinos, lugar reservado para la familia real de los Habsburgo. La pareja fue enterrada en el castillo de Arsttesten, propiedad de Francisco Fernando. Ninguno de los principales mandos militares, ni de las figuras políticas europeas, consideraron que el asesinato fuera un acontecimiento lo bastante relevante como para asistir al funeral o cancelar sus vacaciones estivales.

En Londres las reacciones fueron también de la más absoluta indiferencia. El académico norteamericano Charles Seymour concluyó que aquello era debido a que «pocos ingleses han oído hablar del archiduque y la mayoría es incapaz de situar la localidad de Sarajevo en un mapa»¹⁰. El antihéroe creado por el escritor checo Jaroslav Hasek en su obra *El buen soldado Schweik* reacciona ante la noticia del asesinato del archiduque señalando que él sólo conocía a dos Fernandos: uno que se había bebido por equivocación una botella de tinte para el pelo y otro que recogía estiércol. «Ninguno de los dos supondría una gran pérdida», añadía. El general ruso Alexei Brusilov, de vacaciones en Alemania, observó que la gente del balneario donde se encontraba «se había mostrado indiferente a los acontecimientos de Sarajevo»¹¹.

En Sarajevo, todos los terroristas, salvo uno, habían sido arrestados el 5 de julio. Dada la escasa simpatía que despertaba Francisco Fernando, la investigación se delegó a las autoridades de Sarajevo. Éstas únicamente pudieron establecer con claridad que las armas provenían de Serbia, pero nunca pudo probarse a ciencia cierta la complicidad del Gobierno de Belgrado. Eso no salvaría a Belgrado, cuyas aspiraciones hacia la Gran Serbia atentaban directamente contra la supervivencia misma del Imperio austrohúngaro¹².

¹⁰ Ch. SEYMOUR, *The Intimate papers of Colonel House*, vol. 1, Nueva York, 1926, p. 269.

¹¹ J. HASEK, *The Good Soldier Schweik*, Nueva York, 1963, p. 21, y A. BRUSILOV, *A Soldier's notebook, 1914-1918*, Westport, 1971, p. 4.

¹² Véase L. CASSELS, *The Archduke and the Assassin*, op. cit., pp. 63-161.

Esa tarde, en París, el presidente francés y su mujer se habían desplazado al Grand Prix en un elegante carruaje. La banda tocó al paso de la comitiva presidencial mientras se alzaban respetuosamente los sombreros de copa. Raymond Poincaré, con gesto serio, se sentó en la tribuna presidencial, dando la sensación de que en una reunión informal se había colado un adusto notario de provincias. Caminando a lo ancho y largo de la pradera, los hombres admiraban los caballos y juzgaban a las mujeres. Las mujeres también admiraban a los caballos y se miraban entre ellas, en particular sus vestidos. El célebre modisto Paul Poiret había decretado que los bustos fueran liberados y las piernas encadenadas, y sus seguidores se habían apresurado a obedecer la *ukase* del rey de la moda.

De pronto un respetuoso silencio se apoderó del lugar. Pocos minutos después de las cuatro de la tarde daba comienzo la más prestigiosa carrera del año, el Grand Prix parisino dotado con un premio de 16.000 libras en el que, como dato llamativo, no había un caballo inglés en condiciones de vencer. El favorito era Sardanapale, del barón Maurice de Rothschild, aunque Farina, del barón Edmond de Rothschild, también contaba con un buen número de seguidores.

Tan ociosa y, al mismo tiempo, tan ocupada se encontraba la muchedumbre que muy pocos se percataron de que, en un determinado momento, un edecán se dirigía discretamente al presidente de la República y le entregaba un telegrama de la agencia Havas. El edecán observó que, tras leer la misiva, el presidente palidecía. Después de meditar durante unos segundos, Poincaré, a su vez, le entregó el mensaje al conde Szecsen, embajador del Imperio austrohúngaro, murmurándole unas palabras inaudibles. Y, sin embargo, la noticia se extendió con gran rapidez: ¡El heredero de la casa de Habsburgo, el archiduque Francisco-Fernando, y su esposa acaban de ser asesinados en Sarajevo! Tras la conmoción inicial, el público recobró su interés por la carrera. Incluso el presidente Poincaré permaneció en el palco hasta el final de la carrera. Al cabo de unas horas, París recuperaba la normalidad de aquel cálido día veraniego.

A unos ochocientos kilómetros al Noroeste, en la bahía de Kiel, bajo una luz perlada de una tarde de verano gélida en el Báltico, el almirante Von Müller se apresuraba a bordo de la lancha *Hulda* en busca del yate imperial *Meteor*, que se encontraba disputando una regata en las islas danesas. Von Müller había recibido un mensaje codificado del cónsul general alemán en Sarajevo en el que se le infor-

maba del magnicidio. El propio káiser se encontraba al mando del timón. Cuando Von Müller hizo una señal para abordar, el káiser contestó con un saludo impaciente. El almirante gritó con fuerza contra el viento: «Traigo graves noticias». Introdujo el telegrama cifrado del cónsul alemán en Sarajevo en su caja de cigarrillos y se preparó para lanzarla al borde del yate. Sin embargo, el káiser insistió en escuchar las noticias de viva voz y ordenó que se abandonase la regata. A bordo del yate, un invitado austriaco que se encontraba mareado en su camarote se recuperó de forma repentina al escuchar la noticia. Entonces comenzaron unas angustiosas deliberaciones. Finalmente, Guillermo II decidió regresar a Berlín para «controlar la situación y preservar la paz de Europa»¹³.

En la villa imperial de Bad Ischl, el emperador Francisco José de Austria asimilaba la lúgubre noticia con la prontitud de aquel que, siendo ya anciano, se ha acostumbrado a los inopinados asuntos de la muerte. «¡Horrible, horrible!», señaló, y después, más animado, concluyó: «El Supremo no ha sido desafiado con impunidad. El orden que yo me vi incapaz de mantener ha sido restablecido por una voluntad superior»¹⁴. Sin duda estaba pensando en el matrimonio del archiduque con la condesa bohemia Sofía Chotek. La vieja dinastía era capaz de confundir las leyes secretas de la Casa de los Habsburgo, con los designios celestiales.

Baden es un pequeño y placentero balneario en las colinas de Viena donde flota un cierto olor a sulfuro. Las casas estilo Bierdermeir han mantenido cierto encanto desde los días en los que Beethoven residía allí durante la temporada estival, y en junio de 1914 los bosques se mostraban excepcionalmente frondosos. La ciudad se encontraba atestada de vieneses llegados, como era habitual, para la fiesta de San Pedro y San Pablo. Uno de ellos era un joven de treinta y tres años llamado Stefan Zweig, que descansaba tranquilamente en el Kurpark, leyendo un libro y escuchando la música de una banda:

«Hacia un tiempo espléndido; el cielo sin nubes se extendía sobre los grandes castaños y era un día para sentirse realmente feliz. Se acer-

¹³ Citado en D. FROMKIN, *Europe's last summer. Who started the Great War in 1914?*, Nueva York, 2004, p. 138.

¹⁴ Citado en M. FERRO, *La Gran Guerra, 1914-1918*, Madrid, 1998, p. 85.

caban las vacaciones para pequeños y mayores y, en aquella primera fiesta estival, los veraneantes, con el olvido de sus preocupaciones diarias, anticipaban en cierto modo la estación entera del aire radiante y el verdor intenso. Yo estaba sentado leyendo un libro, lo leía con atención e interés. Pero también era consciente del viento entre los árboles, de los trinos de los pájaros y de la música que llegaba a mis oídos desde el parque a oleadas [...] De repente la música paró en mitad de un compás. [...] Instintivamente levanté los ojos del libro. La multitud, que como una masa de colores claros paseaba entre los árboles, también daba la impresión de que había sufrido un cambio: de repente había detenido sus evoluciones. Algo debía haber sucedido. Me levanté y vi que los músicos abandonaban el quiosco de la orquesta. También eso era extraño, pues el concierto solía durar una hora o más. Algo debía haber causado aquella brusca interrupción; mientras me acercaba, observé que la gente se agolpaba en agitados grupos ante el quiosco de la música, alrededor de un comunicado que, evidentemente, acababan de colgar allí. Tal como supe al cabo de unos minutos, se trataba de un telegrama anunciando que Su Alteza Imperial, el heredero del trono y su esposa, que habían ido a Bosnia para unas maniobras militares, habían caído víctimas de un vil atentado político [...] Al cabo de dos horas ya no se observaba señal alguna de auténtica aflicción. La gente charlaba y reía, y por la noche la música volvió a sonar en todos los locales»¹⁵.

En Longchamps, Sardanapalo había vencido finalmente en una disputada carrera. Los afortunados ganadores recibieron dieciocho francos por una apuesta de cinco. El príncipe Von Bülow, antiguo canciller de Alemania, se encontraba en Berlín cuando sonó el teléfono. Al otro lado de la línea le hablaba el banquero Paul von Schwabach, que se acababa de enterar de la tragedia de Sarajevo. El príncipe asumió la noticia con la sangre fría de aquel que no ha esperado nada bueno desde que dejó de guiar la política de su país. Un poco más tarde, presentó sus condolencias al embajador austriaco, el conde Szogyeni. El conde respondió que, como cristiano y como noble húngaro, deploraba el fin del archiduque, aunque consideraba que, desde el punto de vista político, la eliminación del heredero al trono era una bendición de la providencia. No podía olvidar que el

¹⁵ S. ZWEIG, *El mundo de ayer, memorias de un europeo*, Barcelona, 2001, pp. 276-278.

archiduque había afirmado que el hecho de que «los magiares llegaran a Europa había sido un acto de mal gusto»¹⁶.

Las noticias fueron recibidas incluso con mayor resignación en Roma. Durante un tiempo, el Gobierno italiano había intentado sin éxito comprar la Villa D'Este en Tívoli a su dueño, el archiduque Francisco Fernando. El ministro de Asuntos Exteriores, San Giuliano, llamó de inmediato al primer ministro: «No tendremos que ocuparnos más del asunto de la Villa d'Este. Esta mañana han asesinado al archiduque». Mientras, en Madrid se recibía el telegrama cifrado en el que el embajador de España en Viena resumía lacónicamente el asunto del día: «Archiduque Francisco Fernando y Esposa fueron asesinados en Serrayevo [*sic*] por anarquistas»¹⁷. Pronto se supo que los asesinos no eran anarquistas, sino nacionalistas bosnios. El rey Alfonso XIII envió las condolencias de rigor al emperador de Austria-Hungría, lo que fue agradecido por el embajador imperial en Madrid: «Profundamente emocionado de las palabras [...] que Vuestra Majestad se ha dignado dirigir en su nombre y en el de Su Majestad La Reina con ocasión del terrible suceso que acaba de golpear de nuevo a su Majestad el Emperador y a mi patria»¹⁸.

Los gobernantes y los militares se encontraban ocupados planificando cómo escapar del calor estival de Berlín, Londres, París, Viena, Roma y Madrid. La mayoría de los miembros del gabinete británico, dirigido por el primer ministro Herbert Henry Asquith, se preparaba para viajar a Escocia, donde practicarían la pesca y otros deportes acordes con la estación estival. En Viena, el káiser Francisco José esperaba con ilusión el verano para dirigirse con su amada, Katharina Schratt, al balneario de Bad Ischl, en Salkammergut, en el Tirol. Winston Churchill recordaría posteriormente que el verano de 1914 «se caracterizó en Europa por una tranquilidad excepcional»¹⁹.

¹⁶ Sobre los últimos días del Imperio austro-húngaro, véanse F. MORTON, *Thunder at twilight, Viena, op. cit.*, y F. FEJTŐ, *Réquiem pour un empire défunt, histoire de la destruction de L'Autriche-Hongrie*, París, 1992.

¹⁷ Archivo General de Palacio (en adelante, AGP), 15.252/2, Telegrama del embajador de España en Viena Castro al secretario particular del rey, 28 de junio de 1914.

¹⁸ AGP, 15.252/2, Carta del embajador de Austria-Hungría en Madrid, julio de 1914.

¹⁹ Citado en Z. STEINER, *Britain and the Origins of the First World War*, Nueva York, 1977, p. 215.

En 1922, Walter Lippmann, periodista y asesor del presidente norteamericano Woodrow Wilson, abrió su estudio sobre la opinión pública con la siguiente historia:

«Existe una isla en el océano donde, en 1914, vivían un puñado de ingleses, franceses y alemanes. La isla no contaba con comunicaciones por cable y las noticias llegaban cada sesenta días por medio de un lento vapor de correo. En septiembre de aquel año no había llegado todavía y los residentes hablaban todavía del próximo juicio en Francia a la señora Caillaux, acusada de disparar contra el editor del diario conservador *Le Figaro*, Gaston Calmette. Por eso, a mediados de septiembre, todos esperaban con inusual impaciencia en el embarcadero para escuchar de boca del capitán cuál había sido el veredicto. Sin embargo, la noticia que recibieron fue que hacía seis semanas que ingleses, alemanes y franceses luchaban a muerte en Europa en nombre de la integridad de los tratados contra los alemanes. Durante seis extrañas semanas habían actuado como si fueran amigos cuando, de hecho, eran enemigos».

Lippmann utilizaba esta ilustrativa historia para mostrar la manera en que fue moldeada la opinión pública antes del conflicto por la transmisión y el control de la información. Asimismo, describía el sentimiento mayoritario de los europeos, que no esperaban un conflicto en el cálido y prometedor verano de 1914²⁰.

Lo cierto es que aquel verano toda Francia estaba mucho más interesada por el truculento asunto Caillaux que por la esotérica situación geopolítica en los Balcanes. El escándalo tenía todos los elementos para mantener la atención de los franceses: sexo, violencia, intrigas internacionales, amor y arrebatos. El 16 de marzo de aquel mismo año, Henriette Caillaux, la segunda mujer del ministro de finanzas Joseph Caillaux, quien había abandonado el Gobierno en 1911 porque se le consideraba demasiado favorable a Alemania, entró a las seis de la tarde en el despacho de Gaston Calmette, el editor del diario conservador *Le Figaro*, y le descerrajó seis tiros con una Browning automática del calibre 32. Cuatro de los seis impactos dejaron al editor en estado crítico. Cuando llegó la policía para llevársela detenida, la señora Caillaux insistió en ser transportada por su pro-

²⁰ W. LIPPMANN, *Public Opinion*, Nueva York, 1922, p. 8.

pio chófer. Al final, la policía accedió. La señora Caillaux había cometido el atentado para evitar que Calmette publicase sus cartas de amor con Caillaux, escritas cuando el ministro de finanzas aún estaba casado con su primera mujer²¹.

París entero se convirtió en un caldo de cultivo de rumores que apuntaban a que el juicio por el asesinato revelaría que Caillaux había mantenido contactos diplomáticos secretos con Alemania durante la segunda crisis marroquí en 1911. Toda Francia esperaba el resultado con enorme interés, especialmente la derecha, atenta a cualquier posible acto de traición a la patria. El juicio debía comenzar el 20 de julio y la atención de la prensa estaba puesta en el mismo. Resultaba extraordinario que un diario del prestigio de *Le Figaro* utilizara cartas íntimas de amor en una agria polémica política. Los partidos de izquierda atacaron con virulencia a los de derecha y a su periódico más emblemático. En las calles, izquierdistas y derechistas luchaban a favor y en contra del ministro. Los diarios se agotaban nada más salir y los semanarios multiplicaban sus tiradas. No había tiempo para dedicarse a la muerte de un oscuro archiduque austriaco en un paraje lejano en los Balcanes²².

Si el magnicidio de Sarajevo se hubiera producido un siglo antes, habrían transcurrido semanas o incluso meses antes de que la noticia llegara a todos los rincones de Europa, lo que probablemente hubiera calmado los ánimos. Sin embargo, la tecnología había cambiado el tiempo y el espacio. En la era del buque a vapor y, sobre todo, del telégrafo, las noticias viajaban a gran velocidad²³. Los periódicos se habían convertido en la principal fuente de información merced a su bajo precio y a su rapidez en presentar las noticias a todo el planeta aprovechándose del telégrafo y los ferrocarriles. Así, Berlín contaba con más de cincuenta diarios y la diminuta Serbia con nada menos que veinticuatro. Las agencias de noticias del mundo entero supieron casi inmediatamente del asesinato y, en cuestión de horas, las condo-

²¹ Véase J. M. DE AREILZA, *París de la Belle Epoque*, Barcelona, 1998, pp. 222 y ss. Caillaux había intentado frenar las tensiones franco-alemanas mediante la negociación de un tratado de no agresión que evitase la posibilidad de un conflicto armado.

²² Véase C. ANDREW, «France and the German Menace», en E. R. MAY (ed.), *Knowing one's enemies: Intelligence Assessment Before the Two World Wars*, Princeton, 1984, p. 144.

²³ Véase J. VERHEY, *The Spirit of 1914: Militarism, Myth and Mobilization in Germany*, Cambridge, 2000, p. 15.

lencias comenzaron a llegar desde lugares tan lejanos como la Casa Blanca. En las calles de Viena, una narración de lo que había sucedido fue distribuida inmediatamente por la Agencia Oficial de Telegrafía de Austria²⁴.

Un mes más tarde y de forma inesperada para los analistas políticos, el doble disparo de Sarajevo precipitaba a Europa a la más terrible de las guerras: nueve millones de muertos, indecibles sufrimientos y un verdadero seísmo geopolítico. El conflicto provocaría en cadena la Revolución rusa, la desaparición del Imperio austrohúngaro y la Alemania imperial y la centrifugación de Europa central. Sus consecuencias directas fueron el auge del nazismo y del fascismo, la Segunda Guerra Mundial, la desaparición de una forma de ser de la civilización europea y una ruptura general del mundo conocido hasta entonces. La guerra destruiría el sistema europeo basado en los Imperios como Rusia, Alemania y Austria-Hungría que habían adoptado tibias medidas de representación democrática, pero cuya estabilidad imanaba de su legitimidad dinástica.

El continente se vio sorprendido por el estallido de la contienda, ya que a lo largo de los últimos cinco años la diplomacia europea había conseguido superar con éxito numerosas crisis iguales o más graves. Como si se tratara de sonámbulos, los Estados Mayores pusieron en práctica los planes de guerra largamente madurados. Con una ausencia de confusión realmente admirable, millones de hombres se presentaron a filas, fueron convertidos o, mejor dicho, reconvertidos en carne de cañón y transportados en trenes que les llevaron a los mayores campos de batalla de la historia de la humanidad. No puede decirse que durante el verano de 1914, mientras la crisis incubaba su cruento desenlace, los pueblos de Europa estuvieran ejerciendo presión alguna sobre sus Gobiernos para que se lanzasen a la guerra, pero tampoco hicieron nada para impedirlo. De alguna manera, la contienda era percibida como algo ineluctable.

Desencadenada para vengar el asesinato de un archiduque austriaco poco popular entre sus conciudadanos, la guerra se extendería hasta abarcar gran parte del planeta. Aquellos postreros días de junio, todos sus participantes pensaban que el conflicto sería breve e incruento y que, para la Navidad de 1914, todos estarían de vuelta fe-

²⁴ D. FROMKIN, *Europe's last summer*, op. cit., p. 137.

Europa en 1914



lizmente en sus hogares. Sin embargo, no fue así. La guerra duró cincuenta meses y causó una cesura insalvable en la historia europea. El cariz que pronto adquirió el conflicto sorprendió por igual a todos los Estados Mayores. Nadie había previsto una guerra tan destructiva y, sobre todo, un conflicto que se alargara tanto en el tiempo. Los jefes de Estado Mayor de todos los ejércitos, así como los políticos, habían ignorado las lecciones de la Guerra de Secesión norteamericana, la primera guerra de material moderna y la primera guerra ideológica. El error lo pagarían caro los Estados europeos, que descubrirían horrores los ingentes medios que las sociedades modernas, democráticas e industrializadas podían poner a disposición del esfuerzo bélico. Descubrieron demasiado tarde que la antigua figura del guerrero había dejado paso al siniestro espectro del materialismo triunfante. Esta vez ya no se enfrentarían ejércitos, sino pueblos. Si se compara la guerra de 1914 con la del Peloponeso, como lo hizo en su día Albert Thibaudet, podemos concluir que Europa fue víctima de la rivalidad de sus naciones como Grecia lo fue de la rivalidad de sus ciudades. Sin embargo, es necesario preguntarse por qué la rivalidad de sus naciones, que hacia 1900 parecía favorable a la grandeza de Europa, se convirtió de repente en un ingrediente deletéreo para su destino.

Desde 1914 decenas de libros y estudios han intentado ofrecer una explicación de los oscuros orígenes de la Gran Guerra. Sin embargo, cuanto más avanzan las investigaciones históricas, menos claras aparecen las causas del conflicto. A principios del verano de 1914, Europa se encontraba en su apogeo material, cultural y político. A lo largo de los quince años precedentes, las grandes potencias habían conseguido preservar la paz a pesar de haber tenido que enfrentarse a complejas crisis. Tras una vida entera dedicada al estudio del conflicto, el historiador Jean-Baptiste Duroselle concluía que el estallido del conflicto era «incomprensible» y François Furet lo definió como «enigmático»²⁵.

La Europa en la que resonaban los terribles ecos del asesinato de Sarajevo era un continente colmado de riqueza, cultura y una incomprensible desazón, la *malaise* que ya en su día diagnosticó Sigmund Freud. La mitad del carbón consumido en el mundo era exca-

²⁵ Ambos citados en D. VENNÉR, «L'admiration et la pitié», *La Nouvelle Revue d'Histoire*, núm. 14, 2004, p. 5.

vado en minas europeas, el 60 por ciento del acero mundial provenía de hornos europeos y tres de cada cuatro buques mercantes navegaban bajo pabellón europeo. Al mismo tiempo, Europa había lanzado sus recursos a lo largo del globo con una mano pródiga. En los cien años desde Waterloo, había enviado a cuarenta millones de sus hijos a otros continentes. Con ellos habían ido también importantes recursos. Gran Bretaña había invertido cuatro mil millones de libras en América y otros enclaves del globo. Francia, el otro gran banquero del mundo, poseía mil millones de libras en inversiones extranjeras, aunque esos fondos no siempre habían sido invertidos con tanto olfato como los de los británicos. Un tercio de los créditos franceses se encontraba en Rusia en inversiones de corte militar dedicadas, en particular, a llevar a cabo mejoras en el sistema ferroviario ruso para poder acelerar la movilización de su ejército.

Los habitantes de Europa controlaban la mitad de Asia y la mayor parte de África. Europa dominaba a doscientos veinticinco millones de sujetos coloniales. Y además controlaba todo el subcontinente indio, un gigantesco imperio asiático administrado por tan sólo un puñado de ociosos ingleses. Desde los días del Imperio romano no había existido una hegemonía mundial europea parecida. Los europeos asumieron con naturalidad la riqueza y bienestar que confería este singular dominio, ajenos al hecho de que esta pujanza, por su misma naturaleza, únicamente podía ser efímera.

Sin embargo, hubiera sido posible discernir los peligros que entrañaba esa posición dominante. Grandes potencias surgían con fuerza en la periferia para desafiarla y, en su seno, los peligros eran aún mayores. Europa tenía demasiadas fronteras, demasiadas narrativas de resentimientos latentes, demasiados soldados para garantizar su seguridad. En tiempos de paz, cinco de sus Estados mantenían ejércitos que sumaban casi cuatro millones de hombres. Con tantos hombres dedicados a la defensa, muchos europeos se preguntaban cómo podían sentirse inseguros. Sin embargo, ninguna nación europea se podía considerar amiga de las otras. En el mejor de los casos, podían ser aliadas que habían decidido mitigar su desconfianza mutua o posponer sus contentiosos, o coaligarse frente a un tercero. Europa era el más pequeño, el más rico y el más ilustrado de los continentes, pero ¿cuántos de sus 447 millones de habitantes se denominaban a sí mismos *europeos*?

Un avión podía mantenerse ya durante trece horas en el aire. El piloto Jorge Chávez había sobrevolado los Alpes y el francés Roland

Garros, el Mediterráneo. Aquel junio de 1914, un joven teniente noruego, Trygve Gran, se preparaba para volar desde Escocia a Stavenger, en su país, hazaña que completó el mes siguiente. Sin embargo, en este menguante continente, los estrategas soñaban todavía con conquistas y alimentaban espurias venganzas. Anticuados en sus ideas, soñaban todavía con chasquidos de sables y resplandecientes armaduras, y destinaban millones cada año para mantener tropas de caballeros, quienes, pertrechados con sus lanzas, armaduras, cascos y sables, galoparían de forma gloriosa contra el odiado enemigo. Sin embargo, la ametralladora tenía ya treinta años y el tanque estaba a punto de nacer. Si la guerra llegaba a Europa, sin duda sería muy diferente en escala a todas las anteriores. Pero ¿por qué debería contemplarse un conflicto en un ambiente tan optimista y opulento? Si se hubiese preguntado a aquellos con la capacidad de influir en las decisiones importantes, éstos habrían contestado sencillamente que la guerra era inevitable. El conde Albert de Mun escribió en el *Echo de París*: «Toda Europa, insegura e inquieta, se prepara para la guerra inevitable, cuyas causas inmediatas todavía se desconocen»²⁶.

Bajo la alegre superficie de la vieja civilización, nuevas fuerzas políticas se encontraban en agitación y extrañas fuerzas culturales amenazaban con irrumpir con una inusitada violencia. Rara vez se había encontrado Europa en tal ebullición cultural. En 1913, Albert Einstein había publicado un estudio en Zúrich en el que esbozaba los primeros pasos hacia la teoría general de la relatividad, una declaración de guerra a la física clásica de Newton. En Viena, de forma casi simultánea, Sigmund Freud había iniciado su prospección del alma humana a través del psicoanálisis y anunciaba el retorno de una sexualidad reprimida. Henri Bergson había insistido ya en el poder de lo irracional en el comportamiento humano y Friedrich Nietzsche había proclamado el papel que representaba lo aleatorio en la transformación social y, al contrario que Freud, defendía en *Ecce homo* un «eterno retorno» de lo mismo sólo apto para los más fuertes. En 1908, Georges Sorel había llevado las enseñanzas de estos profetas al reino de la política en la obra *Reflexiones sobre la violencia*. Así, en la física, la psicología, la moral y el pensamiento político las viejas y confortables presunciones del siglo XIX se encontraban desafia-

²⁶ *Echo de Paris*, 20 de septiembre de 1913.

das y una nueva era, intoxicada por lo intuitivo y lo irracional, aflo-
raba a la superficie.

A pesar de la delicada situación que se venía viviendo desde hacía unos años, para algunos observadores el conflicto bélico que estalló en el verano de 1914 constituyó una tremenda sorpresa. El grado de desarrollo y progreso alcanzado por la civilización occidental parecía haber logrado una inmunidad absoluta a la guerra entre naciones hermanas, algo propio de los países incultos, subdesarrollados, incapaces de respetar un ordenamiento internacional²⁷. Muchos europeos consideraban, con razón, que estaban viviendo una auténtica edad de oro: el crimen estaba bajo control, se producían avances médicos sin solución de continuidad y con ellos un aumento de la esperanza de vida y la reducción de la mortalidad infantil. Los salarios habían aumentado un 50 por ciento entre 1890 y 1913. A principios del siglo XIX, la población europea sumaba cincuenta millones y, en 1914, había alcanzado ya los trescientos millones. Para la mayor parte de los ciudadanos de clase media y alta, sin duda se trataba de una «era dorada» de ley y orden, respeto y decencia.

Alemania mostraba al mundo el futuro del Estado del bienestar con seguros de salud y pensiones para la tercera edad. El emperador Guillermo II podía haber hablado en nombre de la mayoría de jefes de Estado europeos cuando prometió que llevaba a Alemania «hacia tiempos gloriosos». A pesar de su tendencia a las salidas de tono, parecía que la paz era el futuro: «Alemania se hace cada vez más fuerte con los años de paz. Tan sólo podemos ganar con el tiempo». Hugh Stinnes, uno de los empresarios alemanes más dinámicos del momento, defendía: «Tras tres o cuatro años de desarrollo pacífico Alemania se convertirá en la potencia económica dominante en Europa»²⁸.

Sin embargo, bajo esa superficie serena, en Europa existían fuertes tensiones tectónicas. El feminismo militante, el socialismo radical, el terrorismo anarquista, el sectarismo religioso y el antagonismo entre clases sociales distorsionaban la supuesta armonía social en el seno los Estados europeos. Así, al mismo tiempo convivían un sen-

²⁷ Véase H. P. VON STRANDMANN y R. J. EVANS (eds.), *The coming of the First World War*, Oxford, 1990.

²⁸ Citado en W. J. MOMMSEN, *Grossmachtstellung und Weltpolitik. Die Aussenpolitik des Deutschen Reiches, 1870 bis 1914*, Berlín, 1993, p. 293.

timiento de regocijo ante los logros conseguidos y otro de inexplicable *malaise*. El regocijo surgía de las emociones de la época; el relajamiento, de las convenciones sociales y la irresistible fuerza del progreso y la tecnología. El malestar provenía de la incertidumbre sobre hacia dónde llevaba ese cambio y qué modelo adoptaría la moderna nación industrial. El *modernismo*, término muy debatido, provocaba a la vez entusiasmo y aprensión. Parecía evidente que se estaba construyendo un nuevo mundo sin que se rasgaran las urdimbres del antiguo. Las ideas modernas triunfaban en todas partes prometiendo que Europa se organizaría pronto sobre bases racionales y sus simetrías políticas y sociales reflejarían la armonía de la naturaleza y del universo.

El origen de la Gran Guerra ha originado un debate sin precedentes en relación con la historiografía sobre otros conflictos²⁹. Es probable que ello obedezca a que el conflicto supuso el fin de un mundo caracterizado, entre otras cosas, por el predominio de la aristocracia. La Europa de las monarquías convivía con las llamadas «fuerzas de la modernidad»: el nacionalismo, el liberalismo y el socialismo. La desaparición de esta estructura arcaica hizo que el resultado del conflicto desbordara sus logros militares y políticos. En el plano social e ideológico, supuso un cambio profundo en la fisonomía de muchos Estados europeos, en donde irrumpieron violentamente las fuerzas modernizadoras. La aristocracia feudal había sobrevivido a la era de las revoluciones del siglo XIX conservando intactos sus instrumentos de poder. Aunque las fuerzas del antiguo orden iban perdiendo fuelle ante la pujanza del capitalismo industrial, todavía eran bastante rígidas y tenían el suficiente vigor para resistirse e intentar frenar cualquier cambio histórico con el uso de la fuerza si era necesario. Por ello, la Gran Guerra fue una expresión de la decadencia y caída de un antiguo orden, más que la ascensión explosiva del capitalismo industrial³⁰.

En 1961, aparecía la controvertida obra *Los objetivos de guerra de Alemania en la primera guerra mundial*, de Fritz Fischer. En esencia, Fischer revelaba que las élites rectoras alemanas habían optado por la guerra en 1914 porque la expansión en Europa central y oriental pa-

²⁹ Véanse A. MOMBAUER, *The Origins of the First World War. Controversies and consensus*, Londres, 2002, y J. W. LANDON, *July, 1914: The Long Debate, 1918-90*, Nueva York, 1991.

³⁰ A. J. MAYER, *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, 1984, pp. 15-17.

recía el único medio de preservar el orden social establecido frente a las presiones reformistas y democratizadoras procedentes de las clases populares³¹. Esto suponía un cambio historiográfico fundamental al atenuar la tesis rankeana del «primado de la política exterior» en beneficio del «primado de la política interior». La Weltpolitik fracasó a la hora de resolver los problemas internos de Alemania y en su objetivo de minar el apoyo político del SPD entre las clases trabajadoras. De hecho, la situación política se encontraba en un callejón sin salida, por lo que, entre 1912 y 1914, muchos alemanes comenzaron a concebir la guerra como un posible catalizador para obtener estabilidad en el interior y el exterior antes de que fuera demasiado tarde³².

En 1899, el banquero judío-polaco Ivan Stanislovitch Bloch diagnosticó en Varsovia, en su obra *¿Es imposible la guerra hoy?*, la superioridad de la defensa sobre el ataque y, además, predijo la paralización de los frentes y la guerra de trincheras. Había estudiado la destructiva Guerra de Secesión estadounidense. En Inglaterra, Norman Angeli, redactor jefe en el imperio periodístico de lord Northcliffe, escribió en 1910 la obra *La gran ilusión*, en la que recomendaba a Europa que adoptara el modelo del Imperio británico, con Estados independientes unidos por el libre comercio, para solucionar así «el problema internacional». En Alemania fue Kurt Riezler, consejero del canciller del Reich, Theobald von Bethmann Hollweg, quien en 1912 llegó en un escrito a la conclusión de que las guerras modernas eran ya demasiado temidas para ser combatidas, y se decidirían como una medición de fuerzas no militares según la medida de la potencia industrial³³.

Sería imposible describir todas las teorías relativas a la controversia sobre los orígenes del conflicto. Sin embargo, es preciso conocer las coordenadas internacionales básicas que lo hicieron realidad³⁴. Se ha calificado a esta etapa como de «anarquía internacional»; Europa

³¹ Véase I. GEISS, «The Fischer Controversy and German War Guilt», en H. H. HERWIG (ed.), *The Outbreak of World War I*, Nueva York, 1997, pp. 131-135.

³² L. L. FARRAR, «The Primacy of Foreign Policy: An evaluation of the Role of Public Opinion during the July Crisis», *International Interactions*, núm. 7, 1981, pp. 651-672, y W. J. MOMMSEN, «Domestic Factors in German Foreign Policy before 1914», *Central European History*, núm. 6, 1973, pp. 3-43.

³³ M. STÜRMER, *El Imperio Alemán (1870-1919)*, Barcelona, 2003, p. 165.

³⁴ A. MOMBAUER, *The origins of the First World War. Controversies and Consensus*, Londres, 2002.

se encontraba en una fase de incertidumbre, al no existir un concierto europeo propiamente dicho, sino un concierto residual compuesto por una maraña de precarias e imperfectas alianzas militares; se trataba de un equilibrio inestable basado no en una auténtica comunidad internacional, sino en una sociedad embrionaria dominada por el secretismo de las decisiones políticas y militares de los Estados, soberanos e independientes³⁵.

Los factores condicionantes de esta situación de «interregno» son, en esencia, cuatro. Los contenciosos entre Estados europeos y las alianzas continentales. Francia, sujeto preeminente en la escena europea, entra en el siglo xx aislada tras la astuta política de Bismarck y trata de romper el cerco tejiendo alianzas con Rusia y Gran Bretaña; Alemania y Austria-Hungría estrechaban sus lazos mientras Italia, de nuevo cuño y sumamente vulnerable, se separaba progresivamente de la Triple Alianza. En todo caso, sería un error exagerar la rigidez del sistema de alianzas o considerar la guerra europea como inevitable. Ninguna guerra lo es hasta que estalla y es sólo entonces cuando se revela el metal que forja las alianzas.

La cuestión colonial, con las crisis marroquíes de trasfondo, encendía el enfrentamiento al provocar un importante poso de «envidia» imperialista en Alemania y Austria, mientras que Rusia y Francia optan por resolver pacíficamente sus conflictos coloniales con la todopoderosa Gran Bretaña, en lo que respecta a Afganistán, Persia y África. El resentimiento germano se traduce en la competencia naval y militar con los británicos, lo que la historiadora norteamericana Barbara Tuchman denominó la «Alsacia-Lorena» de las relaciones anglo-alemanas³⁶. Existían también las históricas reivindicaciones francesas sobre Alsacia y Lorena y el conflicto de Austria con sus recalcitrantes vecinos del sur, principalmente con Serbia y Rusia, por el control efectivo de los Balcanes, mientras que alemanes y austriacos apuntalaban al vacilante Imperio otomano en su intento por evitar la fragmentación. También hay que tener en cuenta la competencia naval germano-británica, que envenenaba las relaciones anglo-alemanas.

³⁵ Véase D. THOMPSON, *Historia Mundial desde 1914 hasta 1950*, Buenos Aires, 1959.

³⁶ F. SCHEVILL, *A History of the Balkans*, Nueva York, 1991. Sobre la descomposición del Imperio otomano, A. PALMER, *The Decline and Fall of the Ottoman Empire*, Nueva York, 1992.

La propia política exterior de Alemania ha sido calificada por el profesor Thompson como «diplomacia brutal». Se ha acusado a los dirigentes alemanes, especialmente a la aristocracia prusiana, los denominados *junker*, y al propio káiser Guillermo II, de precipitar premeditadamente a su país y a sus aliados en el conflicto, para alcanzar la hegemonía alemana en Europa.

En el contexto económico y social de la Europa de comienzos del siglo XX los Estados europeos experimentan un incremento de población, riqueza y poder; se produce lo que Ortega denominó «la rebelión de las masas»: «Hay un hecho que, para bien o para mal, es el más importante en la vida pública europea de la hora presente. Este hecho es el advenimiento de las masas al pleno poderío social»³⁷.

El progreso contrastaba con una política centrada en objetivos nacionalistas, es decir, internacionalismo económico contra nacionalismo político, lo que enardecía a las masas. La competencia industrial se añadía como factor de tensión, sobre todo entre Alemania y Gran Bretaña. Los nacionalismos afloraban con particular virulencia en el este y centro de Europa, es decir, el Imperio austrohúngaro y los Balcanes, con epicentro en Serbia. Esta última centralizaba tres de los conflictos claves de la Gran Guerra: imperialismo dinástico contra nacionalismo insurgente, paneslavismo contra pangermanismo y la tensión Este-Oeste. En realidad, la guerra de 1914 debió su alcance continental y su carácter, a la postre, de guerra generalizada al hecho de que en ella convergieron tres conflictos muy definidos: un conflicto franco-alemán latente desde el desenlace de la guerra franco-prusiana; un conflicto anglo-alemán basado en rivalidad económica, colonial y por ende militar, y un conflicto austro-ruso motivado por una competencia de hegemonías en el área del Danubio y los Balcanes.

Cabe señalar, asimismo, las causas de orden psicológico. En primer lugar, el nacionalismo que, vinculado al ascenso de la burguesía europea durante el siglo XIX, había terminado por convertirse en una forma de chovinismo xenófobo. Cada país descubría en el estudio de su historia motivos de profundos resentimientos contra los vecinos, ya fuera por temas territoriales o históricos. Y su vez, surgían corrientes de pensamiento que pretendían saltar las barreras fronterizas en busca de la unión de todos los europeos con los que supuesta-

³⁷ J. ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*, Madrid, 1930, p. 1.

mente compartían un mismo origen, fundamentalmente, germánico o eslavo. Unos y otros parecían dispuestos a valerse de la guerra para el logro de sus objetivos.

De ahí que cobrara creciente importancia el militarismo, doctrina que se asociaba a las formas más extremas del nacionalismo para incrementar la carrera de armamentos, favorecer la intromisión de los militares en la vida civil y apoyar una política coercitiva hacia los adversarios. La propia psicosis de guerra suponía también un estímulo para la activación del conflicto. Resulta difícil determinar con precisión la extensión y la profundidad del espíritu militarista en las sociedades beligerantes. Sin embargo, no se puede ignorar la generalizada aceptación a alistarse y la poca resistencia que originó en casi todas partes. Los dos factores que más influyeron en la capacidad de los Gobiernos para destruir la paz fueron la debilidad de las fuerzas pacifistas y la anuencia popular. Aunque se produjeron diversas manifestaciones socialistas contra la guerra, en ningún país prosperó una movilización masiva de trabajadores, ni una huelga general que paralizara, por ejemplo, la producción de armamentos.

Los acontecimientos de 1914 demostraron que los temores de la derecha sobre la resistencia socialista a la guerra eran exagerados. Los líderes de los movimientos pacifistas se encontraron aislados y quedaron reducidos a pequeños e impopulares grupos formados, sobre todo, por intelectuales idealistas y religiosos. Los hechos dejaron claro que, cualquiera que fuese su influencia entre los intelectuales y las élites, los movimientos pacifistas eran marginales en relación con las actitudes asumidas por los pueblos de Europa. Los pueblos europeos aceptaron la guerra como un hecho de la vida; confiaban en sus gobernantes y se pusieron en marcha cuando les ordenaron que lo hicieran. Muchos ciudadanos europeos lo hicieron con auténtico entusiasmo; en particular los más instruidos, como sucedió entre los jóvenes universitarios. Muchos ignoraban lo que les deparaba el destino y cualquier idea romántica que albergaban acerca de la guerra quedó hecha trizas en cuanto los primeros soldados cayeron bajo el fuego de la artillería y las ametralladoras. Pero las masas se adaptaron a esa situación con una rapidez y un estoicismo realmente asombrosos. Esa adaptación explica en parte por qué se prolongó durante tantos años el conflicto. Y, sin embargo, hubo voces proféticas: en su discurso en Bruselas el 29 de julio de 1914, cuarenta y ocho horas antes de su asesinato, el líder socialista francés Jean Jaurès había previsto

de forma certera lo que sucedería si Europa iba a la guerra: «Cuando el tifus termine el trabajo que comenzaron las balas, los hombres desilusionados se volverán contra sus líderes y exigirán una explicación por todos esos cadáveres»³⁸. El diario *Le Temps* lamentaba la desaparición de Jaurès «en un momento en el que su oratoria estaba a punto de convertirse en un arma de defensa nacional»³⁹.

Existe otro aspecto llamativo en el entusiasmo de la juventud por aquella guerra «que pondría fin a todas las guerras». Se trata de la percepción del conflicto como guerra liberadora. Para los combatientes franceses, ingleses o alemanes no había duda: la guerra tenía por objetivo la salvaguardia de los intereses reales de la nación, pero también cobraba otro significado: al marchar a la guerra, los soldados de 1914 hallaban un ideal de recambio que, en cierta manera, sustituía las aspiraciones revolucionarias. Así ocurría con los más desgraciados y los menos conscientes, quienes, marginados por la sociedad, se reintegraban a ella gracias a la guerra y, a la par, se desmovilizaban en el plano revolucionario⁴⁰.

La generación rebelde encontró en el conflicto su gran cruzada. Los jóvenes vivían atemorizados por el hecho de que la guerra pudiera finalizar antes de que ellos formaran parte activa de la misma, y los primeros en experimentar estos sentimientos fueron los hijos de las élites, formados en ambientes universitarios cultos y asépticos. Así fue el momento culminante del poeta Rupert Brooke: «Venid a morir, será tan entretenido». Y, al otro lado de la trinchera, el escritor Thomas Mann escribió que se sentía «cansado y enfermo» de la paz. En Viena, Sigmund Freud comentó: «Toda mi libido está con Austria-Hungría»⁴¹. Para el filósofo vienés Ludwig Wittgenstein, de veinticinco años, la guerra parecía ofrecerle un escape a sus incertidumbres filosóficas. Un estudiante bávaro de catorce años, Heinrich Himmler, que se convertiría en jefe de las temibles SS durante el Tercer Reich, escribió en su diario el 1 de agosto: «Jugué en el jardín esta

³⁸ Citado en C. PONTING, *Thirteen Days. Diplomacy and Disaster. The Countdown to the Great War*, Londres, 2003, p. 323. Véase también G. WRIGHT, *Insiders and Outsiders*, Oxford, 1980.

³⁹ J.-P. RIOUX, «La Dernière journée de paix», *L'Histoire*, 2003, p. 66.

⁴⁰ M. FERRO, *La Gran Guerra*, op. cit., pp. 28-29.

⁴¹ R. N. STROMBERG, *Historia intelectual europea desde 1879*, Madrid, 1995, p. 341.

mañana. También durante la tarde. A las siete y media, Alemania declara la guerra a Rusia»⁴².

Las multitudes entonaban canciones patrióticas y los reservistas acudían en masa a sus cuarteles, las bandas tocaban marchas militares y las mujeres arrojaban flores al paso de las tropas. Los soldados partían esperanzados, escribiendo en los vagones «Nach Paris» o «À Berlin», dependiendo del bando. Ignorando lo que les deparaba el destino, los jóvenes soldados recién alistados se alegraban de poder, por fin, participar en una guerra. Sus mayores se mostraban menos entusiastas, pues recordaban las consecuencias de anteriores conflictos, como la guerra franco-prusiana de 1870, la Guerra de los Bóeres de 1889 y la guerra ruso-japonesa de 1904.

En cualquier caso, conviene matizar la hasta ahora extendida visión del entusiasmo popular. Como sucede con frecuencia, los ciudadanos no tuvieron apenas tiempo de reaccionar a los acontecimientos. En Gran Bretaña, por ejemplo, no se percibió una sensación de crisis internacional inminente en la prensa hasta el 29 de julio, pues la atención había estado centrada en el problema irlandés. La crisis final se desarrolló en un fin de semana de fiesta nacional y las noticias del ultimátum alemán a Bélgica llegaron a Londres en la mañana del festivo lunes 3 de agosto. En Francia, como ya se ha visto, la atención estaba centrada en el caso Caillaux, que había comenzado el 20 de julio. Estudios regionales sugieren que no todos los franceses estaban entusiasmados con la idea de entrar en guerra. La noción de la *revanche* por las provincias perdidas de Alsacia-Lorena había perdido gran parte de su atractivo, salvo para un irreductible grupo de nacionalistas⁴³.

En Austria-Hungría el ambiente fue también bastante moderado durante gran parte del mes de julio. El entusiasmo popular por la guerra sólo resultó evidente en los primeros días de agosto, aunque la prensa había ido adoptando un tono cada vez más belicoso. Incluso en Alemania, donde generalmente se ha defendido que la guerra fue recibida con un gran entusiasmo, estudios de localidades como Hamburgo y Darmstadt sugieren que la reacción de agosto distó de ser

⁴² P. LONGERICH, *Heinrich Himmler: A Life*, Londres, 2011, p. 19.

⁴³ J.-J. BECKER, *The Great War and the French People*, Leamington Spa, 1985, pp. 94-102.

uniforme. En cualquier caso, la respuesta en las ciudades fue más entusiasta que en el campo, donde se temía por la cosecha y por la destrucción que causarían las tropas. Incluso en las ciudades, el entusiasmo inicial no fue universal y no sobreviviría al primer otoño⁴⁴.

En Francia, este fervor produjo «la Unión Sagrada»; en Alemania, el káiser Guillermo II declaraba: «Ya no veo partidos políticos, ya sólo veo alemanes»⁴⁵. Los motivos de esta inusitada beligerancia se remontan a algunas cuestiones anteriores a 1914. Se trataba del deseo de emociones, aventura y romance vinculados con la protesta contra una civilización burguesa, monótona y materialista. Existía la sensación de que la guerra ofrecería una renovación espiritual gracias a la ruptura con el pasado y a la materialización de un idealismo desinteresado. Y ello producía un estado de júbilo ante la posibilidad de una cicatrización de una sociedad herida, salvando la brecha entre las clases y entre los individuos mediante la creación de una unidad nacional orgánica movida por una suerte de estado de ánimo apocalíptico. Así, se veía en la catástrofe el horrible juicio a una civilización condenada y el preludio imprescindible de un renacimiento total.

Existe una interpretación de la guerra como consecuencia del movimiento modernista, lo que se contradice con la visión aceptada de que el modernismo es hijo de la Gran Guerra. El modernismo fue una reacción en contra del racionalismo y el materialismo del mundo moderno e industrializado, que llevó a un culto de lo irracional. Anterior a 1914, la guerra no hizo sino reforzar esa tendencia erosionando el orden y la moral de las sociedades industrializadas. La guerra fue, así, un choque cultural entre Inglaterra, considerada tradicional en términos culturales, y Alemania, que se había convertido en el centro de la cultura *avant-garde*. En general, el deseo de regresar a un primitivismo llevó a la comunidad artística a recibir la guerra como una liberación y una ruptura con las convenciones artísticas y sus ataduras⁴⁶.

⁴⁴ B. ZIEMANN, «Zum Ländlichen Augusterlebnis 1914 in Deutschland», en B. LOEWENSTEIN (ed.), *Geschichte und Psychologie. Annäherungsversuche*, Pfaffenweiler, 1992, y L. L. FARRAR, «Reluctant Warriors: Public Opinion on War during the July Crisis, 1914», *Eastern European Quarterly*, Monograph 16, 1983.

⁴⁵ A. J. P. TAYLOR, *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1918*, Oxford, 1980, p. 529.

⁴⁶ M. EKSTEIN, *Rites of Spring: the Great War and the Birth of the Modern Age*, Londres, 1990.



Reservistas franceses.



Reservistas belgas.

El antropólogo económico Karl Polany defendía que la economía había sido el motivo principal de la paz general europea durante el siglo XIX y la causa fundamental del estallido de la Gran Guerra. Según Polany, la civilización del siglo XIX se asentaba sobre cuatro instituciones. La primera era el sistema de equilibrio entre las grandes potencias que durante un siglo había impedido que se produjese una guerra prolongada. La segunda era el patrón-oro que anclaba el sistema monetario internacional. La tercera, el mercado autorregulador que producía bienestar material; y la cuarta, el Estado liberal. El hundimiento del patrón-oro habría provocado la quiebra del modelo⁴⁷. La guerra fue, en realidad, hija de una larga evolución y su origen entronca con la Revolución francesa. Ésta inventó la nación en armas, el servicio militar universal y las guerras nacionales. Simultáneamente, la Revolución francesa inventó el nacionalismo agresivo y el odio del extranjero, propagando estas pasiones nuevas por toda Europa⁴⁸.

El papel del káiser Guillermo II y su influencia en las decisiones en política exterior ha sido ampliamente estudiado en los últimos años a través de estudios centrados no sólo en sus actuaciones, sino también en su personalidad y en su entorno⁴⁹. Uno de sus rasgos característicos era que simultáneamente odiaba y envidaba a Gran Bretaña. Su madre era hija de la reina Victoria, y había contraído matrimonio con un príncipe alemán. Por otra parte, su brazo izquierdo era deforme debido a una complicación en el parto de la que culpaba al médico inglés de su madre, algo que le provocaba un enorme complejo en un ambiente familiar tan marcial. Su madre era una liberal anglófila y Guillermo la rechazó convirtiéndose en un conservador antibritánico. Se consideraba miembro de la familia real británica y a menudo se refería a ella como «la maldita familia». Guillermo se volcó en el romanticismo nacionalista germano, cuyos defensores consideraban que los alemanes cultivaban las artes y la filosofía, y que los británicos eran un pueblo de mercaderes.

Como consecuencia, los historiadores se han mostrado divididos al abordar su figura. Algunos consideran muy negativa la influencia

⁴⁷ K. POLANY, *La gran transformación*, Madrid, 1989, pp. 25 y ss.

⁴⁸ D. VENNER, «L'admiration et la pitié», *La Nouvelle Revue d'Histoire*, núm. 14, 2004, p. 5.

⁴⁹ T. BURON, «Guillaume II, une figure controversée», *La Nouvelle Revue d'Histoire*, núm. 14, 2004, p. 40. Véase también Ch. BAECHE, *Guillaume II*, París, 2003.

del káiser en la política alemana centrándose en su excéntrica personalidad. Winston Churchill señaló que «tan sólo se pavoneaba y hacía sonar la espada no desenvainada, pero detrás de tantas poses y atavíos había un hombre muy ordinario, vanidoso, aunque, en general, bien intencionado, que tenía la esperanza de que lo consideraran un segundo Federico el Grande». Otros historiadores creen que su personalidad no difería excesivamente de las pautas consideradas «normales» y que su papel venía determinado por la constitución monárquica que elaboró Bismarck, en la que se concedía un poder prácticamente absoluto al monarca⁵⁰.

Las feroces caricaturas de Guillermo II que surgieron durante la guerra ofrecían una visión muy diferente de aquellos que lo habían tratado en el período anterior. Un editor alemán que lo conocía bien señaló que «no poseía espíritu guerrero y que su firme voluntad era la paz». En 1904, el embajador británico en Alemania afirmaba: «El káiser tiene inclinaciones pacíficas y sería necesario que sucediese algo gravísimo para que optase por la guerra». Tenía reputación de ser un hombre pacífico dedicado a las artes y a la fe: «Pintaba, organizaba ballets, diseñaba una capilla para uno de sus castillos y formó parte de una expedición arqueológica a Corfú»⁵¹.

El estallido de la guerra abrió la «caja de Pandora» que las potencias europeas creyeron tener a buen recaudo. Los bloques de alianzas (Triple Alianza y Triple Entente) mostraron la violencia acumulativa que se había ido sedimentando en el viejo mundo. La guerra que iba a poner fin a todas las guerras dio inicio al siglo más violento de la historia. No fue tan sólo una guerra entre naciones. Fue una guerra entre lo que era y lo que sería. La gente de todas clases y naciones vio el conflicto como una especie de fuego purificador que aceleraría este enfrentamiento y llevaría a un mundo mejor. Sin embargo, cuando las armas callaron, no sólo los hombres habían fallecido en el campo de batalla. Los ingenuos sueños de progreso, así como la inocencia del mundo anterior al conflicto, la fe en dios y la esperanza en el futuro yacían junto a los hombres en los apocalípticos campos de batalla.

⁵⁰ Sobre la personalidad del káiser y su influencia en las relaciones internacionales, véase M. BALFOUR, *The Kaiser and his times*, Londres, 1967.

⁵¹ J. C. G. RÖHL, *The Kaiser and his Court: Wilhelm II and the government of Germany*, Cambridge, 1994, p. 167.

2

La destrucción de la paz

«If any question why we died,
Tell them, because our fathers lied»¹.

Rudyard Kipling.

El poeta imperialista británico Rudyard Kipling escribió esas líneas en 1919 como uno de sus *Epitafios de la guerra*, cuatro años después de la muerte de su único hijo, John, en el campo de batalla de Francia. Aunque en una primera lectura puedan resultar simples, estas palabras admiten varias interpretaciones. El mismo Kipling no le había contado toda la verdad sobre la guerra a su hijo y había insistido en que fuera reclutado a pesar de su grave miopía. Asimismo, había presentado una imagen exagerada de la «amenaza de los hunos» en los discursos en los que animaba a los jóvenes a alistarse. Sin embargo, es poco probable que el dolor de Kipling por la pérdida de su hijo le hiciera arrepentirse de sus anteriores convicciones belicistas. El poema probablemente tenía la intención de acusar a los Gobiernos liberales anteriores al conflicto por confundir al pueblo británico sobre el verdadero peligro de un conflicto europeo. Sea cual fuera su intención, sus versos suscitan aun hoy en día la cuestión de qué causó la muerte de John y de más de ocho millones de combatientes de todas las nacionalidades entre 1914 y 1918.

El 2 de agosto de 1913, exactamente un año antes del estallido de la guerra, el novelista inglés Ford Madox Ford escuchó a un amigo afirmar que la guerra entre Alemania y Gran Bretaña llegaría antes de doce meses. A Ford le pareció un comentario dispa-

¹ «Si alguien pregunta por qué hemos muerto/decíles que nuestros padres mintieron».

tado: «Lloré de risa. Era un chiste muy gracioso. Conocía Alemania todo lo bien que se puede llegar a conocer un país. Había vivido allí durante largos períodos [...] Nada en el mundo sería capaz de hacer que los alemanes se lanzaran a la guerra. Las autoridades querían hacerlo, pero el pueblo se negaría en rotundo»². Aunque su visión demostraría ser errónea, la anécdota condensaba bien el ambiente entre los europeos en 1913 y 1914. Como habían demostrado las crisis de las décadas precedentes, la mayoría de los europeos estaba convencida de que en los gabinetes se escucharía el ruido de sables para lograr ventajas y concesiones diplomáticas de los rivales en lugares recónditos, pero ningún Gobierno se lanzaría a la guerra a menos que su supervivencia se encontrara en peligro. Los dos grandes diques establecidos para evitar una guerra habían funcionado bien en los últimos años. El sistema diplomático había sido capaz de superar diversas crisis sin recurrir a las armas y el ambiente pacífico del pueblo europeo quedaba reflejado en los avances electorales socialistas en Alemania y Francia, que habían mitigado los cantos de sirenas de los ultranacionalistas para convertir los Balcanes o Alsacia-Lorena en cuestiones existenciales que debían ser dirimidas por las armas.

A pesar de todas las tensiones y de sus defectos, el sistema europeo había funcionado hasta la fecha de forma efectiva, lo que parecía dar la razón al ataque de risa de Madox. El veterano diplomático británico sir Arthur Nicolson creía que las diversas crisis de principios de siglo habían fortalecido el sistema y habían demostrado su vigor. A principios de 1914, afirmaba que el continente podía mirar al horizonte con optimismo sabiendo que «nunca había visto aguas más tranquilas»³. Surgirían problemas, por supuesto, pero los europeos habían desarrollado un sistema que les permitía resolverlos sin necesidad de recurrir a la guerra. Incluso las caídas de un dirigible y de un avión alemán en territorio francés en 1913 no habían ocasionado mayor preocupación a ambos lados de la frontera⁴.

¿Por qué estalló entonces la guerra? ¿Cuáles fueron los elementos que propiciaron la conflagración mundial? ¿Era inevitable? ¿Dónde

² F. MADOX FORD, *Return to Yesterday*, Nueva York, 1932, p. 405.

³ Citado en Z. STEINER, *Britain and the Origins*, op. cit., p. 215.

⁴ E. M. CARROLL, *French Public Opinion and Foreign Affairs, 1870-1914*, Hamden, 1931, p. 254.

se encuentra su origen exacto? Sería tarea casi imposible describir en una obra de carácter general la enorme cantidad de teorías sobre los orígenes del conflicto. Se ha llegado incluso a sugerir que los orígenes del conflicto se remontan hasta el siglo IV de nuestra era. La decisión de dividir el Imperio romano entre una zona occidental que hablaba latín y una oriental que hablaba griego tuvo profundas consecuencias a largo plazo. La división cultural que desembocó en la existencia de dos ramas de la cristiandad, dos calendarios y dos alfabetos persistió a lo largo de los siglos. Los austriacos, católicos romanos, y los serbios, greco-ortodoxos, cuya disputa fue el desencadenante de la guerra de 1914, parecían estar predestinados a ser enemigos. Se ha apuntado también al siglo VII, cuando pueblos eslavos se desplazaron a los Balcanes, donde ya se habían establecido los teutones. El conflicto entre eslavos y pueblos germanos se convirtió en un *leitmotiv* de la historia de Europa y, en el siglo XX, enfrentó a alemanes y austriacos contra rusos y serbios, eslavos.

Sin embargo, para comprender el estallido de un conflicto de tal magnitud es preciso conocer las coordenadas internacionales inmediatas que hicieron posible su desencadenamiento en 1914. Se ha calificado al período previo como «anarquía internacional». Europa se encontraba en una fase de incertidumbre al no existir un concierto europeo propiamente dicho, sino una confusa y compleja red de precarias e imperfectas alianzas militares; un equilibrio inestable no basado en una auténtica comunidad internacional, sino en una sociedad embrionaria dominada por el secretismo de las decisiones políticas y militares de los Estados.

En cualquier caso, resulta complicado encontrar una guerra en la historia que pueda ser calificada como accidental o involuntaria. Con la información disponible en la actualidad resulta evidente que la Gran Guerra no fue fortuita. Diversos factores posibilitaron el conflicto. En primer lugar, los contenciosos entre Estados europeos y las alianzas continentales. Francia, aislada por la férrea política de Bismarck, trataba denodadamente de romper el cerco tejiendo sendas alianzas con Rusia y Gran Bretaña. Alemania y Austria-Hungría estrechaban sus lazos, mientras Italia se separaba progresivamente de la denominada Triple Alianza que vinculaba a Alemania, Austria-Hungría e Italia. En cualquier caso, sería un error exagerar la rigidez del sistema de alianzas o considerar la guerra europea como inevitable. Las alianzas existentes eran precarias. Italia, por

ejemplo, ignoraría sus compromisos con Alemania y pasaría a formar parte de la coalición enemiga.

Entre 1809 y 1907 la tensión internacional se mantuvo todavía fuera del continente europeo, limitándose a los conflictos coloniales entre Gran Bretaña, por un lado, y Francia y Rusia, por otro. Los acontecimientos más destacados de ese período fueron la firma de la alianza franco-rusa —que, con modificaciones, se mantuvo hasta el estallido de la Gran Guerra—; el autoconvencimiento por parte de Gran Bretaña de la necesidad de abandonar su tradicional política exterior de «espléndido aislamiento», y el comienzo de su búsqueda de aliados en el continente, objetivo que culminaría finalmente en la firma de la Entente Cordiale con Francia en 1904. Pero, sin duda, el hecho más destacado del período fue el inicio por parte de Alemania de la denominada Weltpolitik («política mundial»), que tendría una profunda repercusión en el sistema internacional de alianzas⁵.

La nueva diplomacia alemana

La última década del siglo XIX se inició con la destitución de Bismarck como canciller y, por tanto, con la consecuente desaparición de los elaborados «sistemas bismarckianos» en favor de la adopción de la nueva Weltpolitik. Con ella, Alemania deseaba participar en la política mundial y lograr así el «lugar bajo el Sol» que, según su Gobierno, le correspondía por su potencial económico y comercial, y que no poseía por haber llegado demasiado tarde al reparto colonial⁶. Es posible afirmar que la irrupción de la Weltpolitik marcó también el inicio de la deriva hacia la guerra. La adopción por parte de Alemania de una política mundial era, en gran medida, inevitable, pues respondía a una imperiosa necesidad de conquistar mercados exteriores y daba satisfacción al deseo de grandeza y prestigio del Gobierno. Pero el hecho de abandonar las bases sólidas del sistema de equilibrio en Europa por una serie de medidas unilaterales creaba

⁵ R. F. HAMILTON (ed.), *The Origins of World War I*, Cambridge, 2003.

⁶ Véase C. M. ANDREW, «German World Policy and the Reshaping of the Dual Alliance», *Journal of Contemporary History*, vol. I, núm. 3, 1966, pp. 137-151.

un conflicto irresoluble con Gran Bretaña y Rusia. La consecuencia inmediata fue el aislamiento de Alemania⁷.

Otros autores afirman que la Weltpolitik fue causa de fricción y de empeoramiento en las relaciones entre Gran Bretaña y Alemania, pero que no fue la razón decisiva por la que fracasaron los intentos anglo-alemanes para limar sus diferencias a finales de la década de 1890. Con independencia de la adopción de una u otra tesis, lo que sí puede afirmarse es que la Weltpolitik supuso un cambio sustancial, tanto en la política exterior alemana, como en las relaciones internacionales, e hizo que Alemania comenzase a participar de una manera mucho más activa en los problemas coloniales. Uno de los puntales de la Weltpolitik debía ser una potente flota de guerra concebida por el almirante Alfred von Tirpitz para ayudar a Alemania a ocupar su «lugar bajo el Sol»⁸.

Esta flota había sido ideada por Tirpitz para conseguir que Alemania lograra levantar un imperio colonial propio. En junio de 1897, Tirpitz fue nombrado secretario de Estado de la armada imperial, un honor extraordinario para el hijo de una familia de clase media. Tirpitz estaba convencido de que el futuro de Alemania se decidiría en el mar, de que Gran Bretaña era el enemigo principal de Alemania, el obstáculo para lograr sus objetivos como potencia mundial, y que los acorazados eran el único instrumento para combatir el poder británico. Nunca había participado en un combate naval y sus batallas se libraron en los pasillos y los despachos de los Ministerios de Berlín para allegar fondos para su armada. Utilizó fondos públicos y persuadió a hombres de negocios para que contribuyesen con fondos privados para fundar y respaldar la liga naval, que se convirtió en un arma de divulgación poderosa y efectiva, y se ganó el apoyo de otras organizaciones nacionalistas.

Con una extraordinaria habilidad para granjearse el favor de políticos y comités parlamentarios, en abril de 1898 Tirpitz logró que una ley adjudicara 400 millones de marcos para nuevas construcciones navales con la intención de fortalecer a la armada de Alemania con

⁷ P. MILZA, *Les relations internationales de 1871 à 1914*, París, 1997, p. 107.

⁸ I. PORTER e I. D. ARMOUR, *Imperial Germany, 1890-1918*, Londres-Nueva York, 1991, en particular el capítulo titulado «The Failure of German Diplomacy, 1890-1914», pp. 45-48. Véase también J. C. G. RÖHL, «Germany», en K. WILSON (ed.), *Decisions for War, 1914*, Nueva York, 1995, pp. 27-55.

diecinueve acorazados y un número proporcional de cruceros, torpederos y otras embarcaciones. En una discusión con el ministro de Asuntos Exteriores afirmó sin ambages: «La política es cosa vuestra. Yo construyo barcos». Utilizando las técnicas de la propaganda moderna, llevó su mensaje a todas las clases y a todas las edades a través de panfletos, conferencias, visitas de jóvenes oficiales a las escuelas y de oficiales de rango superior a los políticos, y mediante invitaciones al pueblo para que inspeccionaran las embarcaciones navales⁹.

Para lograr sus objetivos, Tirpitz había elaborado un plan denominado «Teoría del Riesgo». Asumía que Inglaterra no podía pagar ni hacer funcionar una flota que contara con más de noventa acorazados. La creencia general era que la fuerza naval de ataque necesitaba, al menos, una ventaja de tres a dos para vencer, pero Tirpitz calculó que los alemanes tendrían posibilidades de ganar sin esa ventaja, especialmente porque creía que tenían mejores barcos, entrenamiento y estructura de mando. Alemania debía construir una flota de guerra lo suficientemente poderosa como para concentrarla en el mar del Norte, lo que se traduciría en que, en caso de guerra, Gran Bretaña se vería forzada a concentrar todos sus escuadrones navales en esa zona y, aunque resultase vencedora, eso la haría vulnerable a las otras potencias. Esto obligaría a Gran Bretaña a colaborar con Alemania en sus aspiraciones coloniales. Pese a estos acontecimientos, la década de 1890 se inició con un acuerdo anglo-alemán, el Tratado de Heligoland-Zanzíbar, por el cual Alemania renunciaba a cualquier pretensión sobre este territorio cercano a Kenia y, a cambio, recibía de Gran Bretaña la isla de Heligoland en el mar del Norte¹⁰.

La alianza franco-rusa

El abandono por parte de Alemania de los sistemas bismarckianos tuvo repercusiones inmediatas. Los sucesores de Otto von Bismarck, Leo von Caprivi y Friedrich von Holstein, denunciarían el denominado Tratado de Reaseguro con Rusia al considerar que no era honesto

⁹ R. T. B. LANGHORNE, «The Naval Question in Anglo-German Relations, 1912-14», *Historical Journal*, vol. XIV, 2, 1971, pp. 361-370.

¹⁰ Véase N. RICH, *Great Power Diplomacy, 1814-1914*, Nueva York, 1992, pp. 374-377.

con la Alianza austro-alemana. Era preferible optar por una política exterior más sencilla, que fuera manejable por los simples mortales y no exclusivamente por genios diplomáticos como Bismarck. Caprivi señaló que la política exterior de Bismarck era como «mantener cinco bolas en el aire a la vez»¹¹. Von Holstein, a su vez, consideraba que el abandono del tratado no causaría ningún problema a Alemania, ya que Rusia no podía recabar apoyos de ninguna otra potencia. Si se aliaba con Gran Bretaña, debía abandonar sus proyectos en Asia central, y una alianza con Francia era impensable debido al sistema de gobierno republicano francés, unido al hecho de que Francia no podía ayudar a Rusia en sus intereses en Extremo Oriente. Rusia comenzó a temer el aislamiento, lo que, unido a la necesidad urgente de empréstitos, hizo que intentase encontrar un firme aliado en Europa. Cuando en 1891 se renovó el tratado de la Triple Alianza e Italia hizo públicos los llamados Acuerdos del Mediterráneo, Rusia aceptó iniciar conversaciones con Francia, logrando un acuerdo el 27 de agosto de 1891 en el que ambos Gobiernos acordaban consultarse sobre cuestiones que afectasen a la paz europea¹².

Sin embargo, para Francia esto no era suficiente; su diplomacia deseaba ir más allá, es decir, lograr una alianza militar formal, que finalmente se selló el 18 de agosto de 1892. En ella se estipulaba que ninguno de los dos países firmaría la paz por separado y que la Alianza se mantendría el mismo período de tiempo que durase la Triple Alianza. Francia había logrado lo que ansiaba desde 1871, es decir, escapar del aislamiento y que Alemania se viese obligada a luchar en dos frentes en caso de guerra. Alemania no supo reaccionar ante esta nueva situación, ni aprovechar las ocasiones cuando, durante sus primeros años, la Alianza estuvo a punto de romperse para realizar una contraoferta diplomática a Rusia que le hiciese abandonar su compromiso formal con Francia. Así, el Gobierno germano se limitó a declarar una guerra de aranceles contra los productos rusos y a solicitar más créditos de guerra, lo que provocó que Rusia considerase la alianza con Francia como una necesidad vital, firmando el texto definitivo en diciembre de 1893¹³.

¹¹ Citado en M. CHAMBERLAIN, *Pax Britannica?*, Londres, 1969, p. 164.

¹² J. REMAK, *The Origins of World War I*, Illinois, 1967, pp. 2-22.

¹³ G. KENNAN, *The Fateful Alliance: France and Russia and the Origins of the*

1898 y sus consecuencias diplomáticas

En 1896, Gran Bretaña iniciaba la ansiada reconquista del Alto Nilo, que había perdido a raíz de la sublevación del Mahdi en la década de 1880, y que consideraba de interés vital por su proximidad a Egipto. Francia, por su parte, deseaba establecer un imperio continuo desde el Atlántico al Índico, y con este objetivo envió una expedición al mando del general Marchand a la población de Fashoda, en Sudán, donde se topó con la enviada por Gran Bretaña bajo el mando de Horatio Herbert Kitchener. Gran Bretaña exigió de forma categórica la evacuación inmediata de Fashoda. Ante la amenaza de guerra, Francia se vio obligada a cumplir con el ultimátum. Las causas de la retirada francesa son varias: el polémico caso Dreyfuss había minado la confianza en el ejército, la caótica situación en la que se encontraba su flota y el hecho de que Rusia no le apoyara al no existir *casus foederis*¹⁴.

La crisis de Fashoda tuvo una consecuencia política destacada: demostró que para Gran Bretaña era más importante el canal de Suez que los estrechos, cuestionando así la razón de ser de la Entente mediterránea. En efecto, Gran Bretaña ya no necesitaba ni a Italia, ni a Austria-Hungría. El año 1898 marcó también la entrada definitiva de Estados Unidos en el conjunto de las grandes potencias, propiciada por la guerra hispano-americana por la cuestión de Cuba.

Al año siguiente estallaba en Sudáfrica la llamada Guerra de los Bóeres. Existía el riesgo de que los alemanes ayudasen a los afrikáneres, pero Gran Bretaña supo disipar esa amenaza al firmar con Alemania la convención secreta del 30 de agosto de 1898 por la que se repartirían las colonias portuguesas de Angola y Mozambique. Por otra parte, la Guerra de los Bóeres puso de relieve dos asuntos importantes: por un lado, la ineficacia del ejército británico y, por otro, el extendido sentimiento antibritánico en el mundo. Los franceses veían en los reveses británicos la venganza por Fashoda, los alemanes celebraban cada victoria bóer y los norteamericanos veían en esa guerra un recuerdo de su guerra de independencia¹⁵.

First World War, Nueva York, 1984, y V. I. BOVKIN, «The Franco-Russian Alliance», *History*, LXIV, 1979.

¹⁴ Un estudio reciente en R. HARRIS, *The Man on Devil's Island*, Londres, 2010.

¹⁵ Véase el capítulo titulado «The Boer War and the Boxer Rebellion», en

En 1902, Gran Bretaña firmaba una importante alianza con Japón¹⁶. En Europa el acontecimiento más importante fue la visita de Francisco José a Rusia y la firma en 1897 de un acuerdo global sobre los Balcanes por el que ambos países se comprometían a mantener el *statu quo* en la zona. Sin embargo, este acuerdo sólo serviría para congelar el problema durante diez años. El año 1898 tuvo también su relevancia internacional por dos hechos que tendrían amplias repercusiones en el futuro: por un lado, comenzó la construcción de la flota de guerra alemana y, por otro, se produjo la llegada de Théophile Delcassé al Ministerio de Asuntos Exteriores francés.

En 1898 Alemania iniciaba la construcción de una flota de guerra para poder ejercer de potencia mundial, según las populares teorías de Alfred Mahan. En su obra *La influencia del poder marítimo en la historia (1660-1783)*, Mahan analizaba ejemplos históricos para concluir que la jerarquía de las naciones era un flujo continuo y que la competencia internacional constante conducía al ascenso de algunos Estados y a la decadencia de otros. Mahan razonaba que el poderío naval había sido siempre el factor decisivo en los conflictos armados. Aunque quedaba por comprobar que ese argumento fuera el correcto, el libro tuvo un gran impacto entre las élites germanas. Para lograr la ansiada supremacía naval, el Parlamento aprobó una ley por la que se debían construir siete acorazados, dos cruceros pesados y siete ligeros. En ese momento se podía pensar que aquel despliegue iba dirigido contra la Alianza franco-rusa, pero Tirpitz tenía otro objetivo: amenazar el poder naval inglés. Debido a las nuevas construcciones, la marina tuvo que solicitar dinero y hombres, los suficientes para organizar dos cuerpos del ejército de tierra¹⁷.

R. K. MASSIE, *Dreadnought: Britain, Germany, and the coming of the Great War*, Nueva York, 1992, pp. 271-287.

¹⁶ Véanse H. KOCH, «The Anglo-German Alliance Negotiations: Missed Opportunity or Myth?», *History*, vol. LIV, 182, 1969, pp. 378-392, y E. W. EDWARDS, «The Japanese Alliance and the Anglo-French agreements of 1904», *History*, vol. XLII, 144, 1957, pp. 19-27.

¹⁷ V. BERHAHN, *Germany and the approach of war*, Londres, 1993, pp. 5-24.

La nueva diplomacia francesa: Delcassé

La genialidad diplomática de la que Alemania careció a principios del siglo xx fue muy abundante en Francia. Esa brillante diplomacia tuvo cuatro figuras destacadas: Théophile Delcassé, Poincaré y los hermanos Paul y Jules Cambon. Delcassé basó su política en torno a tres líneas claras de actuación, que serían conocidas como «sistema Delcassé». La llegada de Delcassé al Ministerio de Asuntos Exteriores francés supuso un giro fundamental en la política exterior mantenida por Francia hasta el momento. Delcassé entendió que el principal enemigo de Francia era Alemania y estableció como eje fundamental de su política la destrucción de la Triple Alianza¹⁸.

Las líneas de actuación se basaron en reforzar la Alianza franco-rusa, intentar debilitar la Triple Alianza a través de Italia, procurar solucionar los contenciosos con Gran Bretaña y recabar su apoyo para los asuntos europeos más espinosos. En agosto de 1899 se firmaba un nuevo acuerdo con Rusia con cambios sustanciales respecto al anterior. En primer lugar, se establecía que la alianza se mantendría hasta la destrucción de la Triple Alianza y, por otra parte, Francia prometía a Rusia apoyo militar si Austria intentaba un cambio en el *statu quo* en los Balcanes. A cambio, Rusia se comprometía a apoyar a Francia en su litigio sobre Alsacia-Lorena. Este nuevo tratado tuvo repercusiones importantes, ya que Francia apoyó los planes agresivos de Rusia en los Balcanes y ello la involucró en la crisis de 1914.

En el caso de Italia, Delcassé aprovechó sus problemas políticos y financieros para apartarla progresivamente de la Triple Alianza. Italia, tras el fracaso militar de Adua en 1896, perdió su oportunidad en Etiopía y su única zona de posible expansión era la Tripolitana; pero era consciente de que para ello debía contar con la aquiescencia de Francia. Para lograr este apoyo, Italia reconoció en 1896 el protectorado francés sobre Túnez y puso fin a la guerra aduanera que mantenía con Francia. Todo esto venía unido a una crisis financiera italiana que provocaba una necesidad acuciante de créditos, así como de po-

¹⁸ Véase Ch. M. ANDREW, *Théophile Delcassé and the making of the Entente Cordiale: a reappraisal of French Foreign Policy, 1898-1905*, Nueva York, 1969.

der cotizar en la Bolsa de París¹⁹. Aprovechando esta circunstancia, Delcassé forzó a Italia a firmar un tratado secreto en 1902, según el cual Italia se mantendría neutral en caso de un conflicto franco-alemán si Alemania aparecía como agresor, o si Italia consideraba que Francia se veía obligada a contestar a una provocación alemana. En contrapartida, se admitieron en la Bolsa de París la concesión de los ferrocarriles italianos²⁰.

En el acercamiento a Gran Bretaña, Delcassé jugó con la actitud inglesa hacia Alemania a partir de 1903. Gran Bretaña comenzaba a sentir que Alemania era el principal enemigo para alcanzar su hegemonía mundial. Esta preocupación inglesa obedecía a una doble inquietud: la primera era la pujanza del comercio alemán, que amenazaba con desafiar la privilegiada posición que Gran Bretaña mantenía en el comercio mundial. Alemania comenzó a aventajarla en Holanda, Bélgica e Italia, y empezó a recortar la ventaja en Francia, España y el Imperio otomano, iniciando también una penetración en los prometedores mercados de América del Sur. La segunda, la que más preocupaba en Gran Bretaña, era la construcción por parte de Alemania de una temible flota de guerra. A la ley de 1898 Alemania añadió una nueva en 1900 por la que se establecía que en 1917 debía poseer una flota de treinta acorazados, ocho cruceros pesados y veinticuatro ligeros y, para la flota de ultramar, ocho cruceros pesados y quince ligeros. A la luz de estas leyes el Almirantazgo inglés llegó a la conclusión de que Alemania se convertiría hacia 1906 en la segunda potencia mundial²¹.

Todos estos acontecimientos obligaron a Gran Bretaña a reconsiderar un acercamiento con Francia como forma de contrarrestar el temible ascenso alemán y mantener así el equilibrio europeo que tanto le interesaba. El acercamiento se plasmó en forma de acuerdo el 8 de abril de 1904 con la firma de la llamada Entente Cordiale. Este período quedaría marcado por la importancia del talento individual ya mencionado en la conducción de los asuntos estatales. Militar, geográfica, demográfica y económicamente, Francia no era más fuerte en

¹⁹ Véase C. G. HAINES, «Italian Irredentism during the Near Eastern Crisis, 1875-78», *Journal of Modern History*, IX, 1937, pp. 23-47.

²⁰ R. BOSWORTH, *Italy and the approach of the First World War*, Londres, 1983.

²¹ H. HERWIG, *Luxury Fleet. The Imperial German Navy 1888-1915*, Londres, 1997, p. 43.

el último cuarto de siglo anterior a 1914 que lo que había sido en los años 1871-1890 y Alemania no lo era menos. Sin embargo, la iniciativa comenzó a escapársele a la diplomacia alemana en beneficio de la francesa. Si anteriormente la capital diplomática de Europa había sido Berlín, París recuperó su lugar preeminente y no fueron los cañones ni el producto nacional bruto los que originaron tal cambio. Éste se produjo merced a la agudeza diplomática. En realidad, la Entente Cordiale era justo el tipo de acuerdo de cooperación informal que Alemania había rechazado siempre. La Entente fue más ventajosa para Francia que para Gran Bretaña, pues, mientras Francia recuperaba con ella su estatus de gran potencia, lo que le permitía negociar con Alemania, Gran Bretaña se veía obligada a apoyar a Francia cuando las circunstancias diplomáticas fuesen desfavorables²².

La primera crisis marroquí

A principios del siglo xx, el sultanato de Marruecos era uno de los escasos territorios de África sin colonizar y ofrecía, tanto desde el punto de vista económico como del estratégico, jugosos réditos. En Marruecos se mostraban interesados Gran Bretaña, Francia, España y Alemania. Gran Bretaña tenía intereses económicos, ya que esperaba conseguir la apertura de diversos puertos francos para el comercio; asimismo, intentaba evitar que alguna potencia pudiese obtener una porción de este territorio y con ello amenazar sus vitales comunicaciones marítimas con Egipto²³.

A lo largo de las dos últimas décadas del siglo xix, Gran Bretaña había afianzado en la zona un destacado puesto comercial, aunque se encontró con la firme rivalidad de Francia, que unía a los intereses puramente económicos, los políticos, ya que Marruecos compartía frontera con Argelia, por lo que ésta lo consideraba su coto privado. Para Alemania, Marruecos no sólo ofrecía un amplio campo para su expansión económica, sino que era una oportunidad de oro para aplicar su teoría de la *Weltpolitik* y cumplir sus objetivos políti-

²² Véanse C. ANDREW, «France and the making of the Entente Cordiale», *Historical Journal*, XI, 1967, pp. 240-256, y O. J. HALE, *The Great Illusion, 1900-1914*, Nueva York, 1971, pp. 240-249.

²³ R. K. MASSIE, *Dreadnought*, *op. cit.*, pp. 352-353.

cos. Por un lado, le permitía participar en un asunto mundial y, por el otro, podía sacar una ventaja política al permitir que una potencia ocupase Marruecos. El problema marroquí empezó a adquirir relevancia a partir de 1900, cuando los acontecimientos internos del sultanato afectaron a las distintas posiciones de los países europeos.

Desde 1900 Marruecos vivía prácticamente en guerra civil y, para salvaguardar sus intereses, tanto Francia como España fueron ocupando el territorio adyacente a sus posesiones; ello provocó, en primer lugar, la reacción del Almirantazgo inglés, que no podía permitir que otra potencia adquiriese una base naval en la costa marroquí. Esa protesta contó con el apoyo de Alemania, que intentaba conseguir que Gran Bretaña se uniese a la Triple Alianza. Sin embargo, a partir de 1903 la actitud inglesa comenzó a variar debido a que había dejado de considerar el sultanato como objetivo prioritario; ello provocó en Alemania una airada reacción al creer que no se contaba con ella para un previsible reparto de Marruecos.

Con la firma de la Entente franco-británica, la situación se modificó para Alemania, que intentó demostrar con una prueba de fuerza que se debía contar con ella en los asuntos internacionales. Esta demostración llegó con el desembarco del mismísimo káiser en Tánger en marzo de 1905. Las razones por las que Alemania provocó ese conflicto siguen siendo confusas, pues, por un lado, solicitaba una conferencia internacional para defender sus intereses comerciales y económicos, y, por el otro, deseaba debilitar a la Entente²⁴. Sea como fuere, la situación desembocó en la Conferencia de Algeciras. En principio, el resultado fue ventajoso para Alemania, puesto que había logrado dos objetivos: eliminar a Delcassé (quien tuvo que dimitir a raíz de la crisis) y forzar la internacionalización del conflicto. Sin embargo, la Conferencia de Algeciras también supuso un claro revés para Alemania, puesto que se encontró aislada con el único apoyo de Austria-Hungría, que, por otra parte, fiel a su tibia política exterior, recomendaba prudencia.

La conferencia se limitó finalmente a la cuestión de a quién sería confiado el mantenimiento del orden público en Marruecos. El delegado francés preconizaba una policía franco-española. El represen-

²⁴ Véase E. W. EDWARDS, «The Franco-German agreement on Morocco, 1909», *English Historical Review*, LXXVIII, 308, 1963, pp. 483-513.

tante alemán sugirió inicialmente una policía del sultán bajo control internacional, otorgando el mando a las pequeñas potencias, pero después pareció apoyar la tesis franco-española, aunque bajo la autoridad de un inspector general, suizo u holandés, residente en Casablanca. El texto final de la misma consagró el éxito de la tesis francesa, ya que a Francia y a España les fue concedido el control de la policía de los puertos abiertos al tráfico comercial. Por otra parte, se creaba un Banco en Tánger con participación de todos los países en pie de igualdad. Esto que, a simple vista, parecía una victoria para Alemania, en realidad se trataba de una derrota, puesto que no debilitaba a la Entente y dejaba a los franceses en una posición dominante en Marruecos. Alemania había perdido la ocasión de modificar la orientación general favorable a Francia que se había estado produciendo en la política internacional. La agresividad alemana convenció a los políticos británicos de la importancia que adquiriría para el país la concordia con Francia²⁵.

En 1905 se produjo un nuevo intento alemán para socavar la Entente. Fue la denominada Conferencia de Björkö, que tuvo lugar en julio. El zar Nicolás II y el káiser Guillermo II lograron un acuerdo de alianza entre Rusia y Alemania según el cual si una de ellas era atacada, la otra utilizaría todas sus fuerzas en Europa para ir en su auxilio. Alemania pretendía que Francia se adhiriese a la alianza para formar así una liga contra Gran Bretaña y destruir el sistema Delcassé. La trampa estaba perfectamente montada porque, si Francia aceptaba, la Entente Cordiale quedaría rota y, si rehusaba, la alianza franco-rusa se desharía. Faltaba todavía que la nueva alianza germano-rusa fuera ratificada, pues el zar había actuado solo, sin consultar a su ministro de Asuntos Exteriores, el conde Lansdorf, un aristócrata báltico que consideró de inmediato que el acuerdo de Björkö era un error, pues Francia no aceptaría jamás verse inserta en un sistema continental con predominio alemán. Por tanto, el nuevo intento alemán se saldó con un fracaso palmario, ya que, más que destruir la Entente, la reforzó, puesto que a principios de 1906 el Gobierno inglés permitió a su Estado Mayor que mantuviera conversaciones periódicas con el francés. De esta

²⁵ Véase D. STEVENSON, *Outbreak of the First World War: 1914 in Perspective*, Londres, 1997.

forma, Gran Bretaña, al descubrir el intento alemán de alianza continental, fortaleció la Entente.

En esas circunstancias y, ante el riesgo de una guerra, el Estado Mayor alemán, en la figura de su jefe, el conde Alfred von Schlieffen, jefe de Estado Mayor desde 1891 hasta 1906, preparó un memorando para el caso de que estallase una guerra generalizada en Europa. Este plan, denominado «Plan Schlieffen», condicionaría en el futuro toda la política exterior alemana. El Plan Schlieffen se basaba en un ataque rápido a Francia a través de Bélgica para que, una vez derrotado el ejército francés, el grueso del ejército germano pudiera dirigirse al este para acabar con Rusia y evitar así el cerco que suponía tener abiertos dos frentes a la vez.

La rivalidad naval

Para Alemania la Marina tenía un carácter simbólico y emocional, dado que representaba su posibilidad de expansión mundial y de demostrar sus avances tecnológicos. Asimismo, suponía un símbolo de unidad nacional y de asimilación de clases y, por añadidura, era el pasatiempo favorito del káiser, lo único constante en una vida que, por lo demás, destacó por sus vacilaciones. Además, fue éste uno de los pocos asuntos en los que el káiser se mostró inflexible en sus opiniones. En el fondo, su actitud respecto a la flota formaba parte de su relación de amor-odio con el país de su madre. Quería una armada porque los ingleses tenían una, porque era característico de las potencias mundiales tenerla, porque era una forma de obligar a los ingleses a que le prestaran atención. La flota alemana era para él, no tanto un ingrediente calculado de la política exterior, sino el emblema romántico de la gloria Hohenzollern. Una armada potente se le antojaba una oportunidad magnífica para humillar a los enemigos de Alemania y generar respeto y riquezas tanto para el gobernante como para su pueblo. Sin la armada, el káiser sabía que no podía emprender ninguna acción efectiva, ni en el Atlántico ni en el Pacífico, y que esta impotencia conduciría ineluctablemente a un deterioro humillante del prestigio de Alemania, así como del suyo propio.

Así, entre 1890 y 1914, la política naval alemana desafió el liderazgo marítimo de Gran Bretaña en gran parte por la obsesión personal de Guillermo II. Éste había pasado los veranos de su infancia con

parientes británicos en la isla de Wight, cerca del Royal Yacht Club en Cowes, donde se convirtió en regatista. Aquel club se encontraba a tiro de piedra de la base naval británica de Portsmouth y las frecuentes visitas de Guillermo II a la zona le animaron a planear la construcción de una gran armada. En 1904, con ocasión de la visita del rey Eduardo VII a Alemania, el káiser confesó: «Cuando era sólo un muchacho y visité aquella base, se despertó en mí el deseo de poseer buques como aquéllos y me dije que cuando fuese mayor debía contar con una marina tan potente como la británica». El canciller alemán, Bernhard von Bülow, tuvo que modificar aquel discurso para la prensa, pues temía que si se daban a conocer esas anécdotas infantiles se pusiera en peligro todo el presupuesto de construcción naval²⁶.

Para Gran Bretaña, por el contrario, la marina no era un capricho, ya que significaba el símbolo de su poder mundial, la garantía de evitar una invasión de su suelo, así como la posibilidad de mantener la primacía en el comercio mundial. Y, dada esta importancia estratégica, el despliegue naval alemán comenzaba a preocupar seriamente al Almirantazgo inglés; ello iba unido a la situación europea en 1906. Gran Bretaña no debía preocuparse ya de la marina rusa, puesto que ésta había sido destruida en la guerra ruso-japonesa (1904-1905), ni de la francesa, una vez firmada la Entente con Francia. Por el contrario, Alemania debía contar en caso de guerra no sólo con dos frentes terrestres, sino con la posibilidad de una guerra naval con Gran Bretaña, lo que aumentó en Alemania la necesidad de construir una flota de guerra imponente.

A finales de siglo gozaron de gran popularidad las novelas de suspense que describían guerras imaginarias en la que los alemanes invadían Inglaterra. En 1906, el libro de William Le Queux *La invasión de 1910* comenzó a aparecer, por capítulos, en el *Daily Mail*. La obra, que narraba una invasión en la que un brutal ejército alemán triunfaba fácilmente, vendió un millón de copias y causó una profunda impresión. Tampoco escapó a la atención de la oficina de Asuntos Exteriores, donde sir Francis Bertie afirmó: «Los alemanes tienen la intención de empujarnos al agua y robarnos nuestras ropas»²⁷.

²⁶ R. K. MASSIE, *Dreadnought*, op. cit., p. 151.

²⁷ V. R. BERGHAHN, *Germany and the approach of war in 1914*, Nueva York, 1973, p. 47.

Por otro lado, las batallas navales de la guerra ruso-japonesa habían suscitado profundas reflexiones entre los navalistas sobre la necesidad de construir un buque con cañones de gran calibre, debido a la certeza de que los combates ya no se realizarían a corta distancia. Estas teorías fueron expuestas fundamentalmente por el capitán de navío italiano Cunileto, quien, en una serie de artículos, apuntaba la necesidad de construir un buque con doce cañones de 305 milímetros de calibre y con una velocidad superior, con el fin de poder concentrar sobre él todo el fuego de sus cañones y ponerse fuera del alcance del enemigo gracias a su gran velocidad. Se trataba de un buque con turbinas que quemaban aceite combustible, más seguras y más rápidas que las que utilizaban carbón.

En Gran Bretaña estas teorías tuvieron amplia aceptación, fundamentalmente en la figura del almirante John Arbuthnot Fisher, quien desde 1904 era jefe de la marina. Fisher propuso la construcción del llamado dreadnought («sin temor»), un buque con diez cañones de 305 milímetros. Alemania reaccionó a la introducción de los dreadnoughts con la introducción de una nueva ley naval en 1906. Tras la guerra, Fisher reconoció que introducir ese acorazado había sido un error, pues había liquidado de golpe la primacía inglesa y había permitido a sus competidores la oportunidad de comenzar de cero. Sin embargo, la introducción del dreadnought fue también un golpe devastador para los ambiciosos planes de Tirpitz, ya que a la carrera armamentista cuantitativa Fisher había añadido un elemento cualitativo muy costoso. Con la construcción de los dreadnoughts por parte de Alemania, quedaba claro que el objetivo primordial de la flota alemana era la inglesa. Esto se ajustaba a los planes de Tirpitz compartidos por el káiser, según los cuales la construcción de una importante flota haría que Gran Bretaña se sintiese inclinada a apoyar las demandas coloniales alemanas²⁸.

Por otro lado, y como ya se ha mencionado, los cambios en la situación europea hicieron ver a Gran Bretaña que la única potencia que amenazaba su supremacía mundial era Alemania. Este temor le hizo estrechar aún más sus lazos con Francia, y, como ésta estaba deseosa de que Gran Bretaña y Rusia mejorasen sus relaciones, rea-

²⁸ Sobre el dreadnought, R. K. MASSIE, *Dreadnought, op. cit.*, el capítulo titulado «The Building of the Dreadnought», pp. 468-497.

lizó una ingente tarea diplomática para conseguirlo. Por el privilegio de formar una marina que en toda la siguiente guerra mundial mantendría un solo encuentro no decisivo con la flota británica en la batalla de Jutlandia, Alemania logró añadir a Gran Bretaña a su creciente lista de adversarios. Resultaba imposible que Inglaterra se contuviera una vez que un país continental que ya poseía el ejército más poderoso del continente empezaba a querer compararse con Gran Bretaña en los mares. El resultado de todas estas circunstancias, más el hecho de que Gran Bretaña veía como necesidad solucionar los problemas en Asia central y Persia, llevaron a la firma, el 30 de agosto de 1907, del acuerdo anglo-ruso por el que ponían fin a sus viejas diferencias en Asia central con el establecimiento de Afganistán como Estado tapón y la partición de Persia en áreas de influencia²⁹.

A partir de estos momentos se entró en una nueva fase en las relaciones internacionales en la que se vislumbraban ya dos bloques enfrentados: por un lado, la Triple Alianza y, por el otro, la Triple Entente. Aunque por el lado inglés no había intención de convertir estas Ententes en alianzas, en la práctica sí lo eran. Además, estas alianzas produjeron un cambio psicológico en las cancillerías europeas. En Alemania se empezó a hablar de *cercos*, y en Francia y Rusia se amplió el margen de actuación al poder contar con la alianza inglesa.

Bosnia

El exacerbamiento de los antagonismos entre las dos grandes coaliciones que dividían el sistema europeo e internacional y el regreso de los diplomáticos a la preocupación por Europa con el consiguiente reflujo de las ambiciones extraeuropeas e imperiales fueron los elementos dominantes entre los años 1907 y 1914. Este período derivó hacia la guerra mientras se sucedían las crisis en el Mediterráneo, sin solución de continuidad, como preludio de la crisis de julio

²⁹ R. L. GREAVES, «Some aspects of the Anglo-Russian convention and its working in Persia, 1907-14», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, XXXI, 1968, pp. 69-91. Sobre el conflicto anglo-ruso en el Asia Central, véase el estudio de P. HOPKIRK, *The Great Game. The Struggle for Empire in Central Asia*, Nueva York, 1990.

de 1914 o como terreno de pruebas para los armamentos y estrategias a la espera del gran conflicto.

Durante estos años, una Alemania aparentemente amenazada por el cerco no desperdició ocasión alguna para intentar romper en vano el círculo de valedores de Francia, pero, lejos de debilitar a la Entente, sólo consiguió el efecto contrario: afianzar los lazos anglo-franceses. Éste fue el resultado de las pruebas de fuerza de los imperios centrales. La primera de estas «pruebas de fuerza» fue la crisis bosnia de 1908, que a punto estuvo de desatar un conflicto entre Austria y Rusia.

La crisis de Bosnia hundía sus raíces en el pasado turbulento de la región. Desde 1903 con la llegada al trono de los Karageorgevitch³⁰, tras un golpe de Estado en el que destronaron a los proaustriacos Obrenovitch, Serbia intentaba convertirse en el «Piamonte» de los Balcanes, es decir, en el centro aglutinador de todos los eslavos de la zona. De ahí que iniciara contactos con croatas y eslovenos de Austria-Hungría con vistas a formar una nación de los eslavos del sur (Yugoslavia), al mismo tiempo que se dedicaba a apoyar a grupúsculos paneslavos como la Mano Negra, sociedad secreta serbia que operaba en Bosnia³¹. Por otro lado, el cambio dinástico propició también un mayor acercamiento de Serbia a Rusia, lo que conllevó un giro diplomático radical en los Balcanes en detrimento de Austria, ya que, con el apoyo explícito de Rusia, Serbia podía actuar con mayor libertad en la zona para conseguir sus objetivos, con el añadido de que Rusia pasaba a tener la actividad en los Balcanes buscada desde hacía mucho tiempo³².

Austria reaccionó ante la provocación serbia con una guerra económica, pero, ante su falta de éxito, se decidió por una medida de fuerza: la anexión de Bosnia-Herzegovina, cuya administración ostentaba desde 1878. Con ello el conde Alois Lexa von Aehrenthal (ministro de Asuntos Exteriores austriaco) pensaba eliminar el separatismo bosnio y aplastar a los revolucionarios serbios. Además, para Austria-Hungría la ocupación de Bosnia tenía una importancia

³⁰ En 1914, en España se utilizaba la palabra Servia. He considerado preferible mantener la palabra como se utiliza en la actualidad, Serbia.

³¹ J. REMAK, *The Origins of World War I*, op. cit., pp. 46-48.

³² L. C. F. TURNER, *Origins of the First World War*, Nueva York, 1970, pp. 48-60.

militar primordial, puesto que significaba mejorar sus defensas en la costa dálmata y, con ello, proteger mejor sus propias bases navales.

Para la consecución de sus objetivos, Aehrenthal pretendía contar con la ayuda de Alemania. Y el canciller alemán entre 1900 y 1909, Bernhard von Bülow, se mostraba receptivo, pues creía que con ello por fin podría romper la Entente, ya que, si Rusia no recibía ayuda de Francia ni de Gran Bretaña, se daría cuenta de que no podía confiar en ellos para llevar a cabo su política balcánica. Para no tropezar con la oposición rusa, Aehrenthal se reunió con el diplomático Alexandr Petrovich Iswolsky el 16 de septiembre de 1908 en Buchlau. En esta reunión Austria se comprometió a apoyar a Rusia para conseguir un cambio en el régimen de los estrechos del Bósforo, si ésta apoyaba la anexión de Bosnia, al mismo tiempo que Austria se comprometía a evacuar el Sandjak de Novi-Pazar. Desde el territorio de Novi-Pazar Austria-Hungría podía amenazar a Serbia por el sur y separarla de los serbios de Montenegro. Las guarniciones de Novi-Pazar, a más de mil kilómetros de Viena, iban a convertirse para los oficiales y soldados de la Doble Monarquía en una guardia monótona y obsesiva frente a un nuevo «desierto de los tártaros» que permitiría la independencia de Bulgaria.

Iswolsky aceptó el acuerdo y Austria llevó a cabo la anexión de Bosnia el 5 de octubre de 1908; al mismo tiempo, Fernando de Bulgaria proclamó su independencia de Turquía. Iswolsky intentó que las potencias aceptasen el cambio en el estatus de los estrechos, pero todas se negaron. Cuando Rusia se dio cuenta de que Austria la había engañado, intentó convocar una conferencia internacional para resolver el conflicto, pero Alemania se negó y Francia y Gran Bretaña sólo le ofrecieron apoyo diplomático.

Finalmente, el 26 de febrero de 1909 Turquía aceptaba a regañadientes la anexión de Bosnia, y Austria exigía a Serbia un compromiso firmado por el que se comprometiera a renunciar a cualquier tipo de reclamación. Serbia dirigió su mirada a Rusia y ésta recibió un ultimátum por parte de Alemania. Rusia, aislada y debilitada, aconsejó a Serbia que firmara el acuerdo, cosa que finalmente hizo el 31 de noviembre de 1909. Los imperios centrales consiguieron un triunfo más aparente que real, pues la Entente seguía intacta, habían provocado que Rusia se aferrase más a Francia para salvaguardar sus objetivos balcánicos y, además, reforzaron el sentimiento antialemán en los medios dirigentes rusos. Asimismo, el nuevo *statu quo* no solucionaba el

problema eslavo, ya que motivó que Serbia intensificara su apoyo a la Mano Negra y a los movimientos de los eslavos del sur³³.

La consecuencia inmediata de todo ello fue la firma por parte de Italia de un tratado secreto con Rusia, el Tratado de Racconigi de octubre 1909, por el que ambos países se comprometían a mantener la integridad del Imperio otomano y a consultarse en el caso de que Austria intentase llevar a cabo nuevas modificaciones territoriales en los Balcanes. Al mismo tiempo, Italia se comprometía a apoyar a Rusia en su demanda sobre los estrechos a cambio de recibir apoyo ruso en los derechos italianos en la Tripolitana.

Quizá la consecuencia más importante se dejaría sentir mucho más tarde. La humillación sufrida por Rusia a manos de Alemania aceleró su rearme dirigiéndolo fundamentalmente contra el Reich. Alemania, que ya se encontraba librando una carrera de armamentos navales con Gran Bretaña, se enfrentaba ahora con una carrera de armamentos terrestre con Rusia. Asimismo, el rearme ruso creó un complejo de miedo al «rodillo ruso» en Alemania, el cual, unido al temor al «rodillo alemán» que existía en Francia, produjo un conturbado ambiente de temor y desconfianza. Finalmente, en Alemania el rearme ruso sirvió de argumento para iniciar una guerra preventiva antes de que Rusia lo finalizase en el año 1916³⁴.

La segunda crisis marroquí

El segundo intento alemán de romper la Entente se produjo durante la crisis marroquí de 1911. Alemania no intentó obtener ninguna zona concreta de Marruecos, aunque sí esperaba conseguir una compensación territorial a costa de Francia. La crisis tuvo sus orígenes en los conflictos internos de Marruecos. Para defender a sus ciudadanos, Francia ocupó Fez el 4 de mayo de 1911, algo que Alemania consideró una violación clara del Acta de Algeciras, por lo que, pretextando la defensa de sus ciudadanos, envió la cañonera *Panther* a Agadir. Estallaba de nuevo una crisis internacional que a punto estuvo de deri-

³³ S. WILLIAMSON, *Austria-Hungary and the origins of the First World War*, Londres, 1990, pp. 70-75.

³⁴ Véase K. NEILSON, «Russia», en K. WILSON, *Decisions for War, 1914*, op. cit., pp. 97-121.

var en guerra europea. Para aceptar el establecimiento de un protectorado francés en Marruecos, Alemania solicitó todo el Congo francés como compensación. Era algo que Francia no podía tolerar, aunque tampoco podía ir a una guerra con Alemania porque su ejército no estaba todavía preparado. Finalmente, Gran Bretaña apoyó a Francia por el temor a que, en caso de guerra, Alemania derrotase a Francia y se apoderara de la estratégica costa atlántica francesa³⁵.

El 4 de noviembre de 1911 Alemania y Francia firmaban un acuerdo por el que Alemania reconocía el derecho francés a establecer un protectorado a cambio de que Francia salvaguardara los intereses económicos alemanes. Además, Alemania recibió diversas compensaciones territoriales en África, en particular en el Congo francés. Francia aceptó limitar sus derechos sobre el Congo belga y prometió no utilizar su derecho de tanteo si Bélgica accedía a ceder el Congo a Alemania³⁶.

La crisis causó una inflamación de los medios nacionalistas tanto en Francia como en Alemania. En Francia provocó la caída de Caillaux en el Ministerio de Asuntos Exteriores, que fue sustituido por Poincaré, quien volvería a situar la reivindicación de Alsacia-Lorena en el centro de la política francesa. Por otra parte, el resultado de la crisis motivó el inicio de conversaciones militares entre Francia y Gran Bretaña para coordinar el envío de un cuerpo expedicionario inglés a Francia en caso de guerra europea. Pero quizás la consecuencia más grave de esta crisis fuera el agravamiento de las tensiones anglo-alemanas. En la crisis de Agadir surgió la posibilidad de un conflicto anglo-alemán, en cambio no se produjo en ningún momento uno franco-alemán³⁷.

La misión Haldane

Tras la crisis de Agadir, en Gran Bretaña accedió al poder un nuevo Gobierno liberal que prometió dedicar más inversiones a la reforma social, lo que suponía una reducción significativa de los gastos

³⁵ J. S. MORTIMER, «Commercial interests and German diplomacy in the Agadir Crisis», *Historical Journal*, X, 1967, pp. 440-456.

³⁶ J.-C. ALLAIN, *Agadir 1911. Une crise impérialiste en Europe*, París, 1976.

³⁷ S. WILLIAMSON, *The Politics and the Great Strategy: Britain and France prepare for War 1904-1914*, Harvard, 1964.

militares. Una gran partida del gasto estaba comprometida en la carrera naval con Alemania y por ello Gran Bretaña trató de lograr un acuerdo para frenarla³⁸. En efecto, durante estos años, mientras se producían las distintas crisis europeas, seguía en marcha el antagonismo naval anglo-alemán, que pendía como una espada de Damocles en las relaciones entre ambos países. A la construcción de dreadnoughts por parte de Alemania, Gran Bretaña respondió unos años más tarde con la construcción de los superdreadnoughts, barcos mucho más acorazados y de una velocidad mayor³⁹.

Así pues, en febrero de 1912 se creó la denominada Misión Haldane. De esta misión, Gran Bretaña pretendía obtener una reducción en el programa de construcción naval alemán al mismo tiempo que ofrecía a Alemania un tratado por el que Gran Bretaña permanecería neutral en caso de que Alemania fuese atacada por otra potencia. En caso de ser Alemania la potencia atacante, Gran Bretaña se reservaba la libertad de acción. Sin embargo, lo que pretendía obtener Tirpitz en las negociaciones era la aceptación por parte de Gran Bretaña del ratio 2:3, es decir, que por cada dos buques construidos por Alemania, Gran Bretaña construiría tres. Ello conllevaría la reducción de la flota alemana; a cambio, Gran Bretaña debería «recompensar» a Alemania con contrapartidas coloniales. Además, se esperaba que Gran Bretaña permaneciese neutral en caso de guerra. Ésta rechazó la oferta.

Algunos historiadores han defendido, no obstante, que fue Alemania la que rechazó la oferta porque lo que en realidad pretendía era que, a cambio de la reducción de la flota, Gran Bretaña se comprometiese a permanecer neutral en caso de guerra. Los británicos decidieron que Alemania sólo estaba interesada en apartar a Gran Bretaña mientras lidiaba con Francia, tras lo cual volvería a enfrentarse con su rival en el mar. Los alemanes veían el asunto de forma diferente: Gran Bretaña, comprando a plazos su hegemonía en el mar, estaría en condiciones de intervenir en una guerra continental en el momento que considerase oportuno⁴⁰.

³⁸ Véase «The Navy Scare of 1909», en R. K. MASSIE, *Dreadnought, op. cit.*, pp. 609 y ss.

³⁹ D. KAGAN, *Sobre las causas de la guerra y la preservación de la paz*, Madrid, 2003, pp. 139-142 y 153-158.

⁴⁰ Véanse, por ejemplo, Z. STEINER, *Britain and the Origins, op. cit.*, pp. 46-58,

Al mismo tiempo que el káiser rechazaba el ofrecimiento inglés, el Reichstag votaba un nuevo proyecto de ley naval. Las conversaciones finalizaron el 22 de marzo sin acuerdo alguno. Richard Burdon Haldane tenía órdenes de llegar a un acuerdo naval con Alemania, junto con esta prueba de la neutralidad británica: «Si una de las partes contratantes [Gran Bretaña y Alemania] se ve envuelta en un guerra en que no pueda decirse que sea la agresora, la otra al menos observará con la potencia así comprometida una neutralidad benévola». El motivo fundamental de que fracasaran los intentos de establecer una alianza anglo-germana fue la incomprensión por parte de los gobernantes alemanes de la política exterior británica tradicional. Gran Bretaña sólo aceptaba dos tipos de compromiso: acuerdos militares limitados para enfrentarse a peligros específicos o alianzas para cooperar diplomáticamente en aquellas cuestiones en que sus intereses estuvieran en consonancia con los de otro país. En el fondo no existía una base para alianza. La política alemana estaba dirigida al desafío y a la competencia con Gran Bretaña, no a la cooperación, y la opinión pública era hostil en ambos países. Los intereses británicos y alemanes no se enlazaban, no existía ninguna posibilidad de un *quid pro quo*.

Las guerras balcánicas

El origen de estos sangrientos conflictos se remontaba al deseo de las minorías nacionales de Macedonia de liberarse del yugo turco, que les imponía un régimen opresivo; en particular, en el aspecto religioso. Ello iba unido a los deseos de Bulgaria, Serbia y Grecia, que poseían significativas minorías en Macedonia, por expandirse en su territorio. Finalmente, Rusia, deseosa de recuperar el prestigio perdido en 1909, favoreció la formación de una Liga Balcánica. Después de varias negociaciones, el 13 de marzo de 1912 se firmó un tratado entre Serbia y Bulgaria, en principio defensivo, pero que contenía una cláusula secreta sobre el reparto de Macedonia en caso de que peligrase el *statu quo*. El 29 de mayo se firmaba un tratado greco-búlgaro de las mismas características al que más tarde se sumó Montenegro. Los países bal-

y G. M. THOMPSON, *The Twelve Days, 24 July to 4 August 1914*, Nueva York, 1964, pp. 27-28.

cánicos aprovecharon la guerra italo-turca y, el 17 de octubre de 1912, declararon la guerra a Turquía. En pocas semanas los serbios derrotaban a los turcos en Monastir y los griegos capturaban Salónica. A los ojos de las grandes potencias, la derrota turca y el hundimiento definitivo del Imperio otomano parecían inminentes, por lo que veían con preocupación el desarrollo de la guerra⁴¹.

El resultado de esta guerra produjo en las grandes potencias el germen de un posible estallido de una contienda general. Por una parte, Austria-Hungría veía con desasosiego que Serbia se instalase en la costa adriática; otro tanto le ocurría a Italia. Alemania apoyaba a Austria por miedo a romper la tradicional alianza; Francia apoyaría a Rusia si se producía un ataque austriaco con apoyo alemán. Finalmente, las grandes potencias se reunieron en una conferencia en Londres. Gran Bretaña, en particular su ministro de Exteriores, esperaba con esta maniobra diplomática mantener la paz europea y el equilibrio entre las potencias, tan necesario para el poder inglés. Francia, por su parte, no confiaba en la conferencia, ya que apoyaba a Rusia, quien, a su vez, tenía aún menos expectativas e incluso pensaba que Gran Bretaña no era un aliado excesivamente fiel. La conferencia ponía dos problemas sobre la mesa: la creación de Albania, petición austriaca a la que no pensaba renunciar, puesto que con ello pretendía evitar la salida al mar de Serbia, y, por otro lado, el problema de las islas del Egeo. En este estado de cosas se firmó el Tratado de Londres el 30 de mayo de 1913, que puso fin a la primera guerra balcánica sin solucionar el problema albanés, ni la cuestión de las islas del Egeo.

Las conclusiones de la guerra fueron varias: Austria había logrado un éxito relativo al impedir el acceso al mar de Serbia y la creación de Albania, así como que Scutari fuese reconocida por las potencias como una ciudad albanesa; pero, por otro lado, Turquía dejaba de ser un contrapeso en los Balcanes y sólo Bulgaria y Rumanía podían servir para frenar la pujanza serbia. Sin embargo, el gran fracaso austriaco fue impedir el engrandecimiento serbio: los eslavos del sur se vieron obligados a mirar hacia Serbia como su salvadora, aun siendo Austria una gran potencia⁴². Rusia, por su parte, había tenido que renunciar a

⁴¹ D. KAGAN, *Sobre las causas de la guerra*, op. cit., pp. 106-107, 111 y 113-116.

⁴² S. WILLIAMSON, *Austria-Hungary and the origins of the First World War*, op. cit., pp. 140-141.

sus propuestas y tuvo que hacer que Serbia y Montenegro aceptaran las resoluciones de Londres, con lo que consideraba que de nuevo había sufrido una merma en su prestigio. Por su parte, los países balcánicos no quedaron nada satisfechos con el reparto del botín⁴³.

La segunda guerra balcánica estallaba el 25 de junio de 1913 con un ataque sorpresa de Bulgaria contra sus antiguos aliados. Sin embargo, y pese a sus éxitos iniciales, Bulgaria comenzó a perder la guerra. Austria-Hungría, temerosa de que Bulgaria saliese derrotada y que con ello se produjese un engrandecimiento de Serbia, anunció a Alemania su intención de intervenir para evitar la creación de una «Gran Serbia», pero ni Alemania ni Italia apoyaron ese deseo porque no consideraron que estuviera en peligro la integridad austriaca. Finalmente se produjo la derrota búlgara y el 10 de agosto de 1913 se firmó la Paz de Bucarest, por la que Bulgaria perdía la práctica totalidad de sus conquistas anteriores. Serbia lograba duplicar su territorio y aumentaba en más de un millón el número de sus habitantes. Grecia, por su parte, obtuvo el sur de Macedonia, las orillas del mar Egeo con Salónica, una parte de Tracia, el sur del Epiro y ciertas islas del Egeo. También Montenegro duplicó su territorio y Rumania obtuvo la Silistria con la ciudad de Dobrudja. Por su parte, Turquía recuperó Adrianópolis, y Bulgaria se tuvo que limitar al valle de Strumiza en Macedonia y a una zona en el mar Egeo. Las potencias crearon sobre la costa adriática el Estado de Albania.

Los resultados de las guerras balcánicas fueron más bien desfavorables para la Triple Alianza. Por un lado, Austria se enfrentaba al problema que más había temido: la formación de una Gran Serbia. Rumania, al tomar partido contra Bulgaria, rompía el tratado con Austria y entraba en la órbita de Rusia. Además, la prudencia solicitada por Alemania a Austria creó un conflicto entre los dos países porque Austria consideraba que Alemania pensaba más en sus propios intereses que en los de su aliado y, en consecuencia, la criticaba por no comprender el peligro que Serbia representaba para la integridad austriaca.

La Conferencia de Londres había acordado la creación de Albania, pero ninguno de los países balcánicos se retiró de los territorios

⁴³ Véase M. CORNWALL, «Serbia», en K. WILSON (ed.), *Decisions for War, 1914*, op. cit., pp. 55-97.

que debían corresponder al nuevo Estado. Ante esta situación, Austria e Italia presentaron un ultimátum a Grecia para que se retirara de la parte meridional a cambio de las islas del Egeo, a lo que ésta accedió ante el apoyo inglés al ultimátum. Si bien Gran Bretaña no creía en la supervivencia del nuevo Estado, le pareció correcto que Austria e Italia lo administrasen, pues esperaba que ello provocase una crisis en el seno de la Triple Alianza⁴⁴. Serbia, por su parte, continuaba sin retirarse de los territorios cedidos a Albania y, por ello, Austria, que en esta ocasión contaba con el apoyo de Alemania, empezó a considerar que había cometido un error al no apoyar a Austria antes y cursó un ultimátum a Serbia en octubre de 1913. Este ultimátum tendría dos consecuencias relevantes: por un lado, el partido de la guerra empezó a cobrar importancia en los círculos de decisión austriacos y, por otro, la diplomacia perdió su atractivo como medio adecuado para acabar con el problema eslavo. Así, en Austria se aceptó la posibilidad de una guerra, incluso contra Rusia⁴⁵.

Finalmente, Serbia se retiró de los territorios albaneses posibilitando la creación del Estado de Albania. Pero la consecuencia más importante de las dos guerras balcánicas se produjo en Alemania, pues ésta, para mantener una posición de primer orden, no podía seguir dejando que se deteriorase la situación de la Triple Alianza en los Balcanes, y, por ello, debía empezar a adoptar una actitud intervencionista en la zona. Sin embargo, la adopción de esta política la convertía en prisionera de la mala situación de Austria y la obligaba a compartir su azaroso destino en la zona. A partir de esos momentos, Alemania apoyaría a Austria incluso en caso de conflicto armado.

Las guerras balcánicas crearon la sensación en Europa de que la guerra era una posibilidad en un futuro inmediato, por lo que los Gobiernos europeos se fueron preparando para ella⁴⁶. La consecuencia de esa sensación fue la aprobación de nuevas leyes militares: Alemania votó una ley el 3 de julio de 1913 por la que el ejército debía contar con 820.000 hombres en octubre de 1914; Austria-Hungría votó una ley en 1912 por la que aumentaba el período de servicio militar

⁴⁴ R. BOSWORTH, *Italy. The least of the Great Powers: Italian Foreign Policy before the First World War*, Londres, 1979, pp. 235-236.

⁴⁵ A. F. PRIBAM, *Austrian Foreign Policy, 1908-18*, St. Leonards, 1923.

⁴⁶ D. G. HERRMAN, *The Arming of Europe and the Making of the First World War*, Princeton, 1996, en particular pp. 7-37, 59-113 y 199-225.

en tres años para la caballería y en dos para la infantería y la artillería, así como un aumento del ejército de 103.000 a 160.000 efectivos. Italia, debido a su guerra con Turquía y a la pacificación de Libia, incrementó también su ejército⁴⁷.

Las potencias de la Triple Entente tampoco eran ajenas a esta carrera y, en 1913, Francia votaba el proyecto de servicio militar de tres años, un incremento de los efectivos a 750.000 hombres y la incorporación a filas a partir de los veinte años. A finales de 1913, Rusia iniciaba un proceso de reorganización de su ejército, especialmente de sus unidades de artillería y un nuevo programa de construcción de líneas férreas que finalizaría en 1917⁴⁸. En Gran Bretaña se iniciaron también movimientos que pretendían la creación de un servicio militar obligatorio, algo contrario al espíritu del Gobierno liberal. A la postre, lo único que se llevó a cabo fue un programa de acción conjunta con los «dominios», por si estallaba una guerra.

La crisis de julio

El asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo provocó una reacción diplomática en todas las cancillerías europeas. Esta intensa actividad diplomática que desembocó en el estallido de la guerra es conocida como la *crisis de julio*. Inevitablemente, el primer país en reaccionar fue Austria-Hungría, que tenía como prioridad vital eliminar a Serbia; incluso el emperador, que en muchas ocasiones había apoyado al sector más moderado, se encontraba en esos momentos entre los firmes partidarios de una acción de fuerza. No obstante, antes de iniciar una guerra contra Serbia necesitaba conocer la postura del Gobierno húngaro y, lo que era más importante, la actitud de Alemania.

El 2 de julio ya se conocía que los autores del atentado habían estado en contacto con los servicios secretos serbios, lo que provocó que los militares austriacos exigieran de inmediato ir a la guerra, pero se debía contar con la eventualidad de que Rusia no abandonase a

⁴⁷ W. A. RENZI, «Italy's neutrality and entrance into the Great War: a re-examination», *American Historical Review*, núm. LXXIII, 1968, pp. 1414-1432.

⁴⁸ D. G. HERRMAN, *The Arming of Europe and the Making of the First World War*, op. cit., pp. 129-131, 134-135 y ss.

Serbia y, por ello, era fundamental conocer primero la actitud de Alemania. Austria envió a Alemania al conde Alexander Hoyos para que se entrevistase con las autoridades alemanas y recabara su opinión sobre los planes austriacos⁴⁹.

El conde Hoyos mantuvo una reunión el 4 de julio con el káiser y el subsecretario de Exteriores, Zimmermann. En ésta, el káiser le transmitió que Alemania apoyaría cualquier acción iniciada por Austria, pero que debía conocer primero la opinión del canciller. Al día siguiente, Hoyos se reunió con Bethmann Hollweg y éste reafirmó las palabras del káiser, indicándole que cualquier acción que tomase Austria debía ser de inmediato, puesto que Bethmann pretendía colocar a las otras potencias frente a un *fait accompli* y con ello lograr la localización del conflicto. Esta apuesta germana ha sido descrita tradicionalmente como el famoso «cheque en blanco» para Austria.

Sin embargo, la respuesta austriaca no se produjo de forma inmediata, sino que tardó en llegar debido a su complejo sistema de gobierno; con ello, Alemania veía difícil la posibilidad de localizar el conflicto, puesto que Rusia había empezado a actuar en la zona dando muestras de apoyar a Serbia. Al dejar pasar el tiempo, la natural solidaridad monárquica que podía suscitar el asesinato del heredero a la corona de Austria-Hungría dio paso a una situación en la que una gran potencia amenazaba a una pequeña. Finalmente, el 23 de julio Austria entregó a Serbia un ultimátum totalmente inaceptable, debido a que se solicitaba que los oficiales austriacos investigasen la conexión de los servicios secretos serbios en el atentado. La respuesta final serbia fue una obra maestra diplomática. Al aceptar gran parte de la demandas, los serbios mostraban a sus adversarios como poco razonables, en particular si Austria-Hungría decidía recurrir a la fuerza para que se cumpliera la totalidad del ultimátum. Así, el Gobierno serbio aceptó con matices casi todos los puntos del ultimátum, salvo el referente a la intervención de oficiales austriacos en la investigación, lo que habría supuesto renunciar de hecho a su soberanía. Según las autoridades serbias, «aceptar tal demanda sería una violación de la constitución y del procedimiento penal»⁵⁰.

⁴⁹ H. C. W. DAVIS, «The Genesis of the war», *English Historical Review*, XXXIX, 1924, pp. 217-239.

⁵⁰ Desde una perspectiva actual resulta llamativo que las condiciones del ulti-

Ante el cariz del ultimátum, Serbia solicitó ayuda a Rusia. Ésta se la prestó comunicando a Austria que, si iniciaba un ataque sobre Serbia, respondería a la agresión. El 28 de julio Austria ordenó la movilización parcial contra Serbia, convencida de que la postura alemana detendría la respuesta rusa. Alemania, por su parte, no quería una intervención precipitada que pudiese hacerla aparecer como la agresora, puesto que confiaba en poder mantener la neutralidad inglesa.

A pesar de ello, los acontecimientos militares comenzaron a eclipsar a las gestiones diplomáticas. El mismo 28 de julio, Rusia había decretado la movilización parcial en cuatro distritos. Debido al Plan Schlieffen, para los militares alemanes era perentorio seguir los pasos de Rusia y decretar la movilización para que dicho plan tuviera posibilidades de éxito. Durante ese período crucial el presidente francés Poincaré y su primer ministro Viviani se encontraban de visita en San Petersburgo. Se ha especulado mucho sobre lo que se trató en esas conversaciones; para algunos autores, durante la visita Francia también le concedió un cheque en blanco a Rusia⁵¹.

Entre los días 28 y 31 de julio se produjeron intensos movimientos diplomáticos. Por un lado, Rusia transmitió a Austria su deseo de diálogo, que ésta condicionó a que Rusia paralizara antes su movilización; y, por otro lado, Gran Bretaña comunicó a Alemania que aceptaría la ocupación austriaca de Belgrado y su deseo de que se celebrase un congreso europeo para zanjar la cuestión; Alemania se negó. Rusia decretó la movilización general el 31 de julio, y Alemania hizo otro tanto. A su regreso de vacaciones, el káiser Guillermo II se entrevistó con Bethmann Hollweg. El canciller le propuso su renuncia. «No», le respondió sin ambages el káiser, «tú has cocinado esta bazo-fia; ahora te la vas a comer»⁵². El 1 de agosto, Alemania decretaba su movilización general; ese mismo día lo hizo Francia. Si cada una de las grandes potencias actuó en la crisis de julio de 1914 de acuerdo con sus intereses nacionales, también es cierto que su decisión de entrar en guerra estuvo condicionada por los planes de operaciones ela-

mátum que rechazó Serbia son bastante similares al ultimátum que Estados Unidos presentó a Afganistán tras los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001.

⁵¹ G. M. THOMPSON, *The Twelve Days, 24 July to 4 August 1914*, *op. cit.*, pp. 51-56, y G. KRUMEICH, *Armaments and Politics in France on the Eve of the First World War*, Leamington Spa, 1984, pp. 215-230 y 240-241.

⁵² Citado en R. K. MASSIE, *Dreadnought*, *op. cit.*, p. 869.

borados antes del conflicto y pensados para situaciones que nada tenían que ver con un oscuro magnicidio en un rincón de Europa.

A partir de ese momento la maquinaria de la guerra se puso inexorablemente en marcha. Para Alemania era indispensable atacar pronto a Francia, antes de que la movilización rusa estuviese terminada. Por ello, Alemania, pretextando un ataque aéreo francés sobre Núremberg, declaró la guerra a Francia el 3 de agosto. El 4 de agosto, en previsión del Plan Schlieffen, invadía Bélgica, lo que provocó la declaración de guerra inglesa a Alemania. Es posible que una posición más firme por parte de Gran Bretaña hubiese tenido un efecto desalentador en vista de las dudas del káiser y de Bethmann Hollweg. Se puede considerar que la guerra fue un fracaso general de la disuasión, ya que Alemania fracasó en persuadir a Austria-Hungría y Gran Bretaña a la propia Alemania. Sea como fuere, la Primera Guerra Mundial había comenzado⁵³.

Una cadena fatal de acontecimientos y de malas decisiones, que no pretendían en sí la guerra, ni una contienda generalizada, dio lugar a la mayor tragedia vivida por el mundo hasta entonces⁵⁴. Aunque hoy nos resulte irónico, la primera causa mecánica de la Primera Guerra Mundial radicó en el hecho de que los bosnios querían pertenecer al proyecto de la Gran Serbia.

Al inicio del conflicto, se conformaron dos bloques iniciales; de un lado, los imperios centrales, Alemania y Austria-Hungría, y, del otro, la Triple Entente, compuesta por Francia, Gran Bretaña y Rusia, más Serbia y Montenegro y la agredida Bélgica. En el curso de la contienda las dos coaliciones crecieron al involucrarse nuevos Estados en el conflicto; por el lado de los imperios entró el propio Imperio otomano en octubre de 1914 y Bulgaria en octubre de 1916; por parte de los Aliados, Japón en agosto de 1914, Italia en mayo de 1915, Rumanía en agosto de 1916, Estados Unidos en abril de 1917, Grecia y Brasil en junio de 1917 y Portugal en marzo de 1918.

La Gran Guerra fue un conflicto novedoso, no sólo por la magnitud de los implicados de manera política y geográfica; desde un punto

⁵³ J. H. MAURER, *The Outbreak of the First World War: Strategic Planning, Crisis decision making and Deterrence Failure*, Westport CN, 1995, pp. 29-45 y 101-107.

⁵⁴ Sobre la influencia del tiempo en la crisis, S. KERN, *The Culture of Time and Space. 1880-1918*, Harvard, 1983, capítulo titulado «Temporality of the July Crisis», pp. 259-287.

de vista estrictamente militar también presentó muchos aspectos inéditos: fue la primera guerra general entre Estados altamente organizados y con masivos recursos industriales y demográficos, la primera en que se aplicaron de manera igualitaria medios avanzados de destrucción, y en la que se enfrentaron no sólo ejércitos, sino pueblos. La población civil sufrió con los bombardeos y los hundimientos de navíos por parte de los submarinos. Por ello, su moral desempeñó un papel decisivo en el conflicto; fue una guerra «psicológica» además de política y militar⁵⁵.

La importancia del conflicto no debe ser desdeñada. Sin embargo, es preciso refutar algunas generalizaciones frecuentes. La guerra fue más breve y menos sangrienta que la Segunda Guerra Mundial: se cobró una quinta parte de vidas humanas. Las áreas totalmente destruidas se limitaron a una franja relativamente estrecha entre Bélgica y Francia y los territorios disputados entre Rusia y Austria-Hungría sufrieron daños en menor cuantía. Existía un curioso sentimiento de irrealidad en la guerra: los hombres podían partir hacia París o Londres, que la guerra había dejado prácticamente intactas, y luego regresar a morir en las trincheras (en la Segunda Guerra Mundial no habría escapatoria posible del conflicto). Uno de los personajes de la gran novela de Henri Barbusse sobre la guerra, *El Fuego*, comenta amargamente durante un permiso: «Estamos divididos en dos países extranjeros. El frente, donde hay demasiado sufrimiento, y la retaguardia, allí donde existe demasiada alegría»⁵⁶. Debido a que el empate en el frente occidental se prolongó durante tanto tiempo, los ejércitos no tuvieron ocasión de saquear el territorio enemigo quemando y destruyendo ciudades. Las guerras de maniobra siempre dejan una estela de destrucción a su paso.

La guerra pronto trascendió sus resultados militares y políticos. En el plano social e ideológico produjo el derrumbe de unas estructuras de poder clientelistas, jerárquicas y elitistas obrando una transformación

⁵⁵ Véanse J. BUCKLEY, *Air Power in the Age of Total War*, Londres, 1999; D. PISANO, *Legend, Memory and the Great War in the Air*, Seattle, 1992; R. WOHL, *A Passion for Wings: Aviation and the Great War in the Air*, New Haven, 1994; G. JORDAN (ed.), *Naval Warfare in the Twentieth Century, 1900-1945*, Londres, 1977, y también el capítulo titulado «Management of Moral» en I. F. W. BECKETT, *The Great War. 1914-1918*, Harlow, 2001, pp. 279-291. Véase asimismo G. HARTCUP, *The War of Invention: Scientific Developments, 1914-18*, Londres, 1988.

⁵⁶ H. BARBUSSE, *El Fuego, Diario de una Escuadra*, Barcelona, 2009.

en la fisonomía de muchos Estados europeos, donde irrumpieron con fuerza las tendencias modernizadoras: el nacionalismo, el liberalismo y el socialismo, fuerzas soterradas en la Europa de las monarquías.

Cuando Winston Churchill escribió una obra sobre el conflicto, la tituló *La crisis mundial*, evitando el término «Primera Guerra Mundial». En realidad, la «primera» Primera Guerra Mundial había sido la denominada Guerra de los Siete Años de mediados del siglo XVIII, cuyos campos de batalla se extendieron por Europa, América y el océano Índico. Sin embargo, en 1921 el coronel Charles à Court Repington, antiguo corresponsal de guerra, publicó sus diarios bajo el título *La Primera Guerra Mundial*. En 1918, un profesor de Harvard fue enviado a Europa para escribir una historia de la guerra. Al encontrarse con Repington, discutieron sobre cómo denominar el conflicto. Repington señaló: «Le propuse llamarla *la Guerra*, pero era una denominación que no podía durar. *La guerra alemana* era otorgarles demasiado a los alemanes. Sugerí: *la Primera Guerra Mundial* para evitar que las generaciones posteriores olvidasen que la historia del mundo era la historia de la guerra». Apropiada o no, la denominación se consolidó y suplantó a la designación más certera: *la Gran Guerra*, que fue como la denominaron los coetáneos⁵⁷.

El Plan

El largo y tortuoso camino que llevó a la decisiva batalla de El Marne se inició muy lejos de ese río del norte de Francia, en un enorme edificio de ladrillo rojo en la parte norte de la Königsplatz de Berlín, sede del Estado Mayor alemán. Fue en ese edificio, adyacente al Reichstag y frente a la famosa y alargada columna de la victoria que conmemoraba las guerras de unificación, donde el jefe de Estado Mayor, Alfred von Schlieffen, desarrolló meticulosamente la estrategia utilizada para la invasión de Francia en 1914.

El problema fundamental de cómo lidiar con la diplomacia y la geografía se convirtió en la obsesión de los planificadores militares alemanes. En realidad, se basaba en un complejo asunto sobre el número de hombres. El ejército alemán reclutaba principalmente en el

⁵⁷ R. COWLEY, *The Great War*, op. cit., p. xiv.

campo. Los oficiales solían ser los hijos de los terratenientes, mientras que los reclutas lo eran de los campesinos. Con esta composición se aseguraba que el ejército fuera conservador; incluir un mayor número de hombres de las ciudades podía convertirlo en más liberal. Cuando Francia y Rusia amenazaron con rodear Alemania, una posible respuesta hubiera sido reclutar más hombres de las ciudades y del campo. Sin embargo, tal iniciativa no contaba con el beneplácito de la mayoría de los generales alemanes. Los oficiales urbanos de clase media tendían a ser más críticos con la política, mientras que los hombres de clase trabajadora de las ciudades podían «infectar» al ejército con el socialismo. Temiendo tal resultado, el káiser y sus generales intentaron adaptarse a los medios de los que disponían. Esta decisión suponía que el Gobierno debía apuntalar la fiabilidad militar de los aliados, Austria-Hungría e Italia. Por otro lado, tenía que planificar, entrenar y adoptar nuevas tecnologías para maximizar eficiencia, estrategia, operaciones y tácticas.

Todos los planes alemanes para la guerra que se avecinaba concluían que Alemania no sería capaz de mantener una lucha en dos frentes por mucho tiempo. De ahí la necesidad de derrotar a uno de los oponentes de forma rápida y decisiva, para concentrar sus fuerzas en el otro sector. Sólo una ofensiva estratégica relámpago podía conseguir este objetivo. El plan que idearon fue obra de Von Schlieffen (1833-1913), jefe de Estado Mayor entre 1891 y 1906⁵⁸. Schlieffen se había educado como todos los oficiales alemanes en el precepto de Clausewitz: «El corazón de Francia está situado entre Bruselas y París». Era un axioma difícil de cumplir, pues la ruta hacia la que señalaba quedaba obstaculizada por la neutralidad belga, que Alemania, al igual que las otras cuatro grandes potencias europeas, había garantizado a perpetuidad. En la firme creencia de que la guerra era inevitable y de que Alemania debía entrar en la misma en las condiciones más óptimas para asegurarse el éxito, Schlieffen determinó que el problema belga desapareciera para Alemania.

La alianza franco-rusa obligaba a los alemanes a enfrentarse a las fuerzas francesas y rusas si se tenía que enfrentar con cualquiera de

⁵⁸ Véanse D. J. DANIEL, «Schlichting, Schlieffen and the Prussian Theory of War in 1914», *Journal of Military History*, núm. 59(2), 1995, pp. 257-277, y P. M. FLAMMER, «The Schlieffen Plan and Plan XVII: A short critique», *Military Affairs*, núm. 30, 1966-1967, pp. 207-212.

las dos naciones. Consecuentemente, los alemanes creían poder derrotar a Francia antes de que Rusia se movilizase por completo. Según estimaciones del Estado Mayor alemán, tanto Francia como Alemania necesitarían dos semanas para llevar a cabo una movilización completa. Por otro lado, Alemania consideraba que Rusia tardaría seis semanas en movilizarse debido a su atraso tecnológico, sus deficientes comunicaciones y su lejanía de Prusia. Desde 1870, una carrera de armamentos se había desarrollado entre las potencias europeas, una carrera que, conforme pasaban los años, se inclinaba claramente del lado aliado⁵⁹:

Año	Francia y Rusia (hombres)	Potencias centrales (hombres)	Superioridad Aliada (hombres)
1899	1.470.000	950.000	520.000
1907	1.813.000	1.011.000	820.000
1914	2.239.000	1.239.000	1.000.000

Schlieffen pensaba que Alemania no podía atacar directamente a Francia, debido a las fuertes fortificaciones que el ingeniero francés Raymond-Adolphe Séré de Rivières había construido a lo largo de Alsacia y Lorena tras la guerra franco-prusiana de 1870. Atacar por el sur, a través de Suiza, era imposible. Por un lado, el ejército alemán tendría que enfrentarse con el poderoso, bien entrenado y motivado ejército suizo; y, por otro, una vez superado el escollo de Suiza, se tendría que enfrentar con los fuertes franceses de Besançon, Sangres y Dijón⁶⁰.

Séré de Rivières había concebido una verdadera muralla semienterrada, con enormes espacios batidos por la artillería. El general había articulado su obra defensiva en torno a tres fuertes ideados por él: *les forts d'arrêt*, fuertes que recibirían el primer impacto y pueden traducirse por fuertes de contención; *le rideau défensif*, línea de pequeños y medianos bastiones que cruzarían sus fuegos deteniendo al

⁵⁹ Véase D. G. HARMANN, *The arming of Europe and the making of the First World War*, Princeton, 1996. Un estudio de la creciente desventaja de las Potencias Centrales en P. KENNEDY, *Auge y caída de las grandes Potencias*, Barcelona, 1994, pp. 315-409.

⁶⁰ Sobre la conducción de las operaciones militares C. BARNETT, *The Swordbearers: Supreme Command in the First World War*, Nueva York, 1965.

enemigo, y *les champs retranchés*, campos atrincherados para la concentración de tropas. Se trataba de reducir al máximo los llamados *trouées*, o agujeros, por donde Alemania pudiese introducir sus tropas hacia el corazón de Francia. Estos agujeros estratégicos eran cuatro según Rivières: el de Chimay, desde el Aisne hasta las Ardenas; el del Mosa; el de Charles, y el de Flandes. Como todo su sistema se basaba en la creencia, absoluta en su momento (si bien Rivières nunca creyó en ella), del carácter sagrado de la neutralidad belga, y dado que el sistema francés tenía que engarzarse con el belga a través de las obras que había desarrollado Brialmont, la frontera belga no fue apenas fortificada⁶¹. El objeto de estos «agujeros estratégicos» era servir de canalización de las tropas alemanas, para que pudiesen ser aniquiladas con el fuego de artillería de los fuertes que los rodeaban.

Schlieffen sabía que no podía introducir a sus tropas por el «camino de fuego» ideado por Rivières, así que, en un primer momento, pensó en vencer a los rusos antes de lanzarse contra Francia⁶². Reflexionó sobre dos modelos de aniquilación: la batalla de Cannas o la de Arbelas. La inspiración para todo el proyecto la tomó de la derrota de las fuerzas romanas en Cannas a manos de Aníbal en el año 216 a. C.⁶³. Es decir, se trataba de elegir entre un movimiento en tenaza o una maniobra asimétrica de cerco. Finalmente se inclinó por la de Arbelas, más sutil pero más contundente, una gran ala de caballería macedonia que envuelve y deshace la izquierda persa, que embiste y fragmenta el grueso del desconcertado Darío y que, al reunirse con su ala izquierda, le rodea hasta obligarle a huir ante el triunfador Alejandro (331 a. C).

Por ello, la clave del plan de Schlieffen radicaba en atacar Francia a través de Bélgica. En las llanuras belgas existía espacio suficiente para la maniobra de envolvimiento, que era la fórmula recomendada por Schlieffen para alcanzar el éxito, así como también el medio para evitar un ataque frontal, que para él sería sinónimo de derrota. Bélgica, según ese razonamiento, estaba sentenciada. El Estado Mayor

⁶¹ H. STRACHAN, *The First World War*, vol. I, *To Arms*, Nueva York, 2001, pp. 181 y 189.

⁶² Sobre el deseo alemán de una rápida victoria en el frente del Oeste, L. FARRAR, *The short-war illusion: German policy, strategy & domestic affairs, August-December 1914*, Santa Barbara, California, 1973.

⁶³ Un estudio de su influencia en los planes estratégicos alemanes en A. G. VON SCHLIEFFEN, *Cannae*, Ft. Leavenworth, 1931.

manifestó su opinión de que la invasión de Bélgica estaba justificada, puesto que se trataba de una guerra donde estaban en juego «la defensa y la existencia de Alemania». Dado que Bélgica había permanecido neutral desde 1839, se la consideraba un objetivo sencillo que permitía un fácil acceso a Francia desde el norte. Además, se daba por hecho que Francia atacaría a través de Bélgica, lo que justificaba que Alemania lo hiciera primero. Al principio, Schlieffen sólo planeaba atacar una pequeña porción de territorio belga; sin embargo, con el paso de los años, expandió su plan para atacar todo el territorio⁶⁴.

La frase que Schlieffen no dejó de repetir hasta su fallecimiento fue: «Cuando marchen a través de Francia, que el último hombre a la derecha roce el Canal con su manga». Antes de expirar no se olvidó de recordar a quienes le acompañaban: «Reforzad el ala derecha». Después de haberse inclinado por la estrategia de la batalla decisiva, Schlieffen ligó el destino de Alemania a la misma. Confiaba en que Francia invadiría Bélgica tan pronto como el despliegue de Alemania en la frontera belga revelara su estrategia y, por lo tanto, planeaba que Alemania lo hiciera primero y más rápidamente. «La neutralidad belga ha de ser rota por uno de los dos bandos», rezaba su tesis, «el que llegue primero allí y ocupe Bruselas e imponga una leva militar de unos mil millones de francos, obtendrá la supremacía»⁶⁵.

La primera ola de ataque alemán debía ser un gran movimiento giratorio por toda Bélgica. Las fuerzas alemanas en Alsacia y Lorena atraerían al grueso de las fuerzas francesas, y todo el sistema funcionaría como una gigantesca puerta giratoria: cuanto más dentro penetrasen las fuerzas aliadas siguiendo el último de sus planes (Plan XVII), más fuerzas serían posteriormente atrapadas por el largo brazo del Ejército Alemán que rodearía París y caería sobre las espaldas del enemigo. Los objetivos primarios eran dos: conquistar París y ahogar materialmente a las fuerzas francesas con el apretón de unas gigantes pinzas. Schlieffen pensaba derrotar a Francia en seis semanas, para lo cual destinó siete octavas partes de sus fuerzas, mientras el resto se dedicaba a detener a los rusos en la Prusia oriental⁶⁶.

⁶⁴ C. D. McFETRIDGE, «Strategic Planning and Outbreak of World War I», *Military Review*, núm. 65, 1985, pp. 30-42.

⁶⁵ B. W. TUCHMAN, *Los cañones de agosto*, Barcelona, 2004, p. 55.

⁶⁶ H. ROSINSKI, «Scharnhorst to Schlieffen: The Rise and Decline of German Military thought», *Naval War College Review*, núm. 29, 1976, pp. 83-103.

Reconociéndose achacoso, aunque no desprovisto de energía mental, Schlieffen solicitó en 1906, a sus setenta y tres años, el retiro, si bien vivió hasta enero de 1913. En aquel año de 1906, Guillermo II reunió en Potsdam a las mayores autoridades militares en servicio para escuchar sus opiniones sobre el posible sucesor. Acudieron mariscales, tenientes generales, jefes de gabinete. Consultados, dieron diversos nombres, con breves apuntes justificativos de las condiciones personales de los candidatos propuestos. Al concluir las exposiciones argumentales, Guillermo II sorprendió a todos diciéndoles: «Me he decidido por el general Von Moltke». Atreviéndose a romper con una tradición —discutir una decisión del emperador en público—, un mariscal de campo mostró su objeción al nombramiento. Como se oyeron algunas expresiones solidarias hacia el viejo mariscal, Guillermo II las interrumpió: «Es sólo un apellido lo que necesito».

El sucesor de Schlieffen (fallecido en 1913), Helmuth von Moltke, de sesenta y siete años, era la antítesis de su estajanovista antecesor. Hombre soñador, aficionado al violonchelo e interesado por la antroposofía de Rudolf Steiner y otras corrientes esotéricas y, por influencia de su mujer, aficionado a las *séances* y a comunicarse con los muertos, no tenía ni la salud ni la fuerza de voluntad ni la visión necesarias para el puesto. Temiendo que un flanco izquierdo alemán débil permitiera a los franceses invadir su patria, cosa que Schlieffen estaba dispuesto a tolerar temporalmente, Moltke dispuso ocho de sus nueve divisiones nuevas en el flanco izquierdo y sólo una en el derecho, justo lo contrario de lo que había programado Schlieffen. De hecho, a partir de ese momento, se podría hablar de un «Plan Moltke». Moltke, sin embargo, no se equivocaba sobre cómo se desarrollaría la guerra: «Será una guerra nacional que no se resolverá con la batalla decisiva, sino con interminables y agotadores combates contra un país que no será derrotado hasta que se haya destruido por completo su fuerza nacional, una guerra que dejará terriblemente exhausto a nuestro propio pueblo, aunque nos alcemos con la victoria»⁶⁷.

Algunos historiadores militares siguen defendiendo que el plan original de Schlieffen hubiese funcionado. Eso es algo imposible de saber. Sin embargo, las modificaciones de Moltke no fueron tan im-

⁶⁷ H. VON MOLTKE, *Erinnerungen-Briefe-Dokumente, 1877-1916*, Stuttgart, 1922, p. 308.



El káiser y sus generales.



Alfred von Tirpitz.



Alexander von Kluck.



Helmuth von Moltke.



Karl von Bulow.

portantes y no corrigió las deficiencias básicas del plan original. Así, el plan fue en esencia el de Schlieffen y su fracaso también fue el suyo⁶⁸. El Plan Schlieffen casi funcionó, los belgas aguantaron más de lo esperado, pero el ejército alemán invadió Francia el día 24, tan sólo dos días después de lo proyectado. Las consecuencias de la obstinada defensa belga se verán más adelante, ya que los belgas siguieron resistiendo en zonas del sector derecho alemán. Sin embargo, lo que Schlieffen no había proyectado bien fue el problema de cómo neutralizar la fuerte defensa de París, y la pesadilla logística de abastecer y mantener al poderoso I Ejército alemán, aquel que se alejaría más de las fronteras alemanas. Este ejército tenía que marchar cincuenta kilómetros al día por carreteras congestionadas, y con el ejército y el pueblo belga haciendo lo posible para dificultar su paso⁶⁹.

El Estado Mayor francés fue incapaz de interpretar la situación. A causa de la derrota de Francia ante Alemania en la guerra de 1870-1871, con la consecuente pérdida de Alsacia-Lorena, sus estrategias habían trazado numerosos planes para enfrentar la eventualidad de otra guerra. Todos se basaban en las fortalezas recientemente reforzadas en la frontera oriental, tales como Verdún, y en una estrategia de campaña defensiva inicial, seguida, en el momento oportuno, por un contragolpe poderoso. Pero en los últimos años previos a la guerra, una nueva mentalidad militar había dominado los planes franceses, cuyo mayor exponente era el coronel Grandmaison, director de operaciones militares. Su Plan XVII rechazaba cualquier forma de estrategia defensiva, reivindicando que el carácter nacional francés exigía atacar, a la manera de Napoleón.

Debía realizarse una «ofensiva a ultranza» en Lorena, por parte de los ejércitos I y II, mientras que los ejércitos III y V, a su izquierda, tomarían la ofensiva al norte de Metz o, si los alemanes efectivamente venían por Bélgica, golpearlos por el flanco⁷⁰. El Plan XVII ignoraba todas las pruebas históricas de lo militarmente posible, en especial el error de cálculo francés sobre la fuerza alemana. En la primera se-

⁶⁸ L. H. ADDINGTON, *The Patterns of War Since the Eighteenth Century*, Bloomington, 1994, pp. 106-110.

⁶⁹ Véase G. PARKER (ed.), *The Cambridge Illustrated History of Warfare. The Triumph of the West*, Cambridge, 1995, pp. 266-298.

⁷⁰ S. R. WILLIAMSON, *The Politics of Grand Strategy: Britain and France prepare for war, 1904-1914*, Harvard, 1969.

mana de conflicto, los franceses sólo contaron 45 divisiones de línea alemanas, mientras que en realidad estaban desplegadas 83. La experiencia enseñaba que un ataque sólo tenía cierta expectativa de éxito con una superioridad de tres a uno. Y en esa época los alemanes superaban a los franceses en el frente del Este por tres a dos⁷¹.

Los franceses no se mostraban muy confiados en la asistencia británica y no incluyeron a la llamada Fuerza Expedicionaria Británica (FEB) en su línea de batalla. La planificación militar británica había cambiado notablemente al llevar a cabo una reorientación estratégica desde 1902. Las principales preocupaciones del ejército victoriano eran, por un lado, la defensa de la India contra Rusia y, por otro, la posibilidad de una invasión francesa de Gran Bretaña. De hecho, el recién creado Comité para la Defensa Imperial consideró la defensa de la India en cincuenta de sus ochenta encuentros entre 1902 y 1905 y llevó a cabo tres grandes investigaciones sobre la posibilidad de una invasión entre 1903 y 1913⁷².

La primera víctima del conflicto sería Bélgica. Este país, cuya posición geoestratégica ha sido calificada históricamente como el «corazón de Europa», fue el primero en sufrir la violación de su neutralidad. Bélgica, que a diferencia de otros países europeos no decidió entrar en el conflicto, sufriría cincuenta meses de ocupación alemana. Bélgica fue invadida porque «sus carreteras llevaban a París como las venas llevan al corazón»⁷³. Sin embargo, los alemanes confiaban, cuando fue elaborado el plan, en no tener que luchar contra Bélgica. Su confianza se basaba en la conocida codicia de Leopoldo II, que todavía era el rey de los belgas en la época de Schlieffen. El rey Francisco José se refería a él como «un hombre absolutamente malvado». Sus escándalos, como la crueldad con la que sus hombres operaban en el Congo, eran bien conocidos por la opinión pública mundial y por el Gobierno alemán⁷⁴. Las atrocidades cometidas en el

⁷¹ P. PARET (ed.), *Makers of Modern Strategy from Machiavelli to the Nuclear Age*, Princeton, 1986.

⁷² J. McDERMOTT, «The Revolution in British Military Thinking from the Boer War to the Moroccan Crisis», *Canadian Journal of History*, núm. 9, 1974, pp. 159-178.

⁷³ L. ZUCKERMAN, *The Rape of Belgium. The Untold Story of World War I*, Nueva York, 2004, p. 1.

⁷⁴ Sobre la tragedia del Congo, véase A. HOCHSCHILD, *King Leopold's Ghost*, Londres, 2000.

Congo propiedad del rey belga —sirva como ejemplo la amputación de manos a los nativos que no cumplían con la cuota de caucho que se les había asignado— sufrieron un olvido tras la Gran Guerra. Bélgica pasaba de verdugo a víctima; el mundo apoyaba al pequeño país inerme invadido por los alemanes.

Resulta imposible determinar la cantidad de dinero que Leopoldo II saqueó de las riquezas del Congo. Se ha señalado que las exportaciones estatales de caucho aumentaron de forma brusca de 241 a 6.000 toneladas, valoradas en 47 millones de francos en 1906. Leopoldo II era dueño de más de la mitad de aquel caucho. Con la fortuna que logró amasar en el Congo, el rey se construyó palacios, persiguió a mujeres de toda Europa, pagó los gastos de sus amantes y se ganó el sobrenombre de Rey del Maxim. De acuerdo con una anécdota muy conocida durante la invasión de Bélgica, un general alemán señaló que de haber vivido Leopoldo II en 1914, habría vendido las rutas de la invasión. Según el relato del general, el rey Leopoldo habría trazado un mapa y habría pedido 1.000 o 2.000 millones de francos, en función de los lugares por los que hubiesen querido cruzar los alemanes⁷⁵. Era tal la avaricia del rey Leopoldo que el káiser supuso que ésta podría imponerse sobre el sentido común, por lo que ideó un astuto plan para atraer a Leopoldo a una alianza ofreciéndole territorio francés.

Para tal fin, el káiser invitó a Leopoldo a Berlín ofreciéndole las Ardenas francesas y la zona del Flandes francés, para que pudiese recrear el antiguo Ducado de Borgoña. El rey Leopoldo observó al káiser «con la boca abierta» y reaccionó luego con una sonrisa manifestando que las cosas habían cambiado mucho desde el siglo xv. En cualquier caso, añadió, sus ministros y el Parlamento belga nunca aceptarían tal ofrecimiento. El káiser, enfurecido, le contestó lleno de ira que eso le sucedía por respetar al Parlamento y a los ministros. El káiser escribió a su canciller: «Le dije que no se puede jugar conmigo. En caso de una guerra europea, el que no esté conmigo estará contra mí». Aunque el plan fracasó, el Gobierno alemán seguía esperando comprar la neutralidad belga por un precio de dos millones de libras esterlinas. Cuando un oficial de inteligencia francés conoció la suma ofrecida, expresó su sorpresa por la generosidad alemana y añadió: «Los franceses tendrán

⁷⁵ Anécdota recogida en A. NEVINS (ed.), *The Journal of Brand Whitlock*, vol. I, Nueva York, 1919, p. 494.

que pagarla»⁷⁶. Incluso tras la sucesión del rey Leopoldo en 1909, por su sobrino, el rey Alberto, muy diferente de carácter e incorruptible, la negativa belga era considerada una formalidad. Según un diplomático alemán, la resistencia belga se limitaría a «alinearse en las carreteras tomadas por el ejército alemán». Durante una visita a Berlín en 1913, el rey Alberto escuchó de los mismos labios del káiser Guillermo II que la guerra era inevitable⁷⁷.

Schlieffen proyectó que 34 divisiones tomaran las carreteras belgas para que se encargaran de las seis divisiones belgas en el caso de que éstas decidiesen finalmente resistir el choque. Los alemanes, a pesar de todo, estaban preocupados y esperaban que no lo hiciesen, ya que la resistencia belga supondría la voladura de los puentes y los ferrocarriles, lo que retrasaría fatalmente el plan alemán. La aceptación belga del paso del ejército alemán evitaría también la necesidad de destacar divisiones para asediar las fortalezas belgas y salvaría la condena de la opinión pública mundial. Para persuadir a los belgas contra una resistencia inútil, Schlieffen había planificado que antes de la invasión se le presentase al Gobierno belga un ultimátum, en el que se le pidiera la cesión de «todas las fortalezas, vías de ferrocarril y tropas»; de no aceptarlo, tendría que sufrir el bombardeo de sus ciudades fortificadas. Los cañones pesados, en cualquier caso, escribió Schlieffen en 1912, serían necesarios para la subsiguiente campaña.

Mientras tanto, Moltke incrementaba las fuerzas alemanas en el este. También, por temor a un fuerte ataque francés a través de Luxemburgo, incrementó el sector izquierdo del Plan Schlieffen, reduciendo la proporción de fuerzas entre los sectores, de uno en el sector izquierdo y ocho en el derecho, a uno y tres⁷⁸. El plan adolecía de fuertes carencias. La más importante era el resultado de una opinión pública mundial en contra de la invasión de la neutral Bélgica. La resistencia belga sería también un elemento perturbador de todo el plan que tendría consecuencias funestas para Alemania. Cuando se requirió la atención sobre el tratado de neutralidad de Bélgica, el can-

⁷⁶ B. W. TUCHMAN, *Los cañones de agosto*, op. cit., p. 57.

⁷⁷ M. ESPADAS BURGOS, «Los países neutrales», en *Historia 16, Siglo xx, Historia Universal*, 5, *La Gran Guerra*, Madrid, 1997, p. 88.

⁷⁸ A. BUCHOLZ, *Moltke, Schlieffen and Prussian War Planning*, Providence, 1991, pp. 214-222 y 262-305.

ciller alemán Von Bethmann-Hollweg se encogió de hombros despectivamente, calificándolo simplemente de «trozo de papel»⁷⁹.

Sin embargo, el verdadero problema del Plan Schlieffen era de carácter logístico. La solución que dio al peligroso alejamiento de las líneas de aprovisionamiento y de los ferrocarriles alemanes fue centrarse en la invasión de Bélgica. Según él, los ferrocarriles belgas ofrecían el mejor vínculo con los alemanes para una invasión de Francia. Moltke estaba totalmente en desacuerdo. Desde el principio reconoció la vulnerabilidad del plan alemán debido a la garantizada destrucción que los belgas y los franceses harían de los sistemas de ferrocarril⁸⁰. El Plan Schlieffen precisaba, en muchos casos, que dos cuerpos de ejércitos usasen una única línea de comunicación, lo que tenía como consecuencia la congestión y el caos. Los caballos se convertían en pieza fundamental para ejecutar el plan con rapidez. El I Ejército de Alexander von Kluck tenía 84.000 caballos. Para mantener a éstos operativos, eran necesarios un millón de kilos de alimento, con lo cual a mayor distancia se hacía necesario contar con más medios de transporte para llevar únicamente más comida para los caballos. Ello suponía una imposibilidad logística, ya que cada vez se necesitaban más transportes para alimentar a los caballos, no a los hombres que luchaban en el frente⁸¹.

Dentro de la historiografía actual sobre la estrategia alemana, destaca el debate abierto en torno al Plan Schlieffen. En este sentido, el historiador Terence Zuber, basándose en nuevas fuentes encontradas en Alemania, señala que nunca existió un Plan Schlieffen como tal, ya que no existe mención a éste hasta 1920, y que la existencia del Plan Schlieffen fue la excusa del Estado Mayor alemán para defenderse. Así, en 1914, según el Estado Mayor, Alemania tenía un plan infalible que falló por la incompetencia de tres hombres: Moltke, Hentsch y Bulow⁸². Para este autor, las inconsistencias del Plan Schlieffen no han sido nunca rebatidas de forma consistente. Defiende que el Plan

⁷⁹ *Ibid.*, pp. 214-222.

⁸⁰ J. L. WALLACH, *The dogma of the battle of annihilation: The theories of Clausewitz and Schlieffen and their impact on the German conduct of two world wars*, Westport, 1986, pp. 89-90.

⁸¹ H. CRON *et al.*, *Imperial German Army 1914-1918: Organisation, Structure, Orders of Battle*, Solihul, 2002.

⁸² T. ZUBER, *Inventing the Schlieffen Plan, German War Planning 1871-1914*, Oxford, 2002.

Schlieffen fue una de las piezas fundamentales de la culpabilidad alemana. Schlieffen, según Zuber, ha sido demonizado como la personificación del militarismo alemán, y el Plan Schlieffen, como su encarnación. Las grandes flechas del Plan Schlieffen a través del mapa francés han sido interpretadas como la representación gráfica de la agresión alemana. El caso contra el militarismo alemán tendría hoy que ser probado sin el apoyo del Plan Schlieffen; y sin este plan la situación política de 1914 se ve de forma muy diferente.

El problema al que se enfrentaban Schlieffen y Moltke era el de cómo ganar las primeras batallas mientras eran superados en número, no el ganar la guerra con un único golpe a través de una enorme batalla de aniquilación. Para Zuber, lejos de contar con un plan agresivo en 1914, los ejércitos alemanes permanecieron en un primer momento en posición defensiva en Prusia oriental así como en Lorena. El Plan Schlieffen no proyectaba atacar en lo más profundo de Francia, sino compensar su inferioridad numérica contratacando, usando el ferrocarril como un multiplicador numérico de la fuerza. Ritter describió a Schlieffen como un megalómano que prometía la rápida aniquilación de la totalidad del ejército francés. De hecho, Schlieffen era demasiado realista para prometer una rápida y completa victoria:

«Enfrentado a su extinción profesional, el alto mando [alemán] decidió explicar su fracaso en 1914 recordando que su plan era infalible [...] Tras la Segunda Guerra Mundial, los historiadores tomaron esta tesis como una verdad absoluta, pero usaron sus inconsistencias para demostrar los errores y la maldad del militarismo alemán. El resultado final fue un enorme y débil castillo de naipes, una victoria del oportunismo y la teoría política sobre el análisis militar»⁸³.

⁸³ *Ibid.*, p. 304.

3

La gran apuesta: 1914

«Ningún plan de operaciones resiste el primer contacto con el enemigo»¹.

H. Von Moltke.

La invasión alemana de Bélgica

Stefan Zweig resumía la confianza de los hombres de la época en el respeto por los tratados internacionales y en la preservación de la neutralidad belga:

«Yo estaba sentado en un café con unos amigos belgas [...] y cuando pasó por delante de nosotros una tropa de soldados con una ametralladora tirada por perros, uno de nosotros se puso de pie y acarició a uno de los animales, cosa que enfureció al oficial al mando del pelotón, temeroso de que aquellos mimos a un objeto bélico pudieran menoscabar la dignidad de una institución militar.

“¿A qué vienen todos esos estúpidos desfiles?” —gruñó alguien a nuestro alrededor—. Y otro le contestó irritado: “¿Acaso no hay que tomar precauciones? Se dice que, en caso de guerra, los alemanes pasarán por nuestro país”. “¡Imposible! —dije yo, sinceramente convencido, porque en aquel viejo mundo todavía creíamos que los tratados eran sagrados—. Si algo ocurriera y Francia y Alemania se aniquilaran mutuamente hasta el último hombre, vosotros, los belgas, permaneceríais tranquilamente a cubierto”. Pero nuestro pesimista no se daba por vencido. Tenía que haber alguna razón, dijo, para que se tomaran semejantes medidas en Bélgica. Desde hacía algunos años

¹ H. HOLBORN, «The Prusso-German School. Moltke and the Rise of the General Staff», en P. PARET (ed.), *Makers of Modern Strategy from Machiavelli to the Nuclear Age*, Princeton, 1986, p. 289.

corrían rumores acerca de un plan secreto del Estado Mayor alemán para invadir Bélgica en caso de tener que atacar a Francia a pesar de todos los tratados firmados [...] Me parecía de lo más absurdo que, mientras miles y miles de alemanes disfrutaban indolentes y felices de la hospitalidad de aquel pequeño país, que no tenía arte ni parte en la reyerta, hubiera un ejército en la frontera a punto de invadirlo. “¡Qué disparate! —dije—. ¡Colgadme de esta farola, si los alemanes entran en Bélgica!”. Todavía ahora doy las gracias a mis amigos por no haberme tomado la palabra»².

Mediante una nota verbal la legación de Bélgica en España hacía llegar al Ministerio de Estado la gravedad de la situación que vivía el país, amenazado por la invasión alemana. Fechada en San Sebastián el 7 de agosto de 1914, la misiva decía así:

«Por el tratado de 19 de abril de 1839, Prusia, Francia, Inglaterra, Austria y Rusia se declararon garantes del tratado concluido el mismo día entre Su Majestad el Rey de los Belgas y Su Majestad el Rey de los Países Bajos. El tratado reza así: “Bélgica se constituirá en Estado independiente y perpetuamente neutral”. Bélgica ha cumplido todas sus obligaciones internacionales, ha cumplido sus deberes en un espíritu de leal imparcialidad, no ha escatimado esfuerzos por mantener y hacer respetar su neutralidad. Es por ello que, con un terrible sentimiento, tenemos conocimiento de que las fuerzas terrestres de Alemania, potencia garante de nuestra neutralidad, han penetrado en el territorio de Bélgica en violación de los compromisos adquiridos a través del tratado. Es nuestro deber el protestar con indignación ante este atentado contra el derecho de gentes, que ningún acto nuestro ha podido provocar»³.

Durante el conflicto, un especialista alemán en documentación fue enviado a Bruselas para revisar los archivos belgas y demostrar la «culpabilidad» belga en las «numerosas» violaciones de su neutralidad. Para su gran sorpresa, no encontró nada⁴. La ruptura del tra-

² S. ZWEIG, *El mundo de ayer*, op. cit., pp. 282-283.

³ Archivo Familia Villalobar (en adelante, AFV), 4/1914, Nota Verbal de la Legación de Bélgica en España al Ministerio de Estado, San Sebastián, 7 de agosto de 1914.

⁴ J. STENGERS, «Belgium», en K. WILSON (ed.), *Decisions for War, 1914*, Nueva York, 1995, p. 151.

tado de 1839 y la violación de la neutralidad belga era el único asunto «continental» que podía llevar a Inglaterra a la guerra. Los alemanes lo sabían, pero no les importó. «Cuanto más ingleses mejor», le dijo Moltke a Tirpitz, queriendo decir que encontrarles en Francia suponía no tener que enfrentarse a ellos posteriormente⁵.

El plan alemán era tan brillante como temerario. Un mínimo de conocimiento de la historia habría demostrado que Gran Bretaña entraría sin vacilar en guerra en caso de que la neutralidad de Bélgica fuese violada. Pero este hecho parece que fue eludido por completo por el káiser y el Estado Mayor alemán. Veinte años después de haber concebido el Plan Schlieffen en 1892, los gobernantes de Alemania habían hecho innumerables propuestas a Gran Bretaña para granjearse su apoyo, o al menos su neutralidad, en caso de una nueva guerra en el continente, y todas ellas resultaron ilusorias debido a la estrategia militar alemana. No había causa por la cual Gran Bretaña hubiese luchado tan constante o implacablemente como la independencia de Bélgica. Una vez en batalla, Gran Bretaña combatiría hasta el final, aunque Francia fuese vencida.

El Plan Schlieffen no tenía en cuenta un posible fracaso. Si Alemania no destruía al ejército francés (algo probable, ya que los franceses contaban con líneas interiores y ferrocarriles que partían en una red radial desde París, mientras que el ejército alemán tendría que marchar a pie, rodeando los campos devastados), se vería obligada a adoptar la estrategia de Moltke de defensa en ambos frentes, después de haber suprimido la posibilidad de una paz de compromiso político tras violar la neutralidad de Bélgica. Hasta ese momento, Bélgica consideraba que la protección que Inglaterra brindaba a la neutralidad belga obedecía a motivos egoístas. Ello motivó que, al aumentar la tensión, Bélgica se distanciara de la Entente. Por su naturaleza católica, muchos belgas sentían simpatía por Austria-Hungría. La interpretación que hizo el Estado Mayor alemán en su informe del 29 de julio era correcta: «Bélgica desea oponerse a una invasión tanto de los franceses como de los alemanes»⁶.

Un periódico belga publicaba: «Estamos empezando el período de vacaciones, algo temido por los periodistas, a los que les faltan noticias

⁵ R. K. MASSIE, *Dreadnought*, *op. cit.*, p. 896.

⁶ J. STENGERS, «Belgium», *op. cit.*, p. 151.

importantes y se tienen que conformar con sucesos secundarios»⁷. El primer fin de semana de agosto de 1914, las calles de Bruselas estaban animadas por una extraña fuerza. Las conversaciones de café parecían agitadas y gente que apenas se conocía acercaba sus sillas para discutir las últimas noticias. Sin embargo, «los soldados parecían tranquilos, paseándose por los bulevares con cigarrillos en sus labios y prometidas de sus brazos»⁸. Los titulares pedían en mayúsculas: «CALMA»⁹. El pueblo belga no quería enfrentar el hecho de que su nación estaba a punto de desaparecer. Muchos diarios católicos defendían el derecho de Austria-Hungría a usar la fuerza cuando sus intereses vitales peligraran. El embajador norteamericano, Brand Whitlock, describía en sus memorias la impresión que le causó la declaración de guerra: «Fui despertado de mi sueño profundo por un insistente golpeteo en mi puerta. Eran las seis en punto del sábado del primer día de agosto. Me desperté, abrí la puerta y allí me encontré a Omer, en uniforme azul. Permaneció en posición firme y me dijo solemnemente: “C’est la guerre, Excellence!”»¹⁰.

Los belgas creyeron en un milagro hasta el último momento confiando en el tratado que preservaba su neutralidad y pensando que nada les sucedería, ya que no eran responsables de ninguna de las tensiones europeas. Que un serbio hubiera asesinado a un austriaco no significaba nada para Bélgica, que no tenía ningún contencioso con Alemania ni Austria-Hungría, ni tampoco una especial simpatía por la Triple Entente que conformaban Francia, Rusia y Gran Bretaña. Culturalmente, Bélgica estaba unida a Francia, pero sólo en el caso de los valones, quienes eran minoría en relación con sus compatriotas flamencos, y ambos grupos desconfiaban de los objetivos franceses. Gran Bretaña había actuado en ocasiones como garante de Bélgica, pero no como aliado y, además, a Bélgica le estaba prohibido unirse a alianzas internacionales.

En una comunicación telegráfica, el representante español en Bruselas, Rodrigo de Saavedra y Vinent, marqués de Villalobar, trató de confirmar el secreto a voces de que Bélgica iba a ser invadida por los alemanes:

⁷ *Bien Public*, 18 de julio de 1914.

⁸ *XX^{ème} Siècle*, 1 de agosto de 1914.

⁹ *L’Etoile Belge*, 3 de agosto de 1914.

¹⁰ B. WHITLOCK, *Belgium. A Personal Narrative*, Nueva York, 1919, p. 47.

«Ministro Francia me informa confidencialmente recelo de que Bélgica, a pesar de sus propósitos, mantenga inteligencia Alemana, fundándose, además de noticia que se lo asegura, en que aunque Francia reconoce neutralidad belga, Alemania no lo hace. Gobierno belga da a mi colega Francia, seguridad de que el Imperio no molestará dicha neutralidad. Flota inglesa mántiéndose desde hace dos días boca del Escalda pasando frente Flesinga. Alemanes están instalados en Gran Ducado Luxemburgo. Preparativos guerra continúan aquí febrilmente al paso que el pánico en la población, el comercio y los bancos sigue en aumento»¹¹.

A las tres de la tarde del domingo 2 de agosto, una edición especial del diario *Le Soir* salió a la venta con un terrorífico titular: «Alemania declara la guerra a Rusia». Sin embargo, también señalaba: «Alemania respetará la neutralidad belga: palabras reconfortantes del ministro alemán en Bruselas»¹². El ministro Karl-Konrad von Below-Saleske explicó que su Gobierno no había realizado una declaración formal porque en su opinión no era necesaria. Comentó: «La idea que teníamos era que la neutralidad belga no sería violada... Las tropas alemanas no cruzarán el territorio belga. A lo mejor verán el techo de su vecino arder, pero el fuego respetará su casa»¹³. El diplomático belga Albert de Bassompierre salió a cenar aquella noche a un restaurante. Luego recordó su angustia en aquel lugar alegre con gente des preocupada que había leído los periódicos y que pensaba que Bélgica estaba a salvo: «Por mi parte, me sentí abrumado por el peso de lo que sabía, el secreto que sería revelado el día siguiente y que causaría un violento despertar a todas esas personas. Me pregunté si era víctima de una pesadilla, o si realmente estaba despierto»¹⁴.

El ultimátum alemán fue entregado el 2 de agosto de 1914, a las dos de la tarde, al Ministerio de Asuntos Exteriores. El momento de la entrega del ultimátum debe ser analizado por la situación militar de Bélgica: era la fortaleza relativa de Bélgica la que obligaba

¹¹ AGP, 15.253/6, Telegrama del marqués de Villalobar al marqués de Lema, Copia al secretario particular de S.M. el rey, Bruselas, 2 de agosto de 1914.

¹² *Le Soir*, 2 de agosto de 1914.

¹³ *Le Soir*, 3 de agosto de 1914. Las declaraciones del ministro alemán fueron reproducidas el día después.

¹⁴ A. DE BASSOMPIERRE, *The Night of August 2-3, 1914, at the Belgian Foreign Office*, Londres, 1916, p. 26.

a Alemania a actuar de forma rápida. La ejecución del Plan Schlieffen implicaba una invasión rápida de Bélgica. Pero ¿por qué no retrasar la invasión hasta que el grueso de las fuerzas alemanas hubiese sido movilizado y concentrado para el ataque? Este retraso no hubiese afectado el desarrollo de la maniobra en el frente occidental. Y las ventajas políticas de tal retraso hubiesen sido enormes. La cadena de acontecimientos hubiese sido la siguiente: primero una declaración de guerra rusa; posteriormente, la respuesta alemana contra Rusia; después, la entrada de Francia en la guerra apoyando a su aliado. La imagen dada por Alemania, y la cuestión de su responsabilidad en la guerra hubiera sido muy diferente. El almirante Von Tirpitz se preguntaría posteriormente: «¿Por qué no esperamos?»¹⁵. La respuesta a la pregunta era una ciudad: Lieja. Al ser ésta una ciudad fortificada, resultaba imperativo tomarla antes de que los belgas tuviesen tiempo de prepararse defensivamente, lo que bloquearía el avance alemán. Una vez que la guerra era inminente, Lieja tenía que ser tomada de forma inmediata. Ésa era la explicación del ultimátum alemán.

El plan alemán en Bélgica era simple: destruir los fuertes de Lieja y Namur y seguir a toda velocidad hacia delante; capturar las líneas de ferrocarril que salían de Bruselas hacia el canal y tomar Amberes como un puerto adicional con acceso al mar del Norte. No existía ningún oficial en Alemania que pensase ni remotamente que las seis frágiles divisiones belgas pudiesen constituirse en una amenaza para el mejor ejército del mundo. Los ejércitos de Von Kluck, Von Bulow y Von Hausen se pasarían por Bélgica en su camino hacia París.

El Gobierno belga disponía de tan sólo doce horas para contestar. La noche del 2 de agosto, el Palacio Real permaneció encendido y con un fuerte dispositivo de seguridad¹⁶. Entre las ocho y las nueve de la noche llegaron los ministros. Lo que sucedió en aquella reunión no se conoce completamente. El ministro de Agricultura y Obras Públicas, Georges Helleputte, fue el único que tomó notas, en parte encriptadas e ilegibles, en las que describió una primera reunión celebrada en Bélgica cuyas resoluciones afectarían al mundo entero. Estas notas fueron descubiertas en 1981 y, con sus limitaciones, des-

¹⁵ J. STENGERS, «Belgium», *op. cit.*, p. 159.

¹⁶ L. DE LICHTERVELD, *Avant l'Orage (1911-1914)*, Bruselas, 1938, p. 167.

criben los acontecimientos de aquella noche¹⁷. A las nueve y cuarto, presidida por el rey, comenzó la reunión en la que se leyó el ultimátum alemán. El rey señaló que el ultimátum era inaceptable e invitó a los generales presentes a que diesen su visión de la defensa belga. El general Antonin de Selliers de Moranville afirmó que el ejército no podía enfrentarse a una «fuerza superior», Lieja y Namur tenían que «defenderse con sus guarniciones», y que el ejército debía presentar batalla «cuando se ofreciese una buena posición». El rey preguntó cuál era la opinión sobre el ultimátum. Las notas de Helleputte no indican nada, pero todo parece indicar que el consenso fue resistir¹⁸.

La negativa inequívoca belga quedó así sellada. El día 3 de agosto a las siete de la mañana (dentro del plazo dado por Alemania), el Gobierno belga entregaba el documento al enviado alemán, Below-Saleske. Probablemente no era la intención del Gobierno alertar a la opinión pública, tal vez confiaban todavía en la diplomacia secreta. Sin embargo, la embajada francesa filtró la declaración a la agencia Havas. Así, el ultimátum alemán y la respuesta belga aparecieron ante la opinión pública al mismo tiempo¹⁹. Las calles se llenaron de enseññas tricolores, toda la nación respaldaba la respuesta dada por su Gobierno. Una verdadera euforia patriótica recorría Bélgica²⁰. Era difícil prever tal respuesta patriótica en un país normalmente afectado por sus divisiones internas.

El 3 de agosto, el rey Alberto recibió un mensaje del káiser: «Si me he visto obligado a realizar una demanda tan importante, ésta ha sido con mis mejores intenciones hacia Bélgica [...] La posibilidad de mantener nuestras relaciones anteriores y presentes está en manos de Su Majestad». «¿Por quién me toma?», señaló el rey Alberto, y escribió una respuesta en el dorso de la carta²¹.

El 4 de agosto, el periódico *Le Soir* prometía: «Bélgica se defenderá hasta el fin. El derecho está de nuestro lado y los guardianes de

¹⁷ Archives Générales du Royaume-Algemeen Rijksarchief, Bruselas (en adelante, AGRB), Fondos Schollaert-Helleputte, 124, Notas sobre las deliberaciones ministeriales del 2 de agosto de 1914.

¹⁸ AGRB, Fondos Schollaert-Helleputte, 124, Notas sobre las deliberaciones ministeriales del 2 de agosto de 1914.

¹⁹ AGRB, Fondos Schollaert-Helleputte, 124.

²⁰ *Le Soir*, 3 de agosto de 1914.

²¹ E. CAMMAERTS, *Albert of Belgium, Defender of Right*, Nueva York, 1935, p. 19. Véase también AGRB, Fondos Schollaert-Helleputte, 124.

nuestra neutralidad nos ayudarán a triunfar»²². El rey Alberto escribió a su primo, el káiser Guillermo II, para hablarle de la fidelidad belga hacia sus compromisos internacionales y recordarle el agradecimiento de Bismarck por su «correcta e imparcial postura» durante la guerra franco-prusiana. A las seis de la mañana de ese día, Below-Saleske presentó la declaración de guerra. A esa misma hora, Von Bülow entregaba una nota al Foreign Office, en la que se indicaba que, en vista del rechazo belga a las «propuestas bienintencionadas de su Gobierno», Alemania se veía obligada a invadir Bélgica²³. Dos horas más tarde, las tropas alemanas cruzaban la frontera belga.

La capacidad militar de Bélgica para resistir el ataque del coloso alemán era puesta en entredicho por los analistas militares. «El pequeño pero capaz ejército belga será fácilmente dispersado», había declarado Moltke en 1911²⁴. El 27 de julio, y ante el cariz que tomaban los acontecimientos, Bélgica llamó a filas a los 33.000 hombres de la quinta de 1913 que habían obtenido su licencia el 10 de julio. El 31 de julio se decretó la movilización general, siguiendo el anuncio alemán de *Kriegsgefahrzustand* («situación de guerra»). La propaganda alemana se puso en marcha para anunciar que la decisión de invadir Bélgica era meramente defensiva, ya que los Aliados harían del territorio belga su *Aufmarschgebiet*, o zona de salto, en su ataque a Alemania. Unos socialistas alemanes, que se encontraban visitando a sus colegas en Bruselas, les dijeron: «No podemos entenderos. Nuestro Gobierno promete no haceros ningún daño y reparar aquel que fuese hecho. Y ustedes no lo aceptan». «Es una cuestión de honor», respondieron los socialistas belgas. «Pero el honor es una ideología burguesa», concluyeron los socialistas alemanes. La situación de Holanda era diferente, su neutralidad sería respetada tal y como confirmaba el representante español en los Países Bajos: «Representante Alemania ha notificado a Gobierno que Alemania respetará neutralidad Países Bajos»²⁵.

En Inglaterra, el embajador de España presagiaba la declaración de guerra inglesa contra las Potencias Centrales: «Ultimátum Alemania a Bélgica y violación neutralidad belga hacen esperar aquí

²² *Le Soir*, 4 de agosto de 1914.

²³ A. RICHIE, *Faust's Metropolis. A History of Berlin*, Nueva York, 1998, p. 268.

²⁴ J. STENGERS, «Belgium», *op. cit.*, p. 155.

²⁵ AGP, 15.253/7, Telegrama del embajador de España en los Países Bajos al secretario particular del rey, La Haya, 5 de agosto de 1914.

que Inglaterra lo considere *casus belli* y tome desde luego parte en la guerra»²⁶.

La luminosa mañana del 4 de agosto entraban en Bélgica, a 110 kilómetros al este de Bruselas, los primeros invasores: las unidades de la caballería de Von Marwitz. Avanzaban llevando lanzas con punta de acero, e iban cargados con un verdadero arsenal de sables, pistolas y fusiles. Los segadores, desde el borde de las carreteras, y los campesinos, a través de las ventanas de sus casas, musitaban: «Ulanos». Esta palabra evocaba recuerdos de las ancestrales invasiones europeas perpetradas por los tártaros.

A las once de la mañana, horas después de la invasión alemana, el gabinete británico se reunió en lo que Asquith definió como una «sesión interesante»²⁷: «Recibimos las noticias de que los alemanes habían entrado en Bélgica y que habían anunciado [...] que si fuese necesario se abrirían paso por la fuerza de las armas. Esto simplificaba todo, enviamos un ultimátum a Alemania que expiraba a las doce de la noche». Es necesario señalar que el 31 de julio de 1914, Inglaterra estuvo a punto de abandonar a Francia a su suerte y mantenerse fuera del conflicto. Después de una reunión del gabinete el siguiente día, Grey le dijo a Paul Cambon, el embajador francés, que, incluso si Gran Bretaña entraba en la guerra, no enviaría una fuerza expedicionaria a Francia, como se había acordado en las conversaciones militares en 1912 y, a partir de entonces, no comprometería a su armada en la defensa de la costa norte de Francia, abandonada por la flota francesa, que se encontraba ahora en el Mediterráneo. Desesperado, Cambon preguntó si la palabra *honor* había sido borrada del diccionario británico y le dijo a Nicolson: «Nos van a abandonar»²⁸.

A las dos de la tarde, Asquith entraba en la Cámara de los Comunes para anunciar el envío del ultimátum. Whitehall estaba rebotante de gente que aplaudía la entrada y salida de personas del número 10 de Downing Street. La Cámara de los Comunes recibió la noticia «con calma y con gran dignidad»²⁹. Asquith recordaba en sus memorias: «Todo el asunto me llena de tristeza; estamos en la víspera de

²⁶ AGP, 15.253/3, Telegrama del embajador de España en Londres, 3 de agosto de 1914.

²⁷ R. K. MASSIE, *Dreadnought*, op. cit., p. 908.

²⁸ D. KAGAN, *Sobre las causas de la guerra*, op. cit., p. 201.

²⁹ Z. S. STEINER, *Britain and the Origins of the First World War*, op. cit., p. 72.

cosas horribles». Cuando las campanas del Big Ben repicaron doce veces, Inglaterra estaba en guerra con Alemania. «Las lámparas se apagan en toda Europa», observó Edward Grey, ministro de Asuntos Exteriores, mientras contemplaba las luces de Whitehall durante la noche... «no volveremos a verlas encendidas antes de morir»³⁰. Belthmann Hollweg comentó al embajador británico que Inglaterra estaba haciendo algo «impensable», similar a «golpear a un hombre por la espalda cuando está luchando por su vida entre dos asaltantes». «Harán eso», prosiguió, «tan sólo por una palabra, *neutralidad*, que no es más que un pedazo de papel»³¹.

El 6 de agosto, el káiser Guillermo se sintió profundamente deprimido. Su fracaso en preservar la paz le había afectado profundamente. Uno de sus más estrechos colaboradores señaló que nunca lo había visto con un aspecto tan trágico y decaído: «A pesar de los orgullosos discursos que se esforzaba en dar, el emperador tenía un presentimiento que sus diplomáticos y generales no captaron, que la guerra supondría el fin de su imperio...». Ni siquiera la posterior caída de Lieja le sacó de su profundo abatimiento; era demasiado consciente de que el tema belga le había supuesto la guerra con Inglaterra³².

Stefan Zweig relataba así aquella trágica hora, con una mezcla de dramatismo y de embriaguez:

«Tal vez, empero, intervenía también en aquella embriaguez una fuerza más profunda y misteriosa. Aquella marejada irrumpió en la humanidad tan de repente y con tanta fuerza, que, desbordando la superficie, sacó a flor de piel los impulsos y los instintos más primitivos e inconscientes de la bestia humana: lo que Freud llamó con clarividencia “desgana de cultura”, el deseo de evadirse de las leyes y las cláusulas del mundo burgués y liberar los viejos instintos de sangre. Quizás esas fuerzas oscuras también tuvieran algo que ver con la frenética embriaguez en la que todo se había mezclado, espíritu de sacrificio y alcohol, espíritu de aventura y pura credulidad, la vieja magia de las banderas y los discursos patrióticos, la inquietante embriaguez de millones de

³⁰ Citado en E. HOBSBAWM, *Historia del Siglo XX*, Barcelona, 1995, p. 30. Sobre las últimas horas del Gabinete británico antes de la guerra, véase H. H. ASQUITH, *Memories and Reflections. 1852-1927*, 2 vols. Londres, 1923.

³¹ A. RICHIE, *Faust's Metropolis. A History of Berlin*, op. cit., p. 269.

³² G. MACDONOUGH, *The Last Kaiser. The life of Wilhem II*, Nueva York, 2003, p. 367.

seres, difícil de describir con palabras, que por un momento dio un fuerte impulso, casi arrebatador, al mayor crimen de la historia»³³.

El editorial del diario *ABC* del 9 de agosto es representativo del pensamiento europeo de antes de la guerra y su fe en el progreso:

«Cuarenta años de paz interrumpida en el genuino solar de Europa, cuarenta años de progresos inauditos y de continua internacionalización habían adormecido al mundo, poco a poco, en la creencia íntima, sentimental, infusa, de que esa paz no era ya un estado permanente, si no un estado definitivo [...] Tan sólo en los países excéntricos o tangentes al foco vivo de la civilización hay espacio para la lucha: tan sólo en esas nacionalidades que forman el arrabal de Europa, que constituyen la transición o la frontera entre el mundo moderno y el mundo antiguo, entre la libertad de nuestro continente y el despotismo asiático o la plena barbarie africana, que oscilan, inconstituidas y tumultuosas, entre las solicitudes de su atavismo de tribu y la atracción de la vida nueva, tan sólo ahí tienen que hacer las armas y sólo en ese sentido, es decir, de espaldas al núcleo central, centellea la espada, ensanchando el ya vasto círculo de la razón y la luz. [...] En ocho días, del prodigioso mecanismo europeo no queda ni una sombra [...] El gran reloj de Europa, del progreso, de la razón pura, quedó parado el día 25 de julio [...] La guerra está ahí. Y está ahí en forma, y con medios de destrucción, y con un número de combatientes, y con un área a regar de sangre, y con un cúmulo de tesoros y maravillas ofrecidas al estrago como nunca, en todos los siglos de la historia, pudo contemplar una generación, por infeliz que fuera. El hombre creía haber alcanzado la edad de la razón y juzgaba según la razón. Se había dormido, como Parménides, en el ensueño de la paz, y su despertar ha sido horrible. Todavía ahora, en el despecho de la sorpresa, se consuelan algunos proclamando que esa lucha espantosa será la última, por su mismo espanto y atrocidad. ¡Piadoso error! Lo racional es un puro juego de la mente, que casi nunca concuerda con lo científico, estudio de la realidad objetiva y de sus leyes brutales, atroces, sordas a nuestro ruego y a nuestra maldición»³⁴.

De muchas formas, 1914 fue el drama de lo inesperado. Las potencias extranjeras no esperaban el coraje con el que Bélgica se de-

³³ S. ZWEIG, *El mundo de ayer*, op. cit., p. 285.

³⁴ Editorial de M. S. OLIVER, *ABC*, 9 de agosto de 1914.

fendió contra la invasión alemana. Bélgica no esperaba la rabia con la que la opinión pública inglesa recibiría la noticia de la agresión alemana. Y el ejército alemán no esperaba la fuerte resistencia que se encontraría en Bélgica. Esta desilusión alemana era uno de los motivos de la furia con la que reaccionó el ejército alemán, prendiendo fuego a edificios y asesinando a civiles, como represalia por los supuestos ataques de los *franc-tireurs* belgas. El emperador alemán no esperaba la reacción belga y su ira personal tomó la forma de *vendetta*. En agosto y septiembre de 1914, demandó que partes del territorio belga fueran incorporadas a Alemania y que la población belga, allí residente, fuese expulsada para dejar su lugar a alemanes³⁵.

Sobre los mapas, el plan alemán adoptó la forma de unas fauces gigantescas. La mandíbula superior, el ala derecha, atacó desde ambas orillas del Mosa, a través de Flandes oriental y Brabante, al norte del río, y Lieja, Limburgo, Namur y Luxemburgo, al sur. No se conoce el número exacto de tropas que invadieron Bélgica, aunque se estima que fueron del orden de 800.000 combatientes. La mandíbula inferior, el sector del centro y de la izquierda, se extendía desde el Gran Ducado de Luxemburgo hasta Alsacia y Lorena, las dos provincias anexionadas en 1871.

Los planes del Estado Mayor belga pasaban por una rápida movilización inicial de las unidades, una vez que la guerra fuese inminente, y la concentración de éstas en la frontera de aquel enemigo que hubiese manifestado su voluntad de vulnerar la neutralidad belga. El rey Alberto deseaba situar a su ejército en posición defensiva en el Mosa, con sus flancos cubiertos por las fortalezas de Namur y Lieja. Ése había sido el esquema utilizado en las maniobras de 1913 y fue el plan que recibió el nuevo jefe de Estado Mayor en diciembre de 1914³⁶.

A pesar de la claridad de ideas con las que el rey Alberto esperaba presentar batalla, en el seno del Estado Mayor las divisiones eran notorias. Hasta julio de 1914 no se decidió cuáles eran los planes de concentración del ejército. Basándose en la premisa de que Lieja y Namur eran suficientes para defender la frontera belga, y que el ejército se situaría en el centro de Bélgica, la idea era que la concentra-

³⁵ Véase F. FISCHER, *Germany's Aims in the First World War*, Londres, 1967, pp. 260-271.

³⁶ M. T. BITSCH, *La Belgique entre la France et l'Allemagne*, París, 1994, pp. 492-496.

ción tuviera lugar a sesenta kilómetros de la frontera y que las fortalezas estuvieran vigiladas por hombres mayores. Hasta el día 1 de agosto de 1914, el general del Estado Mayor belga seguía concentrando sus tropas en el centro del país para la eventualidad de una guerra tanto con Francia como con Alemania. Finalmente, se decidió que el grueso de las tropas se situase en el río Gete, pero que dos divisiones cubriesen, una, Lieja y, otra, Namur. Indicativo de la confusión reinante en el ejército belga era la esperanza del oficial médico Max Deauville, que esperaba que los franceses llegasen y se produjese un nuevo Waterloo, a pesar del hecho de que, en 1815, los franceses hubiesen sido los enemigos y que lo que salvó a los belgas fue la intervención prusiana³⁷.

La resistencia belga sorprendió al mundo entero y puso en peligro por vez primera el Plan Schlieffen. Hasta ese momento, los soldados belgas eran considerados «soldados de chocolate». Todo el plan dependía de la rápida toma de Lieja y el general Erich Ludendorff había calculado que caería en cuarenta y ocho horas. Él mismo había visitado la ciudad como turista en 1909. Aunque la ciudad estaba protegida por un cinturón formado por doce fuertes (seis a cada lado del río Mosa), todos de reciente construcción, los intervalos entre éstos tenían que ser cubiertos por el ejército³⁸.

Lieja era considerada la posición fortificada más inexpugnable del mundo. Henri Alexis Brialmont, el mejor ingeniero militar de la época, se había encargado de construir las fortificaciones a finales del siglo XIX. La opinión de los militares era que Lieja podía resistir un asedio más largo que el de Port Arthur, incluso de forma indefinida. Sin embargo, la sobrestimación de los fuertes de Brialmont pondría en peligro todo el sistema defensivo belga: se estaba ignorando que la artillería moderna podía acabar con cualquier fortificación. Tampoco ayudaba que los reclutas de más edad fueran los encargados de su defensa. De hecho, el sistema defensivo requería una cifra muy superior a la asignada (40.000 hombres), pues eran 1.500.000 alemanes los que se movilizaban en las fronteras francesa y belga. El I Ejército al mando del general Von Kluck era el encargado de realizar el movimiento más largo, que sorprendería a los Aliados por la espalda.

³⁷ M. DEAUVILLE, *Jusqu'à L'Yser*, París, 1917.

³⁸ B. H. LIDELL HART, *The Real War, 1914-1918*, Boston, 1930, pp. 55-56.

En el verano de 1914 toda Europa estaba en movimiento. La sección de telegrafía del Estado Mayor alemán movilizó a 3.822.450 hombres y 119.754 oficiales, así como a 600.000 caballos. Esta gigantesca fuerza fue transportada al frente en trescientas doce horas por 11.000 trenes. Más de 2.150 trenes de 54 vagones cruzaron el Rin en el puente de Hohenzollern, en Colonia, en intervalos de diez minutos entre el 2 y el 18 de agosto de 1914. El Ejército del Oeste, que estaba formado por 1.600.000 hombres organizados en 23 cuerpos y 11 de reserva (950 batallones de infantería y 498 escuadrones de caballería), cruzó el Rin en 560 trenes al día, viajando a la hasta entonces increíble velocidad de 32 kilómetros por hora. La princesa Evelyn Blücher, nacida en Inglaterra, aunque no era admiradora de Alemania, señalaba, impresionada por la movilización alemana, en su diario: «Los alemanes se lanzan a la guerra como los patos al agua»³⁹.

En la primera semana de agosto, millones de reclutas y reservistas se encaminaron por toda Europa a las estaciones de tren. Los soldados abordaban los trenes y se dirigían hacia la línea del frente. Muchos soldados se mostraban optimistas. Robert Poustis, que, como niño francés, se había imaginado recuperando Alsacia y Lorena, era uno de esos reclutas de camino al frente. Cuando su tren abandonó la estación, recordaba: «Todo el mundo gritaba y deseaba ir al frente. Los compartimentos y los vagones repletos de soldados se encontraban llenos de banderas tricolores y de inscripciones: “A Berlín, a Berlín”. Deseábamos ir a Berlín inmediatamente, con bayonetas, con sables y con lanzas, persiguiendo a los alemanes»⁴⁰. Esas fantasías de movilidad geográfica provenían de una era tecnológica anterior. En 1914, las bayonetas, los sables y las lanzas se topaban con las ametralladoras y la artillería de fuego rápido. Cuando se produjeron movimientos en los campos de batalla, éstos vinieron acompañados de un alto coste en vidas humanas.

Existían fuertes limitaciones a la velocidad de la ofensiva alemana, ya que Bélgica era el país con mayor densidad de población del mundo.

³⁹ A. BUCHOLZ, *Moltke, Schlieffen and Prussian War Planning*, op. cit., pp. 278 y ss. La cita de la princesa Blücher en E. PRINCESS BLÜCHER, *An English Wife in Berlin: A Private Memoir of Events, Politics and Daily Life in Germany throughout the War and the Social Revolution of 1918*, Nueva York, 1920, p. 14.

⁴⁰ Citado en M. ARTHUR, *Forgotten Voices of the Great War: A History of the Great War in the Words of the Men and Women who were there*, Guilford, 2002, p. 11.

Casi 600.000 alemanes, sus caballos y su equipo tenían que atravesar Lieja, pero justo al sur de la localidad había una pequeña y populosa área donde los nervios de los soldados podían fácilmente saltar ante la conducta de los habitantes locales. Schlieffen sopesó en su momento la idea de invadir también Holanda, lo que hubiese abierto la zona de maniobra alemana. Sin embargo, Moltke pensó que, si la campaña no terminaba como se había previsto, sería necesario contar con un acceso al mar del Norte a través de un Estado neutral.

El día 2 de agosto, los alemanes ocuparon Luxemburgo sin encontrar oposición. El día 3, Francia anunciaba la ruptura de hostilidades con Alemania y el general Joseph Joffre ordenaba a su VII Cuerpo que avanzase para capturar Mulhouse. Mientras tanto, los alemanes trasladaban más hombres hacia Luxemburgo. Sólo entonces el cuartel general belga decidió cómo emplear sus divisiones. La 6.^a División, bajo las órdenes del general Gérard Leman, fue enviada a Lieja; la 4.^a, a Namur; la 1.^a se dirigió a Tienen; la 2.^a, a Leuven; la 5.^a, a Perwez, y la 6.^a, a Wavre. El diario *ABC* informaba: «El primer encuentro entre belgas y alemanes tuvo lugar en las orillas del Mosa, en los alrededores de Visé. Los alemanes intentaron tender un puente y las tropas belgas lo impidieron con fuego de cañón»⁴¹.

Todo el plan alemán dependía de la velocidad. Necesitaban tomar cuanto antes los fuertes sobre el Mosa y para ello se había creado un ejército especial, el Ejército del Mosa, bajo el mando del general Von Emmich, con órdenes de tomar Lieja. El 4 de agosto, los ejércitos situados más al norte se lanzaron contra Bélgica, el I Ejército bajo el mando del irascible y agresivo general, Alexander von Kluck, y el segundo a las órdenes del más pausado general Karl von Bülow. Gran parte de la campaña dependía de la estrecha colaboración entre estos dos hombres. El I Ejército de Von Kluck, con 320.000 hombres, era el mayor de los siete ejércitos que atacaban en el oeste. Con la ventaja de la sorpresa, los alemanes tan sólo se veían retrasados por el tráfico y el abastecimiento. En la madrugada del día 4, a las unidades alemanas se les dio la orden de ejecutar el siguiente paso del Plan Schlieffen: la destrucción o la toma de Lieja. Esta ciudad tendría el dudoso honor de ser la primera ciudad europea en ser bombardeada desde el aire. Las bombas arrojadas por el dirigible zepelín LZ mataron a nueve civiles.

⁴¹ *ABC*, 9 de agosto de 1914.

Eran, como escribió un historiador, «la bomba H de su día, una formidable espada de Damocles sobre los enemigos de Alemania»⁴².

Los alemanes, que esperaban tomar Lieja en tres días, tuvieron que esperar hasta el décimo día de batalla para vencer la resistencia belga. De todo ello informaba el marqués de Villalobar al ministro de Estado el 5 de agosto de 1914: «Franceses no pasaron aún de cercanías su frontera dentro Luxemburgo, Bélgica. Lieja resiste asaltos alemanes. Esta tarde tuvo horas difíciles pero logró defenderse. Témesse, sin embargo, no resistirá nuevo ataque»⁴³. La estrategia alemana consistía en una batalla de envolvimiento; capturarían los fuertes del norte, oeste y sur de la ciudad. La resistencia belga se detuvo en el centro, pero los fuertes bajo el mando del general Leman siguieron resistiendo. Mientras avanzaban contra los fuertes de Lieja, Ludendorff escuchó «el peculiar ruido de las balas cuando chocan con los cuerpos humanos»⁴⁴. Los alemanes amenazaron entonces con destruir completamente Lieja con zepelines si la resistencia no cesaba. Sin embargo, la respuesta de Leman fue negativa. El 7 de agosto, el Gobierno francés confirió la Gran Cruz de la Legión de Honor a la ciudad de Lieja y la medalla militar al rey Alberto.

Los alemanes, desesperados por la resistencia belga, hicieron uso de su armamento más pesado, como el mortero austriaco de 305 milímetros, e incluso de los cañones Krupp más pesados, de 420 milímetros, conocidos como «Big Bertha», para destruir los fuertes que al final no resultaron ser lo suficientemente sólidos para la nueva tecnología⁴⁵. El representante español en Viena informaba al secretario particular del rey sobre la procedencia de los monstruosos cañones: «Esos morteros los han fabricado secretamente los alemanes aquí, en la casa Skoda (en Pilsen) y los han servido, en Bélgica, artilleros austriacos»⁴⁶. Los cañones eran de tal tamaño que necesitaban ser arrastrados por 36 caballos por las calles adoquinadas, que tem-

⁴² R. LAURENCE RIMELL, *Zeppelin! A battle for Air Supremacy in World War I*, Londres, 1984, p. 31.

⁴³ Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación (en adelante, AMAEC), H 3034/4, Telegrama del marqués de Villalobar al marqués de Lema, 5 de agosto de 1914.

⁴⁴ B. W. TUCHMAN, *Los cañones de agosto*, op. cit., p. 232.

⁴⁵ Véase N. MÜHLEN, *Los Krupp*, Madrid, 1966, pp. 122-123.

⁴⁶ AGP, caja 15.253/15, Telegrama del embajador Castro, 2 de septiembre de 1914.

blaban bajo su peso. Las cargas eran de 420 milímetros y, una vez que hacían impacto, arrojaban metralla a una distancia de hasta 50 metros en el aire. Cuando los grandes cañones negros se situaron dentro del campo de tiro de los fuertes, sólo los habitantes locales presenciaron la llegada de los monstruos. Sus cavernosas bocas apuntaban hacia arriba como si trataran de perforar el firmamento.

Uno a uno los fuertes fueron reducidos a escombros; y su guarnición o bien se rendía, o bien era asesinada. Los soldados de las guarniciones belgas oían descender los obuses, que producían un intenso silbido, y oían cómo las detonaciones se acercaban más y más a medida que los tiros eran corregidos, hasta que los obuses estallaban sobre ellos y destruían las fortificaciones de acero y hormigón armado. Las galerías quedaban bloqueadas y el fuego, los gases y el estruendo inundaban las cámaras subterráneas, mientras los hombres enloquecían a la espera del siguiente disparo.

Uno de los últimos en caer fue el fuerte Loncin, el 15 de agosto, después de un golpe directo a su polvorín. La explosión resultante mató a la mayoría de sus ocupantes. El comandante belga que se encontraba en el fuerte, el general Leman, sobrevivió. Cuando lo sacaron de entre los escombros, estaba inconsciente. Sus primeras palabras cuando volvió en sí fueron: «No me he rendido». Y, cuando fue apresado, solicitó que el oficial alemán que fuera a buscarle incluyera eso en su informe⁴⁷.

No obstante, el coste humano para los alemanes había sido altísimo. Según el plan original de Schlieffen, Lieja debía ser tomada por una sola división; finalmente habían sido necesarias ocho. Los alemanes habían perdido un tiempo muy valioso y habían sufrido 5.300 bajas. Al día siguiente de la capitulación del fuerte Loncin, empezaron su avance el II y III Ejércitos, dirigiendo el grueso del ala derecha alemana en movimiento en su marcha a través de Bélgica. Puesto que no se había previsto que la marcha empezara antes del 15 de agosto, Lieja había retrasado el avance alemán dos días, y no dos semanas, como el mundo creyó en aquellos momentos. Pero lo que los belgas ofrecieron con su valor a los Aliados no fueron ni dos semanas ni dos días, sino una causa y un ejemplo⁴⁸.

⁴⁷ B. W. TUCHMAN, *Los cañones de agosto*, op. cit., p. 253.

⁴⁸ J. KEEGAN, *Opening Moves: August 1914*, Nueva York, 1971, pp. 82-92. La es-

El diario *ABC* informaba:

«El martes por la mañana se acercó un parlamentario a Lieja y propuso la rendición de la ciudad. La respuesta del general Leman, defensor de la plaza, fue: “Nuestro ejército no cederá más que por la fuerza”. Entonces, las tropas alemanas se desplegaron en línea y rompieron fuego contra los fuertes de Lieja. El *New York Times* publica un telegrama de Bruselas diciendo que la batalla de Lieja ha durado tres días y que han tomado parte en ella 25.000 belgas y 120.000 alemanes»⁴⁹.

En su intento por tomar los fuertes iban cayendo oleadas y oleadas de alemanes. Era tal la carnicería que los soldados se parapetaban tras las pilas de cadáveres en las lomas de los fuertes. Sin embargo, durante la noche del 6 al 7 de agosto, ante la retirada de las tropas que cubrían las brechas entre los fuertes belgas, las brigadas alemanas conseguían infiltrarse en el perímetro de éstos. Finalmente, el 7 de agosto, el propio Ludendorff tomaba posesión de los mismos en una arriesgada acción, lo que le valió la medalla «Pour le mérite», la más alta distinción de las fuerzas alemanas⁵⁰. Los dos últimos fuertes cayeron en manos alemanas el 16 de agosto, lo que dio fin a la amenaza del avance hacia el abierto y llano país belga. El Gobierno belga se trasladó precipitadamente de Bruselas a Amberes.

Los periódicos alemanes pedían venganza por la inaudita resistencia belga. El *Kölnische Volkszeitung* usaba los siguientes titulares: «La bestia belga», «Desde la salvaje Bélgica», «Atrocidades belgas en Lieja». En la provincia de Bélgica hubo 1.200 víctimas de la venganza alemana; en Luxemburgo, 842; en Namur, 2.000; en Brabante, 839. Fueron quemadas 16.000. El terror fue descontrolado e innecesario, pero no se puede concluir que fuese sistemático. El *Kölnische Volkszeitung* advertía que «no se desataran las pasiones»⁵¹.

timación de 5.300 bajas es de Heuter, un ingeniero que llevó a cabo estadísticas viajando por Bélgica en 1915. AGR, Commission d'Enquête sur la violation du droit des gens, III, 374, B1, 12, Informe de Heutter transmitido vía Berna a la Comisión de investigación, p. 9.

⁴⁹ *ABC*, 8 de agosto de 1914.

⁵⁰ Sobre el papel del general Erich Ludendorff, véase C. BARNETT, *The Sword-bearers*, op. cit., cap. IV, *Full Circle*, pp. 269-363.

⁵¹ *Kölnische Volkszeitung*, 15 de agosto de 1914.

El 25 de agosto, una «columna incendiaria» alemana llegó a Lovaina. Utilizando fósforo, iniciaron un fuego en la estación, en el Viejo Mercado y, posteriormente, en la biblioteca de la universidad, con su inestimable colección de libros antiguos y arte. La incomparable biblioteca, fundada en 1426, incluía entre sus 230.000 volúmenes, una colección de 750 manuscritos medievales y más de 1.000 incunables. Lovaina era definida como la «Oxford de Bélgica», una joya de la arquitectura medieval y uno de los santuarios del saber occidental. El incidente que desencadenó el incendio permanece confuso. Los alemanes alegaron que sus soldados habían recibido disparos de francotiradores. Según los belgas, fueron los alemanes los que se dispararon entre sí. En cualquier caso, la culpa no era determinante. Los alemanes querían dar a Lovaina un escarmiento para prevenir nuevos ataques de los supuestos francotiradores belgas.

El 27 de agosto, Richard Harding Davis, un célebre corresponsal norteamericano, se trasladó a Lovaina en un tren militar y escribió en *The New York Tribune*: «En Lovaina se desató una guerra contra los ciudadanos indefensos, una guerra contra las iglesias, contra las universidades, contra los comerciantes, contra los hogares, contra las mujeres que trabajaban en la cosecha, contra los niños que jugaban en las calles. Aquella noche en Lovaina, los alemanes eran como hombres después de una orgía, pensabas que era tan sólo una pesadilla, cruel e incivilizada. Pero entonces recordabas lo que había anunciado el emperador. Se trataba de una guerra santa»⁵². La comunidad universitaria alemana, asaltada por las denuncias enfurecidas de profesores de todos los países neutrales, en particular de los de Estados Unidos, intentó sin éxito justificar la atrocidad.

La destrucción de Lovaina fue reconocida correctamente como un ataque contra la civilización. La destrucción de patrimonio arquitectónico, incluyendo la biblioteca de Lovaina y la catedral de Reims, confirmó que el anticatolicismo desempeñaba un papel en las motivaciones alemanas. Las fuentes belgas señalan que los soldados alemanes golpeaban a cualquier hombre que llevase hábitos religiosos⁵³. Después de seis días de fuego y saqueo, la única zona que permanecía

⁵² *The New York Tribune*, 31 de agosto de 1914.

⁵³ L. GILLE, A. OOMS y P. DELANDSHEERE, *Cinquante mois d'occupation allemande*, vol. I, Bruselas, 1919, p. 30.

intacta era el barrio de Heverlee, donde se encontraba la propiedad del duque de Arenberg, un ciudadano alemán. Más de 200 habitantes habían perecido y otros 600 habían sido deportados en vagones de ganado a Alemania⁵⁴. En total, habían ardido mil casas. Los soldados alemanes saquearon las tiendas para robar zapatos, alimentos y cigarrillos. Algunos robaron instrumentos musicales de una tienda de música y se pusieron a tocarlos en la calle, lo que confirió una sensación de surrealismo a la escena⁵⁵.

El 28 de agosto, Hugh Gibson, diplomático de la legación norteamericana, se dirigió a Lovaina para observar de cerca la destrucción. El panorama que describió era desolador. Las pocas casas que quedaban en pie estaban completamente negras por el humo y el pavimento seguía caliente. Los muertos permanecían en su lugar junto a los caballos y muchos de los cuerpos estaban hinchados. Por las calles de la ciudad yacían desperdigados objetos de todo tipo. Soldados alemanes, algunos nerviosos, la mayoría borrachos, intentaban vaciar las pocas casas que seguían habitadas para que, como señalaba Gibson, la destrucción pudiese continuar. Un oficial se acercó a Gibson y le dijo lleno de rabia hacia los belgas: «¡La haremos desaparecer, no quedará piedra sobre piedra!». «Les enseñaremos a respetar a los alemanes. Durante muchas generaciones, vendrá la gente a ver lo que aquí hicimos». Gibson le recordó las Convenciones de La Haya, que señalaban que no se podía imponer castigos colectivos por actos individuales fuera de la ley. La respuesta fue rotunda: «Todos los belgas son perros y harán estas cosas hasta que se les muestre lo que les sucederá»⁵⁶.

La pérdida de la biblioteca y la destrucción inútil llevada a cabo por las tropas alemanas causó una gran conmoción en la opinión pública mundial. El *New York Times* titulaba: «Los alemanes saquean Lovaina. Mujeres y curas asesinados». En Inglaterra, los periódicos hablaban de «La marcha de los hunos» y de «Traición a la civilización».

⁵⁴ Sobre el incendio de Lovaina, M. DEREZ, «The Flames of Louvain: the war experience of an Academic Community», en H. CECIL *et al.*, *Facing Armageddon. The First World War Experience*, Londres, 1996, pp. 617-629.

⁵⁵ MINISTERIO DE JUSTICIA DE BÉLGICA, *Commission d'Enquête sur les Violations des Règles du Droit des Gens, des Lois et des Coutumes de la Guerre. Rapports et documents d'Enquête*, vol. 1, Bruselas, 1922, pp. 398 y 500.

⁵⁶ H. GIBSON, *A Journal from our Delegation in Belgium*, Garden City, 1917, pp. 155-172.

Cuando la universidad fue reabierta tras su reconstrucción, el rector, que había contemplado su incendio, señaló: «En Lovaina los alemanes se descalificaron como una nación de pensadores»⁵⁷. *The Times*, de Londres, declaraba que, «según toda ley, honor y derecho, Bélgica debía ser la primera en reclamar indemnización en una Conferencia de Paz»⁵⁸. Cinco días después, el mismo diario publicaba un editorial titulado «The March of the Hun» («La marcha del Huno»): «Incluso Atila tenía su lado bueno. Él evitó destruir Milán. Lo retorcido de este acto abominable deberá ser expiado cuando llegue el día»⁵⁹. Un diario londinense señalaba que para castigar «la infamia de Lovaina, los Aliados tenían que cruzar el Rin y destruir la industria alemana»⁶⁰. Un crítico norteamericano de arte declaró que en Lovaina «había más arte del que Prusia había producido en toda su historia»⁶¹.

En los días siguientes se creyó que todo había sido un acto aislado de soldados sin control. Se pensó que Alemania haría un comunicado público de arrepentimiento. Sin embargo, los incendiarios de Lovaina fueron declarados héroes. Los soldados que habían conseguido detener «el levantamiento» estaban más orgullosos de las heridas que habían recibido en Lovaina que de las recibidas en otros combates. Otros pretendieron haber servido en Lovaina cuando en realidad no habían estado allí.

La población de Micheroux fue quemada por el 27 Regimiento alemán y once de sus habitantes fueron asesinados. Los soldados al parecer exclamaban: «Bélgica no nos deja pasar». El ambiente de intensa sospecha nos indica que los alemanes veían provocaciones por todas partes, lo que hace muy difícil analizar cuánto de esto es cierto. Al principio de la invasión, las tácticas belgas pudieron haber contribuido a la sensación de inseguridad alemana. Habitualmente, los belgas situaban a ciclistas como centinelas, quienes, si observaban una patrulla alemana, disparaban y después huían. Esto, que estaba automatizado por la práctica de la guerra, fue confundido por los alemanes

⁵⁷ AFV. P. LADEUZE, *Le Crime allemand contre l'université de Louvain. Les leçons de la guerre*, discurso de enero de 1919, con motivo de la inauguración de los cursos en la universidad, Lovaina, 1919.

⁵⁸ *The Times*, 24 de agosto de 1914.

⁵⁹ *The Times*, 29 de agosto de 1914.

⁶⁰ *The New York Times*, 27 de septiembre de 1914.

⁶¹ *Literary Digest*, 12 de septiembre de 1914.

con *franc-tireurs*. Otro problema que agravó los casos de violencia alemana fue el alcohol. Gibson escribió que los alemanes demostraron una enorme sed: «Acabaron con todo el vino del país, mientras saqueaban bodegas y se llevaban lo que no podían beberse»⁶². El embajador Whitlock vio «botellas y botellas, en el suelo, miles de ellas, del vino que los soldados se habían bebido». En Malinas observó «botellas por todas partes [...] En la calle observamos soldados saliendo de las casas escondiendo botellas en sus espaldas o bajo sus túnicas»⁶³. Cuando un oficial alemán le comunicó a Gibson que el ejército había llevado a cabo una política deliberada de terror, lo único que sorprendió a Gibson fue la franqueza del oficial⁶⁴.

La resistencia belga desesperaba a los mandos alemanes, quienes, sorprendidos por la reacción del ejército belga, comenzaron a ver enemigos por todas partes. El recuerdo de francotiradores de la guerra franco-prusiana despertaba temores en los nerviosos soldados, mentalizados para marchar sin obstáculos sobre Bélgica. El grito «Man hat geschossen!» («¡Hay disparos!») suponía el inicio de las represalias contra civiles. La misma noche del 4 de agosto, soldados alemanes aterrorizados dispararon a unidades amigas creyendo que habían sido civiles belgas. Como represalia, fusilaron a diez civiles, incluyendo a una familia con cinco hijos escondidos en un sótano⁶⁵. No serían éstos, sin embargo, los únicos fusilados por los alemanes.

El 12 de agosto, mientras las tropas alemanas intentaban reducir los últimos reductos de los fuertes de Lieja, las primeras tropas de la Fuerza Expedicionaria Británica cruzaban el canal de la Mancha, detrás de un escudo protector de diecinueve buques de guerra. En diecinueve días, 120.000 hombres fueron transportados sin sufrir ninguna pérdida. El secreto estaba tan bien mantenido que, incluso tras diez días de movimiento continuo, el alto mando alemán dudaba de que hubiese soldados británicos en el continente. En cualquier caso, cuatro divisiones de un ejército que había recibido un duro correc-

⁶² H. GIBSON, *A Journal from our Delegation in Belgium*, p. 196.

⁶³ A. NEVINS (ed.), *The Journal of Brand Whitlock*, op. cit., pp. 51-52.

⁶⁴ Hoover Institution Archives, Universidad de Stanford Palo Alto, California (en adelante, HIASU), The Gibson Papers, caja 31, Carta de Hugh Gibson a su madre, 27 de agosto de 1914.

⁶⁵ La obra fundamental sigue siendo J. HORNE y A. KRAMER, *German atrocities 1914. A history of denial*, New Haven, 2001, p. 13.

tivo por parte de los bóeres no representaban en el esquema alemán un gran peligro, «Contemptibly small» («despreciablemente pequeño») les llamaba el káiser. La inteligencia alemana cometía un error garrafal. La FEB era un ejército reducido, pero se trataba del mejor del mundo en relación con su tamaño. Sus soldados se autodenominaban «los viejos despreciables». La principal deficiencia de la FEB era la falta de artillería pesada y de transporte a motor. Los franceses se sorprendían al ver pasar camiones británicos requisados que mostraban todavía los nombres de sus antiguos dueños comerciales: Harrods, Maples, Whiteleys⁶⁶.

En Gran Bretaña se abrió el debate sobre si la población debía resistir en caso de invasión. Los escritores H. G. Wells y sir Arthur Conan Doyle defendían que la resistencia era necesaria, pero un corresponsal de *The Times* se mostraba en contra, citando la inutilidad de la resistencia belga que no había perjudicado a los alemanes pero que había provocado terribles represalias.

El primer día de los soldados británicos en Francia, una enfermera en Bélgica, Edith Cavell, escribió al periódico *The Times* pidiendo al pueblo británico suscripciones públicas para ser enviadas a su institución médica: «Los heridos británicos tendrán que ser atendidos en el continente, y, por lo que veo hasta ahora, principalmente en Bruselas. Nuestra Institución, que incluye un gran número de enfermeras inglesas, está preparada para tratar con cientos de heridos, y el número está aumentado cada día»⁶⁷.

En París, el embajador español informaba del grave peligro que corría Francia: «Las noticias de guerra son pocas pero muy malas, más que por lo ocurrido por lo que se teme que pueda ocurrir [...] Es indudable que, en la extensa línea fronteriza, ha habido combates muy sangrientos. Por París han pasado más de 30.000 heridos»⁶⁸.

Richard Harding Davis describió así la rendición de Bruselas:

«No son hombres marchando, sino una fuerza de la naturaleza, como una gigantesca ola, una avalancha o un río inundando las orillas. Cuando vimos a los primeros regimientos del enemigo, estaba-

⁶⁶ Sobre la BEF, véase R. NEILLANDS, *The Old Contemptibles. The British Expeditionary Force, 1914*, Londres, 2005.

⁶⁷ M. GILBERT, *The First World War. A complete history*, Nueva York, 1996, p. 43.

⁶⁸ AGP, 15.253/3, Telegrama del embajador en Londres, 22 de agosto de 1914.

mos entusiasmados de interés. Después de ver pasar durante tres horas una columna gris sin solución de continuidad, nos aburríamos. Pero cuando, hora tras hora, seguían pasando sin cesar, sin respiro, sin un solo espacio entre las filas, el espectáculo se convirtió en algo sin misterio, inhumano. Uno regresaba a verlo fascinado [...] La infantería pasaba en filas de cinco, doscientos hombres en cada compañía, los lanceros en columnas de cuatro. Durante siete horas el ejército marchaba en columnas tan sólidas que no pudo pasar por la ciudad ni un taxi ni un tranvía. Como un río de acero, fluía, de color gris y fantasmal [...] A medianoche, seguían pasando carros con carga diversa y cañones de asedio. A las siete de la mañana me despertó el sonido de la música de las bandas militares. No sé con certeza si estuvieron toda la noche pasando, pero ahora, tras veintiséis horas, el ejército gris había marchado con el misterio de una niebla y la pertinacia de una apisonadora»⁶⁹.

Una vez que se hubo reagrupado la 3.^a División belga alrededor de Lovaina, la batalla se trasladó hacia el oeste. Antes de la guerra, los belgas habían construido una línea defensiva en el pequeño río Gete, siguiendo la línea de Namur, Dinant y Givet. La 4.^a División belga reforzó la guarnición de Namur y se esforzó porque fuera una defensa bien organizada, pero una fuerza alemana asignada especialmente bajo el mando del general Von Gallwitz redujo en seguida a escombros los fuertes que rodeaban Namur con su artillería pesada, que incluía seis baterías de cañones de 420 milímetros y cuatro baterías de cañones austriacos Skoda, de 305 milímetros.

Los alemanes deseaban llegar a la costa belga lo antes posible, antes de que lo hicieran los Aliados. Avanzaron rápidamente hacia Amberes, donde el ejército belga se había situado detrás de las fortificaciones construidas antes del comienzo de la guerra. Se habían reforzado los fuertes que rodeaban Amberes desde el momento en el que los alemanes entraron en Bélgica. Varios se habían preparado especialmente para defenderse de la artillería pesada alemana y se había acumulado munición y provisiones para resistir un largo asedio. Las tropas ganaron confianza cuando vieron las enormes fortificaciones y estuvieron seguros de que los alemanes no tendrían éxito en conquistar las defensas de Amberes.

⁶⁹ R. HARDING DAVIS, «The German Army marches through Brussels, 21 August 1914», en J. CAREY (ed.), *Eyewitness to history*, Nueva York, 1990, pp. 445-448.



Las tropas alemanas entran en Bruselas.



El temor a los «boches». Refugiados belgas en París, 1914.

El ataque sobre Amberes comenzó el 27 de septiembre. Ese mismo día, fuerzas alemanas dirigidas por el general Von Beseler tomaron la ciudad de Mechelen. Al día siguiente, la artillería pesada alemana rompió el fuego y los fuertes cayeron uno a uno bajo los proyectiles de 420 y 305 milímetros. El 29 de septiembre, las tropas alemanas llegaron a los primeros puentes de Amberes, donde cayeron bajo el fuego del fuerte Wealhem. La artillería alemana devolvió los disparos y un proyectil cayó en el polvorín, causando una enorme explosión que mató a muchos de los defensores. La artillería alemana también disparó sin piedad sobre los demás fuertes y sus alrededores, dejando poco a poco fuera de servicio cada uno de ellos⁷⁰.

Tras la caída de Amberes, el Gobierno belga partió hacia Francia, a Saint Adresse, cerca de Le Havre. El rey Alberto I, vestido siempre de soldado raso, vino a simbolizar la resistencia del pueblo belga ante la agresión alemana. Tres días después, los alemanes entraron en Gante. Una niña que les observó en su entrada esperaba que los alemanes cantaran, como habían hecho en Bruselas. Sin embargo, sólo vio miedo y tensión. Sus pasos rígidos y su parecido a unas máquinas le asustaron y observó en ellos una fuerza preparada para explotar⁷¹. El futuro de Bélgica parecía desesperado. En Dunquerque, el dirigente socialista Emile Vandervelde vio a 30.000 hombres de la guarnición de Amberes en rápida retirada, y pensó que el ejército estaba en descomposición y el país con él⁷². Sin embargo, los belgas se atrincheraron en el río Yser y, cuando los alemanes se acercaron, abrieron las compuertas del río deteniendo el avance en el barro y el agua. El rey Alberto señaló que «sus tropas habían dado libremente mucho más de lo que se exigía a los siervos en la Edad Media»⁷³.

Esta victoria, la más celebrada en Bélgica durante la guerra, mantuvo hasta el final del conflicto una pequeña porción de territorio belga libre. Sin embargo, los alemanes controlaban prácticamente todo, salvo un pequeño pedazo de la provincia de Namur mantenido por los franceses y la localidad de Ypres. El rey y la reina permanecían en La Panne, una modesta villa situada a tan sólo treinta kilóme-

⁷⁰ H. PAGER, *German Artillery of World War One*, Londres, 2001.

⁷¹ S. LILAR, *Une Enfance gantoise*, París, 1972, p. 98.

⁷² E. VANDERVELDE, *Souvenirs d'un militant socialiste*, París, 1939, p. 190.

⁷³ Q. CAMMAERTS, *Albert of Belgium*, op. cit., p. 209.

tros de las trincheras. Huyeron aproximadamente unos dos millones de belgas, casi el 27 por 100 de la población. Más de un millón se dirigió a Holanda, junto con 30.000 soldados belgas. Otros se dirigieron a Francia y a Inglaterra. Hasta el final de la guerra, 325.000 belgas permanecieron en Francia y 162.00 en Inglaterra⁷⁴.

El 21 de agosto, en la pequeña localidad belga de Bleid, un comandante de pelotón alemán de veintitrés años vio en una finca cercana a unos veinte o treinta soldados franceses tomando café. En aquel momento se encontraba con tan sólo tres de sus hombres y, sin esperar al resto del pelotón, el joven oficial abrió fuego, matando e hiriendo a la mayor parte de los soldados franceses y capturando la mitad del pueblo. Posteriormente, atacó de nuevo, explicando a sus superiores: «Ya que no quería permanecer inactivo con mi pelotón decidí atacar al enemigo desplegado frente a mí». Fue allí como un jovencísimo Erwin Rommel, que se convertiría en la Segunda Guerra Mundial en la pesadilla de las fuerzas inglesas en el norte de África, demostró por vez primera su audacia y cualidad de líder.

Los alemanes, ante la inaudita e inesperada resistencia belga, intentaron, a través de un comunicado oficial al Gobierno belga, conseguir el libre paso. El tiempo se les echaba encima para cumplir el estricto plan de Schlieffen:

«Alemania no viene a Bélgica como enemigo. Sólo cuando se ha visto forzada por las circunstancias y en presencia de las disposiciones realizadas por Francia, Alemania ha tomado la grave decisión de penetrar en Bélgica y ocupar Lieja como un punto de apoyo para las posteriores operaciones militares [...] Alemania reafirma de la forma más solemne que no ha tenido la voluntad de apropiarse de ningún territorio belga, tal acción le es completamente ajena. Alemania sigue en condiciones de evacuar de forma inmediata el Reino de Bélgica una vez que la situación en el teatro de operaciones se lo permita. El ejército belga ha mantenido de forma brillante el honor con su heroica resistencia contra una fuerza superior. El Gobierno alemán demanda ahora a Su Majestad el rey y al Gobierno belga que ahorre a Bélgica la continuación de los horrores de la guerra»⁷⁵.

⁷⁴ F. PASSELECQ, *Déportation et travail forcé des ouvriers et de la population civile de la Belgique occupée (1916-1918)*, París, 1927, pp. 14-15.

⁷⁵ Ch. F. HORNE, *Source Records of the Great War*, Nueva York, 1923, vol. II, *National Alumni*.

Los alemanes perdieron la paciencia, y lo que habían sido hasta ese momento incidentes aislados contra la población belga se generalizaron⁷⁶. La primera ejecución de civiles tuvo lugar el 5 de agosto. Tres días más tarde, 850 civiles habían sido asesinados y aproximadamente 1.300 edificios quemados intencionadamente. Las Convenciones de La Haya de 1899 y 1907 habían intentado codificar las leyes de la guerra. Reconocían los derechos de un pueblo invadido a levantarse en armas contra el agresor, con la condición de que las fuerzas se integrasen en cuerpos inidentificables como beligerantes. Como señaló el representante belga en la Conferencia de la Haya de 1899: «Si la guerra se reserva exclusivamente a los Estados y si los ciudadanos son meros espectadores, ¿no se menoscaba así la fuerza de la resistencia, no se resta efectividad al patriotismo? ¿No es la primera obligación de un ciudadano el defender a su patria?»⁷⁷.

Los alemanes rechazaban esa interpretación. Argumentaban que el reconocimiento internacional del pueblo en armas y de la guerra de guerrillas privaría de límites a la guerra y llevaría sin duda a la barbarie. El reglamento del ejército alemán publicó en un anexo los artículos de la Convención de La Haya: el texto del reglamento dejaba claro que el Estado Mayor no reconocía el derecho de los civiles a la resistencia. Sin embargo, las ejecuciones llevadas a cabo contra civiles por las tropas alemanas sólo incrementaron el apoyo mundial a la causa belga. Durante los siguientes cuatro años, los Gobiernos estadounidense e inglés utilizaron los sufrimientos de la «pequeña y valiente Bélgica» como argumento para conseguir el apoyo de la opinión pública para ir a la guerra. Periódicos, carteles, libros y discursos denunciaban las violaciones masivas de mujeres por parte de soldados alemanes. Se decía que los alemanes crucificaban a niños en las puertas de sus casas y, en un extraño e inconsciente eco del imaginario dejado por las atrocidades cometidas por los belgas en el Congo, se acusaba a los alemanes de cortar las manos de los niños belgas. Estos informes sobre manos y pies cortados fueron tan divulgados en su momento que cuando un multimillonario norteamericano quiso adoptar a estos niños discapacitados, no pudo encontrar ninguno, ni

⁷⁶ AGP, caja 16.319/9, *Los crímenes alemanes demostrados por testimonios alemanes* por Joseph Berdier, s. l., s. a.

⁷⁷ J. HORNE y A. KRAMER, *German atrocities 1914*, op. cit., pp. 145-146.

siquiera ofreciendo una recompensa; estos niños nunca aparecieron. Sin embargo, durante la guerra y después de ésta, ninguno de los países aliados quiso saber nada de las manos cortadas por los agentes del rey Leopoldo en su feudo del Congo.

Mientras las fuerzas alemanas cruzaban Bélgica, los franceses culminaban su despliegue. El Estado Mayor francés seguía considerando que la situación se inclinaba a su favor. No podían descartar que el avance alemán a través de Bélgica fuera sólo un amago y, al mismo tiempo, creían que los alemanes no tenían la fuerza suficiente para atravesar Bélgica, defenderse contra un ataque en toda regla en Alsacia Lorena y rechazar a los rusos en el este, todo al mismo tiempo. Con la esperanza de liberar Alsacia-Lorena, los cadetes de la Academia Militar Francesa de St. Cyr se presentaron para la batalla vestidos con sus uniformes de gala. Los cuatro combates independientes que siguieron entre el 14 y el 27 de agosto, conocidos como «la batalla de las Fronteras», comenzaron de forma esperanzadora para Francia, pero acabaron en un desastre sin paliativos.

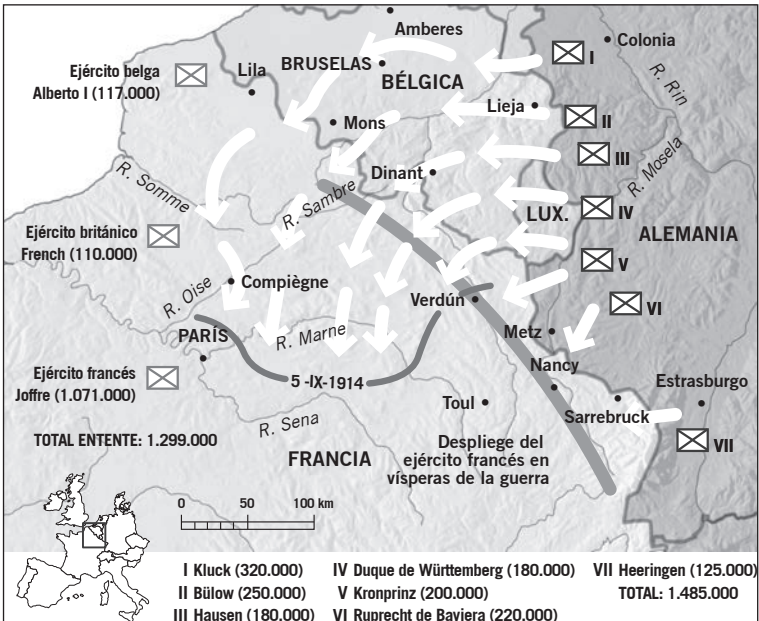
El VI y el VII Ejércitos alemanes habían esperado defenderse en ese sector y habían preparado el terreno en consecuencia. Las colinas, montañas y bosques alsacianos proporcionaban unas posiciones excelentes a los defensores germanos. Durante la primera semana, los franceses creyeron que su ofensiva estaba teniendo éxito. Sin embargo, se trataba de un error, ya que las fuerzas francesas no habían alcanzado todavía las posiciones principales de los alemanes. Finalmente, el 20 de agosto los franceses alcanzaron las posiciones alemanas en dos sectores. El II Ejército atacó los montes al nordeste de Nancy, mientras que el I Ejército se encontró con las formidables posiciones alemanas entre las localidades de Nancy y Estrasburgo.

Los soldados franceses, vestidos con relucientes uniformes nada adecuados para la guerra moderna, cargaron contra fuertes nidos de ametralladoras camuflados. Finalmente, los franceses lograron tomar la estratégica ciudad de Nancy. Sin embargo, los alemanes pronto contraatacaron. El jefe del II Ejército encomendó la defensa de Nancy al comandante de su 20.º Cuerpo, Ferdinand Foch. Éste reorganizó la retirada de las unidades francesas obligándolas a rodear una cadena de colinas boscosas situadas al nordeste de la localidad. El 25 de agosto, los alemanes estuvieron a punto de romper las líneas francesas, pero Foch reaccionó a tiempo. Ordenó a su 20.º Cuerpo que contraatacara, con la esperanza de que la confusión

Plan Schlieffen, 1905



Marcha hacia el Marne, 1914



generada por su ataque desbaratará los planes del enemigo. Su maniobra funcionó, ya que los franceses lograron conservar la localidad de Nancy y la zona conocida como Trouée de Charmes tras una serie de sangrientos enfrentamientos que se prolongaron hasta el 2 de septiembre. A pesar de estos éxitos locales, los franceses no consiguieron retomar Alsacia-Lorena y pagaron un precio enorme en vidas humanas en la batalla de las Fronteras. La doctrina ofensiva francesa se desmoronó ante la artillería de campaña y las ametralladoras alemanas. Las bajas se estimaron en 200.000 hombres, de entre ellos, 4.700 de los 44.500 oficiales que había antes de la guerra. Los mejores hombres del ejército francés habían sacrificado sus vidas en un intento de recuperar Alsacia-Lorena sólo para descubrir que la verdadera amenaza estaba en otra parte⁷⁸.

En los hogares de las naciones combatientes se esperaba ansiosamente la llegada de noticias. La joven alemana Helene Schweida escribió a su novio desde Bremen el 18 de agosto: «Los civiles no sabemos nada. Tras la excitación febril de la movilización, se ha impuesto la tranquilidad. Bremen pronto se habrá convertido en una ciudad de mujeres»⁷⁹.

Cita en el Marne

La situación el bando aliado era crítica. La fuerza británica había desplegado todo su potencial. El ejército belga, de 117.000 hombres, se encontraba en combate, con cientos de bajas y de prisioneros, en la guarnición de Amberes o retrocediendo. Las fuerzas francesas en la frontera franco-belga consistían en doce divisiones de infantería y cuatro de caballería bajo el mando de Lanzerac. En total, más de 400.000 hombres, en tres ejércitos vagamente coordinados, se enfrentaban a la poderosa ala derecha alemana de 600.000 combatientes.

Cuando cayó Bruselas, los británicos se encontraban ya en sus posiciones previstas y el primer choque destacado entre las fuerzas alemanas y británicas se produjo en torno a la localidad de Mons.

⁷⁸ M. S. NEIBERG, *La Gran Guerra. Una historia global (1914-1918)*, Barcelona, 2006, p. 37.

⁷⁹ Citado en M. HASTINGS, *Catastrophe. Europe goes to war, 1914*, Londres, 2013, p. 185.

Mons fue una de las primeras batallas de la historia que se libró en una ciudad industrial y la primera con una aportación significativa de la fuerza aérea, utilizada para calibrar el alcance de los cañones. Los soldados británicos cavaron rápidamente posiciones defensivas mientras los alemanes, impacientes por deshacerse de esa inesperada molestia, cayeron en el error de los ataques frontales. Los fusileros británicos, entrenados para disparar a un objetivo cada cuatro segundos (se les proporcionaba toda la munición que desearan para hacer prácticas), detuvieron a los alemanes durante todo un día⁸⁰.

El 23 de agosto, sir John French, comandante en jefe de la Fuerza Expedicionaria Británica, fue informado de que el V Ejército francés, a las órdenes del general Charles Lanzerac, no sólo no había podido frenar el avance alemán, sino que se retiraba apresuradamente sin alertar a los británicos. Éstos no tuvieron otra opción que acompañar a los franceses en su larga retirada hacia el sur ante la apisonadora alemana que avanzaba inexorablemente. Cubrieron 321 kilómetros en dos semanas, una hazaña para la infantería, que marchaba bajo un calor aplastante con uniformes de lana durante veinte horas al día. Uno de los batallones británicos retrocedió 88 kilómetros en treinta y seis horas.

En su apresurada retirada, las tropas prestaban poca atención a las necesidades de los miles de belgas que atestaban las carreteras. El capitán Herbert Rees recordaba: «Una de las imágenes más tristes de aquel día eran las enormes columnas de refugiados. Carros repletos de objetos de los hogares dirigidos por mujeres y niños aterrorizados. Estos carros eran empujados brutalmente fuera de las carreteras para dejar paso a las tropas. A pesar de la crueldad, era algo necesario»⁸¹.

La Fuerza Expedicionaria Británica aguantó con fiereza los ataques alemanes durante un día entero; sin embargo, cuando Lanzerac retrocedió, dejando a las fuerzas británicas sin protección, la FEB rápidamente ejecutó una «retirada gradual» replegándose a Le Cateau el 26 de agosto para enfrentarse en una batalla defensiva contra las tropas de Von Kluck, que se encontraba en terreno abierto y avanzando a gran velocidad⁸².

⁸⁰ Véase «*Fiteen rounds a minute*»: *The Grenadiers at War*, 1914, Londres, 1976.

⁸¹ Imperial War Museum (en adelante, IWM), H. REES, *A personal record of the first three months of the War*, p. 12.

⁸² J. KEEGAN, *The First World War*, Nueva York, 1999, pp. 102-103.

Joffre defendió tras la guerra que su orden para una retirada general aliada el 25 de agosto formaba parte de una gran estrategia que llevó a la batalla del Marne y a la quiebra del Plan Schlieffen. Resulta dudoso que hubiese podido concluir algo tan ambicioso en esos primeros compases de la guerra. Sin embargo, es cierto que, al retirarse hacia Verdún, en el sur, y haciendo retroceder a sus ejércitos en dirección Sudoeste a través de Champagne (al este de París), consiguió, al mismo tiempo, desengancharse de la batalla de las Fronteras y atraer a los alemanes a una trampa en la zona del Marne. El capitán Walter Bloem apuntaba: «Muy pronto cruzamos el último puente que nos separaba del valle del Marne. Fue otro día intenso, agotador. Otros 40 kilómetros bajo un sol abrasador. A nuestra izquierda podemos oír los cañones del ejército de Bulow, con el que parece que estamos otra vez en estrecho contacto»⁸³.

Por su parte, el Estado Mayor alemán se alejaba paulatinamente del Plan Schlieffen, por cuya integridad se había arriesgado una guerra. Von Kluck no sólo estaba perdiendo unidades para poder asediar las bolsas de soldados belgas que se resistían a rendirse, sino que, al mismo tiempo, Moltke estaba fortaleciendo su ala izquierda en Lorena. El héroe de Lieja, Ludendorff, fue enviado al frente del Este. El 25 de agosto, Moltke envió dos cuerpos de ejército a Prusia oriental para hacer frente a la temible amenaza rusa. Fue un error grave, ya que ambos cuerpos invirtieron todo el final de agosto en trasladarse del oeste al este y, en consecuencia, no se pudo contar con ellos ni para la batalla del Marne ni para la batalla que se estaba fraguando contra los rusos. Resulta imposible concluir si con esos hombres habría funcionado el Plan Schlieffen. Los historiadores han señalado la gran cantidad de «fricciones» que experimentó el ala derecha alemana. En todo caso, parece evidente que 60.000 hombres más en la poderosa ala derecha alemana habrían alterado el equilibrio de fuerzas.

Los desplazamientos de unidades y la necesidad de asediar Amberes supusieron una reducción de 270.000 hombres del ala derecha alemana. El «martillo» sobre el que Schlieffen había apostado todo había reducido su cuerpo en un tercio. Cuantos menos hombres tenían el I y II Ejércitos alemanes más tendían a alejarse el uno del otro al atravesar territorio francés. El 27 de agosto, Moltke per-

⁸³ W. BLOEM, *The Advance from Mons*, Londres, 1930.

mitió a Von Kluck libertad de movimientos para actuar con independencia del II Ejército que lo acompañaba. Convencido de que los británicos se retiraban hacia el oeste, hacia el canal de la Mancha, Von Kluck deseaba moverse en dirección norte para cortarles la retirada.

La retirada de Joffre puso fin de forma momentánea a los violentos y móviles enfrentamientos que habían tenido lugar a lo largo de las fronteras formando un arco entre la frontera franco belga, comenzando en el canal de la Mancha, a través de la de Luxemburgo y, posteriormente, de la franco-alemana hasta Suiza. Las bajas eran ya terroríficas. Durante agosto de 1914, las pérdidas (muertos, heridos o capturados) de belgas, franceses y británicos sumaban 237.000 hombres. Los alemanes perdieron cerca de 220.000. Por ello, el primer mes del conflicto fue el más sangriento y afectó a más de medio millón de hombres. Sirva para contrastar este dato que en el frente occidental, y durante todo el año 1916, cerca de dos millones y medio de hombres morirían, serían heridos o capturados. En un solo mes de 1914 ya se alcanzaría una quinta parte de esa cifra⁸⁴.

Para visualizar los primeros compases de la guerra, se debe pensar en un sol intenso, un calor abrasador, el polvo permanente y un movimiento sin fin. El tiempo se mantuvo espléndido durante gran parte del mes y el sol generó en los campos de batalla un calor inaudito para los habitantes del norte de Europa. Los uniformes de los soldados estaban hechos de lana y cosidos en varias capas. El soldado británico iba cargado con una pesada mochila y un equipo que variaba en función de la estación y de si se encontraba en marcha o no. En general, tenía que portar un tercio de su peso, unos 35 kilos. Conforme progresó la guerra, se aumentó su carga con un casco de acero y una máscara de gas. Los británicos, tras la experiencia de la guerra de los Bóeres, habían diseñado un fusil estándar ligero que contenía el mayor número de cartuchos posibles y disparaba a un blanco preciso. El fusil Lee-Enfield tenía un cargador de diez cartuchos y un cerrojo de acción rápida girado hacia abajo, lo que permitía una gran velocidad de disparo de quince tiros por minuto.

⁸⁴ M. HOWARD, «Men against fire: The doctrine of the offensive 1914», en P. PARET (ed.), *Makers of Modern Strategy from Machiavelli to the Nuclear Age*, Princeton, 1986, pp. 510-526.

Al comienzo del conflicto, los soldados franceses vestían un capote azul oscuro, con pantalones rojos o un kepi rojo y azul. Un oficial francés se quejó de que el ejército francés «batiría el record de visibilidad frente al enemigo». Un alemán escribió a su casa: «Realmente parecen salidos de un álbum de fotos», utilizando los mismos uniformes con los que habían sido derrotados en la guerra franco-prusiana⁸⁵. Ese colorido uniforme tenía evidentes desventajas y fue sustituido a finales de 1914 por un uniforme gris azulado «le bleu horizon». El mismo káiser se había quejado de la desaparición de los soldados de uniformes coloridos afirmando que la guerra se había convertido ya en «asunto sucio y melancólico»⁸⁶.

El rasgo más característico de los soldados alemanes era su *Pickelhaube* o casco con un llamativo pincho decorativo. Los coloridos uniformes de desfile habían dejado paso al gris, que se integraba bien con el humo, el barro y el follaje otoñal. Durante 1916, el casco fue modificado a un *Stahlhelm* que daba protección extra para la parte posterior del cuello. Portaban el rifle 98, un diseño Mauser con un alcance de poco más de 1.800 metros. Era un arma fiable que serviría a las tropas alemanas durante medio siglo.

La mayoría de las tropas se trasladaba al frente en tren. Una vez allí, los desplazamientos se hacían a pie. Los dos ejércitos alemanes del ala derecha, de 600.000 hombres e instruidos en el movimiento, tenían a su disposición tan sólo 162 camiones. Así, los ejércitos se desplazaban trabajosamente a través de Francia, Bélgica y Alemania occidental durante ese agosto caluroso, con poca agua y en virtud de un enorme esfuerzo. A partir de mediados de agosto, los hombres se enfrentaban también a las tormentas de verano, que empapaban sus uniformes de lana y los dejaba tiritando.

Conforme agosto dejaba paso a septiembre, el norte de Francia resonaba con los estruendos de la batalla. Largas columnas de infantería vestida de azul se dirigían al norte, hacia la guerra, o hacia el sur, alejándose de ella. El campo estaba repleto de restos de equipamiento militar que los hombres habían abandonado para marchar más rápido, caballos agonizando y camiones abandonados. Excepto

⁸⁵ Citado en H. GUDEHUS-SCHOMERUS (ed.), «*Einmal muß doch das wirkliche Leben wieder kommen!*». *Die Kriegsbrieife von Anna und Lorenz Treplin 1914-1918*, Paderborn, 2010, p. 66.

⁸⁶ Citado en M. HASTINGS, *Catastrophe*, op. cit., p. 167.

en los lugares donde los ejércitos habían colisionado y donde yacían los muertos, no existía todavía demasiada destrucción. El tiempo seguía siendo caluroso y sólo en las proximidades de algunas ciudades había indicios de bombardeo. Un ciudadano francés observó que, cuando los alemanes llegaron a su localidad, «caían agotados, murmurando “¡cuarenta kilómetros!, ¡cuarenta kilómetros!”. Eso es todo lo que podían decir»⁸⁷.

Cientos de hombres de todos los ejércitos comenzaron a caer agotados, debido a golpes de calor, a las ampollas, al tifus, al hambre o a la sed. Otros enfermaban de gastroenteritis tras devorar las frutas aún sin madurar de los huertos por los que pasaban. Un alemán describió el estado de su compañía: «Sin afeitar y sin lavar durante días, parecían salvajes prehistóricos. Sus casacas estaban cubiertas de polvo y manchada de sangre de los heridos a los que habían ayudado, oscurcidas por la pólvora y desgarradas por los pinchos y el alambre de púas»⁸⁸. Los caballos se veían obligados a comer el maíz aún verde a los lados de las carreteras, que se expandía en los estómagos de los animales, matándolos cuando explotaba. Los soldados alemanes podían al menos disfrutar de comidas calientes gracias a sus eficientes cocinas móviles. Los franceses tenían que resignarse a cocinar en improvisadas fogatas.

La última semana de agosto y la primera de septiembre fueron para ambos ejércitos una maratón ininterrumpida de marchas agotadoras que comenzaban al alba y se prolongaban hasta bien entrada la noche. Un oficial del ejército de Von Kluck describió lo duro que era ver los pies de sus hombres en carne viva. Los hombres se caían de sus caballos y los soldados se desplomaban en plena marcha. El periodista norteamericano Will Irwin, que observó el paso de «la maquinaria de muerte gris» alemana, informó de algo sobre lo que él no había leído nunca: «El olor de medio millón de hombres sin asear. Era una pestilencia que permanecía durante días en cada ciudad por la que pasaban los alemanes»⁸⁹.

En París, los diarios se mostraban pesimistas conforme los nombres de las localidades tomadas por los alemanes indicaban que

⁸⁷ J. KEEGAN, *The First World War*, op. cit., p. 108.

⁸⁸ W. BLOEM, *The Advance from Mons*, op. cit., p. 101.

⁸⁹ Citado en M. SULLIVAN, *Our Times, 1900-1925*, Nueva York, 1936, p. 26.

los *boches* (como denominaban despectivamente a los alemanes) se aproximaban a la capital. Los ancianos recordaban que todo comenzaba a parecerse a la guerra franco-prusiana de 1870. En algunos edificios públicos se había dado inicio a la quema de documentos y una nube de humo negra flotaba sobre la capital. Los grandes hoteles eran convertidos en hospitales y cientos de personas comenzaron a abandonar la capital. En las carreteras, los civiles competían por el espacio con heridos franceses y prisioneros alemanes⁹⁰.

Sin embargo, aunque las tropas aliadas se encontraban en retirada, ésta era ordenada y no había señales de pánico. Esta calma pudo deberse a la imagen pública y a la aparente personalidad imperturbable del comandante francés, Joseph Joffre, quien, en medio de la crisis, insistía en que no se le despertara bajo ningún concepto, ni se le interrumpieran sus largas comidas. Su imagen contrastaba en gran medida con la actitud del comandante alemán, cuyos nervios a punto estuvieron de paralizarle en el momento en que la victoria se encontraba al alcance de la mano y lo mantuvieron confinado en su cuartel general en Luxemburgo⁹¹. En efecto, Moltke había establecido erróneamente su cuartel general en una escuela para niñas de Luxemburgo, que, al final, demasiado alejado de sus ejércitos para establecer un control real, y demasiado lejos de Berlín para conservar una visión global del conflicto. Las condiciones del cuartel dejaban, además, mucho que desear: sin luz y con un solo equipo de radio para dirigir uno de los mayores ejércitos de la historia.

El contragolpe de Joffre puede ser considerado una de las más brillantes improvisaciones militares de los tiempos modernos. Para hacerse una idea de la gran retirada y de la primera batalla del Marne se deben visualizar cuatro ejércitos alemanes prácticamente en línea y moviéndose en dirección sur. El ejército francés y la FEB se situaban frente a los alemanes, pero, según se retiraban, tendían a formar una protuberancia en el centro, mientras la izquierda se estabilizaba y giraba hacia el este y el ala derecha se anclaba en Verdún y en los fuertes del sur. Conforme avanzaba la retirada, Joffre logró crear nuevas unidades y situarlas donde eran necesarias, con un ejército al mando

⁹⁰ J. D. POPKING, *A History of Modern France*, Englewood, 1994, pp. 223-224.

⁹¹ A. BEAUFE, «Marshal Joseph Joffre», en M. CARVER (ed.), *The War Lords: Military Commanders of the Twentieth Century*, Boston, 1976, pp. 13-22.

del general Michel-Joseph Maunoury en el sector izquierdo y un ejército bajo el mando del general Foch en el medio. Tras nueve días durante los cuales los franceses seguían combatiendo en retirada, la línea se había inclinado hacia el sur en la zona central.

En el bando alemán, cuantos menos hombres tenían el I y II Ejércitos más tendían a alejarse el uno del otro cuando atravesaban territorio francés. El 27 de agosto, Moltke permitió a Von Kluck libertad de movimientos, continuando con independencia del II Ejército que lo acompañaba. Convencido de que los británicos se retiraban hacia el oeste, hacia el canal de la Mancha, Von Kluck deseaba ir en dirección norte para cortarles la retirada. Sin embargo, la FEB se retiraba hacia el sur, no hacia el oeste, y se encontraba mucho más próxima a Von Kluck de lo que éste imaginaba. El 2.º Cuerpo británico se encontraba demasiado exhausto para seguir marchando y decidió establecer posiciones defensivas en Le Cateau el 26 de agosto. La subsiguiente batalla sería la de mayor envergadura en la que había participado el ejército británico desde Waterloo. Se trató de una acción de retirada contra 140.000 alemanes. Los británicos perdieron 8.000 hombres, una cifra reducida para la Primera Guerra Mundial, pero enorme para un ejército de 100.000 combatientes. La artillería y los disparos británicos demostraron de nuevo ser letales y los alemanes repitieron el error de lanzar cargas frontales. Le Cateau tan sólo representó un breve retraso para el coloso creado por el Plan Schlieffen, pero añadió más «fricción» al plan alemán. El 2.º Cuerpo resistió y finalmente se retiró en orden. El 31 de agosto, un piloto alemán lanzó sobre el mercado de Les Halles en París una bandera con la inscripción: «Los alemanes estarán en París dentro de tres días»⁹².

Obsesionado por dar caza a la FEB y al V Ejército francés, Von Kluck perdió el contacto con el II Ejército de Von Bülow. Creyendo que había aplastado a los británicos, decidió cambiar de estrategia y optó por no dirigirse hacia el norte y el este de París como había planeado originalmente Schlieffen, sino hacia el sur y el este de la capital. Se introducía así peligrosamente en las líneas enemigas, pues, a su izquierda, Von Bülow estaba muy retrasado. Cuanto más se aproximaban los ejércitos alemanes a París, más necesaria se hacía su coordina-

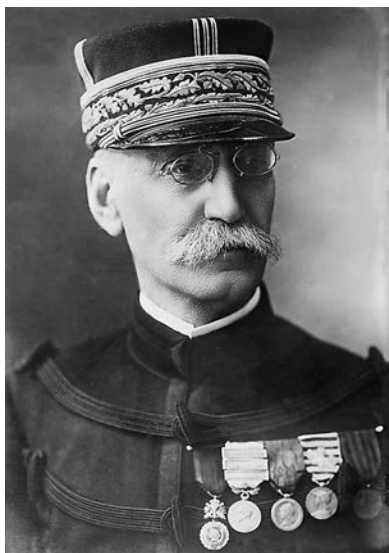
⁹² MINISTÈRE DE LA GUERRE, *Les Armées Françaises dans la Grande Guerre*, serie I, vol. 2, París, 1925, p. 587.

ción. Sin embargo, nada de eso sucedió. Un desconcertante silencio descendió sobre el alto mando alemán. El 1 de septiembre el cuartel general en Luxemburgo no recibió ni una sola comunicación del I o II Ejército. «¿Cuál es su situación?», preguntaba nervioso Moltke en un mensaje a ambos comandantes: «Responda urgentemente». Pero no obtuvo ninguna respuesta. «¡No sabemos nada! ¡Es terrible!». Todo lo que sabía es que los dos ejércitos habían alterado la ruta, no hacia el sudoeste, sino hacia el sur. En ese momento de la campaña, con ejércitos de millones de hombres en retirada o en persecución, el papel de las unidades de inteligencia era crucial. Pero el mando alemán se encontraba a ciegas⁹³.

El 2 de septiembre, coincidiendo con el cuarenta aniversario de la batalla de Sedán de 1870, con Von Kluck a tan sólo cincuenta kilómetros de París, el Gobierno francés se trasladó a Burdeos. La capital se encontraba sumida en el caos. Miles de parisinos abandonaban precipitadamente su ciudad. En su ausencia del Gobierno, los parisinos depositaron sus esperanzas en el gobernador militar de París, el general, de sesenta y cinco años, Joseph-Simon Gallieni. Éste tenía una salud precaria y, por su avanzada edad —falleció en 1916—, no había podido aceptar la tarea de mandar todo el ejército francés; pero no rechazó la de asegurar la defensa de la capital. Inmediatamente tomó enérgicas medidas, introduciendo un estilo nuevo en la dirección de la guerra.

En su primer comunicado juró defender París «hasta el último extremo», mientras afirmaba que el Gobierno había partido para «dar un nuevo impulso a la defensa nacional». Las defensas se habían descuidado debido a la obsesión por la estrategia ofensiva «a ultranza» del alto mando francés. Nada se había previsto para proteger la capital, cuya defensa estaba encomendada a dos divisiones y a unas cuantas fuerzas de la reserva. Gallieni hizo que las tropas que acababan de ser asignadas marcharan por la capital para mejorar el ánimo de los parisenses. Puesto que finalmente disponía de un ejército, estaba impaciente por utilizarlo y criticaba con severidad los actos de Joffre, a quien juzgaba torpe e inepto para tomar decisiones audaces. Gallieni puso en alerta los departamentos de bomberos, y mandó que se hiciera acopio

⁹³ H. HERWIG, *The First World War, Germany and Austria-Hungary, 1914-1918*, Londres, 1997, pp. 101-102.



Joseph Gallieni.



Joseph Joffre.



Alberto I de Bélgica.

de grano y carne para resistir un posible asedio. Las palomas fueron requisadas por si se venían abajo las comunicaciones y los hospitales y las penitenciarias fueron acondicionados para recibir heridos.

Si los alemanes tomaban París, no encontrarían casi nada de valor. Los puentes serían volados y hasta la torre Eiffel se convertiría en chatarra. Se cortó la maleza y se talaron los árboles que bloqueaban el campo de tiro de los artilleros; se cerraron carreteras y hasta se volaron edificios que obstruían la visión de la artillería. Para los soldados alemanes la capital ejercía una enorme fascinación, algo similar a lo que sucedería con Moscú durante la Segunda Guerra Mundial. Un oficial escribió: «La palabra París les vuelve locos. Cuando vieron un cartel en el que ponía “París, 37 kilómetros” y que no había sido borrado, se pusieron a bailar y a abrazar aquel poste». Sin embargo, los soldados alemanes iban a dejar París a su derecha. El 30 de agosto, un avión alemán arrojó tres bombas sobre París. Al día siguiente, se desató el pánico en la capital. El personal del Ministerio de la Guerra recibió instrucciones de enviar a sus familias al campo y el Gobierno a Tours. La Oficina Central de Telégrafos había perdido la conexión con Londres. La mayoría de los diarios dejaron de publicarse. Comenzó entonces un éxodo de al menos 100.000 personas. La gente atestaba las estaciones de ferrocarril, donde competían por el espacio con los heridos franceses y los prisioneros alemanes⁹⁴.

El 3 de septiembre un monoplano francés pilotado por el teniente Watteau se adentró en las líneas alemanas, a unos cuarenta kilómetros al noroeste de París. En tan sólo dos pasadas se percató de lo que sucedía: el ejército alemán del general Von Kluck tenía su flanco derecho indefenso. Gracias al reconocimiento aéreo, Gallieni concluyó que los alemanes se dirigían hacia el río Marne, al este de París. Gallieni ordenó al VI Ejército de Michel-Joseph Manoury, de 150.000 hombres, que detuviera la apisonadora alemana. Gallieni se percató de que el ejército de Von Kluck se encontraba en una trampa. Telefonó a Joffre el 4 de septiembre para convencerle de las oportunidades que se abrían para una ofensiva.

Sin embargo, si Joffre tenía que detener la retirada y pasar a la ofensiva, el ejército británico de sir John French (que por el mo-

⁹⁴ H. H. HERWIG, *The Marne, 1914: The Opening of World War I and the Battle That Changed the World*, Nueva York, 2011, pp. 225-226.

mento se oponía a la ofensiva) tenía que girar y combatir; de lo contrario, el ataque francés sería inútil. El habitualmente impenetrable Joffre se dirigió desesperadamente a French y le suplicó que combatiera: «En esta ocasión el honor de Inglaterra se encuentra en juego». A regañadientes, el comandante británico aceptó. French «trató de decir algo en francés. Por unos instantes lidió con sus sentimientos y el lenguaje; luego, dirigiéndose a un oficial inglés, exclamó: “Maldita sea, no puedo explicarlo. Dile que todo lo que puede hacer un hombre lo harán nuestros muchachos”». Joffre ordenó a Manoury que atacara de forma inmediata. Los refuerzos, por taxis parisinos y por otros medios, marcaron el inicio de la primera batalla del Marne. Al atardecer del 5 de septiembre, Gallieni telegrafaba a sus fuerzas: «¡Mañana, al ataque!»⁹⁵.

Estos esfuerzos en el bando aliado contrastaban con los problemas para los alemanes. Todo el objetivo del Plan Schlieffen era barrer, como una puerta giratoria, en un amplio movimiento que abarcara París y flanqueara al enemigo. El I Ejército alemán, dirigido por Von Kluck, debía desempeñar un papel fundamental al ser el que se encontraba situado en la parte exterior del brazo, barriendo hacia el suroeste en dirección a París para, posteriormente, colaborar en aplastar a los franceses en ambos lados. Es cierto que, como hemos visto, Moltke había debilitado el ala derecha, pero algunos estudios apuntan a que no fue un debilitamiento decisivo. De hecho, la debilidad de sus fuerzas no fueron la causa de que el general Von Kluck, al norte de París, girara para dejar París a su izquierda, en vez de a la derecha.

Tras derrotar a los británicos en Le Cateau, Von Kluck se había dirigido hacia el sur, pero se encontró de repente al nuevo ejército francés que se dirigía contra él desde el oeste. Rechazando con éxito este ataque, Von Kluck recibió una petición del II Ejército de Von Bülow, para atacar en su dirección, hacia el sudeste, de forma que el I Ejército pudiera unirse con el II y empujar a los franceses hacia el sur. Von Kluck así lo hizo y dejó París a su izquierda. Mucho se ha escrito sobre esta decisión y se ha considerado que puso fin al Plan Schlieffen. Algunos historiadores han señalado que Von Kluck tomó esa deci-

⁹⁵ E. L. SPEARS, *Liaison*, 1914, Londres, 1930, p. 417, y W. J. PHILPOT, «The Strategic Ideas of Sir John French», *Journal of Strategic Studies*, núm. 12, 1989, pp. 458-478.

sión con el objetivo de explotar la debilidad francesa en ese momento y que el cuartel general de Moltke estaba al tanto de la desviación de Von Kluck y no hizo nada por contrarrestarla. Por supuesto, de haber sabido Von Kluck que desviarse hacia el sudeste significaba ofrecer su débil flanco a las renovadas fuerzas aliadas en torno a París, no lo hubiera hecho. En cualquier caso, los comandantes alemanes habían ignorado los informes del reconocimiento aéreo que apuntaban a la presencia de un nuevo ejército francés en torno a París.

Quizá otros factores más destacados estaban operando en los últimos días de agosto de 1914. El más evidente era que las fuerzas en retirada de Joffre podían hacer uso de un sistema coherente y conectado de carreteras y vías de ferrocarril para trasladar tropas de un lado a otro del frente de batalla. Esta ventaja, denominada «líneas interiores» por los analistas militares, permite al que la posee utilizar una posición compacta para forzar al enemigo a que ejerza un mayor esfuerzo. Joffre recurrió a esta ventaja para trasladar tropas. Por su parte, los alemanes, cuyo plan se basaba en la rapidez, se encontraron la mayor parte de las líneas de ferrocarril destruidas tras la retirada francesa (una gran desventaja para aquellos que se situaban fuera de las líneas interiores).

A pesar del renombre del Estado Mayor alemán, el liderazgo francés fue superior. Probablemente Joffre no destacaría en una lista de los más brillantes generales, pero su calma y su resistencia a entrar en pánico le permitieron juzgar el liderazgo de sus oficiales (reemplazó a varios), trasladar tropas y abastecer las zonas vitales del campo de batalla. Su contraparte, Moltke, cometió errores decisivos en diversos momentos de agosto y septiembre de 1914. Por encima de todo, su negativa a ejercer el mando fue uno de sus fracasos más evidentes. Si se atribuye este fallo a su salud, entonces es preciso cuestionarse la culpabilidad del comandante supremo, Guillermo II, por no reemplazarle al inicio del conflicto. Moltke fue reemplazado el 19 de septiembre, pero, para entonces, la batalla del Marne ya estaba perdida. Los ejércitos de ambos campos competían con parejo encarnizamiento, movidos por el patriotismo más ardiente, y ambos sufrieron pérdidas considerables. Sin embargo, los dos bandos no dieron pruebas de las mismas cualidades.

En el lado alemán reinaba la confusión: la victoria parecía estar al alcance de la mano con patrullas de caballería que habían llegado a diez kilómetros de París y, sin embargo, eran muchas las cosas que no iban saliendo de acuerdo con las previsiones. Las malas comunicacio-

nes estaban desbaratando el Plan Schlieffen. Tan sólo una semana antes, el ambiente en el cuartel general de Moltke había sido exultante; pero hacia el 5 de septiembre la victoria parecía escurrirse de las manos. El enemigo se movía libremente, un pésimo presagio que Moltke atribuía a la ausencia de cañones y hombres capturados. Para agravar aún más las cosas, el movimiento exagerado de Von Kluck había expuesto todo el flanco alemán a un ataque francés y había abierto una brecha con el II Ejército a su izquierda. El ambiente en el cuartel general alemán bordeaba el pánico. Además, el I, II y III Ejércitos estaban integrados por miles de hombres que ya no tenían las fuerzas con las que habían empezado la guerra; muchas unidades habían agotado sus provisiones y vivían de lo que les daba la tierra, y los soldados estaban cansados, hambrientos y escasos de munición. Las columnas invasoras iban perdiendo cohesión conforme los soldados más débiles marchaban cada vez más despacio. Aunque el cansancio de los franceses era similar al de sus enemigos, se encontraban más cerca de sus líneas de abastecimiento, y los refuerzos provenientes de las provincias francesas iban camino de París⁹⁶.

El plan alemán se desintegraba por su eslabón más débil: la logística. Los hombres del ala derecha alemana descubrieron que no podían mantener el ritmo para avanzar 480 kilómetros hacia el oeste de París en cuarenta días. En ese período, la artillería había agotado los mil proyectiles por cañón que se habían planificado. Cada grupo de ejército consumía cerca de 130 toneladas de comida y forraje por día, y requería 1.168 trenes para abastecerlo. Los 84.000 caballos del I Ejército de Von Kluck necesitaban 900 kilos de forraje al día, repartidos en 400 vagones. El transporte por carretera estaba descartado: el 60 por 100 de los 4.000 camiones alemanes se habían averiado antes de que el ejército alcanzara el Marne. En cualquier caso, hubiesen hecho falta 18.000 camiones para mover el ala derecha alemana, una cifra impensable en aquel momento. Los Aliados, por el contrario, se movían hacia sus líneas de abastecimiento y podían hacer uso del eficaz sistema ferroviario centralizado en la capital⁹⁷.

⁹⁶ A. MOMBAUER, «The battle of the Marne: Myths and Reality of Germany's "Fateful Battle"», *The Historian*, núm. 68, 2006, pp. 756-758.

⁹⁷ Sobre la caballería, R. HOLMES, «The Last Hurrah: Cavalry on the Western Front, August-September, 1914», en H. CECIL *et al.*, *Facing Armageddon*, *op. cit.*, pp. 278-294.

La última vez que las armas habían dictado el destino de Europa occidental, en la batalla de Waterloo en 1815, la lucha se había decidido hacia el atardecer de ese día y el campo de batalla estaba demasiado húmedo para luchar aquella mañana. La batalla decisiva de la Gran Guerra duró una semana e involucró a más de dos millones de hombres. Durante cuatro días se produjeron feroces ataques en cientos de enfrentamientos a lo largo de las colinas y las planicies al este de París. Ésa fue la auténtica batalla del Marne. El 4 de septiembre, Moltke limitó el movimiento del I y II Ejércitos y les advirtió de que se defendiesen de un posible ataque francés desde París. Cuando la orden llegó a Von Kluck, éste ya había movido la mayor parte de su ejército hacia el sur a través del río Marne. La batalla llegaba a su punto culminante.

Si se recurre a la idea de una línea francesa inclinada hacia el sur en su sector medio, casi en forma de «U», la compleja batalla puede ser simplificada. Los alemanes combatieron para penetrar en la «U», que se había convertido en una trampa, y, el 5 de septiembre, Joffre puso en marcha su plan para aprovechar las circunstancias favorables. Las tropas británicas y francesas detuvieron su retirada y atacaron. A mediodía, el nuevo VI Ejército del general Maunory, al norte de París (y al norte del Marne), sorprendió a las tropas alemanas situadas más al oeste en lo que supuso el comienzo de la primera batalla del Marne. A la mañana siguiente, la FEB y el V Ejército francés comenzaron una ofensiva que abrió una brecha entre los ejércitos de Von Kluck y de Von Bülow. La situación se convirtió en crítica para los alemanes⁹⁸.

Presintiendo el grave peligro que se cernía sobre sus ejércitos, Moltke, que no se encontraba en condiciones físicas de hacer el viaje, envió de forma un tanto sorprendente a Richard Hentsch, un teniente coronel, para dirigir a dos veteranos comandantes. A ello se unía el inconveniente de ser de origen sajón en un ejército dominado por los prusianos. Era una forma inaudita de ejercer el mando en medio de la mayor campaña de la historia. A pesar de que su rango y su origen no eran los apropiados, Hentsch contaba al parecer con poderes absolutos para valorar la situación sobre el terreno. Sin embargo, fallecería en Bucarest en 1918 tras someterse a una operación quirúrgica, por lo que sus auténticas instrucciones, en gran parte ver-

⁹⁸ H. H. HERWIG, *The Marne*, op. cit., pp. 266 y ss.

bales, no fueron nunca conocidas. El recorrido de Hentsch ha pasado a la historia como el más célebre viaje de inspección militar, la más llamativa manifestación de autoridad delegada de la historia bélica. Hentsch era un brillante, aunque pesimista, analista militar. Tras la guerra, el jefe de Estado Mayor de Estados Unidos, Peyton March, expresó su sorpresa de que los comandantes alemanes más veteranos hubiesen obedecido a un «teniente coronel totalmente desconocido que se estaba excediendo en sus órdenes», y sugirió que los Aliados erigiesen un monumento en su memoria⁹⁹.

Mientras Moltke esperaba impaciente, al recorrer el frente, Hentsch se encontró a Von Bülow y a Von Kluck enzarzados en culparse mutuamente por la brecha que se había abierto entre ellos. Llegó al cuartel general de Von Bülow a las veinte horas del 8 de septiembre y éste confesó que no sabía nada de la situación del I Ejército de Von Kluck. Un día más tarde, Hentsch llegó al cuartel general de Von Kluck. De camino se había encontrado con numerosas unidades médicas y grandes cantidades de equipamiento abandonado por los Aliados en retirada, o por los alemanes para agilizar la marcha. Supo que las fuerzas de la FEB se habían lanzado hacia la brecha que se abría amenazadora entre los dos ejércitos alemanes (que Moltke hubiera podido cubrir con los dos cuerpos que había enviado a Prusia oriental).

El VI Ejército de Maunory se abalanzó sobre el cuerpo de reserva que Von Kluck había situado al norte del Marne. El primer héroe del Marne fue el general alemán, Hans von Gronau, cuyo cuerpo de 22.800 reservistas protegía la retaguardia de Von Kluck (y se encontraba así frente a las fuerzas francesas en París). Cuando el VI Ejército se lanzó al ataque, Gronau actuó con gran pericia para contener la ofensiva francesa y evitar el derrumbe de todo el frente alemán. Posteriormente, Gronau retrocedió diez kilómetros y a medianoche del 6 de septiembre informaba al alto mando de la amenaza que suponía el ataque de Maunory. En ese momento, Von Kluck tomó una decisión drástica: mover su ejército hacia la derecha (situándolo de norte a sur) para hacer frente a esta nueva amenaza y contraatacar. El ataque francés tuvo un efecto dominó sobre todo el frente alemán, provocando ajustes desproporcionados con el ataque francés.

⁹⁹ P. C. MARCH, *The Nation at War*, Nueva York, 1932, pp. 16-17.

Hentsch utilizó sus poderes para ordenar la retirada alemana, decisión prudente dadas las circunstancias, mientras todo el ejército francés y las fuerzas británicas se lanzaban al ataque. No lograron romper el frente alemán y el avance fue contrarrestado. Cuando Von Kluck hizo que sus dos cuerpos retrocedieran a través del Marne y los envió a contraatacar a Maunory, abrió otra brecha entre los dos ejércitos. A pesar de todo, los alemanes lograron rechazar al V Ejército francés, ahora a las órdenes del enérgico Franchet d'Esperey (en sustitución del cauto Lanzerac), e hicieron retroceder al IX Ejército a las órdenes de Ferdinand Foch. Sin embargo, el pánico se apoderó de los comandantes germanos¹⁰⁰.

Von Bülow era un anciano con una salud delicada y su jefe de estado mayor, Otto Lauenstein, también se encontraba en mal estado físico. Tras cinco semanas ininterrumpidas de enorme responsabilidad y de máxima tensión, ambos habían llegado al límite. El 9 de septiembre, Von Bülow ordenaba a su ejército la retirada. Von Kluck no tenía más opciones que seguir el mismo camino y ordenó la retirada en dirección a Soissons. Hacia el 11 de septiembre, todos los ejércitos alemanes se dirigían hacia el norte por órdenes locales, o por órdenes directas de Moltke. Toda la campaña alemana se encontraba al borde del desastre y un fracaso añadido a la hora de retroceder permitiría a los Aliados aislar y destruir los ejércitos alemanes de forma independiente. En el peor de los casos podrían cercar a los sobreextendidos ejércitos desde la retaguardia.

El príncipe heredero Guillermo, el hijo del káiser al frente del V Ejército, tuvo que abandonar sus sueños de una marcha triunfal por los Campos Elíseos. Durante cinco días, comenzando el 9 de septiembre, los alemanes retrocedieron tras los ríos Marne y Aisne a la línea Noyon-Verdún. El soldado William Edgington escribió: «Por la tarde observamos a la mayor parte del ejército alemán en retirada, una visión maravillosa, columnas y columnas sin fin»¹⁰¹. El único motivo que impidió que la retirada alemana se convirtiera en una desbandada fue que los Aliados se encontraban demasiado agotados para darles alcance. Para los soldados alemanes, que desconocían la situación general, resultó muy duro tener que retroceder cuando la victoria parecía

¹⁰⁰ J. KEEGAN, *The First World War, op. cit.*, pp. 118 y ss.

¹⁰¹ IWM, 88/52/1.

al alcance de la mano. No se sentían como un ejército vencido. Un coronel escribió: «Vi llorando a muchos soldados, las lágrimas se deslizaban por sus mejillas». El general Paul Flack escribió: «Esto no puede estar sucediendo... la victoria era nuestra». Otro oficial señalaba: «Comprensibles encojimientos de hombros entre los soldados, gestos de negación con la cabeza»¹⁰². Algunos oficiales rayaron la insubordinación. El oficial Von Rantzau afirmó: «Coronel, con todo el respeto le informo de que hemos perdido la confianza en el liderazgo»¹⁰³. En el II Ejército, Oskar von Hutier, al mando de una división gritaba: «¿Se han vuelto todos locos?». El capitán Walter Bloem calificó la «victoria francesa en el Marne» como «un fraude absoluto»¹⁰⁴.

La primera orden a los ejércitos alemanes en retirada era salvar todos aquellos materiales que podían ser reutilizados. Se dieron órdenes para comenzar una labor de aprovechar todo lo que encontrasen en su retirada. Los hombres debían ser enterrados «en ropa interior y pantalones». Las botas, casacas y el equipo tenían que ser reutilizados. Los fallecidos y los heridos tenían que ser despojados de todo armamento. Asimismo, era preciso recuperar los restos de aviones y de zeppelines derribados. Los alemanes se percataron, para su sorpresa, de que portaban con ellos el arma más destacada de la guerra: la pala. Prepararon posiciones defensivas sólidas con la ventaja de poder elegir el terreno ocupando las regiones más elevadas. De esa forma, además de contar con mayor perspectiva para disparar sobre las posiciones enemigas, podían también cavar más antes de alcanzar el nivel freático, que en la zona de Flandes se encuentra muy cerca de la superficie, pues se trata de una región ganada al mar gracias a un drenaje medieval. Los Aliados se tenían que conformar con ocupar las zonas más bajas y, por tanto, más embarradas y húmedas del frente. El soldado británico Colwyn Phillips escribió amargamente desde Ypres: «Lo primero que aprende uno aquí es a olvidarse de la palabra “Gloria”»¹⁰⁵.

¹⁰² H. H. HERWIG, *The Marne*, op. cit., pp. 302-303.

¹⁰³ T. VON BOSE (ed.), *Das Marnedrama*, 1914. *Der Ausgang der Schlacht*, Berlín, 1928, p. 165.

¹⁰⁴ W. BLOEM, *The Advance from Mons*, op. cit., p. 171.

¹⁰⁵ A. REINMANN, *Der Große Krieg der Sprachen. Untersuchungen zur historischen Semantik in Deutschland und England zur Zeit des Ersten Weltkrieges*, Essen, 2000, p. 180.

Así concluyó el célebre «milagro del Marne» (frase acuñada por Maurice Barrès). No supuso, como se ha señalado en numerosas ocasiones, el fin del Plan Schlieffen, pues la indecisión de Moltke y la improvisación de Von Kluck ya habían destruido el plan antes del contraataque francés. Si algo desequilibró la frágil balanza, fue la indecisión estratégica alemana. Si el I Ejército alemán hubiese destruido al VI Ejército al oeste de París, si el V Ejército francés se hubiese lanzado a la brecha entre los dos ejércitos alemanes y si los franceses se hubiesen lanzado con mayor decisión tras el río Marne, los resultados hubiesen sido ciertamente distintos. El Plan Schlieffen era suficiente para alterar los nervios de cualquier comandante. Moltke no pudo soportar la idea de que su enorme ejército se encontrase a tanta profundidad en territorio enemigo, dependiendo de una línea de comunicaciones larga y vulnerable, y esto pudo hacer que alterase el plan inicial. Nunca se contó la verdad del fracaso del Marne a los alemanes, por lo que en Alemania germinó la idea de que, en realidad, nunca había sido vencida en un campo de batalla.

El auténtico problema del Plan Schlieffen fue de carácter logístico. La solución que se dio al peligroso alejamiento de las líneas de aprovisionamiento y de los ferrocarriles alemanes fue pensar en la invasión de Bélgica. En el ala derecha, Schlieffen proyectó desplegar treinta cuerpos de ejército, aproximadamente un millón de hombres más su equipo y sus caballos. Cada cuerpo de ejército alemán contaba con dos divisiones, de unos 17.500 hombres cada una. En circunstancias óptimas, un cuerpo de ejército no avanzaba en una sola columna, sino en múltiples columnas en paralelo. Si un cuerpo disponía de suficientes caminos paralelos, podía avanzar entre 29 y 32 kilómetros por día. Si el cuerpo iniciaba la marcha al amanecer, la parte final de la columna tendría tiempo suficiente para alcanzar la cabeza hacia el atardecer.

En Bélgica y Francia existían carreteras paralelas a uno o dos kilómetros de la siguiente, pero el frente tan sólo se extendía 300 kilómetros. Esto dejaba únicamente diez kilómetros a cada cuerpo de ejército. Suponiendo que existieran entre cinco y diez carreteras paralelas, un cuerpo no podía avanzar treinta kilómetros al día y esperar que la cola alcanzase la cabeza. Por tanto, en muchos casos el plan requería que dos cuerpos de ejércitos usaran una única línea de comunicación, lo que tenía como consecuencia la congestión y el caos. Es cierto que Schlieffen nunca contó con los hombres que pedía en

su plan original. Sin embargo, es posible también que haber contado con más hombres hubiera servido sólo para colapsar aún más las carreteras, creando una especie de bola de nieve en movimiento que se autodestruyera con el movimiento y se hiciera más grande. En realidad, el plan era inviable geográficamente.

Además, el Plan Schlieffen surgió en el aislamiento. Ni el Ministerio de la Guerra, que tenía que suministrar las fuerzas necesarias, ni la Cancillería, que asumía las preparaciones diplomáticas y políticas para el avance alemán a través de las neutrales Bélgica y Holanda, fueron informados de los detalles del plan hasta 1912. A la marina alemana tampoco se la tuvo en cuenta en el proceso de planificación para que bloquease el cruce de tropas británicas. Ni siquiera se consultó al único aliado válido alemán, Austria-Hungría. Schlieffen despreciaba a los aliados de Alemania y nunca quiso saber nada de un mando unificado en la que se suponía que sería una guerra de coalición. Schlieffen, que falleció en 1912, nunca vería la derrota de su plan, ni las graves consecuencias que tendría para Alemania.

La batalla del Marne fue una derrota sin paliativos para los alemanes y un momento crucial de la historia europea. Guillermo II dijo sentirse «muy deprimido» por el Marne y considerar aquella batalla como el «momento decisivo» de su vida. Lo más grave era que el Plan Schlieffen constituía la única receta alemana para la victoria, no existía un plan B. La campaña de 1914 se basaba en una victoria contundente y decisiva en el oeste el día cuarenta desde la movilización. Al no materializarse, quedó patente que la gran apuesta había fallado. En el bando alemán se culpó a Hentsch por ordenar la retirada y a Moltke por su falta de temple. Moltke había perdido la batalla, la guerra y también perdería su puesto. Como comandante, Moltke fue el principal responsable de la derrota. La batalla había demostrado que carecía de lo que Schlieffen describió como «ese fuego de voluntad de victoria, el salvaje impulso de avanzar y el infalible deseo de aniquilar al enemigo». Él mismo reconoció que era absolutamente incapaz de «jugárselo todo a una carta».

Resulta imposible concluir si Moltke perdió los nervios en aquellas jornadas cruciales. Sus memorias fueron «pulidas» por los censores patriotas de la década de 1920 y por la destrucción de los archivos del Estado Mayor durante el bombardeo de Alemania en la Segunda Guerra Mundial. En mayo de 1915, Moltke rompió brevemente su silencio y admitió al general Hans von Plessen, jefe del cuartel general

del káiser: «Me puse nervioso durante aquellos críticos días de septiembre». Asimismo, reconoció que se había mostrado «pesimista» sobre la situación al este de París. No diría nada más¹⁰⁶.

La virtud del general Joffre fue su temple. Sus colaboradores quisieron atribuirle el ataque sobre el flanco francés; sin embargo, gran parte del crédito es de Gallieni. Los alemanes se detuvieron y los franceses enviaron apresuradamente a 3.000 soldados de la 7.^a División de Infantería en 600 taxis Renault parisinos, uno de los hitos patrióticos de la guerra (aunque los taxímetros no dejaron de funcionar y finalmente se les pagó 130 francos, un tercio de la cantidad que marcaban).

Lo realmente relevante no fue lo que sucedió en el campo de batalla, sino lo que Moltke pensó que sucedía. Sus temores no eran del todo infundados. Un firme ataque británico entre los dos ejércitos alemanes y uno francés contra el flanco alemán hubiesen podido acabar con los ejércitos alemanes a muchos kilómetros de sus bases en Alemania¹⁰⁷. Moltke se percató del significado de la retirada alemana, tal y como escribió a su esposa: «La guerra que había empezado con tan buenas expectativas, al final se volverá contra nosotros. Seremos aplastados en nuestra lucha contra Oriente y Occidente. Nuestra campaña es una desilusión cruel. Y tendremos que pagar por toda la destrucción que hemos causado». Moltke fallecería en 1916 sin ver la derrota final de Alemania, en la que había tenido un papel tan decisivo en el verano de 1914¹⁰⁸. Los sueños germanos de una victoria rápida se desvanecieron. Se había evitado la hegemonía alemana y Gran Bretaña había mantenido su cabeza de puente en el continente. Las consecuencias a largo plazo del Marne serían trágicas, pues permitió cuatro largos años más de monótonas matanzas en las trincheras.

Fue en el Marne donde ambos bandos se encontraron por vez primera con los efectos reales de la concentración de fuego y de las nuevas armas. Pero esto sucedió porque los planes convencionales, incluso clásicos, de Von Kluck y Joffre, llevaron a lo que Napoleón (y Clausewitz) había intentando evitar: asaltos frontales, directos. De hecho, a grandes rasgos, la primera batalla del Marne se convirtió en

¹⁰⁶ H. HERWIG, *The First World War*, op. cit., p. 106.

¹⁰⁷ A. BEAUFRE, «Marshall Joseph Joffre», en M. CARVER (ed.), *The War Lords*, op. cit., pp. 13-22.

¹⁰⁸ R. ASPREY, *The First Battle of the Marne*, Filadelfia, 1962, p. 153.

una batalla al estilo de Gettysburg: fuerza contra fuerza. Si algunas de las «fricciones» de Clausewitz se hubieran desarrollado a favor de los alemanes, éstos podían haber vencido en la batalla. Sin embargo, dado el debilitamiento del ala derecha alemana y la decisión de Von Kluck de enfrentarse a la fuerza francesa al este de París, en vez de continuar con el plan inicial de avanzar hacia el oeste, resulta complicado concluir cómo se podría haber llevado a cabo el golpe decisivo que había ideado Schlieffen veinte años antes. Los objetivos estratégicos eran probablemente imposibles de lograr en tan sólo unas semanas de guerra. En cualquier caso, y bajo cualquier prisma, los exitosos contragolpes franceses y británicos contra los alemanes, que hicieron retroceder al ejército de Von Kluck lejos de París, supusieron uno de los acontecimientos más destacados de la guerra. Fue, probablemente, uno de los momentos más decisivos de la historia moderna. Una nueva escuela de historiadores alemanes ha llegado a afirmar que Alemania perdió la guerra mundial en septiembre de 1914¹⁰⁹.

La carrera hacia el mar

Mientras ambos bandos se recuperaban, los líderes pensaban en el siguiente asalto. Y concluyeron que era mejor evitar los asaltos frontales. Lo mejor parecía ser flanquear al enemigo en el norte. Retrocediendo hacia el río Aisne, donde el I Ejército alemán había cavado las primeras trincheras de la guerra y rechazado un ataque francés, Von Kluck emprendió la que sería denominada «carrera hacia el mar». La frase resulta equívoca, pues lo que se pretendía, en realidad, no era llegar al canal de la Mancha, sino flanquear al enemigo antes de que éste alcanzara la costa.

Tras el Marne, Joffre aceptó la petición británica de que la FEB se situara más cerca de su base en el canal de la Mancha. Fue retirada del Aisne y enviada a Flandes. Hacia finales de octubre, los alemanes habían tomado finalmente Amberes. Eliminada esa amenaza en su retaguardia, decidieron utilizar cinco de sus cuerpos de reserva, que habían estado inmovilizados en Amberes, para romper la línea enemiga

¹⁰⁹ H. EHLERT *et al.* (eds.), *Der Schlieffenplan: Analysen und Dokumente*, Paderborn, 2006.

en Ypres. La ciudad fortificada formaba un saliente aliado que se introducía en las líneas alemanas. Las fortificaciones hacían muy compleja la toma de la ciudad, pero los alemanes atacaron al norte y al sur, inclinando las líneas hacia el oeste, dejando a Ypres en el centro del saliente. En esta primera batalla de Ypres se comenzó a vislumbrar el carácter que iba a adoptar el conflicto.

Moltke fue sustituido por Erich von Falkenhayn, ministro de la Guerra. Para muchos era más político que soldado y su apariencia reflejaba el epítome del soldado prusiano. De apariencia dura, corte de pelo marcial y rasgos vigorosos, era un hombre frío e introvertido, una de las figuras militares más enigmáticas de la guerra. Era un auténtico «Junker», que sentía un enorme desprecio hacia la prensa, el liberalismo y las «masas», y no se mostraba conmovido por las cifras de bajas. Despreciaba también a la mayoría de sus colegas y no confiaba en ninguno de ellos. Forzaba a sus colaboradores y a sí mismo a trabajar sin fin y su visión estratégica era a menudo brillante. El plan para Ypres consistía en atacar frontalmente el saliente y penetrar hasta los puertos del canal de la Mancha, Dunquerque, Calais y Bulogne, siendo este último el principal puerto de abastecimiento de la FEB. El káiser se presentó en el frente esperando poder conducir a sus hombres a Ypres¹¹⁰.

Para reforzar el ataque, Falkenhayn utilizó divisiones de reserva formadas por estudiantes voluntarios. Hacia el fin de la batalla, cerca de 40.000 adultos y jóvenes habían muerto o sufrido terribles heridas. Uno de los supervivientes de aquella matanza fue el joven Adolf Hitler, que, aunque era austriaco, había sido asignado al 16 Regimiento de Bavaria y presencié la terrible, *Kindermord* («la matanza de inocentes»), en la que cientos de miles de reclutas alemanes que habían recibido tan sólo dos meses de instrucción, la mayoría universitarios adolescentes, fueron aniquilados por los ya veteranos soldados ingleses. Hitler nunca olvidaría aquel momento. Un oficial del Estado Mayor alemán, Rudolf Binding, escribió en su diario: «Estos pobres jóvenes a los que acabamos de entrenar no tienen ninguna opción, en particular cuando sus oficiales han muerto. Esos jóvenes, la flor intelectual de Alemania, se dirigieron al ataque en Lan-

¹¹⁰ H. H. HERWIG, *The Marne*, op. cit., cap. 7.

gemarck de forma tan inútil como costosa»¹¹¹. En el cementerio alemán de Langemarck, donde yacen los restos de los compañeros de Hitler, hay hoy 25.000 tumbas. Entre los británicos, por otra parte, un tercio de la FEB había fallecido, lo que obligó al Gobierno británico a recurrir a tropas indias¹¹².

La posición aliada resistió en buena medida gracias al valor de un grupo de zapadores belgas. El 29 de octubre, este grupo se dirigió hacia los mecanismos de accionamiento hidráulico de Nieuport, en la costa del mar del Norte. A las siete y media de la tarde, abrieron las compuertas que evitaban que el mar del Norte anegara la región de Flandes. En cuestión de pocas horas más de 700.000 metros cúbicos de agua inundaron la región. Los zapadores se quedaron el tiempo suficiente para cerrar las compuertas antes de que los reflujos volvieran a sacar el agua. Su audacia creó la línea de defensa temporal que los Aliados necesitaban para reagruparse y mantener la línea¹¹³.

Tanto británicos como alemanes lograron romper el frente, pero en ambos casos consiguieron reunir reservas suficientes para apuntalar las líneas antes de que el enemigo pudiese explotar sus ganancias. El momento culminante de la batalla, presenciado por el mismo káiser, llegó cuando los alemanes consiguieron romper el frente en Gheluvelt y los británicos, liderados por un puñado de hombres del segundo de Worcesterhise, consiguieron hacer retroceder a los alemanes. Tras un ataque final por parte de la unidad de élite de los Guardias Prusianos, la batalla perdió intensidad. Al retener Ypres, los británicos lograron un saliente en el frente, que ahora se extendía desde el canal de la Mancha hasta los Alpes.

Para Francia, el año finalizaba con la ocupación alemana de la mayor parte de la zona industrial del noroeste del país. La región incluía la décima parte de la población de Francia, el 70 por 100 de sus yacimientos petrolíferos y el 90 por 100 de sus minas de hierro. Se trataba de un panorama desolador; en un territorio ocupado, la guerra es

¹¹¹ Algunos autores han puesto en duda la matanza de Langemarck como una exageración propagandística para consumo interno. Véase, por ejemplo, R. COWLEY, «Massacre of the Innocents», *Military History Quarterly*, núm. 10, 1998, pp. 38-43.

¹¹² T. WILSON, *The Myriad Faces of War: Britain and the Great War, 1914-1918*, Cambridge, 1986.

¹¹³ Véase R. COWLEY, «Albert and the Yser», *Military History Quarterly*, vol. 1, núm. 4, pp. 106 y ss.

siempre una guerra total. El diario del tendero David Hirsch en la localidad de Roubaix ilustra bien la miseria de la población subyugada: falta de noticias del frente y de comunicación con el resto de Francia, escasez de alimentos, albergue de soldados alemanes, requisa de alimentos, productos industriales y mano de obra forzada. Todo aquel que estuviera ayudando a los Aliados era susceptible de ser fusilado. El único consuelo para Hirsch era que la escasez debía existir también en Alemania. Aunque Hirsch lo desconocía, la ocupación de esos departamentos franceses hizo mucho por endurecer la determinación francesa de derrotar al odiado enemigo¹¹⁴.

Sin embargo, para poner fin a la ocupación era preciso lanzarse a la ofensiva, algo que demostraría convertirse en una experiencia muy sangrienta. Una vez que se logró contener la ofensiva alemana en Ypres, los Aliados lograron resistir, y la línea del frente se estabilizó desde Nieuport, en la costa, donde se situaba un contingente anglo-belga. El sector británico, todavía bajo las órdenes de sir John French, se extendía hacia el sur de Francia, aproximadamente hasta el río Somme, en la Picardía. Ahí comenzaba el largo sector francés y se extendía hasta Reims y Verdún y, desde allí, hasta la frontera suiza.

A finales de octubre, un frente continuo de 643 kilómetros se extendía desde el canal de la Mancha hasta Suiza. El problema fundamental para los Aliados era que ahora se enfrentaban a una línea continua de trincheras enemigas y los alemanes dominaban desde las alturas sus posiciones. No existía ningún sector donde se pudiese flanquear el sector alemán. De hecho, los únicos flancos en ambos bandos estaban «anclados» al canal de la Mancha y a los Alpes.

El príncipe heredero de Prusia, agudo observador, escribió que la guerra de trincheras en la que se convirtió el Frente Occidental no había sido inevitable, sino un grave error, el resultado de un liderazgo mediocre, «el desenlace del agotamiento al que se llegó por el fracaso de ambos bandos en desarrollar una estrategia decisiva». En cualquier caso, era una situación que nadie, ni los líderes civiles ni los militares, había deseado. Pero una vez que las líneas se consolidaron, los

¹¹⁴ Sobre la ocupación, véanse H. McPHAIL, *The Long Silence: Civilian Life under the German Occupation of Northern France, 1914-1918*, Londres, 1999, y R. COBB, *French and Germans, Germans and French*, Hanover, 1983.

líderes del Frente Occidental tenían que buscar maneras de enfrentarse con ese tipo de guerra. Como señaló el secretario británico de la Guerra, lord Kitchener, mientras el frente se consolidaba y su país se enfrentaba a una perspectiva que no había deseado: «Debemos hacer la guerra como podemos, no como habríamos deseado»¹¹⁵.

¹¹⁵ P. MAGNUS, *Kitchener: Portrait of an Imperialist*, Nueva York, 1958, p. 349.

4

Un drama nunca superado

«Nunca había habido una guerra como ésta, y nunca volverá a haberla, librada con semejante furia y bestialidad».

Max Hoffmann.

La amenaza rusa

El frente del Este en la Gran Guerra ha sido menos estudiado que el occidental. Esto obedece a varias razones. De las tres potencias que libraron la mayor parte de la lucha, los alemanes desplegaron como mucho un tercio de su ejército en ese frente, Austria-Hungría desapareció en 1918 y la Unión Soviética prefirió olvidar un conflicto que Lenin denunció como «imperialista». Sin embargo, durante gran parte del período que discurre de 1914 a 1917, el número de hombres que combatieron en la zona fue similar al de Francia y Bélgica, y las bajas fueron también cuantiosas, aunque, en general, fueron consecuencia más de las enfermedades y las fiebres que de las heridas de combate. Aunque el destino de la guerra siempre dependió del frente occidental, el frente del Este tuvo un impacto fundamental en el conflicto, comenzando por los dos cuerpos de ejército que Moltke envió a esa zona en detrimento de su ala derecha en Francia y que, como ya se ha visto, tuvo un efecto negativo en el plan alemán¹.

Rusia contaba con una gran población y, al menos sobre el papel, era capaz de desplegar un ejército de un millón y medio de hombres. El ejército ruso era un microcosmos de la sociedad, y estaba aquejado de las mismas tensiones sociales, pobreza, autocracia y un desarro-

¹ V. G. LIULEVICIUS, *War land on the Eastern Front: Culture, National Identity and German Occupation in World War I*, Cambridge, 2000.

llo tecnológico lento y desigual. Al igual que sucedía con los campesinos, los reclutas eran tratados como subhumanos, convirtiéndolos en blanco fácil para la agitación revolucionaria. Un gran porcentaje no sabía leer, problema acuciante en una guerra progresivamente tecnológica. Sin embargo, el soldado ruso compensaba con valor y determinación lo que carecía en entrenamiento. Debido a que el 80 por 100 eran campesinos, se trataba de hombres habituados a la dureza y a la adversidad, que creían de forma apasionada en la «Madre Rusia» y despreciaban al zar y a su Gobierno. Sentían también un profundo odio hacia Austria y estaban decididos a vengar la crueldad que la monarquía dual había mostrado con los eslavos².

Eran soldados duros que hubieran merecido mejores oficiales. Sin embargo, al más alto nivel, los comandantes más veteranos se limitaban a competir entre sí por ganarse el favor del zar. El estatus y el ascenso no se ganaban con eficacia, sino con una lealtad ciega al zar. Que en un comandante confluyeran veteranía y capacidad era tan sólo una coincidencia afortunada. Los jóvenes de buenas familias eran enviados directamente al Estado Mayor y no pasaban por las unidades de combate. En los niveles inferiores, los oficiales más jóvenes se caracterizaban por su corrupción y crueldad, y existía una preocupante falta de suboficiales. Tampoco existía un auténtico mando supremo o un Estado Mayor, lo que se traducía en que, a menudo, a las unidades en los diversos frentes se les otorgaba libertad para perseguir sus propios fines. Los suministros se encontraban en un nivel paupérrimo y el transporte era muy rudimentario. Sin embargo, el fallo más grave de la maquinaria de guerra rusa era su industria, incapaz de responder a las enormes exigencias de un gran ejército y de una guerra larga y costosa.

A pesar de todo, los rusos habían realizado destacados progresos desde su humillante derrota ante Japón en 1905. El sistema ferroviario había mejorado de tal manera que, entre 1909 y 1914, el número de trenes que podía trasladar al frente al día había aumentado en un tercio. Era un dato muy significativo, ya que el Plan Schlieffen dependía de un sistema ferroviario ruso mucho más lento. En vísperas del conflicto, el gasto militar excedía al de Alemania, aunque con fre-

² W. C. FULLER, *Civil-Military Conflict in Imperial Russia, 1881-1914*, Princeton, 1985, pp. 52-53.

cuencia el dinero se invertía en proyectos erróneos. Así, por ejemplo, las fortificaciones permanentes contaban con artillería pesada, mientras que muchas unidades móviles carecían de piezas de artillería³. La proporción entre la caballería y la infantería era excesiva, y los reclutas no estaban bien equipados. Además, las tropas podían llegar rápidamente al frente, pero una vez allí dependían de un sistema de transporte muy precario. Aunque ningún país podía predecir la naturaleza exacta de la guerra, Rusia se encontraba mal equipada para hacer frente a improvisaciones. En todo caso, como señala un antiguo proverbio ruso, «Rusia nunca es tan fuerte como parece, ni tan débil como deja entrever».

El ejército ruso era el mayor de las fuerzas contendientes. En agosto de 1914 destinó 21 divisiones de infantería contra Alemania, que contaba únicamente con 13 en ese teatro de operaciones, y otras 53 contra Austria-Hungría, que desplegó 37 divisiones de segundo nivel contra Rusia. Sin embargo, el Imperio ruso no movilizó un ejército mucho mayor que Francia o Alemania, que contaban con menor población. La Ley del Servicio Militar de 1874 preveía numerosas exenciones entre los jóvenes más formados⁴. Además, existían exenciones de todo tipo para evitar ser llamados a filas, por ser finlandés o musulmán, por ejemplo; pero la exención más común era para aquellos que «ganaban el pan». A principios de agosto, unos dos millones de campesinos contrajeron matrimonio para eludir la leva.

El ministro de la Guerra, Vladimir Sukhomlinov, era un personaje controvertido que en 1915 sería encarcelado por corrupción y tras la revolución sería condenado por traición. Aunque albergaba ideas reformistas, el cuerpo de oficiales se mostraba dividido entre sus protegidos y sus enemigos. Sabía que las fortalezas eran vulnerables y prefirió abandonarlas, pero tuvo que llegar a un compromiso. En general, Rusia empleaba mayores cantidades de dinero en construir fortificaciones que en el ejército destinado al campo de batalla. En 1914, esas fortalezas contaban con 2.813 cañones modernos, mientras el ejército contaba con tan sólo 240 baterías móviles. En cualquier caso, el Mi-

³ N. STONE, *The Eastern Front. 1914-1917*, Londres, 1975, p. 32.

⁴ La apreciación británica en K. NEILSON, «Watching the “Steamroller”: British Observers and the Russian Army Before 1914», *Journal of Strategic Studies*, núm. 8, 1985, pp. 199-217.

nisterio de la Guerra en San Petersburgo no podía alimentar y vestir a más de una cuarta parte de sus potenciales reclutas.

El ejército contaba con 4,5 millones de rifles, suficientes sólo para las etapas iniciales de la movilización. Y aunque todos los observadores se mostraban de acuerdo en resaltar el valor y la resistencia de los soldados rusos, había una grave escasez de oficiales y suboficiales. En 1903, Alemania contaba con doce suboficiales por compañía; Francia, con seis, y Rusia, con tan sólo dos⁵. El denominado «Gran Programa» aprobado en 1914 proyectaba aumentar el reclutamiento anual de 450.000 a 580.000 y reforzar al mismo tiempo la artillería. Sin embargo, el estallido de la guerra puso fin a esos ambiciosos planes. El conflicto también zanjó al acuerdo franco-ruso para mejorar las líneas férreas rusas. La Rusia polaca, un saliente que limitaba con Prusia oriental al norte y con la provincia austriaca de Galicia y con Bucovina al sur, no contaba con suficientes carreteras ni líneas de ferrocarril. El Gobierno ruso estimaba que era lo mejor, pues, de lo contrario, podía servir de pasillo de invasión hacia el interior de Rusia⁶.

A pesar de todas las deficiencias, los rusos lanzarían ofensivas simultáneas contra sus dos enemigos. El plan ruso había sido adoptado poco antes de que estallara el conflicto. Tras la derrota con Japón, el alto mando había aconsejado que Rusia debía evitar a toda costa una guerra europea. La reforma militar de 1910 había acelerado la movilización, pero el plan de guerra ruso de 1910, denominado Plan 19, era muy cauto. Preveía una invasión inicial alemana contra la que Rusia debía desplegar sus fuerzas principales de forma defensiva a lo largo del borde oriental del saliente polaco, asignando contingentes menores contra los austriacos. Sin embargo, hacia 1914 ese enfoque había cambiado. Una de las razones principales fue la presión del Gobierno francés para que Rusia lanzase un ataque al inicio del conflicto, dado que ambos países esperaban que el esfuerzo principal alemán fuera dirigido contra el frente occidental.

Sin embargo, la presión del aliado francés no era el único factor que debía tener en cuenta el Gobierno ruso. En el seno del ejército ruso, un grupo de oficiales liderados por Mijaíl Alekseyev, jefe de Es-

⁵ D. R. JONES, «Imperial Russia's forces at War», en A. R. MILLET y W. MURRAY (eds.), *Military Effectiveness*, Winchester, 1988, pp. 278-279.

⁶ J. KEEGAN, *The First World War*, *op. cit.*, p. 152.

tado Mayor del distrito militar de Varsovia, se mostraba confiado en el potencial ofensivo de su ejército, rechazaba abandonar Polonia y deseaba atacar Austria-Hungría. En 1912, Rusia adoptó un esquema diferente, el Plan 19 modificado. La variante G todavía preveía una posición defensiva si Alemania atacaba hacia el este; sin embargo, la variante A asumía que se dirigiría hacia el oeste y vislumbraba ofensivas, tanto hacia Prusia oriental como hacia la Galicia austriaca, contra la cual se dirigiría el grueso de las tropas. Hacia 1914, un nuevo plan, el Plan 20, seguía contemplando una ofensiva dual. Al final, Rusia lanzó dos débiles ofensivas cuando hubiera sido mucho más lógico defenderse en un sector del frente mientras se atacaba en el otro⁷.

Afortunadamente para los rusos, su principal adversario también intentaría una ofensiva dual y desde una posición más débil. El supuesto del ejército ruso era más del doble que el austrohúngaro y, aunque la población de la monarquía dual era superior a la de Francia, la fuerza de su ejército era menos de la mitad que la francesa. Austria-Hungría no estaba bien equipada para representar el papel asignado de contener al coloso ruso. Aunque contaba con una población de cincuenta millones, económicamente no podía mantener a un ejército de más de 480.000 hombres. El Imperio se había mostrado incapaz de reclutar un ejército acorde con su estatus: tres de cada cuatro reclutas potenciales lograron escapar de los planes del Estado. De los hombres reclutados, menos de un tercio recibieron lo que se podría denominar «un entrenamiento completo». El suministro de municiones y uniformes era muy deficiente. Con una gran necesidad de trabajadores agrícolas, el Imperio tenía el porcentaje más bajo de hombres en armas de todas las potencias continentales. Así, entrenaba anualmente tan sólo el 22 por 100 de los hombres aptos para el servicio militar, en comparación con el 40 por 100 de Alemania y el 86 por 100 de Francia⁸. Napoleón había señalado con ironía sobre los austriacos que eran un ejército, una cosecha y un concepto demasiado tardío.

El emperador era la cabeza visible del Imperio multiétnico, con tres administraciones ineficientes que empleaban tres idiomas diferentes: el alemán, el húngaro y el croata. A su vez, el ejército tenía

⁷ J. SNYDER, *The Ideology of the Offensive: Military Decision Making and the Disasters of 1914*, Ithaca, 1984, cap. 7.

⁸ H. H. HERWIG, *The First World War*, op. cit., p. 12.

que utilizar once idiomas si quería dar cabida en su seno a las principales minorías étnicas del Imperio, muchos de cuyos miembros tan sólo deseaban su desmembración. Los problemas étnicos que aquejaban a Austria-Hungría también se dejaban sentir en su ejército. Una muestra aleatoria de un centenar de soldados en 1914 hubiese dado 44 descendientes de eslavos, 28 alemanes, 18 húngaros, 8 rumanos y 2 italianos. Resultaba muy difícil construir una fuerza cohesionada entre tantas nacionalidades, muchas de las cuales se mostraban reacios entre sí. En algunas unidades, la falta de una lengua común hizo que impartir órdenes fuera una tarea compleja. La moral y la cohesión de las unidades eran bajas, pues los ascensos se decidían a menudo más por consideraciones étnicas que militares. Y, en términos étnicos, los soldados tenían en muchas ocasiones más en común con el enemigo que con el oficial que les ordenaba avanzar.

Existía también un clima de fuerte sospecha entre Alemania y Austria-Hungría. Los alemanes despreciaban el Imperio multiétnico y a los austrohúngaros todavía les escocía la derrota que habían sufrido en 1866 contra Prusia. En términos operativos, eso supuso que se dedicara muy poco tiempo a establecer una estructura de operaciones coordinada. Durante los años previos a la guerra, las conversaciones entre los Estados Mayores de los dos aliados habían sido limitadas. Así, entre 1897 y 1907 no se habían reunido ni una sola vez. A partir de entonces, las conversaciones siguieron siendo infrecuentes porque los alemanes sospechaban que los espías rusos se habían infiltrado en el Estado Mayor austriaco. Con el tiempo, las relaciones se deterioraron aún más y los alemanes pusieron fin a las conversaciones a nivel de Estado Mayor debido a la creencia de que los rusos contaban con un espía en lo más alto del ejército austrohúngaro.

Los hechos confirmarían pronto las peores sospechas. El espía se llamaba Alfred Redl y en 1907 había sido nombrado jefe de la inteligencia austrohúngara. Redl era homosexual y tenía graves problemas económicos, algo que no pasó desapercibido a los rusos. El servicio secreto ruso comenzó a chantajearle y a darle dinero a cambio de secretos militares austriacos. Los alemanes pronto se enteraron de lo que estaba sucediendo al interceptar una serie de cartas con dinero e informaron a los austriacos de la existencia del espía. Los oficiales que Redl había entrenado fueron los que se enfrentaron a él en mayo de 1913. Redl tuvo que admitir que era un espía y se le dejó la posibilidad de suicidarse para evitar un juicio. Redl se acogió a la oferta y

se disparó un tiro con un revólver. El caso Redl puso definitivamente fin a la confianza existente entre los Estados Mayores de Alemania y Austria. El resultado fue que los alemanes incrementaron su desprecio y su arrogancia hacia los austriacos⁹.

Como resultado de la falta de coordinación, tanto Alemania como Austria-Hungría dieron por sentado que sería el otro el que se enfrentaría al gigante ruso. La mera existencia de tal malentendido pone de relieve la naturaleza problemática de la alianza germano- austriaca. Al Gobierno austrohúngaro tampoco le entusiasmaba la idea de ponerse en el camino del gigante ruso, mientras Alemania llevaba a cabo sus designios en el oeste. El belicoso jefe de Estado Mayor, Conrad von Hötzendorf, bombardeaba a Moltke con informes advirtiéndole de los enormes riesgos de retrasar demasiado el refuerzo del frente del Este¹⁰. En todo caso, Conrad no favorecía una guerra defensiva. La política oficial descrita en un informe de 1911 señalaba que la infantería podía, «sin el apoyo de las otras armas, e incluso siendo inferior en número, lograr la victoria siempre y cuando se mostraran fuertes y duros». La estrategia de Austria-Hungría giraba en torno al principio de que la supervivencia del Imperio requería una política de agresión continúa contra todos los enemigos. Frente a tantas contingencias, Conrad fue a la guerra con la vana esperanza de destruir el saliente de la Polonia rusa en un ataque combinado austro-alemán.

La situación de Austria-Hungría era muy compleja, pues contaba con un gran número de enemigos potenciales. Los austriacos no sólo tenían que considerar al coloso ruso, sino también a los odiados serbios. Hacía tiempo que tenían a Italia por un enemigo potencial y, en 1914, Rumanía parecía estar también a punto de unirse al campo ruso. Por ello, el Estado Mayor austriaco había desarrollado diversos planes: el Caso I contra Italia, el B para los Balcanes y el R contra Rusia. Conrad dudaba de que Austria-Hungría fuese capaz de combatir en los tres frentes, pero contempló luchar tanto contra Rusia y Serbia como contra Serbia únicamente, aunque su problema era saber si Rusia intervendría con posterioridad en un conflicto balcánico.

⁹ R. ASPREY, *The Panther's Feast*, Nueva York, 1959.

¹⁰ N. STONE, «Moltke-Conrad: Relations between the Austro-Hungarian and German General Staffs, 1909-14», *History Journal*, núm. 9, 1966, pp. 204-211, y G. TUNSTALL, *Planning for War against Russia and Serbia: Austro-Hungarian and German Military Strategy, 1871-1914*, Nueva York, 1993.

Por ello movilizó sus fuerzas en tres grupos, el A-Staffel defendería la frontera en Galicia; el Minimalgruppe Balkan haría lo mismo contra Serbia, y el B-Staffel atacaría Serbia en una guerra balcánica localizada o se dirigiría al norte en una guerra contra Rusia en caso de conflicto contra ambos países¹¹.

En una guerra en dos frentes, el Estado Mayor contemplaba permanecer a la defensiva contra la menos peligrosa Serbia y enviar el grueso del ejército a Galicia. Sin embargo, el punto más problemático era un conflicto austro-serbio en el que Rusia interviniese posteriormente. El Estado Mayor austriaco podía esperar una semana antes de enviar al B-Staffel del sur al norte, pero si Rusia entraba en el conflicto una vez que se hubiese comprometido el ejército austriaco en los Balcanes, resultaría muy complicado poder retirarlo a tiempo. En 1909 los alemanes señalaron que si Austria-Hungría atacaba a Serbia en respuesta a una provocación y Rusia intervenía militarmente, Alemania consideraría ir a la guerra contra la alianza ruso-francesa. Sin embargo, Conrad seguía temiendo ser arrastrado a una ofensiva contra Rusia mientras se encontraba luchando simultáneamente en los Balcanes. Advirtió que sólo avanzaría desde Galicia si Alemania atacaba simultáneamente desde Prusia oriental, atrapando así a la Rusia polaca en un movimiento de pinza. El alto mando alemán aseguró que su VIII Ejército lanzaría ese asalto y en 1914 el alto mando austriaco pareció mostrarse satisfecho con las garantías del Reich.

Al final, los alemanes desplegaron contingentes de segunda clase en Prusia oriental. El VIII Ejército estaba compuesto por trece divisiones de infantería y una división de caballería con 774 cañones, una décima parte de sus fuerzas totales. Moltke dio instrucciones al comandante Max von Prittwitz de que en Prusia oriental no se lanzasen a la ofensiva, sino que adoptasen una posición defensiva. Otorgaba cierta discreción a Prittwitz para que, en caso extremo, se retirara al río Vístula, aunque alertaba de que tal medida sería desastrosa. Estratégicamente, la mejor opción para los rusos habría sido mantenerse a la defensiva contra Austria-Hungría y centrarse en Alemania para amenazar Berlín y coordinar la presión con Francia. Sin embargo, se sentían obligados a asistir a Serbia. Así, desplegaron menos de la mi-

¹¹ D. STEVENSON, *Armaments and the Coming of War: Europe, 1904-1914*, Oxford, 1996, pp. 155-156.

tad de su ejército contra Prusia oriental e incluso subdividieron sus fuerzas. En cualquier caso, el mejor curso de acción habría sido avanzar con la totalidad de sus fuerzas contra la capital provincial de Königsberg. En cambio, intentaron una operación de pinza, en parte debido a la peculiar geografía de Prusia oriental¹².

La provincia estaba en gran parte deshabitada y cubierta por bosques y lagos. Joffre consideraba que toda la región era una «emboscada». El I Ejército ruso, bajo el mando de Paul von Rennenkampf (los apellidos alemanes eran comunes entre la aristocracia y los oficiales de alto rango rusos), invadiría por el noreste de los Lagos y el II Ejército, al mando de Alexandr Samsonov, por el sudoeste. Rennenkampf contaba con seis divisiones y media de infantería y 492 piezas de artillería, por lo que era más débil que los defensores alemanes. Por su parte, Samsonov disponía de catorce divisiones y media de infantería y cuatro divisiones de caballería con 1.160 piezas de artillería que superaban a los defensores alemanes. Los rusos tenían tal superioridad que debían haber sido capaces de empujar a los alemanes hacia el Vístula. Por su parte, los alemanes harían un inteligente uso del ferrocarril para derrotar a las dos fuerzas de forma separada.

Existían también problemas tecnológicos. Los rusos carecían de acceso al ferrocarril local, al telégrafo y a las redes telefónicas. El II Ejército contaba sólo con veinticinco teléfonos y ninguno de ellos suponía un sustituto para las comunicaciones sin cable. El codificado y decodificado de los mensajes sin cable era complejo y consumía mucho tiempo. Además, los ejércitos rusos perdían a menudo los códigos, por lo que enviaban mensajes en claro, que los alemanes captaban. Por tanto, las comunicaciones internas entre los ejércitos rusos eran lamentables¹³.

A estas dificultades se añadía la catastrófica estructura de mando. El zar nombró comandante en jefe a su hermano, el gran duque Nicolás, y a Janushkevich, jefe de Estado Mayor, aunque la figura más destacada del cuartel general ruso (*Stavka*) era el jefe de intendencia, Danilov. La Stavka se encontraba muy alejada del frente y las comunicaciones eran muy complicadas; no contaba con suficientes oficiales de Estado Mayor ni con las reservas necesarias. La red polaca de

¹² N. STONE, *The Eastern Front*, op. cit., pp. 44 y ss.

¹³ *Ibid.*, p. 57.

ferrocarril no ayudaba, ya que no existía una línea troncal entre Prusia oriental y el frente de Galicia. Los rusos recurrieron a comandantes de frente para coordinar los ejércitos contra cada uno de sus enemigos, pero las facciones endémicas en el cuerpo de oficiales al final socavaron su esfuerzo.

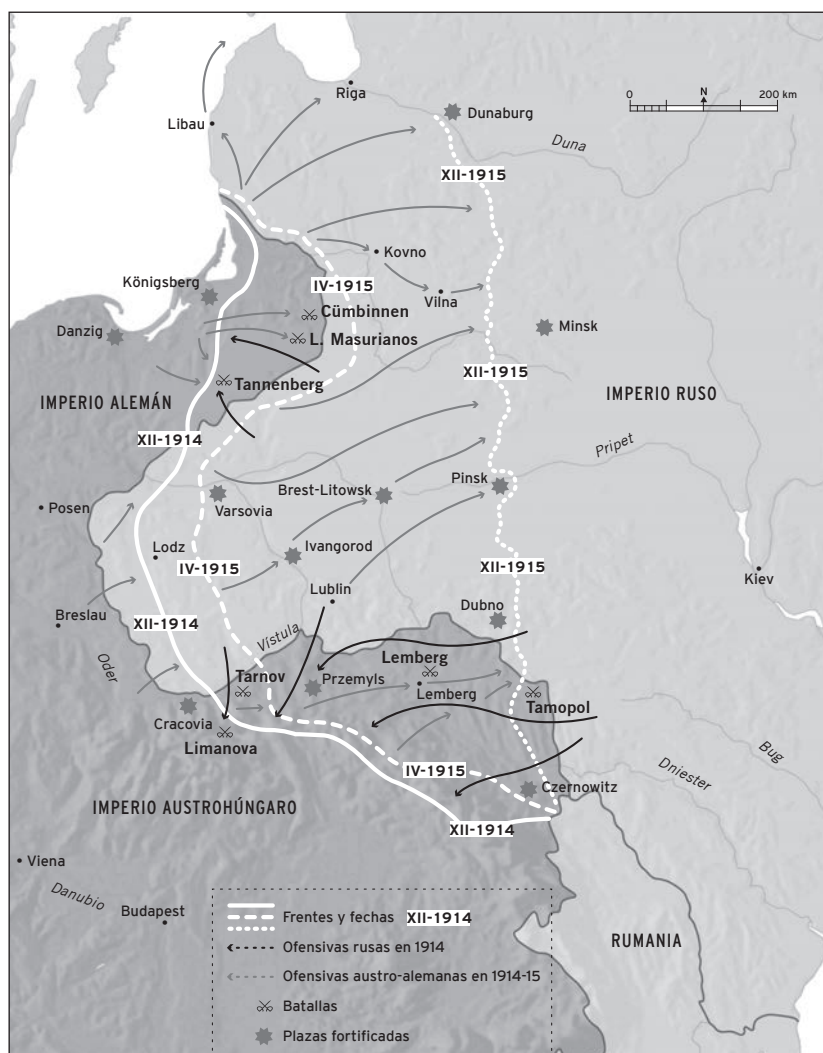
A esta situación había que añadir que los dos principales comandantes, Rennenkampf y Samsonov, no cooperaban entre ellos. Una anécdota extendida entre las tropas rusas —y probablemente falsa— señalaba que en 1905, durante la guerra con Japón, los soldados rusos que esperaban en la estación de Mukden habían sido testigos de un espectáculo sorprendente. Rennenkampf y Samsonov discutían acaloradamente y parecían estar a punto de llegar a las manos. Aquel incidente no auguraba nada bueno para un esfuerzo de guerra ruso en el que participaran ambos comandantes. A pesar de que no existan pruebas de tal incidente, la aversión mutua que se profesaban era lo bastante intensa para que las personas que los conocían se la creyeran¹⁴. Samsonov había servido en la guerra contra Turquía en 1877 y se distinguió como jefe de división de caballería en la guerra ruso-japonesa. En agosto de 1914, sin embargo, su salud y lucidez mental ya no se encontraban en su plenitud.

A pesar de todo, la campaña se inició de forma prometedora para los rusos y fueron los alemanes los que sufrieron una crisis de mando. Hacia el 11 de agosto, la movilización rusa contra Prusia oriental prácticamente había finalizado y los combates se iniciaron en esa zona poco después que en Bélgica. La movilización rusa se llevó a cabo con celeridad, pero, como consecuencia de ello, la organización y la logística se resintieron. Para aumentar la velocidad de marcha, las tropas portaban lo imprescindible, lo que se traducía en que se encontraban muy escasas de suministros cuando alcanzaban sus puntos de destino. Las unidades eran enviadas de inmediato al combate, sin apenas tiempo para organizarse.

La coordinación se veía perjudicada también por el mal ambiente reinante entre ambos mandos. Rennenkampf fue el primero en llegar a la frontera, pero su progreso fue lento. Cuando los alemanes interceptaron un mensaje de radio que señalaba que se detendría

¹⁴ M. S. NIEBERG y D. JORDAN, *The History of World War I. The Eastern Front, 1914-1920*, Londres, 2002, pp. 33-36.

Frente oriental, 1914-1915



el 20 de agosto, el general Hermann von François, comandante del 1.º Cuerpo de Prittwitz, decidió lanzarse al ataque. La subsiguiente batalla de Gumbinnen no demostró que los alemanes poseyeran una ventaja cualitativa y su VIII Ejército atacó de forma frontal sin el necesario bombardeo artillero previo. Los alemanes consiguieron rechazar a los rusos en ambos flancos, pero las unidades que avanzaban en el centro contra la infantería rusa, parapetada en granjas y pueblos, no lograron ningún avance. Tras sufrir ocho mil bajas en cuestión de horas, los alemanes iniciaron la retirada. A pesar de todo, la batalla de Gumbinnen tuvo una consecuencia positiva, ya que se encontró una nota, en el cuerpo de un oficial ruso fallecido, que esbozaba los planes rusos para la campaña¹⁵.

Mientras los civiles belgas huían despavoridos de las localidades invadidas por las fuerzas alemanas, muchos alemanes se encontraban sin hogar por la invasión rusa de Prusia oriental. La imagen de los refugiados con sus familias y sus posesiones acudiendo horrorizados a Berlín hizo que el Gobierno alemán tuviera que enfrentarse a un complejo dilema: ¿debía concentrar todos sus esfuerzos en derrotar a Francia? ¿O debía poner en peligro el Plan Schlieffen enviando tropas adicionales para detener el avance ruso? Los rusos habían sorprendido a todo el mundo, inclusive a ellos mismos, al movilizar su ejército más rápido de lo esperado. De hecho, tan sólo habían precisado tres días más que Alemania¹⁶. Al mismo tiempo, mensajes de radio interceptados y aviones de reconocimiento alemanes revelaron que Samsonov estaba invadiendo la retaguardia de Prittwitz y moviéndose más al oeste de lo esperado, poniendo en peligro su ruta de retirada. En una tensa conversación telefónica, Prittwitz le comunicó a Moltke que deseaba reagruparse cuanto antes en el río Vístula. Ante tales perspectivas, el 22 de agosto Moltke, que actuó de forma más ágil que en el frente occidental, ordenó su cese inmediato.

Para reemplazarlo se pensó en el general retirado Paul von Benckendorff und von Hindenburg de sesenta y siete años. Su nombramiento había sido una operación efectista por parte del alto mando. Ni siquiera había sido la primera opción, simplemente se trataba de

¹⁵ D. E. SHOWALTER, *Tannenberg: Clash of Empires, 1914*, Nueva York, 2004, pp. 172 y ss.

¹⁶ D. E. SHOWALTER, «The Eastern Front and German Military Planning 1871-1914», *Eastern European Quarterly*, núm. 15, 1981, pp. 165-180.

un oficial con la antigüedad apropiada para dirigir el VIII Ejército, cuya casa se encontraba situada en el camino que tenía que seguir su jefe de Estado Mayor para llegar a Prusia oriental. Fue movilizadísimo tan rápidamente que se presentó con un uniforme azul en desuso, en vez del gris reglamentario. Había pasado su jubilación en una finca que poseía en Prusia oriental dedicando gran parte de su tiempo a caminar por la zona estudiando posibles vías de aproximación de los ejércitos rusos, observando los lagos y los bosques y analizando las formas más efectivas para un posible contraataque. No se mostró nada satisfecho con lo que vio. Según una anécdota, su mujer le había pedido consejo sobre si debían plantar manzanos en su propiedad. Al parecer, Hindenburg respondió que no tenía sentido alguno, ya que los únicos que finalmente se comerían las manzanas serían los rusos¹⁷. Hindenburg llegó al frente al mismo tiempo que el general Erich Ludendorff, el héroe de Lieja, que se convirtió en su jefe de Estado Mayor (su nombre ha pasado a menudo a la historia con un *von* aristocrático que no poseía). El resultado fue una pareja formidable, una de las asociaciones militares más sólidas de la historia, los «gemelos terribles», como los apodaron los Aliados. Hindenburg proporcionó estabilidad, autoridad y nervios templados. Ludendorff aportó energía, ambición e imaginación (al menos hasta los últimos meses de la guerra). Era un hombre valiente e indiferente a lo que pensarán de él. Ambos compartían un descomunal ego y una gran ambición. Hindenburg admitió que eran un «matrimonio feliz»¹⁸.

El teniente coronel Max Hoffman había esbozado ya un plan para hacer frente a los dos amenazadores ejércitos rusos. Hoffman era uno de los expertos en el ejército ruso y había sido enviado como observador a la guerra ruso-japonesa, donde tuvo conocimiento de la enemistad manifiesta entre los dos comandantes rusos. Hindenburg y Ludendorff adoptaron el plan de Hoffman y posteriormente se arrogaron el mérito de su éxito. Hindenburg, Ludendorff y Hoffman eran conscientes de que eran superados en número: 485.000 rusos frente a 173.000 alemanes. Su única esperanza era jugárselo todo a una carta.

¹⁷ D. E. SHOWALTER y W. J. ASTORE, *Hindenburg. Icon of German Militarism*, Londres, 2004.

¹⁸ R. ASPREY, *The German High Command at War: Hindenburg and Ludendorff and the First World War*, Londres, 1994, cap. 5, y J. LEE, *The Warlords: Hindenburg and Ludendorff: The Campaigns of Hindenburg and Ludendorff*, Londres, 2005.

Como en los juegos de guerra, los alemanes alejaron sus fuerzas del I Ejército ruso utilizando las líneas de ferrocarril norte-sur para mover con celeridad sus tropas hacia el II Ejército de Samsonov. No sólo la distancia, los lagos y los bosques separaban a los rusos. La enemistad entre sus propios generales se hacía cada vez más patente y, además, tuvieron también muy mala fortuna con las comunicaciones por radio. La radio era un invento relativamente nuevo que permitía la transferencia rápida de información sobre el campo de batalla en tiempo real, pero, en 1914, tanto la Entente como las Potencias Centrales estaban intentando aún dominar la tecnología. Ambos bandos contaban con guías de códigos, pero los operadores tenían grandes dificultades para poder traducir la gran cantidad de mensajes que llegaban de las unidades en el frente. Desbordados, los operadores de radio comenzaron a cometer errores y a enviar numerosos mensajes sin cifrar. Estos mensajes entre Samsonov y Rennenkampf indicaban que Rennenkampf no acudiría en ayuda de Samsonov. Las noticias parecían demasiado buenas para ser reales, pero Hoffman convenció a Hindenburg y a Ludendorff de lo plausible de su plan por dos razones: primero, porque era consciente de la animadversión entre los dos generales rusos, lo que hacía muy poco probable que los comandantes rusos se prestaran ayuda; y, segundo, debido al pésimo hábito ruso de transmitir sus mensajes sin cifrar¹⁹.

Los alemanes conocían aquella zona como la palma de su mano, ya que celebraban allí las maniobras anuales. Una pequeña fuerza de caballería permaneció para guardar el avance de Rennenkampf, mientras que el grueso del VIII Ejército se desplazó hacia el sur para enfrentarse a Samsonov. Rennenkampf se movía muy lentamente y, tras la precipitada movilización, el II Ejército se encontraba en un estado deplorable. Extendido en un frente de cien kilómetros, avanzaba a ciegas sin reconocimiento apropiado. Debido a la interceptación de los mensajes rusos, Hindenburg probablemente tenía una idea más precisa de la disposición de las fuerzas del II Ejército que el propio Samsonov.

Continuando su avance en solitario, Samsonov estaba invitando a los alemanes a que le tendieran una trampa. Y, al moverse tan despacio, Rennenkampf garantizaba que no podría acudir en defensa de

¹⁹ H. STRACHAN, *The First World War*, op. cit., pp. 323 y ss.

Samsonov. Para los alemanes resultaba inaudito que los rusos violaran una de las reglas fundamentales de la doctrina militar: no dividir nunca las tropas en presencia de un enemigo inferior, pues, de lo contrario, éste podía concentrar sus fuerzas para derrotar por separado a los ejércitos enemigos. Para los rusos era la receta perfecta para una catástrofe que no tardaría en llegar²⁰.

El 26 de agosto, Zhilinski, situado a trescientos kilómetros detrás del I y II Ejércitos, ordenó a Rennenkampf que asediase Königsberg en vez de acudir en ayuda de Samsonov. Sus órdenes fueron interceptadas por los alemanes, y confirmaron así las informaciones provenientes del reconocimiento aéreo que señalaban que, tras la batalla de Gumbinnen, Rennenkampf no se lanzaría a la caza de los alemanes debido a la escasez de munición y a la caótica situación logística. Como los alemanes en el Marne, Samsonov se encontraba muy alejado de la línea de ferrocarril más cercana. Ante la insistencia de la Stavka, alargó su marcha avanzando hacia el noroeste en vez de hacia el norte, probablemente para poder cortar la retirada de Prittwitz. Alejándose rápidamente del ejército de Rennenkampf, los alemanes entraron en contacto con el de Samsonov. La subsiguiente batalla de Tannenberg (nombre colectivo de una serie de enfrentamientos que tuvieron lugar entre el 24 y el 31 de agosto) se convirtió en la mayor operación de cerco de la guerra²¹.

Los alemanes atrajeron a las fuerzas rusas hacia el norte, dejando un frente en forma de «U» invertida, con un centro débil que animó a los rusos a seguir avanzando, pensando que estaban ganando la batalla, y dos flancos muy fuertes que se abalanzaron sobre las tropas rusas cerrando la retaguardia de Samsonov entre los lagos y los tupidos bosques de Prusia oriental. Los hombres del VIII Ejército habían sido reclutados en su mayoría en esa zona y estaban deseando aniquilar a los rusos. Así, un oficial alemán se encontró disparando contra su propia casa tomada por los rusos unos días antes. Finalmente, se produjo un cerco clásico cerca de Grünfließ. La mayor responsabilidad de la debacle se debió a Samsonov, quien había estado persiguiendo al 20.º Cuerpo alemán y no reaccionó a tiempo ante el peligro que se cernía sobre sus tropas.

²⁰ G. J. MEYER, *A World Undone. The story of the Great War*, Nueva York, 2006, pp. 168 y ss.

²¹ H. STRACHAN, *The First World War*, op. cit., pp. 324 y ss.

El 28 de agosto ordenó un avance que hizo que sus tropas se introdujesen aún más en la trampa tendida por los alemanes, en vez de alejarse de ella. Desmoralizados y casi sin suministros ni municiones, los rusos comenzaron a rendirse. Hacia el día 30, el descalabro ruso era total. Los soldados rusos, agotados tras marchar doce horas al día durante una semana, rompieron filas y comenzaron a huir del campo de batalla. Samsonov, asmático y agotado, abandonó a su Estado Mayor, eligió un lugar solitario del bosque y se suicidó descerrajándose un tiro. Su fuerza había perdido dos cuerpos enteros, 92.000 prisioneros, 500 piezas de artillería y unos 50.000 muertos y heridos contra unas bajas alemanas de entre 10.000 y 15.000 hombres²².

El plan demostró cierta genialidad y riesgo por parte de los alemanes, pero se debió en gran medida a la ineptitud rusa. De haber continuado *Rennenkampf* su victoria en Gumbinnen con una marcha firme hacia Samsonov, el plan alemán hubiese fracasado. Los alemanes bromeaban con que su nombre debería haber sido «*Renne von Kamp*» («huida del campo de batalla»). La derrota supuso el fin de su carrera, aunque posteriormente utilizaría sus influencias para evitar la cárcel y llegó a ser gobernador de Petrogrado. Los bolcheviques le ofrecerían posteriormente el mando de la Armada Roja, puesto que rechazó y le costó la vida²³.

Uno de los principales culpables del escaso desempeño ruso fue Vladimir Sukhomilov, ministro de la Guerra, del que se decía que «había engordado de ineficiencia». Amigo del zar Nicolás y uno de los favoritos de la Corte, conservó su posición mostrándose servil, halagando y divirtiendo en vez de concentrarse en sus tareas. Fue en parte responsable de la prematura entrada de su país en la guerra en 1914 al asegurar al Gobierno ruso que el ejército se encontraba en perfectas condiciones. Desde el inicio, Sukhomilov se enfrentó al gran duque Nicolás, quien le responsabilizó de las derrotas de 1914, y llegó a sugerir que Sukhomilov estaba al servicio de Alemania, algo que era falso. En el verano de 1915, una comisión de investigación lo encontró culpable de incompetencia y fue cesado. Sería juzgado, condenado por corrupción y enviado a prisión.

²² H. H. HERWIG, *The First World War*, op. cit., p. 86, y R. W. HARRISON, «Alexander Samsonov and the Battle of Tannenberg», en B. BOND (ed.), *Fallen Stars: Eleven Studies of Twentieth Century Military Disasters*, Londres, 1991, pp. 13-31.

²³ M. S. NIEBERG y D. JORDAN, *The History of World War I*, op. cit., p. 41.

Los alemanes habían mantenido mejor suministradas a sus tropas, que, además, disponían de mejor información y habían sido más rápidos en aprovechar las oportunidades. Sus sistemas descentralizados de mando, que funcionaron de forma tan mediocre en el Marne, habían permitido llevar a cabo el contragolpe en Prusia oriental. Tannenberg adquirió un significado mítico muy superior al estratégico. Rusia había dejado de inspirar terror, como testimonian las palabras de Hoffmann tras la batalla: «Tenemos una sensación de absoluta superioridad sobre los rusos. Debemos vencer y venceremos»²⁴.

Debido a que el nombre de Grünfliess carecía de resonancia heroica, a la batalla se le dio el nombre de Tannenberg, tomado de una localidad vecina donde los caballeros teutónicos habían sufrido una derrota a manos de polacos y lituanos en 1410. Los propagandistas alemanes podían proclamar que aquella humillación había sido vengada, que las hordas asiáticas habían sido repelidas y que Berlín se había salvado. La batalla pasaba así a sugerir un sentimiento de venganza sobre los eslavos. Tannenberg fue rápidamente incorporada a la mitología bélica alemana. Ése no fue el único eco medieval durante el conflicto. Como se ha apuntado, el asesinato del archiduque Francisco Fernando se produjo el mismo día que la derrota serbia ante los turcos en 1389. Los británicos, por su parte, afirmaban que en la batalla y posterior retirada de Mons habían sido asistidos por los arqueros ingleses de Agincourt (1415) y en otras versiones los arqueros eran, en realidad, ángeles.

Los arquitectos Johannes y Walter Krüger construyeron un gigantesco monumento en la zona de Tannenberg con ocho grandes torres unidas por una muralla en cuyo interior cabían 10.000 «adoradores». El monumento se encontraba cerca de donde se emplazaría el cuartel general de Hitler durante la Segunda Guerra Mundial, Rastenburg. Al final, ambos serían destruidos ante el avance del Ejército Rojo²⁵. Junto al mito de Tannenberg, Hindenburg se convertía en el primer héroe de la guerra, un estatus que conservaría hasta el final de sus días. Las paredes de las ciudades alemanas se cubrieron con carteles y láminas con su imagen, y su retrato ocupaba las portadas de

²⁴ Citado en F. HALSEY, *The Literary Digest History of the World War One*, vol. 7, Nueva York, 1991, p. 89.

²⁵ D. STEVENSON, *Cataclysm. The First World War as Political Tragedy*, Nueva York, 2004, p. 56.

todos los diarios. Incluso los barberos copiaban su inconfundible bigote, muy solicitado por los clientes. La marina le dio su nombre a un crucero y Silesia cambió el nombre de la ciudad industrial de Zabrze en su honor. Hindenburg, y no el káiser, se convirtió en el centro de la voluntad de resistencia alemana. A medida que avanzaba la guerra y la población civil se desilusionaba con el conflicto, era vital fomentar la creencia en su invencibilidad.

El culto adoptaría también formas ridículas. Se erigieron estatuas de madera en las que la gente clavaba clavos para convertir a Hindenburg en «el hombre de hierro». Se pagaba por ese privilegio y se destinaba el dinero a los fondos de guerra. Se evidenciaba en este acto la importancia del hierro en la cultura alemana, y se ensalzaba la condecoración más valorada, la Cruz de Hierro. La victoria de Tannenberg lanzó a Hindenburg y a Ludendorff hacia una trayectoria profesional tan poderosa que incluso el káiser se mostró reticente a enfrentarse a ellos y les otorgó el control de la gran estrategia alemana en la segunda parte del conflicto²⁶.

Sin embargo, la situación estratégica no había experimentado grandes cambios, ya que los rusos reemplazaron rápidamente sus pérdidas y Tannenberg no eliminó la amenaza que se cernía sobre el territorio alemán. Tampoco fue seguida de un triunfo comparable contra Rennenkampf. En la batalla de los Lagos Masurianos, entre el 5 y el 13 de septiembre, Ludendorff lanzó sus tropas contra el I Ejército ruso, que había tomado posiciones al este de la región de los lagos. Había recibido los dos cuerpos de ejércitos que le había enviado Moltke desde el frente occidental y comenzó la batalla con una ventaja numérica. François irrumpió en el flanco izquierdo ruso y se lanzó hacia su retaguardia, pero, aunque los alemanes tomaron 30.000 prisioneros, Ludendorff fracasó a la hora de completar otro gran cerco rompiendo el centro enemigo y Rennenkampf pudo retirarse en orden. Una vez que los ejércitos se lanzaron a la persecución más allá de la frontera, sufrieron los habituales problemas de los ejércitos invasores: agotamiento y falta de suministros. El 25 de septiembre, los rusos contraatacaron empujando a los alemanes hasta la línea Angerapp. Los combates de septiembre costaron al VIII Ejército

²⁶ A. VON DER GOLTZ, *Hindenburg: Power, Myth, and the Rise of the Nazis*, Oxford, 2011.

unas 100.000 bajas y, a pesar de infligir más daño a los rusos, la contienda finalizó en un empate.

La guerra en el frente oriental fue una guerra racial, librada entre eslavos, por un lado, y pueblos germánicos, por el otro. El frente era enorme y se combatía en un terreno brutal por ejércitos que se desplazaban a gran velocidad y que sobrevivían de la tierra. Muchos de los horrores que caracterizarían a la guerra en el siglo xx se iniciaron ahí: la utilización por vez primera del gas, expulsiones masivas de civiles y ataques contra los judíos. Sin embargo, y a diferencia de lo que sucedería en la Segunda Guerra Mundial, la política alemana de ocupación en el Este no sería antisemita. Los judíos se verían favorecidos por su uso del yiddish, una forma medieval de alemán que les permitió servir de intérpretes con las poblaciones locales. Cuando Alemania invadió la Unión Soviética en junio de 1941, algunos judíos optaron por no huir del avance alemán, como consecuencia del recuerdo de la Primera Guerra Mundial. Los resultados serían trágicos.

El frente austriaco

Las relaciones de Alemania con su aliado austrohúngaro nunca fueron muy fluidas. La mayoría de los oficiales austriacos de mayor edad habían aceptado, pero no olvidado, la contundente derrota en 1866. Los alemanes les parecían arrogantes y condescendientes. El en gran parte agrícola Estado austriaco no había logrado modernizarse al ritmo que los alemanes deseaban y, para frustración alemana, los austriacos se concentraban demasiado en los frentes balcánicos descuidando el frente ruso.

Las fuerzas austrohúngaras, por otra parte, se enfrentaban a enemigos por todas partes. En teoría, la guerra debía ayudar a fortalecer el Imperio permitiéndole dominar las recalcitrantes naciones balcánicas, en particular su gran enemigo serbio. Existía la tentación de atacar de forma agresiva en varios frentes. Sin embargo, trasladar grandes ejércitos en un área con comunicaciones primitivas era un formidable impedimento para una estrategia de esa naturaleza. El jefe de Estado Mayor Conrad von Hötzendorf propuso una ofensiva conjunta con los alemanes para destruir las fuerzas rusas en el saliente polaco. Conrad era un hombre de refinada educación, políglota y con una amplia visión política, pero no podía ignorar la ne-

cesidad de castigar a Serbia. La mitad de las fuerzas austrohúngaras (460.000 hombres) se concentraron en ese frente albergando la esperanza de una victoria completa en cuestión de días. No obstante, el frente serbio, a las órdenes del mariscal de campo Radomir Putnik, aunque peor equipado y en clara inferioridad, contaba con la ventaja de luchar en terreno conocido. De hecho, las tropas serbias tenían también experiencia de combate tras haber participado en las dos guerras balcánicas.

Las batallas de agosto en Galicia involucraron a un gran número de fuerzas de ambos bandos. Dada la situación de empate a la que se había llegado en Prusia oriental, una combinación de un fracaso alemán en el oeste, con un desastre austrohúngaro en el este podía resultar letal para las Potencias Centrales. Una vez movilizado, el archiduque Friedrich se convirtió en el comandante en jefe austrohúngaro, pero, en la práctica, Conrad y sus asesores dirigían las operaciones en Galicia. Durante la crisis de julio, Conrad se tuvo que enfrentar a la situación que tanto había temido: una guerra inminente contra Serbia mientras Rusia permanecía al margen. Sin embargo, tenía la certeza de que la intervención rusa se produciría y de ahí lo sorprendente de sus decisiones. Tras el rechazo serbio al ultimátum, autorizó la movilización parcial del Minimalgruppe Balkan y B-Staffel, pero no el A-Staffel (que debía proteger la frontera de Galicia) al estimar que los rusos estaban simplemente amagando.

El 31 de julio, sin embargo, optó por ordenar la movilización general para el día siguiente y preguntó si el B-Staffel podía ser redirigido desde los Balcanes a Galicia. Sus asesores en comunicaciones ferroviarias se mostraron horrorizados. Conrad decidió transportar a parte del B-Staffel primero hacia la frontera serbia y, posteriormente, hacia el norte contra los rusos mientras retrasaba la movilización del A-Staffel. Como resultado, se pospuso su concentración en Galicia hasta el 19 de agosto. Para entonces, Moltke había alertado de que sólo atacaría desde Prusia oriental si Rusia se mantenía pasiva contra Alemania. Esto supuso una sorpresa para Conrad, quien persistió en su planeada ofensiva, esperando ayuda alemana en menos de seis meses debido, en gran parte, a su optimista planteamiento de que Francia sería vencida con celeridad²⁷.

²⁷ D. STEVENSON, *Cataclysm*, op. cit., pp. 56-57.

Hacia finales de agosto las fuerzas austriacas en Galicia sumaban medio millón de hombres en 31 divisiones, aumentando a 37 cuando los tres cuerpos del B-Staffel llegaron el 4 de septiembre. Los austriacos se encontraban superados en número, pues, hacia finales de agosto, los rusos habían desplegado 45 divisiones de infantería y más de 18 de caballería contra ellos. Dado que las unidades rusas eran mayores que las austriacas, cada división de infantería rusa contaba con un 70 por 100 más de hombres, 30 por 100 más de artillería pesada y ocho veces más ametralladoras, lo que suponía 750.000 hombres repartidos en cuatro ejércitos. El mando recaía en el Frente del Sudoeste, a las órdenes de Nicolás Ivánov y de su jefe de Estado Mayor, Alekseyev, un equipo más capaz que el destinado en Prusia oriental. El Frente Sudoeste deseaba atacar desde el norte hacia la fortaleza de Cracovia, aunque el alto mando favorecía una aproximación más indirecta desde el este avanzando en paralelo a los Cárpatos²⁸.

Los rusos adoptaron su habitual estrategia de hacer ambas cosas, intentando un doble cerco de sus enemigos, pero fue el ataque desde el este el que infligió mayor daño. En el norte, donde ambos bandos tenían un número similar de hombres, los austriacos lograron éxitos en los primeros encuentros en Krasnik el 23 de agosto y en Komarow del 26 al 31 de agosto. Sin embargo, hacia principios de septiembre se estaban quedando sin provisiones y un nuevo IX Ejército ruso se dirigía contra ellos. Mientras tanto, los rusos se acercaron desde el este y el VIII Ejército derrotó al III Ejército austriaco en la batalla de Gnila Lipa el 26 de agosto, tomando la localidad de Lemberg el 3 de septiembre. El 8 de septiembre, Conrad intentó un contraataque contra el flanco ruso en la batalla de Rawa Russha, que resultaría infructuoso, y se vio obligado a ordenar una retirada general a la línea de los Cárpatos en el sur y al río Dunajec al este de Cracovia, donde el frente se estabilizó a finales de septiembre.

En ese momento, los ejércitos del norte de Conrad también habían sido derrotados. Los rusos se habían convertido en los invasores, avanzando trabajosamente por carreteras empantanadas, líneas de ferrocarril inadecuadas y más estrechas que las suyas y frente a un enemigo que podía leer sus mensajes de radio. Además, se encontraban bloqueados por la gran fortaleza de Przemyśl, defendida por 100.000

²⁸ H. STRACHAN, *The First World War*, op. cit., pp. 347 y ss.

tropas y rodeada de cincuenta kilómetros de trincheras. Emplazada sobre colinas que se alzaban hasta los 420 metros, la fortaleza constituía un gran campamento cerrado, en particular de muros de tierra reforzados con cúpulas blindadas. Przemsyl fue sitiada la tercera semana de septiembre de 1914, pero no cayó hasta el 22 de marzo de 1915. Poco después sería reconquistada²⁹. Un observador británico escribió sobre los defensores austriacos de la fortaleza: «No he visto nunca gente más abatida y desesperada»³⁰.

Parecía que se había llegado también a una situación de empate, pero los rusos habían infligido más daño a los austriacos que los alemanes a los rusos o a los franceses. Los austriacos habían perdido la provincia de Bucovina y gran parte de Galicia oriental, incluyendo tierras cultivables y ricas en petróleo, las fortalezas de Lemberg y Jaroslav. Las pérdidas habían sido cuantiosas: 100.000 hombres, 222.000 heridos y 100.000 prisioneros, así como 216 cañones, 1.000 locomotoras, además de las enormes bajas entre oficiales y suboficiales que eran muy difíciles de reemplazar.

Los rusos sufrieron 250.000 bajas, incluyendo 40.000 prisioneros, pero se trataba de pérdidas menores para un ejército mayor que el austriaco. El gran número de prisioneros guardaba relación con la moral en ambos ejércitos. En el ejército de los Habsburgo las unidades checas, serbias e italianas no mostraron ser de confianza y la pérdida de tantos de sus mejores hombres y oficiales tan sólo agravaría el problema. Austria-Hungría estaba demostrando ser incapaz de combatir a los rusos sin ayuda alemana y ésa sería la tónica general para el resto del conflicto. Conrad pronto se arrepintió de haber atacado por su cuenta y realizó peticiones de ayuda, culpando después a Alemania de la catástrofe y contemplando la posibilidad de una paz por separado. Sin embargo, cuanto más tenían que ayudar los alemanes a los austriacos en el frente oriental, más difícil les era reunir una fuerza superior para atacar en el oeste. Tal y como quedó patente en el frente occidental, en cuanto un ejército perdía el impulso inicial, se llegaba a un empate en el campo de batalla condicionado por factores tecnológicos que impedían cualquier avance. Aunque la movilidad de las fuerzas en el frente oriental durante la

²⁹ N. STONE, *The Eastern Front*, op. cit., pp. 83-90.

³⁰ Citado *ibid.*, p. 114.

guerra contrastaba con la situación en el oeste, la incapacidad de ambos bandos de imponer su dominio llevó a una situación de tablas con trincheras y fortificaciones fijas.

El enorme coste y la falta de éxito de las dos campañas tuvieron un efecto corrosivo sobre la moral del ejército de Austria-Hungría, ya que su inestabilidad inherente lo hacía muy susceptible al fracaso. Los soldados se sentían tentados de cambiar de bando debido a los frecuentes vínculos étnicos con el enemigo. Debido a las enormes pérdidas entre oficiales y suboficiales, la labor de apuntalar la moral no fue sencilla. Gran parte de la culpa fue de Conrad, de su ego desmesurado y de su falta de capacidad y de realismo. El frente en Galicia acabó finalmente por estabilizarse con la ayuda alemana. Conrad no mostró reparos en recibir esa ayuda, ya que consideraba que sus aliados debían ser culpados por poner a su ejército en una situación tan comprometida. «¿Por qué?», se preguntaba, «¿debía Austria-Hungría desangrarse innecesariamente?»³¹.

Sin duda, uno de los factores más destacados de la derrota de las Potencias Centrales en la guerra fue la extraordinaria falta de coordinación y de cooperación entre Alemania y Austria. En la práctica, esto supuso, entre otras cosas, que en muy raras ocasiones harían uso de su mayor ventaja sobre los Aliados: sus líneas de comunicación interiores. El profundo resentimiento y la desconfianza hacia los alemanes que surgió en esos dos primeros meses de guerra envenenarían las futuras relaciones. Era previsible que la situación se agravase debido a que las pérdidas austrohúngaras hacían cada vez más necesaria la ayuda alemana. Al mismo tiempo, la dependencia de los Habsburgo atizaba el desprecio alemán hacia su incompetente aliado. Alemania comenzó a pensar que se hallaba «esposada a un cadáver», mientras que Austria-Hungría comenzó a considerar a Alemania «su enemigo secreto»³².

³¹ H. H. HERWIG, *The First World War*, op. cit., p. 95.

³² H. STRACHAN, *La Primera Guerra Mundial*, Barcelona, 2004, p. 32. Véanse también G. W. SHANAFELT, *The Secret Enemy: Austria Hungary and the German Alliance, 1914-18*, Boulder, 1985, y H. H. HERWIG, «The Dynamics of Necessity: German Military Policy during the First World War», en A. R. MILLET y W. MURRAY, *Military Effectiveness: The First World War*, Boston, 1988, pp. 80-115.

Serbia, primer asalto

La última y fracasada ofensiva de agosto de 1914 fue el primer ataque de Austria-Hungría contra Serbia. Al final, los austriacos hicieron lo que habían rechazado en todos sus planes anteriores a la guerra: lanzar ofensivas débiles tanto en Polonia como en los Balcanes, sin vencer en ninguna de las dos zonas. Fueron humillados por un país que ni siquiera era una gran potencia y que no se encontraba bien equipado para la guerra. Es cierto que el ejército serbio no debía ser despreciado. Con una población que representaba una décima parte de la de Austria-Hungría, movilizó una mayor proporción de su población masculina que el resto de los países europeos: 350.000 hombres, 185.000 de los cuales eran tropas de primera línea. Contaba con comandantes capaces, con experiencia de combate en las guerras balcánicas, incluyendo al jefe del Comando Supremo, Radomir Putnik, que se encontraba en un balneario en Budapest durante la crisis de julio y al que Francisco José, en un gesto caballeroso de muy dudosa utilidad, había permitido regresar a su país³³.

Putnik concentró sus principales fuerzas de forma defensiva en el centro del país, preparadas para un llevar a cabo un contragolpe contra la invasión. Con todo, la situación general del ejército serbio era débil, pues estaba empezando a reemplazar las reservas de artillería que habían sido utilizadas en las guerras de los Balcanes. Además, carecía de calzado para sus reclutas, muchos de los cuales iban descalzos y, en particular, de rifles, que Serbia no podía ni manufacturar ni importar. Los rusos enviaron 120.000 unidades a finales de agosto de 1914, pero no eran suficientes para entregar un arma a cada soldado. En contraste, las unidades austrohúngaras contaban con rifles modernos, el doble de ametralladoras y piezas artilleras con una mayor cantidad de munición, así como un transporte mucho más eficaz y una infraestructura industrial de respaldo.

A pesar de todo, la invasión inicial austrohúngara de Serbia finalizó en otra debacle. Debido a la disposición defensiva que adoptó

³³ D. DJORDJEVIC, «Vojvoda Putnik, The Serbian High Command and Strategy in 1914», en B. K. KIRALY y N. F. DREISZIGER (eds.), *East European Society in World War I*, Nueva York, 1985, pp. 569-589.

Serbia, la mejor opción para los austriacos era permanecer a la defensiva en los Balcanes y centrar todas sus fuerzas en Rusia. Sin embargo, las circunstancias que habían llevado a la guerra hacían que esta opción no pudiese ser considerada. Además, el V y VI Ejércitos, situados en las fronteras norte y noroeste, estaban bajo el mando del general Oskar Potiorek (el hombre que había estado a cargo del destacamento de seguridad del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo), rival de Conrad³⁴. Potiorek se mostraba deseoso de atacar: sus dos ejércitos sumaban 140.000 hombres, inferiores a las fuerzas serbias, pero el II Ejército —la porción del B-Staffel que fue enviada a los Balcanes antes de ser trasladada a Galicia— fue desplegado en la frontera Serbia hacia el 18 de agosto, proporcionando así una breve distracción mientras Potiorek lanzaba a los otros dos ejércitos en un ataque convergente desde puntos de inicio a cien kilómetros de distancia y avanzando lentamente a través de un país montañoso que carecía de buenas carreteras. Con todo, su objetivo final, Belgrado, se levantaba cerca de la frontera austrohúngara y su deficiente fortificación condujo a Potiorek a predecir una fácil victoria³⁵.

La vanguardia de las fuerzas austrohúngaras estaba integrada en su mayor parte por el 8.º Cuerpo, de origen checo, del que el alto mando austriaco desconfiaba por su «inclinación a la traición». Los checos llevaban tiempo reclamando una mayor autonomía dentro del Imperio y su lealtad era cuestionada. Sin embargo, desempeñaron el papel principal cuando la fuerza de 200.000 hombres de Potiorek penetró en Serbia desde el oeste y el noroeste de forma simultánea³⁶.

Una vez que Putnik se percató de que el principal peligro se encontraba al oeste, giró sus fuerzas noventa grados, atacó el flanco del V Ejército en un enfrentamiento nocturno y rompió su centro en la batalla de la montaña de Cer del 16 al 19 de agosto. Potiorek ordenó a sus tropas que se retiraran, y hacia el día 24 el suelo serbio había sido despejado. Las bajas serbias se acercaban a 17.000 hombres; las austriacas ascendían a casi 24.000 hombres incluyendo a 4.500 prisioneros de guerra. Los ejércitos austriacos se encontraban demasiado

³⁴ Reseña en S. POPE y E.-A. WHEAL, *Dictionary of the First World War*, Londres, 1995, p. 371.

³⁵ H. STRACHAN, *The First World War*, op. cit., pp. 337-338.

³⁶ J. R. SCHINDLER, «Disaster on the Drina: The Austro-Hungarian Army in Serbia, 1914», *War in History*, núm. 9, 2002, p. 159.

alejados para apoyarse entre ellos y en la lucha cuerpo a cuerpo nocturna los serbios mostraron su superioridad en experiencia y en moral sobre los invasores, el 40 por 100 de los cuales eran también eslavos. La batalla reprodujo en miniatura lo que estaba sucediendo en gran parte de Europa: unos defensores obstinados podían desbaratar un plan ejecutado de forma improvisada con fuerzas inadecuadas. Los serbios se beneficiaron de la falta de coordinación de los invasores, pero fracasaron en evitar su retirada, por lo que quedaba abierta la posibilidad de una nueva invasión³⁷.

El 6 de septiembre, los serbios cruzaron la frontera austriaca. Se trató de una maniobra poco realista en la que perdieron casi 5.000 hombres al ser forzados a retirarse al otro lado del río Sava. Sin embargo, los serbios encontraron un punto débil en las defensas de Potiorek en el río Drina, cruzaron a Bosnia y se lanzaron a la carrera hacia Sarajevo. En estado de pánico, los funcionarios de prisión se apresuraron a transferir a Gavrilo Princip, el autor del magnicidio de Sarajevo, y a sus cómplices a la fortaleza de Theresiendstadt en Bohemia. Al final, la ocupación serbia de la parte oriental de Bosnia sólo duró cuarenta días. El 6 de noviembre, Potiorek inició una ofensiva general con grandes refuerzos tras una fuerte cortina artillera y, en un ataque concéntrico, logró hacer retroceder a los serbios a cien kilómetros de la frontera Bosnia.

La guerra en Serbia se caracterizó por las enfermedades, las largas marchas y los espeluznantes combates cuerpo a cuerpo. Además, la movilidad de las líneas del frente implicaba mayores penurias para la población civil, que no podía huir de la guerra. Los pueblos cambiaban de manos con frecuencia y los soldados mal abastecidos tomaban lo que necesitaban, arrebatándoselo incluso a las personas que se suponía que estaban defendiendo. A pesar de los enormes esfuerzos, los serbios no pudieron conservar Belgrado y las fuerzas austriacas entraron finalmente en la capital el 2 de diciembre. Aunque a esas alturas la toma de Belgrado no tenía ya gran trascendencia en el devenir de la guerra, para los austrohúngaros la toma de la capital de la odiada Serbia representaba un enorme éxito. Los militares austrohúngaros eligieron la ciudad para vengarse³⁸.

³⁷ D. STEVENSON, *Cataclysm*, op. cit., pp. 60-61.

³⁸ G. E. ROTHENBERG, «The Austro-Hungarian campaign against Serbia in 1914», *Journal of Modern History*, vol. LXXX, 1989, pp. 127-146.

El famoso corresponsal de guerra norteamericano John Reed escribió lo que presencié en Serbia. En la ciudad de Nis, vio

«soldados con sucios harapos, los pies envueltos en trapos; soldados cojeando, tambaleándose sobre muletas, sin brazos, sin piernas, que habían sido dados de alta de los hospitales abarrotados, todavía amaratados y temblando por el tifus. Porque el tifus había arrasado la ciudad, donde vivían entre seis y diez personas en una habitación, hasta que por todas partes ondeaban las banderas negras, en largas listas sinistras y las ventanas de las cafeterías estaban cubiertas de papeles negros con avisos fúnebres».

En la localidad de Sabac,

«los soldados austriacos andaban sueltos por la ciudad como fieras salvajes, quemando y saqueándolo todo, violando. Vimos el Hotel d'Europe después de su saqueo y también la ennegrecida y mutilada iglesia donde 3.000 personas, entre hombres, mujeres y niños, permanecieron encerradas durante cuatro días sin comida ni bebida, antes de ser divididas en dos grupos: unos fueron enviados a Austria como prisioneros de guerra; a los otros se les hizo caminar por delante del ejército mientras éste se dirigía hacia el sur a luchar contra los serbios».

Al corresponsal estadounidense le enseñaron una fotografía tomada en la aldea de Leknica, «en la que aparecían más de un centenar de mujeres y niños encadenados, asomando la cabeza». Su libro, publicado en 1915, desveló a sus lectores la barbarie de las Potencias Centrales³⁹.

Los austriacos pronto se percataron de que no habían eliminado a los serbios de la ecuación de la guerra. Tanto Francia como Gran Bretaña enviaron rápidamente grandes cantidades de munición a Serbia y a cientos de médicos para contener las derrotas militares y aliviar el sufrimiento de la población. Putnik esperó a que el río Kolubra, situado en la retaguardia de los austriacos, se desbordase y el 3 de diciembre lanzó un agresivo ataque contra las líneas enemigas. Con el río tras ellos, que les impedía una retirada ordenada y un clima inver-

³⁹ J. REED, citado en M. GILBERT, *La Primera Guerra Mundial*, Madrid, 2004, pp. 160-161.

nal que hacía muy difícil el reabastecimiento, los austriacos combatieron a la desesperada, sufriendo un gran número de bajas, y se vieron obligados a batirse en retirada. El 15 de diciembre, las fuerzas serbias volvían a entrar en Belgrado, mientras los austriacos lograban encontrar la manera de vadear los ríos con relativa seguridad.

En una reflexión sobre el año 1914, Winston Churchill escribió: «Ninguna otra parte de la Gran Guerra se compara en interés con su inicio. Fue un drama nunca superado»⁴⁰. En el frente occidental, la batalla del Marne no puso fin al conflicto, pero, si bien fue tácticamente indecisa, estratégica y operacionalmente fue una auténtica batalla decisiva en el sentido napoleónico. Alemania había fracasado en obtener la victoria que Schlieffen había prometido. En el este se habían logrado importantes victorias, pero Rusia seguía combatiendo. Ahora, el Reich se enfrentaba a su peor pesadilla: una guerra en dos frentes contra fuerzas enormes durante un período de tiempo desconocido. A partir de ese momento, los beligerantes ya no seguirían el guión de sus Estados Mayores. Los generales se adentraban en un terreno totalmente desconocido.

⁴⁰ E. SPEARS, *Liaison 1914: A Narrative of the Great Retreat*, Londres, 1930, p. VII.

5

Un juego de suma cero

«When all is said and done, the war was mainly a matter of holes and ditches»¹.

Siegfried Sassoon, 1930.

La dinámica del empate

El día de Año Nuevo de 1915 un maestro de escuela alemán de veintiocho años, Heinrich Woebcken, escribía a su familia desde el frente: «Este año sin duda será decisivo. Esta tardando mucho, pero estoy seguro de que se llegará a una resolución»². Desde las trincheras cercanas a la localidad de Ypres en 1915, el joven poeta norteamericano Alan Seeger vaticinaba en una carta a su madre: «Creo que te equivocas cuando piensas que yo no me percataba en lo que me estaba metiendo cuando me alisté. Yo sabía que habría una lucha a muerte, hasta el fin, tal y como fue nuestra guerra civil. La conflagración, lejos de disminuir, parece estar extendiéndose. La pausa durante el invierno ha permitido a cada bando del frente fortificarse de forma tan formidable que, en mi opinión, el empate aquí es permanente»³.

Para Alemania, el año 1915 no se encontraba en los planes elaborados antes de la guerra. Toda la estrategia se había basado en una rápida victoria. Ahora sus dirigentes se encontraban en una guerra en dos frentes con dos enemigos: por un lado, Francia y Rusia —completamente movilizados— y, por otro, Gran Bretaña, aumen-

¹ «Cuando se haya dicho y hecho todo, la guerra habrá sido una cuestión de agujeros y zanjas».

² Citado en A. WOEBCKEN (ed.), *Im Westen. Briefen eines Deutschen Frontsoldaten*, Oldenburg, 1929, p. 23.

³ Citado en S. L. A. MARSHALL, *World War I*, Nueva York, 2001, p. 203.

tando su fuerza y relativamente invulnerable gracias a su marina. Existían fuertes discrepancias en el alto mando alemán sobre la mejor estrategia a seguir. Falkenhayn deseaba lograr la paz con uno de los adversarios, a ser posible con Rusia, para concentrarse en la guerra con Francia y Gran Bretaña. Por su lado, Hindenburg y Ludendorff se mostraban convencidos de que era más sencillo lograr la victoria frente a Rusia⁴.

Nada semejante al empate al que se había llegado en el frente occidental se había producido en la historia de la guerra. En 1899, el banquero judío-polaco Ivan Stanislovitch Bloch diagnosticó en Varsovia, en *¿Es imposible la guerra hoy?*, la superioridad de la defensa sobre el ataque y predijo la paralización de los frentes y la guerra de trincheras tras estudiar la Guerra de Secesión estadounidense. Bloch había escrito de forma profética: «Todo el mundo se tendrá que atrincherar en la próxima guerra. Será una guerra de trincheras y la pala será tan indispensable para el soldado como su rifle. Las batallas durarán días y, al final, es muy dudoso que se pueda alcanzar una victoria decisiva»⁵. Para comprender el frente occidental resulta útil imaginarse una enorme operación de asedio, con los alemanes en el papel de defensores de la fortaleza y los Aliados en el de asediadores.

Cuando el soldado Edouard Coeurdevey fue destinado al noroeste de Francia, él y sus camaradas se mostraron absolutamente sorprendidos de ser situados en profundas trincheras que él describió como «algo nuevo para nosotros»⁶. Los líderes militares no habían contado con el empate defensivo que surgió en el frente, pero, cuando lo hicieron, analizaron el inesperado dilema al que se enfrentaban. En seguida se percataron de que era preciso atacar más rápido, de forma que los defensores no tuvieran tiempo de atrincherarse. Eso suponía mantener la velocidad de inicio y contar con el suficiente espacio para poder maniobrar. La velocidad dependía de los sistemas de ferrocarril.

⁴ E. VON FALKENHAYN, *General Headquarters, 1914-1916 and its critical decision*, Uckfield, 2004, pp. 56 y ss.

⁵ La obra de Bloch fue publicada en polaco en 1897 en seis volúmenes con el nombre de *La guerra del futuro en sus aspectos económicos y políticos*. El último volumen apareció en inglés en 1899 con el título *Is war impossible?*

⁶ Su experiencia en E. COEURDEVEY, *Carnets de guerre, 1914-1918: Un témoin lucide*, París, 2008.

En cuanto al espacio, los más de 500 kilómetros de frente presentaban oportunidades en algunos lugares; sin embargo, gran parte del territorio no era apropiado para el ataque, especialmente al sur de Verdún. En las áreas más llanas, donde sí era posible maniobrar, la revolución en potencia de fuego, y en la cantidad de soldados, aseguró que ambos bandos pudiesen contener las ofensivas. Incluso antes de 1914, las trincheras modernas se habían convertido en mucho más que en huecos excavados en la tierra. Lo sofisticado del sistema de trincheras hacía que éstas sólo pudiesen ser vencidas con una gran cantidad de hombres apoyados por la artillería. Además, hacia finales de 1914, ambos bandos sufrían una seria escasez de proyectiles. Comenzando virtualmente de cero, reconvirtieron sus economías para poder proporcionar más proyectiles para los cañones. Sin embargo, esa misma artillería fortalecía las defensas. Cuanto más cambiaban las cosas, más tendían a permanecer iguales, dado que ambos bandos contaban con la misma capacidad tecnológica⁷.

La situación de tablas derivaba del fracaso del Plan Schlieffen en 1914. Los alemanes optaron por atrincherarse en terreno belga y francés y sus zapadores fueron los encargados de localizar los mejores sectores para las posiciones defensivas. Una vez que éstas estuvieron preparadas, las fuerzas alemanas se replegaron a ellas, ocupando, en general, las posiciones más altas del terreno, logrando situarse en una ubicación que les permitía controlar las posiciones aliadas. En teoría, la posesión de territorio francés y belga otorgaba cierta superioridad a los alemanes en posibles negociaciones de paz. La estrategia defensiva alemana permitía también utilizar menos tropas y desplegarlas en otros frentes.

Teniendo en cuenta todo el sistema de apoyo, comunicaciones y trincheras en primera línea, los franceses ocupaban 10.000 kilómetros de trincheras en el momento álgido de la guerra y los alemanes 19.000. Para mantener el sistema en buenas condiciones defensivas, cada semana se transportaban 7.112 toneladas de alambre de púas desde Alemania. El empate generó las trincheras y las trincheras reforzaron el empate. Conforme se fueron perfeccionando, se convirtieron en posiciones casi inexpugnables. Debido a que los alemanes

⁷ J. TURNER, *British Politics and the Great War: Coalition and Conflict*, New Haven, 1992, pp. 101-103.

ocupaban territorio enemigo, no estaban obligados a avanzar para lograr la supremacía y pronto se percataron de que una inversión en material podía superar la escasez de hombres. Cuando las tropas británicas avanzaron en el Somme, se encontraron con fortificaciones de nueve metros de profundidad y con un espectacular uso del hormigón. Los suelos estaban a menudo enmaderados y descubrieron lujos inesperados para unas trincheras: luz eléctrica, cocinas, muebles y hasta paredes empapeladas.

Debido a que los Aliados estaban decididos a arrojar a los alemanes de Francia, no tenían ningún interés en construir trincheras demasiado «confortables» para los soldados. Los Aliados, en particular los franceses, eran mucho más reticentes a ceder terreno para lograr una línea más estable y de más fácil defensa. En 1917, por ejemplo, los alemanes retrocedieron estratégicamente a la denominada «Línea Hindenburg», cuidadosamente planificada para acortar el frente y liberar a diez divisiones para utilizarlas en otros sectores. En claro contraste, los Aliados defendían cada metro de terreno: rendir un trozo de Francia era un golpe a la moral, mentalidad que supuso un enorme sacrificio de vidas para defender en ocasiones áreas sin ningún valor estratégico.

La ruptura del frente se convirtió en un objetivo prioritario para los Aliados. Influidos por su mentalidad ofensiva, los franceses no dejaron de lanzar ataques a lo largo del frente occidental. Un análisis del frente francés en 1915 revela hasta qué punto el comandante francés Joffre rechazaba el empate. Comenzando a mediados de diciembre de 1914 con ataques a gran escala con varias divisiones en el sector central del frente, en Artois y Champagne, los ataques continuaron sin cesar. A principios de enero, los franceses introdujeron nuevas técnicas ofensivas, como túneles bajo las líneas alemanas para situar explosivos y destruir las trincheras alemanas. Asimismo, se recurrió a las granadas de mano para proporcionar un elemento ofensivo útil contra las trincheras enemigas. Para los franceses, ese año de búsqueda de la ansiada ruptura se logró a un enorme coste: más de 340.000 franceses fallecieron en 1915.

Como principio general es preciso tener en cuenta que las batallas no fueron nunca continuas en el frente occidental. La intensidad de la lucha variaba en función del sector, aunque siempre existía la posibilidad de que se produjesen ataques a pequeña escala. Las trincheras variaban enormemente a lo largo del extenso frente. Comenzando en

la costa, las trincheras apenas se podían definir como tales, ya que el nivel freático impedía la construcción en profundidad. Las posiciones tendían a ser construidas en la superficie con sacos terreros y, en ocasiones, con hormigón. Conforme el frente se iba desplazando hacia el sur, las características del terreno hacían posible la construcción de trincheras. Desde la localidad de Dixmuide hasta Loos se encontraban terrenos pobremente drenados, donde el barro se convirtió en una experiencia cotidiana. En particular, en el entorno de Ypres, el bombardeo destruyó los sistemas naturales de drenaje generando enormes cantidades de barro. El conocido barro que ha permanecido en el imaginario colectivo sobre la guerra se encontraba en este sector. En cuanto la línea del frente se internaba en Picardía, el terreno más elevado y calizo hacía posible la construcción de trincheras mejores y más elaboradas. Desde Picardía, la línea atravesaba los primeros terrenos elevados que se hacían más pronunciados a través de la región de Champagne y de Argonne hasta el gran giro del frente en Verdún. Al sur de Verdún, la línea atravesaba terrenos ondulantes y llevaba hasta las montañas de los Vosgos, a lo largo del agreste terreno al norte de Belfort, donde resultaba imposible la construcción de trincheras. Más al sur, hasta la frontera suiza, el terreno volvía a ser propicio para la construcción de trincheras. En general, la situación de los alemanes en el levante se reveló como una gran ventaja contra los ataques aliados, pues al amanecer éstos avanzaban en línea recta hacia el resplandor de la salida del sol.

Aunque las trincheras variaban a lo largo del frente, en general adoptaban un patrón común. Lo más frecuente era la existencia de tres trincheras en paralelo apartadas por una distancia de entre 50 y 500 metros. La trinchera de primera línea se encontraba frente a la temible «tierra de nadie», término que se remontaba a la Edad Media británica y que se aplicaba para el terreno disputado entre dos jurisdicciones. A cierta distancia (más alejada en el caso alemán) se encontraba la segunda línea, la trinchera de apoyo; más allá, la tercera, la de reserva. Estas trincheras se encontraban ligadas por otras comunicantes que llevaban hasta la retaguardia.

Normalmente, los batallones de infantería que defendían las trincheras rotaban entre el frente y la retaguardia en períodos de dos semanas. Pasaban cinco días en la línea de frente, cinco en las trincheras de apoyo y cinco en las de reserva, pero incluso cuando se encontraban alejados de la primera línea, se ordenaba a los solda-

dos que se dirigiesen a ella para transportar suministros y para trabajar excavando, en especial durante la noche. La comida caliente era transportada en contenedores, aunque en momentos de calma se cocinaba en primera línea. Las comunicaciones entre el frente y la retaguardia se realizaban por cable telefónico, que, a mediados del conflicto, se encontraba enterrado para protegerlo de la artillería.

Para un soldado, cavar una trinchera es un procedimiento estándar de defensa, pero permanecer en una trinchera durante años fue una característica del conflicto que requirió considerable adaptación, tanto física como mental. Al principio, las trincheras eran tan sólo enfangados cortes en el terreno. El sistema de trincheras fue haciéndose más sofisticado conforme progresaba la guerra. Al final eran auténticos laberintos que requerían de guías para que las unidades no se perdieran. Se construyeron trincheras comunicantes en la retaguardia y se dispusieron miles de kilómetros de alambradas para proteger todo el sistema. En general, las trincheras eran construidas en zigzag para evitar que un impacto directo sembrase metralla en toda su longitud y para crear zonas de fuego entrelazadas mediante las cuales se pudo cubrir cualquier punto dado del terreno. Se construyeron además baluartes para otorgar protección extra. También contaban con barracas para dormir, aunque en general estas estaban reservadas para los oficiales y los soldados debían conformarse con cualquier esquina. Un soldado francés describió el impacto de la guerra sobre la naturaleza y los combatientes:

«Cuando llegamos aquí, el mes de noviembre, esta llanura era magnífica, sus campos rebosaban de remolacha hasta donde la vista alcanzaba, había granjas prósperas diseminadas por doquier y abundaba el trigo. Ahora es la tierra de la muerte. Todos sus campos están reventados, pisoteados como las granjas que han sido quemadas y arruinadas y sólo crecen pequeños montículos coronados por una cruz o tan sólo por una botella puesta del revés, en la que alguien ha colocado los papeles del hombre que yace allí»⁸.

La línea del frente representaba dos sistemas opuestos de trincheras que tendían, conforme se alargaba la guerra, a reflejar las ideas de

⁸ J.-P. GUÉNO y Y. LAPLUME (coords.), *Paroles de Poilus: Lettres et Carnets du Front, 1914-1918*, París, 1998, p. 90.

ambos bandos sobre la «defensa en profundidad». ¿Cómo era la vida en las trincheras? En general, los hombres compartían las trincheras con las ratas, los piojos y los restos de los camaradas muertos. Los vivos estaban enterrados y los muertos yacían en la superficie. Un soldado francés señaló: «El pan que comíamos y el agua estancada que bebíamos, todo tenía un olor a podrido». Las ratas, símbolo de la miseria del frente, eran especialmente odiadas. Le seguían los piojos, que convertían la vida en un infierno, pues se sabía que provocaban el tifus, y en 1918 se descubrió que también provocaban la fiebre de las trincheras. Permanecer en el barro frío y húmedo favorecía el llamado «pie de trinchera» y la congelación. Sin embargo, como afirmó un soldado alemán, la vida en las trincheras era «más agradable que una larga marcha; uno se acostumbra a esa existencia, siempre y cuando los cuerpos de los hombres y de los caballos no huelan demasiado mal». El capitán Bill Murray informaba a su familia: «Hay cinco familias de ratas en el tejado de mi refugio subterráneo, que se encuentra medio metro por encima de mi cabeza en la cama, y las ratas pequeñas practican continuamente saltos mortales de espaldas durante toda la noche, pues han descubierto que mi cara resulta un mullido lugar de aterrizaje»⁹.

En realidad, la guerra de trincheras causó menos bajas que la guerra de movimientos. Así, las ofensivas sobre Verdún de 1916 fueron muy costosas y los franceses perdieron más hombres en los combates en campo abierto de 1914 y 1918. Las trincheras generaban problemas de salud pero salvaban vidas. «Hablar del horror de las trincheras es sustituir la hipérbole por el sentido común: la guerra habría sido mucho más terrorífica si no hubiera habido trincheras»¹⁰. De acuerdo con uno de los mitos del conflicto, los soldados estaban condenados a su destino, que tenían que soportar de forma pasiva. Sin embargo, los soldados tenían opciones, no demasiadas, por supuesto, pero suficientes para alterar el desarrollo del conflicto. En primer lugar, se encontraba el sistema de «vive y deja vivir» que prevalecía sobre dos tercios del frente en un día cualquiera. Conforme se imponía el sistema de trincheras, los soldados en el frente ponían en práctica otra de las opciones que tenían en sus manos. Ofrecían treguas de

⁹ A. MURRAY, «Remembrance», *Oxford Magazine*, núm. 208, 2002, p. 10.

¹⁰ H. STRACHAN, *La Primera Guerra Mundial*, op. cit., p. 168.

forma abierta, como sucedió con la famosa, pero no la primera ni la última, tregua de Navidad de 1914.

Los soldados tenían a menudo un fuerte vínculo emocional con el enemigo, al que ponían a la altura de un mártir, y las miserias compartidas inspiraban un sentimiento común de humanidad. La Nochebuena de 1914, en varios sectores de Francia del norte y Bélgica, voces de hombres que no se veían comenzaron a entonar villancicos en diferentes idiomas. Desde un bando se podía escuchar los ritmos suaves del *Stille Nacht (Noche de Paz)*, desde el otro llegaban los acordes de *O Come All Ye Faithful* o *Minuit chrétiens*. La mañana de Navidad, alemanes y británicos y, en menor medida, belgas y franceses treparon con precaución las paredes de las trincheras desde las que habían partido los villancicos y se estrecharon las manos en «tierra de nadie».

Conforme transcurría el día, grupos de hombres jugaban al fútbol, tomaban fotografías e intentaban superar la barrera del lenguaje mientras organizaban entierros para los camaradas muertos. Un soldado británico señaló que nunca olvidaría la imagen de los soldados enemigos estrechando la mano de los soldados indios. Una posible explicación para este extraño suceso es que el papa había propuesto a principios de año una tregua de Navidad y muchos de los soldados alemanes que la siguieron procedían de Baviera, la región más católica de Alemania. Poco después, los soldados regresaron a sus trincheras y la matanza continuó. Los comandantes impartieron órdenes de que aquel acto de confraternización no debía volver a producirse. Ante la airada reacción del alto mando, los soldados en el frente recurrieron a la segunda opción: la inercia que rechazaba la agresividad. Una vez más, el alto mando impuso reglas para que los hombres mantuviesen el necesario «espíritu agresivo». Se enviaron al frente unidades de especialistas reclutados entre hombres que reunían ese «espíritu».

Los hombres reaccionaron de nuevo y respondieron con la ritualización. Dado que se encontraban bajo órdenes, se veían obligados a actuar, pero intentaban que las instrucciones que debían cumplir no resultasen letales y que el enemigo siguiese el ejemplo. Las patrullas se evitaban deliberadamente, los artilleros intentaban disparar hacia el mismo lugar y a la misma hora. La actitud de «vive y deja vivir» hacía la vida más fácil. En algunas áreas, por ejemplo, se declaraban treguas oficiosas durante el desayuno o tras fuertes lluvias. En algunos lugares, se produjo un acuerdo oficioso que permitía a los soldados hacer sus necesidades en la tierra de nadie sin ser disparados. Ningún

bando deseaba la alternativa: trincheras repletas de heces y orina. No todo era combatir, como demuestra el hecho de que, de promedio, los soldados británicos pasaban cien días al frente al año. Como describió un joven oficial, en las trincheras era posible ver «tanto el barro, como las estrellas»¹¹. Conforme se ritualizó la violencia, «el otro bando» pasó a referirse más a «otro equipo», como en un deporte, que al enemigo. El auténtico enemigo eran los que se encontraban en retaguardia, los oficiales de Estado Mayor y los civiles que parecían estar librando otro tipo de guerra.

Las treguas, la inercia y la ritualización conformaban el sistema de «vive y deja vivir», una forma de aumentar las oportunidades de supervivencia que se iba trasladando a las nuevas unidades que llegaban al frente. Los soldados eran civiles en uniforme y, a menudo, no les era posible abandonar su forma civil de ver la vida, incluyendo su rechazo a matar. No luchaban por el rey, el emperador o el país, sino por sus camaradas, y pronto se mostraron desilusionados con el frente interno y la percepción gloriosa que existía en el la retaguardia sobre la guerra. Esto creó una brecha entre los combatientes y los no combatientes¹².

La batalla de Neuve Chapelle, librada a principios de la primavera de 1915 por el I Ejército de Douglas Haig y el V Ejército de Henry Rawlison, ilustró la dificultad de ganar territorio en el frente occidental por medio de una ofensiva. De muchas maneras, se trató de una ofensiva innovadora en términos de reconocimiento aéreo de las trincheras alemanas y de la coordinación de la artillería para que se ajustara a la línea de avance proyectada. En la que sería la primera gran ofensiva lanzada desde un sistema de trincheras defensivas, Haig y Rawlison se mostraron en profundo desacuerdo sobre el bombardeo preliminar. Finalmente se llegó al compromiso de que durase treinta y cinco minutos¹³.

El 10 de marzo, tras un fuerte ataque artillero sobre las trincheras alemanas, la infantería india y británica se lanzó al ataque a lo largo de un frente de varios kilómetros. Se había planeado que la caballe-

¹¹ M. BROWN, *The Imperial War Museum Book of the Western Front*, Londres, 1993, p. 265.

¹² Véase T. ASHWORTH, «The Sociology of Trench Warfare, 1914-18», *British Journal of Sociology*, núm. 19, 1968, pp. 407-423.

¹³ R. NEILLANDS, *The Death of Glory. The Western Front, 1915*, Londres, 2007.

ría seguiría a las tropas una vez que se hubiese logrado la ruptura del frente. Se logró capturar provisionalmente la destruida localidad de Neuve Chapelle en el centro y cuatro líneas alemanas. Sin embargo, en el sector norte, todas las tropas atacantes (casi mil hombres) fueron aniquiladas intentando cruzar la tierra de nadie o cortando las alambradas¹⁴. Haig, instalado en su cuartel general a sesenta kilómetros del frente, insistió en que la batalla debía continuar «a pesar de las pérdidas». Hacia el 13 de marzo, tras un contraataque alemán, se habían tomado mil metros con un coste de 13.000 bajas. Para los británicos la batalla pasó de ser una «brillante victoria» a un «fiasco sangriento». La ofensiva había demostrado algo que sería habitual en el frente occidental: con unos preparativos cuidadosos se podían lograr ciertos avances, pero era también una advertencia sobre lo rápido que el éxito podía degenerar en fracaso. Otro problema recurrente durante la guerra se puso de manifiesto en Neuve Chapelle: lo complejo que resultaba reforzar una ruptura del frente. Muchos oficiales británicos culparon de esto al suministro de proyectiles. Sir John French manifestó en los medios de prensa su frustración hacia los políticos, a quienes culpaba de la escasez y la baja calidad de los proyectiles que había recibido la FEB. El diario *Times* acuñó la expresión *crisis de los proyectiles*, la cual generó una gran desconfianza hacia el Gobierno británico¹⁵.

La vida en el frente de batalla era, sin duda, peligrosa, pero los riesgos variaban dependiendo del sector. Aunque el fuego enemigo era frecuente, la batalla, en el sentido de atacar o soportar un ataque, era infrecuente para los combatientes en las trincheras. Era raro que un soldado británico promedio hubiese participado de forma directa en más de dos o tres ataques durante el conflicto y algunos veteranos del frente occidental nunca «saltaron de las trincheras». Es posible que los soldados alemanes y franceses hubiesen participado más que los británicos en ese tipo de ataques, aunque no mucho más. En una comparación entre los ejércitos, los soldados franceses tenían más experiencia en ataques y contraataques debido a su mentalidad agresiva y al hecho de que —al menos hasta los motines que tuvie-

¹⁴ T. WILSON, *The Myriad Faces of War: Britain and the Great War, 1914-1918*, Cambridge, 1986.

¹⁵ Véase R. J. Q. ADAMS, *Arms and the Wizard: Lloyd George and the Ministry of Munitions, 1915-1916*, Londres, 1978.



La nueva realidad bélica. Trinchera alemana, 1915.



Trinchera francesa.

ron lugar en 1917— los soldados franceses recibían menos permisos. La posibilidad de lograr un permiso estaba en gran parte relacionada con las heridas.

El soldado se enfrentaba a una gran cantidad de riesgos. Podía ser alcanzado por un francotirador, despedazado por una ametralladora, morir ahogado por el gas, ser disparado por aviones o mutilado por morteros o granadas. Las balas y proyectiles perdidos de los compañeros mataron a muchos soldados. La artillería fue el arma más letal y desmoralizadora de la guerra. Muy pocos hombres murieron por una simple bala alojada en el corazón, la mayoría voló por los aires o fue aplastada por la onda expansiva del estallido. Los afortunados se vaporizaron dejando de existir en una fracción de segundo, mientras que los menos afortunados agonizaban con piernas o brazos arrancados.

Sin embargo, la mayoría de las heridas no eran mortales. Incluso en un ataque directo, cerca de un tercio de las bajas representaban muertos o desaparecidos. Por ello, la mayoría de las memorias de los participantes relatan al menos uno o dos episodios en los que resultaron heridos y volvieron al campo de batalla tras su recuperación. De hecho, la proporción de aquellos que se recuperaban de sus heridas fue aumentando paulatinamente a lo largo del conflicto conforme los equipos médicos y los de apoyo aprendían a manejar las bajas, detener las septicemias y, cuando era posible, rescatar a los heridos de la tierra de nadie.

La supervivencia de los artilleros era mayor que la de las tropas de infantería, por lo que muchos de sus miembros lograron ascender a posiciones de mando durante la Segunda Guerra Mundial. Basta con mencionar tres: el jefe de Estado Mayor Imperial británico, el mariscal Alan Brooke; en el bando alemán, el jefe del alto mando de la Wehrmacht, el mariscal Wilhelm Keitel, y el jefe de Estado Mayor del Ejército, el general Franz Halder, que, como consecuencia de su pasado artillero, sería acusado repetidamente por Hitler de no conocer nada de la experiencia de los soldados de primera línea como él.

Cuando en un sector tranquilo no se producían ataques, las bajas eran en general reducidas por el simple hecho de que los hombres se encontraban en las trincheras, que, después de todo, estaban construidas para su protección. Los soldados pronto se percataron de que cualquier parte expuesta corría el riesgo de ser alcanzada por los francotiradores. Por ese motivo, intentaban mantenerse fuera de la visión

enemiga, pasando sus días en la línea del frente en un mundo de sucias paredes y a cielo abierto. De hecho, una de las características más sorprendentes de los combatientes en las trincheras fue que la mayoría apenas llegó a ver al enemigo, a pesar de la gran cantidad de artilugios para observarlos que tenían a su alcance, como periscopios.

Habitadas por miles de hombres de diferentes nacionalidades, las trincheras produjeron nuevos tipos humanos: el «Tommy» británico, el «poilu» francés, entre otros apodos. Se produjo una gran camaradería entre los soldados de las trincheras. Se ha defendido que la experiencia de las trincheras erradicó el antagonismo social al obligar a los oficiales de las clases privilegiadas a compartir el peligro y el malestar de los pobres y, en teoría, esto motivó la camaradería y el respeto mutuo. Sin embargo, resulta incierto afirmar que las clases medias ignoraban a los trabajadores antes de la guerra. La naturaleza misma del capitalismo obligaba a que estos grupos interactuasen de forma constante, aunque con patrones definidos. Resulta aventurado concluir que esos esquemas se rompieron en el ejército, donde la jerarquía era todavía más acusada¹⁶.

Las distinciones de clase eran esenciales para el funcionamiento del ejército. La vida militar era tan sólo una forma más de la relación patrón-trabajador, algo particularmente visible durante la guerra, en la que la vida de trincheras tenía mucho en común con la deshumanización monótona de las fábricas. La mayoría de los soldados no sentía la desilusión que experimentaron aquellos con cierta sensibilidad literaria que se habían embarcado en la guerra con ilusión. Una de las razones del mantenimiento de la moral británica en el frente occidental fue que los hombres ya estaban acostumbrados a la subordinación y al tedio de la sociedad industrial.

Para muchos oficiales, los soldados pertenecían a otra estirpe: eran sólo medio humanos. Según los oficiales prusianos, la habilidad de dirigir no era algo que se aprendiera, sino una herencia genética. Las clases sociales determinaron que se establecieran cantinas, barracas y hasta burdeles separados. En las trincheras, los oficiales comían separados de sus hombres y recibían mejor comida, con libre acceso a bebidas alcohólicas y cigarrillos. El oficial británico A. H. Hanbury-Sparrow consideraba que los soldados eran, «con toda seguridad, se-

¹⁶ T. ASHWORTH, «The Sociology of Trench Warfare, 1914-18», *op. cit.*

res inferiores»¹⁷. Cuando un soldado se venía abajo por el trauma de guerra, el tratamiento era también distinto. El teniente coronel Frank Maxwell escribió: «El sistema nervioso de las clases bajas es inferior al nuestro: los sonidos y las imágenes les afectan mucho más»¹⁸. Los oficiales que presentaban los mismos síntomas eran tratados de forma especial en cómodos hospitales mientras que a los soldados se les tachaba a menudo de cobardes. Los soldados respondían con ironía y humor y reflejaban en canciones sus deseos de paz:

«When this lousy war is over.
No more soldiering for me,
When I get my civy clothes on.
Oh, how happy I shall be!
No more church parades on Sunday.
No more putting in for leave.
I shall kiss the sergeant-major.
How I'll miss him, how he'll greave»¹⁹.

La mayoría de los oficiales se esforzaba para que se mantuvieran las barreras que les separaban de los hombres, en particular en lo relativo a la apariencia. Muchos se resistían a la utilización de cascos, pues les hacían parecer soldados y proyectaban una imagen poco romántica. Más arriba en el escalafón, los comandantes cultivaban cierto misterio y pompa, pues, si los hombres eran medio humanos, ellos se consideraban semidioses. Los símbolos visuales reforzaban la autoridad, y cuanto más distantes parecían, más respetados eran. Tanto Haig como Ludendorff explotaron su estatus como héroes populistas en las ocasiones en que los políticos se interpusieron en su camino²⁰.

¹⁷ G. DE GROOT, *Blighy: British Society in the Era of the Great War*, Londres, 1996, p. 162.

¹⁸ H. CECIL *et al.*, *Facing Armageddon*, *op. cit.*, p. 305.

¹⁹ Cuando finalice esta horrible guerra/ la vida de soldado se habrá terminado para mí/ Cuando vuelva a vestir de civil/ ¡Qué contento estaré/ No más desfiles los domingos/ No más solicitudes de permisos/ Besaré al sargento mayor/ ¡Cuánto le echaré de menos!/ ¡Cuánto sufrirá!». Citado en V. BRENDON, *The First World War, 1914-18*, Oxon, 2006, p. 42.

²⁰ E. J. LEED, «Class and Disillusionment in World War I», *Journal of Modern History*, núm. 50, 1978, pp. 680-699.

La imagen que ha perdurado de la Gran Guerra es la de «leones» (los soldados) dirigidos por «burros» (los oficiales). Era preciso culpabilizar a alguien de la guerra de trincheras y los generales británicos y franceses eran los candidatos más propicios. Es indudable que, frente al horror de las trincheras, existieron comportamientos de los oficiales que no beneficiaron a su imagen: las dos horas diarias del almuerzo de Foch, las diez horas de sueño de Hindenburg, las prácticas diarias de equitación de Haig entre senderos preparados con arena por si se caía o el abundante champán y caviar en las comidas de los oficiales rusos. Las visitas de los generales al frente de batalla eran infrecuentes y muchos generales y oficiales rara vez se percataban de las condiciones reales del frente de batalla. Para los soldados, la mayoría de los altos mandos y de los oficiales de Estado Mayor vivían en condiciones muy confortables y alejadas del horror de las trincheras²¹. Como había presagiado Schlieffen antes del conflicto, el comandante supremo moderno se encontraba alejado en la retaguardia en una casa con un espacioso despacho, donde disponía de telégrafos, teléfonos y equipos de señales. Allí, en un cómodo sillón frente a una amplia mesa, el moderno Alejandro tenía ante sí el campo de batalla completo en un mapa²².

Sin embargo, a pesar de la imagen de los generales dirigiendo a los soldados desde elegantes castillos en la retaguardia, muchos combatieron y fallecieron con sus hombres: 81 generales alemanes, 55 franceses y 78 británicos perdieron la vida durante el conflicto. En realidad, hubo más generales competentes que incompetentes, sin embargo, todos concluían acertadamente que la guerra no se ganaría en las trincheras, era preciso salir de ellas y atacar, por muchas vidas que se perdieran. Pocos generales podían confiar en conservar sus puestos por mucho tiempo si se empeñaban en apoyar una guerra defensiva. Los ciudadanos esperaban de sus oficiales que hallaran una solución a la paralización de los frentes y liberaran las regiones ocupadas. La guerra de trincheras obligó a los oficiales a enfrentarse a una situación que les era totalmente ajena.

²¹ En este sentido, véase A. CLARK, *The Donkeys*, Londres, 1961, aunque algunos de sus argumentos han sido rebatidos en los últimos años.

²² R. FOLEY, *Alfred von Schlieffen's Military Writings*, Londres, 2003, p. 199.

El frente italiano

Italia no había desempeñado ningún papel relevante en los acontecimientos que llevaron al desencadenamiento de la Gran Guerra. Muchos italianos consideraban que la tensión internacional se resolvería finalmente sin violencia. El socialista italiano Claudio Treves manifestó que no habría guerra porque iba en contra de los intereses de las clases capitalistas, y el temor a una revolución forzaría a sus líderes a alcanzar un acuerdo.

Una vez que esas predicciones demostraron ser falsas, Italia tenía que considerar dos cuestiones importantes: si entraba o no en la guerra y en qué bando lucharía. Italia se dividió en dos. Por un lado, estaban aquellos que consideraban que su país debía cumplir sus obligaciones con la Triple Alianza, y, en este sentido, el jefe de Estado Mayor llegó a prepararse para una guerra con Francia; el pueblo recordaba precisamente que Italia no había podido obtener Túnez a causa de esta última. Además, los vínculos religiosos hacían que los católicos sintiesen simpatía por la católica Austria. Por el contrario, otros consideraban imposible alinearse con el tradicional enemigo austrohúngaro.

En la extrema izquierda, los sindicalistas, republicanos y anarquistas favorecían la entrada en la guerra, pues consideraban que generaría inestabilidad y crearía las circunstancias favorables para la revolución y la caída de la monarquía. El grueso de los liberales y los socialistas consideraban que Italia debía permanecer neutral. El Partido Socialista Italiano y los católicos más activos políticamente (impulsados por Benedicto XV) siguieron siendo no intervencionistas. El demócrata y antiguo socialista Gaetano Salvemini consideraba que la experiencia de una guerra haría que los italianos fueran más conscientes políticamente, lo que rompería así con el poder de las élites, en particular en el sur del país²³.

Fueron los nacionalistas, dirigidos por Enrico Corradini, los que comenzaron a apoyar la necesidad de que Italia entrase en guerra en el bando de los Aliados (Francia, Rusia y Gran Bretaña). Consideraban que la guerra era el único medio de afirmar «la nación» frente al

²³ M. CLARK, *Modern Italy, 1871-1945*, Londres, 1996, p. 183.

Parlamento y «destruirlo, echar de sus escaños a los malversadores y limpiar, con fuego y acero, las madrigueras de los procuradores». Algunos proponían que para lograr las tierras de la «Italia irrendenta» se debía lanzar una guerra únicamente contra Austria. Los nacionalistas, que eran ampliamente apoyados por la prensa italiana, fueron gradualmente ganándose el apoyo popular²⁴. Al final, Italia se vio inmersa en un conflicto como resultado de una serie de pactos secretos que realizaron el primer ministro y el ministro de Asuntos Exteriores a espaldas del Parlamento y de los que ni el ejército ni, al parecer, el rey tuvieron conocimiento.

El antimilitarismo de la sociedad italiana, la escasa formación del cuerpo de oficiales y la falta de asignaciones adecuadas para armamentos generaban serias dudas sobre la efectividad militar italiana. Antes de entrar en guerra, Italia creía estar en posición de obtener grandes beneficios, y fue tentada por los Aliados en unos términos que se negociaron secretamente en el llamado *Patto di Londra* (Pacto de Londres), firmado en 1915. Los Aliados prometieron a Italia las regiones de Trentino y el Tirol del Sur, el puerto de Trieste y la mitad de la costa dálmata, lo que le daría el control del Adriático. No existían dudas sobre sus objetivos y el Gobierno italiano se mostraba confiado. La economía italiana era la de más rápido crecimiento de Europa y empresas de primer nivel como Fiat y Pirelli comenzaban a abastecer a las fuerzas con armamentos y vehículos más modernos. Sin embargo, su dependencia de las importaciones de carbón y su atrasada agricultura causarían problemas en un largo enfrentamiento. El ejército italiano era de tamaño considerable, pero estaba mal equipado y muchos soldados, en particular los de las regiones más atrasadas del sur, no comprendían por qué tenían que luchar lejos de sus hogares. Esa falta de entusiasmo era agravada por el hecho de que la mayoría de los soldados provenía del sur del país, que nunca había sido integrado del todo en la nación italiana²⁵.

²⁴ A. A. KALLIS, «Expansionism in Italy and Germany between Unification and the First World War: on the ideological and political origins of fascist expansionism», *European History Quarterly*, vol. 28, núm. 4, 1998, pp. 435-460.

²⁵ Z. A. B. ZEMAN, *A Diplomatic History of the First World War*, Londres, 1971, pp. 1-48, y W. A. RENZI, *The Shadow of the Sword: Italy's Neutrality and Entrance in the Great War, 1914-15*, Nueva York, 1987, pp. 137-161.

Bajo los términos del acuerdo, Italia recibiría inmediatamente el apoyo de las flotas británica y francesa, y, una vez ganada la guerra, obtendría de Austria las tierras que eran parte de la «Italia irredenta», así como un gran préstamo por parte de Gran Bretaña. El artículo 16 del tratado señalaba: «El presente acuerdo se considerará secreto». Las potencias de la Entente podían prometer mucho más que sus oponentes. En el caso de Trieste, por ejemplo, Austria-Hungría estaba dispuesta únicamente a designarla «ciudad libre» y a conceder el derecho a crear una universidad en italiano. Por el contrario, las potencias de dicho pacto podían ofrecer a Italia la anexión de la ciudad, Tirol del Sur, el Trentino y la mitad de la Dalmacia (la costa frente a Italia en el Adriático). Aunque se produjeron manifestaciones antibelicistas, los nacionalistas y los militaristas, apoyados por Benito Mussolini y D'Annunzio, consiguieron el apoyo de la opinión pública. El ímpetu para entrar en guerra provino del primer ministro Antonio Balandra, que describió la política italiana como «sacro egoísmo»; de Sonino, el ministro de Asuntos Exteriores, y de un grupo heterogéneo de revolucionarios, entre los que se hallaban Mussolini, por entonces socialista; el poeta D'Annunzio, y al artista Marinetti, padre del futurismo²⁶. Aunque Italia declaró la guerra a Austria-Hungría el 24 de mayo de 1915, las hostilidades con Alemania no tuvieron lugar hasta mediados de 1916. Los italianos ignoraban, no obstante, que el jefe de Estado Mayor austriaco, Conrad von Hötzendorff, había solicitado al emperador que se llevase a cabo un ataque preventivo contra Italia.

La neutralidad hubiese sido mucho más provechosa para los italianos. Sin embargo, el comandante en jefe de sus ejércitos, Luigi Cadorna, con el apoyo de un nutrido grupo de políticos, consideró la guerra como una oportunidad única para obtener territorios «italianos». A diferencia de sus principales aliados, Italia no podía alegar motivos defensivos para entrar en guerra: se trataba de un acto abierto de agresión, una intervención para lograr territorio y estatus. Una victoria en la guerra, señalaban los belicistas, colmaría de honores a la joven Italia frente a las grandes potencias europeas y lograría la unión del pueblo italiano. Debido a que gran parte del territorio que deseaban pertenecía al Imperio austrohúngaro, lo más razonable parecía unirse a Gran Bretaña y Francia. Además, era preciso consi-

²⁶ J. WHITTMAN, *The Politics of the Italian Army*, Londres, 1977, pp. 186-189.

derar lo expuesta que se encontraba la costa italiana frente a un ataque de la poderosa flota británica.

Con la declaración formal de guerra por parte de Italia, el general Cadorna movilizó al ejército, que fue rápidamente desplegado a lo largo de la frontera con Austria-Hungría. Durante los años anteriores a la guerra, el gasto militar no había sido prioritario para Eduardo D'Annunzio, ministro de Finanzas italiano, que se negó a atender los elevados presupuestos que solicitaba Vittorio Zappelli, ministro de la Guerra. La humillación de Adua (en Etiopía) en 1896 y la ineficiente campaña contra Turquía de 1911 ponían de manifiesto las carencias del ejército italiano. Los voluntarios que se unían al ejército eran, en general, de los estratos más bajos y su moral era baja. De cada mil soldados italianos, 330 eran analfabetos, frente a los 220 del Imperio austrohúngaro, los 68 de Francia o el notorio uno de cada mil de Alemania. Estaban, además, mal dirigidos por generales ineptos y poco imaginativos²⁷.

La guerra hizo que a los voluntarios se uniese una masa poco motivada de reclutas, campesinos poco educados y trabajadores militantes de las regiones industriales. Los trabajadores industriales, que desarrollaban su actividad en la industria de armamentos, estaban exentos del servicio militar y entre los soldados eran considerados «vagos». Los soldados recibían una paga ínfima (media lira al día) y raciones totalmente inadecuadas. Mal entrenados, fueron enviados a enfrentarse a las duras condiciones de una guerra de trincheras en una campaña de invierno librada en los inhóspitos Alpes, donde muchos sufrirían congelación, cólera y tifus. En 1913, Italia tan sólo había sido capaz de proporcionar entrenamiento militar al 24,7 por 100 de su población masculina en edad de servir, frente al 74 por 100 de Alemania²⁸.

Teóricamente, sobre el papel, el ejército italiano contaba con notables ventajas. Podía concentrar una considerable fuerza de 900.000 hombres contra un solo enemigo: Austria-Hungría, mientras que ésta tenía que luchar a la vez contra Serbia y Rusia. Por otro lado, las pérdidas sufridas en 1914 por el Imperio austrohúngaro en los Cárpatos habían quebrado el núcleo profesional de su ejército. Los austrohúngaros consideraron una terrible afrenta que Italia entrase en la gue-

²⁷ R. J. B. BOSWORTH, *Mussolini's Italy. Life under the Dictatorship, 1919-1945*, Londres, 2005, p. 43.

²⁸ P. DEL NEGRO, *Esercito, stato, società*, Bolonia, 1979, p. 227.

rra, por lo que ésta se convirtió en el enemigo contra el que todos los grupos étnicos del Imperio se unieron para combatir. La guerra contra Italia fue considerada como «justa y necesaria», a diferencia de lo que sucedía con el sentimiento de algunas minorías del Imperio con las guerras contra Rusia y Serbia. El mando de la defensa le fue otorgado a Svetozar Borojević, un general croata muy capaz, que ya había mostrado sus dotes de mando en los Cárpatos.

Al comienzo de la campaña, el general Cadorna, con sus 35 divisiones, superaba ampliamente a los austriacos. Sin embargo, éstos tenían la ventaja de ocupar las zonas elevadas del terreno y de contar con una artillería superior. El general italiano consideró que el terreno en torno al río Isonzo era el mejor para llevar a cabo una ofensiva, por lo que decidió realizar allí el esfuerzo principal. Aunque resultaba evidente que ésa era la zona ideal, el río Isonzo era también propenso a los desbordamientos y las lluvias: en el período comprendido entre 1915 y 1918 fueron de una fuerza excepcional²⁹.

Durante los dos años y medio siguientes los italianos lucharon con enorme dureza en las sucesivas batallas del Isonzo. Sufrieron lo increíble, y todo lo que lograron fue avanzar once kilómetros. El equivalente de las trincheras enfangadas del frente occidental lo encontrarían las tropas italianas y austriacas en la áspera cordillera del Carso, cuyas afiladas rocas penetraban como cuchillos en las botas de los soldados. Las tropas austriacas dominaban las zonas altas, por lo que cualquier ofensiva tenía necesariamente que ser cuesta arriba. Hacia septiembre de 1915, setecientos soldados en la zona Alpina habían muerto congelados. Una canción popular entre los soldados señalaba que si Cadorna deseaba ver Trieste debía comprarse una tarjeta postal. Los oficiales italianos, que recibían buenas pagas, trataban con enorme brutalidad a los soldados³⁰.

Durante la Gran Guerra, todos los países tuvieron comandantes poco imaginativos que ordenaron a su infantería avanzar en línea recta, codo con codo contra posiciones bien defendidas, pero el caso de Cadorna fue realmente singular. Éste se reveló como uno de los peores comandantes militares del siglo xx. Predijo que en poco

²⁹ J. KEEGAN, *The First World War*, op. cit., pp. 343 y ss.

³⁰ P. MELOGRANI, *Storia politica della grande Guerra, 1915-1918*, Bari, 1969, pp. 92-93 y 113.

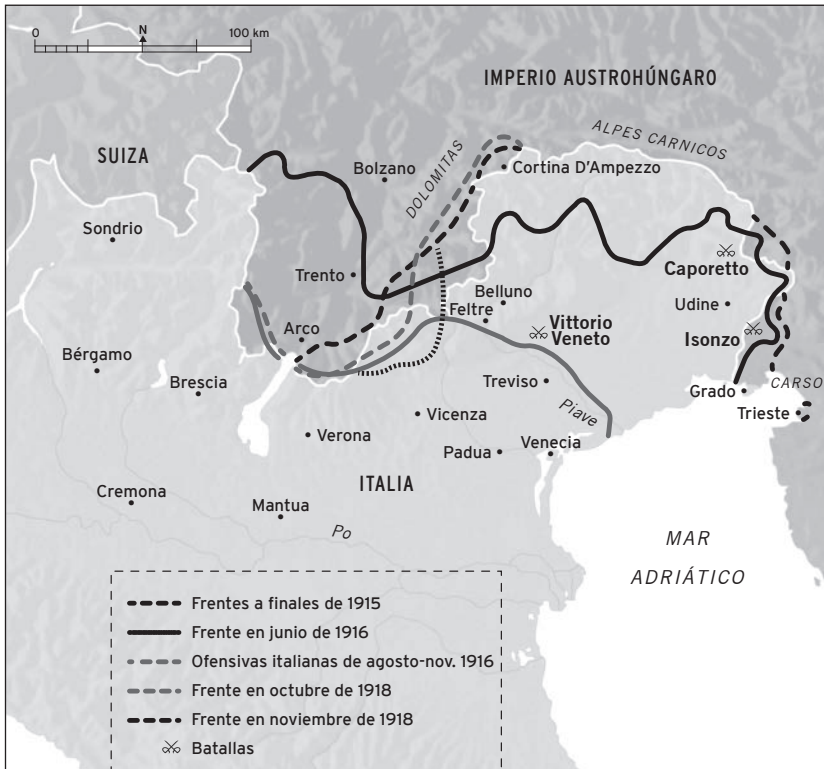
tiempo «se pasearía por Viena». Era una declaración frívola e insensata. El camino a Viena pasaba por el valle del río Isonzo y las escarpadas cumbres de los Alpes Julianos, terreno ideal para el defensor y una pesadilla para los atacantes. La frontera tenía 600 kilómetros, de los cuales tres quintas partes eran montañosas, con varios picos que se elevaban por encima de los 3.000 metros y cubiertos de nieve durante el invierno. En verano sus rocas despedían punzantes fragmentos, lo que se tradujo en que una de las características de la campaña fuesen las heridas en los ojos y la frente. Cadorna era un hombre obtuso al que le gustaba compararse con Napoleón. Cuando las cosas se pusieron realmente mal, su consuelo fue pensar que ni siquiera el gran corso habría podido hacer nada en un frente como el italiano³¹.

Cadorna no conocía lo que era disparar en combate, y en las maniobras militares de antes de la guerra había sido duramente criticado por la simpleza de sus tácticas. Arrogante y paranoico, tendría el dudoso honor de convertirse en uno de los peores generales de la guerra. Como haría Stalin posteriormente, Cadorna insistía en situar ametralladoras tras sus hombres para disparar sobre los que no avanzaban. Fracásó de forma sistemática en concentrar sus fuerzas, atacó en un frente demasiado amplio y envió a sus hombres sobre campo abierto contra alambradas y ametralladoras, repitiendo una y otra vez esos errores. Sus fuerzas superarían casi siempre en número a los austriacos, que se encontraban ocupados en sus otros dos frentes, por un porcentaje de cinco a dos, y casi siempre sufrió más bajas que sus oponentes. Éstas habrían sido incluso mayores si los soldados austriacos no hubiesen sentido a veces lastima por sus enemigos y, arriesgándose a una corte marcial, en ocasiones les animaban a retirarse antes de ser aniquilados.

El frente se extendía por los Alpes y ambos bandos trataban de atravesar dichas barreras montañosas para alcanzar las llanuras. Entre 1915 y 1917 el conflicto entre italianos y austrohúngaros se limitó casi exclusivamente a una serie de sangrientas batallas libradas a lo largo del Isonzo. En junio de 1915, en la que fue denominada «primera batalla del Isonzo», Cadorna lanzó una ofensiva a gran escala a lo largo del frente antes de que las fuerzas austrohúngaras pudiesen consolidar las defensas. Sin embargo, su ejército carecía de ins-

³¹ D. GILMOUR, *The Pursuit of Italy*, Londres, 2012, p. 288.

Frente italiano, 1915-1918



trumentos para cortar alambradas, de artillería pesada, de aviones de reconocimiento y hasta de cascos de acero. La ofensiva obtuvo ganancias, pero las fuerzas italianas perdieron 15.000 hombres y no consiguieron romper las líneas enemigas. Siguieron tres ofensivas más ese mismo año, que costaron a Italia 230.000 bajas, entre muertos y heridos. El suboficial Emilio Lussu describió la situación en el Isonzo: «No hemos hecho nada más que tomar trincheras y trincheras, pero la situación sigue siendo la misma»³².

Cuando los austriacos comenzaron a identificar las batallas del Isonzo por una cifra, los italianos en seguida copiaron el modelo sin imaginar que sería un arma útil de propaganda para los enemigos. Conforme Cadorna lanzaba ofensiva tras ofensiva sin variar posiciones, contra las mismas líneas, el aumento de numeración para denominar una misma batalla dejaba en evidencia el fracaso italiano en lograr la ruptura. La tercera batalla del Isonzo duró hasta noviembre sin lograr apenas resultados. Desesperados por romper el frente antes de que el invierno pusiera fin a las operaciones, a partir del 10 de noviembre se lanzó la cuarta batalla del Isonzo, que finalizó el 2 de diciembre. Finalmente, las nieves cubrieron toda la zona y los restos de la batalla. Acurrucados en agujeros y trincheras cavadas en la montaña en temperaturas bajo cero, los hombres de ambos ejércitos se dispusieron a pasar el invierno, hasta que la primavera permitiera la reanudación de la campaña. Uno de los oficiales del Estado Mayor del comandante italiano reconoció en su diario: «Debemos confesar que el sistema táctico austriaco es mucho más flexible que el nuestro. [...] La concepción austriaca de la guerra es mucho menos rígida que la nuestra. Resulta extraño, puede parecer imposible dado nuestros constantes alardes acerca de la genialidad latina, pero así es. Los austriacos lo demuestran cada día»³³.

El voluntario Enzo Valentino, de dieciocho años, escribía a su madre: «¿Puedes decirme por qué insistes en imaginar y creer una serie de cosas que yo no te escribo? ¿Que estamos siempre avanzando y a punto de llevar a cabo un gran ataque? No he oído nada de eso. En cuanto a avanzar, hace ahora un mes y medio que estoy aquí arriba

³² E. LUSSU, *Un anno sull'Altiplano*, Milán, 1970, p. 53.

³³ A. GATTI, *Caporetto: Dal diario di guerra inedito (maggio-dicembre 1917)*, Bologna, 1964, p. 10.

y siempre en el mismo sitio». Siete semanas más tarde cayó bajo el fuego enemigo mientras corría gritando: «¡Saboya, Italia!»³⁴. Y el soldado italiano Virgilio Bonamore describió una noche en la montaña:

«Una noche espantosa. Hacia las once se desata una espantosa tormenta. Mientras tanto, los primeros batallones del 23 llegan para ocupar nuestros puestos en las trincheras. Nos mantenemos de pie esperando, con el agua hasta las rodillas hasta que llegue el momento de partir. La lluvia cae sin parar. Reina la oscuridad total, hace frío y estoy calado hasta los huesos. A las dos de la mañana nos ponemos en marcha. No podemos ver nada, así que nos agarramos todos de las capas. Tras unos cientos de metros, nos detenemos bajo la lluvia torrencial en un sendero embarrado de unos veinte centímetros de ancho. Estamos de pie y resulta imposible movernos, pues nos encontramos al borde de un aterrador precipicio. Es una tortura indescriptible. Tiemblo de frío de forma convulsiva. Puedo sentir el agua deslizarse por mi piel, pero, si damos un solo paso, nos precipitaremos y moriremos. Permanecemos así, de pie, bajo la lluvia, completamente inmóviles durante al menos tres horas»³⁵.

El 29 de julio, Bonamore pasó veinticuatro horas en una trinchera entre los montes Krn y Mrzli: «Agachado entre los cadáveres de los nuestros y del enemigo. El hedor era insoportable y, encima, tuvimos que soportar furiosos ataques enemigos que logramos rechazar. Muchos de nuestros hombres cayeron, alcanzados en la cabeza mientras se asomaban por encima de la trinchera para disparar. La lluvia constante de proyectiles también causaba bajas. Se trataba de cilindros de acero de unos treinta centímetros de largo que los austriacos nos lanzaban desde unos trescientos metros. El efecto es terrorífico. Un pobre alpino perdió sus piernas y se le abrió el estómago»³⁶. «Las nubes nos cubren, respiramos las nubes», escribía, de las expertas tropas alpinas (*alpini*), el capitán Paolo Monelli, que se sentía «aislado del mundo», ya que su única forma de comunicación eran las mulas. Los soldados «se construían guaridas calientes en la roca, cuevas de

³⁴ F. BELLACHIOMA (ed.), *Letters and drawings of Enzo Valentini, Conte di Laviano, Italian volunteer and soldier*, Londres, 1917, p. 78.

³⁵ Citado en S. PALMER y S. WALLIS (eds.), *Intimate voices from the First World War*, Londres, 2003, pp. 155-156.

³⁶ Citado en M. THOMSON, *The White War*, Londres, 2008, p. 109.

oscuridad y pestilencia» para protegerse del fuego enemigo y de temperaturas que alcanzaban los -30°C por la noche³⁷.

La escasez de uniformes apropiados en el primer invierno fue letal para muchos. Los uniformes grises los convertían en blancos perfectos. El alpinismo de invierno se ha convertido hoy en un deporte con muchos seguidores, pero antes de la Primera Guerra Mundial era prácticamente desconocido. Incluso las especializadas tropas de montaña contaban con pocas tácticas para minimizar las incomodidades de la montaña y sus peligros: desde la ceguera de la nieve, hasta las avalanchas conocidas como la «muerte blanca». Para evitarlas hacía falta prudencia y experiencia, dos cualidades que no abundaban entre las tropas allí destinadas. Se estima que la muerte blanca mató a más soldados en el frente alpino que las balas enemigas. En tan sólo un día, el 13 de diciembre de 1916, conocido como «Viernes Blanco», unos diez mil soldados fallecieron en avalanchas. En ocasiones, las tropas iniciaban barreras artilleras para desencadenarlas sobre las posiciones enemigas.

Cadorna se mostraba reticente a cambiar sus tácticas a pesar de su poca efectividad. Su reacción ante la falta de resultados fue culpar a sus ayudantes, a los periodistas, a los suboficiales y a los «vagos» del sur. Instauró un brutal sistema disciplinario en el que recurrió incluso a la práctica del «diezmo» del Imperio romano, castigando de forma aleatoria a uno de cada diez hombres. Como resultado, los hombres comenzaron a odiar a sus oficiales tanto como a los enemigos, lo que se tradujo en una pérdida significativa de efectividad en combate. Si los oficiales se negaban a enviar a sus hombres a matanzas sin sentido o criticaban las condiciones o el equipamiento, podían ser llevados ante una corte marcial o incluso ser ejecutados de forma sumaria. Entre los sádicos sobresalía el general Saporiti, que, molesto porque se había derramado un caldero en una trinchera, llevó a siete hombres a una corte marcial «por causar daño al material del ejército». El más brutal era el general Andrea Graziani, que golpeó con tal saña a un soldado por dejar caer su rifle que perdió el uso de la mano. Graziani señalaría que no le importó lo más mínimo. Uno de sus hombres fue fusilado por no quitarse la pipa de la boca al saludar³⁸. Los

³⁷ P. MONELLI, *Toes Up*, Londres, 1930, p. 87.

³⁸ J. GOOCH, «Morale and Discipline in the Italian Army, 1915-1918», en H. CECIL *et al.*, *Facing Armageddon*, *op. cit.*, p. 438.



Heridos italianos en el frente del Isonzo.



El rostro de la incompetencia militar.
Luigi Cardona.

oficiales de Cadorna tampoco escaparon a su cólera. Los que se atrevieron a desafiar su opinión fueron degradados y trasladados a otros escenarios y, en algunos casos, fueron encarcelados por insubordinación. El cuartel general de Cadorna se convirtió en un lugar donde nadie cuestionaba su punto de vista ni su estrategia. Le gustaba citar el viejo refrán piamontés: «El superior siempre tiene razón, sobre todo cuando está equivocado»³⁹.

Un episodio muy ilustrativo de la brutal atmósfera en las trincheras fue descrito por un campesino, Alessandro Cuneo. Tuvo lugar en el monte Pasubio, un punto estratégico a gran altura en la frontera del Trentino, el 9 de octubre de 1916. El general al mando había sido informado de que una compañía de *alpini* había gritado «¡Larga vida a la niebla!» antes de entrar en acción, confiando que el mal tiempo forzaría un retraso en el ataque. El general se desplazó a las trincheras y ordenó que 90 *alpini* fueran fusilados. Mientras el pelotón de fusilamiento se organizaba, los capellanes del ejército intervinieron (los 2.400 religiosos católicos que sirvieron como capellanes en la guerra se ganaron la eterna gratitud de las tropas por su humanidad) y, tras quince minutos de negociaciones, la orden fue cambiada para que fueran diezmados. Los capellanes intervinieron de nuevo y los generales tuvieron que retractarse. «Tomen Pasubio para mí y serán todos absueltos», señaló el comandante. Tras lanzar el ataque, prácticamente toda la compañía fue aniquilada⁴⁰.

La atención que recibieron las tropas italianas fue tan lamentable como lo sería también durante la Segunda Guerra Mundial. Las unidades permanecían sin rotaciones durante meses en medio del barro y de los excrementos de las trincheras. Las enfermedades mataron casi al 30 por 100 de los aproximadamente 500.000 hombres que fallecieron en la guerra. En el ejército alemán, a pesar de las privaciones ocasionadas por el bloqueo aliado, la tasa de mortalidad debida a enfermedades se mantuvo por debajo del 10 por 100. Existía la percepción entre los soldados de que los mandos italianos valoraban menos a sus hombres que a los animales de carga: «Las mulas muertas [escribía sin ambages un suboficial] cuestan dinero y, por lo tanto, requie-

³⁹ J. SCHINDLER, *Isonzo: The forgotten sacrifice of the Great War*, Westport, 2001, p. 109.

⁴⁰ N. REVELLI, *Il mondo dei vinti. Testimonianze di vita contadina*, vol. 2, Turín, 1977, p. 247.

ren formularios y formularios, comités de investigación [...]. Cuando un hombre muere, es mucho más sencillo: un tachón sobre su nombre en la lista de turnos y un número en el informe matutino»⁴¹.

No se daba ninguna importancia al entretenimiento de las tropas aparte de los improvisados burdeles del ejército. No había periódicos para las tropas y a los soldados no les estaba autorizado entrar en cines o bares en las denominadas zonas de guerra, incluso cuando se encontraban de permiso. La única iniciativa de entretenimiento fue debida a un religioso católico, Giovanni Minozzo, que fundó los «hogares de los soldados», lugares bastante espartanos en la retaguardia, con un piano, algunos libros y, en algunos casos, un proyector de películas. Hacia octubre de 1917 se habían establecido cerca de 250 establecimientos de este tipo. Sin embargo, las autoridades militares consideraron la iniciativa con gran indiferencia e incluso con desconfianza⁴².

Otro aspecto único fue la censura en las cartas de los soldados. Cadorna convirtió en crimen militar el hecho de denigrar las operaciones militares, criticar al ejército o escribir cualquier cosa que pudiese afectar a la «tranquilidad pública». Los censores no distinguían entre opiniones e informaciones como hacían los británicos o franceses. El Gobierno deseaba examinar toda la correspondencia privada. Cuando se percató de que era una tarea imposible, se limitó a la correspondencia desde y hacia el frente. Esto también estaba fuera de sus posibilidades, pues, hacia el verano de 1917, los soldados estaban enviando tres millones de cartas diarias desde el frente. Los censores revisaban todas las que podían y los infractores terminaban en la cárcel. En otros países, los censores utilizaban las cartas para calibrar la moral en el frente. En Italia, por el contrario, se hacía con un fin únicamente represivo.

La falta de fe en la motivación de las tropas fue una de las principales razones por las que las autoridades se negaron, a diferencia de otros países, a proporcionar ayuda a aquellos que habían sido capturados. Existía el temor de que si los soldados escuchaban que las condiciones en los campos de guerra para prisioneros eran tolerables, se rendirían en masa. Como resultado, los 600.000 italianos que

⁴¹ P. Caccia-Dominioni, citado en P. MELOGRANI, *Storia Politica Della grande Guerra 1915/1918*, Bari, 1969, p. 122.

⁴² M. CLARK, *Modern Italy*, op. cit., pp. 187-188.

acabarían internados en Austria y Alemania fueron obligados a vivir con raciones que, a menudo, no alcanzaban las mil calorías diarias⁴³. Muchos fallecieron de hambre y enfermedades relacionadas con el hambre. Los que sobrevivieron desarrollaron un fuerte resentimiento. Uno de ellos, Angelo Bronzini, escribió con amargura tras la guerra cómo el «Gobierno de la madre patria le había abandonado por completo» dejándole a él y a otros italianos en el campo, sin acceso a suministros esenciales y limitando la comunicación con sus familias⁴⁴.

Durante 1915 se libraron otras cuatro batallas del Isonzo que finalizaron sin vencedor, las cuales le costaron a Italia 230.000 bajas, entre muertos y heridos. Tuvieron lugar cinco más en 1916, y 1917 se abrió con la décima y undécima batallas, en la última de las cuales los italianos lograron el éxito suficiente como para que los austriacos solicitaran ayuda a Alemania⁴⁵.

En febrero de 1917, el futuro líder del fascismo Benito Mussolini operaba un mortero que hizo explosión matando a cinco soldados y dejándole herido. Posteriormente se referiría a este momento como el más feliz de su vida. La metralla no le alcanzó el corazón gracias a un libro que llevaba. Al recuperarse de sus heridas, Mussolini se emocionó mucho al cruzar la frontera del Trentino, por la que las autoridades austriacas le habían expulsado⁴⁶. Tiempo después, Mussolini escribiría absurdas distorsiones sobre su pasado militar. Entre ellas afirmó que le habían extraído sin anestesia cuarenta fragmentos de granada de su cuerpo y que los austriacos habían bombardeado su hospital porque sabían que su «enemigo» se encontraba allí. Hasta un millar de soldados pretendieron luego que se les diera el crédito por haber transportado al herido Mussolini al hospital. Una biografía fascista llegó al punto de afirmar que la guerra comenzó a ir mal para Italia en el momento en que Mussolini tuvo que abandonar el campo de batalla⁴⁷.

⁴³ Cfr. G. PROCACCI, *Soldati e prigionieri italiani nella grande guerra. Con una raccolta di lettere inedite*, Roma, 1993.

⁴⁴ A. GIBELLI, *La grande guerra degli italiani, 1915-1918*, Milán, 1998, p. 158.

⁴⁵ J. GOOCH, prólogo a M. A. MORSELLI, *Caporetto 1917: Victory or Defeat?*, Londres, 2001, p. VIII.

⁴⁶ Véase B. MUSSOLINI, *Il mio diario di guerra (1915-1917)*, Milán, 1923, y también A. LOZANO, *Mussolini y el fascismo italiano*, Madrid, 2012, cap. 3.

⁴⁷ G. PINI, *Benito Mussolini: la sua vita fino ad oggi dalla strada al potere*, Bologna, 1926, p. 54.

En marzo de 1917, ante la sorpresa de los diplomáticos italianos, Rusia, enemigo directo del principal adversario italiano, Austria-Hungría, se vino abajo como consecuencia del proceso revolucionario que estaba teniendo lugar en el país. En octubre de ese año, las Potencias Centrales lanzarían una inesperada ofensiva que acabaría en una hecatombe para las tropas italianas: la batalla de Caporetto.

La epopeya serbia

Bulgaria era uno más de los países europeos que esperaba el momento para lanzarse a la guerra en uno de los dos bandos. Finalmente, lo hizo al lado de las Potencias Centrales que le prometían la Macedonia serbia. Los búlgaros se comprometieron a lanzarse contra Serbia siempre y cuando los alemanes atacasen primero, ya que los búlgaros no confiaban en la capacidad militar de los austriacos. Finalmente se firmó un acuerdo militar el 6 de septiembre. Los alemanes consideraban que la rendición de Serbia obligaría a Rusia a buscar la paz y se abriría la ruta entre Berlín y Constantinopla⁴⁸.

Los Aliados parecieron olvidar su compromiso con Serbia cuando el 3 de agosto ofrecieron a Bulgaria su deseado pedazo de Macedonia. La oferta, sin embargo, llegó demasiado tarde. El empate en los frentes italiano y turco convenció al rey y a los líderes políticos de Bulgaria de que la mejor opción era aliarse con las Potencias Centrales en vez de con Gran Bretaña, Francia y Rusia, a pesar del tradicional apoyo de Rusia a Bulgaria. El 6 de septiembre de 1915 se firmaron cuatro tratados. Los términos incluían subsidios financieros y la transferencia futura de territorios a expensas de Serbia. De forma más urgente e inmediata, Bulgaria se comprometía a lanzarse a la guerra contra Serbia en un plazo inferior a treinta días.

El objetivo de la campaña, en concierto con Alemania y Austria, era derrotar de forma decisiva al ejército serbio y abrir las comunicaciones con Estambul vía Belgrado. Serbia ordenó la movilización general el 22 de septiembre. Se realizó un esfuerzo infructuoso para atraer a Rumania a la guerra, pero, a diferencia de Bulgaria, su simpa-

⁴⁸ S. DAMIANOV, «Bulgaria's Decision to Enter the War: Diplomatic Negotiations, 1914-15», en K. KIRALY y B. L. DREISZIGER (eds.), *East Central European Society in World War I*, Nueva York, 1985, pp. 157-169.

tía estaba del lado de los Aliados. Mientras tanto, el coronel Hentsch, cuyo famoso informe sobre el campo de batalla del Marne había llevado a la situación de empate en el frente occidental un año antes, realizó un estudio del teatro serbio de operaciones para diseñar una estrategia de invasión.

Desde el fracaso de la segunda ofensiva austriaca en diciembre de 1914, el ejército serbio había permanecido desplegado en las fronteras norte y oriental del país. El plan alemán era extender el frente de ataque más al sur, donde Bulgaria podía forzar a los serbios a disipar sus tropas en la defensa de Macedonia. Los serbios contaban con tan sólo once divisiones, particularmente escasas de artillería. Contra ellas, los búlgaros podían desplegar seis divisiones débiles, los austriacos siete y los alemanes diez, un total de veintitrés.

La situación era crítica para los serbios aunque luchaban en el terreno difícil de su propio país y detrás de amplios ríos sin puentes, el Sava y el Danubio. Putnik desplegó a 200.000 hombres de calidad irregular. Los alemanes, a 330.000, que contaban con 1.200 cañones frente a los 300 de los serbios. La única esperanza de Serbia de alterar el equilibrio era atraer a las tropas aliadas hacia los Balcanes. La llegada de tropas aliadas al puerto de Salónica se produjo demasiado tarde para los serbios. El 5 de octubre, los alemanes y los austriacos comenzaron un bombardeo a lo largo de los ríos Sava y Danubio, y lograron establecer puentes sobre ambos ríos dos días después. Las duras condiciones climáticas y el fuego serbio destruyeron algunos pontones, pero el III Ejército austriaco y el XI alemán pudieron atravesar los ríos y entrar en Belgrado el 9 de octubre⁴⁹.

El plan alemán era cercar a los serbios empujándoles hacia el sur, hacia el centro del país. Tal y como se había establecido, los búlgaros cruzaron la frontera desde el este el 11 de octubre, enviando simultáneamente tropas al sur para oponerse a los británicos y los franceses en Macedonia, mientras los alemanes y los austriacos presionaban desde el norte. El plan, aunque resultaba lógico sobre el papel, no tenía en cuenta el agreste terreno y el duro clima del invierno balcánico ni la resistencia de los serbios para soportar dificultades. Por mucho que lo intentaron, los alemanes y los austriacos no lograron

⁴⁹ D. JORDAN, *The History of World War I. The Balkans, Italy & Africa 1914-1918*, Londres, 2008, p. 38.

arrinconar a los serbios contra ningún obstáculo geográfico. Por tres veces pareció que estaban a punto de lograrlo, especialmente en Kosovo, pero los serbios, desbordados con miles de refugiados, consiguieron zafarse y se dirigieron hacia el principado de Montenegro, Albania y el mar.

Se optó por la retirada hacia la costa albanesa atravesando las montañas. El viejo rey Pedro marchaba en el centro de las columnas que avanzaban trabajosamente hacia la costa. Sólo un ejército de montañeros podía haber sobrevivido el paso hacia Montenegro y muchos no lo hicieron, falleciendo a causa de enfermedades, hambre y frío. Las cumbres se elevaban hasta los mil metros y la temperatura descendió hasta los -20 °C en medio de terribles ventiscas. Josip Jeras escribió en su diario:

«Lentamente nos deslizamos hasta los escarpados acantilados del monte Cakor, paso a paso por la nieve compacta. A ambos lados de la carretera los refugiados descansan. Inmovilizados por la nieve, sus cabezas parecen pegadas al pecho. Los blancos copos de nieve bailan en torno a ellos mientras los vientos alpinos silban sus canciones de muerte. Las cabezas de los caballos y bueyes que han ido cayendo por el camino sobresalen de la nieve»⁵⁰.

El empeoramiento del tiempo supuso una dificultad añadida a la retirada, pero por lo menos retrasó a las fuerzas alemanas. A finales de 1915, hostigados por tribus locales y aviones enemigos, destrozada por el tifus y a merced del implacable terreno y el clima, 140.000 serbios alcanzaron la costa y fueron evacuados posteriormente por barcos aliados a la isla de Corfú.

De 420.000 hombres, 94.000 habían resultado heridos o muertos y otros 170.000, capturados o desaparecidos. No se ha podido calcular el número exacto de los miles de civiles que fallecieron, pero los serbios sufrieron las mayores pérdidas de todos los beligerantes en proporción al tamaño de la población. El heroísmo y la resistencia de los serbios en su retirada constituyen una de las páginas más heroicas de la historia de la guerra.

⁵⁰ Citado en M. GLENNY, *The Balkans*, Harmondsworth, 1999, p. 331.

Salónica, 1915-1917

Los serbios, que habían combatido de forma tan heroica contra Austria-Hungría en el otoño de 1914, solicitaron auxilio a Gran Bretaña y Francia y buscaron también la ayuda de los griegos, que se encontraban obligados por medio de un tratado de 1913 a enviar hasta 150.000 hombres si los serbios se veían atacados. Sin embargo, un grupo de políticos griegos, con el rey a su cabeza, alegó que el tratado de 1913 no se aplicaba si una gran potencia luchaba al lado de Bulgaria contra Serbia.

La Gran Guerra dividió al pueblo griego en dos bandos irreconciliables, lo que se denominó el «cisma nacional». El primer ministro griego, Eleutherios Venizelos, decidió, sin muchas consultas, alcanzar un acuerdo con la Entente. Éste consideraba que los Aliados eran la mejor opción para favorecer los deseos expansionistas griegos. La denominada *Megali* (Gran) Idea aspiraba a unir todos los territorios habitados por griegos y a lograr el control de Constantinopla. El rey, que estaba casado con la hermana del káiser, compartía las ansias expansionistas de Venizelos, pero no así los medios, debido a la influencia conyugal en el asunto. Por tanto, Constantino confiaba en mantener neutral a Grecia.

En un atrevido intento de chantaje, Venizelos defendió que, dado que Gran Bretaña y Francia no podían permitirse que Serbia cayese, debían proporcionar las tropas que Grecia tenía obligación de suministrar bajo los términos del tratado. Aunque reticentes, las potencias de la Entente finalmente dieron su brazo a torcer. Para Kitchener, el objetivo del envío de tropas a Salónica no era tanto ofrecer ayuda a los serbios como provocar a los griegos para que lo hicieran. La situación era de lo más extraña, pues las tropas aliadas estarían operando en un país cuyo jefe de Gobierno estaba a su lado, pero no así el jefe de Estado. A pesar del gran disgusto de sus conciudadanos, Venizelos permitió que tropas francesas y británicas desembarcaran una fuerza en Salónica, con el objetivo aparente de salvar a Serbia. Venizelos deseaba también que Gran Bretaña y Francia ayudaran a Grecia a apoderarse de las islas del Egeo, Macedonia y Esmirna⁵¹.

⁵¹ G. B. LEONTARITIS, *Greece and the First World War: From Neutrality to Intervention, 1917-18*, Nueva York, 1990, pp. 3-80.

A pesar de que la campaña aliada tenía cierto sentido estratégico, faltaron la planificación táctica y la logística necesarias para lograr que la estrategia funcionase. También podría haber funcionado si británicos y franceses hubiesen desplegado las tropas suficientes para lograr un impacto real. Las fuerzas aliadas desembarcaron en Salónica demasiado tarde para poder ayudar a los serbios y demasiado débiles para lanzarse a una ofensiva contra los búlgaros. Hacia finales de octubre de 1915, los británicos habían logrado enviar únicamente una división y los franceses tres. Los griegos, como se pudo comprobar en seguida, no se mostraban nada dispuestos a colaborar. Una vez que resultó evidente que no era posible acudir en ayuda de los serbios, los británicos desearon abandonar aquella incómoda y extraña cabeza de puente. Sin embargo, los franceses insistían en permanecer e incluso en reforzar aquella posición. El Gobierno británico sospechaba que el compromiso francés tenía menos que ver con derrotar a las Potencias Centrales que con establecer el dominio francés en los Balcanes tras la guerra⁵². En medio del despliegue británico y francés, Venizelos aplaudió al mismo tiempo la intervención, protestó por la violación de la neutralidad griega y se vio forzado a dimitir el 5 de octubre. El rey Constantino se negó a arrastrar a su país a la guerra, pero, temporalmente, permitió que las tropas aliadas permaneciesen en ese destino solitario, donde eran incapaces de afectar el curso de la guerra. De hecho, esas tropas hubiesen sido mucho más útiles en la guerra contra Turquía.

Venizelos se dirigió a Salónica, donde formó un Gobierno griego disidente. Las tropas aliadas permanecieron ociosas en aquel remoto lugar. Los serbios, obligados a retirarse, fueron incapaces de lograr la asistencia del general Maurice Sarrail, comandante de las fuerzas aliadas en Salónica. Sarrail fue una elección desafortunada, ya que, a pesar de no ser menos competente que sus colegas, era conocido por sus intrigas políticas (se trataba de uno de los pocos generales franceses con tendencias políticas de izquierdas) y la mayoría de los generales franceses lo consideraban poco más que un político con uniforme. Los soldados pensaban que se sentía más atraído por las batallas de alcoba que por las del frente de batalla.

⁵² D. E. SHOWALTER, «Salonika», en R. COWLEY (ed.), *The Great War*, *op. cit.*, p. 235.

La conexión serbia con Salónica quedó rota el 22 de octubre. El plan aliado para los Balcanes había sido destrozado, aunque su dudosa ocupación de Salónica se mantuvo. El comandante de las tropas aliadas defendía que su reducida fuerza era necesaria para mantener la presencia en los Balcanes y porque fijaba un gran número de tropas enemigas. El primer ministro francés, Aristide Briand, que había tomado posesión en octubre de 1915, logró persuadir a Kitchener en defensa de ese argumento, lo que suponía que la fuerza británica permanecería en aquella zona. Mientras tanto, Grecia declaró una «neutralidad benevolente», un subterfugio legal que permitía a los Aliados permanecer en Salónica. Sin embargo, se esperaba que evitase al pueblo griego las peores consecuencias de la guerra. En este caso, el término *benevolente* no estaba exento de ironía, ya que los griegos distaron mucho de ser unos buenos anfitriones⁵³.

Temerosos de provocar a Alemania, los griegos hicieron lo posible por convertir la vida en Salónica en una pesadilla. Los alemanes nunca se lanzaron al ataque sobre la zona, esgrimiendo que Salónica era «un enorme campo de concentración», un frente que inmovilizaba a las tropas aliadas y que ya era castigado con dureza por el clima y la malaria. En octubre de 1917, más del 20 por 100 del contingente británico se encontraba hospitalizado tras un año de experiencia en controlar la enfermedad. Otro grave problema fue la rápida propagación de enfermedades de transmisión sexual. Para los ociosos soldados, beber alcohol y pagar a prostitutas se convirtió en el pasatiempo favorito y las enfermedades venéreas causaron estragos entre la soldadesca, incluyendo algunas para las que entonces no existía tratamiento. Los oficiales tuvieron que recurrir a soluciones improvisadas como la caza del zorro para oficiales, torneos de fútbol y de boxeo para los soldados con el fin de ocupar y agotar a aquella masa de hombres. Algunos partidos de fútbol se celebraron al alcance de la artillería búlgara, que, bien por admiración o por caballería, habitualmente contuvo el fuego. Para aquellos con más sensibilidad cultural se organizaron grupos de teatro y conciertos. El *Balkan News* se publicaba a diario. Al final, un cuarto de millón de tropas británicas, francesas, africanas, serbias y griegas pasaron tanto tiempo excavando posiciones defensivas que el primer minis-

⁵³ A. PALMER, *The Gardeners of Salonika*, Londres, 1965.

tro francés, Georges Clemenceau, les apodó con sorna «los jardineros de Salónica»⁵⁴.

Sarraïl se mostró cada vez más frustrado con las tibias medidas de la Entente. Mientras tanto, los griegos, rodeados de enemigos, se percataban de que era cada vez más difícil mantenerse al margen. Sin embargo, el Gobierno griego permanecía profundamente dividido. Constantino, que todavía temía más a la Entente que las Potencias Centrales, se aferraba a una neutralidad que resultaba cada vez más ilógica. Entre bambalinas, Venizelos seguía defendiendo de forma obcecada que la única opción era unirse a la Entente. Franceses y británicos hicieron lo posible para fomentar la discordia acusando a Constantino de simpatías proalemanas, acusación que no era del todo inexacta. Cuando el rey permitió que una fuerza germano-búlgara ocupara Ruppel, en la Macedonia griega, defendió que se trataba únicamente de un *quid pro quo* por el hecho de que los Aliados permaneciesen en Salónica. Sarraïl resumió bien las frustraciones de Salónica cuando le comentó a Clemenceau: «Desde que he comprobado cómo funcionan las alianzas, he perdido algo de mi admiración por Napoleón»⁵⁵.

Los restos rehabilitados del ejército serbio en Corfú fueron enviados a Salónica. Al añadirse algunos refuerzos del frente occidental, la fuerza ascendía a cerca de 250.000 hombres sin una misión clara y rodeados de soldados griegos, muchos de los cuales apoyaban a su rey mostrando su simpatía por los Imperios Centrales. En junio de 1916, los Aliados, hartos de la actitud oficial griega, pasaron de la persuasión a la fuerza. Se estableció un bloqueo de los puertos griegos que sólo se levantaría si Grecia ingresaba en la guerra. Amenazaron con marchar sobre Atenas si Constantino no cesaba en sus actividades favorables a Alemania.

Las fuerzas en Salónica se lanzaron al ataque en agosto de 1916, cuando las fuerzas búlgaras atacaron sus posiciones para cubrir la invasión alemana de Rumania. Tras ciertos éxitos iniciales, fueron finalmente rechazadas por un contraataque alemán y búlgaro. Esto, sin embargo, proporcionó a Venizelos el ímpetu adicional para establecer un movimiento favorable a la Entente. Su Gobierno provisional,

⁵⁴ S. C. TUCKER, *The Great War, 1914-18*, Bloomington, 1998, p. 153.

⁵⁵ Citado en M. S. NEIBERG, *La Gran Guerra*, op. cit., p. 115.

establecido en la isla de Creta, declaró la guerra a Bulgaria y a Alemania el 23 de noviembre. Las potencias de la Entente reconocieron al Gobierno provisional en diciembre de 1916. Entre tanto, los Aliados aumentaron la presión sobre el Gobierno oficial griego. Con sus opciones exhaustas, los británicos y los franceses invadieron el 29 de noviembre. Algunas fuerzas desembarcaron en el Pireo, pero, tras toparse con una fuerte resistencia griega, se retiraron y se recurrió a la intensificación del bloqueo⁵⁶.

En junio de 1917 se obligó a abdicar al rey en favor de su hijo, Alejandro, mucho más favorable a la causa aliada. El rey se exilió en Suiza, donde permanecería hasta el final de la guerra. Al final, la presión resultó ser demasiado fuerte para los griegos. Venizelos fue nombrado primer ministro y éste declaró la guerra a Alemania y a Bulgaria. Sin embargo, esa esperada acción no supuso grandes cambios en el campo de batalla. Los franceses y los británicos no sabían muy bien qué hacer con la guarnición de Salónica, aunque el primer ministro británico seguía albergando ilusiones de que finalmente fuera la llave para abrir la puerta trasera de Alemania. En diciembre de 1917 se nombró a Franchet D'Esperey (que se había distinguido en la batalla del Marne) como comandante en jefe, quien comunicó a sus hombres que esperaba de ellos una «energía feroz». Sin embargo, Salónica siguió siendo un lugar relativamente tranquilo, aunque duro, para los soldados destinados allí. Algunos llegaban incluso a pensar con nostalgia en el frente occidental, donde al menos sabían los motivos por los que estaban luchando. A nadie le importaban los búlgaros. Hacia el verano de 1917 resultaba muy complicado para los *poilus* franceses conocer en qué medida su presencia en aquel lugar contribuía a lo que realmente les parecía la cuestión fundamental del conflicto: la supervivencia de Francia. Un molesto y desconcertado soldado francés resumió bien la situación preguntándose: «¿Qué diablos hemos venido a hacer aquí?»⁵⁷ La respuesta llegaría en 1918.

⁵⁶ H. STRACHAN, *La Primera Guerra Mundial*, op. cit., p. 333, y D. DUTTON, «The Deposition of King Constantine of Greece, June 1917: An Episode in Anglo-French Diplomacy», *Canadian Journal of History*, núm. 12, 1978, pp. 325-345.

⁵⁷ D. E. SHOWALTER, «Salonika», op. cit., p. 241.

Gorlice-Tarnow

En el sector ruso en el frente del Este, la situación seguía siendo caótica. No existía una clara línea de mando para los dos *fronty* (principales mandos del frente: el noroeste y el sudoeste) desde el Ministerio de la Guerra en la distante Petrogrado ni de la Stavka. Un general ruso resumió certeramente la situación como «orden, contraorden, desorden». El comandante en jefe, el gran duque Nicolás, era poco más que un hombre de paja que se mantenía en una habitación aparte de sus generales «para no entorpecer». Su única contribución significativa a las campañas de Rusia de 1915 fue su acusado antisemitismo.

La Stavka, situada ahora en la pequeña localidad ferroviaria de Baranovich en Bielorusia, se encontraba alejada del frente de muchas formas. Su ubicación en un bosque de abetos facilitaba que los generales, nombrados por su lealtad al zar más que por su habilidad militar, pasaran gran parte del día dando largos paseos y, los más activos, escribiendo voluminosos diarios, o cartas a sus mujeres, o a las de otros. Lo más significativo, sin embargo, era el hecho de que no existían planes para una guerra prolongada. Al esperar una breve campaña, el Ministerio de la Guerra no había elaborado planes para la producción de material durante la guerra, y asumió de forma incorrecta que una reserva de siete millones de proyectiles sería suficiente para todo el conflicto (cifra que demostraría ser insuficiente para tan sólo diez días de combate de la intensidad de 1916). Existía escasez de casi todo y muy pocas posibilidades de obtener lo que era necesario. Florence Farmborough, enfermera británica que servía en el frente ruso, apuntó en su diario: «Regimientos enteros se encuentran sin cartuchos y sólo un número reducido de baterías continúa disparando»⁵⁸.

Se ha defendido durante mucho tiempo (por parte de apologistas estalinistas y de amargados generales rusos en el exilio parisino) que el lamentable estado del ejército ruso era debido al atraso del país. En realidad esto es incierto. Los auténticos problemas eran la incompetencia y la desorganización. Así, por ejemplo, se descubrió que existía sólo una fábrica en todo el Imperio ruso capaz de producir material

⁵⁸ F. FARMBOROUGH, *A Nurse at the Russian Front*, Londres, 1974, p. 70.

tánico. Las botas nuevas tenían que ser solicitadas a Estados Unidos; mientras tanto, miles de soldados luchaban descalzos. Las enfermedades comenzaron a extenderse a la par que la indisciplina. El ejército ruso había sufrido un número inusualmente alto de bajas entre sus oficiales (60.000), en parte debido a sus uniformes coloridos y en parte por su anticuada preferencia por los ataques frontales. Los oficiales de rango inferior a capitán fueron virtualmente aniquilados y no existían suficientes reclutas de la insignificante clase media para compensar tales pérdidas. Los oficiales tuvieron que ser reclutados entre otros segmentos de la población, por lo que los hijos de los campesinos se convirtieron en oficiales en un número considerable por primera vez en la historia rusa. Sin embargo, su lealtad al régimen no era muy sólida. En esas condiciones y tras un largo, frío y desmoralizador invierno, el ejército ruso se enfrentaría a la mayor ofensiva alemana de la guerra.

Hacia finales de abril de 1915, los alemanes habían reunido suficientes tropas para formar otro ejército en el Este, el XI. Esto se logró mediante una reorganización general que redujo de doce a nueve el número de batallones por división y compensó con una mayor dotación de ametralladoras por división. El mando del XI Ejército fue otorgado a August von Mackensen, un general de aspecto imponente que había desempeñado un destacado papel en la victoria de Tannenberg y que ofrecía a Falkenhayn la ventaja de no ser amigo ni de Hindenburg ni de Ludendorff.

La cuestión crucial a la que se enfrentaba Falkenhayn era dónde utilizar el nuevo ejército. El hecho de que ni una sola ofensiva en el frente occidental hubiese logrado los resultados esperados reforzó la creencia del káiser de que la victoria sólo podía obtenerse en el este. Falkenhayn no deseaba realizar una ofensiva en el sector norte, pues era la zona al mando de Hindenburg. Un simple proceso de eliminación hizo que se fijase en el sudeste, en los austriacos y en sus numerosos problemas. Aunque contaba con enemigos políticos formidables, Falkenhayn tenía un nuevo aliado, el príncipe heredero Guillermo. Éste sugirió a Falkenhayn una estrategia que dejaría satisfecho a los escépticos y, al mismo tiempo, abonaría el terreno para la ofensiva en el frente occidental que tanto anhelaba. La idea del príncipe era simple y razonable. El objetivo prioritario de Alemania no debería ser derrotar a los rusos de forma definitiva, un objetivo poco realista a la luz de los recursos humanos enemigos y de las enormes distancias del teatro de operaciones del este, sino dañarle

de forma tal que, en 1916, los alemanes lograran libertad para centrar su atención en el frente occidental.

Falkenhayn se mostraba dispuesto a prestar atención a este esquema, cuando Conrad informó desde Viena que veía una oportunidad de ruptura en el estático frente ruso entre las localidades de Galicia de Gorlice y Tarnow, anticipándose así a la inevitable reanudación de la ofensiva rusa en los Cárpatos. Sin embargo, Conrad seguía careciendo del necesario número de hombres y de proyectiles, por lo que añadió que se vería incapaz de ejecutar su plan sin asistencia de, al menos, cuatro divisiones alemanas. La respuesta de Falkenhayn fue sorprendente para un hombre que había mostrado tan poco entusiasmo por el frente del Este. Le dijo a Conrad que enviaría no sólo las cuatro divisiones solicitadas, sino el doble, los cuatro cuerpos que formaban el nuevo ejército de Mackensen. Conrad, formalmente a cargo de la campaña, tuvo que comprometerse a no hacer nada sin el visto bueno de Falkenhayn o, en su ausencia, de Mackensen⁵⁹.

Durante diez días el ejército de Mackensen fue trasladado en secreto al frente, en un área de cincuenta kilómetros frente a las localidades de Gorlice y Tarnow. Trasladó su reserva del oeste al este, tras un ataque de gas sobre Ypres el 22 de abril que permitió camuflar la retirada de once divisiones. El gas venenoso había sido probado ya contra los rusos durante el invierno, pero el frío limitó su efectividad. Finalmente, fue lanzado en el frente occidental contra tropas argelinas y contra reservistas franceses que se vinieron abajo ante esa extraña y terrible amenaza. Debido a que el gas se encontraba en fase experimental y a que los alemanes pensaban pasar a la defensiva en Francia, no se encontraban preparados para explotar ese éxito inicial. Los Aliados improvisaron máscaras (al principio se observó que un trapo cubierto de orina era un remedio efectivo) y los ataques con gas se convirtieron en una característica de la guerra. Se trataba de un arma limitada, pues dependía del viento y el terreno, pero formó parte de la deshumanización del conflicto y demostró ser letal con aquellos que no estaban preparados⁶⁰. Una enfermera escribió:

⁵⁹ M. S. NIEBERG y D. JORDAN, *The History of World War I. The Eastern Front, 1914-1920*, pp. 78 y ss.

⁶⁰ L. F. HABER, *The Poisonous Cloud: Chemical Warfare in the First World War*, Oxford, 1986, y D. RICHTER, *Chemical soldiers: British Gas Warfare in World War I*, Lawrence, 1992.

«Deseo que todos aquellos que, de forma embaucadora, describen esta guerra como sagrada y aquellos oradores que defienden que la guerra debe seguir cueste lo que cueste pudiesen ver un solo caso, para no mencionar los cientos de casos, de gas mostaza. Así podrían presenciar el dolor de los hombres quemados y cubiertos de ampollas supurantes de color mostaza, cegados, luchando por respirar, con sus voces reducidas a simples susurros, quejándose de que sus gargantas se cierran y de su certeza de que se van a asfixiar»⁶¹.

El escritor alemán Ernst Jünger sentenció: «La caballería ha desaparecido para siempre del campo de batalla»⁶².

El mismo Falkenhayn se dirigió al este para supervisar el despliegue mientras Hindenburg y Ludendorff permanecían en un papel secundario. En lo que parecía un acto para evitar otorgarles un papel directo en la ofensiva, Falkenhayn les pidió que llevaran a cabo una acción de distracción para atraer la mayor cantidad posible de rusos de Galicia. Ludendorff, que no estaba interesado en distracciones sino en la conquista de territorio ruso, se tomó las órdenes como una justificación para enviar una gran fuerza de caballería al territorio controlado por Rusia en el extremo norte de la costa del báltico, a Curlandia, una zona desolada. En un primer momento, esto no produjo los resultados que Falkenhayn esperaba, ya que los rusos no lo consideraron suficientemente importante como para requerir una fuerte respuesta.

La ofensiva en el sur, con Conrad y sus tropas en un notorio papel subordinado, se inició el 2 de mayo con un breve pero formidable ataque artillero, y de forma casi inmediata se convirtió en un éxito como no había sido visto en el frente occidental. En cuatro horas 1.500 cañones alemanes y austriacos arrojaron 700.000 proyectiles de gran poder explosivo, metralla y gas venenoso sobre cuarenta kilómetros de frente ocupado por el III Ejército ruso, que no se había tomado la molestia de construir unas defensas sólidas y que se encontraba escaso no sólo de artillería, sino hasta de rifles. Uno de cada tres soldados rusos carecía de un rifle en condiciones. El comandante del III Ejército se encontraba ausente, borracho en una fiesta en Pe-

⁶¹ J. ELLIS, *Eye-Deep in Hell. Trench Warfare in World War I*, Nueva York, 1976, p. 67.

⁶² Citado en M. EKSTEIN, *Rites of Spring*, *op. cit.*, p. 57.

trogrado. La debilidad de las líneas de trincheras rusas comparadas con las del frente occidental contribuyó al éxito alemán, ya que carecían de profundidad. Peor aún, las cinco divisiones y media rusas, 60.000 hombres, se habían debilitado durante la lucha de invierno en los Cárpatos y se les había dejado en una posición aislada donde ninguna otra fuerza rusa podía llegar con celeridad. Cuando finalizó el bombardeo y las diez divisiones de Mackensen y las ocho de Conrad se lanzaron al ataque, el III Ejército se vino abajo. Los atacantes los hicieron retroceder más allá de Gorlice en menos de veinticuatro horas. Avanzaron doce kilómetros en cuarenta y ocho horas. Tarnow cayó el quinto día y, en menos de una semana, 140.000 rusos y 200 cañones habían sido capturados.

Otros dos ejércitos rusos se dirigieron al rescate del III, pero sus movimientos estuvieron mal coordinados y lograron poco más que añadir carne de cañón para las ametralladoras alemanas. El general Radko Dimitriev, comandante del III Ejército, rogaba autorización para comenzar una retirada a lo largo de Galicia hasta el río San. Esto hubiese exigido el abandono del gran premio: la fortaleza de Przemyśl. El gran duque Nicolás, incapaz de aceptar la rendición de todo lo que había ganado, se negó en rotundo. Ordenó a Dimitriev que defendiese cada palmo de terreno⁶³.

Hasta el 10 de mayo, el III Ejército no obtuvo la autorización para retroceder hasta el río San. Los alemanes los perseguían de cerca y el 16 de mayo lograban penetrar a esta nueva posición que se encontraba muy mal preparada, pues los rusos habían vendido a los empresarios locales la enorme cantidad de suministros que habían caído en sus manos con la captura de la fortaleza ciudad de Przemyśl a principios de año. Los alemanes pronto cruzaron el río San, pero la ofensiva comenzó a perder fuelle, entorpecida por problemas de suministro y de transporte en una región donde escaseaban las buenas carreteras y las líneas de ferrocarril. Un contraataque ruso contra el sector austrohúngaro del ataque permitió un éxito inicial, y la captura de un gran número de prisioneros. Sin embargo, no fue suficiente para equilibrar las ganancias alemanas y se detuvo en una semana.

Aunque supuso un triunfo para el alto mando alemán, la ofensiva de Gorlice-Tarnow sentó las bases para nuevas y amargas disputas.

⁶³ G. J. MEYER, *A World Undone*, op. cit., pp. 230-231.

Falkenhayn había deseado detenerse cuando el ejército de Mackensen alcanzó el río San, pero Conrad le persuadió para que continuase. En cuanto tuvo conocimiento de la declaración italiana de guerra, Conrad solicitó un ataque urgente en la planicie norte de Italia. Falkenhayn deseaba conquistar Serbia, ya que era necesario abrir una ruta terrestre a través de los Balcanes para ayudar a Turquía. El 3 de junio, los principales responsables, incluyendo al káiser, se reunieron en el cuartel general alemán. Falkenhayn, alertando de la llegada de un gran número de tropas británicas al continente, señaló que había llegado la hora de trasladar cuatro divisiones al frente occidental. Conrad defendió la invasión de Italia, pero no encontró apoyos. Ludendorff expuso el último de sus grandes planes, un movimiento en el este desde el norte (donde Hindenburg y él se encontraban al mando) dirigido a cercar a ejércitos rusos enteros. Falkenhayn argumentó que no existían suficientes tropas para llevar a cabo una operación de esas características. Ludendorff replicó que era la única posibilidad de obtener resultados duraderos, pues resultaba inútil seguir obligando a los rusos a retirarse sin destruir su capacidad de continuar en el conflicto.

El káiser ordenó un compromiso que dejó el asunto indefinido: el ejército de Mackensen sería reforzado con tropas proporcionadas por Hindenburg y Ludendorff. Con estas tropas y el ejército austrohúngaro en sus flancos, se debía reanudar la ofensiva de Gorlice-Tarnow lo antes posible. El resto del ejército austriaco se trasladaría hacia el sur, no para atacar a Italia, sino para prepararse ante un posible ataque italiano.

Dos semanas después, cuando Mackensen se lanzó al ataque, logró éxitos considerables. Los alemanes tomaron la localidad de Lemberg el 22 de junio y cruzaron otro río, el Dniéster, mientras los rusos se retiraban hacia el río Bug. Los rusos habían sido rechazados completamente fuera de Galicia, cediendo todo lo que habían ganado desde el principio de la guerra, y su habilidad para rechazar nuevos ataques había quedado en tela de juicio. En el extremo norte, en Curlandia, la ofensiva «de distracción» de Ludendorff se estaba convirtiendo en una amenaza en toda regla para las ciudades de la costa báltica rusa. Esa ofensiva en Curlandia amenazaba incluso San Petersburgo, peligro que resultaba evidente para los rusos. El gran duque Nicolás recibió la visita del zar en su cuartel general y al informar de todos los desastres que estaban sufriendo sus ejércitos, se vino

abajo. Estallaron disturbios en Moscú. Las casas y los negocios pertenecientes a personas con nombres alemanes fueron saqueados y destruidos, pero el odio no se dirigía únicamente hacia los alemanes. En una enorme manifestación en la Plaza Roja, la gente solicitaba que el zar fuera depuesto, que la zarina, de origen alemán, fuera confinada a un convento y que Rasputín fuera ahorcado.

Sin embargo, incluso en ese momento claro de éxito, el alto mando alemán se mostró incapaz de trazar una estrategia definitiva. Los líderes de las fuerzas en el este volvieron a encontrarse a finales de junio. Ludendorff llegó con un nuevo plan más ambicioso que el que había sido rechazado a principios de mes. Fue obra de Hoffman, y Ludendorff tan sólo lo aceptó cuando, tras un debate que duró toda una noche, los cuatro comandantes de los ejércitos responsables de su puesta en práctica dieron su visto bueno. El plan contemplaba que los ejércitos en el norte se desplazasen hacia el este, para cortar líneas de ferrocarril vitales, y posteriormente girasen hacia el sur, para atrapar a los rusos en Polonia. Cercados, los rusos tendrían que rendirse o fallecer. Una vez convencido, Ludendorff se mostró entusiasta. Dio instrucciones a Hoffmann de que esperara en su cuartel general una llamada anunciando la aprobación final del káiser. Cuando el teléfono de Hoffmann finalmente sonó unas horas más tarde de lo esperado, un furioso Ludendorff le comunicó que Falkenhayn había rechazado de nuevo su propuesta y había recibido el apoyo del káiser para llevar a cabo una ofensiva alternativa y menos ambiciosa⁶⁴.

Lo que en un primer momento había propuesto Falkenhayn no era una ofensiva alternativa, sino poner fin a los ataques, unido a un intento de abrir negociaciones con los rusos. El káiser rechazó esa idea y se mostró contrario a discutirla. Sin embargo, sí manifestó estar de acuerdo con Falkenhayn cuando dijo: «Los rusos pueden retirarse hacia la inmensidad de su país y no podemos ir tras ellos para siempre». Surgió así un nuevo compromiso, un plan para una ofensiva en forma de tridente que, si no era tan grandiosa como la que había deseado Ludendorff en un principio, contaba, sin embargo, con un objetivopreciado: forzar a los rusos a que abandonaran Polonia⁶⁵.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 331.

⁶⁵ N. STONE, *The Eastern Front*, *op. cit.*, pp. 174 y ss.

La Polonia rusa, situada entre Prusia oriental y los territorios austrohúngaros del sur, se encontraba expuesta por tres flancos. La nueva campaña se inició el 12 de julio con un grupo de ejércitos alemanes dirigiéndose uno hacia el sur, al este de Varsovia; otro atacando al oeste de la ciudad y Mackensen avanzando hacia el norte, hacia las localidades de Lublin y Brest-Litovsk. Cuando el comandante ruso en Polonia sugirió de forma razonable la retirada, el gran duque Nicolás se negó tal y como se había negado a permitir que su III Ejército se retirara de Galicia. Sus motivos eran más de índole política que militar. Algunos en San Petersburgo —que había pasado a denominarse Petrogrado para borrar los indicios de germanismo— temían que si Rusia abandonaba Polonia mientras los británicos y los franceses lograban una gran victoria en Turquía, tendría que renunciar a sus aspiraciones sobre Constantinopla. Asimismo, también se temía que si los reveses rusos continuaban mientras Italia estaba derrotando a Austria-Hungría (algo que era ampliamente esperado), Italia se dirigiría hacia los Balcanes. Los rusos contaban con fuertes fortalezas en Polonia, reforzadas recientemente a un coste enorme y a las que se les había suministrado piezas de artillería y municiones que eran muy necesarias en otros sectores del frente. El gran duque, creyendo que podían aguantar los bombardeos, ignoró las lecciones de Lieja y Namur.

En un primer momento, el avance alemán en Polonia fue lento. No puso tanto el énfasis en los ataques de infantería, sino en bombardeos de artillería a una escala colosal: cientos de miles de proyectiles diarios que tuvieron un efecto devastador sobre las tropas rusas y sobre su moral. Poco a poco la ofensiva fue tomando ritmo. Los rusos abandonaban ciudad tras ciudad y pronto Varsovia, que había estado bajo control ruso durante un siglo, se encontró en grave peligro. Sus habitantes y los campesinos huían en todas las direcciones dejando casi todas sus posesiones y sin encontrar seguridad en su retirada. Un soldado ruso escribió:

«Están desesperados. A las ocho de la tarde marchamos de nuevo. Llegamos a la carretera. Es ya de noche. ¿Pero qué es ese ruido? ¡Dios mío! ¿Qué está sucediendo en la carretera? El paso se encuentra bloqueado por carros llenos de niños y de objetos caseros. Las vacas braman, los perros ladran. Esta pobre gente se dirige hacia dios sabe dónde, hacia cualquier lugar con tal de alejarse de la batalla. Pero los pobres desdichados no tienen la fuerza suficiente para empujar la

carga, el aire se impregna con el sonido de los caballos siendo fustigados y los carros no se mueven. No tenemos el valor de dejarles de lado. Es una escena devastadora. Empujamos un carro tras otro para sacarlo del barro, situarlo en la carretera principal hacia el puente sobre el río Nareva. Siento lástima por todos ellos, en particular por los niños pequeños, sentados en los carros o en los brazos de sus madres. Ellos no entienden lo que está sucediendo. Mis pensamientos se vuelcan hacia mi propia familia. Me siento deprimido y antes de que me dé cuenta, las lágrimas se deslizan por mis mejillas»⁶⁶.

Varsovia cayó el 4 de agosto; posteriormente, también lo haría la ciudad fortificada de Brest-Litovsk. Al norte, Hindenburg tomó Kovno. Los alemanes iniciaron una ofensiva general con ocho ejércitos a lo largo de más de 1.100 kilómetros del frente oriental. Bajo cualquier prisma, el éxito alemán en el este había sido espectacular. La resistencia rusa se venía abajo por doquier. Sin embargo, Hindenburg, Ludendorff y Hoffmann se mostraban escépticos, pues los alemanes se estaban limitando a forzar a los rusos a retirarse, no los estaban aniquilando⁶⁷. Un testigo escribió sobre las batallas de alrededor de Varsovia: «En el bosque parece como si hubiera pasado un huracán. Los árboles han saltado de sus raíces y por todas partes se ven piernas colgando que indican dónde han caído las bombas de metralla»⁶⁸.

El zar intentó invocar la memoria de 1812 y la fructífera política de tierra quemada empleada por el general Kutuzov contra las tropas napoleónicas. Al retirarse, los rusos adoptaron esa política de tierra quemada en la que todos los habitantes de la región tenían que huir. Se destruyeron reservas de grano y otros alimentos, la maquinaria fue montada en vagones de ferrocarril y enviada hacia el este. La destrucción fue, en la mayoría de los casos, realizada al azar, excepto en el caso de las propiedades judías, que fueron saqueadas de forma rutinaria. Le siguieron pogromos, pues se sospechaba que la lealtad de los judíos era cuestionable. Cuatro millones de cabezas de ganado fueron masacradas de forma gratuita iniciando una escasez de carne que persistiría en Rusia tras el fin de la guerra. Los refugiados fueron presa

⁶⁶ Citado en G. J. MEYER, *A World Undone*, op. cit., p. 333.

⁶⁷ J. KEEGAN, *The First World War*, op. cit., pp. 230-231.

⁶⁸ M. S. NEIBERG y D. JORDAN, *The History of World War I. The Eastern Front, 1914-1920*, Londres, 2012, p. 81.

del hambre, del cólera, del tifus y de la fiebre tifoidea. La cantidad de personas que fallecieron en aquella retirada nunca será conocida. Alexandr Krivoshein, ministro de Agricultura, alertaba al Consejo de Ministros: «La enfermedad, la miseria y el sufrimiento se están expandiendo a lo largo y ancho de Rusia. Las masas enfurecidas y hambrientas están sembrando el pánico por doquier. Lo que resulta evidente es que ningún país se ha salvado destruyéndose a sí mismo»⁶⁹.

La escala de la guerra en el este era espectacular. Poco después de tomar Varsovia, los alemanes capturaban la ciudad fortaleza de Novo Georgievsk, tomando 90.000 prisioneros, entre los cuales se contaba con 30 generales y 700 piezas de artillería. Días después tomaron la destacada ciudad de Kovno junto con otros 1.300 cañones. Para entonces, los alemanes habían capturado 700.000 prisioneros rusos; los austriacos, una cantidad similar, y sus ejércitos avanzaban todavía hacia el este. El Estado Mayor ruso se mostró tan alarmado por la velocidad a la que se rendían sus hombres que decretó medidas draconianas. Las familias de los soldados que habían sido hechos prisioneros no recibirían asistencia gubernamental. Los soldados que se rindiesen serían enviados a Siberia tras la guerra.

Mientras tanto, Ludendorff, continuando su campaña en Curlandia, había tomado la capital lituana de Vilna. Al hacerlo, había desatado el pánico en Petrogrado, que, aunque se encontraba a cientos de kilómetros del frente de Curlandia, se convirtió en el escenario de apresurados preparativos de huida. La captura alemana de Vilna, sin embargo, se había logrado a un coste enorme, con 50.000 bajas, por lo que Ludendorff tuvo que renunciar a sus esperanzas de tomar Riga.

Cuando Falkenhayn puso fin a la campaña, la retirada rusa había desplazado las líneas casi 800 kilómetros hacia el este. Las fuerzas alemanas habían ocupado gran parte de la Rusia polaca, habían tomado un millón de prisioneros y habían infligido un millón de bajas a los rusos. Sin duda, para los alemanes fue la campaña más exitosa de la guerra. La pérdida de prestigio fue devastadora para el zar, en particular tras cesar al gran duque Nicolás y tomar su lugar como comandante en jefe. Era una tarea muy por encima de su capacidad.

⁶⁹ Sobre la percepción extranjera de la situación rusa, véase M. HUGHES, «“Revolution was in the air”: British officials in Russia during the First World War», *Journal of Contemporary History*, vol. 31, 1996, pp. 75-97.

El general Brusilov comentó que el zar «no sabía literalmente nada de cuestiones militares». De acuerdo con uno de sus generales, cuando se vio confrontado con un grupo de soldados, «se mostró nervioso y no supo qué decir». El error era además garrafal, pues desde ese momento la derrota sería una cuestión personal que ponía en entredicho la supervivencia misma del régimen. Si el destino bélico no mejoraba con rapidez, no habría nadie más a quien culpar. Una de sus primeras decisiones fue trasladar la Stavka 320 kilómetros al este, a la horrible localidad de Mogilev, cuyo nombre deriva de la palabra rusa para «tumba». Con el tiempo se convertiría en un nombre apropiado.

Sin embargo, Falkenhayn no tenía intención alguna de invadir Rusia ya que no deseaba repetir el error de Napoleón de perseguir a los rusos hacia el interior del país. Los rusos se habían retirado a la remota y traicionera región de los Pantanos del Pripet y no deseaba seguirles a ese cenagal. Sabía que los rusos lucharían con más valor en suelo ruso del que habían hecho gala en Polonia y que el sistema de abastecimiento ruso se vería beneficiado por las distancias más cortas que tendría que cubrir. Su objetivo seguía siendo infligir a Rusia una derrota de tal calibre que el zar se viese obligado a abandonar a su aliado francés y a solicitar una paz separada. Sin embargo, la humillación tuvo el efecto contrario. El zar se mostró inflexible. Tampoco estaba solo. La pérdida de la Rusia polaca finalmente proporcionó a la sociedad rusa algo por lo que luchar y morir. Testigos de la incapacidad de la autocracia, las clases medias comenzaron a asumir el mando de la economía de guerra. Conforme aumentaba la producción, también lo hizo la inflación, convirtiendo los alimentos en una cuestión revolucionaria⁷⁰.

A pesar de las graves derrotas, el ejército ruso no había sido destruido. La producción de proyectiles estaba aumentando paulatinamente, alcanzando 220.000 al mes en septiembre, y sus reservas humanas eran todavía gigantescas. Cuatro millones de hombres serían reclutados en el período de 1916-1917, con once millones ya en armas, o fallecidos, heridos o capturados. Sin embargo, la auténtica reserva, de un 10 por 100 de la población lista para el servicio militar, se acercaba a los dieciocho millones. Rusia seguiría combatiendo⁷¹.

⁷⁰ L. W. BRUCE, *Passage through Armageddon: The Russian in War and Revolution, 1914-18*, Nueva York, 1986.

⁷¹ J. KEEGAN, *The First World War*, op. cit., p. 233.

6

El año de las batallas

«The unreturning army
that was youth;
The legions who have
suffered and are dust...».
Siegfried Sassoon, 1918¹.

Sacrificio en Verdún

Como le sucedió a la gran mayoría de los comandantes del frente occidental, la experiencia previa de Falkenhayn no le había preparado para el tipo de empate sangriento que se había establecido en los campos de batalla de Francia. Su experiencia militar se había desarrollado contra tropas asiáticas cuyo armamento era anticuado y cuyas tácticas estaban superadas. Había sido nombrado ministro prusiano de la Guerra en 1913 y jefe de Estado Mayor tras la derrota del Marne, supervisando la guerra de trincheras que se impuso en el campo de batalla. De hecho, la defensa alemana del frente occidental había tenido éxito a pesar de las decisiones de enviar tropas al frente del Este y de la necesidad de apoyar al renqueante aliado austriaco. Falkenhayn seguía convencido de que el frente occidental era la clave para ganar la guerra. Estaba seguro de que la toma alemana de Amberes en el canal de la Mancha forzaría una retirada de los británicos y, tal vez, llevaría al fin del conflicto. Sin embargo, una ruptura total era cada vez más difícil, dado que las fuerzas británicas aumentaban de forma progresiva, a las que se sumaban canadienses, indios y australianos.

¹ «El ejército que nunca regresó/ y que era la juventud/ las legiones que sufrieron/ y ahora polvo son».

En algún momento a finales de 1915 Falkenhayn llegó ya a la conclusión de que una ruptura total del frente, en el sentido clásico del término, era tarea imposible. Uno de los aliados de la Entente debía ser derrotado definitivamente. Como la mayoría de los altos oficiales alemanes, Falkenhayn sentía un mayor odio y desprecio hacia los británicos. Conociendo el resentimiento que el káiser albergaba contra la patria de su madre, llevaba afirmando desde el otoño de 1915 que Gran Bretaña no era sólo un enemigo más, sino el archienemigo, un país obsesionado con la destrucción de Alemania. En realidad, en el período de 1915-1916, el poder relativo de Gran Bretaña en la coalición era menor que el que adquiriría en el de 1939-1940. En todo caso, en su opinión, habían sido los británicos los que, con su poderosa marina, habían dado al traste con los ambiciosos planes alemanes de un imperio global. Esa misma flota estaba llevando a cabo en esos momentos un bloqueo que privaba al ejército alemán, y a Alemania, del abastecimiento necesario para poder seguir combatiendo. Como el káiser, Falkenhayn deseaba derrotar a los británicos para que Alemania pudiese dictar los términos de paz modificando el equilibrio de poder marítimo y colonial global. Sin embargo, Francia se interponía en el camino de esos objetivos. Era preciso encontrar la forma de acabar con el ejército francés, al que Falkenhayn denominaba «la mejor espada de Inglaterra». Sin Francia, el más reducido ejército británico no tendría más remedio que solicitar la paz, a pesar de su dominio de los mares y de su gran imperio.

Dado que ni Rusia ni las fuerzas británicas podían ser derrotadas en un único golpe, Alemania tenía que lanzarse a la ofensiva contra Francia, cuyas pérdidas hacia finales de 1915 sumaban ya casi dos millones (entre muertos, heridos, capturados y desaparecidos, comparados con los 1,3 millones de alemanes). La clave para ganar la guerra, según Falkenhayn, tenía que basarse en una solución demográfica: «Desangrar a Francia hasta la muerte». Falkenhayn renunció temporalmente a la ruptura, adoptando una estrategia de «desgaste» similar a la que inspiraba el bloqueo naval británico sobre las costas alemanas. Los franceses habían sufrido pérdidas masivas en un año y medio. Más pérdidas desinflarían su esfuerzo de guerra. En algún momento, los franceses no contarían ya con más hombres con los que superar las pérdidas. En cualquier caso, el pueblo francés y su Gobierno no tendrían la misma voluntad de seguir combatiendo.



El káiser escucha las explicaciones de Hindenburg y Ludendorff.



Erich von Falkenhayn.

En las Navidades de 1915, Falkenhayn redactó un informe para el káiser sobre los problemas estratégicos a los que se enfrentaba Alemania en 1916. Sin embargo, ningún vestigio de ese memorando de Falkenhayn sobrevivió a la guerra. Éste lo citó en sus memorias y defendió que el káiser lo había visto y que había aprobado sus conclusiones. Es, por tanto, posible que Falkenhayn se inventara el memorando tras la guerra para justificar su plan para iniciar una de las batallas más sangrientas de la historia. Sin embargo, la ausencia del memorando no es suficiente para probar, como han afirmado algunos historiadores, que éste nunca hubiera existido.

En cualquier caso, en su análisis, Falkenhayn llegaba a la conclusión de que Rusia podía ceder grandes extensiones de territorio sin necesidad de rendirse. Gran Bretaña era el gran adversario, pero resultaba casi imposible acabar con ella debido a su poderío naval y a la imposibilidad física de enfrentarse a la totalidad de sus ejércitos. Mientras contase con tropas suficientes, Alemania debía lanzar una ofensiva que desangrase a Francia y la obligase a capitular, hundiendo así la alianza. Para que se cumplieran esas condiciones, el objetivo tenía que ser vital para la integridad del frente, o emocionalmente sagrado para los franceses². Falkenhayn dudó entre dos objetivos que cumplían esos requisitos: las localidades de Belfort y Verdún, inclinandose finalmente por esta última porque se encontraba a veinte kilómetros de la principal vía de ferrocarril alemana hacia el frente y porque el frente de Verdún estaba bajo las órdenes del hijo del káiser, lo que aumentaría el apoyo de éste para la operación.

Verdún, cuyo nombre en gaélico significa «poderosa fortaleza», se encuentra sobre el río Mosa, estratégicamente situada en el camino entre las localidades de Reims y Metz. Austera ciudad fortaleza y destacada base militar rodeada por impresionantes bastiones fortificados, era el eje sobre el que gravitaba el sistema defensivo francés y la única fortaleza que había resistido durante la guerra franco-prusiana. Los dos fuertes más poderosos eran los de Douaumont y Vaux, pero el complejo de Verdún se extendía desde el noroeste de Verdún hasta Fort Troyon, a unos cuarenta kilómetros al sur. Se trataba de fuertes de hormigón, contruidos a finales del siglo XIX y similares a los que

² R. T. FOLEY, *German Strategy and the Path to Verdun: Erich von Falkenhayn and the Development of Attrition, 1870-1916*, Cambridge, 2007.

los alemanes habían destruido en Lieja. Los fuertes de Verdún contaban con varios pisos de profundidad, podían albergar miles de tropas y gran cantidad de avituallamiento y estaban dotados con poderosos cañones. No resulta sorprendente, por tanto, que Verdún formara la gran parte baja de la curva de la «S» del frente occidental. En 1914 las líneas francesas retrocedieron hacia el oeste a ambos lados, pero Verdún se mantuvo, creando un saliente en las líneas alemanas.

Falkenhayn sabía que la captura de la ciudad supondría un golpe devastador para la moral francesa y que la defenderían sin tomar en consideración el coste. Estimaba que la caída de la ciudad desencadenaría una crisis política y la dimisión inmediata del Gobierno francés. Su objetivo inmediato era asediar la ciudad durante el máximo tiempo posible y acabar con la mayor cantidad de soldados franceses, «desangrar Francia». Sus instrucciones eran cuidadosamente vagas, «una ofensiva en dirección a Verdún».

El nombre en código elegido por Falkenhayn para la ofensiva era *Gericht*, «juicio» o «lugar de ejecución». Al defender que atacando a Francia lo que perseguía en realidad era eliminar a Gran Bretaña de la guerra, Falkenhayn jugaba con los conocidos sentimientos antibritánicos del káiser. En algún momento entre el 15 y el 22 de diciembre, Falkenhayn fue recibido por el káiser en Potsdam. La falta de precisión sobre una de las decisiones más significativas de la guerra es característica del misterio que rodea a la figura de Falkenhayn. En las memorias del káiser no aparece mención alguna a dicha reunión. Éste se había ido apartando de la dirección de la guerra y se había retirado a un mundo de fantasía, dedicándose a recibir a oficiales, a conceder medallas y a escuchar «historias de las trincheras», un tema que le apasionaba. Los oficiales solían exagerar en su presencia esas anécdotas para resaltar el valor alemán y ridiculizar al enemigo. Mientras se agravaba el horror de la guerra, el káiser solía afirmar: «Yo nunca quise esto»³.

Falkenhayn propuso astutamente que el ataque principal se pusiera bajo las órdenes del hijo de káiser, el príncipe heredero Guillermo, *Little Willy*, como era conocido despectivamente en Gran Bretaña. A pesar de su fama de mujeriego y de la poca confianza que depositaba su padre en él, Guillermo fue uno de los primeros coman-

³ Citado en A. HORNE, *The Price of Glory, Verdun 1916*, Londres, 1994, p. 37.

dantes alemanes en percatarse del destino que esperaba a Alemania. Tras la batalla del Marne, sorprendió a un corresponsal de guerra norteamericano afirmando: «Hemos perdido la guerra. Ésta continuará durante un tiempo, pero ya está perdida». El káiser se aseguró de que el príncipe heredero fuera únicamente una figura nominal en el ejército que estaba a su mando. En 1915, el almirante Tirpitz señalaría: «El káiser no le concede ni una sola oportunidad». Esa desconfianza paterna fue aprovechada por Falkenhayn para manipular a Guillermo. Como no deseaba contarle su siniestro plan de guerra de desgaste, le hizo creer que la tarea consistiría en conquistar Verdún. El príncipe heredero se hizo una idea totalmente errónea de lo que Falkenhayn estaba tramando. Rara vez en la historia de la guerra se ha engañado de manera tan cínica al comandante de un gran ejército como lo hizo Falkenhayn con el príncipe heredero⁴.

Ésta es la versión clásica de la historia, la que fue relatada por Falkenhayn y por varios historiadores de la batalla. Sin embargo, del estudio del plan de Falkenhayn es posible deducir que éste contara al final con una ruptura del frente y que sólo comenzara a hablar de desgaste cuando se percató de que la ruptura era inviable. Su gran oponente en Verdún, Pétain, concluyó que las afirmaciones de Falkenhayn tras la guerra sobre su negativa a buscar una ruptura del frente no eran más que un intento por justificar la derrota. El general francés pensaba que Falkenhayn estaba, de hecho, intentando la ruptura, tomar Verdún e infligir a los franceses una derrota espectacular. Los brutales ataques alemanes de mayo y junio no parecían ser ataques de desgaste, sino algo bien distinto. En cualquier caso, Falkenhayn estaba en lo cierto cuando consideraba que los alemanes eran más hábiles en matar enemigos que los Aliados. Así, desde agosto de 1914 hasta las derrotas alemanas de junio de 1918, los Aliados perdieron mensualmente más hombres que los alemanes.

El II Ejército francés cubría el frente de Verdún y el liderazgo de este ejército reflejaba el planteamiento francés en la guerra. Los franceses, como había afirmado Foch, no estaban preparados para la guerra defensiva. La excelencia francesa era el ataque. Frente a un ataque enemigo, las fortalezas eran simplemente bases para lanzar

⁴ *Ibid.*, p. 36. Sobre el príncipe heredero, véase el capítulo «The Crown Prince», pp. 214-227.

posteriores contraataques. Por ello, a lo largo del frente de Verdún que había permanecido en calma durante 1915, el II Ejército procedió a «reorganizar» la guarnición y la artillería de los fuertes (en realidad se produjo un auténtico desmantelamiento). Aunque esto formaba parte de un nuevo plan defensivo, la puesta en práctica resultaba tan confusa que muchos oficiales y hombres que se encontraban en las trincheras, frente a los fuertes de Verdún, manifestaron su preocupación por el aumento de tropas alemanas en la zona y por la debilidad de sus propias defensas.

Verdún se encontraba en el punto en el que la línea de frente atravesaba el río Mosa y las autoridades francesas defendían que una ciudad rodeada de tantas fortalezas era casi inexpugnable. La realidad era diferente. Los alemanes desconocían que el Estado Mayor francés había llegado a despreciar las defensas fijas y las fortalezas, ya que, tras la experiencia de Lieja en 1914, asumieron que no podían aguantar los cañones pesados alemanes. Muchas de las fortalezas que rodeaban Verdún se encontraban descuidadas, los sistemas de trincheras eran inadecuados y la artillería pesada había sido desplazada a otros lugares. Algunos oficiales franceses sospechaban de la inminente ofensiva, pero el alto mando tachó esos informes de alarmistas y continuó debilitando el frente de Verdún⁵. Cuando el general Herr, destinado en Verdún, se quejó del lamentable estado de las defensas y de la forma en que se estaba despojando el frente de artillería, la respuesta que obtuvo fue la siguiente: «No será atacado. Verdún no es el objetivo del ataque. Los alemanes desconocen que Verdún ha sido desarmado»⁶.

A finales de 1915, el teniente coronel Emile Driant, antiguo miembro de la Asamblea Nacional, que servía entonces en la zona, pasó por encima de sus comandantes inmediatos para escribir a sus amigos de la Asamblea sobre el lamentable estado de las defensas de Verdún. Esto le granjeó la animosidad de sus superiores (incluyendo al comandante en jefe Joffre), por lo que se continuó desmantelando la artillería de los fuertes y disminuyendo el número de soldados de las guarniciones para incrementar las fuerzas con vistas a un posible contraataque.

⁵ Véase C. DONNELL, *The Fortifications of Verdun, 1874-1917*, Londres, 2011.

⁶ A. HORNE, *The Price of Glory*, *op. cit.*, p. 51.

El estricto secreto con el que cubrieron los alemanes sus preparativos reforzó la convicción de Joffre de que era imposible una ofensiva alemana de envergadura en esa zona. Por vez primera durante la guerra, los alemanes hicieron uso de aviones para proporcionar cobertura aérea sobre un frente entero y evitar el reconocimiento aliado sobre sus posiciones. Por su parte, el reconocimiento aéreo francés se vio mermado por el mal tiempo, por la fuerza aérea alemana y por el menor número de horas de sol de los días de enero. Los franceses desconocían la longitud de las nuevas vías férreas que los alemanes habían construido para transportar municiones y refuerzos para los 140.000 hombres del V Ejército que se alistaban para el ataque.

En total, los alemanes desplegaron 850 cañones, incluyendo 13 de los que habían aplastado Lieja, así como cañones navales de larga distancia, 17 morteros austriacos de 305 milímetros, 306 cañones de campaña y una nueva arma que añadir a los horrores de la guerra: el lanzallamas. Todo este mortífero poder de fuego se enfrentaba a tan sólo 270 cañones franceses. Los 72 batallones alemanes de la primera oleada del ataque se verían enfrentados a 34 batallones franceses. Las tropas de asalto alemanas fueron también un elemento esencial. En Verdún, el Destacamento Especial de Asalto actuó con unidades de zapadores para infiltrarse en las líneas francesas. Su misión consistía en cortar las alambradas y eliminar cualquier resistencia utilizando lanzallamas⁷.

Hacia el 20 de febrero, en una extensión de tan sólo dieciséis kilómetros los alemanes habían acumulado un millón de hombres frente a los 200.000 soldados franceses. Los pueblos de los alrededores habían sido evacuados para poder acomodar a tal cantidad de tropas alemanas. Finalmente, tras un retraso debido al mal tiempo, la ofensiva alemana comenzó la mañana del 21 de febrero de 1916. Antes del amanecer de ese día, cuando la nieve en polvo iluminaba las líneas de trincheras que se extendían por el horizonte francés, un cañón naval Krupp de 380 milímetros alemán disparaba el primer proyectil de la batalla de Verdún. El cañón vomitó con enorme estruendo un enorme proyectil a 32 kilómetros que cayó en la ciudad fortificada, en el palacio del obispo, derribando una esquina de la histórica catedral.

⁷ B. GUDMUNDSSON, *Stormtroop Tactics: Innovation in the German Army, 1914-1918*, Wesport, 1989, pp. 50-60.

Se trató de un disparo errado, pues los artilleros tenían como objetivo uno de los vitales puentes sobre el río Mosa. El ataque contra la catedral fue utilizado por los Aliados como una prueba más de la barbarie alemana. Así se iniciaba una de las batallas más sangrientas de la historia en la que es probable que murieran más soldados por metro cuadrado que en ningún otro conflicto anterior o posterior⁸.

El bombardeo continuó durante nueve terribles horas con una intensidad brutal. Ramas, troncos enteros volaban por los aires, caían al suelo para ser enterrados o lanzados de nuevo al aire por explosiones sucesivas; lo mismo ocurría con piezas de maquinaria y cuerpos de hombres y caballos desmembrados. Muy pronto el paisaje se convirtió en una superficie lunar. Nada se movía, salvo involuntariamente por el impacto del bombardeo incesante. Toda la escena estaba cubierta por nubes de cascos. Miembros, cabezas y troncos cortados estaban desparramados sobre un área extensa; otros restos humanos, acompañados de harapos de uniformes, colgaban grotescamente de las ramas que quedaban. Los muertos o moribundos estaban sepultados por los escombros donde habían caído. Los soldados supervivientes se veían salpicados por las vísceras, la sangre o los sesos de sus compañeros.

Sobre las cinco menos cuarto cesó repentinamente el diluvio de bombas. Los soldados franceses, aturdidos por el rugido atronador, se sentían más desconcertados por el inesperado silencio, por el que tanto habían rogado. Sabían, sin embargo, que la tranquilidad era el presagio del ataque. Los atacantes alemanes se lanzaron hacia la tierra de nadie. La vanguardia consistía en seis mil hombres que portaban rifles y granadas además de 96 lanzallamas. Estas tropas se concentraron en sectores de gran resistencia, en particular, nidos de ametralladoras alemanas. Tras la vanguardia, se lanzaron las tropas regulares iniciando un ataque incesante. Al finalizar el primer día, en el centro del saliente lograron hacer retroceder a los franceses a la segunda posición, y al tercer día, a la tercera línea de trincheras que se encontraba a tan sólo ocho kilómetros de la ciudad. El fuego artillero era incesante y cuando los alemanes no estaban intentando sobrepasar algún punto fuerte francés, se enfrentaban a fuertes contraataques del

⁸ La obra fundamental sigue siendo A. HORNE, *The Price of Glory*, *op. cit.* Véase también M. BROWN, *Verdun 1916*, Londres, 2000.

enemigo. Ante el formidable empuje de la ofensiva alemana, la defensa francesa hizo gala de una enorme valentía. En el centro del infierno que se cernía sobre las posiciones francesas, Driant y sus hombres se veían superados e intentaban retroceder en orden, siendo aniquilados en oleadas.

Otro político, André Maginot, también fue herido durante esos días. Tras su recuperación, lograría volver a la Asamblea Nacional, donde se convertiría en el principal valedor de una idea defensiva avanzada como reemplazo del planteamiento del *furor* francés de ataque a ultranza. La idea de Maginot tendría profundas repercusiones para la historia futura de Francia.

En cuatro días, ante la brutal ofensiva alemana, Joffre cedió a la presión del Gobierno y otorgó el mando del II Ejército a Henri Philippe Benoni Omer Pétain, una medida amarga para Joffre, pues Pétain era conocido por sus vitriólicas críticas al Estado Mayor. No fue sencillo dar con él. Nadie parecía conocer su paradero para anunciarle sus nuevas responsabilidades y su nuevo mando. Uno de sus oficiales creyó saber dónde se encontraba. Lo encontrarían en el Hotel Terminus de París acompañado por una jovencita (con la que posteriormente contraería matrimonio). El oficial anunció al semidesnudo y sorprendido Pétain su ascenso y su nuevo puesto en el peor lugar posible en aquellos momentos del frente francés: Verdún.

La tarea inmediata de Pétain era el restablecimiento de la moral de sus hombres, pronunciando el famoso «no pasarán» (que reviviría en el Madrid de la guerra civil española) y ordenando contraataques desesperados. Pétain, nacido en 1856, era un oficial brillante, pero sus ideas y formas le habían perjudicado en su carrera militar. Había nacido en un ambiente campesino, al igual que Joffre y Foch. En este sentido, el ejército francés mantenía una tradición de ascenso por méritos que se remontaba a Napoleón. Su fama de hombre directo y distante le había granjeado no pocos enemigos. A principios de siglo, cuando comenzó a ser conocido como teórico militar, a diferencia de Foch, Pétain defendía que los incesantes ataques de infantería y los contraataques defendidos por la nueva escuela ofensiva acabarían con la vida de miles de hombres y socavarían finalmente la moral. Cuando estalló la guerra, Pétain era un coronel de regimiento de sesenta años, lo que le había permitido observar de primera mano el nuevo tipo de guerra y el campo de batalla, algo que le convertiría en una excepción entre los generales franceses. Se-

gún él, las nuevas circunstancias obligaban a utilizar la artillería, para ayudar a conquistar las líneas enemigas, y la infantería, para tomar las posiciones y mantenerlas, de ahí su expresión «la artillería conquista, la infantería ocupa»⁹.

Los problemas a los que se enfrentaba Pétain al dirigirse hacia el frente eran enormes, agravados por una fuerte neumonía que le afectó durante la primera semana de la ofensiva. En principio, lo lógico parecía replegarse, abandonar Verdún y retroceder a una línea defensiva preparada de antemano. Sin embargo, se trataba de una imposibilidad política. El Gobierno Briand, sometido a grandes presiones y a fuertes críticas por su desidia en el mantenimiento de las posiciones defensivas de Verdún, exigió que Pétain defendiese la localidad a cualquier precio. Obligado a defender las posiciones sin opción a retirarse, concluyó que eran precisas nuevas tácticas, así como nuevos ajustes en el sistema de abastecimiento. Finalmente, los *poilus* tenían que estar plenamente convencidos de que su esfuerzo no era en vano. El factor psicológico resultaría tan vital como el material.

Con el centro de sus líneas enzarzado en un combate desesperado contra los alemanes, Pétain se encargó de forma simultánea de organizar una carretera de abastecimiento esencial desde Verdún, en dirección sur, hacia Bar-le-Duc. Se requisaron todos los camiones disponibles en Francia, hasta el punto de que el precio de las verduras se disparó en los mercados de París por la ausencia de transporte. Se situaron batallones de trabajadores a lo largo de la carretera para arrojar piedras y arena bajo las ruedas de las infinitas filas de camiones que lo atravesaban. Numerosos policías controlaban cada movimiento para que no se produjese ningún retraso. La labor de los conductores era extenuante y, tras cincuenta e incluso setenta horas sin descanso al volante, muchos se desplomaban. No es de extrañar que la carretera pronto fuera denominada por el escritor Maurice Barrès, *la voie sacrée* o «vía sagrada» (que puede interpretarse también como «vía del sacrificio»). Bajo el fuego constante alemán, durante una semana crítica de febrero, más de 25.000 toneladas de abastecimiento y 190.000 hombres alcanzaron Verdún por esta arteria vital para Francia. Un vehículo pasaba por la carretera cada catorce segundos, por

⁹ Véase la biografía clásica de S. RYAN, *Pétain the soldier*, South Brunswick, 1969.

lo que la «vía sagrada» aseguró la supervivencia de la guarnición francesa. Un observador norteamericano señaló que los vehículos con sus luces encendidas parecían «una gigantesca serpiente que nunca se detenía y que no tenía fin»¹⁰. A un lado de la carretera circulaba un ferrocarril de vía única y estrecha, *Le Meusien*, que podía transportar 1.800 toneladas de suministros al día. Llevaba a Verdún la mayor parte de los alimentos destinados al ejército y transportaba de regreso a muchos de los heridos en el frente.

Al mismo tiempo, Pétain se ocupaba de la táctica y de la moral creando nuevas condiciones. Pétain demostró una preocupación y un paternalismo hacia sus hombres que ayudaron a apuntalar la moral en un momento crítico. Instituyó un sistema de rotación de hombres más rápido (denominado «noria»), con el que se conseguía aliviar a aquellos que aguantaban en los sectores más duros del frente, y tomó otras medidas con vistas a mejorar el apoyo psicológico y físico de los soldados. A diferencia de sus colegas, se preocupaba de detalles como la cantidad de alimentos que recibían sus hombres o la frecuencia del correo y del descanso. Fue también uno de los pocos comandantes de ambos bandos que visitaba las trincheras, entregando medallas, visitando a los heridos y enfrentándose a los oficiales que no cumplían con su obligación. Muchas de sus visitas a las trincheras fueron sorpresivas, lo que le permitió conocer de primera mano y sin tapujos las condiciones del frente.

Pétain habló con sus soldados en persona y a través de pasquines y órdenes escritas. Los alemanes no pasarían, afirmó sin ambages ante sus tropas. Eso ocasionaría una lucha despiadada, pero aseguró a sus agotados *poilus* que, cuando se les ordenase atacar, contarían con el apoyo artillero necesario para tener éxito. Finalizó su primer mensaje a las tropas con una expresión tomada de la calle parisina que en ese momento estaba comenzando a formar parte del argot nacional: «On les aura!» («Les venceremos»). Pétain les estaba transmitiendo a sus hombres que se encontraban juntos en la lucha, que el ejército formaba un equipo, que él se identificaba con ellos y que todos juntos superarían aquel momento crítico de la historia de Francia. Éste era un concepto novedoso en el ejército francés y adoptaba un sentido especial tras los ataques de 1915, que se habían llevado a cabo

¹⁰ A. HORNE, *The Price of Glory*, op. cit., p. 147.

sin apenas apoyo artillero y con poca sensibilidad por parte del alto mando. Dirigiéndose a uno de sus regimientos señaló: «Habéis atacado cantando *La Marsellesa*. Ha sido magnífico. Pero la próxima vez no será necesario que la cantéis. Contaréis con un número suficiente de cañones para asegurar el éxito del ataque»¹¹.

El teniente coronel Driant, que había anunciado el pésimo estado de las defensas francesas, fue una de las primeras víctimas de la campaña y se convirtió en un héroe legendario. El soldado alemán que encontró su cuerpo sin vida era un barón que conservaba las nociones clásicas de la caballería. Envío los efectos personales a su mujer en Alemania, quien, a su vez, los envió vía Suiza a la mujer de Driant con una carta de pésame. La infantería supo entonces que sólo tenía una responsabilidad: morir como lo habían hecho Driant y sus hombres. El mecanismo del sacrificio se encontraba en marcha¹².

En las trincheras francesas, Guy Hallé, un sargento de veintitrés años intentaba concentrarse en una sola cosa:

«Ser capaz de comportarse correctamente frente a la muerte. No resulta complicado pronunciar esta pequeña frase, pero, Dios mío, ¡qué esfuerzo requiere! Qué cosa tan espantosa, decirse a sí mismo: “En este momento, soy yo, estoy completo en mí ser, mi sangre circula y fluye por mis arterias; tengo mis ojos, toda mi piel está intacta, no sangro...” Ay, ser capaz de dormir pensando que todo ha terminado, que viviré, que volveré a sentir entusiasmo, dolor, placeres, ¡que no me matarán!»¹³.

Si el plan de Falkenhayn era desangrar a Francia, el comandante del V Ejército, Guillermo, parecía estar llevándolo a cabo. Los primeros días de la batalla no sólo ocasionaron la quiebra del centro francés, sino que causaron también miles de bajas a los franceses. El gigantesco fuerte Douaumont, clave del sistema defensivo de Verdún, cayó sin apenas lucha el cuarto día de la ofensiva. La historia de su captura fue una mezcla de falta de visión por parte de los franceses y de gran fortuna por parte de los alemanes.

¹¹ *Ibid.*, p. 139.

¹² P. MIQUEL, *Les Poilus: La France Sacrifiée*, París, 2000, p. 270.

¹³ Citado en A. HORNE, *The Price of Glory*, op. cit., p. 237.

Con doscientos metros de largo y cien de ancho, la masa del fuerte Douaumont estaba protegida con alambre de púas y una gran zanja, mientras que las fortificaciones que lo rodeaban contaban con ametralladoras y torretas. Sus paredes de hormigón y acero eran capaces de soportar incluso los proyectiles de 420 milímetros de los «Gran Bertha» alemanes. De hecho, sobrevivió a tres días de intenso bombardeo mucho mejor de lo que se había estimado. Sin embargo, y a pesar de las impresionantes defensas, cayó víctima de la astucia de un sargento alemán y sus nueve hombres. El sargento Kunze y sus hombres se aprovecharon de que la fortaleza estaba mal defendida y alcanzaron uno de los muros, formando posteriormente una pirámide humana para escalar la fortaleza e introducirse por una angosta apertura. Se adentraron sin encontrar a nadie. Finalmente, lograron sorprender a un gran grupo de soldados franceses. Otros grupos alemanes les siguieron y al finalizar el día el fuerte Douaumont se encontraba en manos alemanas. En cuarenta y cinco minutos, el considerado como el fuerte más poderoso del mundo había caído sin necesidad de disparar un solo tiro. La suerte que corrió el fuerte no era sorprendente. Joffre había reducido la guarnición de éste a 56 viejos artilleros y cuando algunos oficiales franceses pensaron que era preciso reforzar el lugar, todos pensaron que otros se estaban ocupando del tema. En París, las noticias de Douaumont golpearon a Gallieni, el héroe del Marne, ya debilitado por una operación quirúrgica. Cayó en una profunda depresión y falleció dos días después¹⁴.

Mientras tanto, el sistema de «noria» adoptado por los franceses permitía que las divisiones fueran retiradas tras unos días en el frente, antes de que resultaran diezmadas y de que la moral se viniese abajo, para ser enviadas a la retaguardia, donde podían recuperarse y asimilar los nuevos reemplazos. Por el contrario, los alemanes mantenían las unidades en el frente hasta que eran casi aniquiladas, reemplazando las pérdidas con soldados bisoños. La debilidad de este sistema era evidente. Hacia el primero de mayo, 40 divisiones francesas habían pasado por Verdún, frente a las 26 alemanas. Esto tuvo dos consecuencias sobre el ejército alemán. En primer lugar, esa práctica tendía a desmoralizar a los soldados alemanes en el

¹⁴ A. CLAYTON, *Paths of Glory: The French Army 1914-1918*, Londres, 2003, pp. 100 y ss. Véase también A. DENIZOT, *Douaumont, vérité et légende*, París, 1998.

frente, que a menudo se preguntaban: «¿De donde sacan tantas tropas de refresco los franceses?». En segundo lugar, engañaba a la inteligencia alemana haciéndoles creer que las pérdidas francesas eran superiores a las que en realidad eran, alentando al alto mando a continuar la ofensiva.

Falkenhayn se encontró de pronto en una situación paradójica. Si los alemanes entraban victoriosos en Verdún, los franceses tal vez renunciarían a retomarlos y, por tanto, no caerían en la trampa de dejarse arrastrar a una guerra de desgaste. Sin embargo, Joffre mordió el anzuelo, decisión que costaría la vida a millares de jóvenes de ambos bandos. Hacia la segunda semana de la ofensiva, la terrorífica barrera artillera francesa había logrado detener el avance alemán en el centro del frente, dejando a las tropas de vanguardia alemanas a ocho kilómetros de Verdún. En consecuencia, el príncipe heredero extendió sus ataques hacia el oeste y, posteriormente, hacia el noroeste de Verdún, donde la llave del sistema defensivo era una larga cresta llamada Le Mort Homme («el hombre muerto»), y que adoptó un significado especial durante la misma. Desde ella se podía amenazar la línea de suministros francesa¹⁵.

Todo el campo de batalla de Verdún se convirtió en un gigantesco cementerio. «Comías con los muertos», señaló un soldado francés, «bebías con los muertos. Hacías tus necesidades con los muertos. Dormías junto a los muertos». Un cirujano alemán describió los casos de neurosis de guerra tras el ataque a Douaumont: «Había un gran número de desórdenes nerviosos. Trauma, confusión, pérdida del habla, histeria, calambres, delirios y otros estados psiquiátricos. La espantosa imagen de la carnicería en los oscuros pasadizos del fuerte, la imagen de los cuerpos horriblemente mutilados combinados con los quejidos de los heridos y los sonidos agonizantes de los moribundos, los gritos y las voces de los heridos graves, todo esto aumentaba los horrores de la catástrofe hasta el límite de la resistencia humana»¹⁶. En Verdún participarían dos hombres llamados a hacerse famosos en la Segunda Guerra Mundial. Uno de ellos era un joven teniente alemán, llamado Friedrich Paulus, cuyo trágico destino le llevaría a rendirse ante el Ejército Rojo en Stalingrado, el Verdún de la siguiente

¹⁵ H. COLIN, *La Cote 304 et Le Mort Homme. 1916-17*, París, 1983.

¹⁶ Citado en H. H. HERWIG, *The First World War*, op. cit., p. 298.

generación. El segundo era el futuro dirigente francés Charles de Gaulle, herido y hecho prisionero en Verdún¹⁷.

Existe una historia interna de la batalla que, posteriormente, demostraría ser significativa. Aunque Pétain se convirtió de la noche a la mañana en un héroe nacional por su defensa a ultranza de Verdún, Joffre y el alto mando en Chantilly se arrepintieron de haberle nombrado. Aunque hay que tomar en consideración las explicaciones que posteriormente ofrecería Joffre, resulta indudable que no proporcionó a Pétain las tropas y los suministros que podían haber permitido a Francia poner fin a la batalla antes y a un coste humano más reducido. Joffre se defendió alegando que estaba preservando tropas y suministros para la ofensiva del Somme. El alto mando hizo mucho por impulsar la carrera de uno de los comandantes de cuerpo de Pétain, cuyo ascenso tendría trágicas consecuencias para el ejército francés, Robert Nivelle. Hombre serio y seguro de sí mismo hasta el punto de la soberbia, Nivelle sabía desplegar un gran encanto con el que logró numerosas amistades en el alto mando. Sin embargo, Pétain pensaba que Nivelle era un lastre, pues seguía creyendo en las teorías del ataque a ultranza. A finales de la primavera de 1916, Nivelle lanzó unos sangrientos contraataques contra los alemanes con el objetivo de retomar Douaumont.

Los alemanes reanudaron sus ataques a lo largo de todo el frente en abril, tomando Le Mort Homme, al noroeste de la ciudad, a finales de mayo y el último de los formidables fuertes, Fort Vaux, en junio. Durante la encarnizada lucha, el comandante francés perdió contacto con su cuartel general y tuvo que enviar la solicitud de refuerzos por una paloma mensajera que, como Filípides en la batalla de Maratón, llevó el mensaje pero falleció de agotamiento. Le fue otorgada la «Legión de Honor», la más alta condecoración francesa. A pesar de la bravura y la tenacidad mostrada por los defensores franceses, el fuerte Vaux cayó finalmente en manos alemanas. En un intento por acabar con la resistencia francesa, Falkenhayn amplió el frente de batalla, pero los franceses siguieron defendiendo cada palmo de terreno. Era una lucha a muerte entre ambas naciones¹⁸.

¹⁷ Detalles sobre Paulus en W. GOERLITZ, *Paulus and Stalingrad*, Londres, 1963. Sobre De Gaulle, J. FENBY, *The General, Charles de Gaulle and the France he saved*, Nueva York, 2011.

¹⁸ Véase R. BRUCE, «To the Limits of Their Strength: The French Army and

Pétain, desesperado por sus conversaciones con el imperturbable Joffre, expresó la necesidad de retirada a una línea más manejable. Sin embargo, Joffre se negó. De hecho, la batalla de Verdún llegó a su punto culminante a principios de junio, llevando a los franceses al límite de la resistencia. El día 23 de junio puede ser considerado como el punto culminante de la batalla de Verdún y, por consiguiente, de la Gran Guerra. Ese día, los alemanes no sólo fracasaron en lograr la ruptura en Verdún, sino que, una semana después, el Nuevo Ejército Británico hacía su debut en la ofensiva del Somme. El tiempo se había acabado para Falkenhayn.

El príncipe heredero aprovechó la ocasión para persuadir a Falkenhayn de que pusiera fin a la ofensiva sobre Verdún, pero, una vez más, fue desautorizado por su padre. Sus recuerdos de ese período, escribiría, eran «los más dolorosos de toda la guerra. Estaba totalmente en contra de la idea de continuar con el ataque, sin embargo, tenía que obedecer las órdenes»¹⁹. En ese momento, la diplomacia de guerra dio sus frutos y las súplicas francesas a sus aliados rusos produjeron efecto. El 4 de junio de 1916, el general ruso Alexei Brusilov lanzaba una gran ofensiva contra las tropas austriacas en el centro del frente oriental. Los austriacos pronto precisaron ayuda, que tuvo que llegar del frente occidental. Aunque la lucha continuó hasta el otoño, la crisis de junio demostró ser la última importante.

Al final, cuando el sector se estabilizó en diciembre de 1916, la batalla de Verdún había durado más que toda la guerra franco-prusiana de 1870-1871. Sesenta y seis divisiones francesas y cuarenta y dos alemanas habían sido finalmente empleadas en la batalla y las bajas sumaban 500.000 franceses y cerca de 450.000 alemanes²⁰. Debido a las necesidades prácticas, ambos bandos recurrieron en todo momento a la artillería, por lo que el campo de batalla adquirió un aspecto dantesco. La expresión *mantener la línea* no representa la realidad cíclica del día a día de la batalla: bombardeo alemán y destrucción de las líneas del frente y de los soldados que en ellas se encontraban. Re-

the Logistics of Attrition at the Battle of Verdun, 21 february-18 December, 1916», *Army History*, núm. 45, 1998, pp. 9-21.

¹⁹ Citado en A. HORNE, *The Price of Glory*, op. cit., p. 282.

²⁰ Sobre el número de bajas existe cierta controversia. Véanse R. GRAY, *Chronicle of the First World War*, 2 vols., Nueva York, 1990-1991, vol. 1, p. 287, y S. POPE y E.-A. WHEAL, *Dictionary of the First World War*, Nueva York, 1995, pp. 494-496.

fuerzo del frente por medio de unidades que hasta allí avanzaban trabajosamente a través de una lluvia de proyectiles alemanes y, por último, la desesperada lucha de los supervivientes franceses por los cráteres y restos de trincheras, que eran todo lo que quedaba de la línea del frente²¹. La proporción de bajas fue probablemente la más alta de cualquier sector del frente occidental y casi la mitad de los heridos fallecieron. El gas fosgeno, mucho más dañino que los irritantes de piel y pulmones utilizados hasta entonces, hizo su aparición durante la batalla de Verdún. En una guerra de horrores, Verdún pasó a ocupar un lugar destacado.

Verdún se erigió en símbolo de la épica nacional y sirvió para aglutinar a toda la población francesa. Ambos bandos dispararon 24 millones de proyectiles en los primeros cuatro meses del conflicto, lo que supone un promedio de 200.000 proyectiles por día. Un piloto que sobrevoló la zona apuntó: «Cualquier signo de humanidad ha sido barrido, los bosques y las carreteras se han desvanecido como tiza borrada sobre una pizarra». Al final, el salvajismo de batalla, que duró diez meses, acabó con miles de bajas entre los franceses y los alemanes. Verdún se convirtió en la batalla más larga y en una de las más inútiles. En principio, Falkenhayn no deseaba tomar Verdún, quería que los franceses la defendiesen. Pétain no deseaba conservarlo, pero lo hizo cuando se dio cuenta de su simbolismo. La ciudad se convirtió en un símbolo trascendente y, para el sufrimiento de los soldados, en un símbolo de honor. Verdún epitomizaba la grandeza de Francia, su historia y su orgullosa independencia. Verdún se convirtió en el Stalingrado francés. Miles murieron intentando tomar puntos en torno a Verdún, no porque fueran la clave de la ciudad, sino porque se pensaba que cada punto era la clave para otra posición, a su vez vital para otra posición, en un sinsentido sin final.

El príncipe heredero ya se había percatado de que no tomaría Verdún y de que la batalla era un desgaste sangriento. Su frustración fue en aumento, y al ver que se alejaba su objetivo de entrar victorioso en Verdún, se dedicó a perseguir a jovencitas francesas mientras sus hombres morían a millares en un holocausto de sangre y fuego. Cuando Falkenhayn se percató de la futilidad de la batalla, intentó poner fin a la ofensiva, pero sus superiores insistieron en que conti-

²¹ S. RYAN, *Pétain the Soldier*, op. cit., p. 91.

nuara. Sin embargo, otro intento alemán de romper el frente fracasó y el 1 de julio los británicos lanzaban una gran ofensiva al norte, cerca del río Somme. Durante los seis primeros meses de la batalla de Verdún, Falkenhayn había fracasado en tomar la ciudad fortaleza. En octubre, un contraataque francés pilló a los alemanes por sorpresa y logró un avance de cinco kilómetros, retomando Douaumont y Vaux y logrando capturar a 9.000 prisioneros. Falkenhayn, que se había fijado martillar y destruir al ejército francés en «el yunque de Verdún», había sido testigo de la masacre de miles de sus hombres.

No resulta exagerado afirmar que Verdún fue la peor batalla de la historia, incluso tomando en consideración las que tuvieron lugar durante la Segunda Guerra Mundial. Ninguna batalla ha durado tanto. La batalla de Stalingrado, desde el momento en que los alemanes alcanzaron el Volga, hasta la rendición de Paulus, duró cinco meses en comparación con los diez de Verdún. Y, aunque la batalla del Somme produjo más muertos que la de Verdún, la proporción de bajas sufridas en las tropas implicadas fue más alta en Verdún que en cualquier otra batalla de la Gran Guerra. Lo mismo sucedió con el número de muertos en relación con el área del campo de batalla. En la sangrienta aritmética del desgaste, los alemanes habían calculado mal. No lanzarían más ofensivas en el frente occidental hasta 1918. ¿Quién venció en Verdún? La respuesta la proporcionó el gran historiador de la batalla, Alistair Horne: «Nadie “venció” en Verdún. Se trató de una batalla indefinida de una guerra indefinida; la batalla innecesaria de una guerra innecesaria; la batalla sin vencedores en una guerra sin vencedores»²².

El desarrollo de la batalla produjo cambios de relevancia en los mandos francés y alemán. En el bando francés la debacle de los primeros compases de la batalla tuvo repercusiones políticas. Como consecuencia de las enormes bajas sufridas en los primeros dos años del conflicto, la *Union Sacrée*, la tregua política que aglutinó a los partidos en torno al esfuerzo bélico, comenzó a resquebrajarse. A mediados de junio de 1916, la oposición de las clases medias a la forma de liderar la guerra que tenía el Gobierno forzó una reunión secreta de la Cámara de Diputados. La sesión fue inaugurada con las palabras del antiguo sargento, y entonces diputado, André Maginot, que se es-

²² A. HORNE, *The Price of Glory*, op. cit., p. 331.

taba recuperando de sus heridas en Verdún: «Lo que parece inaudito es que hayamos permanecido en silencio hasta ahora»²³. El primer ministro, Aristide Briand, logró aferrarse a su puesto haciendo que el descontento se dirigiese contra el comandante Joffre. A pesar de todo, la fortaleza de su reputación hizo que sobreviviera a aquella sesión. Pero sus días estaban ya contados. A otro nivel, Joffre logró deshacerse del encumbrado Pétain. Aunque había logrado lo imposible en la primavera de 1916, Joffre le apartó ascendiendo a comandante de grupo de ejército. Su sucesor como comandante del II Ejército era Robert Nivelle. Éste se dedicó a intentar demostrar que los ataques librados con la fuerza suficiente podían todavía ganar la guerra. El resultado de este episodio supondría un desastre cuando el Gobierno francés permitió finalmente a Nivelle lanzar una vasta ofensiva en la primavera de 1917²⁴.

El liderazgo alemán también experimentó cambios. Falkenhayn, que había sido el creador del frente occidental al supervisar el atrinchamiento del ejército alemán tras la salida de Moltke, fue relevado en agosto de 1916, cuando los contraataques de Nivelle estaban produciendo avances y cuando la ofensiva del Somme entraba en su segundo mes. Su relevo sería incluso más transcendental que los cambios en el alto mando francés. Tras convertirse en héroes del frente oriental, el mariscal Hindenburg y el general Ludendorff habían observado con creciente escepticismo la dirección del frente occidental. Ambos rechazaban la estrategia de Falkenhayn y deseaban su puesto: «Yo sólo soy capaz de amar y de odiar», confesaría Ludendorff, «y yo odio al general Falkenhayn. Resulta imposible que pueda trabajar con él»²⁵.

A finales de 1915, cuando Falkenhayn escribió su famoso memorando, Alemania contaba todavía con posibilidades de vencer en la guerra o, al menos, de lograr un empate ventajoso a través de una paz negociada. Era la última oportunidad y Falkenhayn la malgastó en Verdún. Las enormes pérdidas en Verdún y el Somme aumentaron la presión para el cese de Falkenhayn. Sin embargo, éste seguía contando con el apoyo del káiser, que, aunque ya había sido relegado

²³ H. TOOLEY, *The Western Front*, Basingtoke, 2003, p. 151.

²⁴ M. S. NEIBERG, *La Gran Guerra*, op. cit., p. 170.

²⁵ Citado en H. H. HERWIG, *The First World War*, op. cit., p. 132.

a un segundo plano en la conducción de la guerra, conservaba todavía el poder sobre los nombramientos. Para lograr su relevo, el canciller Theobald von Bethmann-Hollweg tenía que persuadir al emperador. Esto fue posible cuando Rumania, objeto de deseo de ambos bandos, finalmente se inclinó por los Aliados en agosto de 1916. Dado que Falkenhayn había afirmado repetidamente que Rumania no ingresaría nunca en el bando aliado y que el ingreso de Rumania en la guerra dislocaba el eje geográfico Alemania-Austria-Hungría-Bulgaria-Imperio otomano, el decepcionado káiser no tuvo más remedio que prescindir de Falkenhayn y nombrar a Hindenburg y Ludendorff en su lugar.²⁶

Tras su cese, un colaborador de Falkenhayn comentó que su pelo había encanecido completamente tras la batalla. Sin embargo, todavía podría saborear la gloria. Rechazando el puesto de embajador en Constantinopla, se le otorgó el mando del IX Ejército, que destacaría en la conquista de Rumania. Tras la guerra se dedicó a dar conferencias sobre esa campaña y a escribir sus memorias de forma pretenciosa en tercera persona, como Julio César. Nunca dejó entrever sus auténticas emociones. Hasta el final de sus días afirmó que las bajas alemanas en Verdún «no habían sido ni un tercio de las del enemigo»²⁷. Tras la guerra su salud se deterioró con rapidez. A pesar de su carácter hermético, antes de fallecer, en 1922, le confesó a un familiar que cinco años después de Verdún aún le resultaba difícil conciliar el sueño. Falleció en Schloss, cerca de Potsdam.

El célebre escritor Scott Fitzgerald describió extrañamente a Verdún como «una batalla de amor». Es cierto que entre los simples soldados de infantería sacrificados de ambos bandos existió una especie de compasión, a la que Fitzgerald denominaba «amor». Sin embargo, al más alto nivel, el odio aumentaba. En un mundo racional, 1916 hubiese sido un buen año para poner fin a la guerra debido al agotamiento evidente de ambos bandos. No fue así. Gran parte del odio y de la deshumanización en la Gran Guerra llegó tras la batalla de Verdún ante la imposibilidad de vencer: la propaganda insidiosa, la diplomacia de doble filo dedicada en gran parte a fomentar la revolu-

²⁶ R. B. ASPREY, *The German High Command at War*, Nueva York, 1991, pp. 245-242.

²⁷ Citado en A. HORNE, *The Price of Glory*, op. cit., p. 335.

ción en las naciones enemigas, armas y tácticas cada vez más brutales, ejércitos de millones de hombres que se dirigían a ninguna parte formados por hombres cada vez más jóvenes y menos preparados.

Las consecuencias de la batalla no finalizarían en 1918. La victoria defensiva influyó decisivamente en la concepción militar francesa de entreguerras. En una de las ironías de la historia, aunque Falkenhayn fracasó en derribar a Francia, Verdún fue el acontecimiento de la Gran Guerra que más influyó en la derrota francesa de 1940. Tras la guerra, Francia permaneció hipnotizada por la forma en la que Douaumont y otros fuertes de Verdún habían resistido semanas de bombardeos. Pétain prometió a una nación traumatizada que nunca se volverían a exigir tales sacrificios a la juventud francesa. En 1922 solicitaba de forma urgente que se crease una «muralla de Francia» para protegerla frente a su temible enemigo tradicional. No fue una coincidencia que el hombre que daría nombre a la supuestamente impermeable línea defensiva francesa durante la Segunda Guerra Mundial fuera el sargento que había combatido y había sido herido en Verdún: André Maginot. Tampoco fue coincidencia que el jefe de Estado Mayor que logró materializar la Línea Maginot fuera el general Marie-Eugène Debeney, que había dirigido una división durante los días más brutales de la lucha en Verdún en la zona expuesta y sin fortificar de Le Mort Homme. Entre las posiciones defensivas que se incorporaron al sistema de la Línea Maginot estaban los fuertes Vaux y Douaumont. Cuando los *poilus* se instalaron en las profundidades de la Línea Maginot en 1939, los cánticos volvieron a repetirse: «¡No pasarán!» y «¡Les venceremos!». En esa ocasión, el resultado sería muy diferente²⁸.

Los alemanes abordaron el problema de romper el empate al que se había llegado durante la Gran Guerra de forma muy diferente a los franceses. Al haber sido los atacantes, habían percibido Verdún de forma distinta. De forma correcta concluyeron que se trataba de evitar que un ataque perdiese su impulso inicial y después fuera destruido por la artillería enemiga. Tras haber dominado Douaumont durante gran parte de la batalla, se percataron de que los fuertes eran, en realidad, el talón de Aquiles de Francia. La solución a ambos problemas fueron las columnas de tanques, los *panzer* de Heinz Guderian y Erich von Manstein. Cuando el 14 de mayo de 1940 los

²⁸ *Ibid.*, p. 338.

panzers alemanes destrozaron las defensas francesas en Sedán, la lucha regresó poco después a Verdún. Desde ninguna de las torretas de Douaumont se realizó un solo disparo y el fuerte se rindió sin aportar nada a la defensa de Francia. Un cuarto de hora después se rendía Fort Vaux y los alemanes se lanzaban sobre Verdún. La tarde del 15 de junio la bandera alemana ondeaba ya sobre Verdún. Su conquista había durado veinticuatro horas y había costado a los alemanes menos de 200 hombres²⁹. En cierto modo, Verdún marcó el canto de cisne de Francia como gran potencia. La caída del país en 1940 se explica, en gran parte, por la reticencia de la población francesa a repetir la pesadilla de aquella batalla.

Tras la Segunda Guerra Mundial la huella de Verdún fue borrada del imaginario colectivo y otras tragedias ocuparon su lugar. Si uno se acerca conduciendo a Verdún desde Bar-le-Duc, salvo por los cascos con laureles en los mojones de carretera, resulta difícil imaginar que esa carretera secundaria fuera un día la *Voie Sacrée* por la cual pasó la arteria vital de Francia. Las laderas del Mort Homme se encuentran hoy cubiertas por un bosque tupido de abetos plantados en la década de 1930 tras detrás el fracaso de intentar introducir otras especies en un suelo tan castigado. El viento silba a través de los árboles y tan sólo los pájaros rompen el silencio. En una de las paredes del Fuerte Vaux existe una placa escrita por una madre francesa, cuyas palabras resumen el desgarrador dolor de la batalla: «A mi hijo. Desde que tus ojos se cerraron, los míos no han cesado de llorar»³⁰.

Sería necesario esperar varias décadas, hasta el 24 de septiembre de 1984, para que Verdún se convirtiese en el lugar de la reconciliación pública entre Francia y Alemania. «En un gesto de reconciliación», informaba *The Times*, en el pie de foto: «El presidente Mitterrand y el canciller Helmut Kohl se toman las manos mientras suenan los acordes de los himnos nacionales de Francia y de Alemania Federal en Verdún, escenario de una de las más violentas batallas de la Primera Guerra Mundial. Antes de visitar las tumbas de los soldados franceses, Mitterrand y Kohl, rindieron tributo a los muertos alemanes en Consenvoye, uno de los numerosos cementerios alemanes en la zona». El padre del

²⁹ A. HORNE, *To Lose a Battle. France, 1940*, Londres, 1990, pp. 360 y ss.

³⁰ Una guía del campo de batalla en C. HOLSTEIN, *Walking Verdun: A Guide to the Battlefield*, Londres, 2009.

canciller Kohl luchó en Verdún en 1916. El padre de Mitterrand había sido hecho prisionero por los alemanes cerca de allí en 1940³¹.

El Somme

Mientras la batalla de Verdún seguía en toda su intensidad, más al norte se iniciaba una segunda e igualmente sangrienta batalla que involucraba a hombres ansiosos por participar, hombres sin experiencia del ejército británico. Si Verdún había supuesto el martirio de Francia, el Somme lo sería para Gran Bretaña³². El 1 de julio de 1916, franceses y británicos se lanzaban a la ofensiva contra las fuertes posiciones alemanas a través del río Somme en la región de Picardía, escribiendo en la historia otro nombre que todavía resuena como lugar asociado a una devastadora batalla. La historia del Somme se encuentra inevitablemente ligada a la de Verdún. Aunque frustrados por los éxitos alemanes en defensa en 1915, hacia finales de año los Aliados consideraron que podían ver cierta luz al final del túnel. El aumento de la producción de munición de Lloyd George y la llegada de los nuevos batallones de Kitchener al campo de batalla auguraban buenas perspectivas. Sin embargo, Kitchener no vivió para presenciar la llegada de estas tropas, ya que falleció justo antes de que llegaran al frente. Había sido enviado a Rusia para reorganizar su ejército y había fallecido en junio de 1916 cuando el crucero *Hampshire* en el que viajaba chocó con una mina en las Orcadas.

Con la llegada del denominado «Nuevo Ejército» británico occidental, Haig estaba deseoso de hacer sentir la nueva fuerza británica. Haig contaba con 18 divisiones en el Somme y dos tercios fueron a formar un nuevo IX Ejército a las órdenes del general sir Henry Rawlinson, que había estado con la FEB desde el inicio del conflicto. Estos acontecimientos hacían plantearse cómo debían ser empleadas esas fuerzas y los Aliados se reunieron para discutir el tema en la conferencia que tuvo lugar en el precioso entorno del palacio del príncipe de Condé en Chantilly en diciembre de 1915³³.

³¹ *The Times*, 22 de septiembre de 1984.

³² M. GILBERT, *Somme. The Heroism and Horror of War*, Londres, 2007.

³³ Un excelente análisis de los planes y una visión de la batalla desde el punto de vista del soldado en J. KEEGAN, *The Face of Battle*, Londres, 1978, pp. 207 y ss.

Joffre todavía llevaba la voz cantante debido a que Francia seguía soportando el peso fundamental de la lucha y porque era todavía el comandante en jefe aliado. Defendía que los Aliados debían utilizar sus nuevos recursos lanzando una ofensiva coordinada en uno de los sectores del río Somme que formaba el punto de unión de los ejércitos francés y británico. Sin embargo, la orografía del Somme resultaba muy poco apropiada para ofensivas. Los alemanes ocupaban el terreno elevado desde 1914 y habían logrado convertir los pueblos de la región en formidables reductos defensivos, además de situar una gran cantidad de ametralladoras en las zonas boscosas de los alrededores. El tipo de terreno calcáreo permitía también la construcción de refugios profundos y el emplazamiento de numerosos nidos de ametralladoras. Los alemanes llevaban dos años en esas posiciones y no tenían intención alguna de cederlas sin combatir. Un periodista británico que las visitó observó que los alemanes se habían acomodado como si fueran a vivir allí para siempre, había muros revestidos de madera, electricidad, muebles y hasta un piano³⁴.

La idea de una ofensiva en el Somme se basaba en el hecho de que no todos los sectores del frente occidental eran iguales. Dado que Joffre buscaba una ruptura, necesitaba un sector amplio que pudiera ser atravesado. Para poder lanzar refuerzos a partir de esa ruptura, era preciso que los recursos (hombres, vehículos, caballos, artillería, alimentos, munición e instrumentos para construir trincheras) pudieran ser trasladados cuando avanzaran las tropas. Una o dos vías estrechas no serían suficientes. Joffre precisaba de una amplia zona de batalla y no existía ninguna al sur de Verdún y muy pocas al oeste de esta localidad. La región de Champagne, en particular al norte de la localidad de Reims, ofrecía esas perspectivas geográficas y, por ello, los franceses habían estado combatiendo allí a lo largo de 1915. Sin embargo, como apuntó Joffre, cuando un sector era atacado, los alemanes tendían a fortalecer y profundizar sus defensas, lo que hacía que los subsiguientes ataques fueran perdiendo efectividad.

Fritz von Below, comandante del II Ejército alemán, hacía tiempo que esperaba un ataque en su sector y suponía que los británicos y los franceses intentarían aliviar allí la presión sobre Verdún. Su instinto le decía que los británicos intentarían romper el frente por su

³⁴ P. GIBBS, *The Battles of the Somme*, Nueva York, 1917, p. 43.

sector y las misiones aéreas de reconocimiento confirmaban sus sospechas. Sin embargo, el alto mando alemán no compartía sus temores y no se enviaron ni los refuerzos, ni los suministros que solicitaba con urgencia Below. A pesar de todo, éste no se desanimó y reforzó sus posiciones creando siete líneas defensivas superpuestas con refugios subterráneos e independientes comunicadas por líneas telefónicas enterradas. Se trataba de una auténtica ciudad subterránea. Se desplegaron miles de metros de alambre de espino que en algunos lugares alcanzaban casi un metro de espesor. Eran unas defensas imponentes que se extendían desde el frente, hasta ocho kilómetros en la retaguardia. Below situó a seis divisiones en vanguardia y cinco en reserva para taponar posibles brechas o para contraatacar si la situación lo permitía. No era, desde luego, un lugar ideal para realizar una ofensiva. Winston Churchill comentaría que el Somme era la «posición más sólida y mejor defendida del mundo»³⁵.

Observando la línea desde el norte, los británicos favorecían un ataque, bien al norte de Ypres hacia Amberes, o bien en torno a la misma localidad de Ypres. Sin embargo, por razones internas evidentes, Joffre deseaba que la ruptura se produjera en suelo francés. En el sector del Somme, las grandes cadenas de colinas se alzan de forma ascendente desde el río Somme y el más pequeño río Ancre al norte, creando amplios campos de batalla con vastas planicies deforestadas tras ellas. Es cierto que, en general, los alemanes conservaban la parte superior del terreno, pero eso era común en casi todo el frente occidental. Por ello, el Somme parecía tener sentido, incluso si no era la opción preferida de los ingleses. En todo caso, la dinámica del frente occidental y la necesidad del mantenimiento de la coalición aliada hacían necesario que los ingleses pasaran a la ofensiva en 1916. En realidad, un ataque en el frente del Somme no revestía una especial importancia estratégica³⁶.

Los británicos se mostraban dispuestos a escuchar las peticiones francesas por una serie de motivos. Para los líderes británicos resultaba evidente que los franceses habían soportado el esfuerzo principal de la lucha en 1915. Defendían casi tres terceras partes del frente, y sus bajas, en parte como resultado de las agresivas tácticas utiliza-

³⁵ W. CHURCHILL, *The World Crisis (1911-1918)*, Londres, 1943, vol. 3, p. 171.

³⁶ J. KEEGAN, *The Face of Battle*, op. cit., pp. 213-216.

das, sumaban tres cuartas partes de las pérdidas aliadas en el frente occidental. Tras el desastre de Gallipoli en Turquía y la frustración del empate en Bélgica y en Francia, los británicos estaban preparados para actuar, e incluso aunque no lo hubieran estado, los enormes sacrificios franceses ejercieron una enorme presión para que los británicos asumieran un papel más ofensivo. Así, cuando el general Haig asumió el liderazgo de la FEB, la responsabilidad de llevar a cabo una ofensiva recayó en gran parte en él.

Más que cualquier otro oficial de la Gran Guerra, Douglas Haig, ha suscitado siempre una enorme controversia. Cuando finalizó el conflicto, los altos mandos realizaron encendidos elogios de Haig. Sin embargo, cuando los mandos intermedios comenzaron a escribir sus relatos del conflicto y, en particular, cuando los poetas de la guerra y otros escritores modernistas comenzaron a moldear la percepción popular de la guerra, la visión sobre Haig comenzó a modificarse de forma significativa. Haig se convirtió en la quintaesencia del asesino de inocentes —sus propios inocentes—, a los que masacró ordenándoles ataques imposibles, obsesionado por su visión de lograr la ruptura hacia «los campos verdes más allá»³⁷.

Esta visión se impuso hasta la década de 1960, cuando, aprovechando la publicación del diario de Haig, un número destacado de historiadores comenzó a revisar esa visión tan negativa. Señalaban que las bajas supusieron una enorme losa para Haig y que, de hecho, él defendía la innovación. Había heredado un ejército pequeño y en esencia defensivo, y lo había convertido en una gran fuerza ofensiva que finalmente había derrotado a los alemanes. Sobre el Somme, los defensores de Haig señalan que las bajas del primer día fueron espeluznantes, pero también apuntan que, en general, cuando la batalla finalizó seis meses más tarde, gran parte de los objetivos permanecían en manos británicas y los alemanes habían sufrido una derrota relevante³⁸.

Sea como fuere, Haig tomó el mando a tiempo para asistir a la primera conferencia coordinada entre las fuerzas militares aliadas celebrada en Chantilly el 5 de diciembre de 1916, que incluyó a líderes de

³⁷ G. SHEFFIELD, *The Chief: Douglas Haig and the British Army*, Londres, 2011.

³⁸ Sobre este tema, véase F. R. VAN HARTESVELDT, *The Battle of the Somme, 1916: Historiography and Annotated Bibliography*, Westport, 1996, y también J. TERRAINE, *Douglas Haig: the Educated Soldier*, Londres, 1963.

Rusia, Serbia e Italia, además, claro está, de los líderes de la Entente. Durante la conferencia, Joffre intentó impresionar a Haig y a los británicos de la necesidad imperiosa de realizar ataques múltiples en diversos frentes para impedir que los alemanes reforzaran un sector en particular. Esta estrategia, por supuesto, implicaba que los británicos debían lanzarse a la ofensiva, aunque Haig favorecía un ataque en el norte, a diferencia de Joffre, que deseaba una ofensiva a ambos lados del río Somme en el verano de 1916. Tras recibir instrucciones de Londres, Haig colaboró con Joffre y comenzó a planificar la ofensiva. Cuando los alemanes atacaron en Verdún en febrero, para los franceses resultó imperativo que los británicos aliviaran la presión.

La planificación para la ofensiva en el Somme era muy compleja. Por un lado, las recién entrenadas tropas de Kitchener eran inexpertas y ya no eran comparables a las magníficas tropas que Gran Bretaña había enviado a Francia en 1914. Estos jóvenes habían sido civiles tan sólo un año antes. Reclutados de todas las clases sociales, tenían como denominador común su ardiente deseo de luchar por su país, pero no se encontraban en condiciones de operar en situaciones complejas. Por otro lado, el ejército británico había extraído algunas lecciones sobre la forma de combatir: que las alambradas eran casi impenetrables para la infantería, especialmente bajo fuego enemigo, que no eran necesarias muchas ametralladoras para controlar todo un campo de batalla y que la artillería, utilizada de forma imaginativa, podía resolver muchos problemas.

Por ello, el resultante plan británico se centró en la artillería de dos formas. En primer lugar, tendría lugar un bombardeo que duraría una semana a lo largo de los 24 kilómetros de frente que pulverizaría las trincheras alemanas y mataría, heriría o desorientaría a los ametralladores alemanes. Parte de la artillería sería dirigida contra la tierra de nadie con el objetivo de destruir las alambradas alemanas. Posteriormente, en el momento de lanzarse al ataque (fijado para el 1 de julio), comenzaría un nuevo tipo de bombardeo. Así, los soldados británicos se lanzarían a la ofensiva sin gran oposición hasta la primera línea de trincheras alemana. La cortina artillera continuaría hasta la segunda y la tercera posiciones y, al finalizar el primer día, las principales líneas de conexión estarían en manos británicas. Para garantizar el éxito, zapadores británicos (en su mayor parte mineros de profesión) excavarían túneles bajo la tierra de nadie, donde acumularían enormes cantidades de explosivos.

La operación requirió una enorme preparación técnica, aunque para los soldados el plan se basaba en un ataque de corte clásico: saltar de las trincheras y avanzar por tierra de nadie. Los oficiales descartaron las actitudes negativas o derrotistas. Un oficial de un batallón británico realizó una maqueta de las posiciones alemanas que debían asaltar en Nametz en la que mostraba los peligros que entrañaba su ataque. Los oficiales superiores rechazaron las implicaciones de la maqueta. Finalmente, el oficial que había realizado la maqueta falleció el primer día junto con otros 123 miembros de su batallón debido a que el nido de ametralladoras representado en la maqueta no había sido destruido³⁹. El caso más famoso de falso optimismo fue el del capitán W. P. Nevill, comandante de una compañía que dio un balón de fútbol a cada uno de sus cuatro batallones y ofreció una recompensa al primero que lo llevase hasta la primera línea alemana. El día del ataque, Nevill logró golpear la pelota, pero, acto seguido, fue herido mortalmente⁴⁰.

Aunque Haig era el comandante en jefe, dejó en manos de Rawlinson los detalles de la planificación de la operación. Existían fuertes desacuerdos entre ambos, pues Haig deseaba una ofensiva total que desembocase en una ruptura decisiva del frente. Por el contrario, Rawlinson favorecía un planteamiento gradual, una serie de pequeñas ofensivas con objetivos limitados que fueran erosionando las posiciones alemanas. El plan consistía en un brutal bombardeo artillero inicial. Posteriormente, las tropas debían avanzar en líneas sucesivas a lo largo de un frente de 28 kilómetros, marchando al ritmo más conveniente para las inexpertas tropas y alineados para evitar confusiones, ocupar las trincheras enemigas y romper el frente hacia sus líneas de reservas. La caballería les seguiría.

Durante toda una semana las posiciones alemanas fueron bombardeadas con una fuerte cortina artillera, la mayor utilizada hasta la fecha, con cerca de un millón y medio de proyectiles. El estruendo hizo temblar las ventanas en Londres a 250 kilómetros de distancia. Se suponía que destruiría alambradas, trincheras, cañones y comunicaciones y haría imposible que los soldados alemanes salieran de sus refugios.

³⁹ M. MIDDELBOOK, *The Somme Battlefields*, Londres, 1994, pp. 145-147.

⁴⁰ Narrado en P. FUSSELL, *The Great War and Modern Memory*, Nueva York, 1975, p. 27.

El bombardeo, de una semana de duración, fue terrorífico, pero no lo suficientemente devastador, ya que las sólidas trincheras alemanas incluían puestos profundos que podían albergar a un gran número de tropas. Esto no significa que el bombardeo no fuera terrible para los alemanes y resulta difícil imaginarse el horror de verse encerrado una semana entera, sin recibir suministros ni agua, con docenas de hombres en cuevas claustrofóbicas y sucias bajo el incesante bombardeo de la artillería aliada. La combinación del terror a la artillería con el temor a ser enterrado en vida, resultaba insoportable. Un soldado alemán confesó:

«¿Estaré todavía vivo por la mañana? ¿No hemos tenido ya suficiente de este horror? Cinco días con sus noches ha durado este concierto infernal. Tu cabeza parece la de un loco, la lengua se te pega al paladar. No hemos recibido apenas comida o bebida. No hemos dormido. Se ha cortado todo contacto con el mundo exterior. No hay señales de vida de los hogares, ni hemos podido enviar noticias a nuestros seres queridos. ¡Qué ansiedad deben estar padeciendo! ¿Cuanto durará esto?»⁴¹.

Para muchos soldados, la espera resultó ser lo peor de la guerra. En el sector alemán, en doce zonas del frente, la espera acabó con el estallido de las minas dispuestas por los británicos, la mayor de las cuales, a las afueras de la localidad de La Boisselle, dejó un enorme cráter de 180 metros que se tragó a cientos de soldados alemanes. Haig se mostraba confiado: «Creo que tenemos una buena oportunidad de éxito. Si no lo logramos en esta ocasión, lo haremos en la siguiente. Creo que el enemigo se encuentra sometido a la presión de la lucha constante y no está combatiendo ya de forma tan efectiva. Por el contrario, mis tropas se encuentran en la mejor forma posible y sienten que van a vencer»⁴².

El bombardeo se detuvo a las siete y media de la mañana. Para entonces, los alemanes sabían lo que se estaba fraguando y comenzaron a salir de sus escondrijos. Los soldados británicos comenzaron a escalar las trincheras y a atravesar la tierra de nadie. Fue una carrera que ven-

⁴¹ L. MACDONALD, *Somme*, Londres, 1983, p. 49.

⁴² G. DE GROOT, *Douglas Haig, 1861-1928*, Londres, 1988.

cieron los alemanes, en particular los servidores de las ametralladoras. Un total de 14 divisiones de infantería británicas escalaron sus trincheras y marcharon despacio hacia las líneas enemigas, cada hombre portando 30 kilos de equipo, oleada tras oleada. Lo que no sabía la infantería es que una cuarta parte de los proyectiles aliados eran defectuosos y no habían estallado y que 2/3 de los mismos contenían metralla en vez de explosivos de gran potencia⁴³. Parte de este problema se debía al relajamiento en el control de calidad debido a las prisas del Gobierno británico por fabricar proyectiles empleando, en muchos casos, trabajadores poco cualificados. Antes incluso de avanzar unos cuantos metros, las tropas británicas se topaban con el fuego de ametralladoras. Los supervivientes recordarían que aquellos que lideraban «eran prácticamente aniquilados en oleadas». En cuestión de minutos, muchos soldados se encontraron avanzando solos por tierra de nadie⁴⁴.

A los soldados británicos a punto de avanzar se les dieron raciones extra de ron (en algunas unidades se les proporcionó todo lo que fueran capaces de beber). Los sobrecargados soldados británicos tuvieron que avanzar sobre la tierra de nadie perforada por proyectiles y que, en muchos sitios, ascendía en pendiente de 200 o 400 metros. Algunos batallones fueron aniquilados en minutos, aunque otros alcanzaron sus objetivos. Gran parte de las alambradas enemigas permanecían intactas frenando a los hombres, mientras la cortina artillera que debía acompañarles se alejaba progresivamente de ellos. Los alemanes no daban crédito a lo que veían. En vez de lanzarse hacia delante a la carrera, en zigzag y aprovechando las oportunidades que proporcionaba el terreno, los británicos avanzaban hombro con hombro a plena vista, marchando lentamente con sus rifles y sus bayonetas caladas, lo que les hacía parecer soldados de otra era. Los alemanes sólo apuntaron sus ametralladoras contra aquella masa de hombres, aniquilándolos a decenas. En palabras de un servidor de ametralladora alemana: «Estábamos sorprendidos de verles caminando. Nunca habíamos visto algo semejante. Cuando comenzamos a disparar, tan sólo teníamos que cargar y recargar. Caían a centenares. Ni siquiera teníamos que apuntar, sólo disparar»⁴⁵.

⁴³ G. SHEFFIELD, *Forgotten Victory: The First World War, Myths and Realities*, Londres, 2001, p. 137.

⁴⁴ M. MIDDLEBROOK, *The First Day on the Somme: 1 July 1916*, Londres, 2006.

⁴⁵ J. MOSIER, *The Myth of the Great War*, Nueva York, 2001, p. 235.

Batalla del Somme



Tras el bombardeo, era posible sentir el sonido atenuado de la carnicería, dado que las explosiones de la barrera artillera habrían ahogado el sonido de las ametralladoras distantes. Muchos hombres cayeron sin tener siquiera conciencia de que les estaban disparando. En multitud de relatos de los supervivientes se describe cómo los hombres que eran alcanzados simplemente caían sin hacer un solo ruido. En la zona de Beaumont Hamel, con un número de puntos fuertes alemanes y de emplazamientos de ametralladoras que podían barrer toda zona, la primera oleada británica fue detenida a tan sólo unos metros de las trincheras de partida⁴⁶.

La segunda oleada, que saltó de las trincheras una hora después de la primera, formada por el batallón voluntario de Newfoundland (recién reconstituido tras haber sufrido enormes pérdidas en la campaña de Gallipoli), se encontró con que las trincheras de comunicación que llevaban a la línea del frente estaban repletas de heridos y muertos y tuvieron que atacar desde la segunda línea, a una distancia mayor y a tiro para los puestos de ametralladoras alemanes. Sin apoyo significativo de la artillería, muy pocos lograron avanzar algo en la tierra de nadie. De los 801 soldados atacantes, sólo sobrevivieron sin heridas 63. Todo sucedió en apenas media hora. Un general de brigada británico apuntó:

«Avanzaban línea tras línea, vestidos como para un desfile y ni un solo hombre se escabullía ante la formidable barrera artillera ni al enfrentarse a las ametralladoras y a los rifles que, al final, los barrerían... Vi las líneas avanzando en orden y cómo se deshacían bajo el fuego. Sin embargo, ni un hombre dudó, rompió filas o intentó regresar. Yo nunca había visto, ni siquiera había podido imaginar, tal despliegue de valentía, de disciplina y de determinación. Casi ninguno alcanzó las líneas alemanas»⁴⁷.

Casi al azar, algunos elementos del ataque del primer día funcionaron. La división del Ulster se apoderó de su objetivo y logró sobrepasarlo. Algunos soldados llegaron a las líneas frontales alemanas y, ocasionalmente, más allá. Pero, en muchos casos, las posiciones capturadas eran mantenidas de forma muy débil y el avance se detuvo

⁴⁶ J. KEEGAN, *The Face of Battle*, *op. cit.*, pp. 251 y ss.

⁴⁷ T. TRAVERS, *The Killing Ground*, Londres, 1987, p. 158.

por agotamiento. Todo esto había sucedido en un solo día. Cerca de 21.000 soldados británicos y del Imperio fallecieron en unas pocas horas. El total de bajas británicas llegó a 60.000. Los alemanes contabilizaron aproximadamente 2.000 muertos y 4.000 heridos.

El primer día en el Somme se convirtió en la peor catástrofe de la historia militar británica. Un siglo antes, las bajas inglesas en la batalla de Waterloo habían ascendido a 8.400 hombres. Una generación más tarde, durante la invasión de Normandía, los británicos y norteamericanos combatirían durante veinte días antes de que sus muertos, heridos y desaparecidos alcanzasen los 20.000 hombres. Aquel fatídico día en el Somme provocó críticas feroces hacia sir Douglas Haig y hacia sus subordinados. Haig escribió el 2 de julio que las cifras de bajas (que le comunicaron que sumaban 40.000 hombres) no podían ser consideradas severas en comparación con los hombres que habían participado y el tamaño del frente. Consideraba que el enemigo había sido severamente castigado y contaba ya con pocas reservas a mano⁴⁸. Haig permitió que la batalla siguiese durante cuatro meses y medio. Un superviviente describió que el sentimiento de pérdida personal era «casi insoportable»⁴⁹. La batalla del Somme, en realidad, una serie de batallas en varias zonas de un amplio campo de batalla, duró finalmente hasta noviembre.

El reportero británico Philip Gibbs escribió:

«Iban cantando, alegres, una melodía del *music-hall*, mientras se dirigían hacia el resplandor de todos aquellos proyectiles allá en la lejanía, en donde habitaba la muerte. Los observé pasar... a todos aquellos muchachotes de un regimiento del norte de Inglaterra, y algo de su espíritu pareció desprenderse de la oscura masa de sus cuerpos en movimiento y estremecer el aire. Se acercaban a aquellos lugares sin titubear, sin mirar atrás y cantando. Qué hombres tan buenos y maravillosos»⁵⁰.

Al final, la lucha de los meses siguientes adoptó un aspecto feroz de ataque tras ataque sobre los puntos fuertes alemanes de las zonas ele-

⁴⁸ Citado en J. KEEGAN, *The First World War*, op. cit., p. 295.

⁴⁹ V. BRENDON, *The First World War, 1914-18*, Oxon, 2006, p. 37.

⁵⁰ P. GIBBS, «The Historic First of July», en M. S. NEIBERG, *The World War I Reader: Primary and Secondary Sources*, Nueva York, 2006, pp. 184 y ss.

vadas, a menudo situados en bosques o en medio de los escombros de los pueblos. A mediados de septiembre y, tal vez, de forma prematura, Haig desveló su nueva y secreta arma: el tanque. El 15 de septiembre de 1916, hicieron su primera aparición cincuenta unidades del modelo Mark I. En algunas zonas, las imponentes siluetas atemorizaron a los alemanes, pero los Aliados no habían fabricado todavía suficientes tanques como para lograr una ruptura en la línea del frente.

La parte francesa de la ofensiva al sur del río Somme al final logró un mayor éxito, pero nada semejante a la esperada ruptura. En conjunto, los británicos y los franceses perdieron más de 600.000 hombres. Los alemanes perdieron cerca de 450.000. En general, cerca de un tercio de esas cifras representaban muertos; el resto, heridos, desaparecidos y prisioneros. Lloyd George resumió el sentir general en noviembre de 1916 cuando describió la ofensiva como «un desastre sangriento y catastrófico». Los defensores de Haig han denominado al Somme como un «éxito a largo plazo», señalando que las terribles pérdidas del primer día no relatan toda la historia. Aunque las tropas no fueron capaces de hacer mucho más que cargar a través de la tierra de nadie en julio, hacia el final de la batalla los británicos estaban empezando a responder de nuevas formas a los desafíos de la guerra.

Los tanques no demostraron ser el arma decisiva de septiembre de 1916, pero los tanquistas habían ganado una valiosa experiencia que utilizarían en la batalla de Cambrai el año siguiente. La artillería y la infantería no se habían coordinado bien el primer día del Somme, pero, hacia el final de la batalla, la barrera artillera en avance progresivo se había convertido en una práctica habitual y, un año después, los soldados británicos seguían la barrera artillera a tan sólo 22 metros. En el mismo espacio de tiempo, los artilleros estaban, además, creando nuevas formas de cerrar el campo de batalla para sellar las rutas de escape y las de los refuerzos enemigos durante un período específico de tiempo. Los ametralladores aprendían nuevas técnicas de fuego indirecto, e incluso el avance acelerado de los equipos de ametralladoras en medio de la batalla para proporcionar un apoyo más flexible.

Al mismo tiempo, los nuevos reclutas del ejército británico, incluyendo a los nuevos oficiales, comenzaron a comprender la necesidad de que la infantería se especializase. Así, en 1918 los soldados que portaban tan sólo granadas de mano en la batalla tenían como misión específica despejar las trincheras para que los otros pudieran desplazarse hasta la siguiente trinchera. Equipos de lanzallamas, de

morteros y otros se convirtieron en una parte habitual de la batalla. De hecho, los ensayos elaborados para tomar objetivos específicos se convirtieron en la norma antes de un ataque. Por ello, los soldados aliados que llevaron a cabo las ofensivas finales de la guerra estaban librando un tipo de guerra muy diferente que aquellos que combatieron en 1916.

¿Qué se había ganado en la batalla del Somme? Cerca de once kilómetros de territorio, aunque obviamente no se había producido la ruptura del frente. Un oficial de Estado Mayor describió la batalla como «la tumba embarrada del ejército de campaña alemán». ¿Supuso el Somme una victoria para los Aliados? Sí, aunque se trató de una victoria pírrica y Haig se tuvo que preguntar cuántas victorias más de ese tipo podía permitirse Gran Bretaña. En Escocia se decía con sorna que Haig debía ser alabado por ser el escocés que más ingleses había matado en toda la historia. La ganancia más visible fue eliminar presión sobre Verdún, pues los alemanes se vieron obligados a desviar varios batallones a la zona del Somme. Los soldados alemanes y británicos fueron llevados hasta el límite de sus fuerzas. En ocasiones se ha defendido que las pérdidas combinadas de Verdún y el Somme contribuyeron de forma significativa a la derrota final de Alemania, aunque resulta muy difícil cuantificar sus efectos a largo plazo.

Un resultado de la batalla fue la tendencia progresiva por parte de los soldados a cuestionarse la guerra y la forma en la que estaba siendo dirigida, aunque esto sólo se hacía en privado y no se admitió públicamente hasta más tarde. Unos días antes de su muerte, un soldado alemán expresaba su deseo de que de alguna forma existiera la posibilidad de salir de aquella miserable situación. Un soldado británico confesó tras la guerra que le parecía «criminal lanzar a los hombres a plena luz del día, hacia las ametralladoras, sin cobertura alguna». Otro comentó que las ametralladoras parecían guadañas sobre los soldados británicos. En palabras de un prisionero alemán: «Europa está siendo desangrada hasta la muerte y quedará empobrecida durante años. Ésta es una guerra contra la religión y contra la civilización y no le veo fin»⁵¹. El poeta y soldado Edmund Blunden resumió bien lo que había sucedido: «Ningún bando había ganado ni podía ganar la guerra. La guerra había ganado». Como

⁵¹ P. GIBBS, *The Battles of the Somme*, Nueva York, 1917, p. 55.

sentenció el historiador británico, John Keegan: «El Somme puso punto final a una era de optimismo vital en la vida británica que ya nunca regresaría»⁵².

La crisis irlandesa

En un año marcado por la tragedia de los campos de batalla en Francia, el levantamiento de Irlanda fue uno de los momentos más delicados del frente interno en Gran Bretaña. Justo antes de la guerra, la controversia sobre el denominado «Home Rule» irlandés había pasado al primer plano de la política británica. En esencia, el Home Rule significaba el traspaso del Gobierno nacional de Irlanda al Parlamento irlandés, y una vez que éste se completara, el Parlamento con sede en Dublín lograría también el control sobre la zona del Ulster, de mayoría protestante. Sin embargo, las relaciones internacionales y la política militar seguirían dependiendo del Gobierno británico. El Gobierno de Londres esperaba evitar un estallido de violencia y muchos protestantes temían que se iniciara un proceso de represalias contra ellos. Apoyados por el ejército británico, muchos comenzaron a armarse.

Los soldados irlandeses formaban una parte sustancial del ejército británico antes de la guerra y estaban ligeramente sobrerrepresentados en relación con la población de Gran Bretaña: aproximadamente el 10 por 100 de la población; pero cerca de 12 por 100 (30.000 hombres) del ejército en 1914. Se reclutaron tres divisiones irlandesas con conexiones internas, dado que cada división era reclutada en función de sus simpatías: la 10.^a, del sur de Irlanda pero no exclusivamente nacionalista; la 16.^a, del sur y exclusivamente nacionalista, y la 36.^a, del norte y unionista. Aunque combatían por motivos diferentes, las divisiones luchaban por el ejército británico contra los alemanes y se encontraron a poca distancia de las otras en numerosas ocasiones. Ambos grupos lucharon con bravura durante la batalla del Somme⁵³.

⁵² J. KEEGAN, *The First World War*, op. cit., p. 299.

⁵³ Véase N. RICHARDSON, *A Coward if I return, a Hero if I fall: Stories of Irish soldiers in World War I*, Londres, 2010. Sobre la 16.^a división, T. DENMAN, *Ireland's Unknown soldiers: The 16th (Irish) Division in the Great War*, Dublín, 1992.

Muchos oficiales británicos consideraban que el Home Rule era una rendición en toda regla y se oponían frontalmente a dejar que siguiera adelante. En un cuartel de la localidad de Curragh se impartieron órdenes a los soldados para que se dirigiesen a desarmar a las milicias protestantes. Su comandante anunció que, antes de hacerlo, dimitiría, medida secundada por otros oficiales. El «amotinamiento de Curragh» supuso un golpe inesperado para el Gobierno británico. Haig se añadió a la protesta anunciando que si se tomaban represalias contra los oficiales de Curragh, muchos altos mandos abandonarían sus puestos. El inicio de la guerra dejó aparcado el tema. Los irlandeses, tanto protestantes como católicos, acudieron en defensa de Gran Bretaña⁵⁴.

Sin embargo, un grupo de irlandeses liderados por Roger Casement, que había destacado por su crítica hacia los abusos coloniales en el Congo, pensaron que la guerra era una ocasión inmejorable para lograr la ansiada independencia. Por su parte, el Gobierno alemán consideraba que la situación irlandesa representaba una oportunidad única de desestabilizar a Gran Bretaña y esperaba que el ejemplo cundiera también en la India. Tras el amotinamiento de Curragh, se esperaba fomentar la desunión de los oficiales británicos. En abril de 1916, buques británicos apresaron un buque cargado con armas alemanas destinadas a Irlanda. Ese mismo año, el Gobierno británico decidió que se adoptaría el Home Rule, pero no en la región del Ulster, lo que enfureció a los nacionalistas irlandeses. Además, se introdujo el servicio militar obligatorio. Los alemanes lograron introducir a Casement en Irlanda, pero éste fue detenido y acusado de traición, aunque alegó que había acudido para prevenir a las autoridades de un levantamiento. Casement sería juzgado, condenado y ejecutado el 3 de agosto de 1916, a pesar de las peticiones de clemencia de numerosos británicos⁵⁵.

El 24 de abril, los nacionalistas irlandeses, bajo el mando de Patrick Pearse, el Sinn Féin y la Hermandad Republicana Irlandesa, pasaron a la acción tomando la Oficina Central de Correos en Dublín, proclamando la independencia y estableciendo un Gobierno

⁵⁴ K. JEFFERY, «The Logic of Collective Sacrifice: Ireland and the British Army, 1914-18», *History Journal*, núm. 38, 1995, pp. 1017-1030.

⁵⁵ M. FOY y B. BARTON, *The Easter Rising*, Londres, 2011, y R. SAWYER, *Casement: The Flawed Hero*, Londres, 1984, pp. 109-120.

provisional. Las tropas británicas intervinieron con celeridad bariendo las posiciones nacionalistas con artillería y una cañonera. Desde el primer día quedó patente que el levantamiento no contaba con el apoyo ni de la mayoría de los nacionalistas, ni de la mayoría de la población irlandesa. No entendían que hubiesen adoptado esa medida traicionera mientras tantos jóvenes estaban luchando en el frente. Además, el levantamiento había dejado 450 muertos y 2.500 heridos, entre ellos muchos inocentes que se habían visto atrapados en el fuego cruzado⁵⁶.

Sin embargo, los británicos cometieron un error garrafal al fusilar a los principales líderes de la insurrección. La simpatía por los rebeldes aumentó cuando se supo que uno de ellos, James Connolly, que se encontraba demasiado débil para mantenerse en pie, fue atado a una silla para ser fusilado. Aquellos fusilamientos lo cambiaron todo. Los abucheados se convirtieron en mártires y la llamada «rebelión de Pascua» dio paso a una nueva generación de nacionalistas irlandeses. Aunque la rebelión distrajo al Gobierno británico, no supuso, como esperaban los alemanes, la rotación masiva de los soldados británicos del frente occidental.

Liderados por Eamon de Valera y Michael Collins, los nacionalistas libraron una eficaz guerra de guerrillas contra las tropas y los intereses británicos. Gran Bretaña respondió revocando el «Home Rule» y ampliando en 1918 el servicio militar obligatorio en Irlanda. Tras la guerra no llegó la paz a Irlanda: siguió una guerra civil, que en 1922 llevó a la división de la isla en el Estado Libre de Irlanda, con capital en Dublín, y la República de Irlanda del Norte, con capital en Belfast, que siguió siendo parte de Gran Bretaña. Era el inicio de un largo y cruento conflicto⁵⁷.

La ofensiva Brusilov

El baño de sangre de Verdún tuvo importantes repercusiones en el este. Los Aliados exigieron a Rusia que lanzase una ofensiva para

⁵⁶ Los detalles en C. WILLS, *Dublin, 1916. The siege of the GPO*, Londres, 2009, y G. HAYES MCCOY, «A Military History of the Easter Rising», en K. B. NOWLAN (ed.), *The Making of 1916*, Dublín, 1969, pp. 255-304.

⁵⁷ T. HENNESEY, *Dividing Ireland: World War I and Partition*, Londres, 1998.

disminuir la presión sobre los franceses. Los rusos se mostraron de acuerdo fijando su atención en un área al este de Vilna, donde contaban con superioridad numérica. La resultante batalla del lago Narocz acabó de forma desastrosa con 100.000 bajas rusas y sin quitar presión al frente occidental.

En junio de 1916, Rusia lanzó la más grande y exitosa ofensiva aliada de la Gran Guerra. Esta serie de sorprendentes éxitos es generalmente denominada «ofensiva Brusilov», por su autor intelectual, el general Alekséi Brusilov. La operación logró ganar más territorio enemigo que el resto de las ofensivas aliadas en otros frentes y, aunque sus objetivos fueron cambiando, logró cada uno de ellos. Además, el empuje ruso estuvo a punto de derribar al Imperio austrohúngaro y forzó a las Potencias Centrales a poner fin a sus amenazadoras operaciones en Francia garantizando el fracaso de otra en Italia. Sin embargo, el cataclismo de la revolución que se abatió el año siguiente sobre Rusia, con la subsiguiente desintegración del ejército del zar Nicolás II, hizo que el impacto de la ofensiva fuese, en gran parte, olvidado⁵⁸.

Para los oficiales rusos resultaba muy complejo poder motivar a suboficiales y a soldados a combatir contra un enemigo que parecía invencible. La única excepción era el general Brusilov, de sesenta y tres años, que demostraba una capacidad y un entusiasmo muy superior al de sus colegas. Brusilov fue, sin duda, el más brillante de los comandantes rusos que sirvieron en la Gran Guerra, pues se trataba de un innovador en un ejército anquilosado. Era también un general querido y respetado por sus hombres en un ejército cuyos oficiales eran al mismo tiempo odiados y temidos. El cuartel general de Brusilov carecía de la pompa del de otros generales. Su oficina era austera y estaba custodiada por tan sólo dos centinelas. Cálido y amistoso por naturaleza, Brusilov, elegía a sus hombres por su habilidad, no por su posición en la sociedad⁵⁹.

Brusilov creía que era posible alcanzar la victoria si se llevaba a cabo una cuidadosa preparación contra el debilitado ejército austrohúngaro y, debido a que no solicitó refuerzos adicionales, se le dio permiso para intentarlo. La solución que defendía Brusilov era atacar en un amplio frente, privando así al enemigo de la oportunidad de situar

⁵⁸ G. J. MEYER, *A World Undone*, op. cit., pp. 407 y ss.

⁵⁹ Véase A. BRUSILOV, *A Soldier's Notebook, 1914-1918*, Westport, 1971.

grandes reservas en los puntos críticos, proteger a la infantería en trincheras profundas mientras esperaban el momento del asalto y avanzar la línea lo más cerca posible de los austriacos. Se trataba de grandes innovaciones. En el pasado, los rusos se encontraban a una gran distancia de las trincheras austriacas, condenando así a la infantería atacante a sufrir grandes pérdidas durante la aproximación al enemigo.

La preparación de Brusilov funcionó de forma admirable. Aunque la superioridad numérica sobre los austriacos en los treinta kilómetros elegidos del frente era de tan sólo 200.000 a 150.000 hombres, y con 904 cañones frente a 600 austriacos, el enemigo se mostró totalmente sorprendido cuando se inició finalmente el ataque el 4 de junio. A pesar de que no contaba con una gran superioridad numérica, su intención era golpear numerosos puntos a lo largo de los 400 kilómetros de frente con un mínimo preaviso, aunque los principales ataques se producirían en el norte y en el sur a lo largo de los Cárpatos, lo que animaría a los rumanos a entrar en la guerra. Sus fuerzas llevaron a cabo un reconocimiento detallado que incluía fotografías aéreas de las posiciones austriacas, desplazaron en secreto a la artillería a las posiciones de vanguardia y excavaron búnkeres, como habían hecho los alemanes en Verdún, para ocultar a las tropas de asalto. Las unidades debían buscar los puntos débiles y lanzarse luego al ataque con todas las fuerzas disponibles. Se concentraron reservas, pero se escondieron del reconocimiento enemigo en trincheras profundas. Todo esto requirió una meticulosa preparación, algo que había faltado hasta ese momento en el bando ruso.

El VIII Ejército, al mando de un protegido de Brusilov, Alexei Kaledin, encabezaría el ataque. Frente a éste se situaba el IV Ejército austrohúngaro, al mando del archiduque José Fernando. Al igual que la gran mayoría de los aristócratas del imperio, José Fernando debía el puesto exclusivamente a su condición de miembro de la nobleza, con el agravante de que se negaba a compensar su ignorancia escuchando los consejos de los profesionales. Su inclinación por la caza y por la presencia femenina en el cuartel general en vez de por el análisis de las operaciones diarias de su ejército dejaba a sus hombres sin un jefe nominal. El absoluto desprecio del archiduque hacia los rusos hizo que los considerara incapaces de romper sus defensas⁶⁰.

⁶⁰ M. S. NEIBERG, *La Gran Guerra*, op. cit., pp. 180-181.

El día del ataque, un breve pero intenso bombardeo de proyectiles y de gas fue suficiente para cortar el alambre de espino y superar las baterías enemigas y las ametralladoras. Muchas de las mejores unidades austrohúngaras se encontraban en el frente italiano y los comandantes austriacos, que habían estado fortificando sus posiciones desde diciembre, ignoraron su vulnerabilidad. Dos tercios de su infantería se encontraban en la línea del frente y las tropas checas se rindieron en masa mientras las reservas llegaban demasiado tarde. Otras minorías del Imperio, como los rutenios y los serbios, descontentos con la guerra y hartos del mando austrohúngaro, también mostraron su disposición a rendirse casi sin combatir, aunque todos los grupos étnicos padecieron por igual el peso del devastador ataque ruso.

El ataque que se inició el 4 de junio justificó la confianza de Brusilov y demostró que las tropas rusas bien dirigidas podían ser excelentes. Dado que Brusilov no había realizado sondeos tácticos, y debido a la baja intensidad del bombardeo, los austriacos desconocían sus intenciones. Las tropas austriacas creían que sus líneas eran impenetrables, lo que les llevó a relajarse y a llevar una existencia cómoda. En sus líneas había panaderías, fábricas de salchichas y hasta grandes cantidades de hombres cultivando verduras y cereales para el ejército tras las trincheras. Esos campos caerían pronto en poder de los rusos.

Las tropas austriacas se desintegraron y, a final del día, los rusos habían logrado una brecha de 30 kilómetros de ancho y ocho de profundidad. A finales de mes, habían avanzado de forma considerable tomando 200.000 prisioneros. Aunque no se debe menospreciar la ejecución de la ofensiva rusa, resulta evidente el pobre papel desempeñado por las fuerzas austrohúngaras. El mando era ineficiente y los infortunados soldados tenían que sufrir los efectos de un desorganizado sistema logístico. En tan sólo dos días, Brusilov había logrado una brecha de 20 kilómetros de ancho y 75 de profundidad⁶¹. Conrad y el alto mando austriaco se negaron a creer los alarmantes informes que llegaban al cuartel general, pues no creían que los rusos fueran capaces de semejante éxito. Aunque se hubieran producido pérdidas, afirmó Conrad, los contraataques no tar-

⁶¹ A. BRUSILOV, *Mémoires du Général Brusilov: Guerre 1914-1918*, París, 1929, pp. 184-188.

darían en recuperar el terreno perdido. «A lo sumo», le señaló a un oficial del Estado Mayor, «perderemos unos cuantos cientos de metros de tierra»⁶².

La segunda fase de la ofensiva rusa dependía de las acciones del comandante del Ejército Occidental ruso, Alexei Evert. Éste debía entretener a las fuerzas austriacas y cubrir el flanco septentrional de Brusilov avanzando con tropas de refresco y suministros. Estaba previsto que iniciara su ataque el mismo día que se detuvo Brusilov. En algunas versiones del plan de Brusilov, el Estado Mayor ruso había previsto que el principal ataque fuera el de Evert, y el de Brusilov tan sólo una maniobra de diversión previa. Sin embargo, Evert señaló que sus fuerzas no se encontraban listas y se quejaba de que su ejército no se encontraba bien abastecido de proyectiles, algo que era falso. En realidad, Evert no deseaba participar en una ofensiva en 1916 y siguió dando excusas para su inactividad. Un enfurecido Brusilov advirtió al alto mando que si Evert no seguía con el plan, «convertiría en derrota lo que era una victoria». Sin un ataque de apoyo en la zona norte y escaso de suministros y refuerzos, Brusilov no podía avanzar más y su unidad situada más al norte, el VIII Ejército, no podía ya reanudar la ofensiva ante el enorme riesgo de exponer su flanco. En consecuencia, Kaledin ordenó que se detuviera y comenzó a prepararse para repeler un contraataque enemigo⁶³.

El siguiente acto fue decepcionante para los rusos, en parte debido a que las Potencias Centrales lograron un respiro antes de que se iniciaran los otros ataques acordados en Chantilly. En el centro del frente de Brusilov, una división alemana se mantuvo firme limitando los avances al norte y al sur de su posición. A lo largo de los Cárpatos, las tropas rusas se alejaron demasiado de los puntos de abastecimiento. En todo caso, ante el cariz que tomaban los acontecimientos, Conrad se vio obligado a hacer lo que menos deseaba: solicitar ayuda a los alemanes. El 8 de junio se desplazaba a Berlín y, con una enorme falta de tacto, solicitó que algunas de las fuerzas que estaban siendo utilizadas en Verdún, y que «estaban fracasando», fueran puestas bajo mando austriaco para una contraofensiva en el frente oriental. Falkenhayn le dio tal reprimenda que Conrad les diría pos-

⁶² Citado en H. H. HERWIG, *The First World War*, op. cit., p. 209.

⁶³ A. BRUSILOV, *A Soldier's Notebook*, op. cit., p. 243.

teriormente a sus oficiales que prefería «diez bofetadas» antes que volver a solicitar ayuda los alemanes⁶⁴.

A pesar de todo, Falkenhayn se dio cuenta de la gravedad de la situación y trasladó cuatro divisiones desde Francia. Las nuevas fuerzas alemanas y austriacas fueron puestas al mando del general alemán Hans von Seeckt, enviado para asumir el control de todas las fuerzas de los Imperios Centrales en el este. La ofensiva puso de manifiesto lo que ya era aparente antes del conflicto: los alemanes dependían de su aliado porque necesitaban un aliado. Sin embargo, en términos militares la dependencia era al revés. Austria-Hungría no podía sobrevivir sin la protección alemana. Así, el aliado más débil se convirtió en una gran carga para la estrategia alemana⁶⁵.

La enfermera británica del ejército ruso Florence Farmborough fue testigo del campo de batalla de la ofensiva rusa:

«Los muertos todavía yacían esparcidos, en posturas extrañas, antinaturales, tendidos en el mismo lugar donde cayeron: acurrucados, doblegados, estirados de bruces, con el rostro aplastado contra el suelo. Austriacos y rusos yacían hombro con hombro. Allí se veían cuerpos rotos, destrozados, tumbados sobre la tierra teñida de oscuro. Había allí un austriaco al que le faltaba una pierna y cuyo rostro estaba negro, hinchado; a otro le habían volado la cara, algo horrible de ver; un soldado ruso colgaba sobre la alambrada de espino con las piernas dobladas. Y sobre muchas de las heridas abiertas, se veían enjambres de moscas. Me alegré de que Anna y Ekaterina me acompañasen. Ellas, al igual que yo, callaban. También estaban profundamente conmovidas. Estos “montones” eran hasta hace un momento seres humanos; hombres jóvenes, fuertes y llenos de vigor. Ahora yacían quietos, sin vida, torpes figuras que un día fueron de carne y hueso. ¡Qué frágil y quebradiza es la vida humana!»⁶⁶.

Brusilov pronto fue víctima de su propio éxito. Para lograr el mayor impacto posible, el grueso de sus fuerzas fueron lanzadas en el ataque inicial, lo que se tradujo en que no existiesen suficientes re-

⁶⁴ H. H. HERWIG, *The First World War*, op. cit., p. 211, y T. C. DOWLING, *The Brusilov Offensive*, Bloomington, 2008, pp. 62 y ss.

⁶⁵ N. STONE, *The Eastern Front*, op. cit., pp. 232 y ss.

⁶⁶ Citado en P. ENGLUND, *La belleza y el dolor de la batalla*, Barcelona, 2011, p. 353.

servas para mantener el impulso del ataque. Esta ofensiva bien pudo haber sido el punto culminante de la guerra, de no haber mediado la estupidez del alto mando ruso que no envió refuerzos suficientes. En algunos sectores, sus tropas avanzaron más rápido de lo que se había anticipado, creando enormes problemas logísticos. Como sucedió en otras ocasiones, el mando ruso proponía y el sistema ferroviario decidía. Las fuerzas habían sobrepasado ampliamente sus líneas de abastecimiento y habían generado un saliente que no estaba protegido. Por su parte, bajo supervisión alemana, los austriacos habían conseguido establecer unas líneas defensivas sólidas.

De forma imprudente, el alto mando ruso ordenó a Brusilov que reanudara la ofensiva contra las reforzadas fuerzas de las Potencias Centrales el 28 de julio. Las nuevas divisiones de los Imperios Centrales, a menudo al mando de alemanes hasta el nivel de compañía, repelieron el ataque causando enormes bajas a los rusos. Éstos lo volvieron a intentar en una sangrienta ofensiva que se prolongó del 7 de agosto al 20 de septiembre. Los alemanes transfirieron 15 divisiones al frente del Este. Los métodos rusos se hicieron ahora más ortodoxos, enfocados en una serie de ataques frontales dirigidos contra la localidad ferroviaria de Kovel.

Contradiendo las órdenes de Brusilov, el comandante de la zona ordenó a sus tropas que atacaran a través de un pantano vestidas con uniformes verde oscuro para desfiles con galones dorados. La lucha tuvo que detenerse para poder despejar los cuerpos sin vida de los rusos antes de que los éstos pudiesen volver al ataque. Las operaciones consistían en grandes bombardeos y asaltos de infantería de gran densidad. El estilo elaborado de preparativos de Brusilov había sido abandonado, pues se consideraba que tomaban demasiado tiempo y que no eran aconsejables para tropas poco preparadas, y que lo que había funcionado contra los austriacos no lo haría contra los alemanes⁶⁷. Finalmente las fuerzas rusas se aproximaron a los Cárpatos, pero ya estaban agotadas. La ofensiva perdió fuelle en octubre, cuando al grupo de ejércitos de Brusilov se le terminaron los suministros y los refuerzos. El grupo de ejércitos occidentales de Evert no atacó nunca con el ímpetu suficiente para alejar a las fuerzas austroalemanas. El propio Brusilov reconoció que «avanzar unos pocos

⁶⁷ M. S. NIEBERG y D. JORDAN, *The History of World War I*, op. cit., pp. 91 y ss.

kilómetros más o menos no tenía una importancia particular para la causa común»⁶⁸.

A partir de ahí, los rusos adoptaron su propia versión de las ofensivas de desgaste del oeste, sin mucho más éxito. A pesar de todo, su ofensiva fue el mayor éxito aliado desde la batalla del Marne. Avanzó la línea del frente entre 50 y 100 kilómetros, aunque la única gran población capturada fue Czernowitz. Al hacer 400.000 prisioneros y causar 600.000 bajas entre muertos y heridos, la ofensiva destruyó la mitad del ejército austrohúngaro en el frente del Este y logró que Rumania se uniese a los Aliados forzando a Falkenhayn a suspender la ofensiva Verdún. Las bajas rusas se cifraron en 750.000 hombres⁶⁹.

El éxito ruso disminuyó sin duda la presión sobre el frente occidental y destruyó la credibilidad de Conrad. El desastre de la ofensiva supuso el fin de su mando. El emperador sentía gran aprecio por Conrad, pero Francisco José falleció en diciembre de 1916, a los ochenta y seis años, y una de las primeras decisiones de su sucesor, el emperador Carlos, fue destituir a Conrad, al que envió a dirigir a los ejércitos del Tirol meridional, donde desempeñó un papel secundario.

Sin embargo, la ofensiva Brusilov fue un éxito poco decisivo para Rusia. Debido en parte a las enormes bajas sufridas en años anteriores, los rusos fueron incapaces de acumular la fuerza suficiente para explotar sus victorias. Descubrieron que tenían la capacidad de infligir enormes daños al ejército austrohúngaro, pero que no podían propinar el golpe mortal que lo eliminase del conflicto. Aunque eran los claros vencedores, las pérdidas rusas también habían sido cuantiosas. Esta situación estratégica no auguraba futuros éxitos y tampoco se contaba con muchas más tropas. Para Rusia se trató de una victoria pírrica. Ante ese panorama, la moral rusa se vino abajo. A principios del invierno, un millón de tropas había desertado. En palabras de Brusilov: «Rusia no puede vencer la guerra con el actual sistema de gobierno».

A pesar de todo, la ofensiva tuvo efectos profundos. Ayudó a salvar Verdún, obligando a los alemanes a reforzar el frente del Este, contribuyó a la decisión rumana de entrar en la guerra en el lado aliado y llevó al ejército austrohúngaro al borde del colapso. Brusilov se convirtió en un héroe en Europa, aunque su reputación en Rusia

⁶⁸ A. BRUSILOV, *A Soldier's Notebook*, op. cit., p. 257.

⁶⁹ N. STONE, *The Eastern Front*, op. cit., p. 254.

no era tan firme. Él mismo confesó que recibía cartas anónimas de sus propios soldados advirtiéndole de que «no deseaban seguir luchando y que si no se alcanzaba pronto la paz, sería asesinado». El sacrificio de la ofensiva resultó un golpe mortal para Rusia. Las enormes pérdidas humanas y la falta de una recompensa significativa y duradera iban más allá de lo soportable y sentó las bases para el colapso que hundiría a Rusia en la confusión, la anarquía y, casi inmediatamente, la revolución. Una vez más, los rusos consideraban que habían salvado a Francia de la derrota, pero sus bajas habían sido desmesuradas: probablemente más de un millón de muertos, heridos y capturados. Eran muchos los que en Petrogrado se estaban planteando ya si, en realidad, aquella guerra se podía ganar.

La campaña de Rumania

La ofensiva de Brusilov sí tuvo efectos a corto plazo. Los primeros éxitos rusos animaron a la codiciosa Rumania a unirse a la Entente. Rumania se encontraba vinculada a las Potencias Centrales por un tratado firmado con Austria-Hungría en 1883. El mismo era tan secreto que tan sólo un puñado de altos cargos rumanos conocía todas sus cláusulas. El Gobierno, temeroso de turcos y rusos, había decidido renovar el tratado en 1913 y, al estallar el conflicto, se habían reforzado los lazos con Alemania. Dado que Rumania no se enfrentaba a ninguna amenaza inmediata, su Gobierno se podía permitir el lujo de esperar a que sus pretendientes le ofrecieran el botín más apetecible antes de adoptar una decisión. La familia reinante en Rumania estaba emparentada con la dinastía alemana de los Hohenzollern y el káiser hablaba con frecuencia de la confianza que mantenía en que sus primos rumanos acabaran uniéndose a la causa de las Potencias Centrales. El primer ministro rumano, Ion Bratinaru, mostraba sentimientos favorables a Alemania, aunque, al igual que la mayoría de sus compatriotas, seguía sin mostrar ningún entusiasmo por ayudar a los austrohúngaros. A pesar de todo, parecía que Rumania acabaría entrando en la guerra del lado de los Imperios Centrales⁷⁰.

⁷⁰ G. E. TORREY, «Romania and the Belligerents, 1914-16», *Journal of Contemporary History*, núm. 1, 1966, pp. 171-191.

Sin embargo, el Gobierno sabía que las ambiciones territoriales de Rumania —las regiones de Transilvania, Bucovina y el Banato— dependían necesariamente de la destrucción de Austria-Hungría. Alemania prometió la Besarabia rusa, pero la clave de todas las ambiciones rumanas era la región de Transilvania. Esta región, que acogía a un buen número de habitantes de etnia rumana, seguía siendo el premio más codiciado. Cuando estalló la guerra, aunque muchos miembros de la minoría dirigente rumana seguían profesando sus sentimientos proalemanes, la idea de combatir junto a los austrohúngaros y al lado de sus antiguos enemigos, los turcos, les resultaba rechazable. Las promesas alemanas de otorgar a Rumania la Besarabia rusa a cambio de que se uniera a las Potencias Centrales resultaban escasas para las enormes pretensiones territoriales rumanas⁷¹.

Cuando falleció el rey Carol, su sucesor, el rey Fernando, mostró una mayor simpatía hacia los Aliados influido por las tendencias de su esposa, nieta de la reina Victoria y de Alejandro II de Rusia. Sin embargo, el rey era de carácter débil y mostraba poca disposición a tomar medidas drásticas. Aunque no pudo disuadir a Bratinau de sus sentimientos proalemanes, el rey se mostraba cada vez más influenciado por las inclinaciones proaliadas de su mujer. La situación familiar del rey tampoco contribuía a que éste se decidiera, ya que dos de sus hermanos estaban sirviendo en el ejército alemán bajo el mando de su primo, el káiser Guillermo II.

A principios de 1915, los británicos lograron un compromiso rumano de entrar en guerra a cambio de Transilvania. La oferta impresionó tanto al rey como al proalemán Bratinau, que vieron finalmente la oportunidad de anexionarse esa codiciada región. Sin embargo, los rumanos seguían sin mostrarse muy convencidos, pues albergaban aún mayores ambiciones y no estaban muy seguros de que fueran a combatir del lado de los vencedores. La insistencia de Bratinau de añadir Bucovina y el Banato detuvo las negociaciones hasta bien entrado el año. En el verano de 1916, la atención sobre los Balcanes se enfocó en Rumania. Mientras Alemania y Austria se encontraban en una posición de fortaleza con relación a Bulgaria, debido a que podían ofrecerle cantidades ilimitadas de territorio ene-

⁷¹ V. N. VINOGRADOV «Romania in the First World War: The Years of Neutrality, 1914-16», *International History Review*, núm. 14, 1992, pp. 452-461.

migo, en el caso de Rumania eran los Aliados los que podían ofrecer el territorio enemigo de Transilvania y Bucovina. Los franceses insistieron a sus aliados para que se mostrasen de acuerdo con cualquier petición rumana. Finalmente, cuando la ofensiva Brusilov parecía imparable, Rumania entró en la guerra. Había esperado dos largos años para decidir a qué bando unirse, pero los éxitos rusos situaban a Rusia en una posición privilegiada para reclamar las tierras que Rumania anhelaba. Rumania declaró la guerra a Austria-Hungría, pero no a Alemania, el 27 de agosto.

El ejército rumano contaba en agosto de 1916 con una fuerza efectiva de 19.900 oficiales y 813.800 hombres. Su principal problema era el abastecimiento. No disponía de armas modernas como morteros de trincheras, aviones o teléfonos de campaña. Tampoco de armamento abundante, pues los recursos internos eran escasos y la industria rumana no era capaz de proporcionar más de dos proyectiles por cañón y, con los estrechos turcos cerrados, las importaciones de los Aliados occidentales tenían que llegar necesariamente desde los alejados puertos rusos del norte y del lejano oriente, con un retraso añadido debido a que el ferrocarril ruso y el rumano no tenían el mismo ancho de vía⁷².

Asimismo, el ejército se había expandido con gran rapidez, por lo que muchos de sus oficiales no contaban con el entrenamiento suficiente y, a diferencia del ejército búlgaro, muy pocos de sus oficiales contaban con experiencia en el combate. Esta desventaja se añadió a los retrasos de última hora al firmar los acuerdos políticos y militares por los cuales Rumania se comprometía a entrar en guerra. Habiendo prometido que estarían preparadas para el combate tras el 1 de agosto, los líderes rumanos alargaron las negociaciones finales y, como consecuencia, el ejército rumano no entró en acción hasta el 27 de agosto. Para entonces, la ofensiva Brusilov había perdido parte de su ímpetu y las oportunidades de Rumania habían disminuido de forma significativa⁷³.

El I y II Ejércitos rumano fueron desplegados para proteger los pasos de los Cárpatos al oeste del país, mientras el III vigilaba la zona

⁷² V. ALEXANDRESCU, *Romania in World War I: A Synopsis of Military History*, Bucarest, 1985.

⁷³ Véase N. STONE, *The Eastern Front*, *op. cit.*, cap. 12.

del Danubio y de Dobrudja. Sin embargo, el IV Ejército lanzó una ofensiva alcanzando Transilvania y tomando la localidad de Brasov el 30 de agosto. Una semana después, casi habían alcanzado la localidad de Sibiu, pero hacia el 8 de septiembre el lento avance se había detenido. El motivo fue el inesperado avance enemigo en el sur. Bajo el mando general de Mackensen, el III Ejército búlgaro, junto a algunas unidades alemanas y posteriormente turcas, avanzó hacia la parte meridional de Dobrudja el 1 de septiembre. Hacia el 6 de septiembre, la fortaleza de Tutrakan había caído y los rumanos sufrieron la pérdida de 25.000 prisioneros y cien piezas de artillería. En un intento desesperado de detener el avance búlgaro, el III Ejército rumano, a las órdenes del general Averescu, lanzó la Operación Flaminda cruzando el Danubio para intentar enfrentarse a los invasores en la retaguardia. La operación fracasó y Mackensen reanudó su avance hacia el norte, tomando Cernavoda y Constanza en octubre⁷⁴.

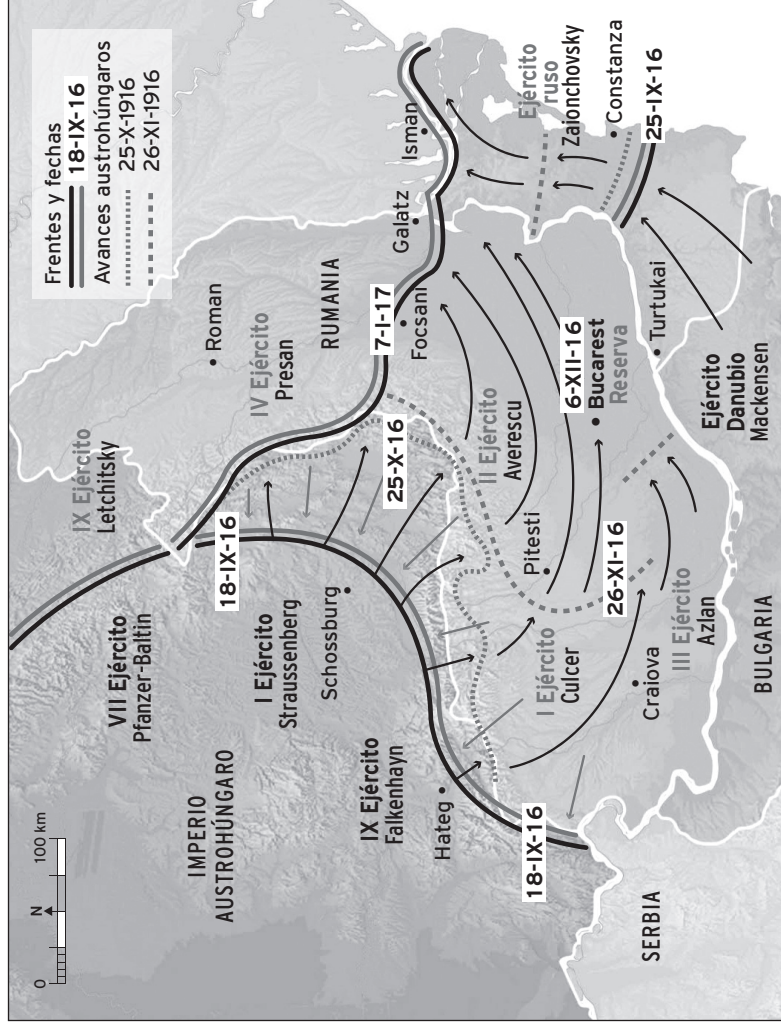
La táctica imaginativa de Averescu había fracasado, principalmente porque las tropas tuvieron que ser desviadas del sur para enfrentarse a una creciente amenaza en el noroeste. El ejército alemán y austrohúngaro en Transilvania se encontraba al mando del antiguo jefe de Estado Mayor alemán, Falkenhayn, cuyas fuerzas se incrementaron con cinco nuevas divisiones de Alemania, además de dos divisiones de caballería. El káiser se tomó la actuación rumana como una traición familiar y exigió que el país fuera borrado del mapa lo antes posible. Falkenhayn aplicó a Rumania las terribles lecciones aprendidas con sangre en Verdún y lanzó a sus aguerridas tropas contra los inexpertos rumanos, que tan sólo habían combatido de forma irregular en las guerras balcánicas. La caballería y las cuatro divisiones se desplegaron cerca del paso Vulkan, que Falkenhayn logró penetrar a principios de noviembre. Sus fuerzas controlaban ahora la entrada al valle Jiu y tan sólo se les oponía una división rumana⁷⁵.

La batalla decisiva tuvo lugar en los ríos Arges y Neajlov entre el 30 de noviembre y el 3 de diciembre. Entre tanto, las tropas de Mackensen habían cruzado el Danubio penetrando en la Wallachia a sesenta kilómetros de Bucarest. El 6 de diciembre, cuando no ha-

⁷⁴ G. E. TORREY, «Romania in the First World War: The Years of Engagement», *International History Review*, núm. 14, 1992, pp. 462-479.

⁷⁵ H. STRACHAN (ed.), *World War I. A History*, Oxford, 1998, p. 74.

Campaña rumana



bían transcurrido ni cuatro meses desde su entrada en la guerra, las tropas de los Imperios Centrales entraban en la capital rumana. Los ejércitos rumanos habían sido humillados. Rumania perdió más de 300.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y la única colaboración destacada que recibió de los Aliados consistió en el envío de unos equipos de sabotaje para destruir los pozos petrolíferos de Ploesti antes de que cayeran en manos alemanas⁷⁶.

El ejército rumano retrocedió hacia el noroeste con los austrogermanos pisándoles los talones a pesar del terrible barro y de la práctica inexistencia de carreteras en condiciones. Los rumanos se retiraron al otro lado del Seret, donde se unieron a un número considerable de tropas rusas que se habían desplazado demasiado tarde para ayudarles. El rey y el Gobierno se retiraron a la localidad de Iasi, en Moldavia. En tan sólo tres meses se habían frustrado los designios expansionistas rumanos y su territorio había sido ocupado. Hindenburg y Ludendorff abogaban por la total anexión de Rumania a Alemania, aunque los diplomáticos les convencieron para que permitieran mantener un ligero barniz de independencia a Rumania y dividieran el botín con Austria-Hungría y Bulgaria para proporcionar a los aliados el necesario socorro. Los rumanos lograron una victoria pírrica sobre las fuerzas de Mackensen en Maraseti. Sin embargo, la batalla puso punto final a las reservas rumanas.

El cese el fuego entre los rumanos y las Potencias Centrales fue negociado en Focsani a principios de diciembre de 1917, aunque el Gobierno rumano no mostró demasiada prisa por firmarlo. En febrero de 1918, Mackensen dio al Gobierno rumano cuatro días para firmarlo, de lo contrario se reanudaría la guerra. El Gobierno de Bratinau dimitió el 5 de marzo y un Gobierno bajo el mando del general Averescu firmó una paz preliminar en Buftea. Dos días antes, el Tratado de Brest-Litovsk había sacado a Rusia de la guerra, dejando a Rumania totalmente aislada.

Averescu no tardó en dimitir y dejó paso a Marghiloman, un germanófilo que había permanecido en Bucarest tras las derrotas de 1916. Se esperaba que sus credenciales proalemanas suavizaran los durísimos términos de Buftea. No fue así. Por el Tratado de Bucarest de mayo de 1918, Rumania se convertía en poco más que una colonia

⁷⁶ M. S. NEIBERG, *La Gran Guerra*, op. cit., p. 203.

para las Potencias Centrales. El káiser se mostró vengativo por la traición de sus parientes y no mostró compasión. Rumania se veía obligada a desmovilizar gran parte de su ejército y entregar su armamento a los alemanes; tenía que ceder los pasos de los Cárpatos y la Dobruja, y la economía rumana pasó a estar virtualmente bajo el control de los alemanes, que dirigirían todos los puertos del país y la navegación en el Danubio, además de disfrutar de un monopolio de noventa años sobre su industria del petróleo. Un Parlamento elegido por un estrecho margen ratificó el tratado que el rey se negó a firmar⁷⁷.

El rechazo del rey a firmar el Tratado de Bucarest fue muy sintomático de que el dominio de las Potencias Centrales sobre los Balcanes era más aparente que real. En todas las zonas de Europa central y oriental, las poblaciones, enfrentadas a una progresiva escasez de alimentos y combustible, así como a un desprecio por la pérdida de vidas humanas, fueron presa fácil para agitadores socialistas y bolcheviques.

Lo más relevante de la derrota de Rumania para el esfuerzo de guerra alemán fueron las enormes reservas de trigo y de petróleo del país y el acceso directo que proporcionaron a sus aliados búlgaros y turcos. Las Potencias Centrales comenzaron a exportar sin dilación cientos de miles de toneladas de grano rumano, dejando a la población civil al borde de la hambruna. Al adueñarse de los pozos petrolíferos, privaron a Rumania de su única fuente de ingresos. Con esos recursos, las Potencias Centrales pudieron continuar la guerra. En dieciocho meses los alemanes se apoderaron de un millón de toneladas de petróleo y dos millones de toneladas de grano. Los recursos rumanos ayudaron a sostener la economía de guerra alemana sometida a la presión del bloqueo británico. Los alemanes confiaban en utilizar a Europa oriental para compensar las pérdidas ocasionadas por el bloqueo⁷⁸. El brutal trato otorgado por los alemanes a Rumania encendió la señal de alarma entre los Aliados. Aunque Rumania había incumplido las obligaciones del tratado con Austria, en 1917 no representaba ya una amenaza evidente para los Imperios Centrales. El trato dispensado a Rumania aumentó el temor entre los Aliados a que Alemania no tendría piedad si finalmente ganaba la guerra.

⁷⁷ G. E. TORREY, «The Rumanian Campaign of 1916: It's Impact on the Belligerents», *Slavic Review*, núm. 39, 1980, pp. 27-43.

⁷⁸ G. ANTIPA, *L'Occupation ennemie de la Roumanie et ses conséquences économiques et sociales*, New Haven, 1929.

Nuevas dimensiones

«Nosotros que fuimos abandonados,
¿cómo podremos contemplar
con la misma alegría el sol o sentir la lluvia
sin recordar a aquellos que se fueron
sin rencor y dedicaron
sus vidas para que nosotros amáramos,
también, el sol y la lluvia?».
Wilfrid Gibson.

Guerra naval

Al estallar el conflicto, la Royal Navy disfrutaba de un amplio liderazgo sobre su encarnizado rival alemán de 21 a 13 dreadnoughts. Sin embargo, los británicos contaban también con una vasta red de intereses comerciales mundiales y con un imperio que defender, por lo que se veían obligados a extender al límite sus recursos navales durante los primeros meses del conflicto. Las nuevas armas de la guerra naval —las minas, los submarinos y los torpedos— forzaron a los británicos a abandonar la estrategia tradicional de un bloqueo a pocos kilómetros de la costa alemana y la idea de que la línea del frente comenzaba en el litoral enemigo. Se adoptó así un bloqueo distante favorecido por la situación geográfica de las islas británicas, que podían ser comparadas a un rompeolas. Los buques alemanes estaban obligados a navegar alrededor de ellas para poder abandonar las aguas del mar del Norte y alcanzar otros océanos. Los líderes navales británicos no ignoraban los peligros de las nuevas armas. El almirante sir John Jellicoe, comandante en jefe de la Gran Flota británica al inicio del conflicto, se mostraba muy preocupado por la posibilidad de caer en una emboscada submarina alemana, o de que sus buques fueran destruidos en un campo de minas.

Fuerzas navales en presencia, 1914

	<i>Gran Bretaña</i>	<i>Alemania</i>
Dreadnoughts	20	13
Cruceros de batalla	8	5
Cruceros	102	41
Destruyores	301	144
Submarinos	78	30

A pesar del gran avance material que había logrado desde la introducción de los programas navales de 1898 y 1900 asociados con el almirante Von Tirpitz, la marina alemana no contaba con una estrategia clara. Consciente de la superioridad numérica británica, los alemanes esperaban socavar esa ventaja gracias a las minas situadas frente a la costa alemana, al menos hasta que la desigualdad cuantitativa cambiara lo suficiente como para enfrentarse en un encuentro decisivo. Sin embargo, este planteamiento presuponía que los británicos seguirían su política tradicional de establecer un bloqueo cercano a la costa. De hecho, Tirpitz se percató de los fallos en su planteamiento estratégico cuando preguntó al comandante de la flota alemana: «¿Pero qué haremos si ellos no vienen?». No hubo ninguna respuesta satisfactoria y, de hecho, los alemanes nunca encontraron una definitiva. La idea básica siguió siendo la de intentar enfrentarse a una parte de la Gran Flota con la totalidad de la Flota de Alta Mar alemana y, al destruirla, poner fin a la desigualdad cuantitativa.

Por el contrario, el objetivo británico era evitar esa situación y tratar de atraer a la Flota de Alta Mar alemana a un encuentro contra toda su Gran Flota. De una forma u otra, los principales encuentros que tuvieron lugar en la guerra en el teatro septentrional de operaciones derivaron de esas estrategias. El planteamiento alemán se veía complicado por el hecho de que el káiser se mostraba muy temeroso de la posible destrucción de su apreciada flota, pues deseaba preservarla como un elemento de negociación en unas futuras conversaciones de paz. Por su parte, los británicos eran conscientes del hecho de que, como isla-nación dependían del mar para su supervivencia.

En esas condiciones, no resulta sorprendente que los comandantes navales británicos y alemanes se mostraran muy cautos y que tan sólo se produjera un gran encuentro naval durante el conflicto. Jellicoe consideraba que la flota británica era un arma disuasoria, algo si-

milar a los arsenales nucleares durante la guerra fría, que no tenía que ser utilizada para ser efectiva. En otras palabras, asumía que Gran Bretaña vencería si no perdía. Evitaría encuentros arriesgados y no iría al encuentro de batallas a no ser que la victoria estuviera asegurada, confinando a la armada alemana al mar del Norte. El sentido común le indicaba que Alemania se vería obligada a presentar batalla si quería romper el bloqueo¹.

La cauta estrategia de Jellicoe ponía a los alemanes en un complejo dilema. Sólo podían romper el bloqueo naval si se enfrentaban a los buques que lo ejercían en una batalla decisiva al estilo de la de Trafalgar. Sin embargo, esa batalla, que debía producirse en zonas alejadas de los puertos alemanes y contra un enemigo superior, acarreaba enormes riesgos. El almirante Tirpitz era partidario de jugárselo todo a una carta, pero no contaba con muchos apoyos. En realidad, Tirpitz había creado una flota para que actuase también de elemento disuasorio, para respaldar las pretensiones de Alemania y para persuadir a los británicos de que se tomaran en serio a la armada alemana.

La superioridad naval de las potencias de la Entente sobre las Potencias Centrales no era inevitable en otras partes del mundo, en particular en el Mediterráneo. Allí, Austria-Hungría, se había embarcado en un considerable programa de construcción naval antes de la guerra con el objetivo de convertir la que había sido en esencia una fuerza de defensa costera, en una marina de alta mar. Por supuesto, los austriacos estaban construyendo buques contra su anterior aliado en la Triple Alianza, los italianos. Austriacos, italianos y alemanes concluyeron una convención naval en 1913 y la consecuente posibilidad de una combinación naval de la Triple Alianza generó un gran temor en Francia y Gran Bretaña. En la década anterior al conflicto, la marina francesa, que se encontraba tradicionalmente en un segundo lugar tras la británica, se había ido quedando relegada por detrás de los alemanes. El Gobierno italiano declaró su neutralidad al comienzo del conflicto y la flota austriaca se vio destinada a permanecer a la defensiva en el Adriático. No existiría un verdadero desafío para la Entente en el Mediterráneo. El Adriático se convertiría en

¹ Véase C. P. VINCENT, *The Politics of Hunger: The Allied Blockade of Germany, 1914-1919*, Athens, 1985.

una trinchera marítima para las dos flotas enemigas, que permanecerían vigilantes frente a frente².

Los alemanes habían mantenido una fuerza naval en el Mediterráneo conocida como la *Mittelmeer-Division* desde las guerras balcánicas de 1912. En julio de 1914, esta fuerza estaba integrada por los buques *Goeben* y *Breslau*, cuya trascendencia se examina en el capítulo sobre la guerra de Turquía. El objetivo prioritario de la marina aliada en el Mediterráneo era cubrir el traslado de la FEB a Francia y resulta sorprendente que la marina alemana fuese incapaz de impedirlo.

Los británicos y los franceses establecieron el bloqueo de Alemania cercenando su acceso al mundo exterior. En un primer momento, el bloqueo fue ejercido por buques obsoletos que ya no formaban parte de los escuadrones principales de batalla. La puesta en práctica del bloqueo era lenta y progresiva. Esto contrastaba con los combates brutales y la lista de bajas en tierra firme, por lo que pronto se alzaron voces que preguntaban qué era lo que estaba haciendo realmente la marina. La mayoría de la población esperaba un encuentro decisivo y, al no producirse, se extendió un fuerte sentimiento de decepción hacia la Gran Flota. Sin embargo, para los británicos no resultaba nada sencillo obligar a los alemanes a salir de sus puertos. La primera acción naval significativa del conflicto tuvo lugar el 28 de agosto, cuando los cruceros ligeros y los destructores del comodoro Reginald Tyrwhitt intentaron acabar con las patrullas alemanas en la zona de Heligoland. La acción, que se vio complicada por la niebla, a punto estuvo de convertirse en un fracaso para los británicos debido a los fallos de comunicación entre el Almirantazgo, la Gran Flota y los submarinos³.

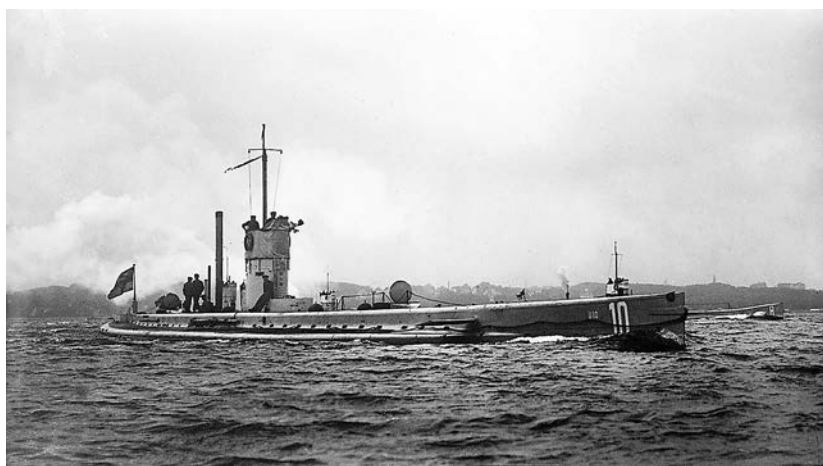
En septiembre de 1914, los submarinos demostrarían todo su potencial. El día 5, el U-21 torpedeó y hundió el crucero *Pathfinder*, el primer buque de guerra británico hundido por un submarino. Una semana después, el submarino E-9 hundió el viejo crucero alemán *Hela*. Jellicoe se mostraba muy preocupado por la vulnerabilidad de la flota anclada en la base de Scapa Flow ante la amenaza submarina. Lamentablemente, el temor de Jellicoe a los submarinos no era com-

² R. SICUREZZA, «Italy and the War in the Adriatic», en H. CECIL *et al.*, *Facing Armageddon*, *op. cit.*, p. 182.

³ La guerra naval británica es tratada en detalle en A. MARDER, *From the Dreadnought to Scapa Flow: The Royal Navy in the Fisher Era, 1904-1915*, 5 vols., Oxford, 1961-1970.



El dreadnought *Indomitable*.



Submarino alemán U-10.

partido por el alto mando. A pesar de las advertencias sobre su peligro potencial, se mantuvo una patrulla de viejos cruceros en un área cercana a la costa holandesa. El 22 de septiembre, un submarino alemán hundió el *Cressy*, el *Aboukir* y el *Hogue*, con una gran pérdida de vidas humanas, demostrando que el submarino se había convertido en la gran amenaza para el control británico de los mares. Ante estos hechos, Jellicoe trasladó la flota a la costa norte de Irlanda hasta que las defensas de Scapa Flow se encontraran en condiciones, lo que sucedió a principios de 1915⁴.

Lejos de las aguas europeas, los buques austriacos y alemanes fueron capturados u obligados a buscar refugio en puertos neutrales. Las colonias alemanas se convirtieron rápidamente en el objetivo de expediciones navales aliadas y fueron cayendo sucesivamente. Al inicio de la guerra, existían unos cuantos cruceros alemanes y algunos buques de línea que habían sido reconvertidos en cruceros auxiliares. En el Atlántico Sur, el crucero *Karsruhe* se convirtió en una amenaza antes de hundirse debido a una explosión interna. Otro, el *Königsberg*, requirió operaciones extensas por parte de las fuerzas aliadas antes de ser finalmente localizado y destruido en África del este. No había logrado mucho.

La única fuerza significativa alemana al comienzo de la guerra era el Escuadrón de Asia del Este, a las órdenes del vicealmirante Maximilian Graf von Spee. Estaba integrado por dos cruceros de gran calidad y reputados por su artillería, el *Scharnhorst* y el *Gneisenau*, y por los cruceros ligeros *Emden*, *Nürnberg* y *Leipzig*. El escuadrón alemán estaba basado en el protectorado alemán en China. Sin embargo, este protectorado no tenía futuro una vez que Japón entró en guerra contra Alemania el 23 de agosto. Los japoneses enviaron rápidamente una expedición a Tsingtau e iniciaron un asedio que acabó con la rendición de los alemanes el 7 de noviembre, pero la flota alemana ya se había hecho a la mar cuando comenzó el asedio. Spee envió al *Emden*, el más rápido y nuevo de sus cruceros, a lanzar ataques en el océano Índico⁵.

⁴ J. GOLDRICK, *The King's ships were at sea: War in the North Sea, 1914-15*, Annapolis, 1984.

⁵ R. K. MASSIE, *Castles of Steels. Britain, Germany and the Winning of the Great War at Sea*, Nueva York, 2003, pp. 184-187; P. OVERLACK, «The Force of Circumstance: Graf Spee's Options of the East Asian Cruiser Squadron in 1914», *Journal of*

El comandante del Emden, Karl von Müller, inició una de las campañas navales más brillantes de la guerra, que lo convertiría en una de las leyendas del conflicto. En ella logró hundir dieciséis buques británicos, un crucero ligero ruso y un destructor francés. Conseguió interrumpir el comercio en el océano Índico y ocasionó considerables dificultades a británicos y franceses en un momento en el que intentaban trasladar una gran cantidad de tropas de Australia y de Nueva Zelanda a otros lugares del imperio. El *Emden* sería finalmente destruido el 9 de noviembre por el crucero ligero *Sydney* en las islas Cocos. Von Müller fue hecho prisionero, pero parte de la tripulación logró escapar y llegar a Alemania, donde fue recibida con honores. Un periodista alemán saludó al destacamento a su llegada a Constantinopla preguntándole a su comandante, Hellmuth von Mücke, qué preferiría, un baño o vino del Rin. «Vino del Rin», respondió Von Mücke⁶. Von Müller no sólo había librado una acción espectacular, sino que había observado escrupulosamente las reglas humanitarias con las tripulaciones de los buques hundidos. Los cruceros alemanes provocaron graves problemas y supusieron una inyección de moral para la población alemana, pero las pérdidas que ocasionaron representaban una ínfima porción del tonelaje británico y aliado. Nunca se acercaron a la amenaza que representarían posteriormente los submarinos.

Posteriormente, Spee se dirigió hacia el este, atravesando el océano Pacífico y alcanzando la costa oeste de América del Sur, donde se le unió el crucero ligero *Dresden*, que había estado operando a lo largo de la costa chilena. El 1 de noviembre, Spee se topó con una fuerza británica bajo el mando del contralmirante Christopher Cradock cerca de la bahía de Coronel. La fuerza británica —formada por los viejos cruceros *Good Hope* y *Monmouth*, el crucero ligero *Glasgow* y el crucero auxiliar *Otranto*— era claramente inferior a la alemana. La batalla resultante se convirtió en una dolorosa derrota para los británicos y el *Good Hope* y el *Monmouth* se hundieron sin supervivientes. Era la primera derrota sufrida por la Royal Navy en un siglo. Por su parte, Spee no se hacía muchas ilusiones sobre ese triunfo momen-

Military History, núm. 60, 1996, pp. 657-682, y K. YATES, *Graf Spee's Raid: Challenge to the Royal Navy*, Londres, 1995.

⁶ H. WERNER NEULEN, *Feldgrau in Jerusalem. Das Levantekorps des kaiserlichen Deutschland*, Múnich, 1991, p. 113.

táneo. Cuando su escuadrón se detuvo en Valparaíso, un admirador le entregó un ramo de flores al partir y, al parecer, Spee señaló: «Muchas gracias... Quedarán muy bien en mi tumba»⁷.

Spee no se equivocaba sobre su destino. El primer lord del Almirantazgo, Fisher, reaccionó con celeridad y envió a los cruceros de batalla *Inflexible* e *Invincible* a las aguas de Sudamérica. Las fuerzas navales fueron redistribuidas a lo largo del mundo, ya que Spee se había convertido en una amenaza potencial a las expediciones aliadas o al comercio en África, el Caribe o el Pacífico. Spee decidió atravesar el cabo de Hornos y lanzarse contra las islas Malvinas. Fue una decisión fatídica, ya que una fuerza británica bajo el mando del vicealmirante sir Doveton Sturdee se encontraba en el archipiélago. Sturdee se hizo a la mar con los cruceros de batalla *Invincible* e *Inflexible* y cuatro cruceros. En el subsiguiente encuentro, el 8 de diciembre, todos los buques alemanes fueron hundidos, con una gran pérdida de vidas, incluyendo a Spee y a sus dos hijos. La batalla de las Malvinas/Falklands supuso que no hubiese más escuadrones navales alemanes operando con libertad fuera de los puertos alemanes durante el resto del conflicto. Para la Royal Navy no había supuesto una victoria espectacular, pero sí fue un logro significativo que restableció el maltrecho orgullo de la armada⁸.

El 26 de agosto de 1914, el crucero ligero alemán *Magdeburg* quedó varado en la costa estonia tras un encuentro con unos patrulleros rusos. El buque tuvo que ser abandonado y los rusos recuperaron los códigos alemanes enviando posteriormente una copia a los británicos. Este hecho, unido a otros libros de códigos capturados en un mercante alemán en el Pacífico, permitió a los británicos establecer una organización de descodificación conocida por su situación en el Almirantazgo en Whitehall como la Habitación 40. Asimismo, a lo largo de la costa se instalaron estaciones de radioescucha para fijar la posición de los buques emisores. La Habitación 40 estaba al mando del director de la inteligencia naval, Reginald Blinker, un profesional del espionaje del que el embajador norteamericano comentaría: «A su lado, el resto de hombres del servicio secreto son unos aficionados». Su trabajo se vio simplificado porque los alema-

⁷ R. K. MASSIE, *Castles of Steels*, op. cit., pp. 256 y ss.

⁸ R. DOUGH, *Falklands 1914: The Pursuit of Admiral Von Spee*, Londres, 2004.

nes creían que la radio podía compensar su inferioridad numérica, ya que posibilitaba la comunicación en tiempo real y facilitaba la concentración de fuerzas. Los británicos se percataron del valor que tenían estas fuentes de inteligencia y conservaron el secreto tan celosamente que, en ocasiones, no se transmitía información de vital importancia a aquellos que podían hacer uso de ellas y se perdieron así algunas oportunidades. No fue hasta el final de la guerra cuando la organización desplegó todo su potencial, particularmente en la guerra antisubmarina⁹.

En otoño de 1914, los alemanes habían adoptado la táctica de enviar a sus cruceros de batalla más rápidos a bombardear las localidades costeras británicas. El káiser favorecía llevar a cabo una *Kleinkrieg*, una guerra de guerrillas con ataques de torpedos y minas que fueran socavando progresivamente la fuerza de la Royal Navy. Se trataba de una estrategia poco realista, pues el bloqueo británico a gran distancia la hacía invulnerable a ese tipo de planteamiento. Los alemanes pensaban atacar la costa británica para incitar a los británicos a responder, e ir erosionando así la armada británica. El 6 de diciembre de 1914, una escuadra bombardeaba las localidades de Hartlepool y Scarborough, matando a más de cien civiles. Los alemanes esperaban que los británicos les persiguieran por los campos de minas que habían dispuesto¹⁰.

Los alemanes estuvieron a punto de lograr su objetivo de capturar una parte de la Gran Flota. La Habitación 40 alertó de inmediato del inminente ataque, pero no se percató de que la Flota de Alta Mar alemana se había hecho a la mar para apoyar el ataque. El Almirantazgo estimó que un escuadrón de batalla de la Gran Flota en apoyo de los cruceros de batalla de Beatty sería suficiente y prohibieron a Jellicoe que se hiciese a la mar con toda su flota. Por su parte, los alemanes no se dieron cuenta de que los británicos habían sido advertidos. Tras llevar a cabo con éxito los bombardeos, las malas condiciones climáticas y la limitada visibilidad, combinadas con errores humanos de información, evitaron que las principales fuerzas se encontrasen en un choque decisivo.

⁹ P. BEESLY, *Room 40: British Naval Intelligence, 1914-1918*, Londres, 1982, y N. HILEY, «The Strategic Origins of Room 40», *Intelligence and National Security*, núm. 2, 1987, pp. 245-273.

¹⁰ H. STRACHAN, *La Primera Guerra Mundial*, op. cit., p. 210.

Los alemanes no tuvieron suerte, el 24 de enero de 1915, cuando los cruceros de batalla bajo el mando del almirante Hipper lanzaron incursiones en el Dogger Bank, en el centro del mar del Norte para acabar con las patrullas británicas que operaban en la zona. La Habitación 40 pudo dar la voz de alarma y Beatty y los cruceros de batalla intentaron atrapar a los alemanes. En la subsiguiente batalla, el crucero alemán *Blücher* (buque que era llamado «cinco minutos» en referencia a sus posibilidades de supervivencia en batalla) fue hundido, pero debido a los daños sufridos por el buque insignia de Beatty, los alemanes lograron finalmente escapar. En todo caso, el fracaso alemán tuvo como consecuencia que el almirante Von Pohl sustituyese al almirante Ingenohl como comandante de la Flota de Alta Mar e hizo que el káiser se mostrara convencido de que, aparte de salidas ocasionales, la flota no debía alejarse mucho de las costas alemanas, donde sería apoyada por fuerzas ligeras y grandes campos de minas. Por su parte, Jellicoe no permitiría a los alemanes poner a la Gran Flota en una posición vulnerable. Por todo ello, no resulta sorprendente que las posibilidades de una gran batalla naval disminuyeran en 1915. Aunque fuerzas ligeras británicas y alemanas chocaron de forma periódica, se había establecido también un empate en el mar del Norte, algo muy negativo para los alemanes, pues significaba que el bloqueo británico continuaba¹¹.

El largo bloqueo ponía a prueba la moral de los marineros de ambos bandos. El cirujano James Shaw describió los esfuerzos por aliviar la monotonía a bordo de un buque británico en 1915: «Día 15 de junio. Una vez que se ha pasado el efecto de la novedad, uno se percata de la monotonía que rodea las patrullas en estos buques. No vemos nada más que cielo y mar. Día 21 de junio. Hoy se llevaron a cabo actividades deportivas a bordo: tirar de la cuerda, carreras de obstáculos para la marinería, para los oficiales, carreras de sacos, boxeo a ciegas, etc.»¹². Ese mismo mes, el marinero alemán Richard Stumpf describía también el tedio de la rutina a bordo: «El lunes de Pentecostés tuvimos que pasar otra inspección de uniformes. Nuestros uniformes de batalla fueron inspeccionados minuciosamente en busca de polvo o de manchas. Todos aquellos que no pasaron la prueba tu-

¹¹ A. MARDER, *From the Dreadnought to Scapa Flow*, op. cit.

¹² P. LIDDEL, *The Sailor's War*, Londres, 1985, p. 92.

vieron que presentarse para recibir su castigo. Existe ahora una brecha más grande entre los oficiales y los hombres que en cualquier otro período de mi carrera naval. A lo mejor todo esto cambiará cuando entremos finalmente en acción»¹³.

Jutlandia

Esa monotonía de la que se quejaban los marineros cesaría a principios de 1916. El nuevo comandante de la Flota de Alta Mar alemana, el almirante Reinhard Scheer, convenció finalmente al alto mando de que había llegado la hora de enfrentarse a los británicos en una batalla decisiva. Al asumir el mando afirmó: «En esta lucha a vida o muerte, no puedo entender cómo podemos dejar que se oxide en su vaina un arma que puede ser utilizada contra el enemigo»¹⁴. Scheer urdió un ambicioso plan para derrotar a la Royal Navy mediante la disgregación de los elementos que la constituían. Su esquema pasaba por enfrentarse a la flota de cruceros del almirante David Beatty fondeada en Rosyth, antes de que la Gran Flota situada más al norte en Scapa Flow pudiese intervenir. Se trataba de que Beatty cayera en una trampa haciéndole creer que perseguía a una fuerza alemana menor. Von Hipper, comandante del escuadrón alemán, se retiraría atrayendo a Beatty hacia la flota principal alemana comandada por Scheer, que esperaría a ochenta kilómetros de distancia y hacía una fuerza desplegada de U-Booten. Estos últimos se situarían por delante de la escuadra de superficie e impedirían cualquier intento de los buques principales de la flota británica de acudir al rescate de los cruceros de combate. Los británicos serían entonces aplastados por la superioridad alemana¹⁵.

El plan parecía razonable. Sin embargo, los alemanes desconocían que los británicos, gracias al acceso a sus códigos secretos, estaban tramando también una trampa utilizando un plan similar. Von Hipper ignoraba que la Gran Flota Británica se había hecho a la mar al mismo tiempo que Beatty y que no se encontraba lejos de su escua-

¹³ D. HORN (ed.), *The Private World of Seaman Stumpf*, Londres, 1969, pp. 97-98.

¹⁴ Citado en J. KEEGAN, *The First World War*, op. cit., p. 290.

¹⁵ V. E. TARRANT, *Jutland: The German Perspective*, Annapolis, 1995.

drón. Los criptógrafos británicos habían localizado a los submarinos alemanes fijando su situación aproximada. Los cruceros británicos simularon caer en la trampa, pero eludieron la red de submarinos y a los acorazados que los seguían. Así, el elemento vital de la estrategia de Scheer había fallado.

El esperado encuentro entre las dos orgullosas flotas enemigas tuvo lugar en Jutlandia, frente a la costa danesa el 31 de mayo de 1916 (en Alemania es conocida como la batalla de Skagerrak). Se trataba de la culminación de la encarnizada carrera naval entre ambas naciones. Sin embargo, el encuentro de esas dos poderosas armadas no se tradujo en la batalla decisiva que ansiaban ambas partes. A primera hora del 31 de mayo, Scheer y su Primer Grupo de Exploración de cruceros de batalla, a las órdenes de Hipper, lanzó un ataque a través de Jutlandia contra los patrulleros británicos y los buques mercantes. Gracias a la advertencia de la Habitación 40, Jellicoe y Beatty se encontraban ya en alta mar y ambas flotas se dirigían en rutas convergentes, aunque ninguna era consciente de ello. Por el contrario, debido a los confusos informes de la división de operaciones, los comandantes británicos suponían que la Flota de Alta Mar alemana se encontraba todavía en sus puertos horas después de que hubiera zarpado. El resultado fue que Jellicoe navegaba con lentitud para conservar combustible (perdiendo así valiosas horas de luz) y Beatty se encontraba peligrosamente adelantado¹⁶.

La batalla subsiguiente, cerca de la península de Jutlandia, fue la mayor batalla naval de la historia y tan sólo sería superada durante la Segunda Guerra Mundial. Se trató de una batalla compleja y confusa que se desarrolló en cinco etapas conforme las flotas se separaban y convergían una y otra vez, marcada por los errores y la ingenuidad de ambas partes. En la fase inicial de la lucha entre Beatty y Hipper, que comenzó a las tres de la tarde y fue conocida como «la carrera hacia el sur», los cruceros de batalla de Beatty se encontraban apoyados, aunque con retraso, por los cuatro nuevos superdreadnoughts del Quinto Escuadrón de Batalla de Hugh Evan-Thomas. Los cruceros de batalla británicos se involucraron demasiado tarde en la lucha, perdiendo así la oportunidad de explotar su mayor alcance. Con-

¹⁶ Véase A. GORDON, *The Rules of the Game: Jutland and British Naval Command*, Londres, 1996.

forme transcurrían las horas, los buques británicos recortados en el horizonte se convirtieron en objetivos muy visibles, con el agravante de que su artillería no era precisa y de que sus proyectiles de gran penetración habían sido mal diseñados. Las escotillas entre las santabárbaras y las torretas permanecieron abiertas para cargar con mayor velocidad y las cargas propulsoras de cordita para los proyectiles estaban así más expuestas que las alemanas. Probablemente ése fue el motivo por el que dos cruceros de batalla, el *Indefatigable* y el *Queen Mary*, explotaron con la pérdida de casi la totalidad de su tripulación. Hacia las cuatro y media de la tarde, cuando los buques británicos supervivientes se dirigían contra la principal fuerza alemana, cambiaron su curso y en la consiguiente «carrera hacia el norte», los buques británicos emprendieron la retirada hasta que, hacia las seis y veinte, la perseguidora flota de Scheer se encontró bajo el alcance de los cañones de los dreadnoughts de Jellicoe.

Aunque Jellicoe no se encontraba bien informado sobre la situación exacta de la Flota de Alta Mar alemana, logró desplegar eficazmente sus buques de guerra en formación en línea al este de Scheer, lanzando una lluvia de proyectiles e interponiéndose entre sus buques y sus puertos. De forma casi inmediata, Scheer viró para alejarse, tras una densa cortina de humo, de un ataque de destructores con torpedos. Jellicoe no se lanzó a una persecución a corta distancia de los buques alemanes, pero, media hora después, Scheer se volvió a topar con los acorazados británicos. Tuvo que soportar graves daños antes de alejarse por segunda vez tras la cobertura de una carga de cruceros de batalla y de destructores, a la que Jellicoe respondió alejándose a su vez de la zona. Ésta fue la última oportunidad de igualar las pérdidas británicas anteriores, pues, durante la noche, los alemanes habían logrado cruzar por detrás de Jellicoe mientras éste se dirigía hacia el sur. Los alemanes consiguieron alcanzar sus bases a través de una zona despejada del campo de minas de la costa alemana, dejando atrás a los británicos, que se encontraron ante un mar vacío la mañana del 1 de junio¹⁷. En la famosa batalla destacó un muchacho de tan sólo dieciséis años, John Cornwell, a bordo del HMS *Ches-ter*. Aunque su buque recibió varios disparos, que acabaron con gran parte de la tripulación, Cornwell permaneció en su puesto, herido de

¹⁷ J. CAMPBELL, *Jutland: An analysis of the fighting*, Londres, 1986.

muerte y rodeado por las llamas, disparando un cañón hasta el final. Le fue concedida la Cruz Victoria a título póstumo.

Con 150 buques por parte del bando británico y 100 por parte del alemán, Jutlandia fue uno de los momentos críticos de la Gran Guerra. En contraste con las acciones navales de la Segunda Guerra Mundial, los aviones no desempeñaron un papel significativo, ni tampoco los submarinos, que tan sólo influyeron en la batalla debido al enorme temor que suscitaban en Jellicoe. Aunque los enormes escuadrones de buques de guerra estuvieron brevemente en contacto, Jutlandia resultó una batalla muy destructiva. Se fueron a pique catorce buques británicos, que sumaban 110.000 toneladas, entre éstos, tres cruceros de batalla y once buques alemanes, con un total de 62.000 toneladas, incluyendo un crucero de batalla y un acorazado pre-dreadnought. En cuestión de horas, los británicos sufrieron 6.094 muertos y los alemanes 2.551 de un total de 110.000 marinos entre ambos bandos. El káiser afirmó orgulloso: «El hechizo de Trafalgar se ha roto», y concedió a Scheer la máxima condecoración alemana, la Orden del Mérito, de inspiración francesa. Con todo, como señaló gráficamente un periodista británico, «la flota alemana había atacado a su carcelero y se encontraba de nuevo en la cárcel»¹⁸.

En Jutlandia, Scheer cometió varios errores, entre éstos llevar a la batalla a un escuadrón de viejos y lentos acorazados pre-dreadnoughts. Sin embargo, los alemanes salieron mejor parados y pusieron en evidencia algunas peligrosas debilidades británicas. La artillería alemana era más certera, resultado de un entrenamiento superior, de mejores sistemas para calibrar el alcance y de unos proyectiles capaces de atravesar el blindaje con mechas de acción retardada, mientras que los buques británicos contaban con un blindaje inferior. Los alemanes lograron una victoria propagandística basada en el número de buques británicos hundidos. La memoria de esas pérdidas todavía escocía tras la guerra. Beatty seguía afirmando que Jellicoe había perdido una oportunidad de oro de aniquilar la fuerza de Scheer. Actualmente ya no se pone en duda la eficacia del despliegue inicial de Jellicoe ni su prudencia en evitar el combate nocturno contra un enemigo mejor equipado y entrenado para ello. Sin embargo, Jellicoe sobreestimó el peligro de los torpedos y, de haber perseguido a Scheer

¹⁸ A. GORDON, *The Rules of the Game*, op. cit.

de forma más enérgica tras el primer viraje de este último, y de no haberse alejado tras el segundo, probablemente habría podido destruir más buques alemanes antes de que cayese la noche.

Los historiadores navales han discutido desde entonces quién resultó vencedor en aquella batalla, algo ilustrativo de lo poco concluyente que fue. Las pérdidas alemanas fueron menos severas, pero abandonaron el campo de batalla cuando se iba a dejar sentir todo el potencial británico. Los escasos resultados fueron en parte fruto de la precaución exagerada de los británicos. El miedo al desastre era superior al atractivo de una victoria espectacular. Jellicoe se defendió señalando que destruir la Flota de Alta Mar era secundario y que lo imperativo era no perder la batalla, aunque esto plantea entonces por qué se había hecho a la mar. El punto central sigue siendo que Scheer fracasó en su objetivo estratégico de aniquilar los cruceros de batalla de Beatty para igualar así el equilibrio entre ambas flotas, finalizando en una posición igual de complicada para poder atacar las islas británicas o los buques mercantes en el canal de la Mancha. En todo caso, los alemanes se podían mostrar satisfechos con el desempeño de sus buques, pues habían absorbido una gran cantidad de daño sin hundirse y sus proyectiles demostraron ser más fiables que los británicos. «Algo marcha mal en nuestros malditos buques», sentenció el almirante Beatty¹⁹. Tres de sus buques fueron destruidos cuando estallaron las santabárbaras que presentaban defectos de diseño. El fallo más doloroso fue que, en muchas ocasiones, los proyectiles británicos fueron incapaces de atravesar el blindaje alemán.

Aunque el exceso de prudencia de Jellicoe desilusionó a los británicos, que esperaban un nuevo Trafalgar, la estrategia de Jellicoe tenía sentido. Como reconoció Churchill, Jellicoe era «el único hombre en Gran Bretaña que podía perder la guerra en una sola tarde»²⁰. Sin embargo, una derrota decisiva de los alemanes podía haber acortado la guerra. Resulta sencillo culpar a Jellicoe, pero éste era el producto de un sistema que valoraba la estabilidad y la precaución por encima de la creatividad y la iniciativa. En Gran Bretaña, la enfermera Vera Brittain resumió el sentir general tras la batalla: «¿Estábamos cele-

¹⁹ Citado en R. HOUGH, *The Great War at Sea, 1914-1918*, Oxford, 1983, p. 264.

²⁰ H. STRACHAN (ed.), *World War I, op. cit.*, p. 105.

brando una gloriosa batalla naval o lamentando una ignominiosa derrota? No lo sabíamos. El único hecho indiscutible era que cientos de jóvenes, muchos de ellos adolescentes, se habían hundido en una tumba anónima sin esperanza de ser rescatados o de comprender lo que había sucedido»²¹.

Scheer también tuvo la sensación de haber escapado por poco de un gran desastre, informando al káiser en julio de que no era posible poner fin a la superioridad británica a través de una acción de la flota. La situación estratégica no había experimentado cambios, por lo que la supremacía británica naval quedaba demostrada por defecto. En todo caso, Scheer informó al káiser: «Ni siquiera un gran resultado en una batalla en alta mar obligaría a Inglaterra a pedir la paz», por lo que solicitó la reanudación de la guerra submarina sin restricciones. El planteamiento de la campaña submarina de la primavera siguiente fue el resultado de la percepción de que ya no era posible alcanzar un resultado decisivo en la superficie.

Reflexionando sobre la batalla, Winston Churchill valoraba los efectos de una posible derrota contundente de uno de los dos bandos:

«El efecto psicológico para la nación alemana habría sido profundo. Asimismo, una victoria británica hubiese permitido a los buques británicos ingresar en el mar Báltico con impunidad y abastecer a los rusos. [...] De todas maneras, la destrucción de la Flota de Alta Mar no habría sido letal de forma inmediata. Alemania era en esencia una potencia terrestre. Para Gran Bretaña, sin embargo, la derrota hubiera cambiado el curso de la guerra, más pronto que tarde. El comercio y el abastecimiento de alimentos se habrían paralizado. Nuestros ejércitos en el continente se habrían encontrado aislados de sus bases. Todo el transporte de los Aliados se habría visto afectado. Estados Unidos no habría podido intervenir en la guerra. El hambre y la invasión habrían sido la consecuencia para los británicos»²².

Con perspectiva histórica, la victoria de Gran Bretaña en Trafalgar no impidió que Napoleón continuara en guerra durante diez años más. Sin embargo, una contundente victoria británica en Jutlandia habría liberado a las tropas que se encontraban en Gran Bre-

²¹ V. BRITAIN, *Testament of youth*, Londres, 1933, p. 192.

²² R. K. MASSIE, *Castles of Steels*, *op. cit.*, p. 680.

taña en previsión de una invasión alemana y habría abierto la ruta del mar Báltico, lo que hubiera permitido asistir a Rusia y estrechar el bloqueo de Alemania impidiendo la llegada de los vitales minerales desde Suecia, en especial el hierro. Asimismo, el fin de la Flota de Alta Mar hubiera concluido el apoyo que ésta prestaba a los submarinos alemanes y los puertos alemanes habrían sido minados.

En una acción mucho menos conocida, la flota de Scheer se hizo de nuevo a la mar el 18 de agosto y la Habitación 40 alertó de nuevo al alto mando. Jellicoe y Beatty se lanzaron a su encuentro, aunque ambas flotas no llegaron a encontrarse. Jellicoe mostró más precaución que nunca debido a su enorme temor a las emboscadas submarinas. En una conferencia que tuvo lugar el 3 de septiembre, Jellicoe, con el apoyo del Almirantazgo, se mostró de acuerdo con Beatty en no aventurarse de nuevo en la zona este o sur del mar del Norte salvo circunstancias excepcionales. Cuando Scheer se hizo de nuevo a la mar el 10 de octubre, la Gran Flota no se lanzó a su encuentro. Los líderes británicos percibieron Jutlandia más como la salvación de un peligro catastrófico que como una oportunidad perdida, y cuando en noviembre Beatty reemplazó a Jellicoe como comandante de la Flota de Batalla, éste no introdujo cambios significativos²³.

Hasta el final de la guerra, la Gran Flota tenía que estar siempre preparada para un posible encuentro naval. Esto requería mantener un gran número de destructores con la flota que podían haber sido mejor utilizados protegiendo a los buques mercantes. Sin embargo, Jellicoe y su sucesor, Beatty, no contaban con el beneficio de la perspectiva. De hecho, pudo haber tenido lugar una gran batalla, ya que, al finalizar la guerra, Scheer y el alto mando no se mostraron dispuestos a aceptar el veredicto de las negociaciones de paz y planificaron una enorme batalla final. Al final, se verían frustrados por la actitud de sus propios hombres, por la inactividad de los grandes buques de la Flota de Alta Mar, que habían dañado la moral, y por el comprensible sentimiento humano de que muy pocos deseaban morir en los últimos días del conflicto. El resultado fue el motín de la flota alemana. Cuando la flota de Alta Mar finalmente se hizo a la mar, fue para ser escoltada por la gran flota de Escocia hacia su triste confinamiento en la base británica de Scapa Flow.

²³ S. ROSKILL, *Earl Beatty: The Last Naval Hero*, Londres, 1980.

La guerra submarina

Se ha defendido que los británicos ignoraron completamente el potencial de los submarinos antes de la guerra. Es cierto que existían muchos expertos que se mostraban escépticos y que cuestionaban la moralidad de la lucha submarina. Así, en 1902, el almirante de la flota, sir Arthur Wilson, describía el submarino como «injusto y poco británico». Sin embargo, al inicio de las hostilidades, Francia y Gran Bretaña contaban cada una con el doble de submarinos que Alemania, aunque las cifras no eran representativas. Los alemanes tenían la ventaja de que desde 1907 habían comenzado a pensar en los submarinos como armas para operaciones oceánicas, no simplemente costeras. Por el contrario, los británicos reaccionaron mucho más lentamente a las posibles utilidades de los submarinos. La victoria en la guerra submarina sería para el país que consiguiese construir el mayor número de nuevos submarinos en el menor tiempo posible. Alemania fue la vencedora en esa carrera²⁴.

Aunque la mayoría de los almirantes británicos reconocía el potencial del submarino, no lo percibían como una amenaza inmediata. Esto se debía a que la amenaza era mínima si no se contaba con un sistema efectivo de armamento, los torpedos; y los torpedos efectivos no suponían una gran amenaza si el método para lanzarlos, los submarinos, no podían mantenerse bajo el agua durante mucho tiempo, ni alcanzar grandes distancias. Sin embargo, se realizaron rápidos progresos tanto en fabricación de torpedos como en el diseño de submarinos. Dado que la mayoría de los planificadores no anticipaba una solución a corto plazo de esos problemas, no supieron vaticinar que la guerra submarina alteraría de forma permanente la guerra naval. Sin embargo, aquellos que dudaban del potencial de los submarinos recibieron un severo correctivo cuando un U-Boot (submarino) alemán hundió los cruceros *Aboukir*, *Hogue* y *Cressy*, provocando la pérdida de 1.600 vidas. A partir de ese momento, el temor al desastre condicionó la estrategia del alto mando de la flota británica, que se mostró temerosa de caer en una trampa submarina. Se trataba de

²⁴ Véase T. BENBOW, *The History of World War I. Naval Warfare, 1914-1918*, Londres, 2008, cap. 3.

un miedo exagerado, ya que los dreadnoughts estaban protegidos por destructores y, en cualquier caso, eran más rápidos que los submarinos. Así, ningún dreadnought fue destruido por un submarino durante la guerra.

Aunque al comenzar la guerra la marina alemana contaba con tan sólo treinta U-Booten, éstos disfrutaban de una gran abundancia de blancos. La primera acción antisubmarina tuvo lugar en agosto de 1914, cuando el HMS *Birmingham* hundió el U-15, acción vendada poco después por el U-21, que hundió el buque británico HMS *Pathfinder*. En octubre se inició una nueva fase de la campaña submarina cuando el U-17 hundió un mercante británico. En ese estadio de la guerra, los submarinos alemanes todavía emergían a la superficie y se permitía que las tripulaciones de los buques abordasen los botes salvavidas.

El bloqueo naval por parte de submarinos planteaba problemas inéditos. Los bloqueos tradicionales se basaban en el principio de que, ante una amenaza seria, los buques girarían en redondo y su carga sería confiscada. El buque y la tripulación quedarían a salvo. Sin embargo, como agente de bloqueo el submarino sólo podía ser efectivo si hundía los buques. Por tanto, para los submarinos no resultaba posible realizar un bloqueo convencional sin ocasionar bajas civiles. En el transcurso de 1915, los alemanes descubrieron que el papel más destacado para los submarinos era el de atacar mercantes en vez de buques de guerra. Debido a que los submarinos eran demasiado reducidos para seguir las reglas tradicionales de la guerra respecto a la seguridad de los pasajeros y de las tripulaciones, los alemanes comenzaron a ocasionar problemas a los países neutrales²⁵.

Para los Aliados resultaba relativamente sencillo realizar un bloqueo de Alemania y Austria-Hungría. Con potencias hostiles rodeando a ambas, tan sólo tenían que completar el bloqueo cerrando el mar del Norte y el Mediterráneo. Para eso dispusieron campos de minas en la entrada del paso de Calais, frente a la costa belga ocupada por los alemanes, y en el mar del Norte entre la costa escocesa y la noruega. La decisión de interceptar y abordar buques neutrales entrañó dificultades con Estados Unidos. A pesar de todo, el bloqueo aliado fue un éxito y, conforme avanzaba la guerra, el pueblo alemán co-

²⁵ R. K. MASSIE, *Castles of Steels*, op. cit., cap. 7.

menzó a sentir sus efectos originando disturbios por la escasez de alimentos. Los alemanes, por su parte, reconocieron en seguida la vulnerabilidad de Gran Bretaña a un bloqueo submarino.

Los primeros submarinos en servicio activo fueron los K-boats británicos, pero éstos presentaban numerosos problemas mecánicos y sufrieron grandes pérdidas. Sin embargo, los U-Booten alemanes, impulsados por motores diésel, estaban mejor diseñados. Aunque tanto los K-boats como los U-Booten portaban torpedos, su principal armamento era el cañón en la cubierta. Eso significaba que los submarinos tenían que salir a la superficie para atacar al enemigo. El problema principal de los primeros torpedos era su tendencia a salirse de su trayectoria o a no estallar una vez que alcanzaban el blanco. Los K-boats británicos pronto fueron reemplazados por submarinos de la clase E, más modernos y mejor equipados²⁶.

En un estudio fechado el 22 de diciembre de 1916, el jefe de Estado Naval, el almirante Henning von Holtzendorf, defendía de forma optimista que la guerra submarina sin restricciones lograría la victoria para Alemania hacia el otoño de 1917, pero para ello era preciso que cada mes pudieran hundir 600.000 toneladas de buques mercantes. Sus cifras fueron incluso analizadas por dos eminentes economistas de la universidad de Berlín. Los alemanes iniciaron una guerra submarina indiscriminada declarando que las aguas en torno a Gran Bretaña eran «zona de guerra» y advirtiéndole que cualquier buque que ingresara en ellas era susceptible de ser hundido. Debido a la situación de las islas británicas y a su poderío naval, el bloqueo británico sobre Alemania podía ejecutarse sin actos de violencia contra los neutrales. Ésa no era una opción para que los alemanes pudieran ejercer el bloqueo. Los británicos y franceses podían continuar su lucrativo comercio con Estados Unidos, Alemania no. De esa forma, la geografía alemana determinó en qué bando lucharía Estados Unidos, los sentimientos proaliados no hubiesen sido suficientes para que participase en el conflicto.

El 7 de mayo el U-20 hundió el *Lusitania*, el más lujoso de los trasatlánticos de la línea Cunard, causando la muerte de 1.098 pasajeros, de los cuales 128 eran norteamericanos. La embajada alemana en Estados Unidos había advertido de que existía el riesgo de que

²⁶ J. TERRAINE, *The U-Boat Wars, 1916-1945*, Nueva York, 1989.

fuera hundido. Irónicamente los diarios norteamericanos ofrecieron la noticia al lado de publicidad y detalles del crucero. En Estados Unidos el impacto fue enorme; mientras, en Alemania, la prensa hablaba de éxito y, con una enorme falta de sensibilidad, se acuñó una medalla en su honor. Su hundimiento originó también una larga polémica: ¿por qué se había hundido con tanta rapidez? ¿Por qué fallecieron tantas personas si no se hallaba lejos de la costa? El capitán afirmó que fue alcanzado por dos torpedos, algo que negaría el comandante del U-Boot señalando que la segunda explosión se produjo en el cargamento del buque. ¿Portaba el *Lusitania* armas y explosivos? Sea cual fuere la verdad, su hundimiento aumentó el sentimiento aliadófilo en Estados Unidos²⁷.

Durante 1915 los submarinos alemanes hundieron un total de 1.328.985 toneladas aliadas y el total mensual nunca disminuyó de 300.000. Los astilleros alemanes botaban submarinos a un ritmo prodigioso, mientras la Royal Navy buscaba sin éxito la fórmula de contrarrestar la amenaza. La Entente logró destruir menos de 50 submarinos en los dos primeros años del conflicto. Al principio, ante la amenaza inesperada de los submarinos, se idearon esquemas que rozaban el absurdo, como entrenar cormoranes con explosivos para que se lanzaran contra los submarinos alemanes. Posteriormente, se elaboró un sistema para mejorar la precisión de las cargas de profundidad que sería conocido como «Asdic» por los británicos («Anti-Submarine Detection Investigation Committee») y como «sónar» por los norteamericanos. El sistema comenzó a funcionar demasiado tarde para influir en la Gran Guerra, pero desempeñaría un papel muy destacado en la Segunda Guerra Mundial. También se introdujeron novedades técnicas como las cargas de profundidad. Los destructores podían lanzar varias a la vez, que estaban preparadas para estallar a distintas profundidades. Estas cargas lograron destruir 28 submarinos alemanes, más que los hundidos por otras causas entre 1916 y 1918.

Aunque el káiser albergaba dudas sobre la guerra submarina sin restricciones y el canciller Bethmann-Hollweg era claramente contrario, en 1917 los alemanes intensificaron la guerra submarina. Para Ludendorff resultaba sorprendente que mientras los soldados alema-

²⁷ T. BAILEY, *The Lusitania Disaster: An episode in modern warfare and diplomacy*, Nueva York, 1975.

nes sufrían en el frente, miles de toneladas de mercancías estuviesen llegando sin dificultad a los puertos británicos. Con 111 submarinos a su disposición, los alemanes lograron mayores éxitos contra los buques británicos. La estrategia estuvo a punto de tener éxito, pues, entre febrero y julio, las pérdidas alcanzaron las 600.000 toneladas de promedio. Tan sólo en abril los submarinos hundieron 160 buques británicos y 204 aliados o neutrales, una cuarta parte del tonelaje que se dirigía a los puertos británicos. Los efectos sobre el suministro de alimentos fueron considerables: entre febrero y junio de 1917 se perdieron 85.000 toneladas de azúcar, por lo que las reservas disponibles se redujeron para tan sólo cuatro días. Asimismo, se perdió una gran cantidad de carne. La situación llegó a tal extremo que puso en serios aprietos a los Aliados. El pánico se apoderó del Almirantazgo y Jellicoe se vio obligado a reconocer el 19 de junio que la situación naval era «desesperada»: «No existen planes válidos para la próxima primavera. La situación no puede continuar así»²⁸.

Uno de los buques hundidos fue el *Arcadian*, en el que se servía el marinero de dieciocho años Reginald Huggins, que recordaría que el buque transportaba «un montón de carne de cañón para el frente oriental». A diferencia de la mayoría de sus compañeros, fue capaz de sobrevivir escapando del buque con una cuerda y vivió para relatar su terrible experiencia:

«Sin saber nadar, era incapaz de abandonar el buque, su enorme estructura amenazaba con alzarse sobre mí en cualquier momento y existía el riesgo de que me aspirara por uno de los numerosos puntos por donde se colaba el agua. El suspense, por suerte, fue breve. Por un momento el *Arcadian* se alzó por la quilla y luego, con un enorme silbido, desapareció para siempre de la vista, llevándose con él a cientos de tropas y a su propia tripulación, atrapados como ratas bajo la cubierta. En menos de tres minutos lo único que quedaba del barco eran pedazos de restos flotantes».

Huggins pasó la noche en una balsa de salvamento, «en la excelente compañía de cinco oficiales» y fue rescatado por un buque al día siguiente²⁹.

²⁸ G. DE GROOT, *Douglas Haig, op. cit.*, p. 327.

²⁹ J. LEWIS, *True Stories of World War I*, Londres, 1997, pp. 407-409.

Sin embargo, la Royal Navy pronto mejoró la protección de sus buques rodeándolos con destructores que servían como una cortina para los torpedos y actuaban contra los submarinos con cargas de profundidad. La puesta en marcha del sistema de convoyes supuso un duro golpe para la estrategia alemana. El 10 de mayo de 1917, el primer convoy formado diecisiete buques abandonó Gibraltar y todos alcanzaron sin novedad las costas británicas. Las pérdidas disminuyeron de forma significativa durante el resto del año conforme los convoyes pasaron a estar integrados por una mayor cantidad de buques. Antes de la introducción de los convoyes, las pérdidas causadas por los submarinos eran de un 10 por 100 de los buques que abandonaba los puertos, aumentando hasta el 25 por 100 en abril de 1917. Cuando el uso de convoyes se convirtió en práctica habitual, las pérdidas se redujeron a un 1 por 100. Al mismo tiempo, las pérdidas de submarinos aumentaban sin cesar³⁰.

El alto mando británico planificó una medida aún más audaz y agresiva. En abril de 1918 se produjo uno de los ataques más intrépidos de la guerra. Una fuerza naval británica se dirigió al puerto belga de Zeebruge con la intención de bloquear el canal de Brujas y reducir así la presencia de U-Booten en el mar del Norte. Una vez en Zeebruge, los infantes de marina desembarcaron para enfrentarse a las defensas alemanas y vararon unos buques para impedir la salida de submarinos alemanes. Aunque la incursión no supuso una disminución significativa de submarinos alemanes en la zona, en Gran Bretaña la acción elevó la moral de la población. Churchill habló de «un episodio no superado en la historia de la Royal Navy»³¹.

La entrada de Estados Unidos en el conflicto alteró de forma significativa la situación de la guerra submarina. Se reforzó el sistema de convoyes protegidos por buques de guerra. Otras tácticas incluyeron la utilización del hidrófono, que detectaba sonidos bajo el agua, y la introducción de los denominados buques «Q». En apariencia eran mercantes desarmados, pero al aproximarse un submarino alemán desplegaban sus cañones ocultos. La respuesta alemana fue permanecer bajo el agua y lanzar torpedos sin prevenir. La sistematización de

³⁰ H. H. HERWIG, «The failure of Imperial Germany's undersea offensive against world shipping, February 1917-October 1918», *Historian*, vol. 33, 1970, pp. 611-636.

³¹ T. BENBOW, *The History of World War I*, op. cit., cap. 7.

los convoyes fue un éxito inmediato. Desprovistos de blancos fáciles, los hundimientos se redujeron de forma significativa. Los alemanes eran ya incapaces de interrumpir el enorme flujo de hombres y de suministros norteamericanos a través del Atlántico, y en el Mediterráneo los submarinos tampoco pudieron cortar los suministros a la expedición británica en Palestina ni a la fuerza anglofrancesa en Salónica.

Al final, los submarinos causaron un gran temor, pero no eran capaces de hundir buques aliados en número suficiente para destrozar el esfuerzo de guerra aliado o causar la hambruna en Gran Bretaña. Los expertos alemanes subestimaron la habilidad de los británicos para responder a esa crisis. La producción de grano, por ejemplo, aumentó un 31 por 100 debido a la conversión de tierras de pasto a tierras arables. Durante la guerra, se botaron 391 submarinos que hundieron 6.394 buques aliados y neutrales con un total de 11,9 millones de toneladas. Los alemanes perdieron 178 submarinos tanto en combate como por problemas técnicos. Aunque su poder destructivo era enorme, no eran suficientes para ganar la guerra por sí solos. Los estrategas navales alemanes habían calculado que eran precisos al menos 222 submarinos para establecer un bloqueo efectivo. Cuando se inició la guerra submarina sin restricciones, tan sólo había 107. Dado que un tercio de los submarinos se encontraban siempre en ruta hacia la zona de guerra y otro tercio regresaba para reabastecerse, sólo 37 submarinos estaban en condiciones de ataque en un momento dado. Como en la guerra terrestre, Alemania había demostrado que poseía la capacidad de obtener ganancias significativas a corto plazo, pero que no podía dar el golpe ganador.

El submarino, un arma a la que se había prestado poca atención antes de la guerra, tuvo un gran impacto durante la misma. Por el contrario, los dreadnoughts, que habían concentrado toda la atención en los años anteriores al conflicto, demostraron ser poco más que un conjunto de carísimos elefantes blancos. Su precio no radicaba tan sólo en su construcción, sino en el hecho de que, una vez contruidos, tenían que mantenerse en condiciones operativas, lo que suponía un inmenso drenaje de mano de obra y de recursos. Por cada nuevo acorazado, los alemanes podrían haber construido cincuenta submarinos. Para los británicos, los superacorazados proporcionaron un arma disuasoria, una demostración de la supremacía naval, aunque no eran fácilmente utilizables, dado el enorme riesgo de pérdidas. Como resultado, el dique de los dreadnoughts se convirtió

en el lugar más seguro para pasar la guerra, algo muy frustrante tras las grandes expectativas que habían suscitado³².

La guerra en el aire

A finales de siglo XIX y principios del XX se produjo una auténtica revolución en la innovación industrial. La era de la aviación dio sus primeros pasos con la invención del dirigible en Francia en 1884 y del aeroplano en Estados Unidos en 1903. A principios del siglo XX, las gestas en el aire medían la grandeza de las naciones. Los escritores comenzaron a imaginar el potencial de las nuevas tecnologías. Así, en 1883, un año antes de la invención del dirigible, la obra del francés Albert Robida, *La guerra en el siglo XX*, contemplaba la posibilidad de un devastador ataque aéreo, mientras que el tratado de Ivan S. Bloch sobre la guerra, escrito en 1898, vaticinaba el bombardeo desde aviones. El desarrollo en 1908 de los dirigibles gigantes del conde alemán Ferdinand von Zeppelin amenazaba con hacer realidad esas terribles predicciones. El inicio de la aviación se analizaba con preocupación en Gran Bretaña, una isla que había sido inmune en la historia moderna a la amenaza de una invasión. Cuando el piloto Santos-Dumont logró atravesar volando el canal de la Mancha en 1906, el magnate de la prensa lord Northcliffe afirmó que Inglaterra había dejado de ser una isla³³.

El célebre escritor británico H. G. Wells describía en su obra de 1908, *The War in the Air* (*La guerra en el aire*), una interminable guerra mundial, protagonizada principalmente por aviones, que causaba finalmente la destrucción de la civilización³⁴. El interés por la aviación aumentó rápidamente en Europa, y dio paso a la formación de entusiastas ligas de aviadores y clubes aéreos. Estos grupos de presión extraparlamentarios en favor de la aviación, que emulaban a las ligas navales, desarrollaron sus propios órganos de prensa y presiona-

³² H. HERWIG, «Luxury» Fleet: *The Imperial German Navy, 1888-1918*, Londres, 1980.

³³ A. GOLLIN, *No longer an island: Britain and the Wright Brothers, 1902-1909*, Stanford, 1984.

³⁴ T. TRAVERS, «Future Warfare: H. G. Wells and British Military Theory, 1895-1916», en B. BOND e I. ROY (eds.), *War and Society: A Yearbook of Military History*, Londres, 1975, pp. 67-87.

ron a los representantes parlamentarios para que impulsasen el desarrollo de la aviación militar³⁵.

La competencia por lograr la superioridad en aviación tenía una vertiente cultural e imperial. Así, los alemanes consideraban de los zeplines simbolizaban su supremacía cultural, mientras que los franceses presumían de contar con la iniciativa necesaria para utilizar los aviones de acuerdo con la tradicional audacia gala. Mientras que los británicos contemplaban hacer uso de los aviones para patrullar su enorme imperio, los italianos y los franceses utilizaron aviones en sus campañas en el norte de África en 1911. La aviación asumió así un carácter nacionalista, imperialista y militarista.

En el seno del Estado Mayor alemán, los zeplines generaron en seguida unas expectativas exageradas y se llegó a considerar que una flota de tan sólo diez dirigibles sería capaz de llevar a cabo un devastador ataque contra el enemigo, a pesar de que la destrucción masiva estaba todavía muy alejada de la capacidad de los frágiles aparatos del momento. Sin embargo, el italiano Gianni Caproni y el ruso Igor Sikorsky se encontraban trabajando ya en aparatos de varios motores capaces de llevar a cabo bombardeos en 1914. La población anterior al conflicto consideraba a los aviadores como héroes, señores de la tecnología en la conquista del espacio. Una nueva élite de guerreros surgió así en las fuerzas aéreas europeas³⁶.

La mayor parte de los ejércitos y de las marinas enfatizaba el desarrollo de aviones lentos y estables para llevar a cabo labores de reconocimiento. Los experimentos militares y civiles anteriores a la guerra habían ignorado, en gran medida, el combate aéreo a favor del reconocimiento y del bombardeo. Irónicamente, la Gran Guerra catapultaría el papel de los pequeños, rápidos y maniobrables aviones deportivos, que serían armados para la lucha y se convertirían en el vehículo para los grandes héroes individuales de la guerra: los ases aéreos.

En agosto de 1914, las potencias europeas se lanzaron a la guerra con armas aéreas rudimentarias, con pocos hombres y constituidas por entre doscientos y trescientos aviones, además de contar con

³⁵ Véanse D. PISANO, *Legend, memory and the Great War in the Air*, Seattle, 1992, y R. WOHL, *A Passion for Wings: Aviation and the Western Imagination, 1908-19*, New Haven, 1994.

³⁶ P. FRITZSCHE, *A Nation of Fliers: German Aviators and the popular imagination*, Cambridge, 1992.

unas industrias aeronáuticas de tamaño reducido. Durante la guerra de movimientos en el frente occidental, los aviones proporcionaron información muy destacada. Cuando el conflicto se convirtió en una interminable línea de trincheras, los aeroplanos se convirtieron en el único medio móvil de reconocimiento y de observación para la artillería, aunque todavía serían necesarios avances en fotografía y en telegrafía sin cables para apuntalar su capacidad de observación. El británico William Sholto Douglas recordaría sobre sus primeras experiencias de reconocimiento aéreo en Francia:

«La primera vez que me encontré con un avión alemán en pleno vuelo, tanto el piloto como yo estábamos totalmente desarmados. [...] No parecía que el observador alemán fuera a dispararnos. [...] Le saludamos con la mano y proseguimos con nuestra misión. El enemigo hizo lo mismo. En aquel momento no me pareció un gesto en absoluto ridículo. [...] Pero, después, por motivos de seguridad, siempre llevé una carabina conmigo cuando salía a volar»³⁷.

Los aeroplanos demostraron también el potencial para el bombardeo y para el combate aéreo en manos de los agresivos pilotos británicos y franceses, que pronto se mostraron insatisfechos con sus labores de reconocimiento. En 1915, las armas aéreas se hicieron más sofisticadas, adaptando modelos para poder llevar a cabo funciones especializadas en el frente. Esto requirió una mayor movilización industrial y tecnológica para poder asumir las exigencias de estos mejorados y novedosos aparatos aéreos. Las nuevas funciones del arma aérea, bombardeo y persecución, hacían muy necesaria la adaptación de los nuevos tipos de aviones disponibles, aparatos ligeros como los Moranes, los Nieuports y los Fokkers para combatir, y los modelos más pesados, como los Voisin y los Aviatiks, para el bombardeo. Rusia, Alemania e Italia contaban con unos cuantos aviones de gran tamaño cuyo alcance y capacidad de carga mostraban su potencial para su desarrollo como bombarderos estratégicos con motores más potentes.

Sin embargo, en 1915 tan sólo los dirigibles alemanes eran capaces de transportar un gran número de bombas y de ascender lo su-

³⁷ H. P. WILLMOTT, *La Primera Guerra Mundial*, Barcelona, 2004, p. 188.



La guerra aérea. Aparato del as francés Georges Guynemer.



Tanque alemán. Los Aliados harían mejor uso de la nueva arma.

ficientemente rápido y alto para evadir la interceptación aérea, haciendo así posible ataques aéreos estratégicos. Aplicar el poder aéreo al campo de batalla surgió de forma natural y ningún bando se sintió obligado por la Convención de la Haya de 1899, que prohibía el bombardeo de civiles. Los alemanes utilizaron sus famosos dirigibles, aunque, al inicio del conflicto, contaban con sólo treinta aparatos. Con una longitud de entre 150 y 250 metros de largo, y con una capacidad de carga de hasta 56.000 metros cúbicos de hidrógeno inflamable, estos monstruos del aire parecían muy vulnerables, pero eran relativamente seguros debido a la altura que alcanzaban. Para sus tripulaciones, el mayor enemigo era un clima adverso. En 1917, once zeppelines fueron atrapados por una violenta tormenta y desaparecieron. El ejército alemán retiró a los costosos colosos, que demostraron ser objetivos fáciles para la artillería enemiga del frente occidental y los relegó a los menos peligrosos cielos del frente del Este. La marina alemana continuó utilizando dirigibles con éxito como apoyo para la flota³⁸.

Una de las grandes hazañas de la aviación en la guerra fue la del zepe­lín L.59 denominado *Das Afrika-Schiff* («El barco africano»). En la primavera de 1917 se aumentó su tamaño y se cargó con suministros médicos y militares. En mayo fue enviado a través del Egeo y el Mediterráneo con la misión de volar sobre Egipto y Sudán para continuar hacia el sur y abastecer a las tropas alemanas en África oriental. El zepe­lín voló hasta el centro de Sudán, pero, antes de que alcanzara Jartum, se le ordenó regresar hasta Bulgaria, donde llegó en noviembre de ese año.

La primera incursión con dirigibles contra Londres se produjo el 31 de mayo de 1915, ocasionando la muerte a siete civiles. Aunque el daño fue leve, la incursión causó una gran consternación en el pueblo británico. Sin embargo, era poco lo que se podía hacer, ya que los británicos no contaban todavía con cazas nocturnos. La mayor incursión se produjo la noche del 2 al 3 de septiembre de 1916, cuando 14 dirigibles consiguieron cruzar el canal de la Mancha. Uno de ellos fue alcanzado por una bala incendiaria y cayó a tierra envuelto en llamas. El niño de diez años Henry Tuttle recordaría aquel momento:

³⁸ W. CROSS, *Zeppelins of World War I: The Dramatic Story of Germany's Lethal Airships*, Londres, 2001.

«Abrimos la puerta de entrada y allí estaba. Era fantástico, como un inmenso cigarro de plata que parecía moverse con mucha lentitud. Muchas personas salieron de sus casas y, entonces, de repente, empezaron a salir llamas del zepelín y después se partió en dos y se convirtió en una masa de fuego. Era algo increíble de ver: la gente ovacionaba, bailaba, cantaba y alguien se puso a tocar la gaita. Y así siguieron toda la noche. [...] Todos los niños (y yo entre ellos) marchábamos de un lado a otro [...] gritando como locos. Qué espectáculo. Jamás lo olvidaré»³⁹.

Cuando se constató su debilidad y su poca efectividad, se recurrió a bombarderos pesados. La campaña alemana de los denominados bombarderos Gotha comenzó en mayo de 1917 causando 3.000 muertos, lo que llevó al Gobierno británico a comisionar al mariscal Jan Smuts a investigar el futuro del poder aéreo. De ese informe surgió el Royal Flying Corps, bajo Hugh Trenchard, que organizó el bombardeo de Alemania.

El principal acontecimiento de 1915 fue el inicio de los aviones como interceptores aéreos. El 1 de abril de 1915, el aviador francés Roland Garros utilizó una ametralladora que disparaba hacia delante para destruir un avión de reconocimiento alemán. Para evitar el problema de que las balas pudiesen destruir las hélices, Garros las blindó y dominó el campo de batalla durante dos semanas, hasta que se impuso la lógica de la guerra industrial y el enemigo copió el sistema. Cuando Garros se estrelló tras las líneas alemanas, Anthony Fokker descubrió el secreto de su éxito. Fokker era un holandés cuyos diseños habían interesado a los alemanes incluso antes del conflicto. Le enviaron el aparato de Garros y le pidieron que lo mejorara. No se mostró impresionado por el rudimentario aparato de Garros, que podía hacer que las balas rebotaran sobre el piloto, y desarrolló un interruptor para su aparato, el Eindecker, que permitía disparar hacia delante de forma sincronizada con las hélices⁴⁰.

El piloto alemán más destacado de 1915, Oswald Boelcke, fue el primero en derribar un avión con el nuevo sistema. Hacia 1916, los Aliados habían copiado el sistema de interruptor y acabaron con la

³⁹ Citado en M. GILBERT, *La Primera Guerra Mundial*, op. cit., p. 384.

⁴⁰ M. SPICK, «The Fokker Menace», en R. COWLEY (ed.), *The Great War*, op. cit., pp. 257-271.

superioridad de los Fokker. Aunque los alemanes lograron la superioridad aérea sobre Verdún, los Aliados lo hicieron sobre el Somme. Sin embargo, a diferencia de los alemanes, el Royal Flying Corps ansiaba lograr la superioridad aérea permanente sobre las líneas alemanas para elevar la moral.

El año 1916 marcó un punto de inflexión en el conflicto cuando las grandes batallas de Verdún y el Somme pusieron fin a las esperanzas de ambos bandos de lograr una victoria rápida. Estas batallas marcaron también el inicio de la auténtica guerra aérea conforme ambos bandos desarrollaban enormes fuerzas para lograr la superioridad en el cielo. A partir de 1916, la guerra aérea fue tanto un asunto tecnológico-industrial como militar. Francia comenzó a vencer en la carrera de la movilización industrial. Su producción de motores aéreos se encontraba a cierta distancia del resto de las potencias, debido a la extensiva movilización de su industria automotor para construir una gran diversidad de motores, en particular el revolucionario Hispano-Suiza V8. Alemania, limitada por la escasez de mano de obra y de materiales, no podía igualar la superioridad industrial de la Entente en general, y de su producción de motores en particular. Sólo podía esperar lograr una superioridad tecnológica en sus aparatos, como la construcción de un avión totalmente de metal, el Hugo Junkers y el caza Albatros en 1916.

La estrategia aérea de las principales potencias en el frente occidental reflejaba esa realidad industrial. Los planteamientos de franceses y británicos eran ofensivos, y el general Hugh Trenchard continuó la ofensiva aérea de forma más persistente y agresiva que los franceses. Los alemanes intentaron conservar sus recursos combatiendo a la defensiva y concentrando sus aparatos para lograr una superioridad aérea limitada⁴¹.

La estrategia alemana reflejaba la postura defensiva en tierra. Concentraron su poder aéreo en unidades móviles, conocidas como «circuitos volantes», que podían ser desplazadas rápidamente a sectores del frente que se encontraban bajo presión y para asistir en los contraataques. A principios de 1917, la ventaja se inclinó del lado alemán con la serie Albatros, culminando en el denominado «abril sangriento», cuando el promedio de aparatos aliados derribados llegó al 30 por

⁴¹ J. MORROW, *German Air Power in World War One*, Lincoln, 1982.

100. Con la introducción del SE5, el Bristol, los Camels y los Snipes, los Aliados reconquistaron los cielos. Se mejoraron los sistemas de entrenamiento, aunque, según los datos oficiales británicos, de los 14.166 pilotos que fallecieron, 8.000 lo hicieron en el entrenamiento. La aviación era un cuerpo sólo apto para los más audaces.

La mayoría de los combates aéreos eran duelos desiguales entre veteranos y noveles, o entre ágiles cazas y aviones de reconocimiento. Los pilotos reconocían a los más brillantes, incluidos los del enemigo. La denominación *as* tuvo su origen en junio de 1915, cuando un diario parisino apodó a Adolph Pegoud, «el *as* de nuestra aviación», en referencia a la primera carta de la baraja, término que se consolidaría y pasaría a denominar al mejor combatiente aéreo. Los ases de la Gran Guerra siguen siendo objeto de una enorme fascinación y se siguen observando con admiración las guerras románticas en las que se podían lograr grandes proezas heroicas con un coste humano relativamente bajo.

Resulta imposible idealizar la matanza deshumanizada de las trincheras. Por el contrario, podemos borrar los aspectos menos agradables de la primera guerra aérea e imaginarnos las hazañas de los ases volando en aquellos frágiles aeroplanos, disparando con sus ametralladoras dobles a un rival caballeroso, con el viento en el rostro, la bufanda blanca meciéndose en el aire y el penetrante olor a gasolina. En un conflicto de amorfo anonimato en el que el público buscaba héroes identificables, la guerra en el aire generaría una enorme fascinación. La prensa, frustrada por la censura, convirtió a los ases en héroes de tebeo, narrando y exagerando sus hazañas.

Hacia 1917 los primeros ases, Oswald Boelke (40 derribos), Max Immelmann (15) de Alemania, Albert Ball de Gran Bretaña (44 victorias) y Georges Guynemer de Francia (54 victorias) estaban muertos. Tras ellos llegaron figuras legendarias, como el alemán Manfred von Richtofen, el *Barón Rojo* con su Fokker triplano rojo (84 victorias), el británico Edgard Mannock (73 victorias), el canadiense Billy Bishop (72 victorias) y el norteamericano Eddy Rickenbacker (27 victorias)⁴².

Entre ellos, Von Richtofen sigue siendo una de las figuras más recordadas de la Gran Guerra. En el Barón Rojo se condensan varios

⁴² D. WINTER, *The First of the Few: Fighter pilots of the First World War*, Londres, 1982.

elementos del mito: la contraposición entre la modernidad (el avión) y el pasado (la aristocracia), el inconfundible perfil de su triplano rojo (para subrayar su bravura y arrojo) y el hecho de ser un «héroe enemigo» con un acusado sentido del honor. El Barón Rojo mantuvo viva la ilusión de que la guerra era un juego en el que se moría joven y querido por los dioses y que, una vez muerto, uno se convertía en leyenda. Cuando falleció, un caza inglés dejó caer un mensaje sobre las líneas alemanas: «El caballero barón Manfred von Richtofen ha fallecido en combate el 21 de abril de 1918 y ha sido enterrado con honores militares». Quizá por un disparo desde las trincheras o por ráfagas del piloto canadiense Arthur R. Brown, el Barón Rojo salió de la historia para entrar en la leyenda. Al morir Von Richtofen, el liderazgo de su escuadrón pasó a Hermann Goering, que se convertiría en el excéntrico comandante de la fuerza aérea durante la Segunda Guerra Mundial, la temida Luftwaffe⁴³.

Enseñar nuevas técnicas no era una tarea sencilla cuando los errores se pagaban con la muerte. A pesar de todo, los pilotos aprendieron nuevas y exitosas tácticas de combate. En contra de la visión popular sobre los combates aéreos, la clave del éxito no era girar y evadirse, sino la rapidez. La mejor técnica era lanzarse a gran velocidad desde arriba, derribar al enemigo y desaparecer. Los franceses fueron los primeros en alejarse del individualismo y organizar cazas en formaciones aéreas de seis aviones, los *Cigognes*. Los alemanes replicaron con los *Jagdstaffeln* o *Jastas* y los británicos con grandes formaciones llamadas *Flights*. Hacia 1918, cada bando podía enviar formaciones de hasta cien aparatos, organizados según tipo y función.

En 1917 el avión se convirtió en un arma de guerra multifacética, con la evolución de tácticas masivas de cazas sobre el frente italiano y occidental, de apoyo aéreo cerrado y de incursiones tácticas y de la campaña estratégica alemana contra Gran Bretaña. El Royal Flying Corps, en su enorme esfuerzo por llevar la guerra aérea a los alemanes, sufrió enormes pérdidas entre sus mal entrenadas tripulaciones en la primavera y el verano, simbolizadas por la leyenda del denominado «abril sangriento». Por su parte, los franceses llevaron a cabo una política más prudente con el fin de conservar los reducidos recur-

⁴³ R. TOWNSHEND, *Von Richtofen. The Legend Evaluated*, Londres, 1996.

sos humanos y, al igual que el ejército, se limitó a ofensivas concretas tras la debacle de la ofensiva terrestre de mayo de 1917.

Este mismo año, los mandos británico y alemán consideraron que los ataques a tierra por parte de aviones volando a baja altura se habían convertido ya en un poderoso recurso bélico. Los cazas británicos asumieron la responsabilidad del ataque a tierra en operaciones poco coordinadas e individuales. Esos ataques no lograron afectar apenas el desarrollo de las batallas en tierra y ocasionaron grandes pérdidas entre las tripulaciones. Los alemanes desarrollaron aviones de ataque a tierra especializados y bimotores de gran maniobrabilidad tripulados por suboficiales en grupos de hasta treinta aviones, con efectos devastadores sobre las trincheras⁴⁴.

La guerra de desgaste forzó un aumento de la producción de aviones en 1917. Entre las potencias aéreas más débiles, la movilización aérea italiana enfatizó la estandarización rigurosa para compensar la grave escasez de materiales. El esfuerzo aéreo ruso, que nunca fue sustancial, se desintegró con la Revolución rusa. La fuerza aérea austrohúngara se vio abocada al desastre ahogada por la escasez de materias primas. Cuando Estados Unidos entró en el conflicto en abril, su fuerza aérea no tuvo el devastador efecto que tendría durante la Segunda Guerra Mundial.

En 1917 la evolución del poder aéreo demostraba la importancia capital de los motores aeronáuticos. Las tres principales potencias sufrieron crisis de producción de motores. Francia resolvió el problema al producir y perfeccionar de forma masiva una versión más potente de su poderoso motor Hispano-Suiza V8. Ni Gran Bretaña ni Alemania pudieron superar los problemas fundamentales de la inadecuada producción de motores y, consecuentemente, hacia el final de la guerra, Francia produciría tantos motores como Gran Bretaña y Alemania juntas. En el frente occidental, la falta de coordinación entre británicos y franceses permitió que sobreviviera el arma aérea alemana, a pesar de la superioridad numérica de la Entente en 1917. Sin embargo, dada su falta de preparación en aviación, la entrada en guerra de Estados Unidos en abril de 1917 hizo necesaria una distribución más coordinada de los recursos aliados para poder equipar al arma aérea norteamericana y acondicionarla para el combate.

⁴⁴ R. HALLION, *Rise of the Fighter Aircraft: 1914-1918*, Annapolis, 1984.

En 1918 la aviación tuvo un papel significativo en el desenlace de la guerra. La gran cantidad de aviones en el frente occidental en 1918, más de 8.000 en ambos bandos, era la prueba de que la guerra aérea en general, y el combate aéreo en particular, se había convertido en un enorme campo para la guerra de desgaste. Los servicios aéreos habían pasado de reclutar 90.000 hombres a los 300.000, contando entre 2.000 y 3.000 aviones en el frente en 1918, mientras las industrias de aviación nacionales empleaban a cientos de miles de trabajadores en la construcción de miles de aviones y motores mensuales.

Con el objetivo de lograr la superioridad aérea, se ampliaron las unidades, como los «circos volantes» alemanes de 60 aparatos. Francia logró en 1918 la principal concentración con su división aérea de más de 700 bombarderos. Contaba con el gigante Breguet 14, rápido, robusto y bien armado, y aviones como el poderoso SPAD 13, destinado a realizar agresivos ataques aéreos contra las líneas alemanas. Incluso las formaciones alemanas equipadas con el legendario Fokker D7, el principal caza producido en grandes cantidades en la guerra, no podían evitar las incursiones, dada la enorme superioridad numérica de la Entente. Sobre el frente italiano, oleadas de entre 30 y 40 trimotores Caproni apoyaban los ataques de infantería o llevaban a cabo ataques aéreos a gran distancia sobre el Adriático.

Los aviones parecían glamurosos, sin embargo, para muchos observadores se habían convertido tan sólo en otra máquina de muerte más. En la batalla del Somme en 1916, Philip Gibbs proyectó ese pensamiento con una metáfora:

«Sobre mi cabeza se aproximó un grupo de seis aviones liderados por un monoplano que se dirigía hacia el enemigo. Por encima de los aparatos, el cielo era de un azul profundo y cuando el sol se reflejó en las alas, los aviones parecían preciosas y delicadas mariposas. Sin embargo, aquellos aviones llevaban la muerte con ellos y se dirigían a bombardear las baterías enemigas y a arrojar sus explosivos sobre masas de hombres tras las líneas enemigas»⁴⁵.

Las fuerzas aéreas no determinaron el resultado de la guerra, que fue decidido en tierra. Los cazas, excepto cuando fueron enviados al

⁴⁵ M. S. NEIBERG (ed.), *The World War I Reader*, op. cit., p. 189.

ataque terrestre, desempeñaron un papel indirecto en la guerra terrestre al proteger o atacar a los aviones de reconocimiento y a los bombarderos, mientras que el bombardeo estratégico se encontraba todavía en una fase embrionaria como para alterar el resultado de la guerra. El avión reveló su valor real como apoyo del ejército sobre el campo de batalla. El reconocimiento hizo muy difícil que los ejércitos lograsen el factor sorpresa y forzó el movimiento nocturno de hombres y de material en la retaguardia. El control del aire sobre el campo de batalla se convirtió en un elemento esencial para la victoria. Políticos y comandantes como el ministro de municiones británico, Churchill, el general Ludenforff y el comandante en jefe francés, Pétaín, reconocieron la importancia capital del poder aéreo cuando este era utilizado en masa. Un nuevo bombardero británico, el Handley Page, con una autonomía de 2.000 kilómetros, consiguió tener a Berlín en su radio de acción, aunque la guerra finalizó antes de estar plenamente operativo⁴⁶.

Los resultados de la campaña de bombardeo fueron mediocres. Sin embargo, había comenzado un sombrío camino que conduciría hasta la destrucción de Hiroshima y Nagasaki. El valor exacto del bombardeo estratégico todavía no había demostrado su potencial, pero la noción de que el bombardeo de los civiles podía socavar la moral y, potencialmente, finalizar un conflicto, atrajo la atención de los teóricos de la aviación. Las tácticas y estrategias de la guerra aérea de 1914-1918 anunciaban así la devastadora guerra de los cielos de la Segunda Guerra Mundial. Dos años después de finalizado el conflicto, todas las fuerzas aéreas habían sido en gran parte desmovilizadas: las de los perdedores, por los tratados de paz; las de los vencedores, por la ausencia de conflicto. La industria de aviación se redujo al disminuir de forma significativa los pedidos del ejército. Algunas industrias se volvieron a enfocar en el transporte aéreo civil, y otras ramas aéreas, como las de Gran Bretaña y Francia, se concentraron en labores de patrulla sobre sus extensos imperios.

Las masacres masivas en el campo de batalla habían reducido al individuo a un papel insignificante. En esas condiciones, los héroes aéreos proporcionaron una necesaria, aunque equivocada, afirmación de la importancia del individuo y de la juventud. La concentra-

⁴⁶ L. KENNETT, *The First Air War, 1914-1918*, Nueva York, 1991.

ción en las hazañas individuales proyectó una imagen arcaica y anacrónica de la nueva arma aérea, que se convirtió en el epítome de la nueva guerra total, al involucrar a los sectores militares políticos, tecnológicos e industriales. También tendía a oscurecer la gran cantidad de bajas en la guerra aérea de desgaste. De los más de 18.000 pilotos entrenados en Francia entre 1914 y 1919, el 39 por 100 se convirtieron en bajas; en Gran Bretaña más del 50 por 100 de los 22.000. Las bajas alemanas, aunque más difíciles de documentar, fueron similares. Las pérdidas de la infantería francesa en los primeros seis meses de 1918 ascendieron al 51 por 100 de los sus efectivos, mientras que la de los pilotos franceses alcanzó el 71 por 100. La mayoría de las bajas se debieron a accidentes en el frente y al entrenamiento en retaguardia. El combate aéreo no era un deporte ni un juego, era un asunto mortal y brutal en el cual la vida de un hombre dependía no sólo de su pericia y de su suerte, sino también de los aeroplanos, cuyos motores fallaban, sus armas se encasquillaban y sus alas se quebraban con una frecuencia letal⁴⁷.

El énfasis en el combate individual también tendería a oscurecer otro legado de la guerra, el bombardeo estratégico sobre poblaciones civiles. El arma aérea fue el producto de una era de «guerra total», que mezclaba objetivos civiles y militares, y que convirtió el bombardeo de hombres mujeres y niños en una manera aceptable de ganar la guerra. La experiencia de la Gran Guerra proporcionó muy pocas pruebas de que se produjese un descalabro del frente interno bajo el bombardeo aéreo, a pesar de cierto pánico producido en Londres durante los primeros ataques alemanes. Estas imágenes, la idealización romántica del combate aéreo individual anclado en el pasado y la visión brutal de la destrucción masiva de civiles que presagiaba el futuro, constituyeron un legado dual para el poder aéreo en el siglo XX⁴⁸.

La ciencia y la guerra

El logro de los objetivos de guerra y el éxito de la estrategia dependían de una victoria militar, pero, hacia finales de 1914 resultaba

⁴⁷ D. WINTER, *The First of the Few*, op. cit.

⁴⁸ Véase L. KENNETT, *A History of Strategic Bombing*, Nueva York, 1982.

evidente que el empate en el frente occidental obligaba a los beligerantes a enfrentarse a nuevos y complejos problemas. Era preciso desarrollar nuevas tecnologías para romper el empate. En realidad, la ciencia y la tecnología salieron fortalecidas del esfuerzo de guerra hasta el punto de que no sólo aumentó el impacto destructivo del armamento, sino que fue posible lanzarse también contra la población civil. De hecho, como escribió Churchill tras la guerra, «cuando todo hubo finalizado, el canibalismo y la tortura fueron los únicos recursos que las sociedades civilizadas y cristianas habían rechazado, y éstos eran recursos de dudosa utilidad»⁴⁹.

La reacción popular hacia la ciencia y la tecnología era ambivalente. Por un lado, los avances tecnológicos eran bienvenidos como forma de trascender las fronteras, aunque el hundimiento del *Titanic* en 1912 había proporcionado un duro correctivo a la fe ilimitada en sus capacidades. Por otro lado, la modernidad y la tecnología también ofrecían una incertidumbre terrorífica. El desarrollo de la aviación ilustra bien ese impacto dual. La tecnología moldeó la guerra y la guerra moldeó la tecnología. El inaudito empate en el campo de batalla inspiró el desarrollo de nuevas armas aumentado, por ejemplo, el alcance de los cañones. Conforme mejoró la puntería de la artillería, se pudieron sincronizar las barreras artilleras con los avances de la infantería a través de la denominada «tierra de nadie». Los rifles eran indispensables antes de la guerra, pero en pocos conflictos modernos tuvieron tan poca relevancia. Era muy difícil ver al enemigo y, cuando aparecía, solía estar ya demasiado cerca para que se le pudiese disparar de forma certera con ese arma. Las granadas demostraron ser mucho más efectivas. Los alemanes llevaron la delantera en su diseño y producción, pero fueron los británicos los que consiguieron fabricarlas de forma masiva. La ametralladora fue el arma más efectiva en defensa. Las ametralladoras contribuyeron al empate, no sólo por poder aniquilar a decenas de tropas atacantes, sino porque su propia naturaleza y diseño las hacían poco apropiadas para el ataque. Debido a su gran consumo de munición, generó sus propios problemas de abastecimiento.

El lanzallamas fue utilizado en primer lugar por los alemanes. Al principio, los *Flammenwerfers* eran primitivos, requerían gaso-

⁴⁹ W. S. CHURCHILL, *The World Crisis, 1911-18*, 6 vols., Londres, 1923, pp. 10-11.

lina y eran poco fiables, ya que las botellas estallaban con frecuencia y prendían fuego al portador. Los lanzallamas eran tan odiados que cualquier soldado enemigo que fuese atrapado con uno de ellos era susceptible de ser fusilado en el acto. La mayoría de las unidades de lanzallamas estaban formadas, irónicamente, por hombres que habían sido bomberos en la vida civil. A las unidades alemanas de lanzallamas se les dio una insignia con una calavera, el futuro símbolo de las temidas unidades de las SS durante el Tercer Reich.

Sin duda, el arma más impactante del conflicto fue el gas. Biólogos, físicos y químicos de las mejores universidades europeas se lanzaron con entusiasmo a la búsqueda de armas químicas que rompieran el empate. Los alemanes tomaron la delantera utilizando gas a principios de 1915, aunque su éxito fue relativo, ya que dependía de la dirección del viento. Los Aliados denunciaron el gas como una violación de las leyes de guerra, pero pronto introdujeron sus propios programas de producción. El principio fundamental del gas era que, al ser éste más pesado que el aire, se asentaría en las zonas más bajas del terreno forzando a los enemigos a abandonar las trincheras. Una vez que lo hicieran, serían aniquilados por la artillería. Con el tiempo, el gas fue lanzado en proyectiles y se desarrollaron tipos más dañinos como el gas fosgeno y el gas mostaza. Los efectos de este último eran terribles y las víctimas fallecían tras una terrible agonía⁵⁰. Cuando se perfeccionaron las máscaras de gas, anularon, en gran parte, el poder de este arma.

Los alemanes serían los que más recurrirían al gas, con 68.000 toneladas; seguidos de los franceses, con 36.000 toneladas, y de los británicos, con 25.000. Aunque cientos de miles de soldados se verían afectados por su uso, los fallecidos representarían tan sólo el 3 por 100 de las víctimas totales. El horror causado por los ataques con gas llevó a una efectiva prohibición tras la guerra que ha sido en general respetada desde 1925 (aunque se han producido violaciones flagrantes como sucedió durante la guerra de Saddam Hussein contra los kurdos). La descripción más famosa de la nueva tecnología fue escrita por un joven oficial británico, Wilfred Owen, que sirvió en el frente occi-

⁵⁰ S. STRUDT, «War as Experiment: Physiology, Innovation and Administration in Britain, 1914-18: The Cases of Chemical Warfare», en R. COOTER (ed.) *War, Medicine and Modernity*, Stroud, 1998, pp. 65-84. Véase también M. FREEMANTLE, *Gas! Gas! Quick Boys: How Chemistry Changed the First World War*, Londres, 2012.

dental. Su poema sobre el gas «Dulce et Decorum Est» hace uso de una gráfica descripción y de la ironía para condenar la guerra:

«GAS! GAS! Quick boys! An ecstasy of fumbling,
Fitting the clumsy helmets just in time;
But someone still was yelling out and stumbling.
And floundering like a man in fire or lime...
Dim, through the misty panes and thick green light,
As under a green sea, I saw him drowning.
If in some smothering dreams you too could pace
Behind the wagon that we flung him in,
And watch the white eyes writhing in his face,
His hanging face, like a devil's sick of sin;
If you could hear, at every jolt, the blood
Come gargling from the froth-corrupted lungs,
Obscene as cancer, bitter as the cud
Of vile, incurable sores on innocent tongues,
My friend, you would not tell with such high zest
To children ardent for some desperate glory,
The old Lie: Dulce et Decorum est
Pro Patria mori»⁵¹.

Desde el inicio de la guerra, las comunidades científicas de los Estados beligerantes se involucraron en los respectivos esfuerzos de guerra. En Francia, la Academia de Ciencias se puso a disposición del Gobierno el 4 de agosto de 1914. Paul Painlevé, el distinguido matemático que se convirtió en ministro de Educación en octubre

⁵¹ «“¡Gas, gas! ¡Rápido, muchachos!”; un éxtasis de desconcierto/ Poniéndonos los toscos cascos justo a tiempo;/ Pero alguien aún estaba gritando y tropezando/ Y ardía retorciéndose, como ahogándose en cal viva.../ Borroso, a través de los empañados/ cristales de la máscara y de la tenue luz verde,/ Como en un mar verde le vi ahogarse./ En todas mis pesadillas, ante mi impotente mirada,/ Se desploma boqueando, agonizando, asfixiándose./ Si en algún sofocante sueño tú también puedes caminar/ Tras la carreta en la que lo pusimos,/ Y mirar sus blancos ojos moviéndose/ En su desmayada cara, como un endemoniado./ Si pudieses escuchar a cada traqueteo/ El gorgoteo de la sangre saliendo de sus destrozados pulmones./ Repugnante como el cáncer, nauseabundo como el vómito/ De horrorosas, incurables llagas en lenguas inocentes,/ Amigo mío, no volverías a decir con ese alto idealismo/ A los ardientes jóvenes sedientos de gloria/ La vieja mentira: “Dulce et decorum est pro patria mori”». J. SILKIN (ed.), *The Penguin book of First World War Poetry*, Londres, 1979, pp. 192-193.

de 1915, estableció un panel para analizar las invenciones relacionadas con materias de defensa bajo la dirección de otro matemático, Émil Borel, que integró la innovación industrial directamente en el esfuerzo de guerra.

De forma similar, la presión de los científicos alemanes llevó, en septiembre de 1914, al establecimiento del *Kriegsrohrstoffabteilung* (KRA, sección de materias primas) para proporcionar sintéticos y otros sustitutos para aquellas materias primas que escaseaban por el establecimiento del bloqueo económico aliado. El ejército alemán recurrió también al Instituto *Kaiser Wilhelm* de Electroquímica y Física de Berlín, cuyo director, Fritz Haber, pasó de desarrollar anticongelantes para vehículos del frente del Este, a ponerse al frente del programa de guerra química. Como otros científicos, Haber creía que si se aplicaba la ciencia a la guerra, se salvarían vidas, pues se acortaría la duración del conflicto⁵². En 1916 se estableció la Comisión Científica en el seno de la Oficina Suprema de Guerra, el *Kriegsamt*.

En Austria-Hungría, en 1916, la Escuela Técnica Superior de Viena fue reconvertida en un instituto de investigación para mejorar la producción de municiones. Cuando Estados Unidos ingresó en el conflicto, en abril de 1917, contaba ya con dos agencias establecidas como resultado de las observaciones sobre la guerra en Europa: el *Naval Consulting Board* y el *National Research Council*⁵³.

En Gran Bretaña, la aportación científica al esfuerzo bélico fue más lenta, a pesar de la existencia antes de la guerra de comisiones de asesoramiento científico como el *Royal Arsenal* en Woolwich y el *Royal Aircraft Factory* en Farnborough. Sin embargo, ni el ejército ni la marina respondieron con entusiasmo al ofrecimiento de la *Royal Society* en octubre de 1914 para establecer comités de asesoramiento, debido a la creencia de que la guerra sería corta. De hecho, no fue hasta julio de 1915 cuando se estableció el *Admiralty Board of Invention and Research*, mientras que en agosto de 1915, Lloyd George estableció el *Munitions Inventions Department*. Otro panel, el Comité de Invenciones Aéreas, comenzó a operar en mayo de 1917.

⁵² H. HARRIS, «To serve Mankind in Peace and the Fatherland at War: The case of Fritz Haber», *German History*, núm. 10, 1992, pp. 24-38.

⁵³ G. HARTCUP, *The war of invention: Scientific Developments, 1914-18*, Londres, 1988, pp. 29-37.

A menudo, las ideas que surgían de los comités eran bastante ridículas: sirvan como ejemplo el ya citado de lanzar pájaros con explosivos contra los submarinos alemanes o enviarlos contra las chimeneas de las fábricas de armamento alemanas Krupp. Como consecuencia, se puso el énfasis en iniciar investigaciones científicas razonables, o en el desarrollo de métodos de detección submarina desde noviembre de 1915. De forma similar, la investigación para la defensa antiaérea fue resultado del desarrollo de prototipos para fijar la altura y la trayectoria⁵⁴.

Los desarrollos prácticos durante el conflicto tendieron a realizarse a escala más reducida, como el mortero de trincheras Stoke, desarrollado por el departamento de guerra de trincheras. Sin embargo, con el apoyo del Ministerio de Municiones, los científicos industriales realizaron avances en áreas como la producción de municiones, la sustitución con sintéticos y los nuevos procesos industriales. El sionista Chaim Weizmann realizó una destacada contribución a la producción británica de municiones con un nuevo método de fabricación de acetona. En 1916 se estableció el Departamento para la Investigación Científica e Industrial con el objetivo de proporcionar una estructura más coherente y coordinada a la integración de la ciencia en el esfuerzo bélico.

Bajo la presión de la guerra, la ciencia también contribuyó con avances en medicina. La guerra inspiró una pequeña revolución médica. En 1914, por ejemplo, doctores militares británicos se enfrentaron a brotes de meningitis y a la amenaza del tifus, que había afectado a 60.000 soldados franceses en los primeros seis meses del conflicto. La guerra de trincheras introdujo el peligro del tétanos, de la infección de gangrena por gas y de la que sería denominada como «fiebre de las trincheras», causada por el hecho de rascarse los excrementos de los piojos. Se desarrollaron antisépticos y métodos de anestesia y nuevos sistemas de control y de prevención de enfermedades como la nefritis, la malaria, la disentería y el tifus⁵⁵.

⁵⁴ J. K. GUSEWELL, «Science and the Admiralty during World War I: The case of the Board of Invention and Research», en G. JORDAN (ed.), *Naval Warfare in the Twentieth Century, 1900-45*, Londres, 1977, pp. 105-17.

⁵⁵ J. D. C. BENNET, «Medical advances consequent to the Great War, 1914-18», *Journal of the Royal Society of Medicine*, núm. 83, 1990, pp. 738-742.

La prevalencia del tifus en los frentes del este y balcánicos llevó a patólogos austrohúngaros a desarrollar nuevas formas de diagnóstico precoz. Una nueva vacuna antitifoidea fue introducida por los franceses en febrero de 1915, lo que redujo su incidencia a menos de 1 por 100 en tan sólo doce meses. En Mesopotamia, las enfermedades causadas por una alimentación deficitaria, como el escorbuto, llevaron a avances en las teorías sobre las vitaminas como alternativas válidas a las erróneas explicaciones bacteriológicas del origen de esa enfermedad. Las transfusiones de sangre se impusieron como medida quirúrgica rutinaria y se produjeron destacadas innovaciones en la limpieza de heridas. El visible incremento de enfermedades del corazón entre los soldados, afección conocida como «el corazón del soldado», condujo a investigaciones pioneras en los hospitales británicos de Colchester y Hampstead⁵⁶.

También se generalizaron las transfusiones de sangre, al comprenderse el papel de los tipos sanguíneos. Se potenció el uso de rayos X y se perfeccionaron algunas técnicas de cirugía del cerebro. Los psiquiatras se ocuparon del hasta entonces no reconocido síndrome de «neurosis de guerra». Aunque muchos seguían insistiendo en que aquellos que lo padecían eran meros cobardes, finalmente se reconoció que no todas las heridas de guerra eran físicas. El psiquiatra británico W. H. Rivers demostró que los soldados traumatizados revelaban síntomas de enfermedad mental porque reprimían sus experiencias negativas. Se comprobó que desvelar esas experiencias y discutir las ayudaba a su recuperación. Los cirujanos plásticos tuvieron que reconstruir muchos rostros. Aunque normalmente se atribuye su desarrollo al período de la Segunda Guerra Mundial, la cirugía plástica fue establecida por el cirujano Harold Gillies durante la Gran Guerra. Asimismo, se desarrolló de forma significativa la producción de prótesis⁵⁷.

Aunque resulte paradójico, para muchos hombres la vida en el ejército supuso el acceso a una dieta más equilibrada, a un mejor alo-

⁵⁶ J. D. HOWELL, «“Soldier’s Heart”: The Redefinition of Heart Disease and Specialty Formation in Early Twentieth Century Great Britain», en R. COOTER (ed.), *War, Medicine and Modernity*, op. cit., pp. 85-105, y M. HARRISON, «The Fight against Disease in the Mesopotamia Campaign», en H. CECIL *et al.*, *Facing Armageddon*, op. cit., pp. 475-489.

⁵⁷ R. PANCHASI, «Reconstructions: Prosthetics and the Rehabilitation of the Male Body in World War I», *Differences*, núm. 7, 1995, pp. 109-140.

jamiento y ropa (en particular botas) y a mejores tratamientos médicos que en la vida civil. No es coincidencia así que muchos reclutas ganaran peso tras enrolarse. Los niveles de salud mejoraron como consecuencia de la mala salud con la que se incorporaban y de un mayor control público sobre la misma. El soldado se había convertido en algo valioso y su salud era vital para la supervivencia de la nación. En guerras anteriores se habían producido cinco muertos por enfermedad por cada uno en el campo de batalla. Sin embargo, entre 1914 y 1918, si se excluyen los efectos de la epidemia de gripe, el promedio fue de una muerte por enfermedad por cada 15 que se producía en el campo de batalla. Al mismo tiempo, fue el primer conflicto en el que los heridos tenían mayores probabilidades de vivir que de fallecer a causa de sus heridas. Así, mientras el 44 por 100 de los heridos en la Guerra de Secesión norteamericana fallecieron posteriormente, en la Gran Guerra tan sólo murieron el 8 por 100 de los heridos. Sin embargo, y a pesar de los enormes esfuerzos desplegados por las naciones en guerra, muchos hombres fallecían de heridas tratables. La dificultad de llegar hasta los heridos y de tratarlos en el campo de batalla o en hospitales cercanos se tradujo en que incluso heridas menores resultaran letales. Esto supuso que miles de hombres sufrieran una muerte lenta y dolorosa⁵⁸.

Entre las potencias occidentales, Francia tuvo el mayor índice de mortalidad entre sus heridos (a los 895.000 muertos en acción hubo que sumar otros 420.000 que fallecieron como consecuencia de heridas o de enfermedades). El servicio médico militar había sido preparado para una guerra breve y la prolongación del conflicto le tomó por sorpresa. El transporte de heridos desde el frente era muy rudimentario. Aunque, al inicio de la guerra, Clemenceau había denunciado la utilización del transporte de ganado para los heridos, y la gran cantidad de casos de tétanos que se producían de camino al hospital, sus denuncias fueron censuradas. Las condiciones tampoco mejoraban demasiado en los hospitales. El médico Louis Maufráis describió sus esfuerzos por intentar salvar a un herido: «Su rostro, con la mandíbula rota, no es más que una masa informe. Tras retirar algunos fragmentos de su boca, logramos introducirle un tubo en

⁵⁸ J. S. HALLER, «Treatment of Infected Wounds during the Great War, 1914-18», *Southern Medical Journal*, núm. 85, 1992, pp. 305-313.

el esófago por el que le hicimos pasar una especie de enema, algo de agua y un poco de café». El puesto médico donde se encontraba carecía incluso de agua para lavarse el barro de las manos antes de curar una herida. También se veía obligado a enterrar a los muertos que «a menudo apestaban de forma insoportable, sus rostros negros, hinchados y cubiertos de gusanos. Se necesitaba tener un estómago muy fuerte para desvestirlos y quitarles las chapas de identidad»⁵⁹.

Los exhaustos cirujanos se veían obligados a dividir a los heridos en tres categorías: los que iban a morir de todas maneras y, por lo tanto, no era necesario operar; los que podían ser operados pero no podrían regresar al servicio activo, y aquellos que seguirían siendo útiles para el esfuerzo bélico. Este tercer grupo era el que recibía una atención más esmerada, algo que se denominaba «conservación de efectivos». El segundo grupo era atendido tan sólo cuando era posible y de forma apresurada. Los resultados eran horripilantes. El médico francés Georges Duhamel recordaba «el caso del pobre Sandrap, que tenía que hacer sus necesidades por un agujero en un costado de su cuerpo»⁶⁰.

Factores psicológicos

El despertar de las fuerzas populares a principios del siglo xx había convertido a la publicidad en una industria muy influyente. La propaganda de guerra fue desde el inicio un factor destacado para mantener la moral. Ésta adoptó la forma de generar mensajes positivos para la causa nacional y suprimir mensajes no deseables. La propaganda se introdujo en los hogares en forma de periódicos, octavillas, postales y objetos, desde figurillas de Kitchener o Hindenburg, hasta juegos para niños. La guerra fue de ametralladoras y cañones, pero también de palabras e imágenes. Así, el 5 de agosto de 1914, poco después de iniciarse el conflicto, Gran Bretaña utilizó su marina para cortar la línea telegráfica subterránea que conectaba Alemania con Estados Unidos. A partir de ese momento, Gran Bretaña contro-

⁵⁹ Su experiencia en L. MAUFRAIS, *J'étais médecin dans les tranchées août 1914-juillet 1919*, París, 2008.

⁶⁰ Citado en A. HORNE, *The Price of Glory*, op. cit., p. 66.

laría las noticias de guerra que eran enviadas a Estados Unidos influyendo en los países neutrales⁶¹.

En los cines y auditorios, artistas como Harry Ludger o Charlie Chaplin animaban al público a amar a su país y a odiar al enemigo. Grandes carteles adornaban las paredes de las naciones combatientes. En Gran Bretaña, la propaganda se dirigió hacia el reclutamiento debido a que el ejército británico dependía al principio de los voluntarios. Tres de los más famosos carteles de la guerra eran sobre reclutamiento, de los cuales dos apelaban al orgullo masculino: «Papá, ¿qué hiciste en la guerra?» y «Las mujeres de Gran Bretaña dicen: “¡Acude!”», y el más famoso era el de lord Kitchener apuntando con su dedo, bajo el cual aparecía la inscripción: «Te necesito»⁶². Éste sería un cartel que funcionaría posteriormente muy bien en Estados Unidos con el Tío Sam. A finales de 1914, 1.190.000 hombres se habían alistado ya como voluntarios en Gran Bretaña, lo que descartó la necesidad de introducir el servicio militar obligatorio hasta enero de 1916. Los Gobiernos británicos fueron deliberadamente poco concretos sobre sus objetivos de guerra, pero contaban con la ventaja de publicistas como H. G. Wells, que proporcionaban frases que sustituían a la política. Algunas como «Guerra para acabar con la guerra» y «guerra para hacer el mundo más seguro para la democracia» tuvieron un poderoso efecto tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos⁶³.

En Francia y Alemania, donde existía el reclutamiento universal, la propaganda se dirigió hacia los líderes civiles debido a que los bonos eran la principal fuente de financiación de la guerra. En Francia uno de los más famosos fue «On les aura!» («¡Les venceremos!»), que se convirtió en un lema nacional. Es una frase que se atribuye al general Pétain, aunque fue «acuñada» por el capitán Bernard Serrigny, que la había tomado de un periódico. Conforme se intensificaba el conflicto y el entusiasmo de la población daba signos de fla-

⁶¹ H. C. PETERSON, *Propaganda for War: The Campaign Against American Neutrality, 1914-1917*, Norman, 1939.

⁶² N. HILEY, «“Kitchener Wants You” and “Daddy, What did you do in the War?” The Myth of British Recruiting Posters», *Imperial War Museum Review*, núm. 11, 1997, pp. 40-58.

⁶³ M. SANDERS, *British Propaganda in the First World War, 1914-1918*, Londres, 1983.



Kitchener como arma de propaganda.



El nuevo papel de la mujer.

queza, la propaganda adoptó la forma de vilipendiar al enemigo. Curiosamente, el creador de la propaganda más dura fue un neutral, el holandés Louis Raemaekers, cuyas descripciones de los alemanes como asesinos de niños, violadores y asesinos de masas fueron las más gráficas de todo el conflicto⁶⁴.

La técnica de propaganda más utilizada fue la de las atrocidades. En Gran Bretaña, donde era preciso animar a los jóvenes a alistarse, aparecieron numerosas historias de ese tipo. Una de las primeras fue la de Grace Hume, enfermera de veintitrés años cuya historia apareció en varios periódicos británicos. Se informó que las tropas alemanas avanzando por Vilvorde en Bélgica habían atacado un hospital, matando a los heridos y, posteriormente, cortándole los pechos a Hume. Sin embargo, el diario *The Times* descubrió que la enfermera Hume se encontraba en Huddersfield y que nunca había estado en Bélgica. La historia había sido inventada por la hermana menor de Hume, pero, a pesar de todo, ninguno de los periódicos que habían publicado la historia ofreció a sus lectores una rectificación⁶⁵.

Uno de los fusilamientos que causó mayor conmoción fue el de la enfermera británica Edith Cavell. Había colaborado en organizar una red de escape para soldados aliados atrapados tras las líneas alemanas. Tras ser descubierta, fue juzgada por espionaje y condenada a muerte, a pesar de los enormes esfuerzos del representante de España en Bélgica, el marqués de Villalobar. El embajador Brand Whitlock apuntó en su diario: «Esto es lo que lo brutos alemanes son capaces de hacer, sin remordimientos, sin vergüenza; y éste no es más que otro caso en esta Europa que ha perdido la razón»⁶⁶. Es probable que la gestión del representante español hubiese tenido éxito de haber contado con un telegrama del rey Alfonso XIII para reforzar su petición ante las autoridades locales alemanas. Faltó también una reacción más rápida y contundente por parte del presidente norteamericano Woodrow Wilson.

El 12 de octubre de 1915, Cavell era fusilada en Bruselas. Tras el fusilamiento, un oficial alemán «desenfundó su revólver, puso su ro-

⁶⁴ <http://www.firstworldwar.com/bio/raemaekers.htm>.

⁶⁵ Véase H. LASSWELL, *Propaganda technique in World War One*, Cambridge, 1971.

⁶⁶ A. NEVINS (ed.), *The Letters and Journal of Brand Whitlock*, Nueva York, 1936, p. 218.

dilla en tierra, apuntó con calma y le disparó un tiro en la cabeza»⁶⁷. Su fusilamiento hizo un daño devastador a la imagen de Alemania en el mundo y el káiser comenzó a ser apodado «el Rey de los Vándalos» y «El nuevo Atila». El Gobierno alemán se defendió acusando a Cavell de haber distribuido dinamita para volar puentes⁶⁸. En Londres, su estatua fue situada al norte de Trafalgar Square y, durante meses, los hombres hicieron guardia cerca de ella para asegurarse de que todo el que pasara delante se quitara el sombrero. Su busto en St. Martin's Place, en Londres, era un testimonio del continuo culto a Edith Cavell como símbolo de las heroicas mujeres británicas. Tras la guerra, su cuerpo fue enterrado cerca del memorial de la Gran Guerra de la catedral de Norwich, en Inglaterra. En su tumba se pueden leer sus últimas palabras:

«Standing as I do, in view of God and
Eternity, I realize that patriotism
Is not enough, I must have no hatred
Or bitterness toward anyone»⁶⁹.

En Bélgica se produjo una desobediencia civil que en muchos casos fue sutil. En Bruselas la gente se negaba a compartir asiento con los alemanes en los tranvías, dándoles la espalda. Los ciudadanos de Bruselas abandonaban las cafeterías y los restaurantes cuando los alemanes ingresaban en ellos. Los alemanes prohibieron la bandera nacional, pero los comerciantes utilizaban cordones de color negro, rojo y amarillo para empaquetar las compras. Otro objetivo era no obedecer la orden alemana de introducir el horario de Berlín. El pueblo mantuvo «la hora de los Aliados», con una hora de retraso respecto a la «hora *boche*» impuesta por los alemanes. Es difícil saber qué ganaban los alemanes con esa medida. Sin embargo, conservar la hora belga era considerado «hostil». Ya que esta orden era difícil de com-

⁶⁷ AGP, OPC, caja 37, Recortes de prensa descabezados anexos al expediente, fechados el 19 y 20 de octubre de 1915. E. GREY, *Friend within the gates: The Story of Nurse Edith Cavell*, Boston, 1971.

⁶⁸ H. SULZBACH, *With the German Guns: Four Years on the Western Front, 1914-1918*, Londres, 1973, p. 132.

⁶⁹ «Al encontrarme yo ante Dios y ante la eternidad, me doy cuenta de que el patriotismo no es suficiente, no debo sentir odio ni rencor hacia nadie»; I. VINTON, *The Story of Edith Cavell*, Nueva York, 1929, p. 179.

batir, los relojes de Bruselas tendían a adelantarse o retrasarse. Tan sólo la alcaldía (ocupada por la *Kommandatur* alemana) mostraba la correcta «hora alemana». Los belgas se referían a ella «como la hora del Ayuntamiento»⁷⁰. Las invitaciones sociales se hacían con las siglas H. B. («Hora Belga»), aunque eso también era ilegal⁷¹. En palabras del diplomático Hugh Gibson: «Los alemanes están creando problemas por tonterías, cuando tienen una guerra entre manos»⁷².

Conforme se prolongaba la ocupación, señaló un observador norteamericano, «la gente vivía atemorizada y sólo hablaba de los alemanes en susurros». El toque de queda era estrictamente respetado. Por las noches, las ciudades «estaban oscuras y silenciosas, porque cuando uno no tiene aceite para las lámparas, debe irse a dormir con la puesta del sol»⁷³. Las comunicaciones en Bélgica se detuvieron, no circulaba ningún tren que no fuera militar, y se detuvo el servicio postal. Los alemanes habían prohibido todo tipo de periódicos, pero un sistema clandestino comenzó a distribuir diarios extranjeros y, a pesar de la amenaza alemana de que cualquier persona que estuviera en posesión uno de esos diarios sería fusilada, éstos continuaron distribuyéndose a altos precios⁷⁴.

El trato brutal dado a los belgas por los alemanes, cinco mil de los cuales fueron ejecutados durante la guerra, llevó a la aparición de historias no contrastadas sobre niños mutilados, saqueo y violaciones, en particular durante los primeros meses de la guerra. Aunque lord Northcliffe ofreció doscientas libras por una fotografía genuina de esas mutilaciones, nunca apareció nadie para reclamar el premio. Por su parte, los periódicos alemanes narraban historias de civiles belgas mutilando a soldados alemanes heridos, religiosos disparando como francotiradores y la utilización masiva por parte de los Aliados de proyectiles dum-dum, balas con cortes en la punta para facilitar la

⁷⁰ L. GILLE, A. OOMS y P. DELANDSHEERE, *Cinquante mois d'occupation allemande*, Bruselas, 1919, p. 476.

⁷¹ AFV, Informe del marqués de Villalobar al ministro de Estado, febrero de 1915.

⁷² HIASU, Gibson Papers, caja 32, Carta de Hugh Gibson a su madre, 16 de noviembre de 1914.

⁷³ HIASU, Fondos Scott Hutt Paradise, caja 1, legs. 1-6, Informes desde Bélgica, diciembre de 1914.

⁷⁴ HIASU, Gibson Papers, caja 32, Carta de Hugh Gibson a su madre, 16 de septiembre de 1914.

deformación al romperse la cubierta dejando esquirlas y heridas terribles. En 1914 el Gobierno británico estableció la Oficina de Propaganda de Guerra Secreta para rebatir esas acusaciones y lograr el apoyo neutral para la causa aliada⁷⁵.

Durante el resto de la guerra, las historias de atrocidades alemanas continuaron, alimentadas por sucesos como la ejecución de Cavell, el hundimiento del *Lusitania*, los ataques navales y aéreos contra las ciudades británicas y la utilización de gas en el frente de batalla. Cuando escaseaban las historias, la prensa demostraba una gran capacidad de inventiva. La falta de verificación de las historias sobre las atrocidades alemanas en los primeros meses del conflicto llevó a la creación de un comité para investigarlas, dirigido por lord Bryce, que había sido embajador en Washington. Sin embargo, ningún testigo lo hizo bajo juramento ni fue tampoco identificado en el informe final⁷⁶.

Tras la guerra, los nacionalistas alemanes utilizaron la propaganda británica como una excusa para justificar la derrota del «invencible» ejército alemán. Ludendorff afirmaría: «Estábamos hipnotizados por la propaganda aliada, como un conejo con una serpiente. Fue muy aguda, y concebida a gran escala». Sería un argumento utilizado por Hitler para justificar el control sin precedentes de noticias durante el Tercer Reich. Lo que no comprendieron es que la propaganda resulta inútil si la mayoría de la población no se muestra dispuesta a escucharla y a creérsela. La propaganda británica y francesa, incluso con los excesos de las invenciones sobre atrocidades, proclamaban los méritos de unos pueblos esencialmente unidos que creían en la justicia de la causa por la que luchaban. La propaganda alemana difería poco en la forma de los esfuerzos británicos y franceses, pero era muy distinta en tono. La utilización de figuras elitistas o militares para transmitir el mensaje de la causa alemana fracasaba en aliviar las inquietudes de los trabajadores⁷⁷.

⁷⁵ G. MESSINGER, *British Propaganda and the State in the First World War*, Manchester, 1992.

⁷⁶ T. WILSON, «Lord Bryce's Investigation into Alleged German Atrocities in Belgium, 1914-1915», *Journal of Contemporary History*, núm. 3, julio de 1979, pp. 369-383.

⁷⁷ Sobre la moral en general, véanse E. DINTER, *Hero or Coward: Pressures facing the soldier in battle*, Londres, 1985, y F. M. RICHARDSON, *Fighting Spirit: A Study of Psychological Factors in War*, Londres, 1978.

La censura intervino para eliminar aquellas historias que resultaban perjudiciales para el esfuerzo de guerra y se eliminaron también las listas de fallecidos, pues se concluyó que dañaban la moral. En Francia la prensa limitó las historias más ridículas y aterradoras del barbarismo alemán, pues se comprobó que no ayudaban a mantener el ánimo. Los Gobiernos europeos se percataron pronto de que, en realidad, no era preciso utilizar la censura, ya que la prensa se movilizó de manera efectiva, narrando historias patrióticas, a menudo inventadas, consecuencia de la falta de noticias oficiales.

Resulta complicado determinar a ciencia cierta el efecto de las medidas de propaganda. En muchos casos sólo funcionó cuando confirmaban sentimientos preexistentes. Los franceses aceptaban la guerra porque «eran parte de una nación». La mayoría de los alemanes sentía un genuino orgullo en su *Kultur*. Pero gran parte de los ciudadanos de todo el mundo sentían que debían soportar la guerra «hasta que los muchachos regresaran a casa», tal y como decía la canción. Por otro lado, algunos sectores hicieron campaña por la paz. En Gran Bretaña, los socialistas y los no-conformistas se opusieron a la guerra argumentando que la vida humana era sagrada y que los Gobiernos no tenían ningún derecho a obligar a nadie a portar armas. Gran Bretaña y Estados Unidos (en 1917) fueron los únicos países donde se permitió la objeción de conciencia. De los 16.000 británicos objetores, 1.500 era objetores «absolutos», es decir, se negaban a prestar cualquier tipo de servicio relacionado con la guerra⁷⁸.

Muy pocos franceses cuestionaron la necesidad de defender la patria. Existió poco apoyo para los sentimientos antibelicistas de escritores como Romain Rolland, que tuvo que trabajar desde Suiza. El revolucionario sindicalista, Clovis Andrieu, organizó una serie de huelgas contra la guerra, pero, tras su detención a principios de 1918, el movimiento con él iniciado decayó. Si el pacifismo acarrearía riesgos en Gran Bretaña y Francia, resultaba imposible en Alemania, donde los censores no bajaban la guardia. Sin embargo, en clubes privados y casas particulares se llevaban a cabo lecturas «nihilistas» y poemas que expresaban el absurdo bélico. Con el progresivo de-

⁷⁸ C. S. PEEL, *How We Lived Then, 1914-1918: A Sketch of Social and Domestic Life in England During the War*, Londres, 1929, y J. RAE, *Conscience and Politics: The British Government and the Conscientious Objector to Military Service, 1916-19*, Oxford, 1970.

terioro de las condiciones de vida aumentó el descontento. Así, miles de personas se congregaron el Día del Trabajo de 1916 para escuchar al líder socialista Karl Liebknecht gritar: «¡Abajo la guerra!», antes de ser arrestado y condenado a cuatro años de cárcel. Las huelgas alemanas de 1917-1918 fueron más pacifistas que las francesas y contaron con mayor apoyo⁷⁹.

También se cuidaron los aspectos psicológicos de los hombres en el frente. Uno de los pocos momentos alegres de la vida en las trincheras era la llegada de la correspondencia con noticias de los hogares. Para las mujeres que esperaban en los hogares, la llegada de una carta significaba la certeza de que el marido, padre, hijo o hermano seguía con vida. Los mandos militares, que entendían esa necesidad, no escatimaron a la hora de proporcionar a los soldados tarjetas que no requirieran franqueo. Debido a la poca familiaridad de muchos soldados con la escritura, se utilizaron tarjetas con frases ya impresas o palabras dirigidas a la propaganda de la guerra, donde lo único que hacía el soldado era firmar. Aunque, como es lógico, existía una red de comités de censura para que no se filtraran noticias secretas como el lugar desde donde se escribía, o sentimientos poco patrióticos. El «periodismo de trinchera» era vigilado de cerca. Existieron cerca de cien de esos diarios escritos por las tropas británicas y del Imperio, y unos cuatrocientos por las tropas francesas. Sin embargo, esos diarios eran en gran parte creados por suboficiales de clase media y estaban, por tanto, autocensurados⁸⁰.

En Gran Bretaña, el ejército contaba con un sistema de cantinas de regimiento, la Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA) y fondos para el bienestar de los soldados: hacia abril de 1917 la FEB recibía 800.000 paquetes cada semana. Los cines, los conciertos y las fiestas mencionadas frecuentemente en las memorias británicas no aparecen en las francesas. En Gran Bretaña, el entretenimiento de las tropas era organizado, en general, por la YMCA. Los encuentros deportivos, los torneos de boxeo y los partidos de fútbol y de *cricket* permitían levantar la moral y, de forma indirecta, proporcionaban a

⁷⁹ H. TROTMAN, *Karl Liebknecht, 1871-1919: A Political Biography*, Nueva York, 1984, y B. DUCHATELET, *Romain Rolland tel qu'en lui-même*, París, 2002.

⁸⁰ D. ENGLANDER, «Soldiering and Identity: Reflections on the Great War», *War in History*, núm. 1, 1994, pp. 300-318.

las tropas la oportunidad de avergonzar a los oficiales sin incurrir en faltas de disciplina⁸¹.

El ejército francés nunca contó con esos «lujos». Tuvo que transcurrir un año de guerra para que se concedieran permisos reglamentarios, e incluso entonces el *permissionnaire* perdía muchas horas, a veces días enteros, viajando a una lentitud exasperante en trenes abarrotados con ventanas rotas. Durante sus largas esperas en las estaciones de tren, no existía nada semejante al YMCA. Era raro encontrar una cantina y, en cualquier caso, apenas disponían de dinero para gastar. En ocasiones, debido a insólitos errores burocráticos relacionados con los pases de los soldados, éstos no llegaban a sus hogares, sino que se veían obligados a pasar sus permisos en alguna extraña y cara ciudad. Para los más afortunados, el único consuelo era contar con la benevolencia de una «madrina».

El curioso fenómeno de las «madrinas» se utilizó como alternativa para mantener la moral de las tropas francesas. Se trataba de mujeres que apoyaban personalmente a soldados manteniendo correspondencia con ellos. En un primer momento, esta idea surgió para proporcionar prendas de lana a los soldados y luego se extendió hasta convertirse en un poderoso instrumento de propaganda. A menudo, los asustados soldados se sentían motivados a lanzarse al ataque más por el temor al desprecio de sus madrinas que por el miedo a sus sargentos. Para la mayoría, las madrinas eran simplemente unas mujeres desconocidas que les escribían preciosas cartas de amor en las que les pedían que fueran valientes y, llegado el caso, murieran con honor. Para una minoría de soldados, las madrinas llegaron a compartir cama con ellos cuando se encontraban de permiso. A veces, el sistema traicionaba sus propios objetivos, como en el caso de un sargento que coleccionó 44 madrinas, por lo que sus permisos no eran lo suficientemente largos para mantenerlas a todas contentas y acabó desertando. Pero el principal objetivo era que las madrinas mantuviesen la moral de las tropas y les recordaran que sus esfuerzos y sufrimiento eran valorados por los civiles, en este caso las mujeres, que pasaban a representar así un papel en el esfuerzo de

⁸¹ J. WINTER, «Popular Culture in Wartime Britain», en A. ROSHWALD y R. STITES (eds.), *European Culture in the Great War: The Arts, Entertainment and Propaganda, 1914-1918*, Cambridge, 1999, y A. WILKINSON, *The Church of England and the First World War*, Londres, 1973, pp. 109-135.

guerra. Sin embargo, la iniciativa fue recibida con recelo por los sectores más conservadores de la sociedad francesa debido a las connotaciones sexuales de la relación⁸².

La fuerza más estable en lo relativo a la moral fue el ejército británico. El sistema logístico era el mejor de todos los contendientes y eso explica que la desmoralización fuera menor que en otros ejércitos. En general, los soldados británicos estaban mejor alimentados y vestidos, y disfrutaban de un mejor servicio médico que los de los otros combatientes. La disponibilidad de pequeños placeres explica, en parte, el colapso ruso, dado que este país se encontraba en el otro extremo de la eficiencia logística: «Lo estamos pasando muy mal», escribía un soldado ruso, «no hemos recibido pan en dos semanas». Problemas similares aquejaron al ejército austrohúngaro: «Creo que moriremos de hambre antes de que nos alcance una bala», escribió a su madre un soldado austriaco. Los soldados turcos se batían con una tenacidad impresionante, pero desertaban en masa cuando no les reemplazaban las botas, la comida era pésima o no recibían su paga⁸³. Aunque todos los ejércitos parecieron comprender las complejidades del problema de la moral, pocos podían afrontar sus causas. Cuando los soldados alemanes se quedaron sin calcetines o sin comida decente, no era consecuencia de un Gobierno cruel o ineficiente, sino de que la maquinaria militar alemana estaba operando al límite. El Imperio otomano contaba con suficientes alimentos para todos sus soldados, sin embargo carecía de la capacidad logística para hacérsela llegar.

Un factor psicológico considerable era el temor a los espías. Ese miedo ya había sido capitalizado por autores en obras anteriores a la guerra, como en la célebre novela de Erskine Childers, *The Riddle of the Sands* (*El enigma de las arenas*), de 1900, en la que dos hombres en un velero descubrían a la flota alemana presta a invadir Inglaterra. La

⁸² S. R. GRAYSEL, «Mothers, Mairaines, and Prostitutes: Morale and Morality in First World War France», en *International History Review*, núm. 19, 1997, pp. 66-82.

⁸³ Véanse N. CORNISH, *The Russian Army in the First World War*, Londres, 2006; E. ERICKSON, *Ordered to Die: A History of the Ottoman Army in the First World War*, Westport, 2001; E. ZÜRCHER, «Between Death and Desertion: The Experience of the Ottoman Soldier in World War I», *Turcica*, núm. 28, 1996, pp. 235-258, y G. WAWRO, «Morale in the Austro-Hungarian Army: The Evidence of Habsburg Army Campaign Reports and Allied Intelligence Officers», en H. CECIL *et al.*, *Facing Armageddon*, *op. cit.*, pp. 399-412.

trama era tan verosímil que dos oficiales de la marina acudieron a investigar la zona. Fueron arrestados, acusados de espionaje y encarcelados. En la novela de William Le Queux, *A Secret Service* (*Un servicio secreto*), de 1911, se afirmaba que había 50.000 soldados alemanes en Gran Bretaña, camuflados como camareros y turistas. Alertaba de la existencia de una asociación, La Mano Escondida, preparada para trabajar para los alemanes⁸⁴. Cuando finalmente estalló la guerra, Gran Bretaña era presa de rumores de espionaje alemán y los diarios anunciaban los nombres de posibles espías. En realidad, no había espías alemanes en Gran Bretaña, pero no tardarían en llegar⁸⁵.

Sir Mansfield Cummings dirigía el Secret Service británico, que contaba con pocos fondos y menos personal. Sir Vernon Kell se encargaba de la inteligencia militar y era responsable de la censura postal buscando espías entre las cartas. El descifrador de códigos era sir Reginald Hall, a cargo de la inteligencia naval, que tendría un papel determinante en el llamado «Telegrama Zimmermann». Otro hombre destacado era Basil Thomson, a cargo del Special Branch⁸⁶.

El hombre encargado del espionaje alemán en Gran Bretaña era Gustav Steinhauer. Había pasado largas temporadas en Gran Bretaña y, haciéndose pasar por pescador, había tomado fotos de buques británicos en la base de Scapa Flow. En vez de reclutar a alemanes, Steinhauer consideró más útil recurrir a norteamericanos descendientes de alemanes y a escandinavos que dominaban el inglés. Utilizando pasaportes falsos, los espías alemanes no tenían muchas dificultades en ingresar en Gran Bretaña desde Estados Unidos o desde países neutrales. Un punto débil era su tendencia a visitar áreas sensibles como puertos, diques y zonas de entrenamiento. Debido a la imposibilidad de recurrir al telégrafo, recurrió a cartas codificadas y tinta invisible para transmitir sus informaciones⁸⁷.

El primer espía alemán capturado en Gran Bretaña fue Karl Hans Lody, un antiguo oficial naval que hablaba inglés a la perfección. Fue rechazado por Steinhauer y decidió entonces espiar por su cuenta. Se

⁸⁴ E. CHILDERS, *The Riddle of the Sands*, Londres, 2011, y W. LE QUEUX, *A Secret Service*, Londres, 2010.

⁸⁵ Véase J. MORTON, *Spies of the First World War*, Londres, 2010.

⁸⁶ W. JAMES, *The Eyes Of The Navy: A Biographical Study Of Admiral Sir Reginald Hall*, Londres, 1956.

⁸⁷ G. STEINHAUER, *Steinhauer: The Kaiser's Master Spy*, Londres, 1930.

cree que fue el espía que indicó erróneamente que tropas rusas estaban llegando a Escocia. Sin embargo, Lody había escuchado mal, en vez de «Rusia», esas tropas venían de «Rosshire». Antes de ser ejecutado, escribió una carta de agradecimiento al Gobierno británico por su «amable trato». Otros espías alemanes que correrían la misma suerte fueron Antón Kupferle, Georg Breeckow y el brillante violinista brasileño Fernando Buschman. El suizo Ernst Melin eligió espíar para Alemania debido a problemas financieros, y antes de ser fusilado insistió en estrechar la mano del pelotón de ejecución. Otro espía célebre fue el músico Courtney de Rysbach, austriaco de nacimiento, pero naturalizado británico, que envió mensajes a los alemanes escritos entre sus partituras⁸⁸.

Uno de los espías que llevó una vida más aventurera fue Trebitsch Lincoln, nacido en Hungría y que, tras fracasar como periodista, emigró a Alemania y posteriormente trabajó en Gran Bretaña y Canadá. A su regreso a Londres conoció a Lloyd George, que lo recomendó para que trabajara con el sociólogo Seeböhm Rowntree. Lincoln pidió a Rowntree apoyo para presentarse como candidato liberal a las elecciones generales de 1909. Fue un pésimo parlamentario, y cuando Rowntree le pidió la devolución del dinero que le había prestado para su campaña, éste se fugó a Estados Unidos ofreciendo sus servicios como espía a los alemanes. El Gobierno británico exigió su extradición, aunque eso sólo agravó su errático comportamiento. Tras la guerra, se involucró en la política alemana y se mudó a Checoslovaquia, pero tuvo que huir acusado de robar dinero. En 1921 se mudó a China, donde se convirtió al budismo y viajó por todo el mundo como «embajador de la paz». Al parecer, falleció en un hostal de Shanghái en 1943⁸⁹.

Otro famoso espía fue Sigmund Georgievich Rosenblum. Aunque gran parte de su vida está rodeada de misterio, se cree que nació en Rusia, hijo de un coronel del ejército. Hablaba seis idiomas y comenzó a trabajar para el servicio secreto británico (bajo el seudónimo de Sidney Reilly), aunque como colaborador no contratado. Fue empleado como soldador en las factorías Krupp y posteriormente como cons-

⁸⁸ D. FRENCH, «Spy Fever in Britain, 1900-1915», *Historical Journal*, núm. 21, 1978, pp. 355-370, y P. PANAYI, *The Enemy in our Midst: Germans in Britain during the First World War*, Nueva York, 1991.

⁸⁹ B. WASSERSTEIN, *The Secret Lives of Trebitsch Lincoln*, Londres 1988.

tructor naval, lo que le permitió sustraer importantes planes que pasó a los británicos. Es posible que trabajara al mismo tiempo para las inteligencias rusa y norteamericana. Algunas fuentes señalan que vivió un año en Nueva York, entre 1914 y 1915, dedicado a vender armas tanto a los alemanes como a los rusos. En 1917 se unió a la fuerza aérea y trabajó recopilando información tras las líneas alemanas. Sus actividades de espionaje no finalizaron con la guerra, pues fue enviado a Rusia para espiar al Gobierno de Lenin. Allí fue detenido y fusilado en 1925. Algunos autores señalan que Reilly sirvió de inspiración a Ian Fleming para su más famoso personaje de ficción, James Bond⁹⁰.

El nuevo papel de la mujer

La Gran Guerra tuvo un enorme impacto en la situación de la mujer en la sociedad. Aunque tradicionalmente la guerra había sido una cuestión de hombres, la actitud hacia las mujeres en la lucha variaba en cada país. En Gran Bretaña nadie parecía defender que las mujeres combatesen, aunque algunas sí lo hicieron. Uno de los casos más ilustrativos fue el de Flora Sandes, única mujer británica que sirvió oficialmente como soldado, aunque su participación se produjo en las filas del ejército serbio. Reclutada como enfermera, participó en combate, fue condecorada y ascendida a sargento mayor⁹¹. En Francia la cuestión de las mujeres luchadoras fue más debatida, tal vez debido al tradicional papel de las mujeres en los combates revolucionarios y quizás por contar con Juana de Arco como símbolo nacional en tiempos de guerra.

En Rusia, desde 1914, tantas mujeres se habían unido a las tropas zaristas de primera línea disfrazadas como hombre que, tras la revolución de febrero, las mujeres solicitaron que se les permitiesen formar su propia unidad de combate. En junio de 1917, el primer batallón ruso de mujeres, denominado «de la Muerte» se formó bajo el mando de María Bochkareva, una campesina siberiana. Hasta 2.000 mujeres se presentaron voluntarias. La unidad participó en combate en julio de 1917. Se formaron otros batallones de mujeres, pero el

⁹⁰ A. COOK, *Ace of Spies: The True Story of Sidney Reilly*, Londres, 2004, y A. LYCETT, *The Man Behind James Bond*, Londres, 1996.

⁹¹ L. MILLER, *A Fine Brother: The Life of Captain Flora Sandes*, Richmond, 2012.

Gobierno comenzó a albergar dudas debido a los efectos que tales unidades podían tener sobre los soldados⁹².

Finalmente, en 1917 los británicos permitieron que las mujeres se enrolaran en el ejército, estableciendo el Cuerpo Auxiliar de Mujeres del Ejército (WAAC). Este cuerpo voluntario se limitó a desempeñar tareas no combatientes, muchas de las cuales ya eran consideradas «tareas femeninas», como mecanografía y cocina, aunque algunas eran novedosas, como mecánica o conducción. Este Cuerpo fue introducido en el contexto del reclutamiento masculino en Gran Bretaña, pues se esperaba que el ejemplo de las voluntarias femeninas haría que menos hombres buscasen exenciones del servicio militar. Uno de los efectos de la formación del WAAC fue la propagación de rumores de conducta inmoral por parte de sus miembros en Francia. Estos rumores fueron tan persistentes que, en 1918, el Gobierno estableció un comité de investigación formado únicamente por mujeres. La investigación encontró que tan sólo el 0,3 por 100 de las mujeres se habían quedado embarazadas. El estudio concluía que se trataba de rumores que habían sido iniciados por hombres resentidos que habían sido enviados al frente de batalla como resultado de la llegada del WAAC⁹³.

Los franceses no sufrieron ese problema. Aunque también utilizaron mujeres para realizar trabajos similares a los del WAAC, las emplearon principalmente como trabajadoras civiles más que como soldados. Así, por ejemplo, en la ciudad de Toulouse, entre otras ciudades francesas, comenzaron a trabajar las primeras mujeres en el servicio postal, como bomberos y como conductoras de tranvías, llamadas *Ponsinettes*, pues la empresa era propiedad de un tal M. Pons. Las mujeres que trabajaban en las fábricas de armamento eran llamadas *munitionettes*. Hacia 1917 cada vez menos mujeres estaban dispuestas a trabajar para el ejército, lo que supuso que más hombres tenían que realizar esos trabajos. Esto, añadido a la escasez de tropas de primera línea, explica las razones por las que los franceses adoptaron una actitud más defensiva en el frente occidental hacia el final de la guerra.

⁹² J. WHEELWRIGHT, *Amazons and Military Maids: Women who dressed as men in pursuit of life, liberty and happiness*, Londres, 1989.

⁹³ E. CROTHWAIT, «The Girl Behind the Man Behind the Gun: The Women's Army Auxiliary Corps, 1914-18», en L. DAVIDOFF y B. WESTOVER (eds.), *Our Work, Our Lives, Our Words*, Totowa, 1986, pp. 161-181, y C. HASTE, *Rules of Desire: Sex in Britain: World War I to the Present*, Londres, 1992.

Si las mujeres eran necesarias para servir en el ejército durante el conflicto, también se las requería para que efectuasen los trabajos que los hombres habían abandonado al incorporarse a filas. Hacia principios del siglo XX un número cada vez más destacado de mujeres realizaba trabajos remunerados. Las principales ocupaciones para las mujeres de clase media eran trabajos administrativos, como enfermeras, profesoras, servicio doméstico y el trabajo en factorías para las mujeres de clase trabajadora. Estas mujeres trabajadoras eran tradicionalmente solteras o viudas, pues la mayoría de las mujeres casadas permanecía en sus hogares. La escasez de hombres durante la guerra supuso que los empleadores tuvieran que contratar a mujeres. Aunque la imagen de las mujeres británicas durante la guerra se relaciona a menudo con la fabricación de proyectiles, la realidad es que muchas más trabajaron en tareas administrativas, liberando así a hombres para el servicio militar⁹⁴.

No todas las mujeres respondieron contribuyendo al esfuerzo nacional de guerra. Algunas se manifestaron contra el conflicto al igual que algunos hombres, pero, de alguna manera, el antimilitarismo femenino y el pacifismo tuvieron un mayor impacto. Sus esfuerzos fueron a menudo internacionales y mujeres de la mayor parte de los Estados europeos y de Estados Unidos se reunieron para defender la causa de la paz. Una de dichas reuniones fue el Congreso Internacional de La Haya celebrado en 1915, al que asistieron mil mujeres que se mostraron de acuerdo en presionar a sus respectivos Gobiernos. Muchos comenzaron a pensar que los pacifistas estaban siendo engañados por agentes enemigos. La sospecha de infiltración enemiga tuvo como consecuencia el ataque a una mujer que ha suscitado una enorme atención popular desde entonces⁹⁵.

Fue el caso de Mata Hari («ojo del día» en lengua malaya), cuya historia se ha mezclado con la leyenda y ha suscitado siempre un gran interés debido a la combinación de dos atractivos temas: el espionaje y el sexo. Nacida en Holanda, su verdadero nombre era Gertrude Margaretha Zelle. Abandonada por su marido, se dedicó a la prosti-

⁹⁴ Véase G. BRAYBON, *Women workers in the First World War*, Londres, 1989. Véase también A. WOOLLACOTT, *On their Lives Depend: Munitions Workers in the Great War*, Berkeley, 1994.

⁹⁵ Véase K. ROBBINS, *The Abolition of War: The Peace Movement in Britain, 1914-19*, Cardiff, 1976.

tución y a la danza erótica. Su «danza sagrada», a medio camino entre el orientalismo, la seducción, el *art nouveau* y el espectáculo, fue acogida con éxito en Europa. Fascinante, misteriosa y frágil, Mata Hari escuchaba confidencias de muchos oficiales hastiados de la vida de cuartel. Como ciudadana holandesa, tenía libertad para viajar por Europa y eso hizo que tuviese amantes entre los oficiales alemanes y ministros franceses, incluyendo a Adolphe-Pierre Messimy, ministro de la Guerra. Se ha afirmado, sin pruebas, que durante este período espío para Alemania y Francia. Fue arrestada en 1917 por el servicio secreto francés. La evidencia era muy débil, sin embargo sus antiguos amantes se negaron a prestar declaración en su defensa. Fue ejecutada en la prisión de Saint Lazare. Los alemanes negaron tras la guerra que hubiese estado a su servicio y resulta plausible que los franceses la utilizaran para captar la atención de los medios en un momento en que se estaba intentando ocultar el fracaso de una ofensiva francesa y motines entre los soldados⁹⁶.

La idealización de Mata Hari ha reforzado una visión más tradicional del lugar de las mujeres y ha proyectado una imagen errónea del papel de la mujer en la Gran Guerra. Muchas habían contribuido al esfuerzo de guerra de sus países, y aquellas que lo cuestionaban lo hicieron a riesgo de su propia posición en la sociedad. Tras la guerra, la mayor parte de las mujeres en los Estados beligerantes lograron el derecho a voto. Francia, sin embargo, fue la excepción. Allí, el sufragio femenino tan sólo sería introducido tras la Segunda Guerra Mundial. En otros lugares, lograr el derecho al voto fue considerado como un premio por la contribución de las mujeres a los esfuerzos nacionales de guerra. Sin embargo, la mayor libertad política no se tradujo en un aumento de la libertad económica. La mayoría de las mujeres que habían realizado trabajos considerados masculinos durante la guerra tuvieron que abandonarlos una vez que ésta finalizó. Sin embargo, ya no se regresaría a 1914. La guerra otorgó a las mujeres más oportunidades y una mayor libertad, aunque también generó un gran dolor y unos años muy duros para las familias⁹⁷.

⁹⁶ Véase P. SHIPMAN, *Femme Fatale: Love, Lies and the Unknown life of Mata Hari*, Londres, 2007.

⁹⁷ M. R. HIGONNET *et al.*, *Behind the lines: Gender and the Two World Wars*, New Haven, 1987. Sobre Alemania, R. WELDON WHALEN, *Bitter wounds: German victims of the Great War*, Ithaca, 1984.

Los sentimientos expresados por A. B. Baker, una británica que sirvió como enfermera en Francia, resultan ilustrativos de lo que las mujeres ganaron y perdieron en la Gran Guerra: «Desmovilizada del Royal Women's Army Corps, regresé a casa. Allí deseaban tratarme como una especie de heroína, pero me alababan por motivos erróneos. Cuando intenté explicarles lo que la guerra me había enseñado, se mostraron muy ofendidos». Había sido ensalzada por su contribución patriótica al esfuerzo de guerra, pero, en realidad, su experiencia había sido más compleja. Se había mostrado horrorizada por «la visión de media compañía de soldados que había volado en pedazos a causa de las bombas» en la localidad de Etaples. Había traducido cartas de padres franceses cuyas hijas se habían quedado embarazadas de soldados británicos, había proporcionado placer sexual a un joven y atemorizado sargento, había encontrado prisioneros de guerra alemanes y se había percatado de que eran «hombres amistosos» y había rezado para que se acabara la guerra y para que «todos los pobres prisioneros lograsen la libertad». Pensar por sí sola, aunque fuera en contra de los deseos de su comunidad, fue su gran recompensa por la guerra, tal y como lo fue también para miles de otras jóvenes europeas⁹⁸.

⁹⁸ Citado en J. LEWIS, *True World War I stories*, Londres, 1997, pp. 380-386.

8

Frentes lejanos

«They shall not return to us, the resolute and the young,
The eager and whole-hearted whom we gave;
But the men who left them thriftily to lie in their own dung,
Shall they come with years if honour to the grave?».

Rudyard Kipling, *Mesopotamia*¹.

La tentación de Oriente

Un viajero que se encontrase por el este de Turquía en la primavera de 1838 se hubiese sorprendido de encontrar a un joven oficial prusiano instalado en una remota colina esbozando cuidadosamente el plano de una fortaleza otomana. Sin embargo, para el ambicioso capitán Helmut von Moltke, destinado a convertirse en uno de los mejores oficiales de Alemania, su presencia en aquel lugar no respondía a unas vacaciones exóticas. Se encontraba allí, en la zona alta del río Trigris, por motivos profesionales. Tres años antes había sido enviado a la Corte del sultán como asesor, con el objetivo de ayudar a los turcos a modernizar su ejército conforme al modelo prusiano. Muy pronto se percató de que sus consejos eran ignorados y se enfocó en consideraciones más amplias y ambiciosas. Durante los largos meses de viaje por las distantes posesiones del sultán, dibujando, analizando y tomando notas, el joven oficial se convenció de que el Imperio otomano se encontraba ya en estado terminal. Defendía que se trataba de un estado tan corrupto y tan reacio a la reforma, que su caída pa-

¹ «Ya no regresarán a nosotros, los resueltos y los jóvenes/ Los entusiastas y los incondicionales a los que entregamos/ Pero los hombres mezquinos que los abandonaron para que yacieran en sus propios excrementos/ ¿Regresarán con los años y con honor a la tumba?».

recía ya inevitable. Sin embargo, Moltke no era al primero en haber llegado a esa conclusión, pues el destino del Imperio otomano, la denominada «Cuestión de Oriente», preocupaba ya a los principales estadistas europeos. Sin embargo, el futuro mariscal de campo estaba convencido de tener la respuesta.

A su regreso a Berlín en 1839 urgió a sus superiores a prestar una atención especial a Turquía. Consideraba que el terreno estaba abonado para la penetración alemana. El Imperio podía ser unido económica y militarmente a Berlín a través de un ferrocarril por los Balcanes, evitando así las líneas marítimas controladas por Gran Bretaña. Además, apuntaba a la franja fértil entre los ríos Tigris y Éufrates, en Mesopotamia, y Palestina como lugares potenciales de colonización para sus compatriotas. En esa zona, defendía, se encontraba el «lugar en el Sol» de Alemania. Sin embargo, no había tiempo que perder, pues otras potencias europeas comenzaban a abalanzarse sobre el agonizante Imperio del sultán².

El Imperio otomano era conocido a principios del siglo xx como el «hombre enfermo de Europa». Sin embargo, el inválido se negaba a morir, y contaba todavía con las llaves de inmensas posesiones. Durante los últimos seis años antes de la Gran Guerra, desde que la revolución de los «jóvenes turcos» derrocó al viejo sultán Abdul, *El Maldito*, en 1908, y se formó un Gobierno presidido por el Comité de la Unión y el Progreso, Turquía había comenzado una necesaria regeneración. Los Jóvenes Turcos, dirigidos por Enver Bay, estaban decididos a reorganizar completamente el país, mantener unidos los territorios que integraban el decadente Imperio, y rehacer la dominación islámica de los días gloriosos del Imperio otomano. Era un proceso seguido muy de cerca por las grandes potencias que albergaban ambiciones sobre aquella zona. Alemania, que se había unido tardíamente a la carrera colonial y que anhelaba unir por ferrocarril Berlín y Bagdad, decidió apoyar con entusiasmo a los Jóvenes Turcos. Tras los pasos de Moltke, en 1913 se envió una misión militar para reorganizar al ejército turco, lo que provocó la ira de Rusia. El estrecho de

² P. HOPKIRK, *On Secret Service East of Constantinople*, Nueva York, 1994, pp. 9-10. Aunque durante la guerra lo apropiado es utilizar el término Imperio otomano, para facilitar la lectura, en el texto se utiliza indistintamente Turquía e Imperio otomano.

los Dardanelos había sido reclamado tradicionalmente por los rusos para que sus buques pudiesen tener acceso al Mediterráneo³.

En 1914 el Imperio otomano se encontraba a la expectativa de los acontecimientos europeos y del momento en el que tendría necesariamente que inclinarse por uno de los bandos que pugnaban por la hegemonía europea. Los turcos temían a Rusia, estaban resentidos con Inglaterra y no confiaban en Francia. Talat Bey, el jefe político del comité, consideraba que Turquía podría obtener mayores beneficios de Alemania que de las potencias de la Entente y no tenía confianza alguna en las posibilidades de supervivencia de Turquía como nación neutral en una guerra entre las grandes potencias. Aunque política y económicamente el peso de Turquía era reducido, su posición se veía reforzada por su situación geográfica en la vital unión de las rutas del Imperio británico. Su estratégica situación había convertido a Inglaterra en el protector tradicional de Turquía. Durante muchos años, Inglaterra había apoyado al Imperio otomano frente a sus enemigos, dado que prefería un Estado débil y, por lo tanto, manejable a otro más sólido situado en la ruta que conducía a la India. Sin embargo, el Gobierno inglés no se hacía muchas ilusiones sobre la capacidad de resistencia del Imperio otomano, al que Churchill denominaba «la escandalosa, decrepita y arruinada Turquía»⁴.

En principio, Alemania no deseaba a Turquía como aliada, pero ésta necesitaba algún aliado para restablecer su posición en los Balcanes y ansiaba una alianza con Bulgaria para aislar a Grecia. Franceses y británicos eran pro griegos, aunque el rey de Grecia era un Hohenzollern y estaba emparentado con el káiser. En julio de 1914 el valor estratégico del Imperio otomano aumentó notablemente. Alemania, enfrentada a la guerra en dos frentes, necesitaba asegurarse la amistad y la alianza de ese Imperio tan estratégicamente situado para aislar a los rusos el mar Negro y separarlos de sus aliados y de sus suministros. Cuando Turquía empezó a insinuarse a los Estados de la Entente, el káiser ordenó a su embajador que realizara una oferta aceptando todas sus peticiones: «En su caso, siempre podemos permitirnos incumplir». El Imperio otomano esperaba que la

³ U. TRUMPENER, *Germany and the Ottoman Empire, 1914-1918*, Princeton, 1968.

⁴ Citado en B. W. TUCHMAN, *Los cañones de agosto*, op. cit., p. 191.

alianza con Alemania otorgase mayor fuerza a su llamamiento a Rumania y Bulgaria, y sentase las bases para un nuevo bloque balcánico. El 2 de agosto se firmó una alianza secreta, aunque Turquía no entró todavía en guerra⁵.

Los alemanes no tenían prisa por precipitar la entrada de Turquía, ya que el conflicto no había hecho más que empezar, y los generales del káiser estaban seguros de que vencerían de forma rápida, por lo que tan sólo precisarían de Turquía si algo iba mal. De otra forma, la entrada de Turquía podía esperar hasta que hubiesen completado sus conquistas europeas y se encontrasen en condiciones de estudiar cuáles eran sus ambiciones en Oriente. Enver tampoco mostraba excesiva prisa, pues sabía que necesitaría entre tres y cuatro meses para movilizar a sus tropas y preparar a su pueblo para una guerra que preveía impopular. Aunque la mayoría del pueblo temía las ambiciones de Rusia sobre los estrechos y Constantinopla, pocos sentían animadversión hacia los franceses o británicos, ya que, después de todo, habían derramado su sangre por ellos durante la guerra de Crimea con Rusia. De hecho, muchos de los funcionarios que negociaban con los alemanes los encontraban insoportables y con un acusado complejo de superioridad. Sin embargo, de pronto sucedió algo imprevisto que lo cambió todo.

En aquellos momentos, dos modernos buques de guerra estaban siendo construidos para los turcos en astilleros británicos. Los buques eran muy caros para una nación en quiebra. Los tres navíos habían costado una verdadera fortuna a Turquía. La suma fue recolectada gracias a colectas públicas en un momento en el que las derrotas sufridas en las guerras balcánicas habían despertado en la población turca la conciencia de proceder a una necesaria renovación de sus Fuerzas Armadas. Los míseros campesinos de Anatolia ahorraban unas cuantas monedas para poder contribuir al esfuerzo nacional y las mujeres turcas llegaron incluso a vender su pelo para poder apoyar la adquisición de los buques. Los funcionarios a lo largo y ancho del Imperio habían aceptado un recorte en sus salarios para contribuir a pagar aquellos navíos que se iban a convertir en el orgullo de la marina turca. Las tripulaciones de ambos buques habían partido

⁵ E. J. ERICKSON, *The History of World War I. Gallipoli & The Middle East, 1914-1918*, Londres, 2008, p. 20.

hacia Inglaterra para recogerlos, al tiempo que en Constantinopla se había decretado una «Semana de la Marina» para darles una calurosa bienvenida mientras surcaban las aguas de los estrechos hacia el Bósforo. Se trataba de dos buques de primer nivel que no tenían nada que envidiar a los mejores de Gran Bretaña o Alemania⁶.

Sin embargo, el 3 de agosto Winston Churchill anunció que la marina británica confiscaría los buques que ya tenían hasta sus nombres turcos. En ningún momento se habló de compensación, ni siquiera por otros buques antiguos con los que contaba Inglaterra. Legalmente los términos del contrato permitían a los británicos quedarse con los buques. Sin embargo, políticamente el resultado fue un apoyo a la propaganda de los Jóvenes Turcos. Uno de los buques había sido finalizado en mayo y ya se había efectuado el primer pago. Cuando los turcos insistieron en llevarse a su país uno de los dos buques, los ingleses se negaron aduciendo que los griegos pretendían hundirlo y convencieron a los turcos para que lo dejaran en un puerto inglés hasta que pudiera ser acompañado por su navío gemelo, que todavía no había sido terminado. Cuando finalizó la construcción de este segundo buque, los ingleses volvieron a presentar excusas para impedir que los turcos se llevaran los dos buques, aunque ya eran de su propiedad. El Almirantazgo dio entonces la orden de defender ambos barcos «por la fuerza si fuera necesario». El Gobierno inglés estaba convencido de que Turquía comprendería que Inglaterra necesitaba aquellos dos barcos «en medio de la crisis a la que se enfrentaban»⁷. Cuando los ciudadanos del Imperio otomano tuvieron conocimiento de la confiscación, se produjeron escenas de ira y numerosas manifestaciones nacionalistas. Miles de colegas que habían contribuido con su paga semanal para comprar los buques se manifestaron contra la acción del Gobierno inglés. El efecto que tuvo la decisión británica en la opinión pública turca fue un inesperado golpe de suerte para Enver y para la facción pro alemana del gabinete turco.

A pesar de todo, Turquía no declaró inmediatamente la guerra a Rusia tal y como estaba obligada por el tratado, ni bloqueó el mar Negro, aferrándose a su neutralidad. Tras haber logrado una alianza con una potencia que había aceptado todas sus condiciones, Turquía

⁶ *Ibid.*, pp. 23-24.

⁷ B. W. TUCHMAN, *Los cañones de agosto*, op. cit., p. 193.

no mostró prisa alguna por ayudar a sus nuevos aliados. Los ministros turcos preferían esperar hasta conocer el resultado de las primeras batallas de la guerra. Alemania estaba demasiado lejos, mientras que la presencia rusa y británica se sentía muy cercana y nunca habían dejado de representar una amenaza para los estrechos. La entrada de Inglaterra en la guerra provocó un gran desconcierto entre los turcos. El Gobierno alemán, temiendo, con razón, que Turquía cambiase de alianza, dio instrucciones a su embajador para obtener la declaración turca de guerra a Rusia «aquel mismo día, si era posible, puesto que es de la mayor importancia evitar que Turquía escape de nuestra influencia como consecuencia de la acción emprendida por Inglaterra». Turquía, sin embargo, no cedió⁸.

Entre tanto, en el Mediterráneo la primera misión de las flotas británica y francesa era vigilar el paso del norte de África a Francia, del cuerpo colonial francés y de sus cuerpos de ejército auxiliares, que sumaban 80.000 hombres. A pesar de poseer la segunda flota del mundo, Alemania sólo contaba con dos navíos de guerra en el Mediterráneo, el *Goeben* y el *Breslau*. Estos buques eran considerados por el Almirantazgo francés y el británico como la principal amenaza contra los transportes de tropas francesas. La principal misión de ambos era atacar a los buques mercantes franceses. Sin embargo, en el último momento, el Gobierno alemán descubrió que tenía un objetivo mucho más importante para ambos buques. El 3 de agosto, en el momento en que Alemania se dio cuenta de que era preciso ejercer presión sobre la vacilante Turquía, el almirante Souchon, al mando de ambos buques, recibió órdenes de poner rumbo a Constantinopla⁹.

Los turcos confiaban aún en mantener su neutralidad como baza para obtener beneficios y decidieron solicitar a los alemanes que desarmaran los buques, algo a lo que éstos se negaron en rotundo. Tras largas discusiones, uno de los ministros turcos sugirió de pronto: «¿Por qué los alemanes no nos venden sus barcos?». Con el consentimiento de Alemania, se anunció la noticia al mundo y, poco después, los dos buques alemanes fueron rebautizados con los nombres turcos de *Jawus* y *Midilli*. Enarbolando la bandera turca y con sus tripulaciones luciendo sus coloridos feces, recibieron la orgullosa visita del sul-

⁸ *Ibid.*, p. 193.

⁹ R. K. MASSIE, *Castles of Steel*, *op. cit.*, pp. 26 y ss.

tán. La aparición de los dos barcos de guerra alemanes, que parecían haber sido enviados para ocupar el puesto de aquellos dos que habían sido robados por los ingleses, hizo que la población se dejara llevar por el entusiasmo y aumentase la popularidad de los alemanes¹⁰.

A pesar de las fuertes presiones alemanas, los turcos seguían negándose a declarar la guerra a Rusia. Los turcos comenzaron a exigir a sus aliados un precio cada vez más alto por mantener su neutralidad. Rusia, alarmada por la llegada de los buques alemanes a las puertas del mar Negro, se mostró incluso dispuesta a renunciar definitivamente a Constantinopla (un objetivo que había sido aceptado por la Entente). El 13 de agosto, el ministro de Asuntos Exteriores ruso propuso a Francia ofrecer a Turquía una garantía solemne sobre su integridad territorial y una promesa de «grandes ventajas financieras a expensas de Alemania» en compensación a su neutralidad. El Gobierno ruso se mostró dispuesto a prometer que haría honor a la garantía incluso en «el caso de resultar los rusos vencedores»¹¹.

El Gobierno francés hizo todo lo posible para que los turcos se mantuvieran neutrales y para persuadir a los ingleses de unirse en una garantía común sobre los territorios turcos. Sin embargo, el Gobierno inglés no se mostraba muy dispuesto a pagar un precio muy elevado por la neutralidad de su antiguo protegido. Churchill, considerado como «un violento antiturco», propuso al gabinete enviar una flotilla de torpederos para hundir los buques alemanes. La idea fue desautorizada por lord Kitchener, al afirmar que Inglaterra no podía permitirse ganarse como enemigos a todos los musulmanes lanzándose a una acción ofensiva contra Turquía. Siguieron meses frenéticos. Los Aliados utilizaban las amenazas y las negociaciones con el Gobierno turco y la influencia militar alemana en Constantinopla aumentaba sin cesar¹².

Sin embargo, a finales de octubre, los alemanes decidieron poner fin a esa situación. Era preciso bloquear a Rusia por el sur. Los antiguos buques alemanes al mando del almirante Souchon se adentra-

¹⁰ U. TRUMPENER, «German military aid to Turkey in 1914: An historical re-evaluation», *Journal of Modern History*, núm. XXXII, junio de 1960, pp. 145 y ss.

¹¹ F. A. K. YASAMEE, «Ottoman Empire», en K. WILSON (ed.), *Decisions for War*, *op. cit.*, pp. 229 y ss.

¹² U. TRUMPENER, «Turkey's entry into World War I: An Assessment of Responsibilities», *Journal of Modern History*, núm. XXXIV, 1962, pp. 369-380.

ron en el mar Negro y bombardearon las localidades de Odesa, Sebastopol y Feodosia, causando algunas bajas entre la población civil y hundiendo un buque ruso¹³. El Imperio otomano entraba así en el conflicto, pues aquel acto de guerra había sido cometido en nombre de Turquía. El cuatro de noviembre, Rusia declaraba formalmente la guerra a Turquía, y un día después a Francia e Inglaterra¹⁴.

Desde aquel fatídico momento, los límites de la guerra se extendieron por medio mundo. Los vecinos de Turquía, Bulgaria, Rumania, Italia y Grecia, se vieron implicados en la guerra y, dado que su salida del Mediterráneo quedaba vedada, Rusia dependía del alejado puerto de Arcángel, bloqueado por los hielos durante gran parte del año, y de los puertos sobre el océano Pacífico a miles de kilómetros del frente de batalla principal. Al cerrarse el mar Negro, las exportaciones rusas disminuyeron el 98 por 100 y sus importaciones en un 25 por 100. Las secuelas del viaje de los dos buques alemanes iban a ser enormes para aquella región que hasta ese momento había evitado los horrores de la guerra.

Turquía en guerra

Cuando el Gobierno otomano firmó la alianza secreta con Alemania, lo hizo debido a su enorme preocupación por el equilibrio de poder en Oriente Medio. Por su parte, Alemania vio la oportunidad de añadir la fuerza militar turca y de lanzar una «guerra santa» que fomentase la rebelión a lo largo de Asia y de África entre los pueblos musulmanes de los territorios de la Entente. Las principales figuras del Gobierno otomano se inspiraron en la esperanza de recuperar, al menos en parte, las posesiones perdidas en las décadas previas. Asimismo, algunos de los ministros más influyentes albergaban sueños de expandirse hacia el este, hacia la región del Caspio e incluso más allá. Este sueño «panturiano» estuvo acompañado de una firme determinación del Imperio otomano de reforzar su estatus de Estado plenamente soberano, abolir el sistema de capitulaciones y otros pri-

¹³ H. LOREY (ed.), *Der Krieg zur See, 1914-1918: Der Krieg in den türkischen Gewässern*, vol. 1, Berlín, 1938, pp. 44-56.

¹⁴ Véase F. G. WEBER, *Eagles on the Crescent: Germany, Austria and the Diplomacy of the Turkish Alliance, 1914-1918*, Nueva York, 1970.

vilegios especiales que los Gobiernos extranjeros habían ido obteniendo del sultán.

Con el tiempo, Lloyd George y Ludendorff afirmarían que la decisión turca de entrar en la guerra permitió a Alemania prolongar la lucha durante dos años¹⁵. Los alemanes depositaron su confianza en la «guerra santa» que había declarado el sultán-califa. Sin embargo, en general, aquel llamamiento no tuvo apenas efecto, pues esa «guerra santa» no tenía sentido si para combatir a un grupo de cristianos había que aliarse con otro grupo de cristianos. Los Jóvenes Turcos tampoco creían mucho en esa «jihad», ya que sus intereses eran mucho más pragmáticos: la unión de todos los pueblos turcos.

El Imperio otomano no se encontraba en situación de combatir contra las principales potencias del mundo, pero, con soldados duros y valientes y con la progresiva asistencia técnica de sus aliados, logró mantenerse en liza durante cuatro años. Aparte de sufrir graves problemas financieros, contar con una escasa capacidad industrial y un subdesarrollado sistema de transporte, el gigantesco Imperio estaba seriamente impedido en su esfuerzo de guerra por la existencia de diversos grupos étnicos y religiosos cuya lealtad al sultán era cuando menos dudosa. Algunas tribus kurdas se mostraban reticentes a obedecer las órdenes de las autoridades, mientras que muchos árabes, armenios y griegos soñaban con una mayor autonomía para las regiones en las que vivían, cuando no la total separación del Imperio otomano.

Con una población de más de veinte millones de habitantes, el Imperio fue capaz de reclutar a aproximadamente tres millones de soldados durante el conflicto, pero, debido al gran número de bajas, e incluso a la enorme cantidad de casos de enfermedad y de deserciones, rara vez alcanzó más de medio millón de hombres en armas. Al comenzar el conflicto, diecisiete divisiones otomanas se encontraban desplegadas en la región alrededor de Constantinopla; otras diez, en Anatolia oriental; siete, en Siria y Palestina; cuatro, en la Península Arábiga, y dos, en Mesopotamia. Durante los tres años siguientes se formaron nuevas divisiones y muchas de las existentes fueron redistribuidas¹⁶.

¹⁵ D. VAN DER VAT, *The ship that changed the world*, Londres, 1985, p. 15, y M. PACHA, *La Turquie, L'Allemagne et l'Europe*, París, 1924, p. 256.

¹⁶ S. SHAW, *The Ottoman Empire in World War I*, Ankara, 2006.

Conforme se prolongó la guerra, la mayoría de las divisiones turcas se encontró con efectivos insuficientes, sufriendo una creciente escasez de animales de tiro, de equipamiento y de armas. De hecho, en algunos sectores los soldados turcos vestían harapos y no contaban con calzado adecuado. En otoño de 1914 y, en especial a mediados de 1915, Alemania y, en pequeña escala, Austria-Hungría transfirieron especialistas militares, así como pequeñas unidades de tropas de combate a Turquía. Asimismo, enviaron grandes cantidades de carbón y de equipamiento.

El subdesarrollo del Imperio otomano era particularmente visible en su red de transporte. En 1914 la red de ferrocarril contaba con 5.700 kilómetros de vías. El denominado «ferrocarril de Bagdad», con una extensión de casi 900 kilómetros, tenía, sin embargo, tres grandes zonas aún por construir que obligaban a cargar y descargar todas las municiones y los hombres que se movían entre Estambul y la región sudeste del Imperio: Mesopotamia, Siria, Palestina y la Península Arábiga. Durante la última parte de la guerra, se excavaron túneles a través de las montañas Taurus, pero seguían existiendo interrupciones en la región al este del río Éufrates. Las regiones adyacentes a Rusia no contaban con servicios de ferrocarril, por lo que requerían transporte con animales de carga y largas marchas a través de carreteras precarias. La escasez de vías de comunicación terrestres en buenas condiciones hacía necesario contar con un buen transporte marítimo, especialmente en el mar Negro, el Mediterráneo oriental, y el mar Rojo. Sin embargo, la enorme superioridad naval aliada hacía imposible que los turcos utilizasen las rutas marítimas¹⁷.

Los primeros encuentros turcos con el enemigo tuvieron lugar en Anatolia oriental, donde unidades del ejército del Cáucaso ruso avanzaron hacia Köprü-Köi, y causaron graves pérdidas al III Ejército otomano. A mediados de diciembre de 1914, los turcos lanzaron una ambiciosa contraofensiva, dirigida por Enver Pasha, que involucraba un peligroso movimiento de flanqueo por parte de siete divisiones otomanas a través de una zona montañosa nevada y con grandes elevaciones de terreno. La ofensiva pronto se detuvo alrededor de la estación de ferrocarril rusa de Sarikamish, donde cientos de soldados turcos murieron congelados. Muchos otros fueron capturados,

¹⁷ S. McMEEKIN, *The Berlin-Baghdad Express*, Londres, 2010, cap. 1.

incluyendo el comandante del 9.º Cuerpo y tres comandantes de división. La improvisada campaña turca en el Cáucaso, con tropas mal pertrechadas para el invierno, acabó con una estrepitosa derrota. En Sarikamish los turcos sufrieron un 81 por 100 de bajas (tradicionalmente se considera que un 10 por 100 de bajas es sinónimo de desastre). La catástrofe les costó más de 60.000 hombres y 60 cañones, pero la derrota no supuso el fin de la campaña. Con nuevos refuerzos y bajo las órdenes de un nuevo comandante, Kamil Pasha, durante el resto del año las 17 divisiones del III Ejército otomano libraron una guerra de movimientos alrededor del lago Van¹⁸.

Fue durante esta campaña cuando tuvieron lugar las tristemente célebres deportaciones de armenios. En abril de 1915, las autoridades otomanas acusaron a los armenios de rebelión y de colaboración con el enemigo y lanzaron un programa brutal de deportaciones en las provincias orientales que continuaría hasta 1916 y que costarían cientos de miles de vidas. La mayoría de los armenios y muchos historiadores occidentales consideran las deportaciones como un intento deliberado de genocidio que acabó con la vida de un millón de personas. Entre abril de 1915 y diciembre de 1917, se masacró a los armenios de localidades como Trapisonda, y miles fueron conducidos de forma brutal por el desierto, donde fallecieron de hambre y sed. Cerca de 700.000 armenios desaparecieron en el primer caso de «limpieza étnica» del siglo xx¹⁹.

Debido a la confusa situación sobre el terreno, resulta hoy casi imposible desenmarañar la cuestión de la responsabilidad inmediata de lo acontecido. La disciplina del ejército otomano se había deteriorado con la derrota en el campo de batalla y con la ineficaz organización de los suministros. Hasta qué punto los turcos habían planeado exterminar y no trasladar a los armenios sigue siendo hoy día objeto de un acalorado debate, aunque el resultado fuera el mismo²⁰. El cónsul norteamericano en la localidad de Erzurum, Leslie Davis, informó desde el principal punto de tránsito: «Los

¹⁸ R. FORD, *Eden to Armageddon. World War I in the Middle East*, Londres, 2009, pp. 130-133.

¹⁹ R. G. HOVANISSIAN (ed.), *The Armenian Genocide: History, Politics, Ethics*, Londres, 1967.

²⁰ Sobre Armenia, R. G. HOVANISSIAN, *Armenia and the road to Independence, 1918*, Los Ángeles, 1967.

turcos ya han elegido a las muchachas y a los chicos más hermosos de todos. Los utilizarán como esclavos, si es que no los utilizan para fines mucho más infames»²¹.

El año 1916 se tradujo en nuevas derrotas para los turcos. Bajo el nuevo mando del gran duque Nikolai Nikolaevich, el ejército ruso del Cáucaso lanzó una sorprendente ofensiva de invierno a lo largo del frente. El 16 de febrero unidades rusas se apoderaron de la obsoleta fortaleza de Erzurum, capturando más de 13.000 turcos. El 18 de abril, unidades rusas apoyadas por fuertes fuerzas navales ocuparon la destacada ciudad portuaria de Trapisonda sobre el mar Negro desbaratando aún más la distribución de suministros del III Ejército otomano, dirigido ahora por el agresivo Ferit Vehip Pasha. A pesar de sus enormes esfuerzos, los turcos sufrieron numerosos fracasos durante las semanas siguientes, perdiendo las localidades de Bayrut el 16 de julio y Erzican, y 17.000 turcos fueron hechos prisioneros nueve días después.

Debido a la precaria situación del ferrocarril de Bagdad, el envío de divisiones otomanas desde Gallipoli y Tracia hacia Anatolia oriental tomaba a menudo hasta seis meses. Hubo que esperar hasta agosto para que el II Ejército otomano, al mando de Ahmet Izzet Pasha, se encontrara en condiciones de golpear el flanco izquierdo del ejército ruso del Cáucaso desde la zona de Diyarbakir. Aunque las tropas turcas consiguieron retomar parte del territorio perdido, no se logró ninguna victoria significativa y el frente de Anatolia oriental se fue estabilizando. Hacia finales de 1916, casi la mitad de todas las tropas otomanas habían sido desplegadas contra los rusos, un frente a menudo ignorado en los relatos occidentales del conflicto.

En 1917, el año de la Revolución rusa, supondría un alivio para los turcos en Anatolia oriental. Una vez que los bolcheviques se hicieron con el poder, se concluyeron armisticios que afectaron al frente turco. Con el ejército ruso del Cáucaso en proceso de desintegración acelerada, y los pueblos de Transcaucasia intentando lograr la independencia, el Gobierno otomano se encontró ante una oportunidad de oro para reconquistar los territorios perdidos. Como resultado,

²¹ G. CHALIAND y Y. TERNON, *Le Génocide des Arméniens*, Bruselas, 1984, p. 54, y E. ERICKSON, «Armenian Massacres: New records undercut old blame», *Middle East Quarterly*, vol. 11, núm. 3, verano de 2006, pp. 67-75.

el 12 de febrero de 1918, las tropas otomanas comenzaron a cruzar las líneas de armisticio. Avanzando con celeridad hacia el este, el 1.º Cuerpo del Cáucaso tomó las localidades de Erzican, el 13 de febrero, y Erzurum, el 12 de marzo.

Simultáneamente, el 2.º Cuerpo del Cáucaso se movió a lo largo de la costa hacia la frontera ruso-turca anterior al conflicto, tomando Trapisonda el 17 de febrero. Las tropas otomanas continuaron su avance ocupando regiones que habían perdido contra Rusia en 1878 y, a pesar de las protestas alemanas, se lanzaron en dirección a Tiflis y a Bakú. Los alemanes enviaron tropas a Georgia para mantener la independencia de la nueva República, pero fueron incapaces de frenar al denominado «Ejército del Islam» turco en su imparable y entusiasta avance hacia el mar Caspio. La campaña tenía un gran significado emocional para los turcos debido a que en la zona vivían musulmanes que hablaban idiomas próximos al turco. Enver consideraba que esa zona sería el epicentro de una revuelta contra el dominio ruso que había sido impuesto de forma brutal en el siglo xx.

Hacia mediados de julio, un destacamento de más de 10.000 voluntarios azerbaiyaníes, y de aproximadamente 6.000 soldados otomanos, alcanzó la localidad de Kurdamir a mitad de camino de Bakú. Con la ayuda de una pequeña unidad británica bajo el mando del comandante L. C. Dunsterville, la recientemente formada Dictadura del Centro del Caspio, formada por socialrevolucionarios y nacionalistas armenios, defendieron con éxito la ciudad contra las tropas otomanas hasta el 15 de septiembre, cuando se vieron obligados a abandonarla en condiciones caóticas²². La conquista turca de la región petrolífera de Bakú no fue bien vista por los rusos, ni por los alemanes, aunque poco podían hacer por evitarlo. La ira de Berlín aumentó por el hecho de que los ejércitos otomanos en otros teatros de la guerra, especialmente en Iraq y Palestina, se encontraban al borde del colapso y necesitaban urgentemente apoyo de unidades que se encontraban ahora avanzando hacia el este²³.

²² S. McMEEKIN, *The Berlin-Baghdad Express*, op. cit., cap. 19. Véase también U. TRUMPENER, «Suez, Baku, Gallipoli: The military dimensions of the German-Ottoman coalition, 1914-18», en K. NEILSON y R. PRETE (eds.), *Coalition Warfare: An Uneasy Accord*, Waterloo, 1983, pp. 31-51.

²³ F. KAZEMZADEH, *The Struggle for Transcaucasia, 1917-1921*, Nueva York, 1951.

Gallipoli

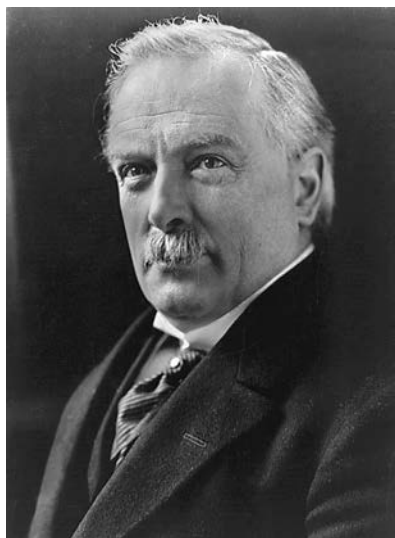
Cuando en Europa occidental la guerra de movimientos fue sustituida por la acción de los picos y las palas, Lord Kitchener tuvo que reconocer: «No sé que hacer, esto no es una guerra»²⁴. Había llegado el momento de diseñar un plan imaginativo que pusiese fin al callejón sin salida en que se había convertido el conflicto. El lugar elegido sería una oscura península que poco o nada significaba para los ciudadanos europeos y que cambiaría el curso de la historia de varios países: Gallipoli.

La decisión turca de atacar en el Cáucaso ruso alarmó al alto mando zarista y provocó una llamada de auxilio a los aliados occidentales. Ése sería el origen de la campaña de Gallipoli. El Imperio otomano había planeado la defensa de la península contra Grecia durante la guerra de los Balcanes y, en 1914, la había designado como una de las cuatro zonas de fortificación fundamentales junto con Andrianópolis, el Bósforo y Erzurum. El oficial alemán, Liman von Sanders, asumió el control de un reorganizado V Ejército. Además, los otomanos recibieron equipamiento para construir carreteras, plantar minas y apuntalar las defensas marítimas de la península. Los soldados otomanos cavaron trincheras en todas las elevaciones destacadas del terreno. Los oficiales turcos y alemanes planeaban una defensa superficial de la costa a fin de evitar el fuego de desgaste de los acorazados británicos, para contraatacar posteriormente con fuerzas situadas a entre tres y cinco kilómetros en la retaguardia.

Un asalto total a los Dardanelos no había formado parte del planTEAMIENTO estratégico británico anterior a la guerra. La flor y nata de su ejército se encontraba en Francia y lo mejor de la marina patrullaba el mar del Norte. No queriendo debilitar el frente occidental, Kitchener confió en los voluntarios del cuerpo de ejército australiano y neozelandés, conocido a partir ese momento como ANZAC (Australian New Zeland Army Corps), que se estaban entrenando en Egipto para su despliegue en algún frente de batalla.

La guerra entre australianos y turcos no comenzó en Asia Menor. Se inició en Australia, cerca de Broken Hill, en Nueva Gales del Sur.

²⁴ Citado en T. WILSON, *The Myriad Faces of War: Britain and the Great War, 1914-1918*, Cambridge, 1986, p. 99.



Lloyd George.



Horatio Kitchener.



Douglas Haig.



Ian Hamilton.



John Jellicoe.

En la nochevieja de 1915 dos militantes turcos abrieron fuego sobre un grupo de australianos de picnic, matando a cuatro e hiriendo a siete. La policía llegó al lugar y comenzó una pequeña batalla que acabó con los dos asaltantes heridos, uno de ellos mortalmente. Tras el incidente, una enfurecida masa, al no encontrar nada lo suficientemente turco, prendió fuego al club alemán local. Al día siguiente, el arzobispo de Sídney predicó el perdón de los enemigos, pero advirtió que el Imperio se hallaba en peligro. Era necesario que Australia acudiese al conflicto. Broken Hill sería vengado en Gallipoli.

Kitchener escogió a William Birdwood, protegido suyo, para que dirigiera a las tropas australianas y neozelandesas. Éste no puso gran empeño en aplicar la dura disciplina británica a los individualistas soldados de los ejércitos australianos y neozelandeses. Como resultado, pronto se hizo muy popular entre sus hombres, la mayoría de los cuales se enorgullecían de no ser soldados profesionales. Descrito como «el alma del ANZAC» fue uno de los mejores comandantes aliados²⁵.

La zona de Gallipoli es uno de los más antiguos campos de batalla. Más de seis siglos antes del nacimiento de Cristo, los griegos habían colonizado la península y fundado una ciudad en el lugar donde se encuentra hoy la moderna Gallipoli. La llamaron Heliópolis. Los turcos la denominaban Gelibolu. Se encontraba en la costa este de la península, hacia la costa de Asia cruzando los Dardanelos, el estrecho brazo de mar que se dirige hacia Constantinopla en el mar de Mármara y se prolonga hacia el sur hacia el Mar Egeo. Mucho tiempo atrás, la antigua ciudad de Troya había guardado la entrada a los Dardanelos, controlando el comercio marítimo y creciendo rica y próspera. Quinientos años antes del cristianismo, Jerjes había construido en la zona un puente de trescientos botes para transportar a su ejército al otro lado del Helesponto y atravesó la península en una marcha que acabaría en la batalla de las Termópilas. Un siglo después, Alejandro Magno había cruzado la misma península en su ruta para dominar un imperio. Los Dardanelos habían presenciado así el cruce de ejércitos durante gran parte de su historia. En 1915 serían una vez más el escenario de una de las campañas más trágicas y sangrientas de la guerra.

²⁵ L. A. CARLYON, *Gallipoli*, Londres, 2001, pp. 153-155.

Los beneficios de la operación de Gallipoli eran evidentes para el alto mando aliado: controlar los Dardanelos abriría una ruta para ayudar a Rusia, que se encontraba en graves dificultades, lo que obligaría a los alemanes a retirar tropas del frente occidental. Abrir los Dardanelos daría a Occidente acceso a los enormes campos de trigo de Ucrania, lo que supondría una ventaja considerable en una guerra de desgaste. Derrotar a una potencia aliada de Alemania elevaría también la moral. Como señaló el político inglés Lloyd George, el pueblo estaba ansioso por obtener resultados. Era preciso rescatar el ímpetu imaginativo para salir del lodazal sangriento en el que se había convertido la guerra mundial. Las miradas se giraron hacia Oriente²⁶.

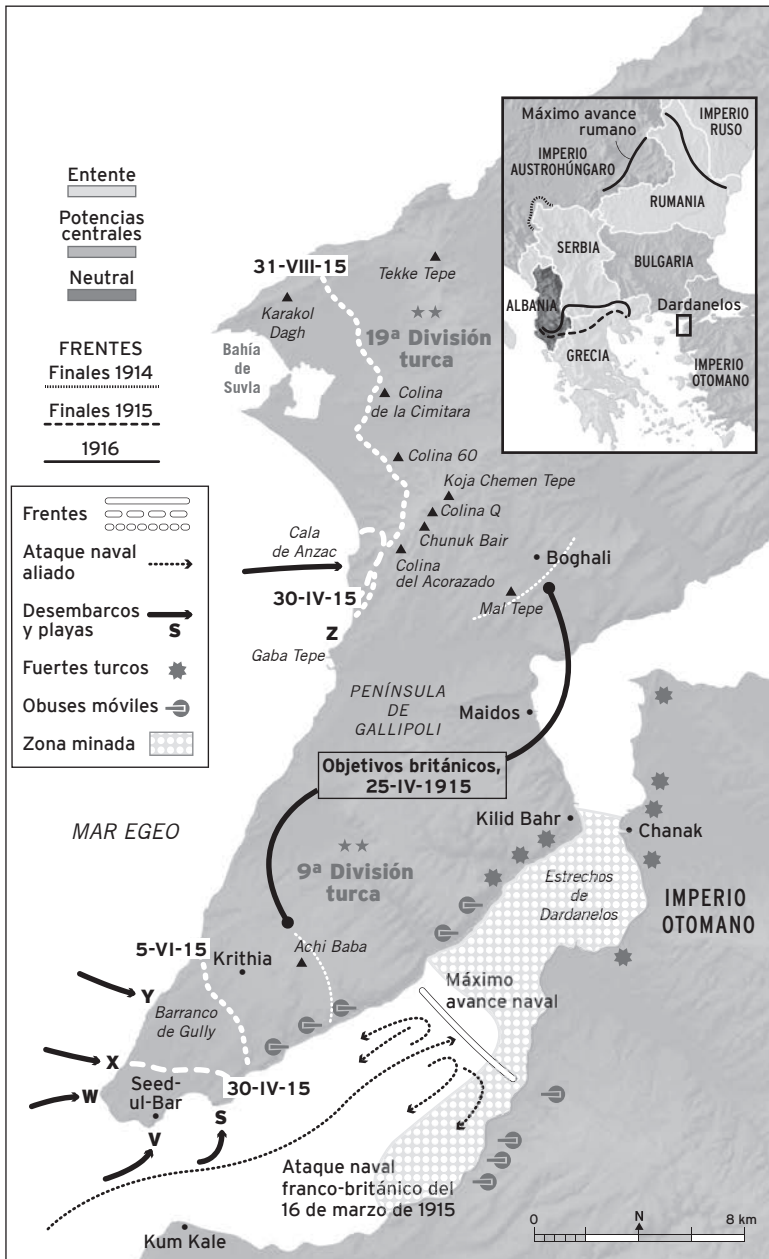
Los Aliados decidieron acudir en ayuda de Rusia, en una campaña tan improvisada como la turca en el Cáucaso. Para contar con alguna probabilidad de éxito, una operación militar requiere información fiable y unidades de inteligencia competentes. Nada de eso existió antes del desembarco en las costas de la península de Gallipoli. Tras largas vacilaciones, el gabinete de guerra británico adoptó finalmente el plan de una ofensiva sobre los Dardanelos impulsado por el primer lord del Almirantazgo, Winston Churchill. El plan consistía en «una expedición naval para bombardear y tomar la península de Gallipoli con Constantinopla como objetivo»²⁷. El plan recordaba en cierto sentido al punto álgido de su primera y única novela, *Savrola*, escrita en 1898, en la que una flota de guerra forzaba un estrecho. Aunque la armada tan sólo podía prestar navíos antiguos, aparte del superdreadnought *Queen Elizabeth*, Churchill se mostraba confiado en que la marina se bastaría sola para tomar Constantinopla. Durante siglos la flota británica había vencido en casi todos sus enfrentamientos ¿Cómo podrían unos anticuados fuertes turcos soportar su ataque?

El 3 de noviembre de 1914, Churchill cometió el primero de los errores que iban a ser la tónica de aquella campaña. Ordenó el bombardeo de los fuertes externos de los Dardanelos en Sedd-el-Bahr y Kum para «tantear el alcance de los cañones enemigos», lo que alertó a los turcos de las intenciones aliadas destruyendo el elemento sor-

²⁶ Las posibilidades estratégicas de una victoria aliada en E. J. ERICKSON, *The History of World War I*, op. cit., pp. 49-50.

²⁷ E. S. TURNER, *Dear Old Blighty*, Londres, 1980, p. 107.

Gallipoli, 1915-1916



presa. El derrotismo se abatió sobre la capital imperial y se inició un éxodo de Constantinopla. Los rumores aumentaban día a día. Se hablaba de 40.000 soldados británicos a punto de desembarcar en la ciudad. Se decía que las mujeres serían violadas y la ciudad sería arrasada hasta los cimientos. Los archivos estatales y la reserva de oro fueron trasladados a la localidad de Esk-Shehr y se enterraron valiosos tesoros artísticos. Los Aliados no encontrarían nada si llegaban a Constantinopla. Se planeó dinamitar los edificios principales y se acumuló combustible en las comisarías para quemar todo aquellas construcciones de valor. Asimismo, se realizaron preparativos para volar Santa Sofía y otros edificios públicos²⁸.

La flota se aproximó finalmente a la península de Gallipoli el 19 de febrero de 1915. Confiado, un marinero a bordo de la orgullosa flota británica señaló al escribir a sus padres: «Si queréis venir a verme, me encantará reunirme con vosotros en Constantinopla»²⁹. El marinero, por supuesto, no podía saber que se encontraba a punto de participar en la que sería una desastrosa campaña aliada en los Dardanelos. Los gigantescos buques franceses y británicos abandonaron sus bases alrededor de Tenedo y se dirigieron hacia los Dardanelos a las 10:45 de la mañana. El sol brillaba con fuerza y el agua mostraba los reflejos de aquel día con nubes ocasionales.

Ante el incesante acoso de las baterías turcas, los dragaminas no habían logrado limpiar de minas toda la zona. Tras un bombardeo de las defensas turcas, los dieciséis acorazados británicos y franceses se adentraron en los Dardanelos el 18 de marzo. Los artilleros turcos se veían incapaces de responder al brutal cañoneo de los acorazados que se iban adentrando en las aguas del estrecho. Sin embargo, los británicos ignoraban que los turcos habían instalado una nueva línea de minas en la bahía de Erén Keui. El acorazado francés *Bouvet* chocó con una de ellas y, en menos de dos minutos, se hundió con su tripulación. Al finalizar la jornada en la que tres navíos habían sido hundidos y otros tres puestos fuera de combate por minas turcas, el comandante de la flota, el almirante de Robeck, impartió órdenes de abandonar la operación. Churchill defendió durante semanas que se continuase con el plan naval, pero fue culpado del desastre y se vio

²⁸ H. BROADBENT, *Gallipoli. The fatal shore*, Victoria, 2005, pp. 29 y ss.

²⁹ IWM, P73, Carta de W. L. Berridge, 4 de marzo de 1915.

obligado a retirarse del Almirantazgo. La Segunda Guerra Mundial le daría una nueva oportunidad de brillar³⁰.

Ante el fracaso naval, se pasó a la opción terrestre. El principal impulsor de la campaña en Londres era lord Fisher: «Los Dardaneos no se pueden conseguir sin soldados», señalaba. Se improvisó entonces un plan para desembarcar tropas en la península de Gallipoli, al norte de los estrechos. Lord Kitchener, que despreciaba a los turcos, tan sólo permitió que una división abandonase el frente occidental, los 30.000 australianos y neozelandeses debían ser «suficientes». El general Ian Hamilton sería el encargado de la complicada misión terrestre. Era un hombre sensible que amaba la poesía y al que Kitchener llamaba el «maldito poeta». Era considerado un hombre demasiado bondadoso para la ingrata tarea que le deparaba el destino. Había nacido en la isla de Corfú, y en 1915 tenía sesenta y dos años. Valiente y apreciado por sus compañeros, había sido militar durante cuarenta y dos años sirviendo en Afganistán, Birmania, India, Sudán y Sudáfrica. Su mano izquierda estaba impedida por una bala bóer que había sufrido treinta y cinco años antes, su pierna izquierda había sido aplastada por una caída de un caballo, lo que le hacía cojear. Hamilton era un hombre culto que hablaba alemán, francés e hindustaní. Su experiencia en asuntos militares era amplia, ya que había sido ayudante de campo en la India y suplente de Kitchener en las últimas etapas de la guerra de los bóeres, así como observador en la guerra ruso-japonesa³¹.

«Dejen que mis muchachos se enfrenten con los turcos en terreno abierto», escribió Hamilton, «venceremos una y otra vez porque los voluntarios británicos son superiores a los anatolios, sirios y árabes»³². Esta actitud, característica de la arrogancia de las grandes potencias sobre los pequeños Estados durante la guerra, les hizo asumir a menudo que podían triunfar sin demasiadas dificultades. De hecho, Turquía y las naciones balcánicas presentaron con frecuencia obstáculos inesperados, tanto para los Aliados, como para las Potencias Centrales. Mientras los turcos recomponían sus defensas, cuatro

³⁰ R. JENKINS, *Churchill. A Biography*, Nueva York, 2001, pp. 243-254, y J. WALLIN, *By ships alone: Churchill and the Dardanelles*, Durham, 1981.

³¹ J. P. JONES, *Johnny: The Legend and Tragedy of Sir Ian Hamilton*, Londres, 2012.

³² I. HAMILTON, *Gallipoli Diary*, vol. 1, Londres, 1920, p. 304.

días después del fracaso naval se celebró una conferencia decisiva a bordo del *Queen Elizabeth*. De Robeck fue directo al grano y le señaló sin ambages a Hamilton: «No podremos atravesar los Dardanelos sin la ayuda del ejército». El embajador norteamericano, Henry Morgenthau, tras recorrer las defensas, argumentó: «Mi primera impresión fue la de encontrarme en Alemania. Los oficiales eran prácticamente todos alemanes. En todas partes los alemanes construían contrafuertes con sacos de arena y reforzaban los emplazamientos»³³.

Gallipoli se había convertido así en una campaña conjunta y mal trabada. Existían un comandante militar y un comandante naval, pero no existía un comandante supremo. Tampoco se había realizado una planificación cuidadosa en Londres: la campaña se planificaba sobre la marcha. A Hamilton se le habían dado 75.000 hombres para mantener el orden en Constantinopla, pero ¿serían suficientes para llevar a cabo un desembarco? Lo peor era que el elemento sorpresa se había perdido, pues los turcos esperaban un desembarco. Cuando los puertos de Lemnos y de Alejandría se llenaron de buques de transporte, los turcos tuvieron la certeza de que se produciría el desembarco. Nadie había ordenado esa operación conjunta. Simplemente la fuerza de los acontecimientos la había puesto en marcha. El día 24 de marzo, Enver llamó urgentemente a Von Sanders y le pidió que tomase el control de las defensas de los Dardanelos.

Hamilton llegó a Alejandría el 24 de marzo y, en una muestra de la improvisación con que estaba siendo organizada la expedición, se vio obligado a trabajar inicialmente desde un improvisado cuartel general situado en un antiguo burdel. Tuvo que hacerlo a la luz de las velas, pues no había electricidad. Se había mostrado de acuerdo con un desembarco sin conocer el lugar ni los medios disponibles. Tenía que improvisar un complejísimo desembarco sobre el que no había precedentes en unas pocas semanas³⁴. En comparación histórica, los preparativos para el desembarco de Normandía el 6 de junio de 1944, comenzaron a principios de 1943.

Hamilton contaba para su Fuerza Expedicionaria del Mediterráneo con cinco divisiones: la 29.^a (17.649 hombres); el Cuerpo

³³ H. MORGENTHAU, *Ambassador Morgenthau's Story*, Nueva York, 1919, p. 210.

³⁴ L. A. CARLYON, *Gallipoli*, *op. cit.*, p. 111.

ANZAC (30.638); el contingente francés (16.762), y la División Naval (10.007). En total 75.056 hombres. No disponía de reservas, ni de barcasas de desembarco apropiadas, por lo que tendrían que desembarcar desde los buques. También escaseaba la munición. No había morteros ni granadas de mano. A pesar de todo, en Londres se calculaba que los turcos no ofrecerían apenas resistencia³⁵. Sin embargo, Hamilton se mostraba inquieto. Los estudios de inteligencia alertaban sobre la presencia de entre 40.000 y 80.000 soldados turcos en la península. En realidad, eran 60.000 y se creía que podían llegar 30.000 más desde Anatolia y, posiblemente, unos 60.000 desde Constantinopla. Hamilton se enfrentaba así a una fuerza de entre 40.000 y 150.000 hombres. Los problemas de Hamilton eran numerosos. Se suponía que se trataba de una operación conjunta, sin embargo, se encontraba a más de 800 kilómetros del comandante naval. Su personal administrativo llegó a Egipto el 1 de abril. Su Estado Mayor no podía dedicar demasiado tiempo a estudiar la estrategia, pues lo prioritario era ocuparse de la logística. Se envió a hombres a Egipto para comprar en los bazares todo aquello que permitiese almacenar agua: pieles, recipientes y latas de cualquier tipo.

Los informes de inteligencia eran muy incompletos. Faltaba información sobre las reservas turcas de agua en la península, elemento vital para calcular la resistencia de los soldados turcos en esa zona tan árida, especialmente durante los meses más calurosos del verano. El gabinete de guerra británico le envió a Hamilton un documento oficial que databa de 1905 y un informe de la marina que señalaba que apenas existía agua en la península. En esas condiciones, el Estado Mayor utilizaba guías turísticas para marcar los objetivos. No se hizo nada para evitar que los preparativos trascendieran, y al cabo de poco tiempo todos hablaban de la operación en curso, incluida la prensa.

Una de las primeras bajas sería una de las más famosas de la campaña. Se trataba del poeta Rupert Brooke. Nacido en 1887, su poesía apelaba más al corazón que a la mente: «Venid a morir, será tan entretenido». Sus versos reflejaban una visión romántica de los soldados y una fe idealista en Inglaterra y en sus habitantes. Brooke había llegado a la isla griega de Skyros el día 17 como parte del batallón Hood de la División Naval Real. Durante varios días exploró con sus

³⁵ E. J. ERICKSON, *The History of World War I*, op. cit., pp. 62 y ss.

compañeros la isla donde supuestamente se encuentra enterrado Teseo. Estaba entusiasmado por participar en esa campaña tan próxima al mundo clásico que tanto admiraba: «¿Deberé saquear mosaicos de Santa Sofía y alfombras turcas? ¿Seremos un momento decisivo de la historia? ¡Oh, Dios! Nunca he estado más contento en toda mi vida... De repente me doy cuenta de que voy a conseguir lo que he ambicionado desde que tenía dos años, ir a una expedición militar contra Constantinopla». Posteriormente escribió unos versos que se harían inmortales y que anticiparon lo que le sucedería:

The Soldier
 «If I should die, think only this of me:
 That there's some corner of a foreign field
 That is for ever England. There shall be
 In that rich earth a richer dust concealed;
 A dust whom England bore, shaped, made aware,
 Gave, once, her flowers to love, her ways to roam,
 A body of England's, breathing English air,
 Washed by the rivers, blest by suns of home.
 And think, this heart, all evil shed away,
 A pulse in the eternal mind, no less
 Gives somewhere back the thoughts by England given;
 Her sights and sounds; dreams happy as her day;
 And laughter, learnt of friends; and gentleness,
 In hearts at peace, under an English heaven»³⁶.

Como Byron, Shelley y Keats, Brooke murió joven en el Mediterráneo. Hacia el 21 de abril Brooke se sintió mal y fue transferido a un

³⁶ «El soldado». «Y si muero piensa sólo esto de mí:/ que existe un rincón de una tierra extranjera/ que para siempre Inglaterra será. Habrá en esa rica tierra mezclado un polvo aún más fecundo:/ un polvo al que Inglaterra dio vida y forma, al que hizo consciente,/ y al cual dio una vez, flores para amar, caminos para recorrer,/ un cuerpo de Inglaterra, que respiró aire inglés,/ que en sus ríos se bañó, que fue bendecido por el sol del hogar./ Y piensa que este corazón, ya limpio de todo mal,/ convertido en un pulso de la mente/ eterna, hará brotar allí donde yace/ los pensamientos que Inglaterra le dio,/ sus paisajes y sonidos; sueños de días plenos;/ y risas aprendidas de los amigos; y cordialidad,/ de corazones en paz, bajo un cielo inglés./ Y ríe sabiendo de los amigos, y es gentil,/ con el corazón en paz bajo un cielo inglés». Es interesante destacar que la estructura del poema se aleja progresivamente de Inglaterra. La primera mitad sigue la forma clásica del soneto de Shakespeare, con ritmo ABAB CDCD, mientras que la segunda mitad pertenece al soneto italiano, FGH FGH.

buque hospital francés. Falleció el 23 de abril como consecuencia de una septicemia derivada de la picadura de un insecto, en vísperas de aquel ataque en que tanto ansiaba participar. Aquel «rincón de una tierra extranjera» resultó ser un pequeño olivo. Hamilton le había ofrecido a Brooke un puesto administrativo, pero éste se había negado afirmando que deseaba desembarcar con sus compañeros. Por su romanticismo y su deseo ardiente de entrar en combate, Brooke se convertiría en la figura simbólica de la campaña de Gallipoli. George Woodbury, en una antología de la poesía de Rupert Brooke escribió: «Hay una tumba en Skiros entre el mármol blanco y rosado de la isla, el tomillo silvestre y las amapolas, cerca de la tumbas verdes y azules. Ahí está enterrado Rupert Brooke». De haber sobrevivido, la cruda realidad de la lucha en Gallipoli le hubiese hecho cambiar radicalmente su visión romántica de la guerra³⁷.

Aunque improvisados y apresurados, los preparativos no estuvieron listos hasta el 25 de abril. Para entonces, los turcos estaban preparados. Al igual que los enemigos que les esperaban en la costa, los hombres del ANZAC eran duros, resueltos y estaban ansiosos también por entrar en combate. Las tropas se mostraban confiadas. En uno de los buques se escribió con optimismo en grandes letras: «A Constantinopla y los harenes».

Poco a poco los buques se fueron situando en sus posiciones de partida. Sobre la zona reinaba una oscuridad total. Los acorazados, con los buques de transporte tras ellos, se dirigían a la costa. La tensión se palpaba entre los hombres, muchos de ellos adolescentes a punto de enfrentarse con la muerte. A las cuatro de la mañana la costa otomana se perfiló amenazadora entre la bruma matutina. Sin embargo, no parecía haber vida en las oscuras colinas frente a los buques de desembarco. Mientras las primeras barcas de desembarco enfilaban las playas, Hamilton exclamó en voz alta: «¡Dios omnipotente, Guardián de la Vía Láctea, Pastor de las estrellas de oro, ten piedad de nosotros!».

Aquella mañana, tras un bombardeo marítimo, varios grupos desembarcaron con dificultades en la costa: un ataque de distracción francés en Kum Kale en la costa asiática, regimientos británicos en la punta de la península (cabo Helles) y los ANZAC, unos kilómetros

³⁷ N. JONES, *Rupert Brooke. Life, Death and Myth*, Londres, 1999.

más al norte, en Gaba Tepe o «bahía Anzac». Los turcos eran ampliamente superados en número, pero como controlaban la parte superior de las colinas desde donde dominaban las playas, podían aniquilar al enemigo que desembarcaba. Al finalizar el día, habían caído cuatro mil de los 30.000 que habían desembarcado. Como la mayoría de los planes militares, el de Gallipoli no resistió el primer contacto con el enemigo. Birdwood había contado con el factor sorpresa y había decidido desembarcar en la oscuridad sin apoyo artillero naval. El sol saldría a las cinco de la mañana. Los buques no se podían aproximar mientras la luna estuviese en el horizonte, pues la silueta de los buques sería visible para los turcos. El desembarco tenía que realizarse a las cuatro y media³⁸.

Hamilton cometió el error de permanecer en el *Queen Elizabeth* en vez de situarse en un buque de mando más apropiado que contara con un equipo completo de señalización. Desde su enorme acorazado, Hamilton no podía acercarse para apreciar lo que sucedía en las playas. De todas formas, había decidido desde el principio no interferir en la batalla a no ser que se le solicitase de forma directa. El mando táctico fue otorgado a sus dos comandantes de cuerpos: Hunter-Watson, con los británicos en cabo Helles, y Birdwood, con las fuerzas ANZAC en Gaba Tepe. Sin embargo, estos dos comandantes habían permanecido gran parte del día a bordo de los buques, por lo que carecían también de información vital sobre lo que sucedía en la costa. De esa manera, ningún oficial de alto rango tenía una idea clara de lo que sucedía en aquellas horas esenciales. La batalla pudo decidirse con el envío oportuno de refuerzos a lugares vitales, pero Hamilton no deseaba actuar sin una petición clara por parte de sus subordinados, que contaban con tan poca información como él. Se perdieron así horas valiosísimas mientras, en su acorazado, Hamilton se mostraba dubitativo.

Un soldado neozelandés señaló que lo que observó en las primeras horas del combate era «nada menos que una escena del infierno». En el buque de transporte de animales *Lutzow*, que trasladaba a cientos de soldados heridos a Egipto, el único oficial médico a bordo era un veterinario que hizo lo que pudo por tratar a decenas de soldados. En el lado turco, los soldados lucharon con un coraje extraordinario.

³⁸ H. BROADBENT, *Gallipoli. The Fatal Shore*, op. cit., pp. 54-58.

La disciplina era durísima. No habían recibido la paga durante meses y la comida era pésima. Sin embargo, esas circunstancias, que habrían acabado con la moral de cualquier otro ejército, no afectaron a los soldados turcos.

Muchas de las tropas inglesas no habían participado en ninguna batalla anteriormente. Por su parte, los australianos y los neozelandeses provenían de naciones sin ninguna experiencia bélica. Los soldados aliados se encontraban lejos de sus casas frente a lo absolutamente desconocido. Ignoraban todo de la tierra en la que se encontraban jugando la vida en un encuentro insólito entre jóvenes de Australia y Nueva Zelanda y turcos de Anatolia. Los ANZAC demostraron un enorme valor aquel día lanzándose a la playa al grito de «Imshi Yallah», frase que habían adoptado durante su estancia en Egipto. El comandante del Cuarto Batallón australiano les dijo a sus hombres la víspera de la batalla que debían «comportarse como caballeros y mantener bien en alto el nombre de Australia» cuando llegaran a Constantinopla. En la playa se otorgaron cinco Cruces Victoria por actos de heroísmo. Al finalizar el día, y a pesar de la resistencia turca, 30.000 de los 75.000 soldados se habían afianzado en varios puntos de la península de Gallipoli. Se formaron dos cabezas de puente destacadas, una mayor en el cabo Helles y otra en Ari Burnu.

Los turcos se vieron favorecidos por la habilidad del general alemán Liman von Sanders y por un inspirado comandante turco, Mustapha Kemal, que animó a sus hombres a seguir luchando incluso cuando carecían de munición. Cuando uno de sus soldados se quejó de que no tenía fuerzas para atacar, Kemal le replicó: «No os ordeno que atacéis, os ordeno que muráis. Para cuando nos hayan matado a todos, ya estarán aquí otras unidades y mandos que ocuparán nuestro lugar»³⁹. Los británicos, franceses y los ANZAC se comportaron también con inmensa bravura, pero el liderazgo de Hamilton desde su buque de mando fue mucho menos dinámico que el de Kemal. El fracasado ataque aliado tres días después, conocido como primera batalla de Krithia, no logró derrotar a un enemigo cada vez más fuerte y con una moral muy alta. Fisher concluyó de forma profética: «Malditos Dardanelos; serán nuestra tumba»⁴⁰.

³⁹ Citado en A. MANGO, *Atatürk*, Londres, 1999, p. 146.

⁴⁰ A. MOOREHEAD, *Gallipoli*, Nueva York, 2002, p. 156.



Gallipoli. El desembarco.



Gallipoli. Un soldado ANZAC traslada a un herido.

En los meses siguientes, las tropas aliadas lucharon con determinación y arrojo para ganar poco más que una cabeza de puente ampliada. Los contraataques turcos impidieron que progresaran mucho más allá. Al final, se acabó en una fase de estancamiento similar a la de los frentes europeos, que consumía tropas y recursos en ataques y contraataques sin utilidad alguna. Al mismo tiempo, la situación militar y política de la guerra se transformaba. La entrada de Italia en la guerra obligó a la retirada de varios buques de los Dardanelos para reforzar a la flota italiana. Además, el hundimiento de navíos de línea a manos del submarino alemán U-21, hizo que los grandes buques de guerra aliados se retiraran al puerto de Mudros, privando a la infantería del apoyo de sus cañones.

En agosto, tras la llegada de refuerzos, se efectuó un segundo desembarco en la bahía de Suvla, más al norte, en una zona escasamente defendida. Sin embargo, la descoordinación entre el ejército y la armada y una serie de errores de mando acabarían sumiendo la operación en el caos. Cuando las lanchas de desembarco volvieron a dejar a las tropas en las playas equivocadas, cundió el desconcierto. Hasta que recibieron refuerzos, menos de 1.500 turcos consiguieron resistir ante 20.000 soldados británicos desorientados. El fracaso de los desembarcos en la bahía de Suvla acabó definitivamente con cualquier esperanza de los Aliados de vencer en Gallipoli, a pesar de los nuevos ataques que lanzaron durante todo el mes. El general Stopford, dubitativo, fracasó en aprovecharse de la sorpresa inicial turca. La situación se asemejaba a la del frente occidental, un empate sangriento. Las fuerzas turcas aumentaron progresivamente y ambos bandos se encontraron igualados. Hamilton solicitaba cada vez más refuerzos sin ofrecer resultados tangibles, lo que acabó provocando su destitución⁴¹.

Las condiciones de vida que se desarrollaron en la península fueron especialmente severas, incluso para los parámetros de la Gran Guerra. La lejanía del campo de batalla de las bases que habían establecido los Aliados se traducía en enormes dificultades para abastecer a las tropas incluso de las necesidades más elementales. Entre las playas y la principal base en Alejandría, había una distancia de más de mil kilómetros.

⁴¹ T. TRAVERS, «Gallipoli», en R. COWLEY (coord.), *The Great War, op. cit.*, p. 191.

Una de las plagas más molestas, aparte de los piojos, eran las moscas. «Una de nuestras maldiciones», recordaba el soldado Harold Boughton, «eran las moscas. Había millones y millones de moscas. Un sector entero de la trinchera era una enorme masa negra. Cualquier cosa que se te ocurriera abrir, como una lata de carne, se llenaba inmediatamente de moscas. Si tenías un poco de suerte de obtener una lata de mermelada y la abrías, se abalanzaban sobre ella. Se arremolinaban alrededor de tu boca y cualquier herida que hubieses sufrido se infectaba sin remedio. Era una maldición»⁴². Un soldado compuso un poema titulado «Las moscas» sobre la espantosa plaga de esos insectos:

«The flies! Oh God, the flies,
They soiled the sacred dead.
To see them swarm from dead men's eyes.
And share the soldier's bread»⁴³.

La combinación de una pésima dieta, las moscas, las condiciones de las letrinas y los cuerpos en descomposición de los fallecidos desataron terribles epidemias de disentería. Los hombres sufrieron lo indecible en un abrasador verano con escasez de agua, lo que agravó las epidemias. Un soldado aliado recordaba: «Muy a menudo tenías que correr sin llegar a las letrinas, debías bajarte los pantalones en cualquier sitio». En esas condiciones, las tropas no se encontraban en condiciones de luchar. «Te sentías incapaz de realizar ningún esfuerzo. Tan sólo decías: “dejarme morir, ya no me importa nada”». En palabras de otro soldado: «La disentería era una enfermedad espantosa que robaba al hombre los últimos vestigios de dignidad humana antes de acabar con él. Dos semanas antes de sufrirla, mi viejo amigo era robusto y elegante. Sin embargo, tras sólo diez días, era horrible mirarle, arrastrándose, con sus pantalones por los tobillos, su camisa manchada, todo estaba manchado. Ni siquiera podía caminar. Así que le agarré por un brazo y otro compañero por el otro y

⁴² M. ARTHUR, *Forgotten Voices of the Great War*, op. cit., p. 118.

⁴³ «¡Las moscas! ¡Dios mío, las moscas!/ Ensuciaban los sagrados cuerpos de los muertos./ Verlas salir de los ojos de los muertos/ y compartir el pan de los soldados»; J. HAMILTON, *From Gallipoli to Gaza: The Desert Poets of World War One*, East Rosedale, 2003, p. 79.

lo llevamos a las letrinas. Intentamos ahuyentar las moscas y girarle con su parte trasera hacia la trinchera. Sin embargo, se cayó de cabeza en la letrina. Intentamos sacarle, pero no teníamos fuerzas suficientes y él no podía hacer nada. Cuando logramos sacarle de ahí, ya estaba muerto. Se había ahogado en sus propios excrementos»⁴⁴. Se dieron también casos de malaria, en particular entre los miembros de la 29.^a División, que habían servido en la India y habían contraído allí la enfermedad. Los soldados tenían prohibido utilizar el agua de mar para lavarse los dientes, dada la gran cantidad de cadáveres e inmundicia que flotaba cerca de la playa.

Lo que convertía a Gallipoli en un campo de batalla único es que no existía ningún lugar a salvo. Bien se encontrara en la primera línea de frente o bañándose en el mar, siempre existía la posibilidad de que un soldado fuese alcanzado por el fuego enemigo. Una amenaza constante en todos los sectores eran los francotiradores turcos. Incluso cuando se establecieron las trincheras definitivas, los francotiradores eran una amenaza para todo aquel que cometiese el error de distraerse un momento. Dadas las circunstancias que rodearon el desembarco y las primeras ofensivas, los turcos se encontraban situados en la parte alta de la península, que ofrecía unas posiciones inmejorables para los francotiradores. «Una mañana», recordaba un soldado británico, «escuché a dos personas conversando en la trinchera detrás de la nuestra. El sargento de la compañía se encontraba muy cerca de mí cuando, de repente, alzó su mano y cayó. Una bala que se dirigía hacia nosotros le había atravesado la cabeza». El soldado Harry Baker recordaba: «Había un terrible hedor en el aire y yo le pregunté a alguien que ya llevaba allí un tiempo: “¿Qué es ese horrible olor?” Él me contestó: “Son hombres muertos en frente de nuestra trinchera”. Uno se encontraba tres kilómetros más lejos y todavía podía olerlo, ese terrible hedor en el aire. Si has oído alguna vez un ratón muerto, esto era como cientos de veces o miles de veces peor. Era el olor de la muerte, nunca conseguías sacártelo de encima. Todavía me acompaña, todavía puedo recordar exactamente cómo era»⁴⁵.

⁴⁴ Citado en M. ARTHUR, *Forgotten Voices of the Great War*, op. cit., p. 118.

⁴⁵ Sobre las condiciones en el campo de batalla, H. BROADBENT, *Gallipoli. The Fatal Shore*, op. cit., cap. 7.

A diferencia de los campos de batalla en Francia, donde un batallón podía servir un tiempo en primera línea y luego replegarse fuera del alcance de la artillería enemiga, en Gallipoli el estrés causado por la posibilidad de ser alcanzado no desaparecía nunca. El soldado Ernest Lye afirmó que la campaña fue «una terrible pesadilla que recordaré mientras viva». Los ataques sin sentido llegaron a tal punto que en una ocasión los turcos comenzaron a gritar a los Aliados, «Dur, Dur» («parad, parad») para que se pusiera fin a las cargas de infantería⁴⁶. Los turcos estaban llegando también al límite de su resistencia. Un teniente señaló: «Tengo veintiún años. Mi pelo y mi barba ya son de color gris. Mi bigote está blanco. Mi rostro está arrugado y mi cuerpo se está pudriendo. No podré aguantar estas privaciones y estas condiciones durante mucho más tiempo»⁴⁷.

El general Hamilton señaló en una ocasión que «la mayor herejía de la guerra es creer que las batallas pueden ganarse sin grandes pérdidas». Resulta evidente que el mando aliado fue inferior al turco. El intelectual Hamilton demostró ser más un poeta frustrado que un comandante militar y, junto con sus oficiales, subestimó las cualidades de los soldados turcos. En octubre, Hamilton fue relevado de su mando y su sucesor, Charles Monro, recomendó la evacuación de la península «por motivos estrictamente militares, dada la gran pérdida diaria de hombres y de oficiales»⁴⁸.

Sir Charles Monro, el sucesor de Hamilton, se mostró tajante: continuar con la campaña tan sólo aumentaría el número de bajas. Era preciso retirarse. Churchill denigraría a Monro acusándole de que «llegó, vio y capituló»⁴⁹. Sin embargo, no existían alternativas válidas para Monro. El gabinete de guerra no decidió la evacuación hasta principios de diciembre, cuando un gélido invierno causó centenares de casos de congelación y de ahogados en riadas. Entre el 30 de diciembre y el 8 de enero, todos los supervivientes fueron evacuados. A diferencia del desembarco, la evacuación fue meticulosamente planificada. Poco a poco, los hombres fueron abandonando el terreno con dispositivos que hacían que los rifles dispararan automá-

⁴⁶ N. STEEL y P. HART, *Defeat at Gallipoli*, Londres, 1994, p. 229.

⁴⁷ S. PALMER y S. WALLIS, *Intimate Voices from the First World War*, Nueva York, 2005, p. 141.

⁴⁸ N. STEEL y P. HART, *Defeat at Gallipoli*, op. cit., p. 375.

⁴⁹ Citado en B. H. LIDELL HART, *The Real War, 1914-1918*, Boston, 1930, p. 123.

ticamente mientras se embarcaba a los hombres. Ningún hombre fue dejado atrás. Sin embargo, no conviene exagerar el éxito de esta retirada, ya que los turcos no tenían ningún interés en prolongar la partida de los Aliados ni arriesgarse a sufrir más pérdidas. Atrás quedaban los restos de aquellos que habían fallecido: 28.000 británicos, 10.000 franceses, 7.500 australianos y 2.250 neozelandeses. Es cierto que los turcos habían sufrido la pérdida de 55.000 de sus mejores tropas, pero al menos podían cantar victoria.

Para Australia, Gallipoli marcó el nacimiento de la nación. Se dijo que los soldados fueron como representantes de seis Estados separados y regresaron como miembros de una sola nación. Tras la guerra un veterano australiano definió la bahía ANZAC como «la esquina más sagrada del suelo australiano»⁵⁰. «En la guerra encontramos nuestro espíritu nacional», concluye un prestigioso historiador de la campaña neozelandesa⁵¹. Las ondas de la derrota fueron amplias y estuvieron ligadas a la Revolución rusa debido a la incapacidad de los Aliados de abastecer a Rusia por mar, generando la hambruna y el descontento que llevaría a la caída del zar. Debido a que la campaña fue tan mal planificada y ejecutada, los expertos siguen especulando sobre las alternativas. Se ha defendido que una campaña mejor coordinada entre la fuerza terrestre y la marina podría haber destruido a los turcos, debilitado a Alemania y salvado a Rusia. No habría existido Revolución rusa, ni comunismo, ni guerra fría. Sin embargo, más que estos futuribles, lo realmente relevante fue lo que sucedió. Fue la peor derrota sufrida por el Imperio británico desde Yorktown. El dominio británico en el Imperio se basaba en la supuesta superioridad del hombre blanco sobre las razas «de color», una superioridad que fue barrida en las playas y las agrestes colinas de Gallipoli.

Al final, la campaña de Gallipoli fue una gran ilusión. La gran ilusión de que la guerra acabaría pronto y los soldados volverían a casa antes de que cayesen las hojas del otoño. La gran ilusión de que pronto todo volvería a ser como antes. Nada de eso sucedió. La campaña se convirtió en sinónimo de ineptitudes y matanzas. Medio millón de hombres pagarían con su sufrimiento y su agonía el perpe-

⁵⁰ C. M. H. CLARK, *A History of Australia*, 6 vols., Melbourne, 1962-1981, vol. 5, p. 425.

⁵¹ F. WAITE, *The New Zealanders at Gallipoli*, Auckland, 1921, p. 300.

tuarlo en una trágica historia de cementerios. Se trató de un increíble desperdicio de vidas y todo para que, como señaló un oficial británico, «40.000 hombres falleciesen por 200 hectáreas de malos pastos». La guerra nunca más volvió a Gallipoli.

Las caballerosas palabras que pronunció Mustafá Kemal *Ataturk* sobre los fallecidos en la trágica campaña de Gallipoli tienen una validez eterna: «Esos héroes que derramaron su sangre y entregaron sus vidas... ahora yacen en la tierra de un país amigo. Por lo tanto, descansan en paz. Para nosotros no importa si se llamaban Johnny o Mehmet, porque yacen uno al lado del otro en este país nuestro. Ustedes, las madres que enviaron a sus hijos a naciones lejanas, limpien sus lágrimas. Sus hijos ahora están en nuestro seno y están en paz. Después de perder sus vidas en esta tierra, se han convertido también en nuestros hijos»⁵².

Mesopotamia

La derrota en Gallipoli hizo que Gran Bretaña se precipitase a un segundo desastre, en esta ocasión en la zona de Mesopotamia. Tras la retirada aliada de Gallipoli, los turcos transfirieron tropas a su provincia árabe de Mesopotamia (que correspondería aproximadamente con la actual Iraq). En 1914, una fuerza anglo-india, la Fuerza D, formada por una división mediocre, había sido enviada a la zona para resguardar las instalaciones petrolíferas en el golfo Pérsico y bloquear la amenaza turca sobre el canal de Suez. Antes de que estallase el conflicto, la marina británica había comenzado a sustituir sus acorazados propulsados con carbón por los de petróleo. La exploración petrolífera estaba en sus inicios en la península arábiga, pero resultaba evidente que lo había en grandes cantidades en Persia (Irán). El petróleo persa había comenzado a ser explotado por la Compañía Anglo-Persa de Petróleo, que había logrado una concesión del débil Gobierno persa. Existían también motivos de prestigio, como la defensa de la India y el deseo de aplacar el creciente movimiento nacionalista indio⁵³.

⁵² Inscripción en monumento en el campo de batalla de Galipoli.

⁵³ J. S. GALBRAITH, «No Man's Child: The campaign in Mesopotamia, 1914-1918», *International History Review*, 1984, y D. FRENCH, «The Dardanelles,

Las tropas angloindias habían desembarcado en Shat el Arab y, tras superar una débil resistencia turca, alcanzaron la ciudad de Basora el 22 de noviembre de 1914. En abril de 1915, un nuevo comandante aliado más agresivo, sir John Nixon, tomó el mando en Mesopotamia. El Gobierno británico aprobó avances sucesivos hacia el norte del río Tigris, hacia Kut-el-Amara. En octubre, el gabinete debatió si debía acceder al deseo de Nixon de que la Fuerza D continuase hasta Bagdad, conscientes de que era una fuerza agotada, asediada por las enfermedades y en inferioridad numérica ante las unidades turcas que se encontraban en la ruta⁵⁴.

El comandante de la Fuerza D, y subordinado de Nixon, sir Charles Townshend, precisaba de más de 200 toneladas de suministros al día y recibía tan sólo 150. Townshend se mostraba reacio a continuar, pues había llegado al límite de su capacidad logística. Sus servicios médicos eran insuficientes y la navegación por el río Tigris hasta Basora había quedado interrumpida por el bajo nivel del agua. Sin embargo, lo más preocupante era que dudaba de la calidad de sus tropas Indias, pero lord Hardinge, virrey de la India, deseaba controlar Mesopotamia para que se convirtiera en granero del Imperio y para que sirviese de vía de salida para la emigración india, por lo que defendió el impacto que tendría la caída de Bagdad, revirtiendo la pérdida de prestigio británico tras la derrota de Gallipoli. Finalmente, el gabinete dejó en sus manos la decisión y él autorizó el avance. Hacia finales de año, los británicos habían avanzado hasta la confluencia de los ríos Tigris y Éufrates. A pesar de las duras condiciones climáticas, consiguieron avanzar gradualmente hacia el norte y, en octubre de 1915, alcanzaron la localidad de Selmán Pal a unos cincuenta kilómetros al sur de Bagdad. El general otomano Nurettin Bajá estableció su defensa treinta y dos kilómetros al sur de Bagdad con dos sólidas líneas defensivas de 20.000 soldados⁵⁵.

Cuando, a principios de 1915, el anciano mariscal de campo alemán, el barón Kolmar Von Der Goltz, llegó a Bagdad para hacerse cargo de la situación, tanto en Iraq como en Persia, las tropas turcas

Mecca and Kut: Prestige as a Factor in British Eastern Strategy, 1914-16», *War and Society*, vol. 5, núm. 1, mayo de 1987, pp. 45-61.

⁵⁴ E. J. ERICKSON, *The History of World War I*, op. cit., pp. 138-144.

⁵⁵ E. ERICKSON, *Ordered to Die: A History of the Ottoman Army in the First World War*, Westport, 2001, pp. 112 y ss.

habían rechazado un gran ataque por parte de Townshend y las habían rodeado en la localidad de Kut el Amara. Durante cinco terribles meses, desde noviembre de 1915 a abril de 1916, las fuerzas turcas dirigidas por Von der Goltz asediaron a los hombres de Townshend. Con el río Tigris a sus espaldas, Townshend tenía a su mando 11.600 soldados británicos, 3.300 no combatientes y 7.000 ciudadanos locales, con munición y comida para sesenta días (según sus cálculos). Durante el día las tropas sufrían un calor abrasador y por la noche la temperatura descendía bruscamente. A pesar de que se le habían prometido refuerzos, éstos nunca llegaron. Hacia abril de 1916, los asediados se vieron obligados a comerse los caballos y a tomar pastillas de opio para calmar el hambre. En un intento desesperado por evitar la humillación de una rendición en masa, el Gobierno británico ofreció a los turcos dos millones de libras en oro a cambio de que dejaran marchar a la guarnición. Asimismo, prometían que esos hombres no volverían a combatir. Los turcos rechazaron la oferta⁵⁶.

Al final del mes las tropas aliadas se rendían a los turcos, que los trasladaron a campos de prisioneros en Anatolia. Durante esas marchas de la muerte, fallecieron 2.500 indios y 1.250 británicos. El soldado Harold Wheeler dejó su testimonio de aquellas marchas:

«Una marcha diaria de no más de quince kilómetros a lo largo de la infinita llanura desértica parecía no tener fin. Teníamos los labios rotos, la piel ardiente y las piernas dolorosas. Incluso cuando resultaba imperativo responder a las necesidades de la naturaleza, los kurdos a caballo adoptaban una actitud amenazadora gritando: “Yallah”, “Yallah Imshee”, y haciendo un uso indiscriminado del látigo para obligarnos a levantarnos. Aquellos que sufrían de disentería u otras enfermedades y que caían durante la marcha no recibían compasión. Eran abandonados al borde del camino o eran asesinados por los árabes que merodeaban y que les robaban el uniforme y sus ropas. Un día, durante la marcha, me percaté de un soldado inglés completamente desnudo al borde del camino y vi a un turco poniendo un sombrero sobre su abdomen. Aquel fue el único acto humano que se presencié en aquella terrible marcha»⁵⁷.

⁵⁶ A. J. BARKER, *The Neglected War: Mesopotamia. 1914-1918*, Londres, 1967.

⁵⁷ IWM, Docs, H. V. Wheeler, memoria mecanografiada, 10 de enero de 1974, pp. 2-3.

En cautividad, los hombres fueron maltratados, golpeados o asesinados. De los 13.000 británicos e indios capturados, 5.000 fallecieron como consecuencia de las malas condiciones de vida. Mientras tanto, Townshend fue tratado correctamente y vivió confortablemente en una villa en una isla en el mar Negro. Se le permitía incluso salir de caza. Fue un mal general y, tras el enorme sufrimiento de sus hombres, se comportó de forma poco apropiada. Por su parte, Goltz no pudo saborear el éxito, ya que falleció de tifus poco antes de la rendición británica. La humillación para Gran Bretaña fue absoluta. Parecía que estaba a punto de cumplirse el peor temor del Gobierno británico, el resurgimiento del islam como fuerza en el Imperio. Goltz había escrito: «Para mí el marchamo del siglo XX tiene que ser la revolución de las razas de color contra el imperialismo colonial de Europa»⁵⁸.

La combinación de la derrota, las condiciones climáticas adversas, el agotamiento y la falta de suministros acabaron con la moral de las tropas aliadas, que permanecían en Mesopotamia. Eso fue especialmente visible entre las tropas indias, cuya moral se vino abajo. El mando británico no se podía permitir otra humillación frente a los turcos. Finalmente, mejoró el abastecimiento y en febrero de 1917, los británicos recapturaban Kut y avanzaron para tomar Bagdad en marzo. Para lograr la superioridad necesaria, habían hecho falta 200.000 soldados del Imperio bien equipados.

De acuerdo con la historia oficial británica de la campaña en Mesopotamia, las fuerzas anglo-indias desplegadas en Iraq durante la guerra ascendieron a 890.000 oficiales y hombres, de los cuales aproximadamente 51.400 cayeron heridos y cerca de 13.500 fueron dados por desaparecidos o fueron hechos prisioneros. Las fuerzas otomanas destinadas en ese teatro de guerra eran tan sólo la mitad, pero sus bajas fueron también numerosas, especialmente como resultado de cuellos de botella logísticos que condenaban a los soldados turcos al hambre y a no contar con calzado apropiado durante largos períodos de tiempo⁵⁹.

En Persia, supuestamente neutral dado que estaba protegida por tropas rusas y británicas, los turcos, impulsados por Berlín, invadie-

⁵⁸ C. VON DER GOLTZ, *Denkwürdigkeiten*, Berlín, 1932, p. 422.

⁵⁹ D. J. GOOLD, «Lord Hardinge and the Mesopotamian Expedition and Inquiry, 1914-1917», *Historical Journal*, vol. 19, 1976, pp. 919-945.

ron la zona norte a finales de 1914 y avanzaron hasta la localidad de Tabriz en enero de 1915. Las tropas rusas contraatacaron y lograron rechazar a los turcos a la frontera. Durante los dos siguientes años, los turcos, con el apoyo de algunas fuerzas persas irregulares y de un puñado de oficiales alemanes, se enfrentaron de forma intermitente contra un cuerpo expedicionario ruso de caballería bajo el mando del general Baratov. Sin embargo, una vez que se produjo la Revolución bolchevique, la tarea de resistir los ataques turcos en Persia recayó en los británicos.

Por otro lado, los alemanes intentaron provocar una rebelión en la India británica, para lo cual enviaron a una pequeña expedición bajo el mando del oficial Oskar Niedermayer a Afganistán, donde esperaban poder recabar el apoyo del Emir Habibullah y, desde allí, invadir la India. La expedición alemana atravesó Persia para llegar a Kabul. Una vez en la capital afgana, y tras meses de vacilaciones, el emir finalmente rehusó a apoyar a los alemanes, temeroso de las posibles represalias británicas. Esa aventura, en gran parte olvidada, de Niedermayer, le llevó a realizar un épico viaje atravesando en dos ocasiones todo el territorio persa. Al mismo tiempo, los cónsules alemanes destinados en Estados Unidos adquirieron armas para enviarlas a los revolucionarios indios. Sin embargo, los musulmanes indios permanecieron leales a los británicos y varios contingentes de tropas indias participaron en la guerra europea. En 1916, el novelista británico John Buchan escribió la obra *Greenmantle*. En ella, el protagonista, Richard Hannay, recibe la siguiente información: «Un viento seco sopla hacia la frontera India [...] Nos hemos burlado de la guerra santa, la Yihad que el viejo Von der Goltz profetizó. Pero creo que aquel bobalicón con enormes gafas estaba en lo cierto. Se está gestando una Yihad». Sin embargo, el sueño alemán de una «jihad» contra el Imperio británico no llegó nunca a materializarse. En realidad, la fuerza de la religión, necesaria para una guerra santa, estaba en aquellos momentos en declive y la del nacionalismo no era tan fuerte fuera de Europa⁶⁰.

⁶⁰ Sobre Niedermayer y la expedición a Afganistán, véase S. McMEEKIN, *The Berlin-Baghdad Express*, Londres, 2010, cap. 13, y P. HOPKIRK, *On Secret Service East of Constantinople*, op. cit., pp. 148 y ss. Sobre la participación india en el conflicto europeo, J. GREENHUT, «The Imperial Reserve: The Indian Corps on the Western Front, 1914-1915», *Journal of Contemporary History*, vol. 12, núm. 1, 1983, pp. 54-73, y J. BUCHAN, *Greenmantle*, Londres, 1917, p. 16.

Las derrotas aliadas en Gallipoli y Kut han eclipsado una importante victoria, la eficaz defensa del canal de Suez contra la ofensiva turca en febrero de 1915 y en julio de 1916. Motivados por los alemanes, un cuerpo expedicionario turco de unos 20.000 hombres se puso en marcha en enero de 1915 en una marcha forzada a través el desierto del Sinaí, pero su intento de cruzar el canal de Suez fracasó. Para evitar el fuego artillero de los barcos de guerra británicos, dirigieron el ataque contra el centro del canal. Sin embargo, ninguna de las dos compañías otomanas que lo cruzaron pudo defender su posición y, además, no se produjo ningún levantamiento en Egipto. La ofensiva fue interpretada por los británicos como poco más que una incursión. Sin embargo, y a pesar de la facilidad con la que se había defendido el canal, Gran Bretaña destinó a la zona 150.000 hombres. Aunque el mando general en este teatro de guerra se encontraba a las órdenes del general Ahmet Cemal Pasha, la línea del frente en el Sinaí y en Palestina del sur estaba dirigida, de hecho, por un coronel bávaro, el barón Friedrich Kress von Kressenstein, que, con el tiempo, en 1917, sería nombrado comandante del VIII Ejército otomano.

El éxito en la defensa de la península de Gallipoli convenció a los turcos de que su ejército podía tomar el canal en una nueva campaña y, para ello, dedicaron gran parte del año a mejorar las comunicaciones por tren y carretera entre la línea del frente y el cuartel general del IV Ejército otomano. En abril de 1916, los otomanos rechazaron el avance británico sobre el oasis de Qatiya, al este del canal y, en agosto, se acercaron lo suficiente a este para atacarlo con fuego de artillería, aunque las tropas británicas los hicieron retroceder causándoles 16.000 bajas. Los británicos, que había sufrido sólo 1.500 bajas, decidieron no perseguirlos a causa de la falta de agua potable, factor de enorme importancia en el tórrido verano del Sinaí⁶¹.

Tras numerosas incursiones menores, los turcos lanzaron un segundo avance hacia el canal de Suez en julio de 1916, pero fueron rechazados de forma contundente. Esto hizo posible que se conservase la vital vía marítima que unía el Imperio británico y se conjuró la posible amenaza de una revolución en Egipto. A partir de ese momento, las fuerzas del Imperio británico iniciaron un duro avance hacia el norte, a través del desierto del Sinaí. Rechazados en las dos primeras batallas

⁶¹ E. J. ERICKSON, *The History of World War I*, op. cit., pp. 164 y ss.

de Gaza, finalmente lograron romper las líneas turcas en la tercera batalla de Gaza y capturar Jerusalén en diciembre de 1917. Se ponía fin así a cuatro siglos de dominio otomano en La Meca, Bagdad y Jerusalén. La expedición constituyó un logro imperial debido a la participación de soldados británicos, australianos, sudafricanos, neozelandeses, indios, singapurenses, de Hong Kong y de las Indias Occidentales. Asimismo, tomaron parte tres batallones de judíos, entre los que se encontraba, David Ben Gurion, futuro primer ministro de Israel.

Para evitar que los turcos retomaran Bagdad, los británicos enviaron al general Edmund Allenby a que se enfrentara a ellos en Palestina. Apodado «el toro», era un hombre de mal carácter que no mostraba paciencia alguna con los errores de los subordinados. Sus fracasos en el frente occidental le habían llevado a ese puesto que él consideró una degradación. Sin embargo, el Gobierno británico creía que una victoria en Tierra Santa aumentaría de forma significativa la moral aliada. La fuerza con la que contaba Allenby en junio de 1917 consistía en veteranas formaciones británicas y de las ANZAC, con una buena cobertura aérea. Asimismo, contaba con el apoyo guerrillero del movimiento árabe antiturco organizado por el célebre capitán T. E. Lawrence (conocido posteriormente como Lawrence de Arabia) y Sharif Hussein de La Meca, al que se le habían hecho vagas promesas de independencia para los árabes⁶².

Antes de lanzar su ataque sobre Jerusalén, Allenby, que había aprendido las lecciones de los campos de batalla en Francia, se aseguró de que sus tropas contasen con suficiente agua y unidades médicas de apoyo. A pesar de todo, como describió el soldado H. P. Bonser, la campaña «supuso una pesadilla de marchas interminables, sed y cansancio»⁶³. Las condiciones fueron aún peores para el ejército turco en Palestina, que se encontraba en inferioridad numérica y de equipamiento. Esas ventajas permitieron a la fuerza de Allenby lanzar una ofensiva hacia el norte y tomar Jerusalén en diciembre. Los turcos realizaron un gran esfuerzo por retomar la ciudad y, aunque fueron rechazados, demostraron que Turquía era todavía un enemigo a tener en cuenta. El 19 de septiembre, Allenby reanudó la campaña de

⁶² D. L. BULLOCK, *Allenby's War: The Palestine-Arabian Campaigns, 1916-1918*, Londres, 1988, y E. TAUBER, *The Arab Movement in World War I*, Londres, 1993.

⁶³ J. LEWIS, *True Stories of World War I*, op. cit., p. 311.

Palestina con una maniobra clásica en Megido. Lanzó un fingido ascenso por el valle del Jordán y, posteriormente, cambió la dirección del ataque hacia el oeste remontando la costa. La histórica ciudad de Damasco cayó el 1 de octubre⁶⁴.

Arabia

En octubre de 1915, el Alto Comisionado para Egipto, sir Henry MacMahon, escribió a Hussein prometiendo que los británicos «reconocerían y apoyarían la independencia de los árabes». Aunque la carta era cuidadosamente vaga, la mayoría de los árabes creyeron que se les había prometido la tierra anteriormente ocupada por los turcos, incluyendo Palestina. Al mismo tiempo, en abril de 1916, los británicos habían alcanzado con los franceses el denominado acuerdo Sykes-Picot, cuyas cláusulas contradecían las promesas de MacMahon, pues se repartían las tierras otomanas entre ambos países. Además, el acuerdo con los árabes fue puesto en peligro por la Declaración Balfour, que otorgaba el apoyo británico a que Palestina se convirtiera en un «Hogar Nacional» para los judíos⁶⁵.

En junio de 1916, Hussein de La Meca se lanzó al ataque contra los turcos. Proclamó la independencia de Hijaz y lanzó asaltos contra las guarniciones otomanas en La Meca y Medina. La Meca pronto se rindió, mientras que las tropas otomanas en Medina fueron capaces de resistir hasta el final de la guerra. Durante los dos años siguientes, los insurgentes árabes, dirigidos por el coronel T. E. Lawrence y otros oficiales británicos, llevaron a cabo una guerra de guerrillas contra el ferrocarril de Hijaz y contra puestos turcos aislados.

La figura más destacada de la campaña fue Lawrence de Arabia, en parte gracias a la imagen que proyectaría el séptimo arte, y a su desarrollada capacidad de autopromoción. Una campaña brillante como la de Palestina fue posteriormente oscurecida por sus hazañas.

⁶⁴ J. NEWELL, «Learning the Hard Way: Allenby in Egypt and Palestine, 1917-18», *Journal of Strategic Studies*, núm. 14, 1991, pp. 363-387.

⁶⁵ J. GOLDBERG, «The origins of British-Saudi Relations: the 1915 Anglo Saudi Treaty Revisited», *Historical Journal*, vol. 28, núm. 3, 1985, pp. 693-703, y M. KENT, «Great Britain and the End of the Ottoman Empire», en M. KENT (ed.), *The Great Powers and the End of the Ottoman Empire*, Londres, 1984, pp. 172-205.

Lawrence se convertiría en una leyenda y en un decidido abogado de la causa árabe. Nacido en Gales en 1885, había estudiado en Oxford y un viaje por Oriente Medio le descubrió el mundo árabe, que le cautivó. Al estallar la guerra, ingresó como suboficial en el servicio de inteligencia militar y fue destinado a Egipto a la sección de información del ejército británico y, posteriormente, a Arabia. Contaba con el cinismo de la profesión de la inteligencia. Sus hazañas románticas han escondido el ego y el juego sucio que tuvo que desplegar para llevar a cabo su campaña.

A su llegada a Hedjaz, entró en contacto con Feisal, hijo del jeque Hussein, con el que forjó una buena amistad. Feisal sentía un deseo ardiente de liberar a los árabes de los lazos del control turco. Había sido educado en Constantinopla y servido en el ejército turco, de modo que comprendía el pensamiento y las tácticas turcas. Ese conocimiento, junto con su habilidad diplomática, le permitió minar al enemigo y controlar también los elementos dispares en el seno del ejército árabe. Convertido en estrategia del ejército hachemita, Lawrence abandonó el infructuoso sitio de Medina y centró sus ataques en el ferrocarril de Damasco. Su ejército se basó siempre en unos pocos miles de hombres que guerreaban bajo sus jefes tribales controlados, a su vez, por jerifes locales. Operando tras las líneas turcas, los árabes realizaron ataques rápidos y frecuentes, en especial contra el ferrocarril de Heyaz. Volaron repetidamente secciones de vía y descarrilaron trenes, interrumpiendo los suministros y obligando a los turcos a destinar a miles de obreros y vigilantes para reparar el ferrocarril. Las tropas de Feisal y Lawrence colaboraron también con las de Allenby en sus ataques contra Gaza y Jerusalén y desempeñaron un papel destacado en la toma de Damasco. Sin embargo, sus grandes ambiciones para el mundo de la posguerra se verían truncadas.

El compromiso de Lawrence con los árabes no finalizó con el armisticio en 1918, ya que, ataviado con el atuendo tradicional beduino, acompañó a la delegación árabe en la Conferencia de Paz donde luchó por su independencia. Lawrence se convirtió en el portavoz de la causa de Feisal, que pretendía crear un gran Estado árabe, que abarcase todo el Oriente Medio. Cuando se confirmó la Declaración Balfour, Lawrence consideró que habían sido traicionados. A pesar de todo, había escrito: «Me arriesgué al fraude, con la convicción de que la ayuda árabe era necesaria para una rápida vic-

toria en el este y que era mejor vencer y romper nuestra palabra que perder la guerra»⁶⁶.

Tras la guerra su leyenda oscureció la amarga realidad. Amargado, desapareció en el anonimato adoptando el nombre de J. M. Ross, y posteriormente el de T. E. Shaw, hasta que su identidad fue descubierta. Se retiró en 1935 y falleció poco después con en un accidente de motocicleta. Tenía cuarenta y cinco años. Durante un tiempo se pensó que la noticia de su muerte era otro intento de desaparecer de la vida pública. Escribió varios libros, entre los que destaca *Los siete pilares de la sabiduría*, su relato de la revuelta árabe, una apasionada defensa de su actuación y de sus ideales. La obra estaba dedicada a S. A., probablemente un árabe que había conocido en las excavaciones de la ciudad hitita de Karkemish: «Te amaba y por ello he moldeado a estas masas de hombres con mis manos y he escrito mi voluntad en el cielo, como estrellas»⁶⁷.

La participación del Imperio otomano del lado de los vencidos llevó finalmente a su desintegración y abrió las puertas a traumáticos cambios políticos en Oriente Medio. Sin embargo, antes de sufrir la derrota y el desmembramiento de su imperio, los turcos tuvieron un papel muy activo en la Gran Guerra y contribuyeron a su enorme extensión geográfica y, al menos indirectamente, tanto a su duración como a su intensificación. Tanto por sus esfuerzos militares como por lanzar un potencialmente peligroso mensaje de subversión y de propaganda islámica en varias regiones de Asia y de África, especialmente en el Magreb, los turcos atraieron grandes cantidades de tropas del Imperio británico y rusas, así como a un número más reducido de divisiones francesas e italianas que, de otra forma, podían haber sido utilizadas en Europa. Tal vez lo más importante es que con un apoyo mínimo de sus aliados alemanes y austrohúngaros, los turcos evitaron con éxito la utilización de los estrechos del mar Negro para la comunicación entre Rusia y sus aliados occidentales y, por lo tanto, contribuyeron de forma significativa al debilitamiento del esfuerzo de guerra zarista.

⁶⁶ T. E. LAWRENCE, *Seven Pillars of Wisdom*, Londres, 1940, p. 24; E. KARSH, «Myth in the desert, or Not the Great Arab Revolt», *Middle Eastern Studies*, 1997, pp. 267-312, y J. REINHARZ, «The Balfour Declaration and its maker: A Reassessment», *Journal of Modern History*, núm. 64, 1992, pp. 455-499.

⁶⁷ Véase A. BRUCE, *The Last Crusade: The Palestine Campaign in the First World War*, Londres, 2002.

Tras el conflicto, las duras críticas contra los líderes de la época de guerra por su apoyo a las Potencias Centrales dominaron los debates oficiales en Turquía durante dos décadas. Sin embargo, en los últimos años, líderes otomanos como Enver Pasha, Talat Pasha, y sus principales asociados en el Gobierno y el partido, han sido paulatinamente rehabilitados en la literatura histórica en Turquía.

Frentes lejanos

En 1906 el editor alemán, F. H. Grautoff, publicó un relato de ficción sobre una guerra futura titulado *El desmoronamiento del Viejo Mundo*. La obra contenía una profecía real: «Gran Bretaña y Alemania no se detuvieron a considerar que la guerra en Europa, con sus múltiples e intrincadas relaciones con los nuevos países de ultramar, cuyos millones de habitantes obedecían, aunque a regañadientes, a un puñado de hombres blancos, se propagaría sin remedio por todo el mundo». El relato situaba el origen de la guerra mundial en Samoa, una de las posesiones alemanas en el Pacífico sur⁶⁸.

La Gran Guerra afectó también al océano Pacífico, un frente desconocido y poco estudiado en las historias occidentales del conflicto. El Gobierno japonés del conde Shigenobu Okuma entró en guerra el 23 de agosto de 1914. Las razones se debieron a la petición de asistencia naval británica para poner fin a las incursiones alemanas contra el comercio en el Pacífico, siguiendo las previsiones del tratado anglo-japonés, y a la preocupación que el Gobierno japonés tenía por su seguridad⁶⁹. Percibía una amenaza terrestre desde Rusia debido a sus conquistas en la guerra ruso-japonesa, como la península coreana, y una amenaza marítima de Estados Unidos. Aunque la anexión de territorio chino no parecía ser un objetivo, al menos en los primeros compases, los japoneses eran conscientes de los intereses norteamericanos en preservar China y las ventajas inherentes a actuar en el seno de la Entente. Además, como se esperaba que el conflicto fuese

⁶⁸ Citado en I. F. CLARKE (ed.), *The Great War with Germany, 1890-1914*, Liverpool, 1997, p. 202.

⁶⁹ Véase K. IKEDA, «The Impact of the European War in the Far East and the Japanese Decision to enter the War», en INTERNATIONAL COMMISSION OF MILITARY HISTORY, *Acta 10*, pp. 191-199.

breve, Japón necesitaba actuar con celeridad para lograr ventajas internacionales y aprovechar la ocasión que Inoue Kaoru, uno de los ancianos asesores del emperador, denominó «oportunidad de la Providencia». Existía cierto resentimiento respecto a la actitud de Alemania hacia Japón, debido a que los alemanes se habían unido a franceses y rusos para forzar a Japón a devolver parte de sus ganancias territoriales tras la guerra chino-japonesa de 1894-1895⁷⁰.

En Gran Bretaña se esperaba que las acciones japonesas se limitarían a colobarar en la protección del comercio marítimo contra las incursiones de los buques alemanes. Sin embargo, los japoneses no se mostraban dispuestos a restringir su papel y, como consecuencia, Gran Bretaña retiró su petición de asistencia, ya que no había previsto, ni deseado, la ocupación japonesa de las posesiones alemanas en el Pacífico⁷¹. El ultimátum japonés a Alemania, enviado sin conocimiento previo de los británicos, exigía la retirada o la rendición de todos los buques alemanes en aguas del Pacífico y la cesión del territorio alemán de Kiaochow en China. Al no recibir respuesta, Japón declaró la guerra iniciando el bloqueo de Tsingtao y, utilizando la excusa de perseguir al Escuadrón Alemán de Asia del Este, ocupó las islas alemanas de Micronesia⁷². Posteriormente, en 1917 los japoneses enviarían un escuadrón naval para asistir en labores de patrulla en el Mediterráneo y participarían en la intervención aliada contra los bolcheviques en Rusia el año siguiente⁷³.

Las tropas japonesas regresaron a casa a finales de año y su número total de bajas no llegó a dos mil hombres. El conflicto tuvo un impacto considerable en la economía japonesa. El nivel de exportaciones de productos como el algodón y la seda a los mercados existentes, como China y Estados Unidos, no sólo aumentó de forma espectacular, sino que Japón también logró acceso a nuevos mercados, como Australia, India, y las Indias orientales. La escasez de trans-

⁷⁰ Una visión global sobre este capítulo en H. STRACHAN, *The First World War*, op. cit., caps. 6 y 7.

⁷¹ I. NISH, *Alliance on Decline: A Study in Anglo-Japanese Relations, 1908-23*, Londres, 1972.

⁷² Ch. BURDICK, *The Japanese siege of Tsingtao: World War I in Asia*, Hamden, 1976.

⁷³ I. NISH, «Japan», en K. WILSON (ed.), *Decisions for war*, op. cit., pp. 209-228. Kauro citado en F. R. DICKINSON, *War and National Reinvention: Japan and the Great War, 1914-1919*, Cambridge, 1999, p. 35.

porte marítimo se tradujo en una reducción de las importaciones hacia Japón y estimuló la producción doméstica en ingeniería, construcción naval, químicos, hierro y acero. Japón había experimentado una rápida industrialización en el período anterior a la guerra y el conflicto contribuyó a la aparición de un patrón según el cual el comercio japonés consistía básicamente en un gran nivel de manufacturas exportadas y de materias primas importadas. Japón logró un considerable superávit y finalizó la guerra como destacado acreedor⁷⁴.

Australia temía las ambiciones japonesas en el Pacífico y se había mostrado preocupada por la alianza anglo-japonesa. Al inicio de las hostilidades, Australia respondió a las solicitudes británicas enviando a su marina a intentar dar caza a los dos cruceros de la flota de Spee y preparando la denominada Fuerza Expedicionaria Naval Australiana (ANMEF) para capturar las estaciones de radio alemanas en Nueva Guinea, en Yap, en las islas de Palau y en Nauru. Un contingente neozelandés fue también enviado a la isla de Samoa. Sin embargo, los japoneses se apoderaron de Yap y del resto de la Micronesia alemana en octubre de 1914, y, mientras Okuma se mostró, en un primer momento, dispuesto a ceder Yap a una guarnición australiana, la oposición interna en Japón le hizo retirar la oferta. El gabinete británico se encontraba también dividido sobre la política a seguir respecto a las islas del Pacífico. Sin embargo, en noviembre de 1914 dejó claro a los australianos que los japoneses permanecerían en sus recién adquiridas posiciones y que el tema tendría que ser abordado tras la finalización del conflicto⁷⁵.

El Gobierno alemán en sus posesiones del Pacífico había sido relativamente benévolo, por lo que la administración militar impuesta por Australia, Nueva Zelanda, y Japón en 1914, y perpetuada tras la guerra, marcó una clara diferencia para melanesios y micronesios. En general, las nuevas administraciones se mostraron mucho menos dispuestas a aceptar las costumbres y las prácticas indígenas y, retrospectivamente, se generó cierta nostalgia del control alemán. Hacia el final del conflicto, los melanesios intentaron que Japón fuera reemplazado por otra potencia, mientras que los samoanos mostraron su

⁷⁴ A. S. MILWARD, *The Economic Effects of Two World Wars in Britain*, Londres, 1984, pp. 57-58.

⁷⁵ E. M. ANDREWS, *The Anzac Illusion: Anglo-Australian Relations during World War I*, Cambridge, 1993, pp. 130-131.

pesar por la nueva situación. De hecho, algunos samoanos deseaban la unificación con la Samoa norteamericana. En otros puntos del Pacífico se produjo cierta agitación. Nueva Caledonia se levantó contra el reclutamiento militar francés en 1917, y se produjeron también disturbios en las Nuevas Hébridas en 1916. Lo mismo sucedió en las islas Gilbert y en Fiji en 1918. En marzo de 1919 se produjeron manifestaciones violentas en las islas Cook por parte de aquellos que regresaban de prestar el servicio militar⁷⁶.

Irónicamente, aunque Japón no había supuesto una amenaza directa para Australia antes de 1914, el avance del aliado japonés en el Pacífico convirtió esa amenaza en una realidad. El principal interés japonés, sin embargo, seguía centrado en Asia. Con independencia de las intenciones iniciales japonesas hacia China, la presentación del Gobierno japonés de las denominadas «Veintiuna Demandas» a China, en enero de 1915, extendió la influencia japonesa sobre una gran cantidad de puntos comerciales y de fuentes de materias primas, e incluyeron la renovación, por otros noventa y nueve años, de las cesiones en Manchuria que había adquirido por primera vez en 1905. Todo esto dejó a Japón en una formidable posición económica.

China se encontraba muy debilitada como resultado de la revolución de 1911, que había llevado a una incipiente guerra civil. Inicialmente adoptó la neutralidad para evitar que la guerra se propagase debido a la presencia europea en el país. La Entente había favorecido presionar a China para que declarase la guerra Alemania, sin embargo esta iniciativa fracasó por la oposición japonesa. A pesar de todo, el Ministerio de Asuntos Exteriores chino firmó un contrato con Francia en mayo de 1916 para trasladar hasta 50.000 trabajadores chinos a Francia. Tres meses después, los británicos siguieron el ejemplo, aunque los primeros de los 96.000 trabajadores reclutados partieron en enero de 1917⁷⁷.

La debilidad china frente a las Veintiuna Demandas había mostrado a su Gobierno la necesidad de obtener algún tipo de representación en la conferencia que se celebrase tras la guerra para po-

⁷⁶ H. J. HIERY, *The neglected war: The German South Pacific and the Influence of World War I*, Honolulu, 1995.

⁷⁷ Z. LUO, «National Humiliation and National Assertion: The Chinese Response to the Twenty-One Demands», *Modern Asian Studies*, vol. 27, núm. 2, 1993, pp. 297-319.

der trasladar la disputa con Japón a un arbitraje internacional. De esa forma, en febrero de 1917, cuando Estados Unidos circuló una nota invitando a los neutrales a romper relaciones diplomáticas con Alemania como gesto de protesta contra la introducción de la guerra submarina sin restricciones, los chinos vieron la oportunidad de defender sus intereses contra Japón apoyándose en Estados Unidos. El Gobierno chino decidió romper sus relaciones diplomáticas con Alemania el 10 de marzo de 1917.

Sin embargo, la entrada de Estados Unidos en el conflicto, en abril de 1917, supuso un problema, pues convertía formalmente a los norteamericanos en aliados de Japón, y hacía aún más necesario lograr un puesto para China en la Conferencia de Paz. Una crisis política interna retrasó la cuestión del ingreso de China, pero el éxito del primer ministro, el general Tuan Chi-Jui, en expulsar al cauteloso presidente, Li Yuan-Hung, llevó a la declaración formal de guerra a Alemania y a Austria-Hungría el 14 de agosto de 1917. La sensibilidad japonesa fue aplacada por el Gobierno norteamericano por el Acuerdo Lansing-Ishii del 2 de noviembre de 1917, por el cual el secretario de Estado, Robert Lansing, reconocía con el embajador japonés en Washington, Kikujiro Ishii, que Japón tenía intereses especiales en China⁷⁸.

Siam, la actual Tailandia, preocupada también por los peligros de la neutralidad en el caso de una victoria de la Entente, declaró la guerra a Alemania y a Austria-Hungría el 22 de julio de 1917, enviando unos 1.300 hombres a Francia en junio de 1918⁷⁹.

La guerra en África

África se convirtió en campo de batalla por el hecho de que, en el momento de estallar la guerra, la mayor parte del continente se encontraba bajo dominio europeo. Todos los intentos iniciales de intentar que el continente se mantuviese al margen fracasaron. La mayoría de los blancos de las colonias temían que la visión de los europeos combatiendo entre sí favoreciese la rebelión y la resistencia.

⁷⁸ S. CRAFT, «Angling for an Invitation to Paris: China's Entry into the First World War», *International History Review*, núm. 16, 1994, pp. 1-24.

⁷⁹ D. K. WYATT, *Thailand: A Short History*, New Haven, 1984, pp. 230-232.

Los recursos económicos africanos, sus estratégicos puertos y sus estaciones de radio atrajeron de forma inevitable la guerra al continente. En un conflicto que no les incumbía, los pueblos y los recursos de África fueron movilizados para el esfuerzo de guerra europeo. En un conflicto global, las campañas en África fueron menores. Sin embargo, la guerra afectó a las vidas de millones de africanos con consecuencias económicas sociales y políticas profundas y duraderas. La guerra asoló varias regiones de África y sembró las semillas para su autodeterminación⁸⁰.

En África, Alemania poseía cuatro colonias: en el golfo de Guinea, Togolandia (Togo) y Camerún. En la actual Namibia se encontraba el África Suroccidental alemana y, en el océano Índico, el África Oriental alemana, formada por Tanganica, que correspondería a la parte occidental de la actual Tanzania, más Ruanda y Burundi. Las campañas en esta zona fueron las más destructivas y duraron hasta bien entrado 1918. Los británicos contaban con una gran ventaja sobre los alemanes debido a su control marítimo y a sus superiores fuerzas militares.

Durante el conflicto ningún bando tuvo demasiadas dificultades en reclutar a soldados africanos, que recibían tres veces su salario habitual. Muchos se vincularon con las causas de sus señores coloniales. Al apoyar a los blancos, muchos africanos esperaban lograr derechos y el reconocimiento europeo. El senegalés Kamadon Mbaye recordaba: «No luchábamos por los franceses, luchábamos por nosotros, por convertirnos en ciudadanos franceses»⁸¹. Algunas tribus se alegraban de poder recurrir a sus habilidades guerreras. Karen Blixen, una danesa que vivía en África y que se haría célebre por su obra *Memorias de África*, escribió: «Los masái tenían grandiosas visiones de batallas y enormes deseos de revivir la gloria de sus antepasados, pero el Gobierno británico no creyó oportuno organizarlos para la guerra, poniendo fin así a sus sueños»⁸².

Cuando las potencias coloniales introdujeron el reclutamiento universal llamando a los africanos a servir en Europa como combatientes —como hicieron los franceses—, o como porteadores —como

⁸⁰ Véase B. FARWELL, *The Great War in Africa, 1914-18*, Nueva York, 1987.

⁸¹ J. LUNN, *Memoirs of the Maelstrom: A Senegalese oral history of the First World War*, Portsmouth, 1999, p. 137.

⁸² K. BIXEN, *Out of Africa*, Londres, 1954, p. 198.

hicieron todos los europeos—, se produjo cierta resistencia y surgió un gran resentimiento. Después de todo, el mercado de esclavos no era algo demasiado lejano. Algunos soldados africanos sirvieron en ambos bandos durante el transcurso del conflicto. Kazibule Dabi, un *askari* alemán capturado por los británicos confesó: «Dijeron que teníamos que convertirnos en soldados. Nosotros les preguntamos que cuánto nos pagarían. Dijeron que una libra, un chelín y cuatro peniques al mes. Les respondimos que no lo aceptábamos. Les dijimos que cuando estábamos en el bando alemán recibíamos tres libras y diez chelines. Nos negamos y discutimos mucho. Cuando vieron que no estábamos dispuestos a ceder, decidieron no darnos de comer. Finalmente terminamos alistándonos»⁸³.

Los problemas de abastecimiento forzaron a ambos ejércitos a vivir de la tierra, saqueando poblados conforme avanzaban. Un oficial británico, Richard Meinertzhagen, recordaba cómo habían tomado control de un poblado:

«Había tres chozas. Se echó a la gente del pueblo y en cuatro horas construimos una nueva población formada por tiendas y chozas para 250 hombres. Incluso cuando en ocasiones permitimos que algunas personas permaneciesen en el poblado, nos quedamos con todo, aunque no había muchas cosas que deseáramos, pues nuestra enorme necesidad de alimentos no podía ser satisfecha. En este sentido, la guerra es una prueba de resistencia para este sistema imperialista de gobierno. Por otro lado, es impresionante la cantidad de carga que hay que acarrear. Me tomó un día entero reducirlo todo a tres cargas, y creo que todavía necesito diez porteadores. El saqueo es un mal necesario en la guerra en África. Hemos logrado inculcar a nuestros *askaris* que se comporten de forma más humana, pero no que dejen de saquear. Todos los soldados, incluidos los blancos, dependen del saqueo para obtener municiones, ropa y comida. Los negros se vuelven locos con el saqueo [...] Resulta también complicado evitar que violen mujeres, ya que las consideran como objetos de su propiedad, como las vacas o las chozas. Por ello es habitual que las mujeres que nos acompañan no deseen regresar a sus hogares una vez que han probado la libertad de la vida de los soldados»⁸⁴.

⁸³ M. PAGE, *The Chivaya War*, Boulder, 2000, p. 32.

⁸⁴ S. PALMER y S. WALLIS (eds.), *Intimate Voices from the First World War*, Londres, 2003, pp. 178-179.

En la retorcida visión de Meinertzhagen, la violación llevaba a la libertad, mientras que el saqueo, «un mal necesario», formaba parte del éxito del imperialismo. Las contradicciones del imperialismo en la guerra en África fueron descritas de forma más precisa y humana por Ludwig Deppe, un médico que servía en las fuerzas alemanas: «A nuestras espaldas dejamos campos destrozados, almacenes saqueados y, para el futuro inmediato, una terrible hambruna. Ya no somos los representantes de la cultura; a nuestro paso dejamos un rastro de muerte, pillaje, al igual que hicieron otros ejércitos durante la guerra de los Treinta Años»⁸⁵. La destrucción medioambiental no fue tan sólo un efecto colateral de la campaña, si no parte inherente de la estrategia de ambos bandos. Destruir las fuentes de alimentos y de suministros era vital para acabar con el enemigo y nadie tuvo en cuenta las consecuencias de esa estrategia para los pueblos africanos. El bienestar de los africanos era algo secundario frente a la necesidad de territorios y de materias primas de los europeos.

Desde el inicio del conflicto, los Aliados habían decidido atacar las posesiones alemanas en África, que contaban con destacadas estaciones de radio y bases militares. Gran Bretaña contaba con todas las ventajas estratégicas: rutas marítimas seguras que le permitían desplazar a hombres por todo el continente y alianzas con Bélgica y Portugal que les aseguraban fronteras comunes, además de las colonias en Sudáfrica, Rodesia y Kenia. La más exitosa de las colonias alemanas era Togo, una pequeña franja de territorio en África occidental de un millón de habitantes gobernada por varias docenas de administradores y oficiales alemanes que exportaba materias primas a Alemania. La corrupción estaba muy extendida, así como los castigos corporales, pero, en 1914, el Gobierno alemán estaba introduciendo reformas para mejorar la situación de la colonia.

En Togo se encontraba también el objetivo estratégico más destacado de las colonias alemanas: la estación de radio de Kamina, a 120 kilómetros al norte de la capital, Lomé. Esta estación conectaba a Alemania con sus otras colonias africanas y permitía también la comunicación con los buques en el Atlántico Sur. Dos compañías británicas del Regimiento de Costa de Oro invadieron la colonia desde la actual Ghana en agosto de 1914. El día 24 el gobernador alemán

⁸⁵ L. DEPPE, *Mit Lettow-Vorbeck durch Africa*, Berlín, 1919, p. 393.

ordenaba la destrucción de la estación de radio y, al día siguiente, se rendía la colonia. La victoria aliada en Togo puede parecer insignificante en comparación con la lucha en Europa, pero, al considerar la transferencia de territorios durante la guerra hay que tener en cuenta que, aunque Togo era menor que la mayor parte de las colonias africanas, era mayor que Bélgica o que Alsacia-Lorena juntas⁸⁶.

En Camerún, mil alemanes y tres mil soldados africanos resistieron con más determinación, retirándose hacia el interior cuando los británicos capturaron los puertos, la capital y la estación de radio. En 1914 lograron varios éxitos a pesar de ser ampliamente superados en número por los 20.000 soldados aliados. Tras una ardua campaña, la última guarnición alemana se rindió en marzo de 1916. Gran parte de los soldados escaparon hacia el sudeste, hacia la colonia española de Río Muni. Desde allí se dirigieron a la isla española de Fernando Po, donde permanecieron el resto de la guerra, esperando que llegase la victoria alemana en Europa, para regresar a Camerún⁸⁷.

Para la conquista del África Sudoccidental alemana, Gran Bretaña se apoyó en el ejército sudafricano, compuesto en gran parte por los bóeres contra los que había librado dos guerras a principios de siglo. Antes de que se pudiese iniciar la campaña en enero de 1915, fue necesario enfrentarse a una rebelión bóer. Muchos bóeres consideraban que la guerra era el momento de ajustar cuentas con los británicos. El primer ministro sudafricano, Louis Botha, confiaba en que la guerra pudiese servir para unir a los colonos blancos de Sudáfrica y asegurar así la subyugación de la población negra de la región⁸⁸.

En el África Oriental alemana, los acontecimientos se desarrollarían de forma diferente. El conflicto duraría desde el primer ataque británico, el 8 de agosto de 1915, hasta el 23 de noviembre de 1918, después de haber sido firmado el armisticio en Europa. Esto se debió, en parte, a que eran las colonias más valiosas para Alemania y a la brillantez del comandante alemán en la zona, el coronel Paul Lettow-Vorbeck, que derrotó a varias expediciones británicas e indias, capturando una gran cantidad de provisiones y muni-

⁸⁶ E. GROVE, «The First Shots of the Great War: The Anglo-French Conquest of Togo, 1914», *Army Quaterly and Defence Journal*, núm. 106, 1976, pp. 308-323.

⁸⁷ J. NOUZILLE, «La campagne de Cameroun, 1914-16», *Revue Internationale d'Histoire Militaire*, núm. 63, 1985, pp. 9-20.

⁸⁸ B. FARWELL, *The Great War in Africa*, Nueva York, 1986, cap. 7.

ciones, liderando de forma brillante una guerra de guerrillas, aunque, como buen oficial prusiano, no rechazaba el enfrentamiento. A pesar de las duras condiciones, muchos *askaris* siguieron siendo leales a los alemanes. Hombre físicamente rudo y agresivo, Lettow-Vorbeck fue, junto a Lawrence de Arabia, uno de los escasos líderes individualistas de la guerra, aunque sus operaciones en África superaron en duración y escala a las de Lawrence en el desierto. Lettow-Vorbeck nunca contó con más de 15.000 soldados, mientras que los Aliados llegaron a desplegar un ejército de 100.000 hombres reclutados en la India, Sudáfrica y en diversos lugares de África. La campaña se cobró una enorme cantidad de vidas debido a las enfermedades tropicales.

A principios de 1916, los británicos nombraron a Jan C. Smuts, un destacado político sudafricano que había liderado una guerra de guerrillas contra los británicos durante la guerra de los bóeres, para dirigir las fuerzas británicas en África Oriental. Smuts no tenía experiencia como soldado profesional, sino que se basaba en el modelo de guerra bóer: los «comandos». Los soldados a caballo llegaban a la batalla, desmontaban, disparaban y desaparecían al galope. Era una táctica valiosa en el terreno y el clima subtropical de África del Sur. Sin embargo, la decisión de Smuts de repetir ese esquema demostró ser desastrosa debido a las condiciones en el África Oriental. En Tanzania y otras zonas de África central y oriental, existen dos enfermedades devastadoras: la tripanosomiasis, o enfermedad del sueño (transmitida por la mosca tse-tse), que acaba con animales, y la malaria, que debilita y mata a los seres humanos. Los niños en las zonas afectadas por la malaria mueren en gran número. Sin embargo, aquellos que sobreviven y que continúan expuestos a la enfermedad logran desarrollar cierta inmunidad. Muchos de los soldados africanos de Lettow-Vorbeck eran inmunes, mientras que los europeos de Smuts, no. Un veterano del Somme señaló: «No era una guerra como la que conocíamos en Francia, era una lucha permanente contra las enfermedades»⁸⁹. Debido a la plaga de la mosca tse-tse, mortal para los animales de carga, y a la escasez de carreteras, se tuvo que recurrir a un millón de portadores para transportar armas, municiones y alimentos. La guerra en África fue diferente y sorprendente para mu-

⁸⁹ J. Elliot, IWM, Documentos Elliott, 67/25681.

chos occidentales. A un oficial británico recién llegado se le otorgó el mando de una sección formada por hombres reclutados de treinta tribus diferentes que no se entendían entre sí.

Los británicos se hicieron rápidamente con el dominio naval de los grandes lagos de África oriental y central. Sin embargo, su objetivo de capturar el África del Este alemana recibió un duro golpe cuando una fuerza india y británica fracasó al intentar capturar el puerto de Tanga en noviembre de 1914. Se produjeron intensos combates en la región del Kilimanjaro y columnas alemanas atacaron el ferrocarril de Uganda. Hacia principios de 1916, los alemanes habían retrocedido hacia el sur, en dirección a la principal línea de ferrocarril. Evitando todos los intentos por cercar a sus tropas, Lettow-Vorbeck llevó a cabo una retirada táctica de guerrillas hasta el sur de Tanganika. El comandante alemán sabía que la tarea de derrotar definitivamente a los Aliados era imposible, pero su continua resistencia les obligaba a destinar una gran cantidad de tropas y de suministros para perseguirle.

El destino de Alemania nunca dependió de la campaña en África del Este, sin embargo la campaña proporcionó oportunidades para demostrar un gran valor. Lettow-Vorbeck demostró que todavía existían frentes bélicos en los cuales las cualidades humanas seguían siendo decisivas y donde una buena dirección marcaba la diferencia. Su ejército nunca fue derrotado y las tropas que le perseguían no pudieron ser utilizadas en el Frente Occidental. Tras la guerra, Lettow-Vorbeck se interesó por la política y ejerció como diputado, pero detestaba a los nazis y se retiró en 1930. En 1959 visitó de nuevo África Oriental, donde recibió una calurosa bienvenida por parte de sus antiguos *askaris*. Falleció olvidado a la edad de noventa y cuatro años. Uno de sus oficiales más jóvenes, Theodore von Hippel, se basó en las tácticas de este para crear el modelo de ataque de los comandos de la *Abwehr* (la inteligencia alemana) durante la Segunda Guerra Mundial.

La contribución humana y material de África al esfuerzo de guerra fue considerable. Las campañas en el África tropical fueron libradas principalmente con soldados africanos, pero Francia se apoyó también en las fuerzas coloniales para compensar su debilidad demográfica frente a Alemania. Ya en 1910, el general Mangin propugnaba el reclutamiento de un gran ejército de África occidental, la *force noire*, para ser utilizada como tropas de guarnición en el norte

de África, liberando así tropas para su utilización contra los alemanes. Sin embargo, hacia el otoño de 1914 miles de soldados de África occidental se encontraban ya en el frente occidental luchando contra los alemanes. Mientras la guerra continuaba, Francia buscó la forma de reclutar más tropas de sus colonias tropicales africanas utilizando a sus jefes como agentes de reclutamiento. Hacia 1918, la necesidad de hombres era ya desesperada y la campaña de reclutamiento en África occidental fue encargada a Blaise Diagne, diputado africano de Senegal al que se le otorgó el rango de comisario. Enfrentándose a la revuelta y a una fuerte resistencia, logró reclutar a 63.000 hombres. Para evitar el reclutamiento, los hombres se dirigían a los bosques y, en algunas ocasiones, poblaciones enteras cruzaban las fronteras. Durante el conflicto, Francia llegó a contar con 170.000 soldados de África occidental en Europa.

A diferencia de los franceses, las otras potencias coloniales europeas en África no reclutaron grandes ejércitos para su utilización fuera del continente. La mayor parte de los ejércitos coloniales eran fuerzas reducidas compuestas por miles de hombres reclutados localmente, dirigidos por oficiales británicos y destinados a un papel de fuerzas internas de seguridad. Se trataba de fuerzas de infantería con unas cuantas piezas de artillería ligera y algunas ametralladoras: eran unidades que no estaban equipadas ni entrenadas para la guerra moderna.

Todas las operaciones militares en el África tropical se encontraban condicionadas por las durísimas condiciones climáticas, las enfermedades y la escasa red de comunicaciones. Los animales de tiro apenas podían ser utilizados. Así, más allá de los cauces de los ríos y de los pocos ferrocarriles, la principal forma de transporte de suministro eran los porteadores, que se convirtieron en las manos y los pies del ejército. Los ejércitos rivales requirieron miles de porteadores para llevar municiones y alimentos hasta la línea del frente y para evacuar a los heridos. Convertirse en porteador era un trabajo muy duro y odiado por la mayoría de los africanos, incluso en tiempos de paz. Durante la guerra, las condiciones se agravaron con pocas recompensas y con el riesgo añadido de la muerte. Las campañas militares tropicales requerían un suministro constante y una enorme cantidad de trabajadores que sólo podían ser obtenidos por la fuerza. La desaparición de los hombres de sus pueblos supuso un duro golpe para la subsistencia de aquellas personas que se quedaron, principal-

mente mujeres, niños y ancianos, lo que ocasionó una grave escasez de alimentos y, en muchos casos, la hambruna⁹⁰.

Incluso campañas breves como la que se libró contra los alemanes en Togo requerían miles de porteadores. El misionero médico alemán Albert Schweitzer recordaba haber visto en el Congo francés en 1914 los cuerpos esqueléticos de los porteadores que yacían por el campo. La larga y dura lucha en África oriental requirió del mayor número de porteadores, que sufrieron bajas espeluznantes. El número exacto de porteadores involucrados en esa campaña no es conocido, pero las estimaciones señalan que pudo rondar el millón de personas⁹¹.

En 1914 las economías del África tropical eran débiles, estaban, en gran parte, dominadas por compañías extranjeras y eran muy dependientes de la exportación a Europa de cosechas y minerales. La inversión en las colonias era bastante restringida y las escasas líneas de ferrocarril se limitaban a unir las áreas de exportación con la costa. La guerra dislocó las economías africanas, detuvo el reducido flujo de inversión hacia las colonias, redujo de forma significativa los ingresos públicos e interrumpió las principales rutas mercantes y comerciales. En la mayoría de las colonias, la guerra incrementó los impuestos y disminuyó el gasto en obras públicas y en programas de bienestar social. A los Aliados les costó organizar la producción colonial para el esfuerzo de guerra. La idea de la guerra total era nueva, y las administraciones coloniales habían perdido a gran parte de su personal reclutado por las Fuerzas Armadas.

Hacia 1916 se hacían ya serios intentos de integrar la producción colonial en la economía de guerra. El comercio de productos agrícolas y de minerales estratégicos se fue situando progresivamente bajo dirección gubernamental. Partiendo de una economía basada en los minerales, se establecieron nuevas industrias para producir lo que antaño habían sido productos importados de los que existía una gran escasez. Hacia el final de la guerra, Sudáfrica contaba ya con una base de una nueva industria de acero y estaba produciendo una gran cantidad de bienes para el mercado doméstico. Inevitablemente, ese creci-

⁹⁰ D. KILLINGRAY y J. MATHEWS, «Beasts of Burden: British West African Carriers in the First World War», *Canadian Journal of African Studies*, núm. 13, 1979, pp. 6-23.

⁹¹ G. HODGES, *The Carrier Corps: Military Labor in the East African Campaign, 1914-1918*, Nueva York, 1986.

miento de la economía produjo la emigración de una gran cantidad de personas a las ciudades para buscar trabajo en las nuevas fábricas.

La prolongada guerra en África oriental desbarató la vida de comunidades y familias. Esto no se redujo únicamente a las zonas donde tuvieron lugar los enfrentamientos militares, sino que su destructivo impacto se dejó sentir sobre una enorme área en la que los hombres eran reclutados y donde el ganado y las cosechas eran requisados para el esfuerzo de guerra. Los tentáculos de los suministradores de la guerra alcanzaron a gran parte de África. Obligados a formar parte de la maquinaria de guerra, los hombres desaparecieron para siempre de la vida de sus localidades. Al desconocido número de bajas se deben añadir aquellos que fallecieron como consecuencia de las enfermedades y de la hambruna producidas por la guerra, y por la pandemia de gripe, que en tan sólo seis meses acabó con la vida de treinta millones de personas en el planeta. La pandemia se propagó por África y penetró rápidamente por todo el continente transportada a través ferrocarriles, de los ríos y de rutas comerciales. La cifra de muertos rondó el 3 por 100 de la población en toda África. Sudáfrica fue una de las regiones más golpeadas por esta enfermedad al ser punto vital del comercio marítimo internacional y contar con una extensa línea de ferrocarril. La enfermedad se propagó rápidamente.

Muchos africanos respondieron al impacto súbito y devastador de la gripe refugiándose en la religión. En el África central y occidental los efectos de la guerra y los de la pandemia de gripe impulsaron las creencias milenarias anticoloniales como el movimiento Watch Tower, que defendía que el dominio europeo estaba llegando a su fin. Asimismo, surgieron nuevos movimientos religiosos que enfatizaban el poder de la oración o el mundo de los profetas en respuesta al conflicto. La guerra había debilitado el control de las misiones cristianas en grandes zonas de África, pues los misioneros alemanes habían sido excluidos y su lugar había sido ocupado por clérigos africanos. Sin embargo, la guerra estimuló también el interés africano por la educación de corte occidental y hacia 1918 había más africanos escolarizados que en 1914.

La guerra impulsó las ideas nacionalistas y estimuló las ambiciones de acabar con el poder colonial europeo, en particular en el África del norte musulmán, donde las luchas religiosas se iniciaron contra los «infeles europeos» durante la guerra. La ocupación extranjera y las ideas islámicas ayudaron a impulsar los sentimientos

nacionalistas en el norte de África. El nacionalismo egipcio creció en respuesta al control militar británico y a la anexión de 1914. Sin embargo, muy pocos africanos obtuvieron recompensa por su lealtad durante el conflicto. Las modestas ambiciones de muchos africanos educados de lograr una mayor igualdad racial y social, estimuladas por los Catorce Puntos del presidente Wilson y, hasta cierto punto, por el panafricanismo, pronto se vieron frustradas. Se produjeron pequeños avances para los musulmanes de Argelia y para algunos africanos de las posesiones francesas occidentales con la extensión de los derechos de ciudadanía. Sin embargo, en el África subsahariana las peticiones de los pequeños cuerpos de élite, como el Congreso Nacional del África occidental británica, o el sudafricano Congreso Nacional, lograron muy poco. Los blancos en Sudáfrica fortalecieron su posición política tras la guerra⁹².

Todos los beligerantes coloniales albergaban ambiciones de lograr más territorios en África. La derrota en Europa puso fin al Imperio alemán africano y a los planes de su Gobierno de crear una *Mittelafrika*, aunque Alemania continuó exigiendo la devolución de sus colonias perdidas en los años de entreguerras. El botín de guerra fue a parar a los Aliados en un segundo «reparto de África». Así fue acordado en la Conferencia de Paz de París en 1919 y confirmado por la Sociedad de Naciones con británicos y franceses dividiéndose entre ellos las antiguas colonias alemanas. Éstas se convirtieron en Mandatos de la Sociedad de Naciones, donde las potencias coloniales asumían su responsabilidad y tenían la obligación de informar a la institución internacional sobre su administración. Por vez primera, los señores coloniales se vieron obligados a someterse a una forma limitada de control internacional. Esta preocupación llevó posteriormente a la Sociedad de Naciones a realizar esfuerzos para acabar con la esclavitud y con la mano de obra forzosa, y a regular el suministro de alcohol a África.

La Gran Guerra supuso un punto de inflexión en el continente africano. El conflicto mostró a todos los beligerantes el valor estratégico de los recursos imperiales, humanos y materiales. La palabra *imperio* adoptó un nuevo significado; las colonias precisaban un de-

⁹² A. GRUNDLINGH, «Black men in a White Man's War: The Impact of the First World War on South African Blacks», *War and Society*, núm. 3, 1985, pp. 55-82.

sarrollo económico planificado regulado por el Estado y era preciso ocuparse también del bienestar de los pueblos coloniales. Muy poco se conoce sobre el impacto de la guerra en los cientos de miles de africanos que combatieron o se vieron involucrados directa o indirectamente en el conflicto. Como muchos occidentales temían, la idea de superioridad racial se vio erosionada una vez que soldados africanos se pusieron a combatir y a matar a hombres blancos. Los viajes fuera del continente africano, el contacto con personas de otros continentes y la exposición a ideas culturales diferentes motivaron el surgimiento en los africanos de nuevas percepciones sobre sí mismos y sobre sus señores coloniales.

La ironía de la participación africana en la guerra fue descrita de forma certera y franca por Karen Blixen en una ceremonia de entrega de medallas a los jefes masái:

«Berkeley, el representante británico, extrajo las medallas, leyendo de forma solemne los nombres de los jefes masái y entregándoselas con la mano extendida. Los masai las recibieron en silencio. Una medalla supone realmente un incordio para un hombre desnudo, ya que no tiene lugar alguno para colgársela, y los jefes masái se quedaron de pie con ellas en la mano. Poco después, un hombre muy anciano se acercó a mí y, mostrándome la medalla, me preguntó qué debía hacer. Se lo expliqué lo mejor que pude. La medalla de plata mostraba por un lado el busto de Britania y, por el otro, una inscripción que señalaba: “La Gran Guerra por la Civilización”»⁹³.

⁹³ K. BIXEN, *Out of Africa*, *op. cit.*, p. 201.

9

España ante la guerra

«No basta la voluntad de un pueblo para ser neutral en una guerra de cierta atención e importancia, sostenida por naciones poderosas y vecinas. Para que aquella voluntad produzca efecto se necesita que las otras naciones la estimen y respeten».

R. M. de Labra.

La neutralidad

Ante el estallido de la guerra mundial la opinión pública española se dividió en aliadófilos y germanófilos. Estas preferencias generalmente no estaban basadas en un juicio de valor sobre la responsabilidad del origen de la guerra, sino que reflejaban las simpatías o antipatías de la sociedad, basadas a menudo en ideas preexistentes. En principio, España no se jugaba nada en el conflicto europeo. Históricamente no había tenido enfrentamientos con las Potencias Centrales y la única dificultad, el problema de las Carolinas con Alemania, se había resuelto de modo amistoso gracias al arbitraje del papa León XIII. En temas económicos los intereses vinculaban a España con las potencias de la Entente. Existía también una fluida relación de los partidos gobernantes con sus homólogos franceses y británicos. Asimismo, se daba también una inevitable colaboración con Francia en los asuntos marroquíes y existían condicionamientos en relación con el poderío naval británico, dada la extensión de las costas españolas y la insularidad de las Baleares y las Canarias¹.

¹ J. A. VACA DE OSMÁ. *Alfonso XIII el Rey Paradoja*, Madrid, 1993, pp. 140-141.

El Gobierno de Eduardo Dato se apresuró a declarar la neutralidad. Así, el 7 de agosto de 1914, la *Gaceta* publicaba un Real Decreto por el que el Gobierno de Su Majestad se creía en «el deber de ordenar la más estricta neutralidad a los súbditos españoles, con arreglo a las leyes vigentes y a los principios del Derecho Público Internacional». La declaración la realizó el embajador en París, Quiñones de León, que informó al Gobierno francés de la postura española y la reiteró señalando que Francia podía disponer en el frente de las dos divisiones de observación que tenía desplegadas en los Pirineos. La política neutralista de Dato, aunque simpatizante con el bloque de la Entente, no sólo era lógica en 1914, sino que encarnaba el interés del Estado².

Si desde comienzos de siglo el planteamiento del problema marroquí había exigido una incesante actividad diplomática orientada hacia París y Londres, la actitud del Estado español ante el conflicto que enfrentó a las grandes potencias fue, a partir de 1914, de neutralidad. La posición española en el ámbito internacional estuvo marcada desde finales del siglo XIX por la derrota diplomática y militar de 1898. El Tratado de París de diciembre de ese año confirmó la pérdida de los territorios ultramarinos de España, convirtiendo la España decimonónica, ultramarina, en una España peninsular, doméstica. Como correspondía a una potencia de tipo medio, la política exterior de principios de siglo fue una manifestación más del carácter secundario de un país sacudido por una derrota militar y de un tratado de paz que mostró las debilidades de la nación.

Aunque se libró de la carnicería humana, España sufrió los efectos del conflicto en la misma medida que otros Estados europeos. Su neutralidad oficial no pudo esconder la intensidad del debate entre los partidarios de las Potencias Centrales y los de los Aliados³. Habiéndose apoyado hasta entonces en la apatía política de los españoles, el sistema de la Restauración entró en un período de crisis producida por la incapacidad de las élites gobernantes para enfrentarse con éxito a la llegada de la política de masas y a su consiguiente desa-

² Véase V. MORALES LEZCANO, «La neutralidad española en la guerra del 14» y «La intelectualidad del 14 ante la guerra», *Historia* 16, núm. 63, 1983.

³ Véase F. DÍAZ-PLAJA, *Francófilos y Germanófilos. Los Españoles en la Guerra Europea*, Madrid, 1971.

fío para el clientelismo. La Gran Guerra destruiría los cimientos del *statu quo* canovista.

El 25 de agosto, el presidente del Gobierno, Dato, escribió a Antonio Maura para comentarle que la ausencia de compromisos con ambos bandos facilitaba la posición neutral del país. Sin embargo, también indicaba otros hechos muy reveladores:

«Abrigamos el propósito de no salirnos voluntariamente de las normas de conducta que trazamos al estallar la conflagración. De la neutralidad sólo nos apartaría una agresión de hecho, o una conminación que se nos dirigiese en términos de ultimátum [...] Alemania y Austria parecen satisfechísimas de nuestra neutralidad, que sin duda tuvo algo de sorpresa para ambas naciones, que nos creyeron comprometidos con la triple Entente. Inglaterra y Francia no nos han podido dirigir el menor reproche, ya que nuestros pactos con ambos países estaban circunscritos a la actuación en Marruecos. Nada les debemos, por otra parte, pues en la hora suprema del despojo de que fuimos víctimas en 1898, nada hicieron por España»⁴.

Dato explicaba así la posición del rey Alfonso XIII:

«No nos hallábamos en condiciones de adoptar voluntariamente en ningún caso una actitud belicosa, pues aparte de que ella pondría de manifiesto nuestra falta de medios y preparación militar para la guerra, colocaría enfrente del Gobierno no sólo a los enemigos de aquellas naciones a las que nos uniéramos, sino que también a los que con ellas simpatizan [...] Con sólo intentarla arruinaríamos a la nación, encenderíamos la guerra civil, y pondríamos en evidencia nuestra falta de recursos y de fuerzas para toda la campaña. Si la de Marruecos está representando un gran esfuerzo y no logra llegar al alma del pueblo, ¿cómo íbamos a emprender otra de mayores riesgos y de gastos iniciales para nosotros fabulosos?»⁵.

Entre los principales motivos que subyacían en la neutralidad española estaban el reconocimiento de su aislamiento político y diplo-

⁴ Citado en F. J. ROMERO SALVADÓ, *España 1914-1918. Entre la Guerra y la Revolución*, Barcelona, 2002, p. 7.

⁵ Citado en A. NIÑO, «El Rey Embajador», en J. MORENO LUZÓN (ed.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid, 2003, p. 196.

mático, así como la debilidad económica y la incapacidad militar del país. De los casi 140.000 hombres que formaban el ejército español en 1914, más de la mitad se encontraban en Marruecos, cuyo peso en hombres y armas gravitaba progresivamente sobre el presupuesto militar. La marina presentaba un estado muy precario⁶. Tampoco se consideraba que la disputa en la que Europa estaba inmersa afectara a los intereses españoles, mientras que existía la esperanza de que, manteniendo una posición imparcial, España pudiera desempeñar un papel preponderante en la organización de una cumbre por la paz y, por lo tanto, ganara en el campo diplomático lo que nunca conseguiría en el de batalla. Sin embargo, para la mayor parte de la población, la guerra no tenía ningún sentido en particular. Sus niveles de vida sufrieron inevitablemente las privaciones y las escaseces provocadas por la guerra, aunque la gente no alcanzaba a comprender el conflicto.

La opinión de que España no podía involucrarse en una guerra moderna y, por consiguiente, no debía dejarse implicar en el conflicto fue compartida por casi todos los españoles durante 1914. Los primeros días de agosto, el Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista y su sindicato, la Unión General de Trabajadores (UGT), hicieron pública una declaración que expresaba su oposición a cualquier intervención en un conflicto en el que los trabajadores se convertirían en las principales víctimas. En un artículo publicado en *La Veu de Catalunya*, Francesc Cambó, líder de la Lliga Regionalista catalana, comentaba también que un país pobre y mal armado como España debía mantenerse al margen de la guerra europea.

Maura advertía de que la guerra produciría inevitablemente un profundo impacto en España y lamentaba que el destino del país pudiera estar en manos de potencias extranjeras o depender de la fortuna de otros. Por consiguiente, cuando se reunieron las Cortes el 30 de octubre de 1914, la declaración de neutralidad recibió el apoyo de todos los partidos políticos. Dato señaló claramente que España no había recibido la más mínima provocación por parte de ninguna de las naciones beligerantes y deseaba mantenerse apartada de los horrores de la guerra. También prometió que, en el caso improbable de

⁶ Sobre la debilidad militar, M. ESPADAS BURGOS, «La política exterior española en la crisis de la Restauración», en VVAA, *Historia General de España y América*, t. XVI-2, *Revolución y Restauración (1868-1931)*, Madrid, 1981, pp. 581-592.



Alfonso XIII y Poincaré, 1913.

que el país se viera provocado por un acto de agresión, el Gobierno se apresuraría a apelar al Parlamento con el fin de defender el honor, la libertad y la independencia de la nación.

Sin embargo, desde el primer momento se oyeron en el país voces que discrepaban. Por un lado, estaban los carlistas de ultraderecha, que, liderados por Juan Vázquez de Mella, mostraron sus sentimientos germanófilos⁷. Por otra parte, los radicales republicanos, dirigidos por Alejandro Lerroux, no ocultaron su apoyo a la causa aliada, e incluso comenzaron a hacer campaña a favor de una intervención en el conflicto. Su partido se mostró, desde los primeros días del conflicto, intervencionista, manifestando el 8 de agosto de 1914 en las páginas de *El Progreso* que estaba llamado «a resolver el problema en que nos mezcla la conflagración europea». El 12 de agosto, el propio Lerroux dijo: «¿Qué peligro hay en ello [de la intervención]? ¿El que no triunfen? Lo disminuimos con nuestro concurso. ¿El que nos pidan soldados? Los estamos enviando a Marruecos sin gloria ni provecho»⁸. Lerroux tenía fama de ser un demagogo y un promotor de conflictos. El embajador británico, sir Arthur Hardinge, se sintió desconcertado cuando a principios de noviembre recibió una nota del comité madrileño del Partido Radical en la que se le pedía que transmitiera al primer ministro británico sus mejores deseos para el éxito de la Entente en la guerra. Lerroux creía conocer la opinión del rey sobre la neutralidad, como apareció en un artículo en *El Imparcial*:

«El rey, lo sé, desea que el Gobierno abandone la neutralidad, para intervenir en la contienda a favor de los Aliados. Desearía ponerse al frente de dos o tres cuerpos de Ejército, para ayudar a los franceses y a los ingleses contra las hordas bárbaras. Su vuelta victoriosa, más tarde, a la cabeza de las tropas, pues tenemos confianza absoluta en la victoria de los Aliados, haría a Don Alfonso más popular y retardaría la realización de nuestros ideales republicanos; pero la grandeza de España, sobre todo»⁹.

⁷ J. R. DE ANDRÉS MARTÍN, «La Política Internacional Germanófila de Vázquez de Mella hasta la visita de Poicará en 1913», en J. TUSELL *et al.*, *La Política Exterior de España en el Siglo XX*, Madrid, 1997, pp. 3-17.

⁸ D. MARTÍNEZ FIOL, «Lerrouxistas en pie de guerra», *Historia 16*, núm. 174, octubre de 1990, p. 24.

⁹ *El Imparcial*, 26 de agosto de 1914.

Las actitudes adoptadas por los radicales no fueron una sorpresa. Pero lo que sí produjo un auténtico impacto fue la publicación, el 19 de agosto de 1914, de un artículo titulado «Neutralidades que matan» en *El Diario Universal*, que era el portavoz del líder del Partido Liberal, el conde de Romanones. Se dijo que este artículo lo había escrito el propio conde, aunque la autoría fue reconocida por Juan Pérez Caballero, que había sido ministro de Estado de los gabinetes liberales. Él negó cualquier responsabilidad personal sobre el artículo y reconoció que el abandono de la neutralidad era impracticable.

En realidad, las clases populares, en su práctica totalidad, se mantuvieron al margen del debate, ya que no tenían muy claros los valores ideológicos y militares que diferenciaban a aliadófilos y germanófilos. Parece evidente que existía una falta de sintonía entre las necesidades reales de las clases populares y los programas de los partidos políticos, siendo especialmente grave la crisis que las fuerzas de la izquierda experimentaron los años inmediatos al inicio del conflicto.

En 1915, los efectos de la guerra empezaron a ser palpables. Ideológicamente, muchos españoles se identificaban con alguno de los dos bandos contendientes. La plácida vida de los Gobiernos del turno dinástico se iba acercando a su fin a medida que España veía su existencia alterada por fuerzas que la guerra había desencadenado. La mayoría de la población, especialmente la gente del campo, seguía observando con indiferencia los aspectos ideológicos y políticos del conflicto. Su nivel de vida se vio afectado por la escasez que generó la guerra, pero no comprendían la lucha de ideas ni los conceptos del conflicto. La gran preocupación de los grupos sociales no privilegiados era salir de una situación económica desfavorable, que empeoró a medida que avanzaba el conflicto bélico¹⁰.

Sin embargo, para muchos grupos sociales, culturales y políticos afincados en las ciudades, el conflicto europeo llegó a ser objeto de una preocupación obsesiva. La guerra se percibió como un choque ideológico en el que cada una de las facciones contendientes llegó a simbolizar ciertas ideas y ciertos valores trascendentes. Aunque resulta complicado lograr una definición precisa de ambos bandos en términos

¹⁰ Véanse J. A. LACOMBA, *La crisis española de 1917*, Málaga, 1970; S. ROLDÁN, J. L. GARCÍA DELGADO y J. MUÑOZ, *La consolidación del capitalismo en España (1914-1920)*, 2 vols., Madrid, 1974.

ideológicos, se puede decir que, en general, la denominada «España oficial» era germanófila y la «España real» era francófila. Castilla, más atrasada económicamente, apoyaba a las Potencias Centrales, y las zonas de la periferia, más dinámicas, apoyaban a los Aliados¹¹.

La disputa entre los partidarios de los Aliados y los partidarios de las Potencias Centrales generó un agrio debate sobre la cuestión de la neutralidad. Éste revelaba una profunda división espiritual preexistente entre los españoles, una división que no fue creada por la guerra, sino que simplemente se exacerbó. Fue una polémica tan encarnizada que llegó a tener la cualidad moral de «una guerra civil de palabras»¹². Supuso un choque verbal entre las dos Españas y fue el presagio de la guerra civil real que estallaría en el futuro y para la que solo faltaba una generación. Las pasiones llegaron a tal extremo que, a menudo, las familias y los amigos quedaron divididos y muchas salas de cine renunciaron a dar noticias del conflicto con el fin de evitar peleas. En palabras del embajador León y Castillo: «Por poco que se piense, el conflicto de opinión que se ha producido en España a causa de la guerra europea no tiene nada de particular. Las diferencias de opinión y la división de las simpatías es tan visible, tanto en España como en otros países neutrales, porque cada grupo de las naciones aliadas representan una concepción política, sociológica y doctrinal diferentes»¹³.

En general, los dos partidos dinásticos se atuvieron a la fórmula de la neutralidad. Dato prohibió todas las reuniones públicas en que se tratara sobre la posición de España con respecto a la guerra, en un esfuerzo por evitar las mismas divisiones que finalmente empujaron a Italia a entrar en el conflicto en mayo de 1915. Consciente de la precaria situación del ejército español, el Gobierno conservador se propuso llevar a cabo una importante reforma militar y envió a Washington a una comisión militar para adquirir armas y suministros.

Fueron sólo seis los países europeos que permanecieron neutrales a lo largo de la contienda: Suecia, Noruega, Dinamarca, Holanda, Suiza y España. Las tres naciones escandinavas se comprometieron a

¹¹ F. J. ROMERO SALVADÓ, *España 1914-1918*, op. cit., p. 12.

¹² G. MEAKER, «A War of Words: The Ideological Impact of the First World War on Spain, 1914-1918», en H. SCHMIT (ed.), *Neutral Europe Between War and Revolution, 1917-1923*, Charlottesville, 1988.

¹³ Citado en V. MORALES LEZCANO, *León y Castillo. Embajador (1887-1918). Un estudio sobre la política exterior de España*, Las Palmas, 1998, p. 163.

no tomar parte en el conflicto sin un acuerdo previo entre ellas, que no se llegó a producir por la distinta tendencia de cada Estado; Suecia se mostraba más inclinada a los Imperios Centrales (suministraba minerales a Alemania), mientras Dinamarca y Noruega eran más favorables a la Entente por los daños que les causaba el bloqueo naval del mar del Norte. Holanda, neutral a pesar de sus pérdidas por bloqueo y submarinos, mantuvo su comercio con Alemania y sentía cierto rencor hacia los británicos por los expolios de sus colonias. Suiza mantuvo una postura ya tradicional. Para comprender mejor la posición española se pueden examinar las denominadas «neutralidades meridionales»: Rumania, Grecia, Italia, Portugal, España. Si se compara este conjunto con el formado por las otras pequeñas potencias neutrales de Europa central y septentrional (Suiza, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Dinamarca, Noruega y Suecia), lo primero que es posible analizar es la diferente fortuna de ambas neutralidades.

Entre las potencias de este último grupo, la mayoría logró mantener su neutralidad hasta el fin de la contienda, las excepciones (Bélgica, Luxemburgo) lo fueron no por su propia voluntad, sino por la invasión alemana de sus tierras. En cambio, entre los neutrales del sur todos acabaron envueltos en la guerra a excepción de España. Mientras los Estados de la Europa central y nórdica se mantuvieron fieles a la declaración de neutralidad formulada al comienzo de la contienda, los Estados meridionales partieron de una posición de neutralidad que derivó, salvo en el caso español, hacia una beligerancia calculada en función de objetivos políticos, sólo parcialmente arraigados en el sentir de la sociedad.

Cuatro motivos permitieron a España mantener la neutralidad hasta el final de la contienda. En primer lugar, la falta de interés por parte de las grandes potencias (en particular de Gran Bretaña y Alemania) por extender a la Península el terreno de operaciones. En segundo lugar, el hecho de que España ya estaba comprometida militarmente en Marruecos. En tercer lugar, la tremenda desproporción entre los recursos militares disponibles (España carecía de un ejército adecuado, tanto por estar situado su mayor parte en Marruecos, como por el desequilibrio que suponía el gran número de mandos con relación al conjunto de efectivos) y las necesidades que hubiera comportado para España la intervención en la lucha. En palabras de Manuel Azaña: «Nos han puesto frente a la guerra europea sin ejército; peor que sin ejército, con una nómina de militares que absorbe

cientos de millones sin que tuviéramos un regimiento completo»¹⁴. Por último, España no estaba comprometida con ninguno de los bloques. A estos cuatro factores que determinan una situación, cabría añadir la lucidez de unos políticos (Dato, Maura) que resistieron los cantos de sirena intervencionistas.

La orientación española en el inicio del conflicto estaba condicionada por dos factores: el problema marroquí y la situación geográfica de la Península respecto al comercio y la navegación. Tres factores coincidían para orientar la política exterior española en vísperas de la guerra del lado de la Entente: la trayectoria impuesta a la política exterior de España por el planteamiento del problema marroquí, la situación geográfica de España y de su esfera de intereses y, por último, la estructura de nuestro comercio exterior. La actitud de España era el resultado lógico de la ausencia de obligaciones internacionales comprometedoras, de la inexistencia de intereses reales en juego y del profundo sentimiento neutralista de la población, trascendiendo sus acaloradas divisiones.

Así pues, durante el Gobierno de Dato, España mantuvo la neutralidad sin ningún tropiezo. Se trató de una neutralidad en doble sentido: diplomática y política (España no tenía ningún compromiso ni había firmado ningún tratado con los integrantes de los bloques) y de seguridad nacional y económica (impotencia defensiva del territorio español y golpe a la débil economía española). Ello no impidió que aparecieran en la sociedad y la política españolas corrientes a favor de uno u otro contendiente. Los aliadófilos eran políticos liberales y republicanos, y ciertos profesionales e intelectuales que veían la causa francesa como la de la legalidad. Destacaban Alejandro Lerroux, Álvaro de Figueroa (conde de Romanones), con su famoso artículo «Hay neutralidades que matan», y el de Melquiades Álvarez «Mejor con Francia y Gran Bretaña vencidas que con Alemania triunfante».

Los germanófilos eran entusiastas del orden, de la disciplina y de la jerarquía, virtudes típicamente prusianas que recordaban la existencia de Gibraltar, del envenenamiento de las relaciones con Portu-

¹⁴ Manuel Azaña citado en M. ESPADAS BURGOS, «España y la Primera Guerra Mundial», en J. TUSELL, J. AVILÉS y R. PARDO (eds.), *La Política Exterior de España en el siglo XX*, Madrid, 2000, p. 105.

gal por causa británica, y del recorte del protectorado de Marruecos por la acción francesa; militares, aristócratas y parte del clero. La voz más enardecida fue la del carlista Vázquez de Mella. La confrontación entre ambos sectores fue continua. «Guerra civil de espíritus», la denominó Ángel Osorio y Gallardo¹⁵.

Los catalanistas y los republicanos fueron los grupos que más abiertamente apoyaron a los Aliados. Francesc Cambó llegó a utilizar el ejemplo del Imperio alemán para pedir para Cataluña el mismo tipo de autonomía que disfrutaban los *länder* alemanes. Sin embargo, una gran mayoría de los catalanes eran francófilos y, en agosto de 1914, voluntarios catalanes se alistaron para luchar por Francia. Los vínculos históricos con Francia y la admiración por los principios e ideales defendidos por la nación «hermana», hacían que muchos catalanes creyeran que una victoria francesa representaría la mejor esperanza para el cumplimiento de sus aspiraciones nacionalistas. En 1915 se fundaba la organización Comité de Germanor para reclutar voluntarios. En total 2.000 soldados españoles participaron en el conflicto¹⁶.

El radical Alejandro Lerroux se convirtió en el portavoz de los partidarios de la intervención. El Partido Radical tenía su bastión principal en Barcelona y había basado su poder político y electoral en la captación de las clases populares barcelonesas con un lenguaje incendiario que intentaba combinar la tradición libertaria con el ideal republicano federal¹⁷. El Partido Radical, inspirado por la República Francesa y su Partido Radical Socialista, tendía naturalmente a la francofilia, mientras que muchos radicales consideraban la conflagración como un ajuste final de cuentas entre el progreso y la reacción. Los radicales pretendían agudizar las tensiones en el sistema de la Restauración para acelerar el advenimiento de la República.

Los periódicos republicanos como *El Radical*, de Alejandro Lerroux, y *El País*, de Roberto Castrovido, promovieron en todo momento la causa aliada. Los más radicales del nacionalismo catalán (al igual que los republicanos españoles) creyeron que la victoria de

¹⁵ Citado en A. BARRIO y M. SÁNCHEZ CORTINA, *Historia de España, El Reinado de Alfonso XIII. España a comienzos del siglo XX (1902-1931)*, Madrid, 1999.

¹⁶ Véase A. BALCELLS, «Los voluntarios Catalanes en la Gran Guerra (1914-1918)», *Historia* 16, núm. 121, octubre de 1986, pp. 51-62, y D. MARTÍNEZ FÍOL, *Els voluntaris catalans a la Gran Guerra, 1914-1918*, Barcelona, 1981.

¹⁷ D. MARTÍNEZ FÍOL, «Lerrouxistas en pie de guerra», *op. cit.*, p. 22.

Francia sobre Alemania significaría el triunfo de la democracia sobre el autoritarismo, pero además estaban convencidos de que la victoria aliada facilitaría el logro de la autonomía de Cataluña cuando se reestructurase el mapa de Europa de acuerdo con los derechos de las nacionalidades oprimidas. Esa creencia fue muy anterior a la formulación en enero de 1918 de los Catorce Puntos del presidente Wilson, que no hicieron más que reafirmar las esperanzas del nacionalismo catalán¹⁸.

Por su parte, los socialistas calificaron en un primer momento el conflicto como «imperialista». Sin embargo, cuando se vio claramente que la Segunda Internacional no había logrado evitar la guerra, y tras la invasión alemana de la neutral Bélgica, los socialistas modificaron su posición inicial. El diario *El Socialista* comenzó a acusar al militarismo alemán del origen de la guerra. Los anarcosindicalistas adoptaron una postura internacionalista condenando la guerra y negándose a tomar partido en lo que ellos consideraban una lucha capitalista.

El bloqueo ejercido por Gran Bretaña en el mar y los hundimientos de buques españoles por submarinos alemanes suscitarían dificultades. La polémica de la entrada en el conflicto se enardeció en 1915; ese año destacados intelectuales como Unamuno, Azcárate, Marañón, Menéndez Pidal y Azorín firmaron un Manifiesto Aliadófilo. Frente a ellos, se encontraba el elogio del cientifismo alemán que realizó Pío Baroja. Tanto Baroja como Jacinto Benavente fueron las dos excepciones notables dentro del mundo cultural español. Baroja consideraba que tan sólo Alemania era capaz de acabar con el clericalismo en Europa. Benavente, en un artículo publicado en *La Tribuna* el 18 de diciembre de 1915, sostenía que Alemania era el país más indicado para crear un mundo socialista, ya que era allí donde se había originado el socialismo¹⁹. En el fondo, la división fue un destacado argumento de los neutralistas, pues ella misma obligaba a mantener el no alineamiento.

En general, los intelectuales fueron los principales defensores de la causa aliada. La guerra dividió a la intelectualidad española y a la Iglesia en bandos diferentes. Los intelectuales, en general, admiraban a la

¹⁸ A. BALCELLS, «Los voluntarios Catalanes en la Gran Guerra», *op. cit.*, p. 51.

¹⁹ F. DÍAZ-PLAJA, *Francófilos y Aliadófilos*, Barcelona, 1972, pp. 24-25 y 190-191.

Francia republicana y laica, así como a la democracia inglesa. En cierto sentido, al apoyar a Inglaterra y a Francia, históricas enemigas de España, adoptaban una preferencia por Europa por encima incluso de España. Optaban así en general por una España hacia Europa, secular y democrática. Estos intelectuales fueron conocidos como generación del 14. Muchos de ellos habían sido también miembros de la generación del 98 (Galdós, Unamuno, Valle Inclán, etc.). El 10 de julio, uno de sus miembros destacados, Ramón Pérez de Ayala, publicó en la revista *Iberia* un artículo que supuso un manifiesto de solidaridad con los Aliados. Por su parte, a lo largo de los cuatro años de guerra, la Iglesia fue la institución que ofreció la posición más ventajosa y el soporte ideológico más coherente para la causa alemana²⁰.

La neutralidad de España fue vista por Unamuno como la expresión de la incapacidad moral y la desorganización política y militar a la que la monarquía había llevado al país, incluso como un acto de complicidad con el germanismo, el militarismo y la dictadura, y como una negación, por tanto, de los ideales de justicia y cultura representados por Francia, Inglaterra y los países democráticos. Ortega y Gasset no pudo menos que estimar la neutralidad de Estado como un fenómeno sintomático de lo que había venido llamando «proceso de tibetización», ya señalado por algunos noventayochistas, y que en política exterior se reflejó en el recogimiento²¹. La revista *España*, editada por Ortega hasta 1916 y, posteriormente, por el socialista Luis Araquistáin, fue la publicación más destacada en su apoyo a la causa aliada. Madariaga señalaba, desde su punto de vista liberal, el deber del Estado y del pueblo español de manifestar una neutralidad estricta en lo jurídico, pero moralmente simpatizaba con Francia e Inglaterra, «dos potencias que juntas dominan y separadas paralizan la acción española, más que son al mismo tiempo sus adversarios naturales (en Gibraltar, en el norte de Marruecos, por ejemplo) y sus mejores clientes, así como los dos pueblos que más estimulan su vida y cultura»²².

La mayoría de los intelectuales españoles de gran peso eran de formación alemana; así Ortega y Gasset había estudiado en Mar-

²⁰ F. J. ROMERO SALVADÓ, *España 1914-1918, op. cit.*, p. 13.

²¹ R. CARR, *The Spanish Tragedy. The Civil War in Perspective*, Londres, 2001, p. 22.

²² V. MORALES LEZCANO, *La intelectualidad del 14 ante la guerra, op. cit.*, p. 49.

burgo y en Leipzig; García Morente, en Berlín y Marburgo; Eugenio D'Ors, en Múnich y en Heidelberg; Julián Besteiro, en Berlín y Múnich; Fernando de los Ríos, en Jena y en Marburgo, etc. Sin embargo, su germanofilia cultural, a la que nunca renunciaron, era perfectamente compatible con la aliadofilia política dominante de la mayoría de ellos.

Romanones, sucesor de Dato, inclinado hacia los Aliados pero conocedor de la impopularidad de la intervención, dejó el poder de nuevo a Dato y se reafirmó en la neutralidad. Con los otros dos presidentes que se sucedieron durante el conflicto (José García Prieto y Antonio Maura), se produjo igualmente una aproximación a los Aliados, pero nunca se salió del estatus de neutralidad. Ésta se basó en la prudencia de los propios Gobiernos, la actitud pacifista del mundo obrero y la acción proselitista de políticos como el propio Maura. Éste, preocupado por marcar distancias con los denominados «idóneos», se había apresurado, apenas iniciado el conflicto, a respaldar totalmente la neutralidad proclamada por aquéllos. Escribía a Dato el 27 de agosto:

«Cuando he visto levantar pública controversia sobre si nos convenía terciar en la pugna, me he preguntado en vano, porque ni lo dicen ni lo adivino, con qué elementos contarían hoy los partidarios de la beligerancia; elementos a falta de los cuales el concepto que se ha de formar del simulacro de opción deliberada es mejor para callado que para expresado en sus debidos términos [...] Con esto queda dicho cuán fuera de duda me parece el acierto con que el Gobierno se propone no salir voluntariamente de la neutralidad»²³.

A cambio de la simpatía de España por los Aliados, Romanones esperaba obtener al menos Tánger del Gobierno francés. En enero de 1916 Romanones escribía al embajador de España en Francia, León y Castillo: «Nuestra dependencia económica es tan evidente que hay que confesar que estamos por completo en manos de Inglaterra, y no poco de Francia [...] Continúa Tánger siendo la principal preocupación de mi espíritu [...] Es imposible llegar a la total pacificación de

²³ C. SECO SERRANO, «Alfonso XIII y la diplomacia española de su tiempo», en VVAA, *Corona y Diplomacia. La Monarquía española en la historia de las relaciones internacionales*, Madrid, 1988, p. 202.

la zona española mientras Tánger no se halle en nuestras manos [...] Es no sólo elemento de dominación del Mediterráneo, sino condición para dominar la zona de nuestro Protectorado»²⁴.

En cualquier caso, conviene no sobrevalorar la libertad española en la no intervención en el conflicto, ya que parece evidente que los países de la Entente no desearon la extensión de las hostilidades a nuestro país. España carecía también de los medios militares necesarios para entrar en la contienda mundial. Pero no por ello fue menos meritoria la actitud de unos hombres que se esforzaron, desde el Gobierno, en mantener una compleja neutralidad. Es necesario recordar que la comunicación sobre la adopción de medidas conjuntas que cabía esperar por parte de París y Londres no se produjo, y que no hubo ninguna reclamación de beligerancia por parte de los países de la Entente. De haber ocurrido de otro modo, la neutralidad española, a falta de medios militares para defenderla, no habría tenido más valor que, por ejemplo, la neutralidad belga.

Alemania, a diferencia de los Aliados, contaba con una baza importante en su política hacia España. A diferencia del caso italiano, donde el territorio irredento codiciado por los italianos pertenecía al aliado Habsburgo, los alemanes podían prometer a España territorios que no les pertenecían ni a ellos, ni a sus aliados. De esa manera, sabiendo que ciertos factores económicos y geográficos impedían a España alinearse con Alemania, ésta no sólo podía ser generosa en promesas a cambio de una alianza casi imposible, sino que también podía dar a entender que la estricta neutralidad de España se podría recompensar en el nuevo orden europeo que se establecería después de la victoria de Alemania. Por el contrario, las potencias occidentales tenían que enfrentarse al dilema de o bien rechazar toda redistribución territorial y confirmar así la idea difundida por los germanófilos de que eran enemigos históricos que siempre habían intentado debilitar y humillar a España, o bien sacrificar territorios importantes con el único objeto de asegurarse la gratitud española. A la soberanía en el Estrecho añadían algunos, entre los que se encontraba el propio Alfonso XIII, la anexión de Tánger, las manos libres en Marruecos y,

²⁴ Citado en F. J. ROMERO SALVADÓ, «España y la Primera Guerra Mundial. Neutralidad y Crisis», en S. BALFOUR y P. PRESTON (eds.), *España y las Grandes Potencias en el siglo XX*, Barcelona, 2002, p. 23.

si Alemania lograba aniquilar el poderío británico en los mares, la obtención de una tutela sobre Portugal²⁵.

En realidad, en sus inicios, un lejano conflicto en los Balcanes no era razón para que España abandonara su posición neutral entre los dos bandos europeos. Además, la neutralidad permitía encubrir la debilidad económica y militar del país. Finalmente, se escondía una considerable cantidad de oportunismo en esa cuestión. La esperanza del rey, y la de muchos políticos, fue que al jugar la carta de la neutralidad, España podría asumir un papel importante como organizadora de una gran Conferencia de Paz y conseguir en el terreno diplomático lo que no se conseguiría en el campo de batalla.

Ambos bloques también favorecieron la neutralidad española consolidando a Madrid como capital de la neutralidad europea. También destacó como factor de estabilidad de la posición española la actitud del rey Alfonso XIII a favor de la neutralidad; el Palacio Real se convirtió en centro de labor humanitaria, de ayuda a prisioneros y enlace de potencias. En esta actitud hizo mella sus circunstancias dinásticas: hijo de una princesa austriaca, María Cristina de Habsburgo-Lorena, y esposo de una princesa victoriana (Victoria Eugenia de Battemberg). La Corte fue el último baluarte proalemán destacado. Para la Reina Madre, la archiduquesa austriaca María Cristina, y gran parte de la Corte, la victoria de las Potencias Centrales se consideraba como la mejor garantía para la supervivencia del antiguo régimen. A pesar de todo, existen indicios para pensar que Alfonso XIII hubiera deseado una participación activa en el conflicto para obtener a cambio compensaciones territoriales. Con el conflicto, todo cambió. Sin reprimir sus conocidos impulsos intervencionistas y sin abandonar completamente el espejismo de posibles compensaciones por parte de uno u otro bando, desde los estrechos márgenes de negociación que permitía la neutralidad, el rey acabó por asumir con realismo esa situación neutral, obligada pero, asimismo, conveniente para la nación y deseada por la mayor parte de la sociedad española.

El rey se las ingenió para ocultar sus sentimientos a lo largo de toda la guerra. A pesar de su carácter impulsivo, en esta cuestión supo disimular sus preferencias personales. No sólo la familia, sino

²⁵ V. MORALES LEZCANO, *León y Castillo, Embajador (1887-1918)*, op. cit., p. 167.

también sus propios sentimientos estaban divididos: admiraba la disciplina y la competencia militar de los germanos, pero era consciente de que los centros de referencia naturales para España eran Francia y Gran Bretaña y que el acercamiento a estas potencias, como le dijo el canciller austriaco en 1913, «estaba en la naturaleza de las cosas». A pesar de la irritación que le producía a menudo Francia (por su prepotencia en Marruecos, por la acogida que dispensaba a revolucionarios) también admiraba su desarrollo y la competencia de su administración. Los contactos que el rey tuvo a lo largo de los primeros meses de 1914 confirman que se inclinaba hacia Francia y Gran Bretaña, como correspondía a la tradición de la política exterior española. Al embajador francés en Madrid le daba la sensación de que Alfonso XIII tenía marcados sentimientos francófilos, pero sobre todo de desear «dejar un nombre en la Historia de su país y volver a colocar a España entre las grandes potencias»; su «gran esperanza» invariable era la «unión ibérica»²⁶.

Paradójicamente, un conflicto en el cual el país no intervino, alteró decisivamente su historia contemporánea en el preciso momento en el que comenzaba a despegar hacia la modernidad, mientras luchaba con el peso del pasado²⁷. Fue un tiempo en el que los asuntos internos y externos se entretujieron. El resultado fue, además de la crisis de un sistema político, el final de una era. La neutralidad les ahorró a los españoles la carnicería del conflicto, pero su impacto ideológico, social y económico aceleró la erosión de los frágiles fundamentos del régimen. La mayor parte de los políticos dinásticos se mostraron decididos a mantener a España fuera de la guerra, pero no pudieron impedir que el conflicto llegara a España.

En el campo económico, España experimentó un auge lógico debido al retraimiento general de los mercados europeos e internacionales y a la perentoria necesidad de materias primas y manufacturas por parte de beligerantes y de no beligerantes dependientes de éstos. Este auge se manifestó en un superávit de la tradicionalmente deficitaria balanza comercial española, y en una mejora aún mayor de la situación de la balanza de pagos, por la afluencia de divisas derivadas de

²⁶ J. TUSELL y G. G. QUEIPO DE LLANO, *Alfonso XIII. El Rey Polémico*, Madrid, 2001, p. 286.

²⁷ M. TUÑÓN DE LARA, *Poder y Sociedad en España, 1900-1931*, Madrid, 1992, p. 187.

fletes y capitales que se ponían a salvo en España. Se trató de una auténtica «riada de oro» que cuadruplicó las reservas del Banco de España y que canceló prácticamente la histórica deuda del Estado.

Sectorialmente, las industrias extractivas y de transformación de materias estratégicas para la guerra fueron las más beneficiadas por el conflicto: la del carbón, la siderúrgica, la textil, la papelera, la naviera. Pero este auge también tuvo importantes efectos secundarios, como el desvío de materias primas para la exportación (por la subida de su precio exterior, los problemas internos de abastecimiento y el enorme alza de los precios en ciertos sectores), la aparición de especuladores y el desequilibrio en la distribución de los beneficios. Mientras aumentaban, a veces de manera escandalosa, los ingresos empresariales, no lo hicieron así los salarios²⁸.

Estos hechos tuvieron repercusiones sociales. La excepcional coyuntura económica, paradójicamente, agravó enormemente la desigualdad de ingresos y rentas. En contraste con los nuevos ricos y la «riada de oro», la pasividad del Gobierno (y en ocasiones su colaboración con los especuladores) produjo una importante carestía de suministros; la propia oposición conservadora impidió la aprobación, en 1916, de un proyecto de ley de Santiago Alba que intentaba aprovechar las condiciones ambientales gravando los beneficios relacionados con la guerra. La carestía y el alza de precios produjeron corrientes migratorias. Así, más de 200.000 trabajadores se desplazaron a Francia entre 1916 y 1918 en busca de mejores salarios. Otra consecuencia fue el despoblamiento de las zonas rurales, con el masivo crecimiento de la población obrera. Ello, unido a la desigualdad entre beneficios y salarios, elevó de manera significativa el clima de conflictividad laboral, que desembocaría en la huelga general de 1917²⁹.

Durante el conflicto, España experimentó un profundo cambio social, demográfico y económico. Se benefició de su posición neutral para abastecer a los dos bandos; la competencia extranjera quedó eliminada en el mercado interior y ocupó nuevos mercados que habían tenido que ser abandonados por las naciones beligerantes. El país experimentó un despegue industrial. El período de la guerra fue una

²⁸ Véase J. L. GARCÍA DELGADO y J. C. JIMÉNEZ, *Un siglo de España, la Economía*, Barcelona, 1999.

²⁹ P. PRESTON, *A Concise history of the Spanish Civil War*, Londres, 1996, pp. 18-19.

época de crecimiento económico inesperado, aunque también erosionó los frágiles cimientos del sistema de poder establecido. Los años de guerra fueron años de beneficios extraordinarios, pero también de asombrosas subidas de precios. Trajeron prosperidad, pero también exacerbaron la miseria general de la nación.

Durante los primeros meses que siguieron al estallido de las hostilidades, la economía española pasó por un estado de desorden y confusión. Hubo dificultades para obtener materias primas en el extranjero y fue complicado obtener crédito internacional. Esto afectó de manera adversa al mercado de valores y a las instituciones financieras y bancarias. Sin embargo, a principios de 1915 comenzó una fase, hasta entonces nunca conocida, de expansión de la economía. La drástica caída de las importaciones, junto con el volumen cada vez mayor y los precios en alza de las exportaciones, hizo que una nación pobre viera pasar, casi de la noche a la mañana, un flujo repentino de oro a través de sus fronteras. España vivió un período de rápida acumulación de capital creada por una balanza comercial favorable.

Al tiempo que las exportaciones aumentaban y las importaciones se reducían, la balanza comercial registró una época de beneficios fabulosos. Se crearon cientos de nuevos negocios y sociedades anónimas, y el Banco de España incrementó sus reservas de oro de 674 millones de pesetas en 1913 a 2.500 millones en 1917. Sin embargo, la cantidad de dinero en circulación también aumentó de 1.931 millones de pesetas en 1913, hasta los 3.866,9 millones en 1919. Como resultado, la peseta perdió la mitad de su poder adquisitivo y los precios se dispararon. En 1920 se situaban un 223,19 por 100 por encima de los de 1914. Esto ocasionó una inflación galopante que desembocó en una crisis social al aumentar el ya mencionado abismo que separaba a los ricos y los pobres, y provocó una corriente migratoria interna que desequilibró los débiles cimientos de la economía española.

Además, este crecimiento económico y financiero fue extremadamente desigual. La producción industrial se expandió más rápidamente que la agricultura y, por consiguiente, los precios de los productos manufacturados crecieron más que otros. Este auge benefició sólo a ciertas regiones y a ciertas clases sociales. Las ganancias fueron monopolizadas por una burguesía industrial y comercial en ascenso. Las zonas industriales entraron en una fase de enorme actividad, mientras que otras áreas de la península se vieron afectadas por la escasez y la inflación.

El sector de la minería vivió una edad dorada, especialmente la producción de carbón en Asturias. La industria química y la hidroeléctrica también se expandieron enormemente. Las empresas textiles catalanas vivieron un período de gran crecimiento generalizado, ya que no sólo abastecieron a la mayoría de las naciones beligerantes, sino que pudieron realizar también incursiones en los tradicionales mercados británicos de Iberoamérica. Las empresas vascas del acero y el hierro, así como las compañías navieras vascas, incrementaron sus ganancias, especialmente las últimas, que se beneficiaron del aumento espectacular de los costes del transporte. Finalmente, el sector bancario fue otro gran ganador de esa época. En cuatro años se duplicó el número de empresas financieras y de bancos privados.

La guerra favoreció la expansión de ciertas empresas industriales y financieras, pero también exacerbó las diferencias regionales, sociales y económicas dentro del país. La forzosa reducción de las importaciones produjo, en ocasiones, una grave escasez de productos alimenticios y manufacturados, alzas de precios y empeoramiento de los niveles de vida de los trabajadores urbanos y rurales. Algunos individuos obtuvieron beneficios sustanciales, sobre todo los especuladores, que exportaron prácticamente todo lo que requería la maquinaria de guerra, sin tener en cuenta las necesidades de consumo o el bienestar de los españoles, y los acaparadores, que acumularon productos a la espera de una subida importante de los precios. Además, la red ferroviaria demostró ser incapaz de absorber el aumento en el volumen del transporte y se quedó prácticamente colapsada.

Las zonas del centro y del sur de España fueron las que sufrieron más los efectos de la guerra. La corriente de emigración del campo a las ciudades y la del sur hacia el norte alcanzaron niveles significativos. Los salarios no pudieron mantenerse al nivel de los precios, cada vez más altos, de productos básicos como el azúcar, los huevos, el pan, las patatas, la carne y los productos lácteos. En consecuencia, para la mayoría de las personas fue un período de crisis caracterizada por la escasez de alimentos, la caída de los salarios y una grave miseria material. La situación fue lo que se denomina *crisis de subsistencia*³⁰.

³⁰ Véase S. ROLDÁN, J. L. GARCÍA DELGADO y J. MUÑOZ, *La consolidación del capitalismo en España*, op. cit.

En julio de 1916, el desenfrenado ascenso del coste de la vida, la escasez de víveres y la falta de una respuesta positiva por parte del Gobierno llevó a una histórica alianza entre las dos principales organizaciones obreras españolas: la socialista Unión General de Trabajadores (UGT) y la anarco-sindicalista Confederación Nacional del Trabajo (CNT). El fracaso en conseguir una rectificación por parte del Gobierno liberal endureció su posición e incluso amenazó en marzo de 1917 con derribar el sistema mediante una huelga general³¹.

El impacto desigual de la guerra en la economía y la sociedad españolas desencadenó disturbios, motines y protestas populares en las que se demandaba más alimentos y la reducción de precios. La movilización de las fuerzas sociales que habían permanecido hasta entonces pasivas contribuyó a la erosión de todas las formas existentes de política clientelista, haciendo que las élites gobernantes se vieran confrontadas con las incertidumbres de la política popular, la indeseada aparición de una democracia más auténtica y la amenaza del socialismo.

El crecimiento exponencial de la inflación y las dificultades económicas de todo tipo perjudicaban también al ejército. En 1916 se aprobó un Decreto de Reforma Militar que intentaba profesionalizar los servicios y trataba de resolver el problema de reducir el cuerpo de oficiales. Los oficiales habían observado cómo los obreros podían responder al Gobierno uniéndose en sindicatos y declarando huelgas. Así, desde mediados de 1916 comenzaron a afiliarse a las Juntas de Defensa, sindicatos militares, desde las cuales denunciaron la corrupción y el clientelismo, exigiendo un sistema de ascensos basado estrictamente en la antigüedad y en el aumento de salarios. No hubo problemas hasta que, tras la Revolución rusa de marzo de 1917, el monarca temió que la existencia de las Juntas pudiera constituir una amenaza potencial para el régimen. Alfonso XIII observaba un paralelismo entre los sóviets de soldados en Rusia, y las Juntas de Defensa en España³².

Al final de la guerra, se puede decir que la neutralidad elevó el prestigio del Estado español. Pero la paz que se firmó en París en

³¹ F. J. ROMERO SALVADÓ, «España y la Primera Guerra Mundial. Neutralidad y Crisis», *op. cit.*, p. 22.

³² F. J. ROMERO SALVADÓ, *España 1914-1918. Entre la Guerra y la Revolución*, *op. cit.*, p. 69.

1919 se tradujo en enormes dificultades para España: las ideas de Wilson impulsaban los regionalismos catalán, vasco y gallego; el fin del conflicto obligó al cierre de negocios coyunturales, con importantes repercusiones económicas y sociales, y, finalmente, el agravamiento de la cuestión marroquí³³.

El desastre de 1898 había significado el primer golpe serio para la estabilidad y legitimidad del sistema restauracionista. La Gran Guerra desembocaría en una crisis general europea de entreguerras que afectó en mayor o menor medida a toda Europa. Así, la analogía entre la crisis española que dio origen a la guerra civil y la crisis general europea de los años treinta permite considerar a aquella como una versión regional de esta última. Desde una perspectiva comparativa, resulta evidente que la guerra civil española fue un elemento más dentro de la fase final de la denominada «crisis europea del período de entreguerras».

La labor humanitaria del rey Alfonso XIII

La preocupación del Gobierno español se encaminó en un primer momento a conocer si existían soldados españoles entre las tropas beligerantes. Así queda de manifiesto en el telegrama enviado por el marqués de Lema, ministro de Estado Español a nuestros embajadores en París, Viena, San Petesburgo, Berlín, y a los ministros en Bruselas y Bucarest: «Encarezco V. E. se comuniquen este Departamento, nombres súbditos españoles que se afilien ejércitos beligerantes»³⁴.

La invasión de Bélgica por Alemania, violando una neutralidad reconocida internacionalmente, provocó la lógica reacción en amplios sectores españoles, que iban desde los católicos hasta los socialistas. Las labores de mediación del rey Alfonso XII comenzaron en agosto de 1915, cuando una ciudadana francesa pidió personalmente al monarca que hiciera gestiones acerca del paradero de su marido, que acabó apareciendo en un campo de concentración alemán. Posteriormente, se creó una oficina que, dependiente del rey, llegó a contar con cuarenta personas a su cargo. La fascinación del

³³ R. CARR, *España 1808-1975*, Barcelona, 2003, pp. 481-491.

³⁴ AFV, 17/1914, Telegrama del marqués de Lema al marqués de Villalobar, San Sebastián, 16 de agosto de 1914.

Alfonso XIII por el conflicto mundial encontró una forma de expresión pacífica que traería a la monarquía una popularidad internacional sin precedentes³⁵.

La neutralidad española había conminado al cuerpo diplomático acreditado en Berlín y Bruselas, en Berna y Viena, a asumir obligaciones de representación de beligerantes, de mediación con los Gobiernos respectivos para obtener garantías sobre los presos de guerra, de participación en comités de socorro y de ayuda material, que beneficiaría a todos los perjudicados en la siniestra guerra total. En este campo, la labor española, por deberes morales y jurídicos, fue muy meritoria. Se lograron más de un centenar de indultos de penas contra reos, algunos de ellos españoles, que habían sido acusados de espionaje. Se trató de una admirable labor sin distinción de bandos, que fue muy elogiada por todos. La reina Victoria encontró alivio a su soledad en la Corte, dedicándose con fervor a tareas caritativas y asistenciales, de las que surgirían importantes obras benéficas, en especial el desarrollo de la Cruz Roja Española³⁶.

Cuando concluyó la guerra mundial, Alfonso XIII comenzó a ser objeto de duros ataques. Pero al rey le quedaba el resultado de su acción humanitaria en años precedentes. Posteriormente, al ser preguntado por el periodista Julián Cortés-Cavanillas acerca del «acontecimiento de más trascendental importancia y de mayor beneficio en la vida política, social y económica» de España durante su reinado, su respuesta fue «la neutralidad en la Gran Guerra»³⁷. Y puntualizó:

«Y no sólo por las vidas conservadas y las utilidades recibidas, sino también porque España se evitó los horrores de una paz cimentada tan falsamente [...] España prosperó de 1914 a 1918: esto creo que es evidente [...] El dinero se ganó con extrema facilidad y, naturalmente, al final, el proceso de retorno al nivel de vida de antes de la guerra fue penosísimo. Pero, junto a los beneficios económicos derivados de la neutralidad, yo aproveché la triste oportunidad para demostrar la generosidad cristiana de España y su gran espíritu huma-

³⁵ M. C. HALL, *Alfonso XIII y el ocaso de la monarquía liberal, 1902-1923*, Madrid, 2005, p. 188.

³⁶ J. V DE OSMA, *Alfonso XIII, El Rey Paradoja*, op. cit., p. 143.

³⁷ J. TUSELL y G. G. QUEIPO DE LLANO, *Alfonso XIII. El Rey polémico*, op. cit., pp. 299-300.

nitario, haciendo, directamente o por medio de mi Gobierno, cuanto me era posible para salvar vidas en cualquiera de los países beligerantes, devolver el mayor número de prisioneros a sus respectivos hogares y garantizar el libre paso de los barcos-hospitales³⁸. Gracias a ese “albergue del dolor universal” se localizaron desaparecidos, entraron en comunicación los prisioneros con sus familias, se repatriaron heridos, mejoraron las condiciones de vida de los presos, se lograron indultos y hasta se difundió la lengua española entre los beneficiados»³⁹.

La Oficina Pro Captivis comenzó a operar como tal en el verano de 1915. Se establecieron tres grandes grupos de búsqueda y de asistencia en general: los militares, separados por nacionalidades (la desafortunada idea de agrupar a belgas y franceses dificulta hoy en día su identificación); los repatriados, en su mayoría relativos a personas bajo proceso judicial, condenadas a la pena capital o a trabajos forzados; y grandes colectivos sometidos a persecución, como armenios o serbios.

Desde la oficina del palacio, y a través de nuestros representantes diplomáticos, se dirigía la actividad de los delegados (veintiuno para las siete regiones en que se dividió el territorio alemán), principalmente médicos y militares, encargados de visitar los campos de internamiento, las prisiones militares, los hospitales y otras instalaciones, para interesarse por los belgas, franceses o rusos, cuya protección asumía generosamente España. Entre ellos se encontraban personalidades como el famoso burgomaestre de Bruselas Adolphe Max, los profesores Henri Pirenne y Paul Frédéricq, la princesa María de Cröy, el senador y antiguo gobernador de Amberes Baillet Latour y su esposa, un director general del Ministerio de Asuntos Exteriores belga, el barón Capelle, condenado a diez años de trabajos forzados, y el heroico general Leman, defensor de Lieja, cuyo traslado a Suiza y de ahí a España consiguió personalmente el rey. Pero no se trataba siempre de altas personalidades políticas o sociales. A título de ejemplo, se pueden citar a treinta guardias cívicos de la pequeña población de Tonares, que, tras cinco meses de detención en Munster y Celle, fueron repatriados a Bélgica por mediación de España.

³⁸ C. SECO SERRANO, «Alfonso XIII y la diplomacia española de su tiempo», *op. cit.*, pp. 202-203.

³⁹ J. MORENO LUZÓN (ed.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, *op. cit.*, p. 41.

La primera búsqueda resuelta con éxito obedeció a la carta dirigida a Alfonso XIII por una mujer de la Gironde cuyo marido había caído herido en la batalla de Charleroi, ya en agosto de 1914, y del que no se había tenido noticias desde entonces. El rey contestó personalmente a la esposa dando toda la información conseguida. La noticia saltó a la prensa francesa y de ahí a la europea, provocando el lógico asombro y agradecimiento de los países beligerantes. Entre las iniciativas personales del rey estuvo la de fomentar, a través de la Conferencia de las Cruces Rojas de los Estados Neutrales, la negociación de acuerdos y arreglos para la repatriación de prisioneros tuberculosos, o que hubiesen sido sometidos a un largo cautiverio de al menos dieciocho meses. Así, se fue formando una verdadera red de acuerdos bilaterales que finalmente sirvieron para humanizar en alguna medida las consecuencias del conflicto.

La llegada de las cartas de peticiones al Palacio Real ponía en marcha una cadena de solicitudes informativas a las embajadas y a los consulados de España. El flujo postal retornaba al palacio para ser reenviado a las familias o a los interesados y a los Gobiernos y a los municipios extranjeros, aparte de distribuirse en las sedes de los países con representación diplomática en España y concernidos por esa documentación. La misma, cuando se trataba de informes de carácter general, se hacía llegar a los Ministerios de Estado, Guerra y Marina.

La gestión humanitaria abarcó aspectos muy diversos. Hubo hasta diez secciones dedicadas a cuestiones como desaparecidos, repatriaciones de civiles y de militares, indultos y conmutaciones de penas o visitas de inspección a campos de prisioneros (algunos de ellos, españoles que habían sido acusados de espionaje). Se intervino también para evitar represalias en los campos de prisioneros, impedir que se perdieran los paquetes de alimentos, canjear heridos, repatriar a la población internada y, en algunas ocasiones, se consiguió enviar pequeñas cantidades de dinero. Hubo llamamientos del rey en contra de la guerra submarina y pidiendo la supresión de los bombardeos contra objetivos civiles. Todo esto supuso un importante desembolso por parte de la Casa Real española⁴⁰.

⁴⁰ Un estudio de las gestiones humanitarias del rey Alfonso XIII en J. PANDO DESPIERTO, *Un Rey para la esperanza. La España humanitaria de Alfonso XIII en la Gran Guerra*, Madrid, 2002, y A. LOZANO, *El Marqués de Villalobar. Labor diplomática, 1910-1918*, Madrid, 2008.

El balance de la política de Alfonso XIII fue claramente favorable a los Aliados: de unos 75.000 casos planteados, 60.000 se referían a franceses y belgas en los primeros años de la guerra. Durante los años 1915-1916, en los que el Departamento tuvo mayor actividad, hubo hasta 20.000 cartas al mes en demanda de ayuda. Hasta medio millón de documentos fueron recibidos o enviados desde el Palacio de Oriente. Un total de cincuenta y cuatro personas trabajaron en la oficina. Éstos fueron asistidos en todo momento por un grupo de militares y otro de diplomáticos. Entre diciembre de 1915 y mayo de 1917 fueron recibidas y cursadas 74.623 peticiones de noticias sobre desaparecidos. En año y medio pasaron por aquella oficina unos 315.000 documentos sobre investigación de paraderos y repatriaciones, e incluso hubo días en que se recibieron más de 20.000 peticiones⁴¹. La mayoría de las cartas, escritas en francés, llevaban como señas: «Sa Majesté le Roi Alphonse XIII, Palais Royal, Madrid». Tenían un denominador común: pedir noticias sobre militares prisioneros o desaparecidos, pero también refugiados o rehenes civiles, internos en campos de concentración. Su destinatario era el único jefe de Estado comprometido en esa labor.

La gestión humanitaria, es preciso incidir en ello, fue obra del rey, estuvo financiada por él, lo que le supuso un desembolso de más de un millón de pesetas. Con su labor humanitaria, Alfonso XIII se hizo acreedor de la estima y gratitud de los Gobiernos beligerantes. En ese sentido, consiguió cambiar la imagen negativa creada por el fusilamiento de Francisco Ferrer, que había provocado una gran indignación internacional, en la de una nación generosa, lanzada a aquella tarea altruista de su rey. Pero también fue una obra colectiva del pueblo español; así, fueron oficiales españoles quienes actuaron como inspectores en barcos hospital y en millar y medio de campos de prisioneros, y gracias a otras colaboraciones fue posible el envío de libros españoles a quienes conocían la lengua. En los casos más difíciles, el rey no dudó en emplear su influencia personal con emperadores, reyes o jefes de Estado para conseguir el resultado solicitado por familiares o Gobiernos.

Con el fin de las hostilidades, Romanones quiso aprovechar su prestigio personal ante los vencedores para conseguir un puesto en la

⁴¹ M. ESPADAS BURGOS, «La política exterior española en la crisis de la Restauración», *op. cit.*, p. 590.

Conferencia de Paz. En una carta al ministro Pinchon le comentaba: «En nuestras conversaciones de San Sebastián de 1916, la opinión pública no me siguió. Hoy sí»⁴². El recuerdo que dedicaba Romanones a su famoso artículo «Neutralidades que matan» no bastó para encubrir lo débil de esta postura. Los Aliados, si bien agradecían las labores de mediación de España, no necesitaban de ésta, y la posible presencia española en Versalles no significaba más que un problema que añadir a los muchos con que tendrían que enfrentarse. Como no se percibió ningún entusiasmo por parte de Francia, Romanones decidió acudir a Wilson y ordenó al embajador de España en Washington que se entrevistara con el presidente, a fin de invitarle a visitar España y manifestarle los deseos del Gobierno español de ocupar un puesto en la mesa de paz. Ambas sugerencias fueron contestadas por el presidente Wilson negativamente⁴³.

En el terreno internacional, España pagó por su neutralidad. Aislada y despreciada por los Aliados, tuvo que luchar sola en una impopular, y en gran medida descapitalizada, aventura en Marruecos que llevó al Desastre de Annual, en el verano de 1921, en el que murieron cerca de 12.000 soldados. El ejército acusó al Gobierno y al Parlamento de falta de voluntad y de haber negado los fondos para el conflicto. A su vez, varios sectores de la opinión pública acusaron al ejército por su nueva demostración de incompetencia, lo que creó un profundo resentimiento en los medios castrenses.

España obtuvo un reconocimiento moral, pero ningún beneficio colonial o estratégico. Siguió aislada en Europa y volcada en Marruecos, donde enterraba su dinero y a sus hombres. Cambó anticipó tras la guerra: «Y recordaréis también, los que hayáis leído la historia, que los momentos de gran popularidad de los príncipes muchas veces estaban muy cerca de los cambios de régimen»⁴⁴. En los años siguientes, Alfonso XIII recibiría honores por su neutralidad, pero en ocho llegaría el Desastre de Annual. Y en diez más, la Segunda República. El sistema político de la Restauración no sobrevivió a los efectos de

⁴² AMAEC, Índice 73, núm. 3054, Carta de Romanones al ministro Pinchon, 30 de noviembre de 1918.

⁴³ AMAEC, Índice 73, núm. 3154, Despacho del embajador de España en Washington, 3 de diciembre.

⁴⁴ *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*, sesión del 27 de octubre de 1922, p. 3832.

la Gran Guerra. Bajo el impacto del conflicto, la prolongada crisis de legitimidad del régimen político se convirtió en una crisis del propio Estado cuando, en 1917, el movimiento obrero, el ejército y la oposición en el Parlamento, dirigida por los representantes de la burguesía catalana, plantearon desafíos por separado contra el orden político dominante. La neutralidad no fue suficiente para salvar un orden oligárquico que basaba su hegemonía en la apatía de la población. El despertar político y la movilización ideológica de las masas no eran exclusivas de la Rusia revolucionaria. En España se produjo un divorcio definitivo entre Estado y sociedad. Los dos partidos de la Restauración estaban desacreditados y el país se encontraba dividido por el conflicto y el desasosiego provocado por la crisis de subsistencia.

El colapso del Gobierno Maura en noviembre de 1918, que coincidió prácticamente con el fin de las hostilidades, dejó patente la crisis de autoridad de la monarquía liberal. Los años posteriores se caracterizaron por la agonía de un régimen incapaz de enfrentarse a las crecientes exigencias generadas por la movilización nacida del conflicto. La intervención del rey y de los militares en política dio como resultado la agitación social, la inestabilidad política y, finalmente, la destrucción del sistema vigente. Cuando sobrevino la República, «las masas que se manifestaban en la calle con una alegría inmensa, justificada porque eran por vez primera protagonistas de su destino, no se dieron cuenta de que con el cambio de régimen no concluían los problemas, sino que aparecían en toda su magnitud. El régimen precedente los había escamoteado, quizá, pero ahora emergían como realidades engendradoras de conflicto»⁴⁵.

⁴⁵ J. TUSELL y G. QUEIPO DE LLANO, *Alfonso XIII, El Rey polémico*, op. cit., p. 706.

10

Punto de ruptura

«Al mismo tiempo Bujarin añadió: “Creo que se ha iniciado un período de revolución que puede durar y extenderse al mundo entero”».

A. Ransome, *Six weeks in Russia in 1919*.

Nivelle y los motines franceses

Las perspectivas de las Potencias Centrales a finales de 1916 no eran muy halagüeñas. En noviembre había fallecido el venerado káiser Francisco José, y apenas se sabía nada de su sucesor, el káiser Carlos. El nuevo emperador no tardó en percatarse de la situación desesperada en la que se encontraba su imperio y concluyó que la única forma de salvar su corona era logrando la paz. La expedición de castigo del general Conrad von Hötzendorf contra Italia había fracasado en el río Isonzo y, en el este, la ofensiva del general Brusilov había destrozado el viejo ejército imperial. La industria sufría una grave escasez de materias primas y de materiales de guerra, mientras el hambre hacía estragos en Viena y en otros centros urbanos del Imperio. Las huelgas industriales y los disturbios por la escasez de alimentos se incrementaban sin cesar.

El emperador Carlos desveló su intención de reformar el Estado para lograr un sistema de corte más federal. Este deseo suponía un desafío directo a la, hasta entonces, privilegiada posición de los húngaros en el seno del Imperio. La reforma política requería una paz que su aliado alemán había dejado claro que resultaba imposible sin su aquiescencia. A pesar de todo, se entablaron negociaciones secretas entre la Entente y los austriacos a través del cuñado de la mujer, francesa, del emperador. Gran Bretaña llevaba tiempo intentando socavar la lealtad de las diversas nacionalidades del Imperio. Para incentivar este senti-

miento, el destacado académico británico R. W. Seton-Watson y Tomás Masaryk, que sería el primer presidente de la Checoslovaquia independiente, fundaron un semanario, *La nueva Europa*¹.

El año 1917 obligó a un replanteamiento de las tácticas y de la estrategia de los líderes militares del frente occidental. Las colosales batallas que se detuvieron a finales de 1916 parecían haber debilitado de forma considerable a las potencias occidentales. Tanto en términos materiales, como en el frente de batalla y en el interno, las potencias aliadas se encaminaban hacia la extenuación, aunque a un ritmo diferente. Hacia principios de 1917, Gran Bretaña mantenía todavía una producción industrial de cerca del 90 por 100 de su nivel anterior al conflicto, aunque, por supuesto, el perfil había cambiado de forma significativa a favor de los bienes de guerra. La industria alemana comenzó 1917 produciendo tres cuartas partes de su nivel anterior a la guerra. El nivel de Francia era aún más bajo. Había perdido un segmento significativo de su capacidad productiva en 1914, cuando los alemanes se apoderaron de sus regiones industriales y de las zonas productivas de carbón y de acero del noroeste francés. A pesar de todo, la economía francesa resultó ser sólida considerando los terribles golpes que había soportado, aunque gran parte del esfuerzo industrial se produjo a expensas del sector agrícola.

Para Alemania las lecciones de 1916 eran ambiguas. El fracaso de las ofensivas para derrotar a Francia, así como la derrota estratégica en la batalla de Jutlandia, formaban el núcleo de todas las discusiones de la estrategia alemana para el año 1917. Aunque la reacción norteamericana había ocasionado que el Gobierno alemán pusiera fin a la guerra submarina sin restricciones en agosto de 1915, la ofensiva subacuática seguía siendo muy perjudicial para los Aliados y los líderes alemanes decidieron en marzo de 1916 lanzar una nueva ofensiva, limitada, para socavar el bloqueo británico. La campaña acabó por convertirse nuevamente en una ofensiva sin restricciones y los submarinos alemanes recibieron órdenes de disparar contra todos los buques civiles que transportaran bienes a Gran Bretaña. Esta segunda campaña sin restricciones finalizó tras la airada protesta de Estados Unidos en abril de 1916.

¹ M. ARTHUR, *The Passing of the Habsburg Monarchy, 1914-1918*, Philadelphia, 1966.

En otoño de 1916 el canciller alemán consideró la posición alemana tan precaria que envió una nota al presidente de Estados Unidos solicitando la mediación norteamericana en un plan de paz que incluyera ceder la ocupación de Bélgica y otros territorios. Al no recibir respuesta, Bethmann continuó con sus esfuerzos para lograr la paz intentando en otoño un llamamiento internacional basado en los objetivos de guerra alemanes como base para una posible negociación. Estos esfuerzos demostrarían ser inútiles, en particular cuando el alto mando y el káiser decidieron reanudar la campaña submarina sin restricciones en enero de 1917.

Hindenburg y Ludendorff llegaron al frente occidental en medio de estas discusiones y, en un primer momento, no se mostraron contrarios a las iniciativas de paz. Sin embargo, hacia noviembre ya habían diseñado planes que podían peligrar si finalmente se alcanzaba un acuerdo de paz. Algunos líderes militares habían comenzado a percatarse de que el dúo nunca sacrificaría sus propias ambiciones al logro de una paz razonable. Un nuevo estudio del frente del Este realizado por Ludendorff indicaba claramente que los planes para un futuro imperio alemán no conocían límites.

Una vez que había quedado patente en 1916 que una ruptura del frente era casi imposible, Alemania debía intentar continuar su estrategia defensiva en el frente del Este mientras lograba la victoria en otros sectores. Al igual que sucedía con otras innovaciones derivadas del primer año de la guerra, la experiencia demostraba cuál debía ser el sistema de las nuevas técnicas defensivas. Como la mayoría de las posiciones alemanas, la nueva Línea Hindenburg en Francia, ocupaba cordilleras y otros terrenos elevados e incorporaba los principales accidentes geográficos a su estructura defensiva. No consistía tanto en una línea de trincheras como en una serie de estructuras superpuestas, consistentes en posiciones fortificadas con una gran densidad de puntos fuertes y fortalezas, muchas de las cuales eran muy elaboradas y estaban coordinadas para poder disparar entre ellas. Los emplazamientos artilleros se encontraban situados para poder disparar de forma indirecta, es decir, por encima de las colinas, y el área enemiga fue minuciosamente analizada para mejorar el efecto de la artillería. Aunque el sistema de trincheras alemán ya era más profundo que el aliado, la nueva línea lo era incluso más y en algunos lugares alcanzaba los quince kilómetros desde las trincheras de primera línea hasta las baterías de artillería y las trincheras de comunicaciones.

Los alemanes abandonaron la absurda política de «Halten was zu halten ist» («aferrarse a todo lo que pueda ser defendido»). En febrero, desde la localidad de Arras hasta Soisson, los alemanes comenzaron a poner en práctica el Plan Alberich (nombre que provenía del desagradable enano de la obra de Richard Wagner debido a la política de tierra quemada que acompañaría la retirada), una devastación programada de las áreas cercanas a la línea de frente; posteriormente, comenzaron la retirada gradual a sus nuevas posiciones a varios kilómetros en la retaguardia. Las tropas británicas próximas a la localidad de Arras presenciaron algo sorprendente: las líneas alemanas eran bombardeadas por los propios alemanes. Tras enviar patrullas de reconocimiento, descubrieron que los alemanes habían abandonado aquellas trincheras. En marzo, los alemanes se retiraron ordenadamente de la posición vulnerable que mantenían y se atrincheraron detrás de la Línea Hindenburg, construida en gran parte por prisioneros de guerra rusos. El objetivo del bombardeo era destruir lo que los soldados alemanes habían dejado atrás. Conforme se retiraban, los alemanes demolieron todo a su paso, arrasando campos y pueblos, colocando bombas trampa y envenenando los pozos de agua².

Aunque muchos oficiales en el bando aliado aconsejaban una estrategia similar a la alemana, es decir, un empate en el frente occidental mientras se alcanzaban victorias en otros lugares, sus líderes optaron por la estrategia contraria. Los cambios en el liderazgo militar francés tuvieron un papel crucial. La escasa popularidad del mariscal Pétain entre muchos militares y políticos franceses había generado, como se ha visto, diversos cambios en la cúpula militar. En diciembre de 1916 la animosidad contra Joffre hizo que este fuera ascendido a mariscal de Francia y, así, se vio apartado como «asesor especial del Gobierno», un puesto sin relevancia del que pronto dimitió. En uno de sus últimos actos, Joffre se aseguró de que Pétain no le sucediese como comandante en jefe y de que Robert Nivelle saltase sobre Pétain para reemplazarlo en el alto mando.

Nivelle había desarrollado antes de la guerra una carrera destacada, aunque en forma alguna brillante. Había ascendido a coronel en 1914 y se habría retirado de no haber estallado el conflicto. A lo largo de sus años de servicio se había ganado más de una enemis-

² A. CLAYTON, *Paths of Glory*, *op. cit.*, pp. 133 y ss.

tad por sus supuestos prejuicios anticatólicos, ya que era protestante. Destacaba por sus habilidades ecuestres, aunque pronto se percató de que aquéllas ya no eran apenas necesarias en los modernos campos de batalla. Sin embargo, en los primeros meses del conflicto, demostró buenas dotes de mando y eso impulsó su carrera. Su momento llegó en Verdún, donde, con unas bajas aceptables, había logrado retomar posiciones destacadas. Muchos creyeron erróneamente que Nivelle había logrado captar la esencia de la guerra moderna y que era el hombre apropiado para aplicar técnicas novedosas al campo de batalla. Nivelle era un hombre de una arrogante seguridad que se jactaba de poder ganar la guerra con rapidez y a un bajo coste. Eso era todo lo que el alto mando quería oír.

Nivelle se había ganado el apoyo del primer ministro con sus ofensivas a ultranza en la batalla de Verdún. A diferencia de Pétain, se trataba de un hombre educado, encantador y convencido de la superioridad de sus métodos de *attaque brusquée*. Además, el anticlerical liderazgo francés desconfiaba de Pétain, que era nominalmente católico. La madre de Nivelle era inglesa y tanto su encanto como su habilidad para hablar inglés sin acento le granjearon el apoyo incondicional de Lloyd George, que, en cualquier caso, estaba dispuesto a recibir con los brazos abiertos cualquier cambio en el mando francés que llevase aparejado un ambicioso plan ofensivo. Así, Nivelle se convirtió en comandante en jefe en diciembre de 1916. El primer ministro británico, Lloyd George, le consideraba el militar más brillante del ejército francés: «He aquí, por fin, un general cuyo planteamiento puedo comprender»³.

Poco después de tomar posesión de su cargo, Nivelle aseguró a Lloyd George que los Aliados entrarían «pronto en Berlín». Nivelle en seguida tomó medidas que parecían encaminadas en la buena dirección, como abandonar el elegante castillo de Chantilly, donde trabajaba Joffre, trasladándose a un cuartel mucho más sobrio y más cercano al frente. Asimismo, se percató de la importancia de los signos y cambió el nombre del GAR (en francés, Grupo de Ejércitos de Reserva) al de Grupo de Ejércitos de Ruptura. Nivelle pasó los primeros meses de 1917 entrenando a los hombres con base en los nue-

³ Citado en C. R. M. E. CRUTWELL, *A History of the Great War, 1914-1918*, Oxford, 1934, p. 398.

vos métodos, inculcando a las fuerzas francesas un espíritu de «violencia, brutalidad y rapidez»⁴.

En noviembre de 1916, los militares y líderes aliados se habían reunido una vez más en Chantilly para discutir la estrategia del año siguiente. Sin haber sido todavía apartado del mando, Joffre señaló a los británicos que el ejército francés ya no podía soportar el peso principal de las operaciones. Proponía una nueva ofensiva francobritánica al sur de Arras y un asalto británico al norte de Ypres con el fin de romper la línea alemana a lo largo de la costa y alejar la amenaza de los submarinos que operaban desde las bases de Ostende y Zeebrugge. El primer ministro británico desconfiaba de un plan que dependía de un gran esfuerzo por parte de las fuerzas británicas tan poco tiempo después de la devastadora campaña del río Somme.

En cualquier caso, para Lloyd George y los británicos, el plan de Nivelle parecía una mejora de las soluciones aportadas hasta entonces, una poderosa ofensiva francesa en un sector reducido e inesperado y una ruptura del frente. A pesar de que tanto el general Robertson como el jefe de Estado Mayor imperial y Haig albergaban grandes dudas, acabaron cediendo. Tras la decisión alemana de llevar a cabo una campaña submarina sin restricciones en febrero 1917, los líderes aliados se encontraron en la localidad de Calais para reconsiderar las opciones y Nivelle logró un apoyo absoluto para su ofensiva. Los submarinos alemanes hacían imperativo que Alemania fuera vencida en tierra antes de que Gran Bretaña fuese derrotada en el mar⁵.

Nivelle era un entusiasta de la estrategia ofensiva y pensaba que con un gran apoyo artillero podía alcanzar la victoria en el frente del Oeste en cuarenta y ocho horas. «Ahora tenemos una fórmula», señalaba, «derrotaremos al enemigo con ella». La clave, estimaba, se encontraba en una sierra entre los ríos Aisne y Ailette, por donde discurría un camino rural conocido como Chemin des Dames (el «camino de las Damas», denominado así en honor de las hijas de Luis XV, que disfrutaban paseando por la zona). Debido a que el frente había permanecido tranquilo durante mucho tiempo, Nivelle estaba seguro de que los alemanes no se encontraban tan preparados

⁴ A. BERNÈDE, «Les Français à l'Assault du Chemin des Dames, 16 de avril 1917», 14-18: *Le Magazine de la Grande Guerre*, núm. 3, 2001, p. 9.

⁵ Véase A. WIEST, *Passchendale and the Royal Navy*, Westport, 1995.

como en otros sectores. Sin embargo, para los alemanes, la sierra de 600 metros de altitud proporcionaba un excelente campo de observación sobre las líneas aliadas.

A diferencia de los ataques británicos en el Somme, el plan francés aportaba algunas innovaciones. Las unidades francesas sobrepasarían los puntos fuertes penetrando profundamente en las líneas alemanas. La concepción de Nivelles de sobrepasar estos puntos fuertes suponía, en realidad, un notable avance y una nueva concepción sobre cómo librar la guerra y los alemanes utilizarían ese mismo principio logrando resultados notables en las últimas ofensivas de la guerra. De hecho, esa innovación sería fundamental durante el resto del siglo XX, en particular en la estrategia alemana de guerra relámpago durante la Segunda Guerra Mundial. Tal vez, la principal razón del posterior fracaso de la ofensiva de Nivelles no fue tanto el método de ataque, sino su amplitud (se extendía a lo largo de sesenta kilómetros de frente), los largos retrasos y los fallos en la confidencialidad sobre la operación. Además, la preparación artillera no dejaba lugar a dudas sobre cuándo y dónde atacarían los franceses. Cuando finalmente se distribuyeron los planes definitivos entre los suboficiales franceses, algunos de ellos cayeron en posesión de los alemanes. En varias incursiones contra las trincheras francesas, los alemanes habían conseguido apoderarse de copias íntegras del plan que, de forma inexplicable, habían sido entregadas a los oficiales de primera línea. La seguridad del plan fue lamentable y en París muchos oficiales conocían la fecha y diversos elementos del plan a los que normalmente no hubiesen tenido que tener acceso⁶.

A pesar de los consejos y las súplicas de que desistiera de una ofensiva que ya no tenía sentido, Nivelles insistió en lanzarla contra las nuevas posiciones alemanas sin alterar apenas el plan inicial. «¡Tengo un secreto!», presumía en alusión a la barrera artillera que acompañaría a las tropas en su avance. El nuevo ministro de la Guerra, Huber Lyautey, pensaba que todo el plan era un auténtico disparate, pero se topó con el firme apoyo a Nivelles por parte del Parlamento francés. Con Estados Unidos a punto de entrar en guerra, la estrategia más razonable parecía ser mantener las posiciones defensivas hasta que se dejase sentir el poder norteamericano. Sin embargo, Nivelles contaba

⁶ A. CLAYTON, *Paths of Glory*, op. cit., p. 137.

con el apoyo de los británicos y muchos políticos franceses pensaban que la ofensiva podría precipitar el fin de la guerra.

Como preparación para la ofensiva de Nivelles, se llevaría a cabo un bombardeo de cinco días, seguido por ataques de distracción británicos en la zona de la localidad de Arras. Liderados por tanques, la infantería británica se lanzó al ataque el 9 de abril. El más conocido de los ataques preparatorios fue el del cuerpo canadiense en Vimy. Sufriendo 14.000 bajas, el cuerpo canadiense se convirtió en un motivo de orgullo para su país, al lograr apoderarse de la cresta de Vimy. El I Ejército británico, al que pertenecía el Cuerpo Canadiense, logró también avances y, junto al III y V Ejércitos consiguió fijar las reservas alemanas para que no pudiesen ser utilizadas en los sectores que iban a ser atacados por los franceses. El coste final fue alto para los británicos: 150.000 bajas, aunque inferior a lo previsto⁷.

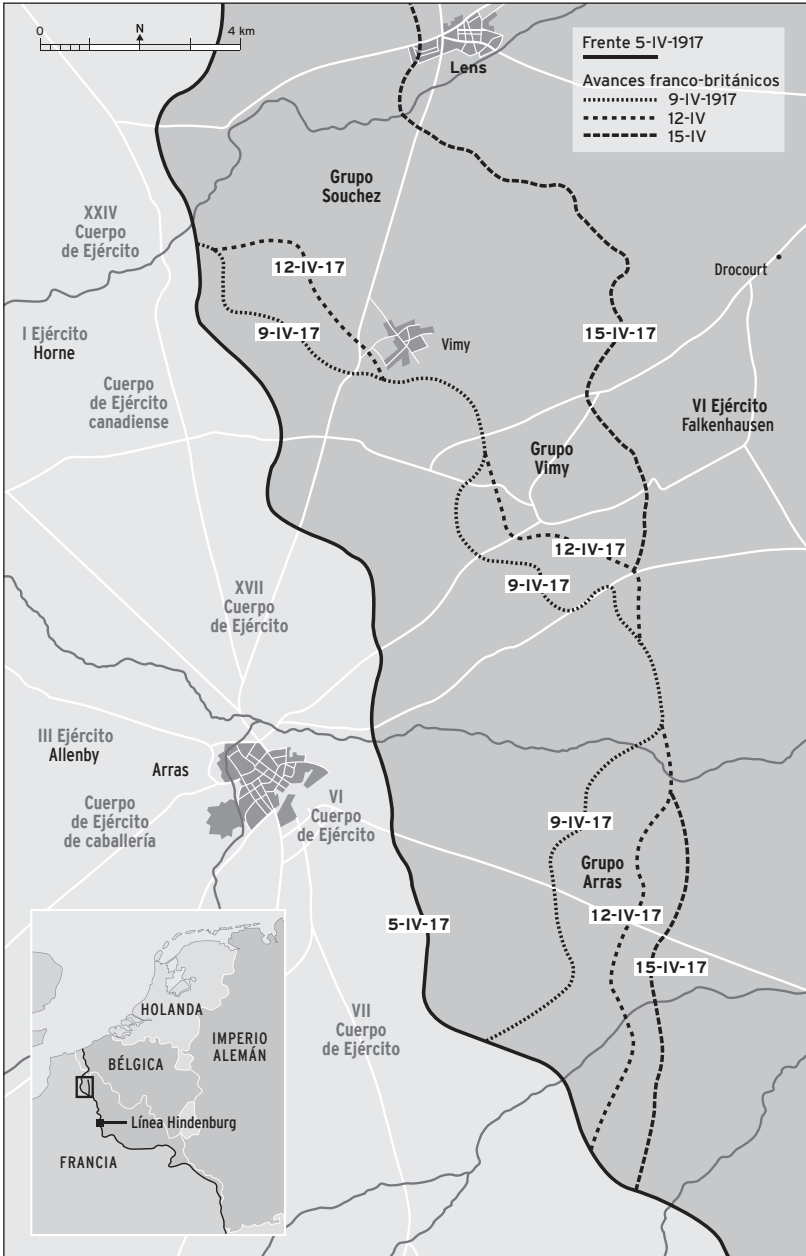
Una semana más tarde, y tras un prolongado bombardeo, Nivelles anunciaba a sus soldados: «Ha llegado nuestra hora», y lanzaba el ataque principal contra las nuevas posiciones alemanas en las alturas del camino de las Damas, entre las localidades de Reims y de Soissons. Diecinueve divisiones francesas escalaron los parapetos y se lanzaron al ataque. Era un ejército con experiencia, que había aprendido a utilizar las nuevas armas y contaba con un entrenamiento superior. Sin embargo, sus objetivos eran mucho más difíciles que los de los británicos y canadienses más al norte. El comandante del VII Ejército alemán, Von Boehm, contaba en sus manos con el plan francés capturado semanas antes. No perdió el tiempo y llevó a cabo todo tipo de preparativos para frenar el ataque francés⁸.

Durante el primer día de la ofensiva, y a un coste terrible, los franceses lograron romper las posiciones alemanas de primera línea en una serie de puntos, y un ataque con tanques a punto estuvo de desbaratar el dispositivo defensivo alemán. El IV Ejército francés lanzó un ataque secundario con éxito al este de Reims el 17 de abril, pero fue incapaz de alcanzar sus objetivos secundarios. Los hospitales militares, a los que se les había advertido que debían esperar unos 10.000 heridos, se encontraron con 120.000 en los dos primeros días

⁷ Sobre la participación canadiense, K. M. BINDON, *More than Patriotism: Canada at War, 1914-1918*, Toronto, 1979.

⁸ A. BERNÉDE, «Les Français à l'Assault du Chemin des Dames», *op. cit.*

Ofensiva de Arras



de la ofensiva. Fue entonces cuando comenzaron los contraataques alemanes, y la dinámica ataque/contraataque que se prolongó durante varios días. Cada fase de la lucha en el frente occidental pareció contar con su propia gama de horrores. La región de Champagne y el macizo del camino de las Damas presentaban altas y agrestes colinas intercaladas con valles abiertos y amplios que se convirtieron en zonas de muerte y devastación.

Hacia el 20 de abril, Nivelles había comprometido 1,2 millones de hombres en la batalla y 7.000 piezas de artillería, aunque sus artilleros nunca lograron el devastador fuego con el que contaba el optimista Nivelles. Los alemanes sufrieron un número significativo de bajas en la ofensiva (75.000), pero las pérdidas francesas fueron astronómicas. En los primeros ocho días, Francia había perdido 117.000 hombres, de lo cuales, 32.000 habían fallecido. La ofensiva no tardó en venirse abajo ante el intenso fuego de ametralladora alemán: «Los regimientos se vieron atrapados, casi de inmediato, bajo el fuego de innumerables ametralladoras, protegidas de los bombardeos por casamatas de hormigón y cuevas naturales», informaba un general⁹. Nivelles no se arredró y modificó el célebre grito de Verdún: «On les aura» («Les venceremos») por «On les a» («Ya los tenemos»). Era una falacia. A pesar de las tácticas mejoradas, del enorme heroísmo y de unas bajas espeluznantes, tan sólo se habían tomado las primeras líneas de trincheras. Además, como Nivelles había situado a los mejores soldados en primera línea, las pérdidas afectaron a las vitales unidades de élite. Sabiendo que su carrera estaba en juego, Nivelles mantuvo el ataque culpando del fracaso a sus oficiales.

Las fuertes pérdidas confirmaron los peores temores del Gobierno francés, que había obtenido la promesa de Nivelles de no continuar con la ofensiva si los ataques no tenían éxito. El Gobierno se mostró reacio a poner fin al ataque debido a las posibles consecuencias sobre la ofensiva coordinada británica. Sin embargo, hacia el 25 de abril, el Gobierno galo ya había decidido que, en cuanto se estabilizase el frente, se desharía de Nivelles. Las tan cacareadas cuarenta y ocho horas de Nivelles habían transcurrido sin que se hubiera ganado la guerra. Sin embargo, éste reaccionó ordenando una serie

⁹ P. MIGUEL, *Le Chemin des Dames: Enquête sur la plus effroyable becatombe de la Grande Guerre*, París, 1997, p. 162.

de nuevas ofensivas contra posiciones alemanas virtualmente impenetrables, que debían ser lanzadas el 1 de mayo. Las instrucciones directas de Paul Painlevé, el nuevo ministro de la Guerra, obligaron a Nivelles a reducir sus objetivos, pero los ataques no cesaron.

La tragedia de la ofensiva se condensa en la historia del teniente Jean-Louis Cros, que fue alcanzado por la metralla y quedó abandonado en un agujero en el campo de batalla el 16 de abril de 1917. No había tenido suerte en la vida, ya que dos de sus tres hijas habían fallecido víctimas de la tuberculosis. Dejó tras de sí una nota estremecedora: «Mi querida esposa, mis queridos padres y todos aquellos a los que amo. Me han herido. Espero que no sea nada. Mi querida Lucie, cuida de los niños. Leopold te ayudará si yo no salgo con vida de aquí. Tengo una pierna aplastada y estoy en un agujero. Espero que vengan a rescatarme. Mi último pensamiento es para vosotros». Fallecería poco después como consecuencia de una hemorragia¹⁰.

Tras unas tensas negociaciones con los británicos, que desconfiaban de la mentalidad defensiva de Pétain, el Gobierno francés logró el apoyo para el nombramiento de Pétain como comandante en jefe, destituyendo a Nivelles a mediados de mayo de 1917. Se escucharon peticiones para que se llamase al antiguo primer ministro, Joseph Caillaux, pues era conocida su disposición a alcanzar una paz de compromiso con Alemania. Sin embargo, a pesar del sufrimiento francés, muy pocos apoyaban esa postura. De forma casi desesperada, en noviembre el presidente francés, Raymond Poincaré, se vio forzado a llamar a su viejo rival político, Georges Clemenceau, de sesenta y seis años, para que formase Gobierno. Éste encarnaba el espíritu luchador de los jacobinos de la Francia revolucionaria de 1790. El 19 de noviembre, dirigiéndose a la Cámara de Diputados, anunció que se encontraba «poseído por un pensamiento único de una guerra total y de nada más que guerra». Cualquier idea de una paz de compromiso fue rechazada y Caillaux fue sentenciado a tres años de trabajos forzados.

La ofensiva Nivelles resulta relevante para estudiar las conexiones entre el frente de batalla, el alto mando, el liderazgo civil, el frente interno y, de hecho, las relaciones entre los miembros de la Entente. Aunque diversos estudios han demostrado la enorme paciencia y la resistencia por parte de la población francesa tanto en

¹⁰ J. G. GUÉNO y Y. LAPLUME, *Paroles des Poilus*, París, 2003, p. 166.

el frente de batalla como en el frente interno, la ofensiva fue la gota que colmó el vaso. En general, las condiciones en el ejército francés eran muy duras. La comida en el ejército era lamentable. Los alemanes y los británicos habían ideado formas para trasladar comida caliente a la línea del frente desde 1914. En claro contraste, los soldados franceses apenas recibían comida caliente cuando no estaban en primera línea y prácticamente ninguna cuando se encontraban en ella. Por encima de todo, los soldados franceses se mostraban indignados por el frívolo sacrificio de vidas por parte de oficiales que ideaban planes insensatos. Nivelles se había mostrado tan optimista en sus predicciones que los soldados franceses, al descubrir que las sangrientas ofensivas de 1917 habían sido otro ejercicio inútil, se mostraron indignados.

La consecuencia directa de esa desgraciada ofensiva fueron los motines que se extendieron por el ejército francés durante 1917 contra unos oficiales que parecían no tomar en consideración las pérdidas innecesarias de vidas humanas. Un soldado declaró: «Decidimos no lanzar otro ataque más. Expresamos nuestro extremo agotamiento, nuestros sufrimientos, nuestro dolor. El alto mando, sin duda, tomará alguna otra decisión»¹¹. Los primeros motines se produjeron el 29 de abril, justo cuando Nivelles ordenaba reanudar la ofensiva. Los integrantes de un batallón de infantería se negaron a ir al frente de batalla sabiendo que se les iba a ordenar atacar.

Durante las siguientes dos semanas estallaron motines en otras unidades. El auténtico motín comenzó a finales de mayo y durante dos semanas el ejército francés dejó de ser una unidad combativa. Los motines tuvieron, en todo caso, un perfil racional, ya que, en general, los soldados se negaban a ocupar posiciones de ataque, adoptando posiciones defensivas contra posibles ataques alemanes. En pocos casos, los soldados fueron más lejos, arrojando piedras a los oficiales y estableciendo consejos de soldados. Sin embargo, en general, siguieron mostrando respeto hacia los oficiales, pero, a lo largo del frente, el ejército francés se negó a atacar. Un soldado francés manifestó: «Después de todo lo que he visto, ya no puedo creer en una victoria de las armas»¹².

¹¹ R. G. NOBÉCOURT, *Les Fantassins du Chemin des Dames*, París, 1965, p. 220.

¹² P. MIQUEL, *Les Poilus: La France Sacrifiée*, op. cit., p. 339.

Incluso hoy se conoce menos de los motines franceses de 1917 que de cualquier otro episodio de la historia francesa moderna. El ejército ocultó un tema que consideraba humillante¹³. Sin embargo, de los informes que quedaron se puede concluir que los motines fueron un acto espontáneo de sentido común, una huelga masiva contra la insensible forma de dirigir el conflicto. Miles de soldados simplemente abandonaron las trincheras o se negaron a acatar las órdenes de regresar a sus puestos.

La gran mayoría de los amotinados eran campesinos que no deseaban subvertir el orden establecido, sino que se negaban a seguir siendo carne de cañón. Los hombres comprendían que en la guerra mueren muchos hombres, pero no entendían tantas muertes en operaciones insensatas. De forma significativa, casi todos los amotinados eran hombres de infantería, la artillería apenas se vio afectada y aún menos la caballería¹⁴. Los amotinados se cuidaron de no revelar a los alemanes lo que sucedía, ni de darles la oportunidad de explotar aquella situación. Uno de los soldados lo expresó de forma tajante: «Los soldados están molestos, pero los alemanes siguen ahí y no podemos dejarles pasar». Surgieron banderas rojas y cánticos revolucionarios. Hacia finales de mayo se habían rebelado ocho divisiones de las que habían participado en la ofensiva. A principios de junio, la mitad del ejército francés se encontraba ya afectado. A pesar de algunos eslóganes revolucionarios y ciertos símbolos, la ideología radical no estaba en el origen de los motines, en contra de lo que pensaban los generales franceses¹⁵.

Resulta complicado desasociar la creciente agitación social en Francia con el estallido de los motines. Éstos se mantuvieron en secreto, no sólo de la población francesa del momento, sino de toda la sociedad francesa durante décadas. En cualquier caso, la desafección estaba aumentando progresivamente, incluso antes de los motines. Aunque la censura era estricta, hacia 1917 cualquier observador podía concluir que la guerra estaba teniendo un enorme impacto sobre toda una generación de franceses. Un fabricante de sombreros

¹³ Los archivos relacionados con los motines permanecen cerrados hasta 2017.

¹⁴ A. CLAYTON, *Paths of Glory*, op. cit., pp. 140-147.

¹⁵ G. PÉDRONCINI, *Les Mutineries de 1917*, París, 1974. Véase también L. V. SMITH, *Between Mutiny and Obedience: The Case of the Fifth French Infantry Division during World War I*, Princeton, 1994.



Robert Nivelle.



Henri Petain.



Georges Clemenceau.



Ferdinand Foch.

de una pequeña localidad se percató de que estaba confeccionando sombreros de luto para casi todas las mujeres del lugar. En las ciudades, el auge de los precios exasperaba a una población agotada. El 1 de mayo, tres días después de que estallaran los primeros intentos de motín, una creciente organización contraria a la guerra, el denominado Comité de la Defensa Sindicalista, reunió a diez mil personas en una manifestación en París. A finales de la primavera, estallaron diversas huelgas, principalmente entre las mujeres trabajadoras de la industria textil. A principios de 1917, el descontento puso fin también a la Unión Sagrada, la tregua declarada entre partidos en 1914 para apoyar el esfuerzo de guerra¹⁶.

Los motines constituyen uno de los episodios más interesantes del conflicto. En muchos frentes se impuso también una actitud de «vive y deja vivir», una mentalidad que hacía la vida más fácil. Los motines constituyen uno de los episodios más interesantes del conflicto. Guardaban semejanza con la célebre «tregua de Navidad» de 1914, es decir, no se trataba de un rechazo de la defensa, sino el reconocimiento por parte de los soldados que se sentían más identificados con los soldados al otro lado del frente, que con sus oficiales. Los motines franceses diferían, sin embargo, del sistema de «vive y deja vivir», ya que no existió fraternización con el enemigo y, en la mayor parte de los casos, no se produjo una huida del frente de batalla. Simplemente los soldados se negaron a atacar.

Aunque técnicamente la crisis de los motines finalizó en junio de 1917, las ondas de los mismos continuaron hasta el otoño. Este hecho, unido al descontento en el frente interno, hizo que Francia se enfrentase a la crisis más aguda de la guerra en la primavera y el verano de 1917. Aunque Pétain logró restablecer el orden con sentido común, la ofensiva Nivelle había acabado con el espíritu ofensivo del ejército francés. Nivelle fue cesado mientras estallaban los motines. El nuevo comandante era un general mucho más comprensivo hacia sus soldados, Pétain. Sin embargo, muchos generales franceses del frente recurrieron a los viejos remedios: fusilamientos inmediatos de los amotinados. A pesar de su sensibilidad hacia algunas de las peticiones de los amotinados, Pétain se vio obligado a recurrir a los cas-

¹⁶ S. AUDOIN-ROUZEAU, *Men at War 1914-1918: National Sentiment and Trench Journalism in France during the First World War*, Oxford, 1992.

tigos. Se dictaron sentencias de muerte contra los cabecillas de los motines, aunque la mayoría de los condenados vio conmutadas sus penas y fueron enviados a colonias penales. Al final, de un episodio en el que habían participado cientos de miles de soldados, fueron fusilados menos de cincuenta. Por otro lado, Pétain realizó un enorme esfuerzo visitando el frente de batalla, hablando con oficiales y soldados. Aseguró a los soldados franceses que se pondría fin a los ataques frontales y que, a partir de entonces, los ataques tendrían objetivos tangibles y contarían con un amplio apoyo artillero¹⁷.

Desde ese momento, Pétain fue capaz de convencer a los líderes civiles y militares de que los ataques tendrían objetivos locales y se centrarían en erosionar la capacidad del enemigo, no en intentar lograr la ansiada ruptura. Pétain mejoró la paga, los permisos y la dieta de las tropas francesas. Ordenó la instalación de retretes, duchas y lugares para dormir. Se aseguró de que los cocineros conocieran su oficio y aumentó la ración de vino, al tiempo que combatía las borracheras que habían seguido al motín. Se establecieron también zonas especiales de descanso con instalaciones limpias y buena comida. En su deseo de restablecer el orden, Pétain visitó 90 divisiones. A los hombres les hablaba en lenguaje sencillo que les tranquilizaba y que comprendían: «Debemos esperar a los norteamericanos y a los tanques»¹⁸. Hasta el final de sus días, afirmaría que la forma como había manejado el complejo motín suponía el mayor logro de su vida. Era una política razonable y humana, pero no era la más conveniente para librar una guerra. Haig se mostró en desacuerdo con esas concesiones a los soldados y afirmó que «Pétain tenía que haber fusilado a 2.000 hombres». En cualquier caso, el motín había llegado a su fin, aunque resultaba evidente que el ejército francés no estaba en condiciones de lanzar nuevas ofensivas.

¿Por qué no aprovecharon la ocasión los alemanes para asestar un golpe definitivo a los franceses? En primer lugar, y de forma increíble, por la simple razón de que los alemanes no se percataron de lo que estaba sucediendo tras las líneas francesas, un fallo inaudito de inteligencia. Ludendorff señalaría posteriormente que le habían llegado algunos ecos de lo que sucedía. No existen pruebas de que

¹⁷ A. CLAYTON, *Paths of Glory*, op. cit., pp. 146-147.

¹⁸ R. F. M. CRUTTWELL, *A History of the Great War*, Oxford, 1936, p. 416.

Sentencias de muerte, 1914-1918

<i>Fuerzas Armadas</i>	<i>Condenados</i>	<i>Ejecutados</i>
Belgas	220	18
Británicas	3.080	346
Francesas	2.000	700
Alemanas	150	48
Italianas	4.028	750

así fuera. En segundo lugar, aunque el ejército francés no se encontraba en condiciones de atacar en el futuro inmediato, todavía podía defenderse de forma efectiva y estaba motivado para hacerlo. Finalmente, los alemanes se enfrentaban a otras crisis en el frente occidental y los planes británicos centraban ya gran parte de la atención del alto mando alemán.

Passchendaele

Mientras Nivelles tomaba el mando del ejército francés a finales de diciembre de 1916, el comandante en jefe británico temía que los cambios en la estrategia francesa, unida a las ideas hostiles de su nuevo primer ministro, David Lloyd George, acabasen con sus planes de una renovada ofensiva en Flandes en 1917. Tras el fracaso de la ofensiva Nivelles, Haig pudo regresar a sus planes y comenzó a trazar una estrategia para una nueva ofensiva de mayo en Flandes, que posteriormente quedaría retrasada hasta junio-julio¹⁹.

El comandante británico llevaba tiempo considerando un plan que contemplase de forma más precisa los intereses de Gran Bretaña. La amenaza más grave para Inglaterra y, de hecho, para el esfuerzo de guerra, seguía siendo la amenaza submarina, ya fuera restringida o sin restricciones, pues los británicos transportaban la mayor parte de los suministros para italianos y rusos. Dado que la autonomía de los submarinos en ese período era limitada, los alemanes se veían obligados a operar desde los puertos belgas. Haig consideró que la única forma de lograr ventajas considerables era lanzar una ofensiva contra Ypres,

¹⁹ J. KEEGAN, *The First World War*, *op. cit.*, pp. 360 y ss.

combinada con un ataque contra los puertos belgas. Haig diseñó un plan con tres fases: un ataque principal contra Ypres, otro a lo largo del Canal desde el sector izquierdo del canal de la Mancha y, finalmente, un ataque anfibio secreto contra el puerto alemán de Ostende. Estos planes adquirieron un carácter urgente cuando, en octubre de 1916, los alemanes redoblaron su ofensiva submarina sin restricciones, hundiendo 176.000 toneladas de buques neutrales y aliados.

Con el fracaso de la ofensiva francesa, Haig presionó para el lanzamiento de su ofensiva sobre Flandes. Los líderes civiles se reunieron para sopesar y evaluar la situación. En conjunto, las perspectivas no eran malas. Debido a la hecatombe francesa, los líderes aliados decidieron que los ingleses debían lanzar algún tipo de ofensiva. El 1 de mayo, Haig escribió al gabinete de guerra que su plan era ahora «razonablemente posible [...] aunque no se logre un éxito absoluto, atacaremos al enemigo en lugares donde no puede rechazar la lucha». De hecho, en el peor de los casos, el ataque sobre Passchendaele haría retroceder a los alemanes de las posiciones donde dominaban Ypres. Asimismo, el desgaste de los alemanes sería un éxito destacado. Lloyd George y el gabinete se mostraron de acuerdo y los franceses no opusieron objeciones.

El saliente de Ypres había dado lugar a violentos combates en 1914 (primera batalla de Ypres) y en 1915 (segunda batalla de Ypres). El año 1916 fue relativamente tranquilo en el saliente, aunque sólo parcialmente, ya que los alemanes podían seguir bombardeando cualquier punto de la zona. El plan principal británico consistía en lanzar al V Ejército desde sus posiciones a las afueras de la Puerta Menin, a un kilómetro aproximadamente del centro de Ypres, y dirigirse de forma directa ascendiendo hacia la gran cresta al este y al norte de la ciudad, donde se encontraba la localidad de Passchendaele. Haig planeaba utilizar todos los recursos que ahora dominaba el ejército británico: el avance con cobertura artillera, el fuego indirecto de ametralladoras y meticulosos ensayos antes de cada ataque.

La ofensiva británica fue precedida por un ataque más al sur a lo largo del saliente, hacia la cresta de Messines. Al expulsar a los alemanes de la zona, éstos perderían la perspectiva sobre el terreno y no podrían prever el inminente ataque hacia Passchendaele. La tarea recayó en el general sir Herbert Plumer y en su II Ejército. Plumer decidió recurrir a la técnica de excavar grandes túneles bajo las líneas enemigas. Las excavaciones en la zona de Messines se habían iniciado

dieciocho meses antes y habían situado 25 minas de alto poder explosivo. El jefe de Estado Mayor del II Ejército, Charles Harrington, había prometido: «No sé si mañana cambiaremos la historia, pero lo que sí es seguro es que alteraremos la geografía»²⁰. Las hicieron explotar el 7 de junio; estallaron todas menos dos y la explosión no sólo redujo la cresta a escombros y mató o dejó desconcertados a los alemanes que la defendían, sino que hizo que el terreno del saliente se moviera como un océano. El sonido de la explosión fue tan potente que se escuchó en Londres. Las personas que se encontraban a 40 o 50 kilómetros pensaron que se trataba de un terremoto. Por una vez, los soldados aliados obtenían la ventaja decisiva que deseaban. Casi 10.000 alemanes murieron a causa de la explosión o fueron sepultados vivos por la tierra levantada. Casi 8.000 alemanes, demasiado aturdidos para combatir, se rindieron y el primer kilómetro de las líneas de defensa alemanas de Messines se desmoronó²¹.

Las divisiones se lanzaron al ataque sin dilación. En esa ocasión, las trincheras de vanguardia alemanas no supusieron un problema. Miles de alemanes yacían enterrados en la gran explosión y muchos de los supervivientes se encontraban heridos o desconcertados y no estaban en condiciones de presentar batalla. La segunda línea alemana resistió con más fuerza; sin embargo, los británicos (incluyendo dos divisiones irlandesas, una formada por nacionalistas), los australianos y los neozelandeses tomaron todos los objetivos sin mayores problemas. Plumer había logrado 1.300 metros y un terreno muy útil. Haig presionó a Plumer para que continuara con el ataque más allá de los objetivos establecidos, y los combates produjeron 25.000 bajas. En cualquier caso, la batalla de Messines fue una victoria; de hecho, se trató de la primera victoria británica clara desde el inicio del conflicto en el frente occidental²².

La segunda fase de la ofensiva era el ataque contra Passchendaele. A diferencia del reducido ataque de Plumer, el ataque del V Ejército del general Hubert Cough parecía guardar cierta semejanza con el ataque del Somme, e incluía, en un esfuerzo coordinado, al I Ejército francés y a parte del II Ejército de Plumer. La artille-

²⁰ Citado en G. SHEFFIELD, *Forgotten Victory: The First World War. Myths and Realities*, Londres, 2001, p. 169.

²¹ M. S. NEIBERG, *La Gran Guerra*, op. cit., p. 250.

²² H. TOOLEY, *The Western Front*, Basingstoke, 2003, pp. 189-190.

ría machacó las posiciones alemanas durante quince días utilizando hasta cuatro millones de proyectiles. Aunque había sido planificado para las primeras horas del día, el ataque se inició en la oscuridad absoluta debido al tiempo lluvioso y nublado que caracterizaría toda la campaña. La lluvia comenzó a caer antes incluso de que se completara el asalto del primer día. El sector de Passchendaele, que tenía un índice pluviométrico medio de 70 milímetros durante el mes de agosto, recibió 127 aquel mes.

En el sector norte del ataque y con una abrumadora cobertura artillera, los franceses tomaron diversas posiciones alemanas a 2.500 metros en unas pocas horas. Sin embargo, los francobritánicos se encontraron con unas trincheras de vanguardia en gran parte vacías fruto del colosal bombardeo artillero. En otros sectores, el ataque logró menos éxito, aunque, para los patrones del frente occidental, se habían producido avances considerables. Comparadas con las bajas del primer día del Somme (57.000) y las del primer día de la ofensiva Nivelle (40.000 bajas), las pérdidas británicas eran «reducidas»: 27.000 hombres. Sin embargo, los ataques no habían logrado hacer retroceder a los alemanes de sus líneas más sólidas. La configuración de las posiciones alemanas llevó a un nuevo nivel de brutalidad en el campo de batalla. Dado que los británicos avanzaban rápidamente, los alemanes escondidos en posiciones subterráneas, surgían de sus escondites y disparaban por la espalda contra los británicos²³.

El clima hizo entonces su aparición e introdujo lo que puede denominarse el *leit motif* de la campaña: la reducción del campo de batalla a un gigantesco cenagal. La lucha en torno a Ypres había destruido gran parte de los sistemas de drenaje. Teniendo en cuenta que ni la lluvia ni la artillería se detuvieron durante meses, es posible imaginarse el infierno de barro en el que se convirtió el campo de batalla. Fue entonces cuando comenzó la siguiente fase, una de las más terribles de la historia militar. Toda la ofensiva se centró en la localidad de Passchendaele. Los británicos y los alemanes, hundiéndose en el lodo, luchaban sin saber muy bien por qué. Un soldado británico afirmó que se había convertido en «un zombi». Un veterano describió así el campo de batalla: «Era como un inmenso cenagal de desaliento, en el que un sinfín de batallones, brigadas y divisiones

²³ L. MACDONALD, *They Called it Passchendaele*, Londres, 1978.

de infantería luchaban por no hundirse, para terminar saltando por los aires hechos pedazos o morir ahogados, hasta que, al final, después de una matanza incommensurable, habíamos ganado unos pocos kilómetros de barro líquido»²⁴. Algunos hombres comentaban con sarcasmo que habían visto submarinos alemanes en las trincheras. Ulick Burke describió las condiciones en una trinchera británica durante la batalla:

«Te puedes imaginar a un hombre en esas trincheras, donde no podía lavarse, durante toda una semana. Se le entregaba una lata de gasolina. Esas latas eran introducidas en el horno, se hervían, se les hacía de todo, pero cuando vertías una sustancia caliente sobre ellas, la gasolina volvía a surgir de la lata. Por supuesto, eso desataba terribles epidemias de diarrea entre los hombres. Pero tenían que beber, pues era la única bebida caliente que recibían. Las condiciones eran espantosas. Es inimaginable el sufrimiento de un individuo que permanece de pie durante veinticuatro horas, a menudo hasta la cintura en el barro, tratando de sacar el agua del agujero con tan sólo un par de latas, agujero que había sido convertido en trinchera con unos sacos terrores. Y tenía que permanecer allí día y noche durante seis días. Ésa era su existencia. Muchos hombres desarrollaron “pie” y “fiebre de trinchera”. Un soldado desarrolló la fiebre de trinchera y tenían una diarrea constante que le dejó débil y apático. El pie de trinchera se desarrollaba como consecuencia de la humedad que traspasaba las botas. En muchos casos, los dedos se pudrían en las botas. Perdimos a más hombres de esa forma que a causa de las heridas en combate»²⁵.

Sin embargo, la batalla continuó, con las unidades británicas arrasándose hacia el frente de ataque en ataque, y los alemanes aferrándose al terreno en acciones desesperadas, y cuya brutalidad permaneció muy presente en la memoria de aquellos que participaron. El barro se convirtió en el principal elemento de desmoralización. Los meses siguientes se caracterizaron por las dudas de Haig sobre si se debían lanzar nuevos ataques, el envío por parte de sus subordinados de más tropas al campo de batalla, enormes preparativos artilleros, unidos a avances y contraataques por parte de los alemanes. Las tres batallas

²⁴ Ch. Miller, cita del monumento en el Irish Peace Park, Messines, Bélgica.

²⁵ M. BROWN, *The Imperial War Museum of the First World War*, Londres, 1991, p. 55.

de la última fase, Poelcapelle, el 9 de octubre, la primera de Passchendaele, del 12 al 26 de octubre, y la toma final de esta localidad por los canadienses el 6 de noviembre, apenas pueden ser distinguidas unas de las otras. Todo se hundió en el barro. E. C. Anstey recordaba: «Si los animales resbalaban de los tablones y caían, a menudo se hundían por completo. Cuando llegaban las municiones, había que limpiar el barro que las cubría antes de poder utilizarlas»²⁶.

La última escena se produjo en noviembre, cuando el cuerpo australiano logró avanzar a través de un océano de barro y de una lluvia torrencial tomando la localidad de Passchendaele, que había dejado de ser un lugar habitable y se había convertido en una pesadilla. Haig ordenó a los australianos que continuaran su ofensiva ganando unos cuantos metros a un precio gigantesco. La ofensiva de Passchendaele había llegado a su fin. Haig reconoció que aquellas posiciones duramente ganadas no serían fáciles de conservar si eran atacadas con firmeza. Consideraba muy probable un contraataque alemán. No se equivocaba. Éste llegaría en tan sólo unos meses y, tal y como había presagiado Haig, se produjo no sólo contra las posiciones de vanguardia, sino contra el terreno ganado durante el espeluznante período entre el 31 de julio y el 10 de noviembre. Los alemanes recuperarían gran parte del terreno perdido. Las bajas británicas sumaban 270.000 hombres (70.000 habían muerto) y las alemanas, 200.000. En Londres, un desesperado Lloyd George exclamaba: «Barro y sangre, barro y sangre. No pueden pensar en nada mejor». En palabras de Ludendorff: «Ya no era vida. Era un sufrimiento indescriptible»²⁷.

Incluso valorándola únicamente como batalla de desgaste, Passchendaele fue un fracaso, pues Haig perdió tres hombres por cada dos alemanes. El acto final costó a los británicos algo más que vidas humanas. Cuando el pueblo asumió que los generales eran demasiado estúpidos para analizar los pronósticos del tiempo o cuando las mujeres comprendieron que sus maridos e hijos fallecían en la degradación y el anonimato, se estaban refiriendo a menudo a Passchendaele.

Passchendaele se convirtió, más aún que el Somme, en el epítome del sinsentido del frente occidental, de la futilidad y del desprecio

²⁶ R. PRIOR y T. WILSON, *Passchendaele: The Untold Story*, New Haven, 1996, p. 160.

²⁷ E. LUDENDORFF, *My War Memories, 1914-1918*, Londres, 1919, p. 491.

por las vidas humanas. En su aspecto más positivo, la ofensiva logró que los alemanes fueran incapaces de lanzar ofensivas contra el debilitado ejército francés. Las nuevas posiciones debían haber permitido nuevas operaciones contra la zona alemana de la costa del Canal y si éstas nunca se materializaron, fue debido al clima y, en parte, a la Revolución bolchevique, que modificó de forma significativa el contexto del conflicto y permitió a los alemanes recuperar la iniciativa en la primavera de 1918. Algunos historiadores revisionistas consideran que, aunque no se lograron los objetivos, la batalla desgastó a los alemanes y llevó a un hundimiento de su moral, por lo que puede ser considerada un punto de inflexión en la guerra²⁸.

Sin embargo, no se debe ignorar que la batalla fue una demostración de mal liderazgo y de un desprecio absoluto hacia el sufrimiento y los muertos. Al ser requerido para que explicase el fracaso, el general Gough se defendió culpando a sus soldados de falta de arrojo. La batalla tenía que haber sido detenida. Pronto resultó evidente que la ruptura del frente era una quimera como lo había sido la ofensiva Nivelles. Sin embargo, el Gobierno británico se mantuvo al lado de Haig y le permitió continuar con su ofensiva, a diferencia de la situación en Francia, donde el Gobierno había cesado a Nivelles y establecido un control mucho más estricto sobre el mando militar. El capitán y poeta Siegfried Sassoon intentó describir parte del horror que había presenciado:

«I died in Hell
(they called it Passchendaele); my
wound was slight
and I was hobbling back; and then a
shell
burst slick upon the duckboards; so I
fell
Into the bottomless mud, and lost the light»²⁹.

²⁸ En este sentido P. H. LIDDLE (ed.), *Passchendaele in Perspective: The Third Battle of Ypres*, Londres, 1997.

²⁹ «Morí en el Infierno (lo llamaban Passchendaele) mi/ herida era ligera/ y yo me arrastraba hacia atrás cuando/ un proyectil/ estalló en las pasaderas y yo/ caí/ en el barro sin fondo y perdí el conocimiento».

Caporetto. Hecatombe italiana

La entrada en la guerra de Estados Unidos en abril de 1917 elevó la moral de los Aliados, aunque la salida de Rusia de la guerra permitió que un gran número de tropas alemanas y austriacas pudiesen ser desplegadas en otros frentes. Por otro lado, la entrada en la guerra de Estados Unidos creó una situación delicada para el Gobierno italiano, pues la política italiana de sacro egoísmo casaba mal con la «nueva diplomacia» del presidente estadounidense Wilson. En octubre de ese año, se produjo una ofensiva austriaco-alemana que acabaría en una humillación completa para las tropas italianas: la batalla de Caporetto (denominada *Karfreit* por los alemanes)³⁰.

En la primavera de 1917, los italianos se lanzaron de nuevo al ataque a lo largo del río Isonzo. Semanas de lucha encarnizada dejaron a los austrohúngaros en una buena posición en junio. En respuesta a este peligro, el comandante italiano Luigi Cadorna cambió sus ofensivas en el Isonzo por las montañas del Trentino, un lugar totalmente inapropiado para librar una batalla. Las tropas tenían que enfrentarse a un terreno escarpado y a la falta de oxígeno. A mediados de agosto, tras un enorme sufrimiento con muy pocos resultados, Cadorna se centró de nuevo en el río Isonzo. La ofensiva, mayor que las anteriores, logró cierto éxito, e hizo que los austriacos se retiraran ocho kilómetros. Sin embargo, un mes de lucha y 165.000 bajas acabaron con la moral de los italianos. En el verano de 1917, Rudyard Kipling viajó al frente italiano y se convenció de que estaba contemplando una «nueva Italia» en posesión de un ejército comparable al viejo *exercitus* romano y que, incluso los generales, parecían esculturas de los tiempos clásicos. No tardaría en desengañarse³¹.

Conrad insistió en que se llevase a cabo una ofensiva conjunta con los alemanes, algo que éstos no deseaban. Sin embargo, la situación de Austria-Hungría hacía muy necesaria una victoria para apuntalar su alicaída moral. Las Potencias Centrales crearon el XIV Ejército conjunto, compuesto por siete divisiones de infantería alemanas, y otras

³⁰ Cfr. P. PIERI, *L'Italia nelle prima guerra mondiale*, Turín, 1965.

³¹ T. PINNEY (ed.), *The Letters of Rudyard Kipling*, vol. 4, Basingstoke, 1999, p. 464.

ocho austrohúngaras bajo mando alemán. Se aportó artillería pesada y apoyo aéreo con la condición de que la siguiente ofensiva estuviera dirigida por un oficial alemán, el general Otto von Below, que decidió atacar el 24 de octubre. La concentración de fuerzas de los Imperios Centrales tomó a los italianos en una situación de indefensión, pues Cadorna no creía posible una ofensiva a gran escala de los Imperios Centrales. Incluso después de que algunos desertores proporcionaran detalles fundamentales del plan, siguió negándose a cambiar su punto de vista a pesar de que vuelos de reconocimiento habían confirmado la presencia de tropas alemanas en el sector del Isonzo.

Para complicar aún más el calamitoso estado de las fuerzas italianas, Luigi Capello, el comandante de la unidad ante la que se habían concentrado las fuerzas austrohúngaras, pasó los días previos al ataque en la localidad de Padua, debido a una afección renal. La ambición de Capello era suceder a Cadorna como jefe de Estado Mayor, lo que le hacía pensar únicamente en términos de ataque y de éxitos espectaculares. Como resultado de todo ello, las defensas italianas en el Isonzo eran del todo inadecuadas.

Los alemanes desplegaron en secreto un enorme arsenal y las tropas se situaron en sus puestos por la noche. El 24 de octubre las Potencias Centrales lanzaron una formidable barrera artillera que tomó a los italianos totalmente por sorpresa. Cadorna seguía tan obtuso como siempre y se mostró confiado en poder resistir la ofensiva. Tranquilizó a los británicos argumentando que podría contener una ofensiva de cinco semanas. Sin embargo, no tuvo en cuenta la diferencia que marcarían las nuevas tropas alemanas y un comandante capaz.

Dos cuerpos austrogermanos avanzaron con celeridad hacia la localidad de Caporetto, mientras otros dos se trasladaban hacia el sur para tomar el terreno elevado. Algunas unidades italianas se batieron con valentía, pero el resto se desmoronaba con rapidez. El pánico se extendió como un reguero de pólvora y la ordenada retirada dirigida por Cadorna pronto se convirtió en una «salvaje bacanal» de amotinamientos y saqueos. Tan sólo cuatro días después, las fuerzas austrohúngaras habían avanzado hasta el cuartel general de Cadorna situado en la localidad de Udine, abandonado por el general italiano pocas horas antes³².

³² M. MORSELLI, *Caporetto, 1917: Victory or Defeat?*, op. cit.

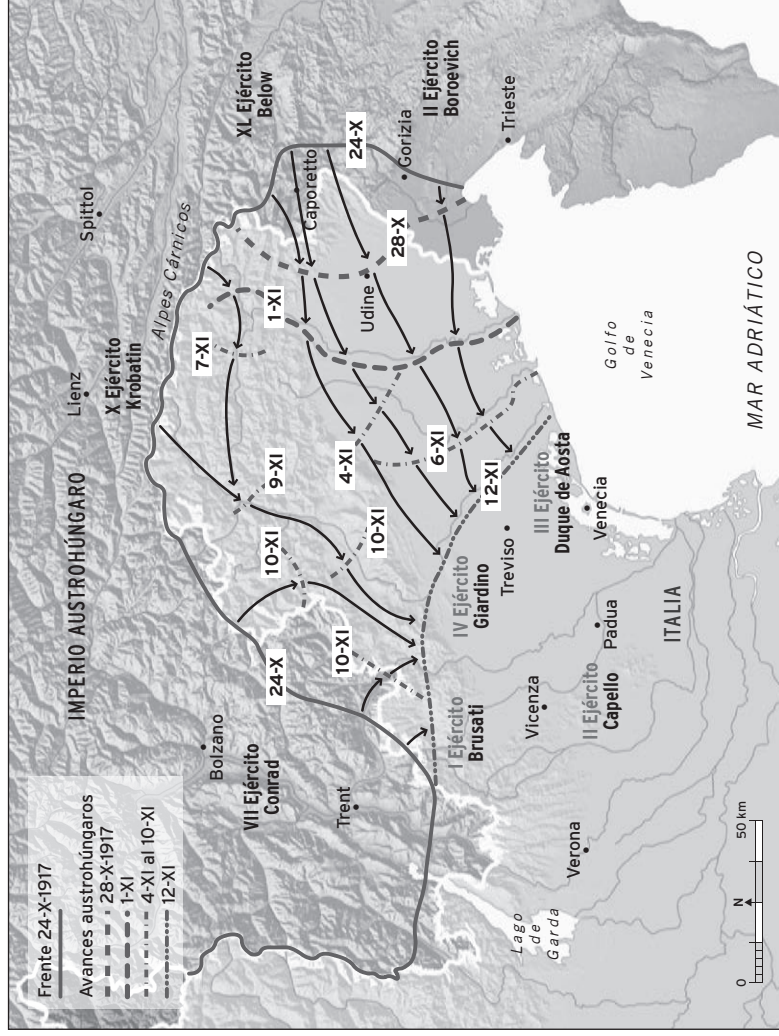
Entre las tropas del Cuerpo Alpino alemán estaba el Batallón Württemberg, bajo el mando del joven capitán Erwin Rommel, que se haría famoso en la Segunda Guerra Mundial por sus campañas en el desierto y que le valdrían el apodo de *Zorro del Desierto*. Rommel aplicó tácticas de infiltración, una maniobra con infantería que durante la Segunda Guerra Mundial repetiría con tanques, lanzando y creando profundos y estrechos pasillos entre las líneas enemigas con el objeto de destrozarse su capacidad y su voluntad de resistir, con una combinación letal de trauma material y psicológico. Lo que Rommel estaba logrando en este pequeño, pero fundamental, sector se estaba repitiendo en otros sectores. Los alemanes y los austriacos, penetrando por el escarpado valle del Isonzo, sobrepasando los puntos fuertes italianos y buscando las zonas altas, estaban creando una enorme brecha en el frente italiano de veinte kilómetros de anchura. Conforme avanzaba el XIV Ejército, amenazaba los flancos de las grandes concentraciones de tropas italianas al norte y al sur, poniendo en peligro todo el frente oriental de Cadorna.

La alarma en el alto mando italiano se vio reforzada por el pánico entre los soldados. Un oficial italiano que dudó en rendirse fue alcanzado por los tiros de sus propias tropas. Los rumores de una ruptura del enemigo socavaron la voluntad de los soldados de resistir, al igual que sucedería veintitrés años después, cuando los tanques de Rommel avanzaron sin resistencia contra el desmoralizado ejército francés tras el río Mosa. Rommel comenzó a tomar prisioneros en número creciente: primero unas docenas; después, cientos y, finalmente, un regimiento entero, de 1.500 soldados, que dudaba si rendirse ante un único oficial, Rommel, que, agitando un pañuelo blanco, logró que depusieran las armas y se dirigieran hacia él. Los italianos lo levantaron a hombros gritando «Eviva Germania»³³.

La incapacidad del XXVII Ejército italiano de presentar una resistencia efectiva fue particularmente desastrosa. Su comandante, Pietro Badoglio, se enfrentó a fuertes críticas ante la comisión que se ocupó del desastre. Sin embargo, Badoglio contaba con buenas conexiones, y las trece páginas que trataban de su participación en la desbandada fueron omitidas del informe final. Continuaría su ca-

³³ E. ROMMEL, *Infantry Attacks*, Londres, 1990, p. 221.

Duodécima batalla de Isonzo (24 de octubre a 12 de noviembre de 1917)



rrera y se convertiría en el jefe de Estado Mayor durante la Segunda Guerra Mundial³⁴.

El ejército italiano en disolución presentaba un espectáculo dramático. Por todas partes, las carreteras embarradas se encontraban atestadas de soldados desaliñados, a menudo descalzos, soldados que habían arrojado sus rifles como si la guerra hubiese terminado, moviéndose en un lento flujo junto a una horda de refugiados, unos 600.000 mujeres, hombres y niños que habían decidido abandonar sus hogares ante la llegada del enemigo, llevando con ellos todas sus posesiones en carros y carruajes. Vehículos destruidos, todo tipo de material abandonado y caballos muertos abarrotaban ambos lados de la carretera. Los ríos y cauces de agua, con gran caudal debido a las lluvias de otoño, estaban repletos de cuerpos y desechos. Lo más chocante, tal vez, era la visión de miles de heridos y de tropas con neurosis de guerra que habían escapado aterrorizados de los hospitales militares, «envueltos en sábanas, mantas y vendas, muchos semidesnudos, gritando, gesticulando en agonía, bestias salvajes»³⁵.

Cundió el desorden y, en algunos lugares, se impuso un espíritu casi de bacanal. De hecho, un observador, el escritor Curzio Malaparte, consideró que los acontecimientos de esos días constituían una versión italiana de la Revolución rusa que tuvo lugar prácticamente al mismo tiempo, con las masas revelándose de forma anárquica contra la «Italia política» de los patriotas burgueses que habían enviado a sus soldados a sufrir y a morir por la madre patria, describiendo a los soldados que vagaban por las planicies del Véneto como figuras apocalípticas surgidas de un cuadro del Bosco: saqueando, quemando, bebiendo y violando, y llevándose a hombros a las prostitutas de los burdeles del ejército «desnudas e indecentes»³⁶.

Sin embargo, esos episodios fueron, en realidad, escasos. El ambiente reinante entre los soldados en retirada era mucho más sobrio: reinaba un sentimiento de resignación frente a un terrible desastre que se escapaba de su control, como si se hubiera producido un terremoto o un corrimiento de tierras. Y se respiraba también un sentimiento de alivio al dejar atrás un mundo ajeno y sin sentido, donde

³⁴ Cfr. P. MELOGRANI, *Storia Politica della Grande Guerra, 1915-1918*, Roma, 1977, pp. 420-423.

³⁵ A. GIBELLI, *La grande guerra degli italiani, 1915-1918*, Milán, 1998, p. 272.

³⁶ C. MALAPARTE, *La rivolta del sancti maladetti*, Roma, 1923, p. 248.

los hombres morían a millares por unos pocos metros de terreno pedregoso. Otro escritor, el futurista Ardengo Soffici, describió lo que vio aquellos días: «Lo que más me sorprendió fue la calma de muchos de los soldados. Muchos permanecían tumbados al sol, con sus brazos doblados detrás de sus cabezas, sus bocas abiertas disfrutando el sueño profundo de adolescentes [...] ¿Qué eran estos hombres, desertores, rebeldes, traidores? ¿Se trataba de cobardes? No, son víctimas. Son hombres que no comprenden, que han sido engañados»³⁷.

Caporetto, epicentro del ataque, fue añadido a la lista de lugares de infausta memoria en la iconografía bélica. La asombrosa rapidez con que se desmoronó el ejército italiano ha empañado para siempre el historial de sus Fuerzas Armadas. En algunos lugares, el avance penetró más de veinte kilómetros el primer día. La resistencia italiana se derritió como la nieve. Cadorna tardó en reaccionar fijando unas nuevas líneas defensivas poco realistas. En poco tiempo, la retirada se convirtió en un caos. Las tropas huían despavoridas uniéndose a los civiles en retirada, dificultando el restablecimiento del orden.

Dos tercios de la infantería italiana eran campesinos que sufrieron el 90 por 100 de sus bajas en la que denominaban la «guerra de los *signori*», la cual libraron, en el mejor de los casos, con resignación. La resignación fue todo lo que el alto mando italiano podía pedir dada su desconfianza hacia la iniciativa. Agostino Gemelli, el experto de Cadorna en motivación para el combate, alababa el carácter que se atribuía al campesino italiano: «Bruto, ignorante y pasivo, sucumbía a la influencia de la vida militar sin rebelarse, sin resistirse»³⁸. Las tropas alabaron al papa, quien había descrito la guerra como «una matanza sin sentido» y, en algunos casos, incluso aplaudían el avance de las tropas alemanas, ya que consideraban que ello les libraría de la guerra. Las estadísticas de la derrota eran demoledoras. Los italianos perdieron cerca de 12.000 hombres, 30.000 heridos y 294.000 prisioneros. Otros 350.000 desertaron, vagando por el norte de Italia o regresando a sus hogares. Algunas unidades italianas se dirigieron a la cautividad gritando «Eviva la Austria»³⁹. El batallón del capitán Paolo Monelli se

³⁷ A. SOFFICI, *La ritirata del Friuli. Note di un ufficiale della Seconda Armata*, Florencia, 1919, p. 202.

³⁸ A. GEMELLI, *Il nostro soldato: saggi di psicologia militare*, Milán, 1917, p. 101.

³⁹ C. FALLS, *Caporetto, op. cit.*, Londres, 1966, p. 40.

vio obligado a rendirse: «Dado que no hemos comido ni bebido nada durante cuarenta horas, que no tenemos cartuchos, que somos tan pocos, el destino cierra el telón». Fue encarcelado en el castillo austriaco de Salzburgo, donde las Navidades le trajeron «un montón de tristes recuerdos»⁴⁰. Tan sólo la mitad de las 65 divisiones del ejército sobrevivieron intactas; la mitad de la artillería se había perdido (más de 3.000 cañones), así como 300.000 rifles, 3.000 ametralladoras y 1.600 vehículos de motor. Territorialmente, los italianos perdieron 14.0000 kilómetros cuadrados con un millón de habitantes⁴¹.

El episodio fue descrito con maestría narrativa por un conductor de ambulancias voluntario, Ernest Hemingway, en su obra *Adiós a las armas*. Aunque no estuvo personalmente en el lugar de los hechos (llegó en 1918), eso no resta veracidad a su narración, sin duda, una de las grandes evocaciones literarias de un desastre militar. Caporetto es más que un telón de fondo para una historia de amor, es una alegoría de la desilusión que en el mundo de Hemingway todos deben afrontar antes o después. La desertión del protagonista se convierte en un desencanto tan absoluto que lo siente como romántico, como un ideal negativo que parece más real que el patriotismo⁴².

En Italia se había considerado que la guerra serviría para unir a las masas al Estado y otorgar al país la unidad moral de la que había carecido. Caporetto puso fin a esas ilusiones y, en la atmósfera de temor y amargas recriminaciones que siguieron al desastre, la realidad de las profundas fracturas del país resultó evidente. Italia había entrado en el conflicto profundamente dividida entre intervencionistas y neutralistas y esas divisiones fueron consideradas las responsables del colapso de la moral en el frente del Isonzo.

Después de la catastrófica derrota de Caporetto, la clase política italiana se vio obligada a responder a las nuevas dimensiones de la guerra. Se realizó un enorme esfuerzo propagandístico dirigido a los soldados. El último año de la guerra alteró de forma sustancial la política italiana. En primer lugar, para elevar la moral de las tropas, el Parlamento realizó promesas a los soldados campesinos que incrementaron el coste social del conflicto. Las aspiraciones de los campe-

⁴⁰ P. MONELLI, *Toes Up*, op. cit., pp. 184-187.

⁴¹ J. KEEGAN, *The First World War*, op. cit., p. 349.

⁴² E. HEMINGWAY, *A Farewell to Arms*, Londres, 1996.

sinos de alcanzar una reforma agraria y las nuevas esperanzas de los nuevos y jóvenes oficiales burgueses de llevar a cabo transformaciones en el sistema político parecían estar al alcance de la mano. Otro acontecimiento simultáneo a Caporetto que estimuló la lucha política, y que influiría en los acontecimientos posteriores, fue la Revolución bolchevique en Rusia⁴³.

Por otro lado, los objetivos italianos en los Balcanes, Asia y África, que podían haber justificado el sufrimiento en la guerra, se vieron amenazados por el ingreso de Estados Unidos en el conflicto en abril de 1917 y por el ascenso de los nacionalismos centroeuropeos y balcánicos. Para los nacionalistas radicales italianos, que medían el éxito en términos de ganancias territoriales, los principales objetivos de la guerra se encontraban así en peligro. Por último, la Revolución bolchevique inició una nueva oleada de revueltas sociales y proporcionó un modelo radical de cambio que el Partido Socialista Italiano intentaría desde ese momento traducir a la experiencia italiana.

El desmoronamiento del ejército italiano ha permanecido siempre en el imaginario colectivo como muestra de la falta de espíritu guerrero de las fuerzas del país. Caporetto hizo un daño enorme a la imagen de los italianos como combatientes, algo ciertamente injusto, ya que hasta ese momento se habían batido con gran valor en condiciones atroces. La batalla se convirtió desde entonces en Italia en una metáfora. Los escándalos de corrupción son denominados «Caporetto moral», los políticos amenazan a sus contrincantes con un «Caporetto electoral», las derrotas contundentes en el fútbol han sido en ocasiones denominadas «Caporetto». Cuando los pequeños negocios se ven atrapados por la burocracia del Estado se habla de un «Caporetto administrativo». Se trata de algo más que de una simple derrota: involucra un sentimiento profundo de podredumbre.

Cadorna culpó a los soldados de cobardía, aunque el verdadero culpable era él, negándose a reconocer el lamentable estado del ejército italiano. Cadorna culpó también al derrotismo en la retaguardia (se habían producido numerosas huelgas en Italia) y se refería a Caporetto como una «huelga militar». Ofensivas sin sentido, oficiales

⁴³ G. PROCACCI, «The disaster of Caporetto», en J. DICKIE, J. FOOT y F. M. SNOWDEN, *Disastro: Disasters in Italy since 1860: culture, politics and society*, Londres, 2002, pp. 141-161.

cruels, órdenes absurdas y suministros erráticos habían socavado la moral italiana. Miles de soldados decidieron que la guerra había finalizado y se marcharon a sus hogares. A pesar de todo, los alemanes y los austrohúngaros no habían logrado una victoria definitiva. Aunque existía el temor generalizado de que el ejército italiano se hubiese desintegrado sin remedio, finalmente se logró restablecer el orden.

Cadorna ordenó el reagrupamiento de las fuerzas italianas tras el río Tagliamento, que aquel otoño bajaba con un caudal enorme a causa de las grandes lluvias de aquel año. Por otra parte, las Potencias Centrales no habían previsto el abastecimiento de sus hombres hasta posiciones tan avanzadas y carecían de la caballería necesaria con la que llegar hasta los puentes, y destruirlos antes de que los italianos pudieran atravesar el río. De haberlo conseguido, la derrota italiana habría sido, sin duda, absoluta. Los italianos lograron cruzar el Tagliamento el 3 de noviembre, destruyendo los puentes a su paso. La persecución continuó cuando exploradores austrohúngaros encontraron lugares por donde vadear el río. Con las fuerzas enemigas pisándoles los talones, los italianos decidieron reagruparse aún más al sur, por detrás del río Piave⁴⁴.

El 9 de noviembre, Cadorna comunicó a sus tropas que había llegado la hora de morir antes que retroceder. No cederían más terreno. Defendiendo su propio país, la moral aumentó, así como el espíritu combativo de las tropas. Los alemanes podían haber ampliado aún más la victoria de no haber sufrido problemas de abastecimiento, pues, al no imaginarse un éxito de tales proporciones, no habían previsto los camiones necesarios para el avance. La crisis desatada en el frente italiano obligó a los Aliados a ejecutar un plan desarrollado para el supuesto de que surgiera una emergencia semejante. Tan sólo tres días después de la penetración de los Imperios Centrales, los Aliados enviaron a toda velocidad a Italia seis divisiones de infantería francesas y cinco británicas con 24 baterías de artillería.

El Gobierno italiano se hartó de Cadorna, que fue reemplazado por el general Armando Diaz, mucho más sensible hacia sus soldados. Diaz mejoró sensiblemente las condiciones de la tropa, elevando su moral. Ofreció una amnistía a los soldados que «se hubieran separado de sus unidades», una fórmula brillante para que los hombres

⁴⁴ D. JORDAN, *The History of World War I. The Balkans. Italy and Africa, 1914-1918*, Londres, 2008, pp. 178 y ss.

regresaran a ellas con honor en lugar de tener que enfrentarse al castigo por desertión. Se aumentaron las raciones de cantina con comida más variada, se incrementó la paga, los permisos anuales pasaron de quince a veinticinco días y los más veteranos podían tener más tiempo para trabajar sus campos. Se otorgaron seguros gratuitos de salud y por fallecimiento. Díaz aplicó también una estricta disciplina, aunque se prohibió la práctica de diezmar las unidades. Asimismo, condecoró a los hombres que habían luchado con bravura, apoyó la concesión a las tropas del derecho al voto y patrocinó el establecimiento de programas gubernamentales que proporcionaran seguridad y tierra a los veteranos tras la guerra⁴⁵.

Díaz manejó la situación en el frente italiano con firmeza y estableció una sólida línea defensiva con base en el río Piave y el estratégico terreno elevado del monte Grappa. Desde las nuevas posiciones, los italianos y sus aliados lograron rechazar los ataques de los Imperios Centrales en diciembre, y la ofensiva finalizó el día de Navidad. Aunque a costa de terribles pérdidas, se había logrado detener al enemigo y las importantes localidades de Venecia y Padua permanecieron en manos italianas. Se formaron grupos especiales de comandos —los *Arditi*— para llevar a cabo operaciones especiales. Con el tiempo, se convertirían en los héroes militares del país y lograrían un destacado papel en la Italia de la posguerra⁴⁶. Asimismo, es preciso destacar los 140.000 nuevos oficiales que surgieron durante la guerra y que provenían, en gran parte, de las clases medias italianas. Muchos de ellos, con independencia de su actitud ante la guerra, desarrollaron un fuerte sentido de camaradería y una gran identificación con el esfuerzo bélico y con los objetivos expansionistas del conflicto, así como una gran desconfianza hacia los políticos italianos, sentimientos que tendrían profundas consecuencias en la posguerra. Para los soldados resultó muy difícil regresar a la tradicional vida civil: muchos veteranos sentían un amargo sentimiento de rechazo, de no pertenecer a la vieja Italia⁴⁷.

⁴⁵ M. THOMPSON, *The White War*, op. cit., pp. 328 y ss.

⁴⁶ B. R. SULLIVAN, «Caporetto: Causes, Recovery and Consequences», en G. J. ANDREOPOULOS y H. E. SELESKY (eds.), *The Aftermath of Defeat: Societies, Armed Forces and the Challenge of Recovery*, New Haven, 1994, pp. 71 y ss.

⁴⁷ El papel de los veteranos en la Italia de posguerra en G. SABBATUCCI, *I combattenti nel primo dopoguerra*, Bari, 1974.

Al final, el ejército italiano había sufrido en Caporetto una terrible derrota, pero había sobrevivido y todavía desempeñaría un papel decisivo en la victoria final. El ejército italiano, como el francés, no reanudaría la ofensiva hasta el año siguiente. Cuando lo hizo sería en compañía de un contingente extranjero más sólido, en gran parte británico. Caporetto, una de las pocas victorias claras de la Gran Guerra, supuso un triunfo para los alemanes, una reivindicación de las cualidades militares de su tambaleante aliado austriaco y una terrible derrota para los Aliados tras un terrible año que había supuesto una serie de reveses para su causa.

Para los Aliados, la derrota de Caporetto tuvo efectos positivos, pues dio paso a cierta cooperación formal. En noviembre, Lloyd George convocó una reunión en la ciudad italiana de Rapallo para discutir la formación de un organismo conjunto. El Consejo Supremo de la Guerra se compuso de representantes militares y políticos que se reunían de forma regular para tratar cuestiones de interés común y para formular estrategias. Estaba integrado por diversos comités encargados de los recursos económicos, los alimentos, el transporte, las municiones y la guerra naval. Los líderes aliados, que hasta entonces habían mostrado tanta desconfianza entre ellos como hacia el enemigo, se vieron, al menos, obligados a reunirse. El Consejo sirvió como alternativa a los Estados Mayores británico y francés, en los que ni Clemenceau ni Lloyd George confiaban lo más mínimo.

Hacia finales de verano de 1918, resultaba evidente que el Imperio austrohúngaro se desmoronaba y que, con tal cantidad de tropas alemanas destinadas en el frente occidental, no existía posibilidad de enviar refuerzos a los austriacos. Sin embargo, Díaz seguía dudando si atacar. Orlando le presionó para que lo hiciera, ya que necesitaba desesperadamente una victoria para fortalecer su posición negociadora en la futura Conferencia de Paz. También lo hicieron los británicos y los franceses, que consideraban que ya era posible una ruptura del frente. A principios de octubre, Díaz otorgó finalmente su consentimiento y, tres semanas más tarde, se lanzó la ofensiva en el monte Grappa, seguida de un avance a través del río Piave. Tras superar cierta resistencia inicial, el 30 de octubre las fuerzas italianas entraban en la ciudad de Vittorio Veneto, dividiendo al ejército austriaco en dos y proclamando la victoria. La localidad de Trento fue tomada

el 3 de noviembre y tropas italianas desembarcaron en Trieste. La retirada austriaca pronto degeneró en una huida generalizada⁴⁸.

Aunque desempeñaron un papel menor, las fuerzas aéreas italianas y la marina cosecharon más éxitos que el ejército de tierra. Las primeras operaciones marítimas se produjeron en 1915, cuando la marina italiana rescató con éxito y trasladó a 260.000 serbios y refugiados a través del Adriático. La limitada fuerza aérea italiana, el Corpo Aeronautico Militare, consiguió algunos éxitos destacados contra los austriacos. El «as» Francesco Baracca, se convirtió en una leyenda al destruir 34 aparatos enemigos. La fuerza aérea tuvo un papel destacado en la victoria final sobre los austriacos en Vittorio Veneto.

El balance de la guerra para Italia fue devastador. El país había movilizado a 5.230.000 hombres, lo que representaba el 14,4 por 100 de la población total. Al final del conflicto había sufrido 650.000 muertos (Mussolini hablaría siempre de los «600.000 martiri»), 947.000 heridos y 600.000 desaparecidos. Los muertos italianos equivalían aproximadamente al 10,3 por 100 de los hombres movilizados (en Francia fueron el 16,8 por 100; en Alemania, el 15,4 por 100 y en Serbia un 37 por 100). Más de 100.000 prisioneros no regresaron nunca a Italia. Su mortalidad en los campos de prisioneros austriacos alcanzó el 20 por 100. El noroeste del país quedó devastado a lo largo de la frontera austriaca. A esas cifras había que añadir la carga que supuso para el Estado el enorme número de mutilados e incapacitados para el trabajo. La demoledora epidemia de gripe de 1919 añadió alrededor de 400.000 víctimas.

El coste financiero de mantener a las tropas fue enorme para el Tesoro italiano. De los 2.300 millones de liras que había costado la guerra en el primer año, se pasó a los 20.600 millones en 1918. Se habían prestado enormes sumas de dinero que fueron insuficientes para costear la guerra y el Gobierno recurrió a la emisión de moneda. El efecto no se hizo esperar: la inflación se disparó y los precios se cuadruplicaron durante los años de guerra. La inflación destruyó los ahorros golpeando especialmente a la clase media. El poder adquisitivo de los salarios cayó hasta un 25 por 100 entre 1915 y 1918⁴⁹. Los miles de soldados que se habían rendido a los austriacos, y los que habían

⁴⁸ D. JORDAN, *The History of World War I*, op. cit., pp. 213 y ss.

⁴⁹ J. DUNNAGE, *Twentieth-century Italy: A social history*, Londres, 2002.

huido deseando que llegase el fin de la guerra, eran el equivalente italiano de los campesinos rusos a los que Lenin había prometido paz a cualquier precio, impulsando a los bolcheviques al poder, aunque Italia finalmente no compartió el destino del Imperio zarista⁵⁰. El período desde el final de la guerra hasta finales de 1920 es denominado en la historiografía italiana *bienio rosso*. Se ha debatido mucho sobre si las circunstancias existentes en Italia en esos momentos eran similares a las que existían antes de la Revolución rusa y por qué de la crisis emergió el fascismo italiano en vez de una nueva Unión Soviética a orillas del Mediterráneo.

Por el contrario, los industriales obtuvieron beneficios, en especial las industrias relacionadas con el esfuerzo bélico. Las grandes compañías, como Pirelli y la química Montecatini, obtuvieron enormes beneficios al tiempo que la empresa Fiat (Fabbrica Italiana Automobili Torino) se expandía hasta convertirse en la mayor fábrica de automóviles de Europa en 1918. Su fuerza laboral pasó de 4.300 trabajadores en 1914 a más de 40.000 al final de la guerra. Del mismo modo, la fábrica Alfa Romeo pasó de 200 a 4.130 empleados. Hacia 1918, Italia contaba con más artillería pesada en el campo de batalla que Gran Bretaña, y la industria aeronáutica llegó a producir cerca de 6.500 aviones en 1918, proporcionando trabajo a unas 100.000 personas. Sin embargo, el fin del conflicto supuso el fin de aquellos beneficios⁵¹.

Estados Unidos entra en escena

Apenas dos meses antes de que Estados Unidos declarase la guerra a Alemania el 6 de abril de 1917, ni el pueblo ni el Congreso norteamericano mostraban entusiasmo hacia la intervención ni deseos de que el presidente Wilson la propusiese. Durante 1916, la entrada de Estados Unidos del lado de los Aliados parecía remota. Es cierto

⁵⁰ 530.000 italianos se rindieron durante la guerra, número casi igual al de los 578.000 muertos. El ejército francés perdió 446.300 prisioneros y tuvo 1.398.000 bajas. Véase G. PROCACCI, *Soldati e prigionieri italiani nella Grande Guerra: con una raccolta di lettere inedite*, Roma, 1939.

⁵¹ V. ZAMAGNI, *The Economic History of Italy, 1860-1990*, Oxford, 1993, pp. 219-221.

que tras el hundimiento de buques como el *Lusitania* el Gobierno norteamericano había entrado en una fase de enfrentamiento permanente con Alemania debido a la guerra submarina y a las simpatías del presidente hacia los Aliados. Sin embargo, las exportaciones norteamericanas a los Aliados se encontraban en entredicho debido a que éstos parecían estar llegando al límite de su capacidad para pagarlas. Las elecciones presidenciales de noviembre de 1916 tampoco ofrecían signos favorables hacia la beligerancia. Los republicanos eligieron a Charles Evans Hughes como candidato en vez de a Theodore Roosevelt, en parte debido a que este último era uno de los pocos que abogaba firmemente por la intervención. Wilson acusaba a Hughes de belicista y los demócratas proyectaron al presidente como el hombre que los mantuvo fuera de la guerra⁵².

Sin embargo, la diplomacia de Wilson se centraba en tres asuntos interrelacionados: el comercio y los préstamos de guerra, el bloqueo y los submarinos y su deseo de mediar. Sus intentos de mediación le obligaron a elaborar su visión de un acuerdo de paz y disminuyeron su deseo de intervenir. Desde el inicio de las hostilidades, Wilson había contemplado la creación de una organización internacional de seguridad colectiva. En un discurso en mayo de 1916 ante grupos de presión favorables a ese objetivo, declaró su firme intención de establecer dicha organización y de asegurar la pertenencia americana. Además de la creación de la Sociedad de Naciones, defendía el ideal de una paz democrática basada en el consentimiento de los pueblos, la autodeterminación nacional y la libertad de los mares⁵³.

La política de Wilson se modificó, en gran parte, en respuesta a las acciones alemanas, en particular por la reanudación de la guerra submarina sin restricciones y con el envío del famoso «telegrama Zimmermann». Sin estos dos acontecimientos, Estados Unidos probablemente se habría mantenido fuera de la guerra y el conflicto hubiese finalizado bajo condiciones mucho más favorables para las Potencias Centrales, teniendo en cuenta que Rusia se hubiese hundido de to-

⁵² J. M. COOPER, *The warrior and the priest: Woodrow Wilson and Theodore Roosevelt*, Cambridge, 1983, pp. 307-308.

⁵³ La imagen de Wilson como un idealista que se vio forzado a entrar en la guerra en A. S. LINK, *Wilson the Diplomatist*, Baltimore, 1957, y L. E. AMBROSIUS, *Wilsonian Statecraft: The theory and practice of Liberal Internationalism during World War I*, Wilmington, 1991.

das maneras y de que Gran Bretaña y Francia eran demasiado débiles para vencer solas.

La marina alemana deseaba que se estableciese, casi sin advertencia, una zona de guerra alrededor de las islas británicas para aumentar el efecto sorpresa y para atemorizar a los buques neutrales. Wilson se mostró desconcertado por la noticia, que llegaba en un momento en el que él pensaba que estaba realizando progresos hacia la paz⁵⁴. En esa coyuntura, Arthur Zimmermann (el nuevo ministro de Asuntos Exteriores alemán) envió un telegrama el 16 de enero a su embajador en Washington, el conde Bernstorff, para que, a su vez, lo reenviara al ministro alemán en la Ciudad de México, Heinrich von Eckardt. Si Estados Unidos entraba la guerra, Eckardt estaba en condiciones de ofrecer a México una alianza por la cual los dos países lucharían juntos. Alemania proporcionaría ayuda financiera y permitiría que México recuperase el territorio perdido con Estados Unidos tras la guerra de 1846. Eckardt debía también motivar al presidente mexicano, Venustiano Carranza, para que invitase a Japón a cambiar de bando.

El documento fue transmitido en código diplomático alemán por tres rutas distintas. La primera fue a través de un mensaje telegráfico desde Alemania a una estación receptora en Long Island que los norteamericanos habían permitido que permaneciese abierta. La segunda fue a través del Ministerio de Asuntos Exteriores sueco, que permitía que los telegramas alemanes fueran enviados por medio de sus cables a sus representantes en norteamérica. La tercera fue a través del propio servicio de cable norteamericano entre su embajada en Berlín y el Departamento de Estado, una puerta que Wilson había dejado abierta a los alemanes por si fructificaban sus intentos de mediación. La inteligencia naval en Londres interceptó el mensaje en las tres rutas, dado que los cables suecos y norteamericanos tomaban tierra en Gran Bretaña. Además, los británicos poseían el libro de códigos alemán que habían capturado en 1915 en el equipaje de Wassmuss, un agente alemán en Persia. Finalmente, uno de sus agentes logró robar una copia en México por si era necesario asegurar la

⁵⁴ Sobre la transición de la neutralidad a la intervención, véase E. R. MAY, *The World War and American Isolation, 1914-17*, Cambridge, 1959, y R. H. FERRELL, *Woodrow Wilson and World War I*, Nueva York, 1985.

autenticidad del texto sin admitir que se habían interceptado comunicaciones por cable neutrales.

El director de la inteligencia naval, Reginald Hall, acordó con la embajada norteamericana en Londres que Balfour, un antiguo primer ministro en el que los norteamericanos confiaban, presentaría el documento personalmente al embajador norteamericano. Wilson nunca dudó de su autenticidad y decidió que debía ser publicado. Fue trasladado a la prensa, que lo publicó el 1 de marzo⁵⁵.

El embajador alemán en Estados Unidos, el conde Johan von Bernstorff, proclamó que el telegrama era falso, un burdo complot británico para que Estados Unidos ingresase en la guerra. Sin embargo, su reputación se había visto empañada por su estilo de vida libertino. Sus fotos rodeado de mujeres aparecieron en la prensa y eso socavó su influencia tanto en Estados Unidos como en Alemania. En un giro imprevisto, Zimmermann confirmó la autenticidad de su telegrama el 3 de marzo, y lo repitió en un discurso el 29 de dicho mes. Por su parte, el débil Gobierno mexicano, sumido en una revolución, no deseaba añadir más problemas a un país aquejado de graves problemas sociales y económicos. Alemania había perdido la guerra diplomática⁵⁶.

El episodio reforzó la convicción del presidente Wilson de que ya no era posible confiar en los gobernantes de Alemania. Sin embargo, la principal consecuencia del telegrama fue que, tras su publicación, amplios sectores de la prensa norteamericana favorecían por vez primera la intervención. Tras el hundimiento del *Lusitania*, Wilson se había percatado de que los norteamericanos albergaban un doble deseo: que fueran defendidos sus intereses nacionales y, al mismo tiempo, evitar que se tomaran medidas que pudiesen llevar a la guerra. La opinión pública norteamericana estaba dividida por motivos étnicos, políticos y geográficos. Las simpatías a favor de los Aliados y los sentimientos contrarios a Alemania por la guerra submarina, eran más fuertes en la costa este. El apoyo a la neutralidad era más fuerte en el interior, en particular en el medio Oeste, donde se concentraban los norteamericanos de origen alemán, de los cuales tan sólo una minoría favorecía la intervención al lado de las Potencias Centrales. En 1910, de una po-

⁵⁵ C. M. ANDREW, *Secret Service: The making of the British Intelligence Community*, Londres, 1985.

⁵⁶ Un relato pormenorizado en B. W. TUCHMAN, *The Zimmermann Telegram*, Nueva York, 1994.

blación norteamericana de 92 millones, 2,5 habían nacido en Alemania y 5,78 tenían al menos uno de los progenitores de origen alemán. En Estados Unidos se publicaban en 1917 numerosos periódicos y diarios en alemán y los norteamericanos de origen alemán eran el grupo étnico más numeroso en ciudades destacadas como Baltimore, Pittsburgh, Chicago, Detroit, Los Ángeles y San Francisco⁵⁷.

El 20 de marzo, tras consultar a su gabinete, Wilson se inclinó por la guerra. Aunque había obtenido la reelección en 1916 bajo el eslogan «Él nos mantuvo al margen de la guerra», confió en que, con un segundo mandato asegurado, podía modificar su posición y el 2 de abril solicitaba al Congreso la declaración de guerra a Alemania. Los acontecimientos le habían convencido de que era preciso que la autocracia de los Hohenzollern fuese derrotada. Sin embargo, siguió estando comprometido con una paz sobre principios liberales, algo que los Aliados rechazaban de plano. «El derecho es más precioso que la paz, y nosotros lucharemos por las cosas que siempre hemos guardado con mayor celo en nuestros corazones, por la democracia, por el derecho de aquellos que se someten a la autoridad para tener voz en sus propios Gobiernos, por los derechos y libertades de las pequeñas naciones, por la supremacía universal del derecho mediante un concierto de pueblos libres que aporte paz y seguridad a todas las naciones»⁵⁸. Sin embargo, el mensaje de guerra de Wilson contemplaba asistencia sustancial, pero no total: Estados Unidos proporcionaría más suministros, extendería préstamos, construiría la marina y reclutaría a medio millón de hombres. Lo que subyacía era que los aliados de Estados Unidos llevarían el peso de la lucha, algo similar al papel desempeñado por Gran Bretaña en 1914⁵⁹.

Sin embargo, a diferencia de Gran Bretaña, Estados Unidos se limitó a declarar la guerra a Alemania en vez de a las otras Potencias Centrales. Intervenía como una potencia asociada, celosa de su independencia, que se reservaba el derecho de concluir una paz separada.

⁵⁷ Véase F. C. LUEBKE, *Bonds of Loyalty: German Americans and World War I*, Dekalb, 1974.

⁵⁸ J. WHITECLAY CHAMBERS (ed.), *The Eagle and the Dove: The American Peace Movement and United States Foreign Policy, 1900-1922*, Nueva York, 1991, pp. 113-114.

⁵⁹ P. A. DEVLIN, *Too Proud to Fight: Woodrow Wilson's Neutrality*, Londres, 1974, cap. 19.

Ingresó en la guerra, no para salvar a los Aliados de la derrota, sino para socavar la potencia alemana y moderar el posible tratado de paz. Sin embargo, Wilson y su Gobierno, al igual que habían hecho los británicos antes, habían subestimado a Alemania y sobrestimado a Rusia y a Francia. Estados Unidos se vería involucrado de forma más profunda de lo que habían anticipado sus gobernantes hasta que las Potencias Centrales finalmente sucumbieron en 1918 y Wilson pudo regresar a su plan original.

En realidad, la fortaleza de Estados Unidos en abril de 1917 era más potencial que real. Su ejército regular era reducido (130.000 hombres), estaba mal equipado y apenas tenía experiencia en la guerra moderna. Ni siquiera los oficiales se hacían idea de lo que les esperaba, tal y como sugieren los consejos que se impartieron en el campo de entrenamiento de Plattsburg: «Lleven un par de zapatillas o chanclas. Serán un complemento perfecto tras un día de largas marchas o de duro trabajo. Un traje de baño completo también es muy aconsejable»⁶⁰. A pesar de todo, la llegada de la Fuerza Expedicionaria Americana supuso un gran apoyo moral para los agotados civiles franceses y para las tropas aliadas en Francia. La descripción de la enfermera británica Vera Brittain demuestra la sensación de alivio que sintieron muchos:

«Me dirigí con el resto a contemplar la entrada física de Estados Unidos en la guerra, tan grandiosos, como dioses, tan espléndidos y sin defectos comparados con los agotados y nerviosos soldados del ejército británico. ¡Así que éstos eran nuestros libertadores, al fin, marchando por el camino de Camiers bajo el sol primaveral! Parecía haber cientos de ellos, y, en su orgulloso pavoneo, resultaban como un poderoso bastión ante el peligro que asomaba desde Amiens»⁶¹.

Cambrai

A pesar de las fuertes pérdidas sufridas en Passchendaele, Haig seguía convencido de que Gran Bretaña tenía posibilidades de ganar la guerra en 1917. La sangría de las últimas ofensivas impedía otro ata-

⁶⁰ J. COOKE, «The American Soldier in France», en H. CECIL *et al.*, *Facing Armageddon*, *op. cit.*, p. 246.

⁶¹ V. BRITAIN, *Testament of Youth*, *op. cit.*, p. 298.

que a gran escala de la infantería, así que Haig se enfrentaba al dilema provocado por su deseo de reanudar la ofensiva y a la escasez de hombres para llevarla a cabo. Sin embargo, dos hombres pensaron que habían encontrado la solución al problema. El primero era Hugh Elles, que había formado parte de un grupo encargado de recorrer el frente occidental e informar de las condiciones reinantes. Cuando regresó a Inglaterra, se convirtió en el oficial de enlace de Haig con el grupo que perfeccionaba los carros de combate. Fue ascendido a general de brigada y nombrado jefe del Cuerpo de Carros de Combate.

La necesidad de un vehículo que pudiese atravesar la tierra de nadie, y que combinase movimiento y potencia de fuego, era evidente desde el inicio del conflicto. Su máximo defensor fue el coronel Ernest Swinton. Hacia febrero de 1915, Churchill se había interesado lo suficiente sobre el tema como para formar un comité que concluyó que las orugas eran superiores a las ruedas. La idea cristalizó en máquinas equipadas con orugas y blindaje para la tripulación. El nuevo ingenio fue bautizado como «tanque», un camuflaje verbal, ya que parecían tanques de agua cuando fueron transportados al frente. La desconfianza entre británicos y franceses llevó a la creación de modelos diferentes, de forma independiente y sin compartir los avances tecnológicos. El Mark I británico, utilizado por vez primera en el Somme, pesaba 28 toneladas y contaba con una tripulación de ocho hombres. Tenía una velocidad máxima de seis kilómetros por hora sobre terreno liso y firme, una superficie que no abundaba en el frente occidental. En el bando francés, el coronel Jean Estienne persuadió al alto mando para iniciar un programa de tanques. Por su parte, los alemanes, que se convertirían en los líderes de la guerra acorazada dos décadas después, construyeron tan sólo veinte tanques durante la Gran Guerra⁶².

Aunque los ingenieros lograron desarrollar diversos modelos, los oficiales mantenían divergencias sobre cómo debían ser utilizados. Swinton deseaba tanques que apoyasen a la infantería, proponía concentrarlos todos y utilizarlos por sorpresa, para romper el frente y conseguir la infiltración de la infantería. Por su parte, Elles defendía que los tanques debían tener un papel independiente de la

⁶² T. PIDGEON, *Tanks on the Somme: From Morval to Beaumont Hamel*, Londres, 2010.

infantería. De hecho, consideraba que todo el ejército debía estar mecanizado. Entre los Aliados los tanques eran también considerados de forma diferente. Los británicos los imaginaban como «caballos de acero», mientras que los franceses los veían como «artillería transportable»⁶³.

El segundo hombre que pensaba poder cambiar la balanza en el frente occidental era J. F. C. Fuller, que desarrolló ideas para agrupar 3.000 tanques con el apoyo de grandes cantidades de aviones, ideas que cristalizaron en el denominado Plan 19. La idea de Fuller era ganar la guerra combatiendo con máquinas y no con hombres. Esa idea fue adoptada por el comandante del III Ejército, Julian Byng, y la perfeccionó para una ofensiva a gran escala. El plan era utilizar los tanques para abrir una brecha de nueve kilómetros en el terreno firme de Cambrai. Esta localidad había permanecido relativamente tranquila durante el conflicto y los alemanes contaban con seis divisiones de infantería en la zona. Por su parte, los británicos concentraron diecinueve divisiones de infantería y cinco de caballería, además de 400 tanques. Los mismos fueron concentrados en los bosques de la zona intentando ocultar sus movimientos. Los aviones británicos sobrevolaron el área para disimular el ruido de los motores de los tanques.

La batalla de Cambrai, que tuvo lugar entre el 20 de noviembre y el 7 de diciembre, es recordada en general por los tanques, pero, de hecho, la artillería fue probablemente la razón principal del éxito inicial. Como señaló el propio Fuller en febrero de 1917: «Hay que recordar que la cortina de fuego móvil será siempre más efectiva que los tanques y que éstos no pretenden, en forma alguna, sustituir esa cortina, sino complementarla cuando deje de ser efectiva»⁶⁴. Los avances en la artillería habían permitido que los ataques sorpresa fueran de nuevo posible gracias al «registro silencioso». Mapas mejorados, análisis más detallados de la información meteorológica (la velocidad del viento podía modificar la trayectoria del disparo) y el calibrado de las baterías individuales hacían posible llevar a cabo una cortina artillera de apoyo tan pronto como los hombres hubiesen saltado de las trincheras sin necesidad de disparos previos para determinar el alcance. La idea de un ataque por sorpresa parece ha-

⁶³ S. C. TUCKER, *The Great War, 1914-18, op. cit.*, p. 111.

⁶⁴ J. P. HARRIS, *Men, Ideas and Tanks*, Manchester, 1995, p. 89.

ber emanado del oficial, H. H. Tudor, comandante de artillería en el III Ejército. El concepto se amplió tras un estudio conjunto con Elles. Mientras unos tanques se dedicarían a aplastar las alambradas, otros lanzarían montones de madera sobre las trincheras enemigas para permitir que la infantería las atravesase⁶⁵.

En realidad, lo que comenzó como una gran ofensiva, se convirtió en un ataque circunscrito a tan sólo diez kilómetros de frente con cinco divisiones de infantería y 476 tanques (216 en el ataque inicial), en gran parte el modelo Mark IV, que contaba con mejor blindaje y era más fiable que el Mark I utilizado en el Somme. Aunque algunos prisioneros habían alertado a los alemanes del ataque, éstos no supieron prever lo que se avecinaba: un bombardeo sorpresa por parte de casi mil piezas de artillería, seguido por un ataque aéreo y el avance de la infantería y los tanques tras un devastador fuego artillero. Hacia las nueve de la mañana, la brecha en el frente era de ocho kilómetros de ancho. El escritor Ernst Junger describió la tensión de la batalla de Cambrai en la que había participado:

«Estallidos de truenos nos mostraron nuestro camino. Tras los rifles y las ametralladoras, cientos de ojos estaban a la espera. Estábamos ya lejos de nuestras propias líneas. Por todas partes los disparos silbaban alrededor de nuestros cascos de acero, o estallaban con un sonido seco al borde de nuestra trinchera [...]. Entonces nos lanzamos adelante. El intercambio de granadas le recuerda uno a la esgrima, tienes que efectuarlo como un ballet. Es el más mortífero de los desafíos y sólo finaliza cuando uno de los oponentes sale volando por los aires»⁶⁶.

Sin embargo, Cambrai finalizó en otro fiasco para los Aliados, o, en el mejor de los casos, en un empate, con 44.000 bajas británicas y 51.000 alemanas y con una posición final situada en algunos casos tras la línea de partida. Los tanques seguían siendo lentos, poco fiables y vulnerables al fuego de artillería. Unos 179 se perdieron, de los cuales 71 fueron debidos a fallos mecánicos y 65 a la acción del enemigo y, tras el primer día, lograron un impacto mucho me-

⁶⁵ B. HAMMOND, *Cambrai, 1917*, Londres, 2007.

⁶⁶ T. NEVIN, «Ernst Junger: Storm Trooper and Chronicler», en H. CECIL *et al.*, *Facing Armageddon*, *op. cit.*, p. 271.

nor. El día 20, los británicos avanzaron hasta diez kilómetros, capturando más de 4.000 prisioneros y 100 cañones, pero los días más cortos de noviembre les dejaron poco tiempo para consolidar sus nuevas posiciones y Ludendorff envió siete nuevas divisiones en veinticuatro horas. Tras dos días, el avance finalmente fue detenido y el Gobierno, decidido a limitar la acción, alertó de que no enviaría más refuerzos. Como de costumbre, Haig ordenó nuevos ataques con el objetivo de alcanzar el terreno elevado alrededor del bosque de Bourlon.

Fuller reconocería más tarde que había cometido un grave error al no dejar ningún tanque en la reserva. Así, los británicos no contaron con medios suficientes para continuar la batalla en condiciones favorables. Por su parte, Haig se mostró obsesionado por vencer en Cambrai y reafirmar su posición política frente a Lloyd George. Haig sabía que el primer ministro no sólo quería destituirlo, sino que también deseaba permanecer a la defensiva en el frente occidental y volver a concentrar las ofensivas británicas en otros lugares⁶⁷.

Sin embargo, y a diferencia de batallas precedentes, Cambrai finalizó con un devastador contraataque alemán al mando del general Georg von der Marwitz, el 30 de noviembre, con veinte divisiones, que constituyó la mayor ofensiva alemana contra los británicos desde 1915. Logró un efecto sorpresa absoluto que llegó, además, en un momento en el que los británicos suponían que todas las operaciones habían finalizado, por lo que estaban reduciendo su guarnición del recién creado saliente. Aunque el III Ejército logró escapar a una línea más defendible, el resultado fue tremendamente decepcionante para el Gobierno británico, que, por primera vez en la guerra, había ordenado que las campanas de las iglesias repicaran en conmemoración por la victoria. Los tanques, la superioridad aérea y el registro silencioso habían restaurado la posibilidad de la sorpresa, pero la velocidad de los refuerzos alemanes evitaba todavía campañas en campo abierto.

Haig, a quien Fuller consideraba un estúpido, apreciaba la relevancia de los tanques en tanto que complemento de la infantería, pero fue incapaz de percibir lo ocurrido en Cambrai como un hito en las operaciones militares. Fuller concluyó: «No habrá ningún cambio

⁶⁷ M. S. NEIBERG, *La Gran Guerra*, op. cit., p. 266.

a mejor en el ejército británico hasta que no llegue un nuevo cerebro como comandante en jefe»⁶⁸.

A pesar de un inicio tan poco prometedor, los tanques desempeñarían un papel destacado en el avance final de los Aliados. Los australianos perfeccionaron la coordinación con la infantería. Sin embargo, los tanques de la primera guerra eran demasiado lentos y frágiles como para ser más que un mero apoyo para la infantería. Era una idea que precisaba aún de mayor desarrollo y no fueron la solución para el empate de las trincheras. Su momento llegaría durante la Segunda Guerra Mundial.

Revolución en Rusia

La amenaza de revolución no era nueva en Rusia y, desde finales del siglo XIX y principios del XX, habían aparecido numerosos grupos radicales, entre los cuales destacaban los Populistas, los Octubristas, los Socialrevolucionarios y los Socialdemócratas, partido consagrado a las tesis comunistas de Karl Marx. En 1903, las diferencias en el seno de este partido habían provocado la escisión entre bolcheviques y mencheviques. Los bolcheviques estaban dirigidos por Vladimir Ilych Ulyanov, *Lenin*. En 1905, tras la victoria rusa sobre Japón, Rusia se encontró al borde la revolución, evitada *in extremis* por las concesiones del zar Nicolás de constituir una Duma, un órgano democrático. Sin embargo, el zar siguió gobernando como un autócrata. Cuando Rusia entró en guerra en 1914, el país entero fue tomado por una oleada de fervor patriótico y parecía que el zar había logrado el firme apoyo de su pueblo. Sin embargo, hacia 1917 el entusiasmo popular se había desvanecido. Un informe de un oficial destinado en Petrogrado y fechado en noviembre de 1916 señalaba: «Uno no puede sino percatarse de que en las cartas enviadas por el ejército, así como, sobre todo, en las recibidas en el frente de los hogares, el descontento suscitado por la situación política interna del país está aumentando»⁶⁹.

⁶⁸ Citado en T. TRAVERS, *How the War was won: Command and Technology in the British Army on the Western Front, 1917-1918*, Londres, 1992, p. 45.

⁶⁹ I. DAVIDIAN, «The Russian Soldier's Morale from the evidence of Tsarist military censorship», en H. CECIL *et al.*, *Facing Armageddon*, *op. cit.*, p. 432, y M. FE-

Como tantos otros acontecimientos históricos, el final de los Romanov se produjo a través de un largo proceso con una conclusión fulminante. La «revolución de febrero» tuvo lugar, de acuerdo con el calendario occidental, en marzo, y consistió en una secuencia de desafíos interrelacionados a la autoridad zarista. El primero fue una oleada de manifestaciones y huelgas en la capital entre el 23 de febrero y el 8 de marzo. El segundo fue el motín de la guarnición de Petrogrado, del 27 de febrero al 12 de marzo, que se convirtió en una insurrección que tomó el control de la ciudad. El tercero fue la formación, a partir del 27 de febrero, de dos centros de autoridad en competencia entre sí: el sóviet de Petrogrado, liderado por socialistas revolucionarios, y el Gobierno provisional de los políticos de la Duma. Finalmente, del 2 al 15 de marzo, bajo la presión de la Duma y del ejército, Nicolás abdicó y Rusia se convirtió en una república⁷⁰.

En 1917 Rusia se enfrentaba a graves problemas, aunque el zar no parecía ser plenamente consciente de ello. Hacia 1916 la producción rusa era al menos adecuada para sus necesidades bélicas. En septiembre estaba produciendo ya ocho millones de proyectiles al mes, comparados con los siete millones de Alemania o el millón de Austria-Hungría. Rusia había logrado una de las más espectaculares y brillantes ofensivas de la guerra bajo el mando de Brusilov. Eran datos que invitaban al optimismo. Incluso un observador agudo de la realidad como Lenin apuntaba en una conferencia ante estudiantes suizos en la localidad de Berna el 22 de enero de 1917: «Vosotros, los de la vieja generación, no viviréis para ver las batallas decisivas de la próxima revolución. Sin embargo, yo creo poder expresar la confianza de que la juventud que está trabajando tan magníficamente en el movimiento socialista en Suiza, y en todo el mundo, tendrá la fortuna no solo de luchar, sino de vencer en la próxima revolución proletaria». Lenin se equivocaba en ambos puntos. Rusia tendría una revolución espontánea y los estudiantes suizos a los que se dirigía nunca sentirían el fervor revolucionario.

El zar era consciente de que se habían producido desastres militares en 1915, pero en términos estratégicos no habían sido demasiado

RRO, «The Russian Soldier in 1917: Patriotic, Undisciplined and Revolutionary», *Slavic Review*, núm. 30, 1971, pp. 483-451.

⁷⁰ O. FIGES, *La Revolución Rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo*, Barcelona, 2008, pp. 387 y ss.

costosos. La línea del frente se había acortado y estabilizado. Desde la distante Stavka la situación parecía favorable, pero ésta se encontraba muy alejada de la realidad. Políticamente, el apoyo al régimen se había evaporado, y con un zar alejado del centro del poder, el régimen era dirigido por su mujer, de origen alemán, sobre quien cayeron sospechas de traición. Las sospechas aumentaron por su relación con Rasputín, personaje estrambótico en el que ésta confiaba. La guerra aumentó la vulnerabilidad del régimen ruso, ya que el pueblo había aplaudido las victorias pero no toleró las derrotas. La legitimidad del régimen era muy precaria y su supervivencia dependía de los logros tangibles que pudiera obtener a corto plazo⁷¹.

El monje Rasputín había logrado penetrar los círculos de la corte a pesar del desprecio que sentía el zar hacia él, gracias a su habilidad para ayudar al hemofílico heredero a la corona. Rasputín tenía un poder absoluto sobre la zarina. La idea de que un simple campesino pudiese ascender hasta lo más alto de la sociedad rusa podía ser considerado como algo positivo, pero su comportamiento puso fin a esa romántica visión. Su sentimiento antibélico, así como algunos consejos equivocados respecto a nombramientos ministeriales generaban fuertes sospechas. Uno de esos nombramientos fue el de Boris Stürmer, ministro de Interior, ministro de Asuntos Exteriores y ministro supremo para la Defensa del Estado durante gran parte de 1916⁷².

Incluso los políticos *Kadet* (liberales) más moderados se vieron impulsados a reaccionar. En un discurso ante la Duma, Pavel Miliukov señaló: «Hemos perdido la fe en que el Gobierno pueda llevarnos a la victoria», y continuó enumerando las alegaciones contra Stürmer, tras las cuales preguntaba: «¿Esto es locura o traición?». Incluso el zar aceptó el hecho de que su primer ministro tuviera que ser cesado cuando se descubrió que estaba intentando negociar una paz separada con los alemanes. Sin embargo, los rumores más dañinos sobre Rasputín se centraban en su conducta sexual, pues se comentaba que era el amante de la zarina. Estos escándalos reflejaban los que había sufrido en su día la reina María Antonieta de Francia. Ambas fueron acusadas de tener amantes lesbianas y la sospecha recayó sobre

⁷¹ R. PIPES, *The Russian Revolution*, Nueva York, 1990, pp. 256-271.

⁷² A. KOTSIUBINSKI y D. KOTSIUBINSKI, *Rasputin. El Diario Secreto*, Barcelona, 2003.

la dama de honor de la zarina, Anna Vyrubova, acusación que fue tomada tan en serio que el Gobierno siguiente inició una investigación. La zarina era leal a su marido y a su país de adopción, pero el daño al régimen fue devastador. Estos escándalos ayudaron a deslegitimar al régimen, incluso entre sus más acérrimos defensores: los conservadores y los miembros de la alta aristocracia.

El invierno de 1916-1917, la principal cuestión era saber si la revolución se produciría «desde arriba» o «desde abajo». Se había hablado de un golpe palaciego, en la larga tradición rusa. Incluso algunos miembros de la familia imperial tomaban parte en las discusiones, a cambio, al parecer, de vagas promesas de puestos en un futuro Gobierno. Algunos generales apoyaban estas discusiones. Brusilov, monárquico, en una carta a su antiguo jefe, el gran duque Nicolás, señaló: «Si debo elegir entre el emperador y Rusia, yo marcharé por Rusia». La única conspiración que tuvo éxito fue el asesinato de Rasputín. Su muerte fue planificada y llevada a cabo por un grupo de homosexuales aristócratas. Rasputín era muy popular entre las mujeres de la alta sociedad de Petrogrado (para gran sorpresa de la policía secreta encargada de su vigilancia, cuyos informes describían tanto sus hábitos campesinos como su reticencia a lavarse). Los conspiradores envenenaron, dispararon y golpearon a Rasputín antes de hacer un agujero en el hielo del río Neva y arrojar su cuerpo a las gélidas aguas⁷³.

En términos militares, a principios de 1917 la situación rusa parecía ligeramente prometedora. A pesar de su enorme coste, la ofensiva Brusilov había sido una campaña brillante y había apuntalado la confianza de los comandantes rusos en sus capacidades. El invierno había proporcionado al ejército algunos meses para reagruparse. Austria-Hungría ya no suponía un gran riesgo y Francia y Gran Bretaña estaban enviando a Rusia enormes cantidades de equipo, artillería y proyectiles, además de suministros esenciales. Incluso Alemania, con sus fuerzas sobreextendidas, no parecía tan intimidante como antes. Como señalaría Churchill tras la guerra, para emerger victoriosa, a partir de 1917 Rusia sólo tenía que mantener su frente intacto. Sus generales pensaban que podían hacer más que eso.

Al final, esos prometedores acontecimientos no supondrían nada porque el frente ruso interno se estaba deslizando inexorablemente

⁷³ O. FIGES, *La Revolución Rusa*, op. cit., pp. 337-339.

hacia el caos. El invierno de 1916-1917 fue excepcionalmente duro en Rusia, con una cantidad extraordinaria de nieve, y las temperaturas descendieron a un nivel tan bajo que más de mil locomotoras de vapor se congelaron y explotaron. El sistema de ferrocarril, que nunca había sido muy fiable, apenas podía mantenerse en funcionamiento. Aunque en gran parte de Rusia la situación parecía controlable, el suministro de alimentos y de combustible a las grandes ciudades se ralentizó de forma peligrosa. El problema fue especialmente grave en Petrogrado, pues, además de ser la capital, era el más destacado centro industrial de Rusia.

Con una población de 2,4 millones en 1917, Petrogrado era la mayor zona urbana de Rusia y su principal centro industrial. Albergaba a 392.800 trabajadores de las factorías, el 70 por 100 en plantas que empleaban a más de mil personas, una concentración en establecimientos gigantescos sin paralelo en el mundo. El auge del período de la guerra había atraído a mujeres y a emigrantes rurales a las factorías, con lo que se exacerbaban los problemas de alimento y vivienda de la región. La aglomeración en los apartamentos de la ciudad era el doble que en París, Berlín o Viena y la mortalidad infantil se duplicó en el período de 1914 a 1916. En febrero de 1917 las mujeres trabajaban cuarenta horas a la semana y se veían obligadas a hacer largas colas para obtener alimentos⁷⁴.

A principios de año, las factorías cerraban por falta de combustible y a los trabajadores no les quedaba más remedio que vagar por las calles, congelados, hambrientos, asustados y enfadados. Las panaderías que todavía poseían harina no podían fabricar pan, pues les resultaba imposible calentar los hornos. Las mujeres de la ciudad, ante la imposibilidad de conseguir sus escasas raciones, incluso esperando en filas durante horas, comenzaron a saquear comercios. Las miles de tropas estacionadas en Petrogrado, formadas en muchos casos por jóvenes reclutas asustados y sin entrenamiento, recibían arengas pidiendo su colaboración para la revolución y para poner fin a la guerra. El aparato represivo era inadecuado. El general Sergei Khabalov, gobernador de Petrogrado, no logró hacerse siquiera con las brochas y el pegamento necesario para poder pegar los carteles que proclama-

⁷⁴ R. B. MCKEAN, *St. Petersburg between the Revolutions: Workers and Revolutionaries, June 1907 to February 1917*, New Haven, 1990.

ban la ley marcial. Para distribuirlos, ordenó que se arrojaran panfletos desde la ventana del Almirantazgo. La mayoría aterrizó en un jardín cercano. Habiendo fracasado en informar a la población, se sentó en el edificio del Almirantazgo limitándose a beber coñac. Alexandr Kerensky dijo ante la Duma que Nicolás y Alejandra debían ser depuestos «si era necesario por métodos terroristas». Fue aplaudido y se le prometió protección. Aunque sus palabras fueron censuradas por los periódicos, pronto se expandieron por la capital y fueron aplaudidas por doquier.

Las condiciones de vida del ciudadano ruso medio degeneraron hasta una indigencia casi absoluta. Como consecuencia, las huelgas se convirtieron en algo habitual, lo que se tradujo en un descenso de casi el 50 por 100 de la producción industrial en un momento en que el ejército precisaba de forma desesperada proyectiles y munición. En enero de 1917, 150.000 trabajadores se sumaron a una huelga en Petrogrado. En todas las ciudades el descontento iba en aumento. Dentro del ejército, la desertión y la desobediencia experimentaron un rápido ascenso. Entre los soldados que permanecieron fieles, la malnutrición condujo a un elevado porcentaje de enfermedades, lo que privó al ejército ruso de más hombres. «De producirse la revolución», profetizó un oficial ruso, «será espontánea; lo más probable es que sea una revuelta provocada por el hambre»⁷⁵.

Las finanzas públicas rusas se encontraban en un estado lamentable. Para hacer frente a las necesidades de la economía de guerra rusa, se había producido un auténtico auge industrial. Sin embargo, éste no estaba construido sobre bases sólidas. Para poder sufragar las enormes necesidades de la guerra, el Gobierno imprimió cada vez más rublos. La masa monetaria aumentó por ocho entre el comienzo de la guerra y principios de 1917. Ni siquiera los bancos podían mantener el ritmo con las tasas de inflación. A los clientes se les daban fardos de billetes con instrucciones de escribir ellos mismos los ceros. Los trabajadores, cada vez más numerosos, contaban con más dinero del que habían poseído nunca. Sin embargo, no podían gastárselo en nada. Ni siquiera estaban sometidos de forma efectiva a un régimen impositivo, pues la maquinaria zarista se percató de

⁷⁵ W. BRUCE LINCOLN, *Passage through Armageddon: The Russians in War and Revolution, 1914-1918*, Nueva York, 1986, p. 315.

que no se encontraba en condiciones de introducir el impuesto sobre la renta⁷⁶.

Otro factor destacado para generar un ambiente revolucionario fue la prohibición gubernamental sobre el vodka. El vodka, monopolio estatal antes de la guerra, no sólo era la bebida favorita del ruso medio, sino que los impuestos sobre la bebida habían generado un tercio de los ingresos estatales rusos antes de 1914. Antes de la guerra, los trabajadores gastaban de promedio un 10 por 100 de sus salarios en la bebida nacional, que fue prohibida en una equivocada política patriótica. Se buscaron otras fuentes de alcohol: alcohol de quemar, agua de colonia, barnices y hasta una nefasta bebida fabricada por los trabajadores chinos denominada *khanja*. Esos sucesos acabaron con la vida de miles de personas⁷⁷.

Tal vez la situación habría mejorado si los trabajadores hubiesen encontrado alimentos en los que gastar sus rublos. Rusia sufrió una mayor escasez de alimentos que el resto de los beligerantes. Irónicamente, la guerra debía haber mejorado la situación. Después de todo, había exportado sus enormes excedentes de grano antes de la guerra y había logrado alimentar a su relativamente reducida población urbana. Estos excedentes habían sido utilizados para industrializar Rusia. Durante la guerra, con el Bósforo cerrado a la navegación aliada, no existían exportaciones que restasen comida de las ciudades. Sin embargo, hacia 1917, el país se encontraba al borde de la hambruna. Se estimaba que la ciudad de Petrogrado precisaba 12.150 vagones de suministro cada mes para mantenerla adecuadamente alimentada. En 1916, esa cifra tan sólo se excedió en septiembre y octubre, una vez finalizada la cosecha. En diciembre, la cifra cayó a 8.653, y hacia enero de 1917 se había desplomado a tan sólo 6.556 vagones⁷⁸.

Lo irónico del caso es que existía suficiente comida, pero no llegaba a las ciudades. Uno de los factores era el auge del crimen y la corrupción; otro, la presión sobre el sistema ruso de ferrocarril, que apenas podía abastecer a los ejércitos en las fronteras distantes, pero

⁷⁶ P. GATRELL y M. HARRISON, «The Russian and Soviet Economies in Two World Wars: A Comparative View», *Economic History Review*, 1993, pp. 425-452.

⁷⁷ D. H. KAISER (ed.), *The Workers' Revolution in Russia, 1917: The View from Below*, Cambridge, 1987.

⁷⁸ M. PERRINS, «The Politics of Russian Grain Procurement during the First World War», *Slavonic and East European Review*, núm. 61, 1983, pp. 388-401.

tenía que enfrentarse a las demandas de los trabajadores en las ciudades. Un tercio del ferrocarril era dirigido y, en general, mal utilizado por el ejército. Existía también una preocupante falta de carbón para las locomotoras, y se utilizaba en su lugar madera o turba, lo que reducía de forma significativa su capacidad de carga. Los campesinos sufrían con la economía porque los beneficios que podían exigir por sus productos finalizaban en manos de intermediarios.

Una advertencia de que algo se estaba gestando era la cantidad de cerdos por campesino, que se duplicó en los tres primeros años de guerra. El motivo era que los campesinos estaban entregando sus excedentes de grano a los animales. Se estaba desarrollando una guerra económica entre las ciudades y el campo, por lo que se intentó una requisita de comida que fracasó. El efecto de la inflación agravaba notablemente la situación. Incluso cuando había grano o harina suficiente para hacer pan, los trabajadores se encontraban con que, a principios de 1917, ya no se lo podían permitir. Mientras aumentaba la masa monetaria, los precios se disparaban. Los salarios aumentaron en las industrias de guerra, pero a un nivel mucho más lento.

Con el derrumbe de la ley y el orden, el gobierno efectivo se hizo imposible. Las grandes pérdidas en el frente habían drenado el ejército ruso de soldados regulares y éstos habían sido reemplazados por campesinos de lealtad muy cuestionable. Los hombres comenzaron a abandonar sus armas, a desobedecer a sus oficiales y a desertar dirigiéndose hacia sus hogares. El país se encontraba al borde de la revolución. Un oficial alemán que servía en el frente oriental escribió sobre la necesidad de acabar con Rusia: «No hay otro camino, pues de otra forma estas bestias [los bolcheviques] aniquilarán a los ucranianos, los finlandeses y los bálticos; luego reclutarán a la callada un nuevo ejército revolucionario y convertirán al resto de Europa en una pocilga [...], toda Rusia no es más que un gran montón de gusanos, una miserable masa pululante»⁷⁹.

El 22 de enero, 150.000 obreros marcharon por las calles de Petrogrado y decenas de miles hicieron lo mismo en otras ciudades rusas. Aunque la mayoría lo hizo en protesta por el hambre que padecían,

⁷⁹ Citado en J. W. WHEELER-BENNETT, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace, March 1918*, Nueva York, 1971, pp. 243-244. Sobre los campesinos como soldados en el ejército ruso, J. BUSHNELL, «Peasants in Uniform: The Tsarist Army as a Peasant Society», *Journal of Social History*, núm. 13, 1979, pp. 565-576.

una minoría destacada portaba pancartas que mezclaban la miseria social con llamamientos políticos como «¡Abajo la autocracia!». Los socialistas revolucionarios deseaban tiempo para poder coordinar esas protestas. Sin embargo, el 8 de marzo, mujeres obreras del ramo textil se lanzaron a la calle para exigir pan. Esa misma tarde ya se les habían unido los trabajadores de la metalurgia de las industrias de guerra y, al cabo de dos días, 200.000 obreros se encontraba ya en huelga.

Aunque los días revolucionarios de febrero comenzaron con manifestaciones sobre el pan, éstas desembocaron en la mayor huelga en la historia de Petrogrado y, desde el primer momento, eslóganes y pancartas denunciaban al zar y la guerra. Cientos de miles de personas se lanzaron a las calles, intentando romper los cordones policiales para alcanzar el corazón de la ciudad. Resulta cuestionable hasta qué punto esos días de febrero constituyeron una acción bolchevique planificada. Aunque los historiadores de la antigua Unión Soviética enfatizaban el papel de los miembros del partido, en general, los historiadores occidentales han puesto el énfasis en su espontaneidad. Probablemente la verdad se encuentre entre esas dos visiones. El liderazgo llegó, sin embargo, no sólo de los bolcheviques, sino también de otras organizaciones socialistas o de personas que no pertenecían a ningún grupo. La mayor parte del liderazgo bolchevique se encontraba en el exilio o en Siberia y los partidos de izquierda no iniciaron la protesta, aunque actuaron con celeridad para controlarla.

Los manifestantes podían crear un movimiento revolucionario, pero no podían lograr una revolución. Para eso requerían el motín de la guarnición de Petrogrado y los soldados pronto colaboraron con los huelguistas en tomar los centros de poder. Aunque la mayoría de los soldados rusos estaban hartos de la guerra, todavía se mostraban comprometidos con la defensa de su país. Los comandantes veteranos reconocieron que la manera de restaurar el orden no era oponerse a la creación de comités, sino fomentarlos con la esperanza de reunificar así al ejército con el pueblo para proseguir la guerra.

El zar confiaba en que la guarnición de Petrogrado lograra restablecer el orden. Sin embargo, los fieles cosacos comenzaron a confraternizar con los huelguistas. Había cinco regimientos regulares en la ciudad, pero, comparados con el resto del ejército ruso, eran en su gran mayoría de origen urbano y el contacto con la población obrera les había sensibilizado sobre su sufrimiento. Rodzianko, presidente de la Duma, suplicó al zar que regresara a Petrogrado, pero éste no

quiso escucharle. Poco después, todo el país se encontraba paralizado por una huelga general, los edificios públicos eran pasto de las llamas, los prisioneros salían de las cárceles y los soldados comenzaban a unirse a los huelguistas. En un intento desesperado por retomar el control, el zar abandonó el frente y regresó a Rusia. No pudo alcanzar Petrogrado, pues su ferrocarril quedó detenido en los cuarteles del general Nicolás Ruszky, comandante del Frente Norte. Éste instó al zar para que estableciese de forma urgente un gobierno parlamentario. Sin embargo, la situación era ya irremediable⁸⁰.

El zar ofreció abdicar en su hermano Miguel, pero éste declinó la oferta y Rusia pasó a ser una república, poniendo fin a trescientos siete años de dominio Romanov en Rusia. La memoria del zar sería siempre odiosa para los revolucionarios. Sin embargo, durante la Segunda Guerra Mundial, y por órdenes de Stalin, se rescató la memoria de algunos zares para fortalecer el patriotismo ruso, restaurándose además los uniformes y las condecoraciones zaristas⁸¹.

Tras la Revolución de febrero se estableció un Gobierno provisional bajo el liderazgo del príncipe Lvov, que se comprometió a convocar elecciones generales y a establecer un sistema democrático de gobierno. Durante estos cruciales acontecimientos, los alemanes no llevaron a cabo ninguna ofensiva en el este, pues estaban seguros de que el nuevo Gobierno solicitaría la paz. Sin embargo, el Gobierno provisional, presionado por Gran Bretaña y Francia, decidió que Rusia debía seguir en guerra. Iosif Stalin, entonces un joven revolucionario, afirmó: «Los vampiros burgueses de los países beligerantes han sumido al mundo en una carnicería sangrienta. Una auténtica matanza, la ruina, el hambre y la barbarie [...] para que un puñado de bandidos con corona y sin ella saqueen países extranjeros y se embolsen millones y más millones»⁸².

En realidad, el Gobierno provisional no controlaba del todo los acontecimientos, pues compartía el poder con el influyente consejo de los trabajadores, el Sóviet de Petrogrado. Bajo su propia iniciativa, el Sóviet dictó una orden por la que los soldados tenían que

⁸⁰ Véase R. PEARSON, *The Russian Moderates and the Crisis of Tsarism, 1914-17*, Londres, 1977.

⁸¹ Un relato completo en G. KATKOV, *Russia 1917: The February Revolution*, Londres, 1967.

⁸² Citado en S. SEBAG MONTEFIORE, *Llamadme Stalin*, Barcelona, 2007, p. 367.

acatar sus instrucciones, lo que llevó a la desintegración del ejército ruso. Las noticias de estos acontecimientos llegaron a Lenin, a la sazón refugiado en Suiza. Aislado en Zúrich, se encontraba desesperado por regresar a Rusia. Sin embargo, la geografía se presentaba como un gran obstáculo, ya que debía atravesar necesariamente las líneas alemanas. Planificó viajar a través de Alemania haciéndose pasar por un sueco sordomudo y ciego, hasta que su mujer le señaló que probablemente se delataría al hablar de sus oponentes políticos en sueños. Alquilar un avión para volar a Rusia era demasiado peligroso. Se propuso un intercambio a la Alemania imperial: sus ciudadanos internados en Rusia serían intercambiados por exiliados marxistas establecidos en Suiza.

En marzo de 1917, a pesar de la evidente paradoja y de los peligros que entrañaba el hecho de que la Alemania imperial respaldase el marxismo, Zimmermann convenció al káiser y al ejército para que introdujesen clandestinamente en Rusia al líder de los bolcheviques. El alto mando alemán hizo lo posible para que el líder bolchevique regresara a Rusia. Trasladado a través de Alemania en el famoso «vagón sellado» —aunque, en realidad, se trató de una ficción, ya que Lenin hizo el recorrido en un tren convencional—, llegó a Petrogrado en olor de multitudes⁸³. Al final, el «vagón sellado» de Lenin demostraría ser un contenedor poco seguro para el «bacilo de la revolución». Sin duda, uno de los momentos más sorprendentes del siglo xx fue la entrada del Ejército Rojo en Berlín en 1945, al final de la Segunda Guerra Mundial. Aquella fuerza transportada en el «vagón sellado» regresaría victoriosa a Alemania.

Al día siguiente de su llegada a Rusia, Lenin publicó un editorial en el diario *Pravda* en el que proclamaba la intención de su partido de no cooperar con el Gobierno provisional y de hacerse con el poder, si era necesario, por la fuerza. Lenin se presentó con su propia escolta armada en el palacio Tauride para presentar sus «Tesis de Abril» ante una atónita asamblea de socialdemócratas. No se debía conceder ningún apoyo al Gobierno burgués provisional. Bajo el eslogan «paz, pan y tierra», el líder bolchevique exigió el fin de la guerra y todo el poder para los sóviets. Lenin rechazó también a Marx, ya

⁸³ La ciudad de San Petersburgo fue llamada Petrogrado (1914-1924) y Leningrado (1924-1991).

que no debía haber un intermedio burgués de la revolución y se debía establecer, lo antes posible, la dictadura del proletariado, con Lenin a su cabeza. Trotsky proclamaba: «El tiempo de las palabras ya ha pasado. Ha llegado la hora de un duelo a muerte entre la revolución y la contrarrevolución»⁸⁴.

El Gobierno provisional nombró a Brusilov como comandante en jefe. En un principio, este apoyó la decisión tomada por Alexandr Kerensky, el nuevo ministro de la Guerra, de lanzar una nueva ofensiva de verano. Pero cuando Mister General, como era conocido Brusilov, visitó a las fuerzas en el frente, se encontró que las tropas eran hostiles a cualquier nuevo ataque. «Si tomamos una montaña, siempre existe otra más frente a nosotros, y nunca logramos nada», le comunicaron sin ambages los desmoralizados soldados. Brusilov alertó de la creciente influencia entre los soldados de las ideas y de la retórica de Lenin. La idea de continuar la guerra de Kerensky había cohesionado brevemente a los soldados de Brusilov. Éstos, sin embargo, comenzaron a apreciar cada vez más el valor de la revolución propugnada por los bolcheviques, cuyo programa estaba considerado, incluso por el aristócrata Brusilov, de «una sencillez y franqueza maravillosas»⁸⁵.

A pesar de las dudas de Brusilov, la ofensiva se inició el 1 de julio. Los ejércitos rusos se lanzaron contra las fuerzas austrohúngaras establecidas en Galicia. Las tropas rusas se encontraban cansadas y muchos hombres avanzaban sin rifles. Los agitadores políticos bolcheviques se habían infiltrado entre las tropas predicando la revolución y el amotinamiento. La ofensiva se vino abajo en tan sólo dos semanas. Además, el avance situó a las tropas en zonas indefensas, lejos de sus suministros y expuestos a la dureza de los contraataques del enemigo. Un observador inglés recordaría que «muchos rusos se escondían en los bosques y tan sólo regresaban cuando estaban seguros de que la lucha había cesado»⁸⁶.

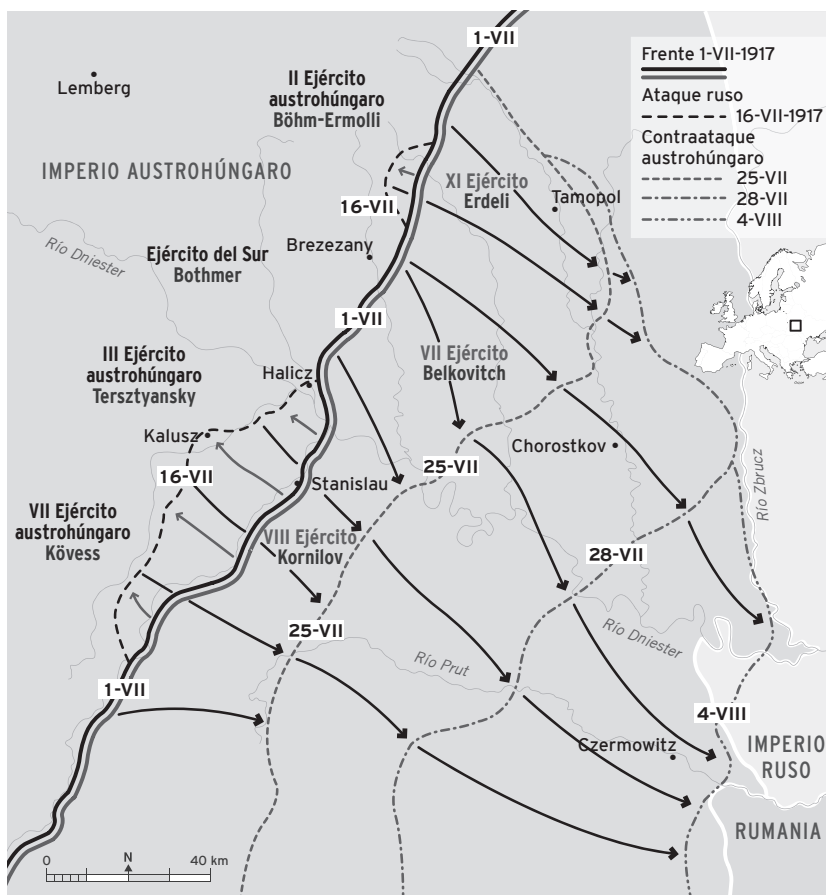
Las tropas rusas en retirada aplicaron la política de tierra quemada arrasando todo aquello que podía ser de utilidad a alemanes y austrohúngaros. Rusia había dejado de ser un rival. El escritor bolchevique, Máximo Gorki, atribuyó la crueldad de sus compañeros

⁸⁴ Citado en W. BRUCE LINCOLN, *Passage through Armageddon*, op. cit., p. 417.

⁸⁵ A. BRUSILOV, *A Soldier's Notebook*, op. cit., pp. 304-305.

⁸⁶ M. S. NIEBERG y D. JORDAN, *The History of World War I*, op. cit., pp. 130 y ss.

Ofensiva Kerenski (1 de julio a 4 de agosto de 1917)



revolucionarios a los efectos embrutecedores de «esa pesadilla sangrienta». En una ocasión, al preguntársele cuál de los dos bandos había sido más cruel durante la guerra civil, el escritor respondió: «Ambos de la misma manera, porque hubo rusos en ambas partes. [...] Creo que así como los ingleses tienen un don especial para el humor, los rusos lo tienen para la crueldad. Se trata de una forma peculiar de crueldad a sangre fría que pone a prueba la capacidad de resistencia al sufrimiento, una crueldad que de forma perversa impone una sensación de tenacidad y de solidez a la vida humana»⁸⁷.

El fracaso de la ofensiva acabó también con el mando de Brusilov, que se había convertido en un hombre agotado, tanto física como emocionalmente. Dimitió como jefe de las fuerzas rusas en favor del general monárquico Lavr Kornilov. Éste hizo un uso excesivo de la pena de muerte con aquellos soldados sospechosos de haber desertado o desobedecido sus órdenes. Además, sus grandilocuentes discursos exigiendo el regreso del zar le hicieron parecer una amenaza para el mismo Gobierno al que se suponía que estaba sirviendo. El fracaso de la ofensiva y la pérdida de la estratégica ciudad de Riga demostraron que el plan de Kerensky de invertir la situación permaneciendo en el conflicto había sido un grave error de cálculo⁸⁸.

Durante las semanas siguientes, Rusia se sumió en el caos y las noticias de nuevos desastres militares tan sólo agravaron la situación. El Gobierno provisional culpó a Lenin y lo acusó de ser un espía alemán, por lo que tuvo que refugiarse en Finlandia. Kerensky, un socialista moderado, se tuvo que enfrentar a un desafío por parte del general Kornilov. Éste creía que el mejor rumbo debía ser el regreso de la monarquía. En septiembre envió la caballería a Petrogrado, al parecer para protegerla de una incursión alemana. Sin embargo, esa iniciativa asustó a los líderes revolucionarios, que creyeron que el verdadero objetivo era la destrucción de la revolución. Trotsky reaccionó organizando soldados y obreros en una fuerza de defensa, la Guardia Roja, y Kerensky tuvo que recurrir a los bolcheviques. Lenin regresó a Petrogrado y se planificó la toma del poder⁸⁹.

⁸⁷ M. GORKY, *About the Russian Peasant*, Berlín, 1922, p. 19.

⁸⁸ M. S. NIEBERG y D. JORDAN, *The History of World War I*, op. cit., p. 142.

⁸⁹ G. KATKOV, *The Kornilov Affair: Kerensky and the Break-up of the Russian Army*, Londres, 1980, y A. RABINOVITCH, *The Bolsheviks come to Power: The Revolution of 1917 in Petrograd*, Nueva York, 1976.

Si Lenin venció fue porque, a diferencia sus rivales, sabía lo que quería. Los bolcheviques eran un partido pequeño. El mayor de los partidos en Rusia eran los socialrevolucionarios, que representaban al campesinado, pero que se encontraban muy divididos en sus objetivos. De forma inaudita, los rivales mencheviques no contaban con una política agrícola, que era la principal cuestión a la que se enfrentaba Rusia. Lenin, por su parte, contaba con eslóganes atractivos: «Paz, pan y tierra». Los bolcheviques formaban la mayoría en los sóviets, mientras que la apatía política se adueñaba de otros partidos políticos. Lenin tuvo que motivar a sus colegas más cautos para lograr una rápida toma del poder. Cuando llegó el asalto, el 25 de octubre (7 de noviembre), los defensores no presentaron mucha resistencia. La Guardia Roja tomó posiciones en la ciudad y detuvo a los miembros claves del Gobierno provisional, aunque Kerensky logró escapar bajo la protección de la bandera que ondeaba en el coche de un diplomático estadounidense y acabaría sus días como un respetado profesor en la Universidad de Stanford. Al finalizar el día, los bolcheviques tenían el control del Gobierno⁹⁰.

El asalto al Palacio de Invierno fue, en realidad, muy diferente de la imagen popular que deriva en parte de la película de 1927 del genial director Eissenstein, en cuya filmación falleció un número de extras mayor que los seis Guardias Rojos que murieron en gran parte por fuego amigo durante el acontecimiento revolucionario. El legendario «asalto» al Palacio de Invierno fue más bien un arresto domiciliario, puesto que la mayoría de las fuerzas que defendían el palacio ya se habían marchado a casa, hambrientas y cansadas, antes de que comenzara el asalto. El único daño que se causó a la residencia imperial fue la rotura de una cornisa, que fue golpeada, y una ventana rota. La pequeña vanguardia de bolcheviques que se hizo con el poder en el palacio descubrió entonces una de las mayores bodegas de la historia. Los trabajadores y los soldados se emborracharon con la colección favorita del zar de «Château d'Yquem» de 1847. Masas de hombres borrachos se dedicaron al pillaje y sólo se pudo restablecer el orden cuando se agotó el alcohol y se proclamó la ley marcial. Estas acciones no se podían considerar como obra de la «disciplinada vanguardia del proletariado»⁹¹.

⁹⁰ R. SERVICE, *Historia de Rusia en el siglo XX*, Barcelona, 2000, pp. 61 y ss.

⁹¹ O. FIGES, *La Tragedia de un pueblo*, op. cit., pp. 538 y ss.



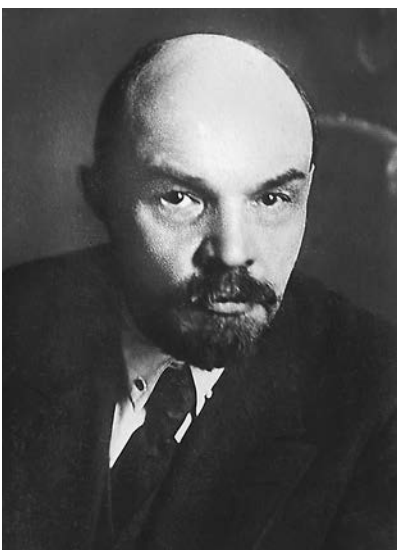
Gran duque Nicolás.



Trotsky.



Alexandr Kerensky.



Lenin.

La Revolución de Octubre encontró poca resistencia. Durante el mes siguiente, Lenin ordenó a los ejércitos rusos que detuvieran la lucha y declaró su voluntad de negociar con los alemanes. Cuando los delegados de ambas naciones se reunieron en la localidad de Brest-Litovsk, el líder de la delegación bolchevique, León Trotsky, intentó retrasar el acuerdo negándose a aceptar los términos. Los alemanes se mostraron furiosos y continuaron su avance hacia el interior de Rusia, hasta que Lenin instó a su representante que aceptara los términos, por muy duros que fueran. Los alemanes se encargarían de que fueran lo más severos posibles.

Una de las primeras iniciativas de los bolcheviques fue publicar las condiciones de muchos de los tratados secretos que habían encontrado en el Ministerio de Asuntos Exteriores, incluyendo aquellos que prometían el apoyo aliado para que Rusia lograra el control sobre Constantinopla y el Tratado de Londres con Italia. Se trataba de un duro golpe para los Aliados. Además, ese material fue publicado por la prensa británica en diarios como el *Manchester Guardian*. Esos tratados secretos resultaban ser un verdadero engorro para la diplomacia británica y francesa, que intentaba mantener una posición de superioridad moral, en especial, ante su nuevo socio norteamericano. Para contrarrestarlo, los Aliados iniciaron un programa activo de apoyo a los enemigos de los bolcheviques, las fuerzas antirrevolucionarias «blancas».

Los bolcheviques elaboraron decretos que garantizaban la tierra para los campesinos, el pan en las ciudades, el control de las fábricas por parte de los trabajadores y una extensa democratización en el ejército, a los que siguieron el establecimiento de la Comisión Extraordinaria Panrusa para la lucha con la Contrarrevolución y el Sabotaje (Chrezvychaynaya Kommissiya o Cheka). Se formaba así la primera rama de la seguridad del Estado soviético para la represión, que se intensificaría en los años siguientes hasta llegar al paroxismo durante la era de Stalin⁹².

La Revolución rusa de 1917 fue uno de los hechos más extraordinarios y con mayor repercusión del siglo xx. Los bolcheviques constituían el más pequeño de los partidos socialistas rusos, con no más de 25.000 miembros en la oposición a comienzos de 1917. Sin embargo,

⁹² G. LEGGETT, *The Cheka: Lenin's Political Police*, Oxford, 1981.

antes de que finalizara el año, sus líderes habían logrado, de forma inesperada, el primer Gobierno socialista en el mundo, responsable de un país con una población de más de 170 millones de habitantes. Hacia otoño de 1918 llevaban ya un año en el poder, habían puesto fin a la guerra y establecido una dictadura de partido único que pretendía representar a los trabajadores y a los campesinos rusos⁹³.

La revolución tenía gravísimas implicaciones para la Entente: en primer lugar, sin un frente oriental activo, la base de la estrategia de la alianza dejaba de tener sentido. Por primera vez desde agosto de 1914, los Imperios Centrales tenían libertad para concentrar todas sus fuerzas en el oeste. La segunda implicación era de carácter político, pues había surgido una nueva visión del orden mundial capaz de desafiar al liberalismo. Por otro lado, para Alemania la revolución representaba también un desafío. El llamamiento de los bolcheviques a la revolución mundial prometía una reacción violenta en el país, donde ya existía un grupo, reducido, de tendencia bolchevique denominado espartaquista.

El Tratado de Paz entre Alemania y Rusia fue firmado el 3 de marzo de 1918 en la localidad de Brest-Litovsk, sede del cuartel general alemán. Mientras la delegación rusa se dirigía a la estación, para que ésta fuera representativa de la nueva sociedad se tuvo que reclutar a un campesino en las calles de Moscú. Sin entender qué tenía que hacer para representar a las masas, se dedicó a hacer lo que la mayoría de los campesinos hubiese hecho: emborracharse. De forma más chocante, un representante femenino formaba parte de la delegación, una personalidad excéntrica que disfrutaba describiendo a sus compañeros de mesa (entre ellos el príncipe Leopoldo de Baviera) su asesinato de un odiado gobernador general y su subsiguiente exilio en Siberia.

Rusia aceptó una paz onerosa que le privó de Finlandia, los territorios polacos y bálticos, Ucrania y parte del Cáucaso, además de tener que pagar una enorme suma de dinero y de comprometerse a detener la propaganda bolchevique. En total, Rusia perdió dos millones y medio de kilómetros cuadrados de territorio, junto con casi todo su

⁹³ La expresión *Revolución rusa* nunca se utilizó en Rusia. La forma adoptada en la Unión Soviética fue *Revolución de Octubre* o sencillamente *Octubre*. Tras la caída de la Unión Soviética se ha utilizado *la Revolución bolchevique* o incluso *el golpe bolchevique*.

carbón y petróleo, tres cuartas partes de su mineral de hierro y casi la mitad de su industria. Perdió también aproximadamente un tercio de su población y la misma proporción de su agricultura. Lenin, que no se encontraba presente en la última reunión con los representantes alemanes, describió el acuerdo en términos de «esclavitud y humillación». Si los alemanes hubieran ofrecido unas condiciones razonables, éstas hubieran sido aceptadas rápidamente⁹⁴.

Por su parte, Alemania estaba jugando un doble juego. Richard von Kühlmann, el ministro de Asuntos Exteriores alemán que había reemplazado al desdichado Zimmerman, mencionó en tono velado a los británicos que, a cambio de la aceptación de las duras condiciones de Brest-Litovsk, Alemania estaría dispuesta a retirarse de Bélgica. Lloyd George consideró la oferta, pero acabó rechazándola bajo el argumento de que la devolución de Alsacia-Lorena era también un objetivo de guerra británico. A la petición inicial del armisticio por parte de los bolcheviques siguieron tres meses de negociación y la reanudación de la lucha. Los ejércitos alemanes siguieron avanzando y, en febrero de 1918, llegaron a tan sólo 112 kilómetros de Petrogrado, tomando la ciudad portuaria de Odessa, sobre el mar Negro, como paso previo a la ofensiva contra las fuerzas británicas en Persia. Lenin sabía que continuar las discusiones no tenía ya sentido alguno. No poseía ningún ejército con el que presionar y tenía que vencer una guerra civil. No podía hacer más que ampararse en la esperanza de que la revolución se extendiese pronto fuera de las fronteras rusas y anulase el tratado.

Alemania impuso a su derrotado enemigo unos términos mucho más duros de los que tuvo que aceptar posteriormente en Versalles. Junto con el Tratado de Bucarest de mayo de 1918, que otorgó a Alemania el control del trigo y el petróleo rumano, Brest-Litovsk colmó el sueño alemán de una hegemonía alemana en Europa central y oriental. La noción de una unión aduanera dominada por los alemanes en esta zona, presagiada por la idea de *Mitteuropa* de Friedrich Naumann, se había hecho realidad. Lenin había afirmado ante el Congreso de los Sóviets: «Tenéis que firmar esta paz vergonzosa para

⁹⁴ J. W. WHEELER-BENNETT, *Brest-Litovsk, the forgotten peace, March 1918*, Londres, 1963.



Rusia sale de la guerra. Firma del acuerdo de Brest-Litovsk.

CLASS OF SERVICE DESIRED		WESTERN UNION		TELEGRAM	
Post for Message	Day Letter	Post for Message	Day Letter	Post for Message	Day Letter
130	13042	13401	8501	115	3528
18147	18222	21500	10247	11518	23077
98092	5905	11311	10392	10371	0302
23571	17504	11209	18270	18101	0317
23224	22200	19452	21589	07893	5569
1333	4725	4458	5905	17106	13851
13850	12224	0929	14991	7382	15857
5870	17553	07803	5870	5454	16102
21001	17388	7146	23638	18222	0719
3110	23552	22096	21604	4797	9497
23610	18140	22200	5905	13347	20420
0929	5275	18507	52262	1340	22049
10439	14814	4178	0992	8784	7632
21100	21272	9340	9559	22464	15874
2188	5376	7381	98092	10127	13486
5144	2831	17520	11347	17142	11204
10482	97556	3509	3070		

GERMAN LEGATION
MEXICO CITY

via Galveston JAN 10 1917

BEHNSTOFF.

Charge German Embassy.

Estados Unidos entra en la guerra.
El telegrama Zimmermann.

salvar la revolución mundial, para mantener firme su único punto de apoyo: la República Soviética»⁹⁵.

La retirada rusa del conflicto fue un golpe tan duro para los Aliados que éstos llegaron a ofrecer apoyo al nuevo Gobierno bolchevique a cambio de asegurar su continuidad en la guerra. Sin embargo, a largo plazo Alemania también saldría perdedora de aquel conflicto, ya que miles de prisioneros de guerra pudieron regresar a sus hogares llevando consigo las peligrosas y novedosas ideas revolucionarias. Su influencia se dejaría sentir en los últimos compases de la guerra en Alemania.

Un artillero francés escribió: «Para los que piensan que Alemania se contentará con la paz conciliadora, la cobardía de los rusos les habrá hecho ver lo que la derrota significaría para nuestro frente. La Alemania militarizada debe ser vencida para siempre y eso es lo que tiene que darnos fuerza»⁹⁶. Resulta, sin embargo, engañoso concluir que Brest-Litovsk mostró al mundo de qué iba aquella guerra. La Alemania a la que declararon la guerra los Aliados en 1914 no era la misma Alemania que ahora controlaba Ludendorff. Sería más apropiado afirmar que Brest-Litovsk mostró al mundo lo que la guerra había creado. En el caso alemán, había surgido una dictadura militar empeñada en forjarse un imperio en el este a una escala que serviría a la Alemania nazi de Hitler como precedente.

La crueldad del trato prodigado a los territorios recién ocupados impidió el envío en masa de tropas al frente occidental. Los campesinos se negaron a cooperar con los alemanes comerciando con el grano, y mucha gente no aceptaba de buena gana la sustitución de sus antiguos amos rusos por los alemanes. A raíz del descontento en el este, los planes alemanes de trasladar 45 divisiones desde Rusia a Francia, tuvieron que revisarse a la baja quedando finalmente reducidas a 33 divisiones. Una política de ocupación más indulgente en el este habría liberado muchas más tropas, pero tal política no habría sido consecuente con los objetivos expansionistas alemanes. Así, la agitación en Ucrania obligó a los alemanes a dedicar más recursos de los que les habría gustado. Las Potencias Centrales tuvieron que des-

⁹⁵ W. BRUCE LINCOLN, *Passage through Armageddon*, op. cit., pp. 502-503.

⁹⁶ J. NICOT, *Les Poilus ont la parole: lettres du front: 1917-1918*, Bruselas, 1998, p. 333.

tacar allí un total de 650.000 soldados que consumían más alimentos de los que Ucrania exportaba a Alemania. Alemania no se anexionó directamente esos enormes territorios, sino que aplicó una versión limitada de la autodeterminación nacional⁹⁷.

Ucrania fue el ejemplo más revelador de esa política. Los sentimientos nacionales para una Ucrania separada no eran muy fuertes fuera de los estrechos confines de la pequeña inteligencia ucraniana y de un número de estudiantes. La principal figura del movimiento, Pavlo Skoropadksi, pasaba gran parte de su tiempo aprendiendo ucraniano en un recinto protegido por los alemanes. Ucrania estaba dirigida por el general Hermann von Eichhorn, cuya principal tarea era requisar grano de los campesinos locales, algo que le costaría la vida. A varios príncipes y duques alemanes se les ofrecieron tronos en los nuevos creados «Estados satélites». Los generales alemanes esbozaron grandiosos planes, mientras que la población de las ciudades alemanas esperaba en vano que comenzaran a fluir los suministros de grano. En 1918, tan sólo 113.421 toneladas de alimentos de Ucrania llegaron a las Potencias Centrales.

En un intento de proporcionar una alternativa a Lenin y al bolchevismo, el presidente Wilson anunció sus famosos Catorce Puntos al Congreso el 8 de enero de 1918. Se trataba de un documento radical y antiimperialista que causó una gran alarma entre sus aliados, debido a su exigencia de libertad en los mares, lo que suponía un desafío a la supremacía naval británica y a que se concediesen derechos a los súbditos coloniales. En Berlín y Viena despertó un gran desprecio. La exigencia de la devolución de Alsacia-Lorena a Francia y la evacuación de Bélgica eran inaceptables para los alemanes, así como lo eran los llamamientos a los pueblos de Austria-Hungría para que se les otorgasen oportunidades de desarrollo autónomo, que tan sólo podía llegar con la destrucción del Imperio Habsburgo. Wilson, sin embargo, no dirigía sus comentarios hacia los Gobiernos, intentaba sobrepasarlos y dirigirse directamente a los pueblos.

Los Catorce Puntos de Wilson no eran tomados demasiado en serio por el alto mando alemán. Sin embargo, fueron recibidos con sorpresa por los liberales y los socialistas alemanes, que se habían unido

⁹⁷ Véase G. LIULEVICIUS, *War Land on the Eastern Front: Culture, National Identity and German Occupation in World War I*, Cambridge, 2000.

con el partido católico Zentrum para firmar una resolución de paz en el Reichstag el 19 de julio de 1917. Como resultado, la *Burgfrieden*, establecida en el espíritu de la declaración del káiser de una «guerra defensiva», quedó herida de muerte. Se trataba tan sólo de la punta del iceberg del frente doméstico alemán. Las huelgas se duplicaron, pasando de 240 en 1916, a 561 en 1917. La inflación golpeaba a la vieja clase media al tiempo que los salarios aumentaban un 18 por 100 y el coste de la vida aumentaba diez veces más.

La política se radicalizó. Los socialdemócratas, que antes de la guerra eran la mayor organización política en el mundo, se dividieron. Uno de ellos, firmando con el nombre de guerra Junius, rechazó la idea de que Alemania estuviera librando una guerra defensiva, por el contrario, se trataba de un conflicto imperialista y capitalista. Su autora, Rosa Luxemburg, y Kark Liebnicht formaron un grupo aún más radical, los espartaquistas, que tenían su pensamiento más en Moscú que en Erfurt (donde se había formado la rama más moderada de socialdemocracia alemana en 1890). En suma, como señaló el historiador francés Elie Halévy, «la crisis mundial de 1914-1918, no fue sólo una guerra —la guerra de 1914—, sino también una revolución: la revolución de 1917»⁹⁸.

⁹⁸ E. HALÉVY, *The World Crisis of 1914-1918*, Oxford, 1930, p. 5.

11

Hasta el último hombre

«They shall not grow old as we that are left to grow old.
Age shall not weary them, nor the years condemn.
At the going down of the sun and in the morning,
We shall remember them».

L. Bynion, *For the Fallen*¹.

La última ofensiva alemana

En diciembre de 1917, Maurice Hankey, secretario del gabinete de guerra británico, apuntaba en su diario su valoración de las dificultades a las que se enfrentaban los Aliados: «Rusia está prácticamente fuera de la guerra. Italia se encuentra en un estado calamitoso tras las últimas derrotas. No se puede confiar demasiado en Francia, los Estados Unidos no se encuentran todavía preparados, nuestros hombres están exhaustos tras los duros golpes de estos últimos tres meses y los trabajadores se encuentran inquietos»². Esa Nochebuena, Albrecht von Thaer, destinado en el Estado Mayor alemán, escribió en su diario: «Rusia, ese gigante militar absolutamente derrotado, suplica la paz. Rumania hace lo mismo. Serbia y Montenegro simplemente han desaparecido». Asimismo, señalaba que Italia estaba totalmente derrotada; Francia, casi vencida, y que los submarinos continuaban siendo una amenaza muy seria para el comercio marítimo de Gran Bretaña³.

Con Rusia fuera de la guerra, Italia noqueada, y sin avances palpables por parte de los mediadores en el conflicto, el frente occiden-

¹ «No envejecerán, como nosotros los que quedamos/ No les pesará la edad, ni les condenarán los años/ A la puesta del sol y por la mañana/ Los recordaremos».

² M. BROWN, 1918: *Year of Victory*, Londres, 1998, p. 9.

³ H. HERWIG, *The First World War*, *op. cit.*, p. 404.

tal tenía que ser el escenario del enfrentamiento final. Cuando la lucha amainó durante el invierno, tras el horror de Passchendaele y Cambrai, 168 divisiones aliadas se enfrentaban a 171 divisiones alemanas. Sin embargo, la balanza del material se inclinaba del lado de los Aliados:

	<i>Alemania</i>	<i>Aliados</i>
Ametralladoras/división	324	1.084
Artillería	14.000	18.500
Aviones	3.670	4.500
Camiones	23.000	100.000
Tanques	10	800

El 11 de noviembre de 1917, los líderes alemanes se reunieron en la localidad de Mons, en una cita clave para definir su estrategia para el año siguiente. Resultaba evidente que el sistema de convoyes aliado había reducido de forma significativa la amenaza submarina. Asimismo, era patente que la llegada de las tropas norteamericanas daría una ventaja decisiva a los Aliados. Ludendorff tenía ante sí cuatro opciones. Podía aceptar el empate en el frente occidental y sondear las posibilidades de una paz de compromiso. La segunda opción, la rendición incondicional, estaba fuera de lugar. La tercera posibilidad era la más interesante: tras liberar a sus tropas del este y enviarlas al oeste, Ludendorff podía desplegarlas en defensa y enviar una propuesta de paz que tan sólo una de las potencias enemigas considerara atractiva. Para atraer a Gran Bretaña, podía realizar concesiones sobre Bélgica, o sobre Alsacia-Lorena para atraer a Francia. Enfrentados a una impenetrable defensa alemana, y con una opinión pública interesada en las concesiones alemanas y harta de la guerra, la coalición enemiga se habría derrumbado, o la lucha se habría convertido en una especie de guerra fría. Finalmente, Ludendorff la desechó debido al factor norteamericano y al bloqueo británico.

A largo plazo cualquier estrategia defensiva chocaría con el convencimiento aliado de que el tiempo estaba de su parte. La superioridad alemana en defensa no impresionaría al enemigo mientras creyese que ésta sería eliminada por el ejército norteamericano y el bloqueo naval. La sola amenaza de un ataque en el oeste no sería suficiente para obligar al enemigo a sentarse a la mesa de negociaciones.

No se trataba de amagar con un ataque: era imperativo alcanzar la victoria a pesar de las dificultades. Ludendorff finalmente se inclinó por la cuarta opción: utilizar las fuerzas liberadas por el colapso de Rusia para lograr una victoria decisiva en el oeste.

Inicialmente se propuso atacar de nuevo a los franceses en Verdún, pero se consideró más ventajoso expulsar a los ingleses del frente occidental. El objetivo era golpear a los Aliados en el punto donde convergían los frentes franceses y británicos y formar una barrera contra el ejército francés en el Somme, mientras los ejércitos alemanes giraban hacia el norte para acabar con los británicos. El lugar elegido por Ludendorff era la localidad de San Quintín, donde el agotado V Ejército se encontraba en serias dificultades para mantener la línea defensiva. Su plan era introducir una cuña entre las fuerzas británicas y francesas para empujar a los británicos hacia el canal de la Mancha. Si se lograba un punto de ruptura significativo, se esperaba que ambos ejércitos se retiraran en direcciones divergentes: los británicos, hacia el canal de la Mancha, y los franceses, hacia París, algo que había estado a punto de suceder en el otoño crucial de 1914. Debido a que Pétain y Haig tenían prioridades distintas, la estrategia defensiva aliada no estaba bien coordinada. Pétain deseaba evitar a toda costa un avance alemán hacia París, mientras que Haig consideraba que lo esencial era evitar que los puertos del Canal cayeran en poder de los alemanes.

El 27 de diciembre se celebró una segunda reunión en la que se esbozaron cinco posibles planes. Éstos eran, «George», una ofensiva en el sector de Ypres; «Marte», contra Arras; «Michael», en el Somme, y «Castor» y «Pollus», alrededor de Verdún. Tras una visita al frente, Ludendorff finalmente se inclinó por la opción «Michael». Lo que inclinó su decisión a favor de una ofensiva en el oeste fue la sensación de que, por fin, tenía los medios de la victoria al alcance de la mano. Como antiguo comandante en jefe del frente del Este, se fijó en las innovaciones que habían funcionado contra Rusia y Rumania. Una vez que decidió atacar, llamó a los innovadores que habían logrado la victoria en el este. El método táctico fue elaborado por el capitán Hermann Geyers en su obra *Der Angriff im Stellungskrieg* (*El ataque en la guerra posicional*), publicada en enero de 1918. El planteamiento era utilizar unidades reducidas de especialistas para penetrar las líneas enemigas y explotar sus debilidades, evitando sus puntos fuertes. Las unidades de vanguardia se apoyarían en ametralladoras ligeras y gra-

nadas, mientras que las tropas que les seguirían transportarían morteros móviles y artillería⁴.

Se recurrió a un nuevo sistema ofensivo, el denominado «método Hutier», que debía su nombre al general Oskar von Hutier, quien lo había utilizado por vez primera. Se seleccionaron las tropas más agresivas de cada regimiento. Esos grupos de batalla, o «tropas de asalto», fueron entrenados en campamentos especiales y equipados para moverse de forma independiente sin preocuparse del apoyo de los flancos o de la cobertura artillera. Si encontraban resistencia, tenía que seguir avanzando hacia la retaguardia enemiga. Eliminar los focos de resistencia sería tarea de las tropas regulares⁵. El 21 de marzo un soldado escribió a su casa: «Los hombres trabajan febrilmente por doquier, la imagen en las carreteras es tan entusiasta como los primeros compases de la guerra»⁶. Sin embargo, el entusiasmo estaba condicionado a que la ofensiva pusiera definitivamente fin a la guerra.

El otro as sería la artillería. La ruta sería despejada por un «vals de fuego» ideado por el coronel Georg Bruchmüller. La composición del bombardeo sería una mezcla de proyectiles de alto poder explosivo, humo y gases. Se había trabajado intensamente para utilizar de forma certera el gas fosgeno y el gas mostaza con bombardeos pesados y breves para paralizar y confundir al enemigo en el mismo momento del ataque. No era un sistema novedoso, pues ya había sido utilizado por los británicos, pero sí lo era para los alemanes en el frente occidental y, por lo tanto, supondría una experiencia nueva para las víctimas. Con esas innovaciones, se podía concluir que era factible un ataque con éxito si se aplicaban de forma inteligente los medios existentes. Para resultar exitoso, un ataque requería una estrecha coordinación entre la artillería y la infantería, y la aplicación selectiva de la fuerza en el lugar apropiado.

Contra los británicos, los alemanes desplegaron al XVII Ejército en el norte, formado por 18 divisiones y 2.236 cañones, a las órdenes del general Otto von Below, frente a Arras; el II Ejército, con 20 divisiones y 1.789 piezas de artillería, al mando del general

⁴ M. MARIX EVANS, *Over the Top*, Londres, 2002, p. 180.

⁵ R. B. ASPREY, *The German High Command at War*, Nueva York, 1991, p. 386.

⁶ B. ULRICH y B. ZIEMANN, *Frontaltag im Ersten Weltkrieg*, Essen, 2008, p. 197.

George von der Marwitz, al norte de San Quintín, y el XVIII Ejército, del general Oskar von Huttier, frente al río Oise. La fecha fijada para la Operación Michael fue, finalmente, el 21 de marzo. Los Aliados conocían las intenciones ofensivas alemanas, pero no sabían cuándo, ni dónde se produciría la ofensiva. Cuando se dio inicio a ésta, los Aliados tampoco podían señalar con certeza por dónde avanzaría, ya que 10.000 cañones alemanes abrieron fuego en un frente de setenta kilómetros.

Las proyectadas ofensivas alemanas dependían en gran medida de que Alemania no tuviese que acudir una vez más en ayuda de Austria-Hungría. De hecho, Ludendorff asumía que, con Rusia fuera de combate, los aliados de Alemania serían capaces de invadir el sudeste de Europa y finalizar la guerra en ese sector. Asimismo, estimaba que, una vez logrado ese objetivo, las tropas austrohúngaras serían capaces de sumarse a la ofensiva final contra Francia. Por supuesto, se trataba de un planteamiento absurdo. Austria-Hungría apenas había sido capaz de superar el invierno. El suministro de carbón en el Imperio estaba llegando a su fin paralizando la industria y el sistema de transporte y causando un enorme sufrimiento a la población a causa del frío y las enfermedades. Los disturbios relacionados con la escasez de alimentos aumentaban y perjudicaban gravemente a la producción. Se reclutaron a numerosos censores para mantener a la población ajena a lo que estaba sucediendo en el frente. La situación de las reservas humanas para el ejército era desesperada. Se comenzó a reclutar a hombres con problemas de salud que se habían librado de anteriores levadas.

Las tropas en el frente sufrían enormemente debido a la escasez de alimentos y la malnutrición se extendió rápidamente por el ejército. La ración de carne se redujo a tan sólo cien gramos por día, una cuarta parte de la de 1914. Estaba previsto que el suministro de patatas, sustituto habitual de otros alimentos para estómagos hambrientos, se detuviese en mayo. Los caballos sufrían más que los hombres y unos 70.000 fallecieron de inanición durante el invierno. Los uniformes escaseaban y los nuevos eran de pésima calidad. A los hombres se les proporcionaba ropa interior de papel y las heridas eran vendadas también con papel. En un ejemplo palmario de eufemismo, un informe oficial señalaba que la desesperada situación había llevado a «desafortunados incidentes de debilidad humana y de hundimiento

de la moral»⁷. Hicieron falta 29.000 policías militares para capturar a los numerosos desertores. El regreso de los prisioneros de guerra de Rusia tampoco proporcionó demasiado alivio. De los dos millones que habían sido capturados, unos 500.000 habían fallecido en cautividad. La mayoría regresó en un estado físico y psicológico lamentable y el frente interno no se encontraba en condiciones de enfrentarse a la llegada masiva de hombres en esas condiciones. Para empeorar aún más las cosas, una gran cantidad de ellos había abrazado la causa revolucionaria y estaba deseosa de difundir el mensaje socialista entre compañeros y compatriotas.

Operación Michael

La primera ofensiva alemana, Operación Michael, en honor al patrón de Alemania, también conocida como *Kaiserschlacht* («la batalla del káiser») se inició en marzo de 1918. A las cuatro de la mañana del 21 de marzo el frente occidental estallaba en un huracán de fuego cuando 6.608 cañones y 3.543 morteros anunciaban el inicio de la gran ofensiva alemana. Librada en los antiguos campos de batalla del Somme, el primer día de la batalla las tropas de asalto alemanas avanzaron tras una devastadora cortina artillera y de humo, utilizando ametralladoras ligeras y lanzallamas para abrir brechas en las líneas británicas. Veintisiete escuadrones alemanes de aviones especialmente equipados se adelantaron para atacar puntos fuertes, unidades de artillería y reservas aliadas⁸.

Al norte, los británicos lograron resistir en sus posiciones, pero en el sur tuvieron que replegarse hacia Amiens. Cuando finalizó el primer día, los británicos habían perdido cerca de 38.000 hombres y más de 500 piezas de artillería. Por su parte, los alemanes sufrieron unas 40.000 bajas, de las cuales 10.851 habían fallecido, y habían tomado una cuarta parte de la zona de batalla británica. Aunque el número de muertos era inferior, el total de bajas superaba al del primer día en el Somme⁹.

⁷ H. HERWIG, *The First World War*, op. cit., p. 355.

⁸ J. S. CORUM, «The Luftwaffe's Army Support Doctrine, 1918-1941», *Journal of Military History*, núm. 59, enero de 1995, p. 56.

⁹ H. HERWIG, *The First World War*, op. cit., cap. 10.

Al día siguiente se reanudó la presión y los británicos se vieron obligados a efectuar una serie de retiradas. Al finalizar el día la retirada comenzó a preocupar a Haig, que veía cómo los alemanes se introducían peligrosamente entre sus ejércitos. Comenzó a temer que sus tropas «fueran empujadas al mar»¹⁰. Cuando comenzó la retirada, quedó patente que los alemanes no serían capaces de explotar la victoria, ya que no podían avanzar más rápido que los británicos. No contaban con tanques ni con caballería para atrapar a los británicos, y éstos jugaban con la ventaja del espacio. En la retaguardia británica se encontraba, en primer lugar, el área arrasada por los alemanes cuando se retiraron en 1917 y, posteriormente, el desierto del campo de batalla de 1916. El 25 de marzo, el general norteamericano John J. Pershing ofrecía a Pétain las cuatro divisiones con las que contaba en Francia. En ese momento, 152.000 soldados norteamericanos llegaban cada mes a Europa¹¹.

En diez días los alemanes habían logrado avanzar ochenta kilómetros y se encontraban a punto de romper el enlace entre las tropas británicas y francesas. Aunque se enviaron rápidamente refuerzos para taponar la brecha, los alemanes siguieron avanzando y llegaron a cien kilómetros de París. Su formidable *Pariskanone* de 210 milímetros (frecuentemente confundido con los *Gran Bertha*) pudo bombardear la capital cuarenta y cuatro veces, causando la muerte a 256 ciudadanos y ocasionando 620 heridos. Al principio, los parisinos creyeron que habían sido bombardeados desde el aire, ya que esa distancia se creía imposible para cañones. Como el gas venenoso y el lanzallamas, el cañón de París fue simplemente un arma de terror. No era lo suficientemente preciso, ni tampoco capaz de infligir un daño significativo. Era el aspecto azaroso del arma lo que atemorizaba, así como el misterio de qué era en realidad y dónde estaba escondida. El káiser decretó que se cerraran los colegios e impuso a Hindenburg la Cruz de Hierro con rayos de oro, que, curiosamente, había sido impuesta por última vez un siglo antes al mariscal de campo, Blücher, por ayudar a los británicos en su lucha contra Napoleón.

El 24 de marzo, el día después de que cayeran los primeros proyectiles en París, matando a ocho personas, *The New York Times* in-

¹⁰ G. DE GROOT, *Douglas Haig, 1861-1928*, Londres, 1988, p. 372.

¹¹ R. B. ASPREY, *The German High Command at War, op. cit.*, pp. 366-399.

formaba: «Los especialistas en Washington no creen en la existencia de un cañón capaz de disparar a más de cien kilómetros. Los disparos han debido surgir de enormes aviones. Otros creen que los disparos han sido efectuados por un cañón francés o británico controlado por soldados amotinados»¹². El *Pariskanone* fue el arma más sofisticada de la guerra. Por primera vez en la historia, el cañón puso un objeto fabricado por el hombre en la estratosfera. Hacia el final de la guerra, versiones modificadas del cañón pudieron alcanzar una distancia de 160 kilómetros, un récord que no fue superado hasta la década de 1960. Aunque, con posterioridad, los nazis intentarían reproducir el *Pariskanone*, sus copias nunca lograron el alcance del original¹³.

Mientras los alemanes avanzaban, perdían cada vez más hombres —a los mejores—, las tropas de asalto, y sus líneas de suministro se hacían más extensas y vulnerables. Haig solicitó tropas a Pétain, pero el general francés, temeroso de un ataque en Champagne rechazó la petición. El 26 de marzo se convocó precipitadamente una conferencia en Doullens. El presidente francés acudió en persona junto con el primer ministro, Clemenceau, y los generales Pétain y Ferdinand Foch. Los británicos estaban representados por el ministro sin cartera, lord Millner, el general sir Henry Wilson y Haig. A pesar de que algunos dudaban de las facultades mentales de Foch, ya que había recibido un fuerte impacto en su cabeza en un accidente de automóvil, su capacidad retórica convenció a sus jefes políticos. El comandante británico era un gran admirador de Foch y logró persuadir a los demás para que fuera nombrado para coordinar los ejércitos aliados en el frente occidental, de hecho, para ser designado comandante supremo.

Hacia finales de mes, el avance alemán había perdido parte de su ímpetu inicial y el objetivo de Ludendorff se había reducido a tomar la localidad de Amiens. La línea aliada pudo ser mantenida con el en-

¹² R. L. O'CONNELL, «Die Pariskanone», en R. COWLEY (ed.), *The Great War*, op. cit., p. 404.

¹³ En la década de los setenta, el canadiense Gerald Bull se interesó por el *Pariskanone* e intentó fabricar una versión mejorada. Sin embargo, ni Estados Unidos ni Canadá aceptaron el proyecto. Mantuvo contactos con el Irak de Sadam Hussein y, en 1990, el gobierno británico se apoderó de partes de lo que parecían ser secciones de un cañón de sesenta metros, catalogado como tuberías de petróleo para su envío a Irak. Sin embargo, el 85 por 100 llegó a Irak. Bull fue asesinado en su apartamento de Bruselas por un desconocido, aunque las hipótesis apuntaban a agentes del Mossad.

vío apresurado de diez divisiones francesas al frente de Flandes y con un enorme esfuerzo por parte de los soldados británicos. El mando británico archivó los planes de demoler Calais e inundar la región situada al este de Dunquerque. Las pérdidas aliadas habían sido severas. Las bajas británicas ascendían a 108.000 hombres, además de 70.000 desaparecidos y prisioneros. Las alemanas sumaban 239.000 hombres, pero esta cifra incluía una cantidad desproporcionada de sus mejores tropas. Un oficial alemán se mostró consternado al entrar en la localidad de Albert y encontrarse a sus soldados borrachos en las calles y saqueando tiendas, cuando tenían que estar dando caza a los británicos. La visión de enormes reservas de abastecimiento aliado, descrito por un soldado alemán como «una tierra que fluye con leche y miel» socavó la moral alemana.

De todas maneras, el agotamiento y las extensas líneas de abastecimiento habían hecho perder fuelle a la ofensiva alemana, que avanzaba por las zonas que los alemanes habían arrasado meses antes. A los soldados alemanes se les había comunicado que la situación del abastecimiento aliado era tan mala como la alemana. Sin embargo, cuando tomaron las posiciones aliadas, descubrieron que les habían mentido, algo que afectó de forma muy negativa a la moral alemana. El ejército alemán ya no era más que una sombra del que se había lanzado a la guerra en 1914. Las pérdidas materiales británicas fueron considerables, unas 1.300 piezas de artillería, 2.000 ametralladoras y cerca de 200 tanques, pero éstas podían ser fácilmente reemplazadas por la industria británica que operaba a pleno rendimiento, produciendo 10.000 ametralladoras y 100 tanques al mes.

Operación Georgette

El 6 de abril se lanzó la siguiente ofensiva alemana, Operación Georgette, un ataque entre las localidades de Armentières y Béthune, al oeste de Lille. La ofensiva comenzó en abril al sur de Ypres (conocida como «batalla de Lys» por los británicos). El objetivo alemán era barrer a través de Flandes y cortar los puertos del Canal. Uno de los países más afectados por la nueva ofensiva alemana fue Portugal, que había declarado la guerra a Alemania en 1916. El Cuerpo Expedicionario Portugués, destinado en Flandes, había llegado a Francia entre enero y septiembre de 1917. La deficiente preparación, la escasa mo-

ral de una guerra incomprendida por los soldados y criticada por muchos oficiales y la falta de transportes marítimos para el relevo periódico de los miembros del cuerpo portugués llevaron a un reajuste de su dispositivo militar. La operación debía iniciarse el 9 de abril. Ese mismo día el rodillo de fuego alemán descargó todo su enorme potencial sobre el sector portugués del frente. Desmoralizado, agotado y en plenos preparativos de traslado a retaguardia, la resistencia del cuerpo portugués se vino abajo, en uno de los mayores desastres militares que había conocido el país¹⁴. Portugal sufriría 20.000 bajas en la guerra. Las tensiones económicas, a pesar de los créditos británicos, llevarían al país a la revolución y a la guerra civil inmediatamente después del armisticio. Es un caso único entre los países que entraron en guerra con posterioridad a agosto de 1914, pues Portugal no esperaba ninguna recompensa por su lealtad hacia los Aliados¹⁵.

El 11 de abril era evacuada la localidad de Armentières, y Haig difundió su célebre «Orden del Día»: «Muchos están agotados. A ellos les digo que la victoria será para el que aguante más. No existe otra opción que luchar. Cada posición debe ser mantenida hasta el último hombre, no puede haber retiradas. Con nuestras espaldas contra la pared, y creyendo en lo justo de nuestra causa, cada uno de nosotros debe luchar hasta el fin. La seguridad de nuestros hogares y la libertad de la humanidad dependen de la conducta de cada uno de nosotros en este crítico momento»¹⁶.

Los alemanes tomaron Messines, Wytschaete y St. Eloi. Sin embargo, el avance hacia Dunquerque se estaba estancando y, cuando los alemanes se aproximaban a Hazebrouck, los británicos lograron detenerlos. El káiser, emocionado, se acercó al frente para presenciar la victoria final. Una vez más, sufriría una fuerte desilusión. El 13 de abril, la 59.^a División británica logró contener el avance alemán en Bailleul cediendo tan sólo 800 metros de terreno y la lucha continuó en la cresta de Messines, donde las tropas ANZAC contraatacaron. Los británicos se vieron obligados a ceder parte del te-

¹⁴ H. DE LA TORRE, *Portugal en el exterior (1807-1974)*, Madrid, 2006, pp. 136-147.

¹⁵ R. RIBEIRO DE MENESES, «Too serious a matter to be left to the generals? Parliament and the Army in wartime Portugal, 1914-1918», *Journal of Contemporary History*, 33, núm. 1, enero de 1998, pp. 85-96.

¹⁶ Citado en M. MARIX EVANS, *Over the Top*, op. cit., p. 186.

rrero tan trabajosamente ganado durante la batalla de Passchendaele. La lucha fue particularmente dura en torno al monte Kemmel, de gran importancia estratégica, y la zona de Messines que cambió de manos varias veces. A pesar de todo, los alemanes se encontraban a tan sólo treinta y cinco kilómetros del Dunquerque, el principal puerto del canal de la Mancha. Se trataba de una amenaza muy seria para el suministro británico.

A finales de mes se reanudó el avance alemán con trece divisiones, que fracasó, y eso puso fin a la segunda batalla de Lys. Más al sur, los alemanes realizaron un enorme esfuerzo por tomar Amiens, ciudad que se levantaba a orillas del río Somme y que era un destacado centro ferroviario. Los alemanes concentraron todos sus medios acorazados (la mayoría capturados a los británicos) y tomaron la localidad de Viller-Bretonneux, a tan sólo dieciséis kilómetros de Amiens. La orden de Hindenburg era defenderla a muerte, pues desde sus cerros se controlaba Amiens. Sin embargo, tropas australianas retomaron la ciudad al día siguiente, merced a un sorpresivo ataque sin apoyo artillero. La pérdida de Viller-Bretonneux acabó con gran parte del ímpetu de la ofensiva alemana. Ludendorff se vio obligado a anular la ofensiva. De nuevo había fracasado en sus principales objetivos y los puertos del Canal seguían bajo control británico. Las pérdidas fueron enormes para ambos bandos: 76.000 británicos, 35.000 franceses, 6.000 portugueses y 109.000 alemanes. Ludendorff no se resignó y planificó una nueva ofensiva a lo largo del río Aisne. Sin embargo, los alemanes habían sufrido enormes bajas y, lo que era peor, no habían logrado la ansiada ruptura hasta la costa. Ludendorff seguía convencido de que era posible alcanzar la victoria en Flandes, pero, con la presencia francesa en la zona, la línea aliada resultaba muy difícil de romper. Una vez más, como en Verdún, lanzaría un ataque que los franceses no pudieran ignorar, enviando a la defensa a todas sus tropas de reserva y haciendo imposible reforzar la zona del canal de la Mancha. Se lanzó contra París siguiendo la línea del Aisne y el Marne.

Operación Blücher

En tiempos de paz, la ruta directa desde Soissons hasta Reims discurría a lo largo de una larga cresta, el camino de las Damas, de triste recuerdo para los franceses. Hacia el sur, el terreno descen-

día hacia el Aisne. Se había convertido en un sector tranquilo del frente y estaba defendido por cuatro divisiones del VI Ejército francés y cuatro divisiones británicas del 9.º Cuerpo. Se había descuidado el reconocimiento, y no se habían tomado fotografías aéreas durante dos meses.

La Operación Blücher, tercera y última ofensiva alemana, se dirigió contra los franceses y comenzó en mayo a lo largo de cuarenta kilómetros de frente desde Soissons hasta Reims. Los franceses eran superados en número, y esto permitió a los alemanes romper el frente, cruzar el río Aisne y avanzar hacia el Marne. El éxito alemán parecía asegurado. El 30 de mayo los alemanes alcanzaban el río Marne. En el bando aliado se produjo una desbandada, aunque en algunos lugares la resistencia fue heroica. El káiser se mostraba convencido de que había llegado finalmente la hora de entrar victorioso en París.

El Consejo Supremo aliado se reunió en Versalles el 1 de junio. Los norteamericanos asistieron al mismo, ya que sus tropas en el continente sumaban ya 667.119 hombres, aunque tan sólo el 60 por 100 eran de combate. Las discusiones del Consejo fueron incoherentes y acaloradas. Foch exigió que los norteamericanos enviasen más tropas a Francia, aunque no estuvieran entrenadas. El general Pershing insistió en que fuera una fuerza equilibrada y se mostró dispuesto a retirarse hasta el río Loire si era preciso.

En los días siguientes, los alemanes avanzaron hasta sesenta y cuatro kilómetros, cortando las líneas ferroviarias francesas y llegando a menos de cien kilómetros de París. Sin embargo, esas fuerzas se encontraban ya a 144 kilómetros de sus cabezas de línea ferroviarias y, por lo tanto, operaban sin suministro regular de comida, agua y municiones. La capital francesa estaba, a todas luces, fuera de la capacidad del ejército alemán para atacarla o amenazarla seriamente. Todo lo que habían logrado los enormes esfuerzos alemanes eran dos salientes muy expuestos y unas tropas agotadas. A mediados de julio, el Imperio alemán alcanzó su máxima extensión. En el oeste había llegado casi hasta París, en el este poseía Ucrania, dominaba los Estados bálticos; en el Cáucaso, el desmoronamiento de Rusia había abierto la ruta hacia los pozos petrolíferos de Bakú y, en Italia, Austria-Hungría había atacado en el Piave.

El auténtico problema de la ofensiva alemana era la falta de una estrategia global y coherente. Ludendorff había anunciado que su única intención era «abrir una brecha en el frente aliado. En cuanto

al resto, ya veremos». Era un viaje sangriento a ninguna parte. El objetivo se balanceaba entre tomar París o arrojar a los británicos al mar. El príncipe Rupprecht de Baviera describió a Ludendorff como «un organizador brillante pero un estratega mediocre»¹⁷. El avance alemán fue finalmente detenido por los franceses y los norteamericanos en Château Thierry y, a mediados de julio, Foch ordenó de forma sorpresiva un contraataque masivo que marcó el inicio de la retirada alemana. La última jugada alemana había fracasado y medio millón de hombres habían muerto o se encontraban heridos. Con apenas reservas, y con los suministros en niveles muy bajos, la moral alemana finalmente se vino abajo. En el bando aliado, con la llegada mensual de 300.000 norteamericanos, la moral aumentó y creció el sentimiento de que el fin de la guerra estaba próximo.

El historiador alemán Gerhard Ritter, que entonces era un joven oficial que servía en el frente, calificó las ofensivas de «abrumadora decepción»:

«Una vez más el final de la guerra había retrocedido a un futuro distante, una vez más las hecatombes no habían hecho más que prolongar desgraciadamente el frente; ¿y cómo podía lo que no se había logrado en el primer gran ataque, lanzado con todos los recursos, totalmente por sorpresa con tremendas cortinas de fuego de la artillería, conseguirse ahora con fuerzas mucho más débiles, consistentes en gran parte en divisiones diezmadas y exhaustas?»¹⁸.

En ese momento del conflicto, Ludendorff había acumulado tanto poder en Alemania que resulta necesario analizar su estado mental. El general era una mezcla explosiva de nerviosismo y seguridad en sí mismo. Con cincuenta y tres años, en 1918 estaba experimentando no sólo el fracaso de la ofensiva y la destrucción de su gran apuesta para ganar la guerra, sino también la dolorosa pérdida de su hijastro Erich, un aviador que falleció al inicio de la ofensiva de primavera. El trauma personal fue devastador. Fue entonces cuando Ludendorff comenzó a desaparecer del cuartel general para dirigirse a la tumba de Erich. Un médico del ejército le escuchó llo-

¹⁷ M. KITCHEN, «Ludendorff and Germany's Defeat», en H. CECIL *et al.*, *Facing Armageddon*, *op. cit.*, p. 63.

¹⁸ Citado en H. STRACHAN, *La Primera Guerra Mundial*, *op. cit.*, p. 309.

rar¹⁹. Además, el general estaba experimentando la presión derivada de su intención de ocultar las enormes pérdidas, no sólo ante el Gobierno Civil, sino también ante el alto mando. En la etapa final de la guerra, sus colaboradores describieron su postración, su inercia y su profunda depresión ante el fracaso de la ofensiva. Resulta evidente que Ludendorff estaba padeciendo tensión postraumática bajo la presión de las circunstancias. Se puede afirmar que, tal y como había sucedido durante la batalla del Marne, un caso grave de estrés tuvo un papel central en el fracaso del liderazgo del alto mando alemán al final de la guerra en el frente occidental²⁰.

La ofensiva aliada

El modelo para el contraataque aliado se había elaborado durante un mes con asaltos australianos y norteamericanos a la localidad de Hamel. El ataque contó con el apoyo de tanques británicos y artillería australiana y británica y la superioridad aérea por la recién creada Royal Air Force (RAF). El autor del plan, John Monash, había sobrevivido a un intento de deshacerse de él al mando del cuerpo australiano, debido a sus orígenes germano-judíos. La localidad fue tomada, y en tan sólo media hora después de comenzar la operación se habían hecho 1.470 prisioneros. Un estudio de la operación por parte del Estado Mayor del IV Ejército fue distribuido por toda la FEB. Estas lecciones serían aplicadas ahora a gran escala. Los ejércitos británicos y del Imperio serían reorganizados a todos los niveles. En 1916 contaban con mil hombres y estaban equipados con cuatro ametralladoras ligeras y, a menudo, con uno o dos morteros ligeros de trincheras. Hacia mediados de 1918 contaban con tan sólo quinientos hombres, pero estaban equipados con treinta ametralladoras Lewis, ocho morteros y, si eran incapaces de tener éxito en el asalto inicial, estaban acompañados por ocho tanques.

Al IV Ejército británico se le dieron instrucciones de atacar las posiciones alemanas al este de Amiens. Los australianos de Monash

¹⁹ La historia en H. SULZBACH, *With the German Guns: Four Years on the Western Front, 1914-1918*, Londres, 1973, cap. 5. El recuerdo del médico en R. PARKINSON, *Tormented Warrior: Ludendorff and the Supreme Command*, Nueva York, 1989, p. 174.

²⁰ Véase al respecto R. B. ASPREY, *The German High Command at War*, op. cit., pp. 441-443.

recibieron el honor de liderar el asalto con el cuerpo canadiense, apoyado por 552 tanques. El éxito llegó de forma inmediata y espectacular: hasta diez kilómetros tan sólo el primer día (logrando el mayor avance en el frente occidental en un solo día). Las bajas del IV Ejército para ese primer día sumaron 8.800 hombres; los alemanes, por otra parte, perdieron 27.000 hombres, incluyendo 13.000 prisioneros, y 450 cañones. La artillería desempeñó de nuevo un papel fundamental en la batalla. La supremacía aérea, lograda a un alto coste, había permitido que 504 de los 530 cañones alemanes fueran identificados antes del ataque. De los 700 cañones en el sector aliado, 450 fueron empleados para destrozar las baterías alemanas. Esto silenció a la artillería alemana, haciendo casi imposible defender las posiciones de la infantería. El 12 de agosto, el rey Jorge V nombró caballero a Monash en el campo de batalla, la primera vez que un monarca había otorgado tal honor en más de dos siglos²¹.

El 18 de julio, los Aliados dejaron clara su superioridad, algo que Ludendorff se negaba a reconocer. En la segunda batalla del Marne, 19 divisiones francesas y cuatro norteamericanas se lanzaron al ataque, apoyadas por 750 tanques, 2.100 cañones y más de mil aviones destruyendo el saliente del Marne. Los norteamericanos, que habían logrado el deseo de Pershing de un I Ejército norteamericano independiente, no tuvieron un desempeño brillante, pero tampoco sufrieron grandes pérdidas. Tan sólo unas semanas antes, la Entente parecía al borde de la derrota. Ahora los alemanes se mostraban sorprendidos por la ferocidad y la determinación de la ofensiva aliada. A pesar de todo, lograron retirarse del saliente manteniendo el orden. El complejísimo cruce del río Marne se realizó bajo una enorme presión, estableciéndose una nueva línea fortificada en el río Vesle²².

Sin embargo, la moral alemana se resquebrajaba. Las nuevas tropas que llegaban al frente se encontraban con la hostilidad de los veteranos, que les acusaban de continuar la guerra. Las desertiones se multiplicaban y, en algunas unidades, hasta el 20 por 100 de los soldados escapaba de camino al frente. Las estaciones de ferrocarril se convirtieron en centros de agitación política y de subversión. Alarmado por la situación, el general Fritz von Losberg propuso una

²¹ J. KEEGAN, *The First World War*, *op. cit.*, cap. 10.

²² Véase J. P. HARRIS y N. BARR, *Amiens to the Armistice*, Londres, 1998.

retirada estratégica a posiciones fortificadas, acortando así el peligrosamente extenso frente de batalla. El general Ludendorff era consciente de que se trataba de una estrategia coherente, pero se vio incapaz de ponerla en práctica. Se negaba a aceptar lo que ya era evidente para todos sus colaboradores, excluyendo a algunos de sus sicofantes. Ludendorff no se planteaba los problemas morales, la devastadora epidemia de gripe, la falta de suministros, ni la perspectiva de una derrota inminente.

Cuando Foch se reunió con Haig el día 24, ambos se mostraron de acuerdo en que las líneas alemanas se encontraban al borde de la ruptura. Decidieron que había llegado el momento de recuperar la iniciativa y de lanzar una ofensiva general. Hacia agosto de 1918, la iniciativa había pasado claramente al bando aliado. Con movimientos nocturnos de tropas y bajo estricto secreto, los alemanes fueron tomados totalmente por sorpresa por la ofensiva. Sin barrera artillera previa, las tropas aliadas avanzaron ocultas por la niebla y con una cobertura de tanques lograron romper el frente alemán y fueron capaces de capturar objetivos a diez kilómetros de distancia²³. Ludendorff reconocería: «El 8 de agosto fue el día negro del ejército alemán. Todo lo que había temido, y sobre lo que había alertado, se había hecho realidad»²⁴. Con su ejército a punto de la desbandada, Ludendorff sufrió otra crisis nerviosa. Sus órdenes, que anteriormente habían carecido de lógica, pasaron a ser del todo incoherentes²⁵.

Los británicos alcanzaron de nuevo el campo de batalla del Somme, donde el impulso ofensivo comenzó a debilitarse por la creciente resistencia alemana. Foch decidió entonces dirigir el ataque hacia el norte. Recurriendo a una serie de ofensivas conectadas, pudo evitar que se produjesen demasiadas bajas y obligó a los alemanes a retirarse. Los alemanes se encontraron de nuevo defendiendo la línea Hindenburg, el punto de inicio de su ofensiva. Algunos políticos creyeron que, a pesar de las derrotas, se podía comenzar a planificar una campaña para 1919, pues consideraban que la línea Hindenburg era infranqueable.

El 12 de septiembre los norteamericanos atacaron el saliente de Saint Mihiel, al sur de Verdún, tomando 15.000 prisioneros a costa de

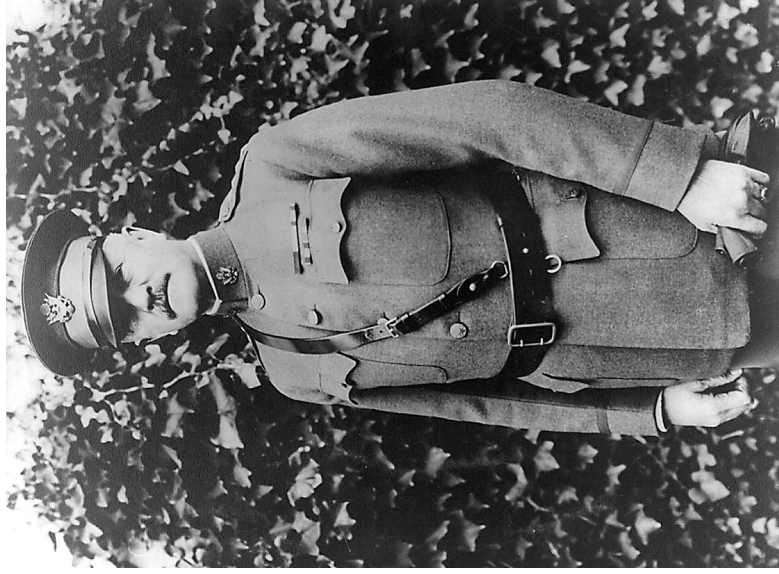
²³ H. C. JOHNSON, *Breakthrough! Tactics, Technology and the search for victory on the Western Front in World War I*, Novato, 1994.

²⁴ H. STRACHAN, *La Primera Guerra Mundial*, op. cit., p. 329.

²⁵ C. BARNETT, *The Swordbearers*, op. cit., pp. 342 y ss.



El presidente norteamericano Woodrow Wilson.



El general Pershing.

la pérdida de 7.000 hombres. Foch dio entonces la orden de «todo el mundo a la batalla» dando inicio a la ofensiva final. Al sur, los franceses y norteamericanos atacaron a lo largo del río Mosa y a través del bosque de Argonne, mientras, más al norte, los británicos y canadienses renovaron el ataque en el saliente de Ypres. La batalla por el sector de Argonne se convirtió en una enorme campaña de desgaste que los norteamericanos se podían permitir, pero no los alemanes. En la batalla llegaron a intervenir 22 divisiones norteamericanas, 324 tanques y 840 aviones. Dado que un movimiento en pinza amenazaba con cercar a las tropas alemanas, éstas se vieron obligadas a retirarse. La moral se desplomó y los Aliados tomaron la línea Hindenburg. Ludendorff, desesperado, comenzó a culpar a los políticos y éstos se percataron de que era preciso un armisticio. En un momento de lucidez, Ludendorff aconsejó al káiser que solicitara la paz. El 1 de octubre, Ludendorff comunicaba al Estado Mayor que el ejército alemán estaba acabado y que la «derrota final ya era inevitable»²⁶. El nuevo objetivo era evitar una derrota absoluta y un ignominioso acuerdo de paz.

La victoria aliada fue fruto de la combinación del perfeccionamiento de la destreza militar y de la evolución de un sistema de apoyo administrativo, económico y social, lo que se tradujo en el éxito sobre el campo de batalla. Mucho se había avanzado desde agosto de 1914, cuando el general Henry Wilson realizó un comentario sobre la reunión en la que la máxima autoridad británica había decidido ir a la guerra: «Una reunión histórica de unos hombres que, en su mayoría, ignoraban por completo lo que estaban tratando»²⁷.

En una guerra total, la victoria se inclina del lado de la nación o naciones que se movilizan de forma más efectiva. No resulta suficiente situar en el campo de batalla un gran ejército, bien entrenado y dirigido por generales brillantes. El ejército tiene que estar constantemente abastecido con refuerzos y municiones. Ambos deben llegar del frente interno y, sin embargo, ambos luchan en sentido opuesto. Cada nuevo soldado es un trabajador apartado de su fábrica o un campesino alejado de sus campos, mientras que, al mismo tiempo, satisfacer los deseos de la población civil desafía los poderes de organización de un Gobierno central y la tolerancia de sus ciudadanos. To-

²⁶ Citado en H. HERWIG, *The First World War*, op. cit., p. 425.

²⁷ Citado en R. ASPREY, *The First Battle of the Marne*, Filadelfia, 1962, p. 40.

dos los beligerantes esperaban una guerra breve, pero el éxito fue de aquellos que se ajustaron de forma más rápida y eficiente a un conflicto prolongado.

Las fuerzas aliadas empujaban a las alemanas a través del norte de Francia y el sur de Bélgica, liberando localidades ocupadas como Laon, donde en su catedral se ofició una emocionante misa de Acción de Gracias el 15 de octubre. El hecho de saber que estaban ganando la guerra hacía cada vez más difícil para las familias asumir las bajas. A. B. Kenway describió cómo se sintió cuando, a finales de octubre, su amigo murió a consecuencia de un disparo de artillería: «Sabíamos que el enemigo estaba derrotado, sabíamos que ya no podía durar mucho y, justo entonces, tras tres años en Francia y con el final al alcance de la mano, Bob tuvo que morir»²⁸.

Una de las bajas más famosas en ese período final fue la del capitán y poeta Wilfred Owen. Había regresado al frente tras recibir tratamiento para la neurosis de guerra y tomó parte en la batallas de aquel otoño, escribiendo a su madre que estaba «luchando como un ángel». El 4 de noviembre fue alcanzado mortalmente. Sus últimas palabras antes de morir fueron: «¡Bien hecho! ¡Lo estás haciendo muy bien!». Entre sus papeles se encontraron sus últimos poemas, incluyendo «Strange Meeting» («Encuentro secreto»), en el que soñaba que se encontraba con un soldado enemigo al que había matado²⁹.

Hacia el final

Resulta difícil no sorprenderse por la extraordinaria habilidad del ejército alemán para soportar cuatro años de guerra en tantos frentes. Sin embargo, las tensiones internas de la guerra eran ya evidentes y no sólo en Alemania. El ejército recurría a reclutas más jóvenes. Hacia el verano de 1918, el nivel de desertión se encontraba en aumento y se incrementaban también los casos de insubordinación. Ludendorff afirmó que sólo confiaba en el 30 por 100 de sus divisiones. Al final, el káiser abdicaría únicamente cuando resultara evidente que ya no se podía apoyar en el ejército.

²⁸ J. LEWIS, *True Stories of World War I*, op. cit., p. 282.

²⁹ E. BLUNDEN (ed.), *The Poems of Wilfred Owen*, Londres, 1955, pp. 38-39.

Los cálculos estratégicos de Hindenburg y Ludendorff tras tomar el control efectivo de Alemania en agosto de 1916 eran esencialmente erróneos. En particular, la continuación de la guerra como un objetivo en sí mismo, incluida la adopción de la guerra submarina sin restricciones, demostró ser catastrófica. También lo fue la determinación de la progresiva expansión de la guerra hacia el este, que causó tensión tanto con Austria-Hungría como con Turquía. En teoría, los recursos del este debían haber conducido hacia la victoria en el frente occidental. Sin embargo, la expansión continua hacia el este nunca proporcionó el número suficiente de tropas para lograr la victoria en el frente occidental, aunque 48 divisiones fueron enviadas desde Rusia, Rumania e Italia entre noviembre de 1917 y marzo de 1918, dejando 47 divisiones en el este. Las cinco ofensivas alemanas en el oeste obtuvieron logros territoriales destacados, pero no lograron la ruptura estratégica. De hecho, el avance alemán fue más efectivo en aquellas áreas cuya defensa era más débil, precisamente porque se trataba de zonas con menor significado estratégico. Así, los éxitos locales alemanes no cumplían los grandes objetivos de la campaña.

Las tropas alemanas pronto se mostraron exhaustas por sus propios esfuerzos, a menudo interrumpidos para saquear depósitos de suministros franceses y británicos. La gripe también fue causante de grandes bajas —hacia el mes de julio, afectó al menos a 580.000 hombres—. Existían indicios también de una «huelga militar encubierta» por parte de hombres que desaparecían de las áreas de retaguardia o rechazaban riesgos en el frente. Como la mayoría de los ejércitos, el punto más débil se encontraba en la retaguardia, donde el movimiento de hombres no podía ser tan fácilmente controlado como en el frente de batalla. En la retaguardia, las tensiones aumentaban debido a los problemas de suministro y a otras dificultades, sin existir la presión directa del enemigo para suprimirlas. El contraataque aliado a partir de agosto de 1918 no destruyó al ejército alemán, pues en noviembre todavía permanecía intacto y mantenía una línea de frente continua. En teoría, podría haber continuado la guerra en 1919. El avance aliado se había frenado debido a las acciones de retaguardia alemanas y a las dificultades para abastecer a sus ejércitos a través de campos de batalla desolados.

Durante los siguientes veinticinco años, arraigó la historia de que el ejército alemán había sido «apuñalado por la espalda», la leyenda de que el ejército alemán había sido traicionado por liberales, judíos

y otros derrotistas. En los años de posguerra, incluso políticos de centro y moderados afirmaron que el ejército alemán no había sido derrotado en el campo de batalla, sino en el frente interno. Esos comentarios, realizados en medio de una situación revolucionaria, parecen comprensibles, aunque eran muy peligrosos. La idea se la apropió Ludendorff, que encontró unos chivos expiatorios a los que culpar de su fracaso. Ludendorff prestó su nombre a un número creciente de grupúsculos nacionalistas que surgieron al calor de la derrota, grupos en los que surgiría Hitler. Estos grupos realizaron enormes esfuerzos en expandir el mito de la puñalada en la espalda.

La derrota de Alemania en 1918 fue psicológicamente más dura que la posible derrota francesa en 1917 o 1918, pues para muchos franceses resultaba evidente que habían estado muy cerca de la catástrofe. Por el contrario, para el pueblo alemán, que había recibido continuamente noticias optimistas que hablaban de victorias heroicas y que alababan al soldado alemán y su superioridad sobre el enemigo, la súbita aparición de la derrota fue un golpe devastador no sólo para las masas, sino para el liderazgo civil, que había creído también en la propaganda.

Es preciso valorar si esta leyenda, tan bien defendida por Ludendorff, fue tan sólo una voluntaria desinformación para esconder un mal desempeño en el liderazgo, un enorme gesto de hipocresía, un autoengaño o todo lo anterior. De lo que no cabe duda es de que se trataba de una leyenda. El ejército alemán no había sido apuñalado por la espalda, ni en la primera batalla del Marne ni en la segunda, y el arrogante estilo de Ludendorff aseguró que no pudiese plantearse una paz aceptable. Éste se apropió del poder de los civiles, fracasó y, posteriormente, se lo devolvió anunciando que había sido traicionado.

La célebre leyenda de la «puñalada por la espalda», la falacia de que socialistas, liberales y judíos habían tomado el poder y abierto las puertas al enemigo no comenzó tras la guerra, sino que fue una parte esencial de la forma en la que se puso fin al conflicto. Si la leyenda arraigó entre los alemanes abriendo el camino para el ascenso al poder de los nazis, no fue por ser una auténtica invención, sino porque se basaba en algunos hechos objetivos. El ejército alemán fue apuñalado por la espalda en septiembre de 1918, no por el Gobierno Civil, si no por su desequilibrado líder Erich Ludendorff. En realidad, Ludendorff había perdido dos guerras, una en el frente de batalla y la otra en el frente interno, donde había sido el principal responsable

de introducir una versión del comunismo de guerra dos años antes de que el bolchevismo lo inventara.

En el frente balcánico, la ofensiva lanzada por la Entente desde Salónica el 15 de septiembre bajo la dirección de Franchet D'Esperey destruyó la moral búlgara y unidades rebeldes amenazaron con marchar a Sofía. El ataque aliado abrió una brecha en el frente y obligó a los atribulados búlgaros a iniciar una retirada precipitada. El rey Fernando, resentido porque Bulgaria no había adquirido la región de Dobrudja del Tratado de Bucarest impuesto a Rumania en marzo, solicitó un armisticio el 26 de septiembre de 1918. Por otra parte, mientras los búlgaros se morían de hambre, las tropas germanas en Bulgaria adquirirían provisiones para transportarlas a Alemania. Las hostilidades finalizaron el 30 de octubre de 1918³⁰. En realidad, en varios aspectos, la Gran Guerra finalizó donde había comenzado, en los Balcanes.

Con la pérdida de Bulgaria, Alemania se encontraba ya sin conexión con sus vitales abastecimientos de petróleo y de maíz desde el este. Mientras tanto, Allenby había comenzado su ofensiva hacia Siria desde Jaffa el 19 de septiembre, derrotando a los ejércitos turcos en Megido. Damasco cayó el 1 de octubre y Aleppo, el 23 de octubre. En el frente de Mesopotamia, sir William Marshall avanzó por el río Tigris hacia Mosul. Los turcos se vieron obligados a iniciar negociaciones de paz el 26 de octubre y concluyeron un armisticio en Mudros el 30 de octubre de 1918, por el cual la Entente ocupaba los Dardanelos y el Bósforo³¹. En Rumania, el primer ministro Brătianu, que había sido obligado a abandonar el Gobierno en marzo, inició nuevas negociaciones con la Entente en octubre. El 10 de noviembre de 1918, Rumania declaraba de nuevo la guerra a las Potencias Centrales uniéndose a las fuerzas de la Entente, que avanzaban desde Bulgaria, ocupando la Valachia y cruzando los Cárpatos hacia la Transilvania húngara³².

³⁰ R. CRAMPTON, «Deprivation, Desperation and Degradation: Bulgaria in Defeat», en H. CECIL y P. LIDDEL (eds.), *At the Eleventh Hour*, Barnsley, 1998, pp. 255-266.

³¹ E. ZÜRCHER, «The Ottoman Empire and the Armistice of Mudros», en H. CECIL y P. LIDDEL (eds.), *At the Eleventh Hour*, op. cit., pp. 266-275.

³² G. E. TORREY, «Romania leaves the War: The decision to sign an Armistice», *Eastern European Quarterly*, núm. 23, 1989, pp. 283-292.

Tras registrarse fuertes disturbios en Múnich, un grupo de bolcheviques proclamó una república socialista independiente en Baviera. El frente alemán se vino abajo en unos días. En el frente «psicológicamente no había vuelta atrás», recordaba un capellán alemán. «Ninguna fuerza podría haber inducido al soldado medio en el frente a tomar parte en ninguna batalla que pudiese prolongar la contienda»³³. A las diez y media del 28 de septiembre Ludendorff llamaba al canciller para informarle de que la situación requería una petición de paz. Ese mismo día, Ludendorff se dirigió a la localidad de Spa, donde se encontraba Hindenburg. Allí, Ludendorff confesaba que el armisticio no podía retrasarse más: «Las tropas siguen resistiendo, pero nadie puede predecir que ocurrirá mañana. El frente se puede romper en cualquier momento»³⁴. Psicológicamente, Ludendorff se encontraba al límite. Sus subordinados, preocupados, llamaron a un psicólogo, que consideró que Ludendorff debía ser tomarse un descanso y le aconsejó que debía dedicarse a observar las nubes y a cantar canciones tradicionales alemanas mientras caminaba por la mañana. No fue suficiente.

El káiser Guillermo II se encontraba en su residencia de otoño cerca de la localidad de Kassel. Al día siguiente, y a petición de su Estado Mayor, se dirigió hacia Spa, con la ilusión de escuchar que sus ejércitos habían triunfado. Su sorpresa sería mayúscula. El káiser se encontró con Ludendorff, Hindenburg y con el almirante Von Hintze. Este último comenzó con una descripción de la situación diplomática, pero Ludendorff le interrumpió exigiendo un «armisticio inmediato». Según Ludendorff y Hindenburg, la guerra estaba ya perdida. Se decidió informar a turcos y austriacos, que proponían al presidente Wilson un «cese inmediato de hostilidades» basado en los Catorce Puntos. Ludendorff, que se jactaba de ser un gran caballero teutón, era ya un hombre acabado que requería la constante atención de un médico especialista en crisis nerviosas. El 6 de octubre los alemanes notificaron al presidente Wilson que estaban dispuestos a negociar sobre la base de los Catorce Puntos. Al hacerlo, esperaban que

³³ R. H. LUTZ, *The causes of the German Collapse in 1918*, Stanford, 1934, p. 268.

³⁴ M. ERZBERGER, «La débacle militaire de l'Allemagne», *Archives de la Grande Guerre*, núm. 12, 1922, p. 394.

les dejase permanecer en los territorios conquistados en el este y en algunas zonas germanoparlantes de Alsacia-Lorena.

La solicitud alemana tomó a los franceses y británicos por sorpresa. Conceder un armisticio antes de que se acordaran los términos de paz resultaba peligroso, ya que la actividad militar continua era la mejor manera de garantizar el tipo de paz que deseaban. Asimismo, existía una gran desconfianza hacia el presidente Wilson, cuyo plan de paz no había sido nunca adoptado como política aliada. Los europeos más cínicos se mostraban escépticos sobre sus sermones acerca de una paz que fuera «el clímax moral de una guerra final por la libertad de la humanidad»³⁵. Por su parte, Wilson consideraba que los objetivos francobritánicos eran inaceptables; deseaba hacer que el mundo fuera un lugar más seguro para la democracia y no quería facilitar sus ambiciones.

En Berlín, se nombró canciller a un liberal del sur, el príncipe Maximiliano de Baden, un político de buena reputación que intentó negociar con Estados Unidos sobre la base de los Catorce Puntos de Wilson. La respuesta del presidente norteamericano fue exigir la retirada alemana de los territorios ocupados e insistir en que no se negociaría con el káiser. A pesar de que había declarado: «No podemos luchar contra todo el mundo», Ludendorff se resistió a firmar, propugnando la reanudación de las hostilidades para salvar el honor. Mintió afirmando que el Ministerio de la Guerra había encontrado más reclutas. Von Baden propuso al káiser renunciar, pero éste se negó señalando: «No renunciaré al trono por unos centenares de judíos y unos miles de trabajadores». Hacía más de un siglo que los Estados alemanes no perdían una guerra y sus dirigentes no sabían cómo actuar. A una nueva oferta alemana, Wilson y sus aliados respondieron con un llamamiento directo al derrocamiento del káiser³⁶.

Maximiliano de Baden intentó democratizar *in extremis* el Segundo Reich, llamando a los centristas de Erzberg y a los liberales de Scheidemann a su Gobierno. Asimismo intentó aceptar los Catorce Puntos de Wilson. Pero ya era demasiado tarde. El diario *The Times* publicó un editorial titulado: «Una antigua firma bajo otro nombre», en el que se

³⁵ B. E. SHMITT y H. C. VEDELER, *The World in Crucible, 1914-1919*, Nueva York, 1988, p. 292.

³⁶ Véase J. H. JOHNSON, 1918. *The Unexpected Victory*, Minneapolis, 1998.

afirmaba que los experimentos del canciller no tenían ninguna importancia salvo la de pagar «las deudas de una civilización ultrajada», cuyo pago «no puede ser efectuado con palabras»³⁷. Por su parte, El *Manchester Guardian* advertía a sus lectores que nada había cambiado en la Constitución del Estado Alemán³⁸. Sobre el futuro del káiser, el *Literary Digest* señalaba: «Existe una considerable oposición a permitir que el destructor de Bélgica disfrute de una plácida vejez»³⁹.

Mientras tanto el Imperio austrohúngaro se desintegraba. El día 29 de octubre, en Praga, un movimiento popular proclamaba la República Checoslovaca; al mismo tiempo, el conde Károlyi anunciaba el nacimiento de un Estado húngaro y el Consejo Nacional esloveno, la formación de la futura Yugoslavia. A su vez, la Asamblea Nacional austriaca proclamaba la República. Mientras Carlos I renunciaba fácilmente a «toda participación en los asuntos del Estado», Guillermo II se negaba a reconocer que él era el único obstáculo para la conclusión del armisticio. Creía que si transformaba la naturaleza del régimen y emprendía algunas reformas, los alemanes y Wilson se mostrarían satisfechos.

Los Aliados se mostraron sorprendidos por la oferta alemana de armisticio y negociación y la posibilidad generaba una gran controversia. El general Pershing deseaba ignorar la propuesta y seguir avanzando hasta lograr la rendición incondicional de Alemania. El presidente Wilson, por su parte, favorecía aceptar la propuesta alemana de alto el fuego, ya que no comprometía a los Aliados a nada. Poincaré y Foch deseaban rechazar la oferta y luchar hasta que obtuviesen una auténtica rendición alemana. Sin embargo, los Aliados europeos ya no podían ignorar la fuerza militar norteamericana, ni su influencia. Por ello, los Aliados se mostraron dispuestos a negociar un armisticio y construyeron un ramal de ferrocarril que transportó un vagón alemán hasta unos metros del de Foch para entablar negociaciones. Ambos vagones se encontraron en el bosque de Compiègne, tras las líneas francesas. Los Aliados concibieron el armisticio de forma que los alemanes se vieran imposibilitados para reiniciar la guerra en el transcurso de las negociaciones de paz.

³⁷ *The Times*, 8 de octubre de 1918.

³⁸ *The Manchester Guardian*, 7 de octubre de 1918.

³⁹ *The Litterary Digest*, 26 de octubre de 1918.

El 7 de noviembre, los delegados alemanes fueron convocados al vagón de ferrocarril cerca de Compiègne para concretar los detalles del armisticio. Los representantes aliados eran el mariscal Foch y el general Weygand por parte de los franceses, y por parte británica, los almirantes Hope y Wemyss. La delegación alemana estaba encabezada por Mathias Erzberger, que sería posteriormente asesinado. Ni el káiser ni Ludendorff estuvieron presentes para asumir la responsabilidad de poner fin a una guerra que con tanta ferocidad habían librado. Foch dejó claro que no había acudido a negociar, sino a entregarles las condiciones mediante las cuales podrían conseguir un armisticio. A los alemanes se les dio un plazo de setenta y dos horas para que aceptaran los términos, bajo la amenaza de retomar la ofensiva si los rechazaban.

El armisticio implicaba el fin de las hostilidades, no una paz definitiva. Muchos observadores comprendieron que el cese de la matanza no había contribuido a lograr una paz definitiva en el continente europeo. Muy pocos eran los que esperaban del armisticio un tratado definitivo de paz; antes siquiera de que se convocara la Conferencia de Paz, se había acuñado el término *Primera Guerra Mundial*, señal inequívoca de que, para muchos, una Segunda Guerra Mundial parecía casi inevitable.

Las cláusulas del armisticio obligaban a Alemania a abandonar Bélgica y Francia en dos semanas, entregar su artillería pesada, sus ametralladoras y otras armas pesadas. El valle del Rin tenía que ser evacuado hasta treinta kilómetros al este del río; debían renunciar al Tratado de Brest-Litovsk; rendir la flota a los Aliados y, entre otros puntos, permitir el regreso de los prisioneros de guerra (medida no recíproca). Para garantizar que los alemanes no reanudaran los combates, el bloqueo marítimo continuaría, lo que hizo inevitable la pérdida de una gran cantidad de vidas por inanición.

Resulta evidente que los alemanes habrían logrado unas condiciones menos severas si hubiesen iniciado negociaciones cuando lo había solicitado el papa y el presidente Wilson, e incluso si lo hubiesen hecho en el punto culminante de la ofensiva de primavera. Sin embargo, Ludendorff y los codiciosos políticos alemanes que ambicionaban un gran imperio nunca hubiesen permitido tal escenario. Por ello, los alemanes se vieron obligados a ceder ante los Aliados, que se encontraban presionados para actuar de forma severa contra los alemanes.

Una vez que el 10 de noviembre el príncipe Maximiliano se mostró de acuerdo con el armisticio, reafirmado por su genuina intención de introducir un nuevo sistema político abierto y moderado en Alemania, el cese definitivo de hostilidades fue fijado para las once horas del día 11 del decimonoveno mes: las once de la mañana del 11 de noviembre de 1918. Habían transcurrido 1.597 días desde que el archiduque Francisco Fernando llegó a Sarajevo en su fatídica visita oficial.

Los amigos y familiares del soldado y poeta Guillaume Apollinaire describieron la trágica e irónica victoria en el momento de su fallecimiento a causa de heridas recibidas en la cabeza: «El cortejo estaba rodeado de una masa de gente celebrando el armisticio, hombres y mujeres moviendo los brazos, cantando, bailando, besándose, gritando de forma delirante. París estaba celebrando y Apollinaire había muerto. Me sentí presa de la melancolía, pues todo aquello resultaba absurdo»⁴⁰. Los cañones dispararon hasta el último minuto, lo que ocasionó que 2.738 soldados fallecieran en el último día de la guerra. El soldado George Price, del 28 batallón de infantería canadiense, fue el último soldado fallecido en acción, al ser alcanzado por un francotirador dos minutos antes de la hora programada para el cese del fuego. Se encuentra enterrado en el cementerio militar de St. Symphorien, cerca de Mons.

El piloto norteamericano Eddie Rickenbacker despegó el día del armisticio y describió lo que sucedió:

«A ambos lados de la tierra de nadie, las trincheras entraron en erupción. Hombres con uniformes caqui salieron de las trincheras norteamericanas y otros de uniforme gris surgieron de las alemanas. Desde mi posición vi como lanzaban sus cascos al aire, arrojaban sus armas y movían sus brazos. Entonces, a lo largo de todo el frente, los dos grupos comenzaron a aproximarse por la tierra de nadie. De repente, los uniformes grises se mezclaron con los marrones. Pude ver cómo se abrazaban, bailando y saltando»⁴¹.

En algunas zonas, donde los combates habían sido más intensos, no existió esa inclinación a fraternizar con el enemigo, pero, en ge-

⁴⁰ Blaise Cendrars citado en J. WINTER y B. BAGGET, *The Great War*, Londres, 1996, pp. 317-319.

⁴¹ E. RICKENBACKER, *Rickenbacker - An Autobiography*, Nueva Jersey, 1967, p. 135.



Londres. La alegría del armisticio.



El precio de la guerra. Yesos y máscaras para mutilados.

neral, el ambiente era festivo en casi todo el frente de batalla. En las ciudades de todo el mundo estalló el júbilo. El corresponsal británico Philip Gibbs escribió sobre el momento: «Los fuegos del infierno se han apagado y yo he escrito mi última crónica como corresponsal de guerra: “Gracias a Dios”»⁴². En esos días las conexiones del frente interno demostraron ser vitales. La revolución de noviembre en Alemania fue un acontecimiento complejo que reflejó el agotamiento alemán. Surgió de la desafección, no de las presionadas y agotadas tropas del frente occidental, sino de los marinos.

A finales de octubre, el alto mando alemán había ordenado a la Flota de Alta Mar que se dirigiese al mar del Norte para un enfrentamiento final con la Royal Navy. Los soldados, ya desmoralizados por su inactividad e influenciados por la propaganda bolchevique, se amotinaron ante la posibilidad de una inútil muerte segura a manos de la flota aliada. El marinero Stumpf escribió: «Años de injusticia acumulada se han transformado en una fuerza explosiva que ahora explota con gran potencia. Dios mío, ¿por qué tuvimos que tener esos oficiales criminales y sin conciencia? Fueron ellos los que nos privaron de nuestro amor a la Madre Patria, nuestra felicidad en nuestra existencia alemana y nuestro orgullo en nuestras incomparables instituciones»⁴³.

El 3 de noviembre estallaron motines en Kiel: los marinos se negaron a salir del puerto y a entablar una batalla «por el honor»; los sediciosos organizaron manifestaciones en las que cantaban *La Internacional* y afirmaban su firme decisión de derribar el régimen; los marineros constituyeron sóviets, que habían ido ganando adeptos desde la Revolución rusa, y se produjeron diversos actos violentos. El mismo proceso se propagó a otros puertos de Alemania y, posteriormente, a las ciudades industriales. Intentando capitalizar el creciente descontento, los profesionales de la revolución se pusieron en marcha (Eisner, en Múnic, y Liebknecht, en Berlín). En pocos días, la revolución se extendió por toda Alemania, por lo que el Tratado de Versalles tendría que ser negociado en medio de una fuerte agitación revolucionaria.

A diferencia de los sóviets rusos, los alemanes emanaban más de la voluntad de los soldados que de la de los trabajadores. Sin embargo,

⁴² Citado en H. TOOLEY, *The Western Front*, Nueva York, 2003, p. 251.

⁴³ D. HORN (ed.), *The Private World of Seaman Stumpf*, Londres, p. 419.

algunos se sumaron al movimiento guiados por los jefes espartaquistas e independientes. Los líderes de la socialdemocracia y de los sindicatos intentaban neutralizar el movimiento, pero sólo la abdicación inmediata del káiser podía restablecer su autoridad. La revolución se palpaba en el ambiente. Miembros de la nobleza alemana huían del país al temer el estallido de un bolchevismo de corte soviético que el ejército no se encontraba en condiciones de sofocar.

Con revolucionarios tomando las calles de Berlín y proclamando la república desde las escaleras del Reichstag, Hindenburg advirtió al káiser que no podía garantizar su seguridad. Reticente, el káiser finalmente abdicó y buscó asilo en Holanda, y fue el Gobierno socialista el que cargó con las costas de la derrota. El liderazgo militar había intentado persuadir al káiser de que buscara la muerte en el frente de batalla, a lo que se negó.

El 23 de junio de 1919 la Flota de Alta Mar alemana, internada en la base naval de Scapa Flow, fue hundida por sus tripulaciones como protesta por la severidad de los términos del acuerdo de paz. El invierno había sido muy largo para las tripulaciones alemanas. No se había permitido que éstas bajaran a tierra, lo cual había decepcionado a los marineros más radicales, que se habían ofrecido para poder propagar la revolución a Gran Bretaña. Desaparecieron 400.000 toneladas de costosos buques. Aquellos hundimientos marcaron un momento trágico. Si el káiser no se hubiera embarcado en un intento estratégicamente innecesario de igualar la fortaleza marítima británica, se podía haber evitado la hostilidad entre ambas naciones y el ambiente de sospecha e inseguridad que llevó al desencadenamiento del conflicto. La tumba de esos barcos en la base naval británica permanece como recordatorio de una ambición militar sin sentido⁴⁴.

El 22 de noviembre de 1918, la familia real belga entraba en una entusiasmada Bruselas. El rey Alberto, luciendo su casco de infantería, con el que todos los belgas le recordaban, desfiló a caballo por Bruselas. Un oficial que acompañaba al rey observó que los comerciantes exhibían en sus vitrinas todos los objetos de cobre y utensilios que habían conseguido esconder de las requisas alemanas⁴⁵.

⁴⁴ Sobre los últimos días de la flota alemana, véase D. VAN DER VAT, *The Grand Scuttle: The Sinking of the German Fleet at Scapa Flow in 1919*, Edinburgo, 1982.

⁴⁵ H. CARTON DE WIART, *Souvenirs politiques*, vol. I, Bruselas, 1981, pp. 377-378.

Dirigiéndose a la nación frente a las Cámaras reunidas, Alberto I comenzó su discurso con unas sencillas palabras: «Señores, yo os traigo el saludo del ejército»⁴⁶. En la intensa emoción del momento, el discurso real fue interrumpido numerosas veces por los aplausos de las Cámaras. El representante español en Bruselas, el marqués de Villalobar, informaba:

«Ayer se verificó la solemne entrada de los reyes en Bruselas acompañados de sus hijos con un brillante Estado Mayor, a caballo al frente de sus tropas [...] el entusiasmo de la entrada, el del desfile y las aclamaciones, los vítores, las músicas, las flores, cintas y palomas lanzadas, y cuanto ha demostrado la alegría de la capital por la vuelta de sus soberanos, es indescriptible. La entrada de los reyes en la Cámara fue de emoción delirante, y durante varios minutos fue imposible restablecer el orden, sin contar con que muchos ojos estaban arrasados de lágrimas, cosa comprensible tras los sufrimientos y emociones por que ha atravesado esta nación. En estos actos Sus Majestades hallaron siempre ocasión de hablarme y reiterarme su satisfacción por todo y sus constantes elogios y agradecimientos a España»⁴⁷.

Finalmente callaron las armas. En las capitales de los vencedores se produjeron escenas de enorme alegría, mientras en Alemania se instaló una extraña tranquilidad debido a la amenaza de nuevos disturbios. En Inglaterra Lloyd George afirmaba: «Espero que podamos decir que esta histórica mañana marcó el final de todas la guerras». Stefan Zweig narraba en sus memorias las esperanzas que se depositaban en el nuevo mundo que iba a surgir de las cenizas de la guerra:

«Creíamos en el grandioso programa de Wilson, que suscribíamos por entero; en aquellos días en que la Revolución rusa todavía celebraba sus esponsales con la idea de la humanidad y el pensamiento idealista, veíamos nacer en Oriente un incierto resplandor. Éramos unos necios, lo sé. Pero no sólo nosotros. Quien vivió aquella época recuerda que las calles de todas las ciudades retronaban de júbilo al recibir a Wilson como salvador del mundo, y que los soldados enemigos se abrazaban y besaban; nunca en Europa había existido tanta fe

⁴⁶ L. RAINIERI, *Emile Francqui ou l'intelligence. 1863-1935*, París, 1985, p. 181.

⁴⁷ AFV, 1/1918, Despacho del marqués de Villalobar al conde de Romanones, Bruselas, 24 de noviembre de 1918.

como en aquellos primeros días de paz, pues por fin había lugar en la Tierra para el reino de la justicia y la fraternidad, prometido durante tanto tiempo; era ahora o nunca la hora de la Europa común que habíamos soñado [...] Empezaba otro mundo. Y, como éramos jóvenes, nos decíamos: “será el nuestro, el mundo que soñábamos, un mundo mejor y más humano”»⁴⁸.

Los pueblos victoriosos miraban al futuro con esperanza, de forma irracional pero comprensible, creyendo que las pérdidas y la destrucción de la mayor guerra de la historia debían sentar las bases para construir un mundo mejor. El día del armisticio cantaron y bebieron por un mundo mejor. Sin embargo, en un hospital militar en Pasewalk, el cabo Adolf Hitler, que se recuperaba de un ataque británico con gas, maldecía la humillación de Alemania y soñaba con el papel que podía representar en el resurgir de Alemania. La «suprema experiencia» de Hitler en las trincheras, atormentado por el destino de sus compañeros muertos y por el brutal sacrificio que solo llevó a la derrota, le hizo jurar que vengaría sus muertes, humillaría a los enemigos de Alemania y convertiría a los alemanes en un pueblo orgulloso, superior y despiadado. Su deseo de venganza llegó al alma de muchos corazones alemanes. Al recibir las noticias de la abdicación de káiser, el marino Stumpf escribió: «Sentí que me habían quitado un enorme peso de encima». Sin embargo, al enterarse de las condiciones del armisticio y de que éstas implicaban entregar la flota, escribió con desesperación: «Ojalá no hubiera nacido alemán. Mi Madre Patria, mi querida Madre Patria, ¿Qué sucederá contigo ahora?»⁴⁹.

La derrota produjo tensiones similares en Austria-Hungría, pero fue en Hungría donde la revolución a punto estuvo de tener éxito. El Imperio había sufrido una oleada de huelgas a principios de 1918. Mientras el descontento se expandía, también comenzaban los disturbios en las Fuerzas Armadas: unos 4.000 marineros se amotinaron en Cattaro en febrero de 1918. En principio, se trataba de una huelga por las condiciones de vida a bordo que fracasó rápidamente y cuatro hombres fueron ejecutados. Sin embargo, los problemas continuaron, y afectaron a una gran variedad de contingentes nacionales en el

⁴⁸ S. ZWEIG, *El Mundo de Ayer*, op. cit., p. 356.

⁴⁹ D. HORN (ed.), *The Private World of Seaman Stumpf*, op. cit., p. 431.

seno del ejército, incluyendo a eslovenos, serbios, checos y magiares. El proceso se propagó por una reducción en las raciones de pan para las tropas en la retaguardia, debido a que se suponía que los hombres en el frente requerían más alimentos. Una serie de aspectos políticos comenzaron a emerger en diversos disturbios en el ejército en mayo de 1918 mientras Conrad planeaba una nueva ofensiva contra Italia⁵⁰.

El alto mando se encontraba particularmente alarmado por el regreso de los prisioneros austrohúngaros de Rusia tras la Paz de Brest-Litovsk. No existían indicios particulares de que se estuvieran condicionados por la propaganda comunista, pero en realidad muy pocos deseaban regresar al frente de batalla. Al final, la ofensiva de Conrad, que se inició el 15 de junio, se tradujo en un desastre, llevando no sólo a su cese, sino también a un aumento destacado de las desertiones. Al menos 400.000 hombres desertaron entre junio y septiembre de 1918. En octubre de 1918, muchos parecían estar esperando el avance aliado para rendirse cuando se produjo la ofensiva italiana y británica y la victoria de Vittorio Veneto. Unos 500.000 soldados austrohúngaros se rindieron entre el 26 de octubre y el 3 de noviembre de 1918, sufriendo tan sólo 30.000 bajas durante el mismo período.

El emperador Carlos solicitó a Wilson la paz de acuerdo con los Catorce Puntos, pero Wilson tan sólo respondió a través de Berlín. El emperador introdujo una estructura federal en Austria el 16 de octubre para que los diputados germanoparlantes de Austria constituyesen una Asamblea Nacional Provisional el 21 de octubre y proclamasen un Estado austriaco. En Hungría se estableció un Consejo Nacional el 25 de octubre bajo el mando del conde Mihályi Károlyi, reconocido como Gobierno el 31 de octubre de 1918. Ese mismo día, Tisza fue asesinado por soldados que le acusaban de haber sido el causante de la guerra. La República checoslovaca fue proclamada en Praga el 28 de octubre, y la Galicia austriaca anunció que se incorporaría al Estado polaco, aunque esto no fue proclamado formalmente por el nacionalista polaco Pilsudski hasta el 11 de noviembre. Al día siguiente, la Dieta de Zagreb proclamaba el cese de los vínculos cons-

⁵⁰ M. FARKAS, «The military collapse of the Austro-Hungarian monarchy, October 24 to November 3, 1918», en P. PASTOR (ed.), *Revolutions and Interventions in Hungary and its Neighbour States, 1918-19*, Boulder, 1988.

titucionales entre las Tierras Eslavas del Sur y Viena. El 30 de octubre, el puerto de Fiume declaró su independencia, y sus autoridades mostraron su deseo de unirse a Italia.

Gran parte del ejército austrohúngaro se encontraba ya afectado por los motines y el 28 de octubre Austria-Hungría solicitaba el armisticio, que sería firmado en Villa Giuste cerca de Padua el 3 de noviembre, y que no entró en vigor hasta el 4 de noviembre de 1918. El emperador Carlos abdicó el 11 de noviembre, aunque no renunció formalmente al trono. Los acontecimientos en Austria no constituyeron una revolución social, sino una revolución en el seno del poder. Por el contrario, los acontecimientos subsiguientes en Hungría se convirtieron en una revolución social que pronto sería sofocada. Las nuevas autoridades húngaras declinaron inicialmente aceptar el armisticio, pero firmaron oficialmente uno en Belgrado el 13 de noviembre de 1918. El 16 de noviembre, se proclamó la República en Hungría en un proceso pacífico controlado, en gran parte, por una alianza de las clases medias de socialdemócratas y radicales. Sin embargo, Károlyi resultó una decepción para los campesinos más pobres, pues se mostraba reticente a precipitar la reforma agraria. Enfrentado todavía al bloqueo de la Entente, el Gobierno se mostró incapaz de acabar con los consejos de soldados y de trabajadores que habían surgido al final de la guerra⁵¹.

En marzo de 1918 se había establecido en el exilio un Partido Comunista húngaro bajo el liderazgo de Béla Kun, que se había convertido al comunismo mientras se encontraba como prisionero de guerra en Rusia. Su fuerza era tal que en medio de una serie de huelgas y exigencias de la Entente para que Hungría cediese territorio a Rumania, en marzo de 1919 los socialdemócratas se vieron obligados a aceptar la coalición con los comunistas. El Consejo Revolucionario de Gobierno de la nueva República Húngara-Soviética surgió el 23 de marzo. Los comunistas introdujeron una nacionalización a gran escala de la tierra, pero, en vez de distribuirla, propusieron un sistema colectivista del Estado. Los juzgados se transformaron en tribunales revolucionarios, los bancos y las industrias fueron nacionalizados, la educación pasó al Estado, se intro-

⁵¹ A. SIKLÓS, *Revolution in Hungary and the Dissolution of the Multinational State, 1918*, Budapest, 1988, pp. 38-64.

dujo el sufragio universal y la administración local fue asumida por trabajadores de los consejos⁵².

En abril de 1919, fuerzas rumanas yugoslavas y checas intervinieron en Hungría para apoderarse del territorio que reclamaban. En julio los rumanos destruyeron el Ejército Rojo húngaro y Béla Kun abandonó precipitadamente Budapest antes de que los rumanos lo ocupasen el 3 de agosto de 1919. En noviembre de 1919, el Gobierno húngaro pasaba al control del almirante Miklos Horthy, antiguo comandante en jefe de la marina imperial. Los comunistas fueron eliminados en el denominado «Terror Blanco» y Horthy se convirtió en regente en enero de 1920 continuando en el Gobierno de Hungría hasta 1944⁵³.

Los motivos de la derrota de las Potencias Centrales

En vista de la cambiante fortuna en el conflicto, resulta pertinente preguntarse por qué fueron derrotadas las Potencias Centrales. Esto no era inevitable hasta agosto de 1918, pero, tras el fracaso del Plan Schlieffen, era el resultado más probable. Alemania, a pesar de sus colosales esfuerzos, no contaba con los recursos materiales ni financieros para derrotar a una coalición tan enorme de enemigos, y la suma de Estados Unidos en 1917 compensó la pérdida de Rusia, por lo que en 1918 la balanza se inclinaba ya decisivamente contra las Potencias Centrales.

Sin embargo, al inicio el conflicto, Alemania parecía mejor equipada que sus enemigos para librar una gran guerra moderna. Su ejército y su marina eran los más modernos y eficientes del mundo y su economía estaba, en muchos aspectos, mejor preparada para la producción de material militar, incluso que la de Gran Bretaña, superándola, por ejemplo, en acero. En los primeros días del conflicto, Alemania poseía las ventajas de una mejor preparación (aunque todavía no estaba lista para una guerra total) y una calidad superior en armamentos y soldados. Sin embargo, esas ventajas eran únicamente efecti-

⁵² Véase F. L. CARSTEN, *Revolution in Central Europe, 1918-19*, Berkeley, 1972, pp. 239-247.

⁵³ T. HÁJDU, *The Hungarian Soviet Republic, op. cit.*, pp. 11-22, 92-104 y 153-169.

vas a corto plazo y el Plan Schlieffen revela que los más agudos pensadores militares en la Alemania de preguerra apreciaban la importancia de una rápida victoria. Una vez que fracasó el Plan Schlieffen, y que se detuvieron las ofensivas de 1914, el aislamiento de Alemania, y su incapacidad para garantizar el suministro de materias primas vitales y de alimentos, debilitó de forma significativa su esfuerzo de guerra⁵⁴.

Gran Bretaña poseía ventajas a largo plazo: contaba con la marina más poderosa del mundo, un extenso imperio, un enorme poder financiero y rutas comerciales abiertas hacia Japón, Estados Unidos y la Commonwealth. El problema de Gran Bretaña era que en 1914 se encontraba mal preparada para librar una guerra total en términos materiales, humanos y psicológicos. Las primeras contribuciones de Gran Bretaña al esfuerzo de guerra aliado no fueron muy destacadas —nunca contó con más de un millón de hombres en armas— y los franceses y los rusos se percataron rápidamente de esto. Hasta 1916 no se introdujo el reclutamiento obligatorio y el establecimiento por parte de Lloyd George de un Gobierno de coalición que permitió a Gran Bretaña movilizar sus recursos de forma efectiva. Durante casi todo el conflicto, Alemania consiguió exprimir más su economía y su sociedad que Gran Bretaña, aunque el régimen alemán traspasó los límites para conseguirlo, algo que explica el cansancio de guerra y el descontento que culminó en la revolución de 1918.

Los alemanes fueron derrotados por varios factores que habían sido desdeñados por Ludendorff. Había descartado la construcción de tanques y, como resultado, sus tropas se vieron desbordadas por un arma que sus oficiales habían menospreciado. Dado que los tanques no debían presentar grandes dificultades, los alemanes carecían de armas antitanques eficaces. Ludendorff también se había negado a admitir que los norteamericanos realizarían una contribución destacada en el campo de batalla en 1918. De hecho, hacia mediados de verano se encontró enfrentado a veinticinco divisiones norteamericanas, frescas y seguras de su capacidad. Por encima de todo, subestimó la resistencia de los británicos y franceses, y la habilidad de sus tropas para recuperarse de golpes devastadores. No creía que los enemigos lucharían como Alemania. Fue un craso error.

⁵⁴ Véase P. KENNEDY, *The Rise and Fall of the Great Powers*, Londres, 1989, p. 259.

Sin embargo, es preciso alejarse de los aspectos y explicaciones puramente militares sobre el desenlace de la guerra y realizar un análisis de la interrelación entre la sociedad civil y el ejército. El triunfo de los Aliados debe ser explicado por el éxito en lograr equilibrar las necesidades de estos dos sectores. Un breve examen de la evolución de la respuesta de los Estados beligerantes resulta esclarecedor. Inicialmente, en 1914, la movilización de los Estados en guerra fue en gran parte espontánea, un producto de la cultura nacional expresada en apoyo popular para un conflicto en defensa de la madre patria. El Estado adquirió nuevos poderes, pero en los primeros compases se mostró vacilante a ejercitarlos, apoyándose en la propaganda para movilizar a la nación. En asuntos económicos, el Estado trabajó en colaboración con la industria para producir las municiones necesarias.

En Rusia el sistema fue diferente, pues el Estado se mostró incapaz de impulsar el esfuerzo de guerra, en parte por el miedo a los efectos democratizadores de embarcarse en cualquier tipo de colaboración con la Duma. Esto culminó en 1915 en una humillación para el Gobierno cuando, forzado por las circunstancias y por la presión de la opinión pública, se vio obligado a aceptar una colaboración con la industria y la sociedad. Así, en Rusia la cuestión de la movilización nacional se convirtió en un tema politizado que generaba fuertes divisiones internas. Con el fracaso de la guerra de movimientos se puso de manifiesto que la victoria dependería de la habilidad de los países para movilizar sus recursos económicos y humanos. La terrible carnicería de 1915 y las tensiones que causó sólo confirmaron esa premisa.

En Alemania, Walther Rathenau, presidente del gran consorcio eléctrico AEB, ya había previsto en 1908 una larga guerra de desgaste: «Las guerras modernas ya no serán decididas por el combate cuerpo a cuerpo y por héroes homéricos, la actual diosa de la Guerra es el poder económico»⁵⁵. El 3 de agosto persuadió al ministro de la Guerra para establecer el Departamento de Materias Primas Bélicas (KRA, Kriegrohstoffabteilung). El KRA otorgó prioridad absoluta a la producción bélica y a todas las materias primas esenciales, incluyendo la mano de obra. Se creó un registro de los bienes de emergencia sobre los que las Fuerzas Armadas tenían prioridad. La escasez

⁵⁵ Véase H. PACTER, «Walther Rathenau: Musil's Arnheim or Mann's Naptha», en H. PACTER, *Weimar Etudes*, Nueva York, 1982, pp. 177-188.

de materiales podían ser obtenidos en países extranjeros u ocupados, y se proporcionó apoyo a los científicos alemanes que desarrollaban productos *ersatz* (sucedáneos)⁵⁶.

Se estableció una serie de Compañías de Materias Primas de Guerra para administrar y distribuir los productos. La red de contratos industriales de Rathenau aseguró la participación de toda la industria alemana. Estos comités, aunque protegidos y supervisados por el Estado, se constituyeron sobre las organizaciones existentes en la industria alemana, que ya se encontraba dominada por grandes cárteles monopolísticos. No había necesidad, por ejemplo, de establecer una Compañía de Guerra del Carbón, pues ya existía un fuerte cártel en el sector. En septiembre de 1914, las mayores compañías industriales alemanas formaron el Comité Alemán para la Industria Alemana, que representaba sus intereses y asesoraba al Gobierno en cuestiones industriales⁵⁷.

Enfrentada a un efectivo bloqueo naval, Alemania seguía precisando importar carbón y otras materias primas. El Ministerio de la Guerra creó en 1916 una Compañía Central de Adquisiciones (ZEG, *Zentraleinkaufsgesellschaft*) que adquiriría en países neutrales como Holanda y Suecia lo que Alemania no podía producir. Sin embargo, el Gobierno fracasó en garantizar el suministro de alimentos. Al disminuir las cosechas, y ante la imposibilidad de importar, las autoridades locales y el Gobierno federal intentaron fijar un precio máximo para los alimentos y la ropa. En enero de 1915, la Oficina Imperial del Grano introdujo el racionamiento de pan y, posteriormente, de todos los alimentos⁵⁸.

La rápida reorganización de la economía alemana sirvió de modelo para sus enemigos. El ministro de la Guerra francés, Alexander Millerand, respondió a la aguda escasez de proyectiles de septiembre de 1914 reorganizando la industria nacional en doce regiones y realizando peticiones enormes de proyectiles y cañones. Aunque Millerand permitió que los negocios privados continuaran produciendo

⁵⁶ G. D. FELDMAN, *Army, Industry and Labour in Germany, 1914-1918*, Princeton, 1966.

⁵⁷ R. CHICKERING, *Imperial Germany and the Great War, 1914-1918*, Cambridge, 1998, p. 39.

⁵⁸ Véase R. G. MOELLER, *German Peasants and Agrarian Politics, 1914-1924*, Chapel Hill, 1986.

armamento, la iniciativa logró resultados inmediatos, aumentando de forma significativa la producción de municiones durante los primeros meses de la guerra. Sin embargo, la escasez de municiones en la primavera de 1915 exigió un nuevo incremento de la producción. En mayo, Albert Thomas fue nombrado subsecretario de Estado de Artillería y Municiones. Thomas estableció subcomités para coordinar las áreas específicas de producción, entre éstas las de proyectiles y explosivos, y trabajó estrechamente con la industria francesa que se había organizado ya para la guerra⁵⁹.

En Gran Bretaña, lo más grave de los primeros meses del conflicto fue la escasez de proyectiles. En los primeros compases se hizo frente a las exigencias económicas de la guerra con una economía de mercado. El Gobierno actuaba en calidad de cliente otorgando lucrativos contratos a la industria privada. Sin embargo, la mayoría de los expertos militares había vaticinado una guerra de movimientos y, por lo tanto, no habían otorgado prioridad a la artillería pesada. Cuando la guerra se convirtió en un interminable horizonte de trincheras, la necesidad de proyectiles de gran calibre y alto poder explosivo se hizo acuciante. El ejército tenía pocos cañones y, por tanto, escasos proyectiles, y las fábricas existentes, con sus trabajadores poco preparados y mal organizados, no estaban capacitadas para esa producción tan peligrosa y especializada.

En la primavera de 1915, Gran Bretaña estaba produciendo tan sólo 700 proyectiles al día, mientras que los alemanes producían 250.000. La denominada «crisis de proyectiles» generó una gran presión para que el Gobierno ejerciera un mayor control centralizado de la mano de obra y la industria. En mayo de 1915, Lloyd George fue nombrado ministro de Municiones, con la responsabilidad de proporcionar suministros militares adecuados para el frente. Fue el hombre adecuado para el puesto, ya que aportó energía y determinación, y logró establecer una serie de organizaciones dentro de un sistema centralizado de producción bélica⁶⁰.

Por su parte, Rusia ingresó en el conflicto con una confianza errónea. Un diario señalaba: «Gracias al aumento industrial y a las bue-

⁵⁹ R. KUISEL, *Capitalism and the State in Modern France*, Cambridge, 1981.

⁶⁰ J. WILLIAMS, *The Home Fronts: Britain, France and Germany, 1914-1918*, Londres, 1972, p. 210.

nas cosechas de estos últimos años, estamos completamente preparados para una larga guerra»⁶¹. Sin embargo, los intentos del Gobierno de lidiar con las estructuras burocráticas y económicas existentes resultaron un fracaso. Rusia poseía 4,5 millones de rifles en 1914, pero en 1915 había reclutado a 10 millones de hombres. Como consecuencia de este incremento exponencial del ejército, a algunos soldados se les proporcionaron porras en vez de rifles, y en ciertas unidades sólo uno de cada cinco soldados contaba con una bayoneta. Hacia finales de 1914, las tropas de primera línea no tenían botas, cocinas de campaña, ni suministros médicos. La escasez de artillería pesada y de proyectiles era desesperada. Los suministradores del Gobierno recibieron enormes pedidos de materiales de guerra, pero éstos fueron insuficientes para la creciente demanda. La transición a la producción de guerra se estaba deteniendo y la movilización privó a la industria de un 40 por 100 de trabajadores especializados, algo que golpeó con dureza a la producción durante el primer año de guerra. Para agravar más las cosas, el transporte de ferrocarril fue requisado por el ejército dejando, a menudo, materias primas en el camino.

La «gran retirada» rusa de 1915 llevó a la caída de Varsovia en manos alemanas, y a la pérdida del mayor productor ruso de locomotoras y vagones: Levenstein. Un 50 por 100 del sistema ferroviario ruso cayó en manos alemanas y se perdieron 4.000 fábricas (un 20 por 100 de toda la base industrial rusa). Se estableció un Comité Centralizado de Industrias Bélicas para coordinar la industria pesada y se crearon Comités especiales para la Defensa, Alimentos, Combustible y Transporte que dirigían la producción de cada una de estas vitales materias primas.

A finales de 1915, la movilización industrial masiva para la «guerra total» era ya una realidad en todos los países. Los frutos de ese esfuerzo se dejarían sentir en las campañas de 1916, cuando las potencias arrojaron su gigantesca fuerza industrial y militar sobre el barro de Verdún, el Somme y el frente oriental. Gradualmente, se hizo evidente la necesidad de un esfuerzo total por parte del Estado y de la sociedad para ganar la guerra, la «lógica totalizadora del conflicto». Los mitos nacionales movilizados en 1914 comenzaron a crear divisiones

⁶¹ Diario *Birzheve Vedomsti*, citado en L. SINGELBAUM, *The Politics of Industrial Mobilisation in Russia*, Londres, 1983, p. 21.

y la solidaridad social se vio sometida a fuertes tensiones debido a las experiencias de la guerra. Consecuentemente, la automovilización había perdido su impulso hacia 1916. A partir de ese momento, en la mayor parte de los países, el Estado asumió un papel más dirigente y central en el esfuerzo de guerra. El reclutamiento en Gran Bretaña, el Programa Hindenburg en Alemania y la movilización de la sociedad francesa por parte de Clemenceau tras su nombramiento en 1917 subrayan el papel más dominante adoptado por el Estado en la organización de la guerra y en la movilización de la nación.

Sin embargo, en sus respuestas a las crisis de 1916 y 1917, los regímenes revelaron la esencia de sus sistemas estatales y eso determinó su destino final. En Rusia, el régimen zarista fue incapaz de aceptar las críticas, a las que respondió con más represión. Sin embargo, la represión profundizó la brecha entre el Estado y la sociedad y, con el tiempo, eso desembocó en la Revolución de febrero. En Alemania, la naturaleza de la Constitución alemana llevó a la elección de posibles alternativas: autoritario con el dominio del alto mando del ejército y el Programa Hindenburg, o democrático, ofrecido por el Reichstag en la resolución de paz de julio de 1917. Hindenburg y Ludendorff eligieron el primero, pero sus críticos siguieron muy activos y el derrumbe de la *Burgfrieden* prefiguró el del esfuerzo de guerra alemán. No era posible coaccionar al pueblo alemán para que realizara mayores esfuerzos cuando sus representantes electos en el Reichstag eran rechazados desde el régimen. El pueblo soportó y aceptó los requerimientos del Estado, pero el necesario compromiso entusiasta para llevar a cabo una movilización total ya no estaba presente. Como consecuencia de este declinar del sentido de la comunidad de intereses, se impuso el cansancio de guerra. El súbito aumento de las huelgas, de los motines y de las protestas se puede vincular a la promulgación del Programa Hindenburg.

Ya en julio de 1917 algunos conservadores eran conscientes de que sólo promesas creíbles de reforma podían resucitar la *Burgfrieden*. En una carta abierta al Gobierno publicada en el diario *Berliner Tageblatt*, un grupo de inminentes conservadores declaraba que «la titánica lucha en la que se encuentra el pueblo alemán no ha finalizado todavía. Los abajo firmantes no dudan en enfatizar públicamente lo que exige el momento: que el Gobierno alemán dote de expresión efectiva y definida a la confianza que el pueblo alemán merece». Eso nunca sucedió. En su lugar, el liderazgo militar exhortó a

los alemanes a realizar mayores sacrificios y desvió los recursos materiales y humanos al esfuerzo de guerra, mientras las condiciones en el frente interno continuaban deteriorándose. Los salarios, el consumo y la nutrición disminuyeron y la muerte de alemanes no combatientes durante la guerra se multiplicó por seis en relación con la de Francia.

El hambre y los esfuerzos que se exigieron a los ciudadanos para obtener alimentos socavaron su voluntad de resistir. Como una red invisible, los problemas de suministro de alimentos vincularon a la sociedad alemana con su liderazgo, hasta que el esfuerzo de guerra se hizo muy difícil y posteriormente imposible de mantener. El escritor Ernst Glaser apuntó: «El hambre destruyó nuestra solidaridad. Los niños robaban raciones. Pronto, las mujeres que hacían largas colas comenzaron a hablar más del hambre de sus hijos que del fallecimiento de sus maridos. En poco tiempo, un lote de jamón robado nos excitaba más que la caída de Bucarest»⁶². Los devastadores efectos de la escasez de alimentos eran un recordatorio constante para los alemanes de la implacabilidad de la Entente, en particular de los británicos. Los alimentos habían sido controlados desde el comienzo de la guerra en Alemania. El racionamiento de pan comenzó en 1915 y hacia 1916 las clases urbanas trabajadoras se encontraban ya en serias dificultades, soportando largas colas para conseguir unos alimentos cada vez más escasos y costosos⁶³.

La Oficina Nacional de Salud en Berlín calcularía que, en el momento del armisticio, 763.000 alemanes habían fallecido como consecuencia del bloqueo. En 1914, la dieta de un alemán medio era de 3.400 calorías diarias. En 1918 se había desplomado hasta las 1.000 calorías. La mortalidad entre los civiles alemanes era un 38 por 100 más alta que en 1913. La tuberculosis y el raquitismo eran endémicos y los más débiles fueron los más afectados: ancianos, niños pequeños y enfermos⁶⁴. El hambre era tolerable tan sólo a corto plazo y únicamente si la victoria parecía al alcance de la mano. Hindenburg y Ludendorff pidieron lo imposible al pueblo alemán motivándolos con el temor de lo que supondría la derrota. Con el tiempo, se llegó

⁶² Citado en H. HERWIG, *The First World War*, op. cit., p. 292.

⁶³ R. RAICO, «World War I: The Turning Point», en J. V. DENSON (ed.), *The Costs of War: America's Pyrrhic Victories*, New Brunswick, 1999.

⁶⁴ C. PAUL VINCENT, *The Politics of Hunger*, op. cit.

a una situación en la que la derrota parecía una salida del tortuoso y duro camino que supuestamente llevaba a la victoria.

Hacia finales de 1917 los elementos que resultarían vitales en la derrota de las Potencias Centrales eran ya evidentes. Las finanzas alemanas se habían deteriorado debido a la reluctancia del régimen a imponer impuestos sobre los ingresos o sobre los beneficios de guerra debido al temor a enfrentarse con las élites industriales. Esta utilización partisana de la riqueza nacional supuso que Alemania tuviera que apoyarse en políticas inflacionarias imprimiendo más dinero, logrando más préstamos a nivel interno y generando una gigantesca deuda nacional. Sin embargo, las inmensas demandas de la guerra total no podían ser financiadas de esa forma indefinida y hacia 1918 Alemania se enfrentaba a graves problemas financieros, de material y de hombres. La falta de recursos humanos resultó crítica. Las poblaciones conjuntas de los cuatro Imperios Centrales ascendían a 144 millones en 1914; las de las principales potencias de la Entente en 1918 (incluyendo colonias) sumaban ya 690 millones⁶⁵.

Durante la guerra, Alemania movilizó a 13,5 millones de hombres, más que ningún otro país y una proporción mayor que la población nacional de cualquiera de sus rivales. Sin embargo, la amplitud de la alianza contra ella supuso que pudiesen disponer de menos de la mitad de los recursos humanos que sus enemigos. La Ley de Trabajo Auxiliar, diseñada para maximizar la utilización de lo que quedaba de la población adulta masculina, generó enormes tensiones entre las necesidades del frente y aquellas de las industrias relacionadas con la guerra. Más de tres millones de hombres fueron retirados de la línea de frente para trabajar en la producción de municiones. Sin embargo, las acuciantes necesidades en la maquinaria de guerra no podían ser satisfechas.

Hacia 1918 los Aliados occidentales poseían enormes ventajas numéricas en términos de aviones, tanques y camiones, y éstas demostrarían ser cruciales durante la campaña final del conflicto. Además, el relevo de tantos soldados del frente para trabajar en la industria, unido a la necesidad de controlar la Europa del este tras el punitivo Tratado de Brest-Litovsk, desembocó en una escasez desesperada de tropas alemanas en el frente occidental. Alemania co-

⁶⁵ N. FERGUSON, *The Pity of War*, Londres, 1998, pp. 248-249.

menzó el año 1918 ampliamente superada en número y cuando la ofensiva de primavera se detuvo había sufrido casi 500.000 bajas. Hacia agosto había perdido un millón más de hombres, debido a las enfermedades, a las deserciones y a las heridas autoinfligidas, dejando tan sólo dos millones y medio de tropas en el frente. Alemania había perdido la guerra. El Gobierno alemán, dominado por los militares, fracasó en su intento de resolver sus necesidades militares y económicas debido a su incapacidad para valorar tanto la importancia de las necesidades de su pueblo como las de su ejército. Librar una guerra en términos económicos, así como en otras esferas, es esencialmente un asunto político.

El contraste con los desarrollos en las democracias occidentales resulta notable. En Francia y Gran Bretaña el poder se alejó de los generales y fue ejercido por Gobiernos de coalición liderados por políticos civiles populistas (Lloyd George y Clemenceau). El régimen británico prometió reformas democráticas al finalizar la contienda. Los franceses se encontraban luchando para liberar a su país de los ocupantes alemanes y, a pesar de su agotamiento y malestar, no descansarían hasta que lo hubieran logrado. Conforme progresaba la guerra, ambos Gobiernos intensificaron sus esfuerzos asumiendo mayores poderes sobre la industria y el pueblo. Desde 1915, el subsiguiente experimento en capitalismo de Estado logró mantener el nivel de vida de la población civil a través de subsidios, del control de la renta y de una intervención activa del Estado en las relaciones entre trabajadores y empresarios.

El Estado enfatizaba la naturaleza limitada de los objetivos de guerra de la nación, lo que contrastaba con las progresivas ambiciones públicas de los líderes del Gobierno dominado por los militares en Alemania. Como resultado de este enfoque, Gran Bretaña y Francia lograron equilibrar de forma más efectiva las necesidades militares y civiles. Ambos países desarrollaron un sistema que mantuvo en armas a grandes ejércitos al tiempo que conseguían que las sociedades de donde éstos eran reclutados contasen con un nivel aceptable de abastecimiento. Por tanto, cuando Gran Bretaña y Francia exigieron un último esfuerzo en 1918, la sociedad respondió de forma positiva, en claro contraste con lo que sucedió en Alemania. Ante la crisis de la guerra, los regímenes democráticos demostraron ser capaces de exigir mayores sacrificios que los autocráticos. Esto puede resultar ciertamente paradójico, pero el consentimiento de los go-

bernados constituye una condición vital para el funcionamiento efectivo del Estado.

En conclusión, la derrota militar sufrida por Alemania se explica sólo parcialmente en términos militares. El ejército alemán funcionó de forma extraordinaria durante la Gran Guerra, pero las enormes exigencias sobre la sociedad alemana y su economía para enfrentarse al desafío de la guerra total acabaron siendo demasiado grandes. Así fue desde el inicio del conflicto, y sólo el extraordinario esfuerzo del pueblo alemán y de sus soldados logró evitar la derrota durante cuatro años y llevar a su nación a lo que parecía las puertas de la victoria durante 1917. Sin embargo, en ese momento Alemania ya estaba exhausta y, mientras Gran Bretaña y Francia tenían acceso a fuentes externas de grano y material, Alemania, en bancarrota y sufriendo un duro bloqueo, fue incapaz de contar con esa reserva. La intervención norteamericana sólo reforzaría la situación y aceleraría el desenlace.

Al final, el desequilibrio económico entre las dos alianzas fue decisivo. Alemania no fue sometida por el hambre; tampoco fue derrotada de forma decisiva en el campo de batalla. Su caída fue una cuestión de inferioridad económica. El ejército alemán no fue, tal y como luego señalarían Hindenburg y Ludendorff, «apuñalado por la espalda»; los soldados tampoco fallaron a sus líderes. Por el contrario, el liderazgo político, militar y económico alemán falló a su pueblo y la devastadora derrota se derivó, en gran parte, de ese fracaso⁶⁶.

⁶⁶ Una visión de los errores alemanes en la guerra en S. HAFNER, *Los siete pecados capitales del Imperio Alemán en la Primera Guerra Mundial*, Barcelona, Ediciones Destino, 2006.

12

Año cero

«De esta fiesta mundial de la muerte, de ese ardor frebril que incendia el cielo lluvioso del crepúsculo, ¿se elevará algún día el amor?».

Thomas Mann, *La Montaña Mágica*.

El 4 de diciembre de 1918, el presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, zarpaba de Nueva York rumbo a la Conferencia de Paz en París. A bordo del buque *George Washington* le acompañaba un nutrido grupo de expertos salidos de las mejores universidades y del Gobierno norteamericano. El viaje de Wilson era una novedad, ya que ningún presidente norteamericano había viajado a Europa durante su mandato y en Washington algunos políticos defendían que no era conveniente que el presidente participase en el día a día de las negociaciones. Sin embargo, Wilson se mostraba convencido de que firmar la paz era tan importante como lo había sido ganar la guerra. Se lo debía a los pueblos que habían sufrido la guerra y que exigían un mundo mejor. «Ahora es mi obligación», señaló ante el Congreso, «interpretar hasta el fin mi papel, para hacer realidad aquello por lo que dieron la vida»¹. Al igual que muchos de sus compatriotas, Wilson había acabado considerando la guerra como una lucha entre las fuerzas de la democracia, aunque éstas estuvieran representadas de forma imperfecta por Gran Bretaña y Francia, y las de la reacción y el militarismo, representadas por Alemania y Austria-Hungría. A pesar del idealismo de Wilson, la guerra que iba a ser la que pusiese fin a todas las guerras, dio inicio al siglo más violento de la historia.

¹ M. MACMILLAN, *París, 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*, Barcelona, 2005, pp. 29-30.

El final de la guerra sorprendió a los Aliados sin un plan organizado para la paz, dado que un año antes todavía se pensaba en términos de una tregua o paz de compromiso, y la potencia militar alemana parecía intacta. Esta falta de previsión tendría importantes consecuencias respecto al resultado de la paz. Las divergencias manifestadas por los Aliados durante la guerra —Francia luchaba por recuperar Alsacia-Lorena; Gran Bretaña, por sus colonias y contra la potencia alemana; Rusia, por los estrechos y su influencia en los Balcanes; Italia, por sus «irredentismos»— se encontrarían al acabar las hostilidades. En ese contexto destacaría la terquedad francesa respecto a las represalias e indemnizaciones con las que castigar a Alemania. Ese tema suscitaría largas negociaciones y no sería resuelto hasta mucho tiempo después de la firma de los Tratados de París en 1919.

En aras de la claridad, aunque a menudo se haga mención al Tratado de Versalles, se está haciendo referencia a la Paz de París, pues, en realidad, el acuerdo de paz incluía cinco tratados, uno por cada una de las Potencias Centrales. Los tratados se desarrollaron de forma consecutiva (Versalles fue el primero de ellos) en cinco elegantes palacios alrededor de París que les dieron nombre. Versalles, a las afueras de París, fue el lugar elegido para las sesiones formales del tratado entre Alemania y los Aliados, aunque la mayor parte de los encuentros tuvieron lugar en diversos puntos de la capital y sus alrededores. Los otros tratados (y sus palacios) fueron el Tratado de Saint Germain, con Austria, el de Trianon, con Hungría, el de Sèvres, con Turquía, y el de Neully, con Bulgaria. Para ser precisos, se debe hablar del Tratado de Versalles cuando se refiere a las negociaciones con Alemania, y de la Paz de París cuando se habla del acuerdo en general.

Los Aliados y las potencias asociadas se reunieron en París en enero de 1919 para organizar la paz y, en un primer momento, intentaron manejar la volátil situación alemana excluyendo a los alemanes no sólo de las negociaciones, sino también de Francia (por el sencillo método de rechazar los visados a todos los alemanes). A diferencia de los distinguidos bailes que tuvieron lugar en Viena en 1814 para poner fin al Imperio napoleónico, o de las coloquiales cumbres que pusieron fin a la Segunda Guerra Mundial, la Conferencia de Paz de París se desarrolló a través de 56 comités y de decenas de expertos en numerosas cuestiones técnicas. Es posible afirmar que la Conferencia de Paz fue la más técnica de todas las paces europeas. Los expertos

acumularon una enorme cantidad de información sobre cada cuestión, desde el origen lingüístico de los territorios y las zonas en litigio, hasta el número de caballos muertos en los ejércitos aliados. El diplomático Harold Nicolson realizó en sus memorias una excelente descripción del ambiente reinante durante aquellos meses².

La Conferencia de Paz de París dio comienzo oficialmente el 18 de enero de 1919. Delegaciones de 37 naciones de varios continentes acudieron a la capital francesa, que se encontraba todavía en situación de guerra. Un gran número de representantes no oficiales y de grupos de presión atestaba los hoteles parisinos y un cuerpo de prensa de 500 periodistas acudió para informar al mundo sobre los acuerdos de paz. La concentración de poder atrajo a periodistas de todo el mundo, a hombres de negocios, así como a los portavoces de una miríada de causas. El voto para la mujer, los derechos para los negros, una ley del trabajo, la libertad para Irlanda, el desarme, las peticiones y los peticionarios llegaban en gran número a diario procedentes de todo el mundo.

Los Catorce Puntos del presidente Woodrow Wilson habían desatado los sueños europeos y el presidente norteamericano se convirtió en un héroe para las poblaciones desilusionadas. Agotados por los años de guerra, muchos europeos dieron la bienvenida a las perspectivas de paz y prosperidad del sueño americano. La paz había regresado a los frentes occidentales y, sin embargo, en otros confines del planeta la lucha continuaba. La derrota y el colapso de tres grandes imperios crearon condiciones propicias para la anarquía y la revolución en sus antiguos territorios.

Por motivos comprensibles, Rusia no se encontraba presente. Los otrora aliados se habían convertidos en enemigos acérrimos hasta el punto de que las potencias de la Entente se mostraron de acuerdo en enviar tropas para colaborar con las fuerzas antibolcheviques que combatían sobre territorio ruso. Los nuevos líderes bolcheviques estaban convencidos de que la llegada de la Revolución rusa haría tambalearse a las fuerzas concentradas en París. Se trataba de un sentimiento recíproco, ya que los Aliados no creían en la capacidad de Lenin de mantenerse en el poder. La ausencia rusa se tradujo en que se produciría un vacío respecto al destino de Europa oriental.

² H. NICOLSON, *Peacemaking*, 1919, Boston, 1933.

De forma casi inevitable, la amenaza del bolchevismo se extendía por toda Europa. Se consideraba a los comunistas como la quinta columna en la ciudadela del capitalismo. Tras la Revolución rusa, Churchill habló del «bacilo de la plaga del bolchevismo» y denunciaba a los bolcheviques: «Saltan y se mueven como tropas feroces de babuinos entre las ruinas de las ciudades y los cuerpos de sus víctimas»³. El «miedo rojo» se extendió por el mundo entero; en Inglaterra, el Partido Laborista repudiaba el comunismo, algo que no era sorprendente, dado el ofrecimiento de Lenin de apoyar a los líderes británicos como la soga apoya al ahorcado; en Japón, las autoridades promulgarían una ley contra el «crimen de pensamiento»; en Francia, la derecha consideraba el comunismo como una «aberración alemana»⁴. En su memorando de Fontainebleau de marzo de 1919, Lloyd George apuntó:

«El mayor peligro que observo en la situación actual es que Alemania se arroje a los brazos del bolchevismo. Una vez que eso suceda, toda Europa oriental será barrida hacia la órbita de la Revolución bolchevique y, en menos de un año, presenciaremos el espectáculo de casi 300 millones de personas organizados en un gigantesco Ejército Rojo con instructores alemanes y generales alemanes equipados con cañones alemanes y ametralladoras alemanas y preparados para una reanudación del ataque en Europa del este»⁵.

La guerra civil se desataba en Rusia y en sus zonas fronterizas. Aunque los rusos no se encontraban presentes físicamente, el problema ruso se cernía amenazadoramente sobre la conferencia. En París la solución a la amenaza bolchevique preocupaba tanto como la forma de castigar a Alemania. «Nuestro auténtico peligro ahora no son ya los boches, sino el bolchevismo», afirmaba sin ambages el político Henry Wilson⁶. De hecho, y éste es un punto capital, ambos problemas se encontraban íntimamente ligados, ya que los negocia-

³ Citado en P. BRENDON, *Winston Churchill*, Londres, 1984, pp. 91-92.

⁴ J. M. THOMPSON, *Russia, Bolshevism and the Versailles Peace*, Princeton, 1966.

⁵ A. J. MAYER, *Politics and Diplomacy of Peacemaking Containment and Counterrevolution at Versailles, 1918-1919*, Londres, 1968, p. 582.

⁶ Citado en P. GUINN, *British Strategy and Politics*, Oxford, 1965.

dores eran conscientes de que un castigo demasiado severo a Alemania, aumentaría su atracción por el bolchevismo. El peligro ruso tampoco se restringía a Europa. Las potencias imperiales —Gran Bretaña, Francia y Bélgica— se mostraban alarmadas por la forma en que Rusia se proyectaba como apoyo para los movimientos revolucionarios anticoloniales.

A pesar de que se había llevado a cabo un gran trabajo preparatorio para la conferencia en Londres, Washington y París, la organización de los encuentros fue caótica. El llamado «Consejo de los Diez», con dos representantes de los principales vencedores (Gran Bretaña, Francia, Italia, Japón y Estados Unidos), resultó demasiado difícil de manejar y en marzo se instauró un «Consejo de los Cuatro» integrado únicamente por Lloyd George, Georges Clemenceau, Woodrow Wilson y Vittorio Orlando. Entre los cuatro decidían las principales cuestiones. Los negociadores también representaban a sus propios países y, como la mayoría de ellos eran Estados democráticos, debían tener en cuenta su propia opinión pública. Estaban obligados a pensar en las siguientes elecciones y a sopesar los costes de complacer o incomodar a sectores importantes de sus posibles electores.

Los líderes europeos mostraron una gran desconfianza hacia el presidente Wilson, al que consideraban decidido a dominar las negociaciones para perseguir sus impulsos moralistas. Su ingenuidad demostró ser preocupante, pero el hecho de que ésta estuviera combinada con ideas mesiánicas al final resultó peligrosa. «Usted desea hacer justicia con los alemanes», le dijo Clemenceau a Wilson, «no crea que ellos nos perdonarán algún día, tan sólo estarán esperando el momento de vengarse»⁷.

Debido al prestigio y a la popularidad del presidente norteamericano, y del reconocimiento aliado de la importancia del potencial estadounidense, en su segundo encuentro, la conferencia plenaria estableció una comisión bajo el liderazgo del presidente norteamericano para considerar la propuesta de una Sociedad de Naciones. El acuerdo, basado en un borrador anglonorteamericano, creaba una forma institucionalizada de acción común por parte de los Estados soberanos para mantener la paz y, como segunda preocupación, para

⁷ A. SHARP, *The Versailles Settlement: Peacemaking in Paris, 1919*, Londres, 1991, p. 192.

impulsar la cooperación internacional en aras del bienestar económico y social. En sus artículos 10 y 11 se exigía a los miembros el respeto y la preservación de la integridad territorial, y la independencia política de todos los Estados miembros, y delegaba la guerra o la amenaza de guerra contra cualquier Estado en la Sociedad de Naciones. Los artículos 12 a 17 describían las sanciones que podían ser adoptadas contra un agresor.

Desde su creación, la Sociedad demostró ser inaceptable para aquellos que debían hacer que el sistema funcionase. El Senado norteamericano rechazó el acuerdo y el Tratado de Versalles, en el que éste estaba reflejado. Asimismo, la institución del presidente norteamericano fracasó al no lograr apenas apoyo por parte de los Gobiernos francés y británico. El primer ministro británico apoyó a la Sociedad de Naciones, aunque, en realidad, sentía poco afecto hacia ella y utilizó otros medios diplomáticos personales para conseguir sus objetivos. Los franceses, por su parte, deseaban un fortalecido consejo de vencedores apoyado por una fuerza militar permanente. Al verse incapaces de conseguir este ambicioso objetivo, Clemenceau puso sus esperanzas en lograr garantías tangibles para la seguridad francesa.

En cualquier caso, resulta cuestionable pensar que un sistema de seguridad colectiva pudiese haber funcionado. Sin embargo, el subsiguiente comportamiento de los Estados miembros subrayó su debilidad fundamental incluso antes de ser establecido y puesto a prueba. La creación de la Sociedad de Naciones, considerada por muchas personas como el principal logro de la conferencia, se convirtió, a pesar de todo, en una nueva particularidad del orden internacional y dejó una huella tanto en los estadistas como en la opinión pública. Desafortunadamente, al igual que el equilibrio de poder, el nuevo sistema dependía del deseo de los Estados para hacerlo cumplir.

En retrospectiva, la ausencia de Alemania de las negociaciones resultó desafortunada. Es cierto que, dado que nunca se planteó como una paz negociada, no existían motivos para la presencia de alemanes o austriacos. Sin embargo, de haber podido participar, ambos países se hubiesen visto obligados a responder a las acusaciones que pesaban contra ellos, en particular la de la culpabilidad de guerra. De haber participado, la subsiguiente queja alemana de que el tratado no fue más que un *Diktat* habría perdido gran parte de su fuerza movilizadora. Al negar a Alemania su presencia en la conferencia, se otorgó credibilidad a la imagen martirizada del país que

Hitler presentaría posteriormente con contundente eficacia. Técnicamente, otro de los problemas era que ninguna de las Potencias Centrales se había rendido incondicionalmente, ya que todas habían aceptado armisticios militares.

El Tratado de Versalles, firmado el 28 junio de 1919 en el Salón de los Espejos del Palacio de Versalles, cinco años después del asesinato de Francisco Fernando, fue el más destacado de los cinco tratados que se concluyeron en París. Clemenceau, Lloyd George y Woodrow Wilson, motivados por una opinión pública germanófoba, consideraron a Alemania responsable de la guerra e insistieron en su castigo. Nadie creía en realidad que Alemania sería destruida, pero ninguna de las potencias se encontraba preparada para una paz generosa. Más allá de esas ideas, a los tres líderes les separaban sus fines.

El primer ministro francés se mostró obsesionado por la seguridad futura de Francia y buscó garantías que protegieran a su país contra el más poblado y económicamente superior vecino. Deseaba una estructura de paz que reajustase el equilibrio entre Alemania y Francia a favor de esta última, aunque sabía, sin embargo, que esto no podía obtenerse sin el apoyo norteamericano y británico. Por su parte, Lloyd George, habiendo logrado sus objetivos coloniales y navales a expensas de Alemania antes de la inauguración de la conferencia, manifestó su preocupación tanto por el castigo de Alemania como por la estabilidad futura de la Europa continental. Aunque se mostró sensible a las reclamaciones francesas de seguridad, buscaba también una paz justa que fuera aceptable para los alemanes. No debían existir nuevas causas de enemistad creadas por la Conferencia de Paz, ninguna Alsacia-Lorena que pudiese servir de pretexto para guerras futuras, y una paz demasiado severa desestabilizaría al Gobierno alemán y estimularía la revolución. El primer ministro británico buscaba una paz que pudiese establecer un equilibrio de poder continental, aunque no deseaba que Gran Bretaña tuviese que defenderlo. Para el presidente norteamericano, una Alemania democrática y pacífica sería bienvenida en la Sociedad de Naciones⁸.

El Tratado de Versalles representó una victoria de las exigencias francesas de seguridad, modificadas por las preocupaciones británi-

⁸ M. L. DOCKRILL y J. P. GOOLD, *Peace without Promise: Britain and the Paris Peace Conferences, 1919-1923*, Londres, 1981.

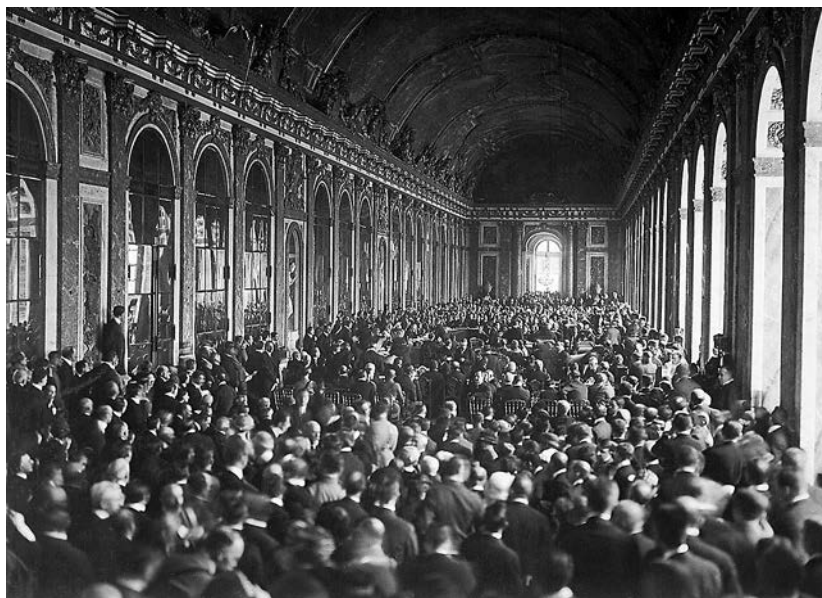
cas de estabilidad continental, por la obsesión de Wilson por la autodeterminación y por la creación de la Sociedad de Naciones. No se trató, como defendió posteriormente Keynes, de una «paz cartaginesa», ya que Alemania no fue desmembrada y tampoco se destruyó su capacidad para recuperarse económicamente. El país permaneció básicamente intacto y, dada la desaparición de los antiguos imperios en sus fronteras, potencialmente seguía siendo el Estado más poderoso del continente.

El primer ministro francés logró algunos objetivos: Alemania fue desarmada: su ejército, limitado a 100.000 hombres; su marina, reducida a poco más que una fuerza de defensa costera, y no le era permitido contar con aviones de guerra. Sufrió pérdidas territoriales (un 13 por 100 de su territorio anterior a la guerra), entre 6,5 y 7 millones de personas y todos sus territorios coloniales. En sus fronteras occidentales, aparte de la pérdida del Alsacia-Lorena y de la región del Sarre, los cambios territoriales fueron limitados, con tres pequeños territorios cedidos a Bélgica y una pequeña porción del norte de Schleswig otorgado, tras un plebiscito, a Dinamarca. En el este, las pérdidas fueron más destacadas, e incluyeron Memel, Danzig, una parte de la Alta Silesia y, tras un disputado plebiscito, dos tercios del resto a Polonia. Sin embargo, fueron los territorios perdidos en favor de la reconstituida Polonia los que se convirtieron en la pérdida más dura para los alemanes. Cuando Ulrich Brockdorff-Rantzau, delegado alemán en la Conferencia de Paz, recibió las exigencias de Versalles afirmó indignado: «Alemania renuncia a su existencia»⁹.

Lloyd George se percató del peligro de situar a tantos alemanes bajo poder de Estados extranjeros: «No me puedo imaginar una causa mayor para una guerra futura que el hecho de que el pueblo alemán, que ha demostrado ser uno de los más poderosos y vigorosos del mundo, esté rodeado por un número de pequeños Estados, muchos de ellos formados por pueblos que nunca antes han establecido un Gobierno estable, pero que contienen grandes cantidades de alemanes exigiendo reunirse con su tierra natal»¹⁰.

⁹ M. MACMILLAN, *París, 1919, op. cit.*, p. 576.

¹⁰ F. S. NORTHEGE, *The Troubled Giant: Britain among the Great Powers, 1916-1939*, Londres, 1966, pp. 113-114.



Firma del Tratado de Versailles.



La derrota. Prisioneros alemanes en Francia.

Clemenceau, que consideraba esos cambios territoriales como las ganancias más destacadas para Francia, se vio forzado a un compromiso en la zona del Rin, el Sarre y en las fronteras polacas. Su exigencia de separar a la zona del Rin de Alemania, considerada por el mariscal Foch como la llave para la futura seguridad de Francia, tuvo que ser abandonada debido a la firme oposición británica.

Lloyd George, que recelaba de las ambiciones hegemónicas francesas en la región, defendía que la separación de la zona del Rin de Alemania haría totalmente imposible el restablecimiento del equilibrio en Europa. Consiguió que Clemenceau diese marcha atrás otorgando garantías angloamericanas en caso de agresión alemana no provocada. Tras una considerable disputa, el Gobierno francés se conformó con una zona desmilitarizada, así como con una ocupación aliada de quince años de ese sector. Una de las características de la negociación del primer ministro británico fueron los ofrecimientos británicos dependientes de la ratificación norteamericana. Cuando el Senado norteamericano rechazó el tratado, las garantías británicas se disolvieron. Los franceses realizaron enormes esfuerzos durante el período de entreguerras para encontrar un reemplazo.

Se ha cuestionado si el temor a su posible bolchevización no llevó a los Aliados a tratar con ciertos miramientos al pueblo alemán. Se sabe que la idea rondó por la mente de Foch, que los dirigentes del otro lado del Rin se aprovecharon de ella y que los círculos izquierdistas de Francia también se beneficiaron; pero nada atestigua que los jefes responsables fueran especialmente sensibles a ella. Poincaré creía que era preciso imponer condiciones más duras, pero Foch y Weygand le tranquilizaron, diciéndole que los fines militares se habían conseguido. Por un error de perspectiva que hoy en día parece garrafal, pensaban que aquellas condiciones serían suficientes para poner a Alemania «a merced del vencedor»¹¹.

La disputa sobre las fronteras de Polonia fue librada principalmente entre Clemenceau y Lloyd George. Los franceses se habían hecho responsables de la causa polaca por motivos políticos. Con el colapso de la Rusia zarista y el éxito de la Revolución rusa, Francia buscaba con ahínco la creación de una Polonia grande, estable y fuerte como parte esencial en su «barrera del este» para contener

¹¹ G. DALLAS, 1918, *War and Peace*, Nueva York, 2000, p. 68.

el expansionismo alemán y la extensión del bolchevismo. El decimotercer punto de Wilson incluía el concepto de una Polonia independiente con acceso al mar. Lloyd George se mostraba reticente a aceptar la independencia polaca y se mostró indignado por las desorbitadas exigencias de los estadistas polacos en la conferencia. Creía firmemente que esas exigencias, que involucraban la incorporación de un gran número de alemanes, eran la receta para un futuro desastre. A pesar de la reticencia del presidente norteamericano, finalmente logró algunas modificaciones en las propuestas. La ciudad de Danzig se convirtió en un Estado autónomo bajo el control de la Sociedad de Naciones, pero incorporada en el área de aduanas polaca y con la política exterior bajo control polaco. Asimismo, Lloyd George logró el plebiscito en la Alta Silesia¹².

El problema polaco se vio complicado por la inestable situación a lo largo de las fronteras orientales de Polonia. Haría falta una guerra polaco-soviética para establecer la frontera ruso-polaca. Tras la victoria polaca *in extremis* a las puertas de Varsovia, se firmó, en marzo de 1921, un tratado en Riga que otorgaba a Polonia una parte de Ucrania occidental y empujaba la frontera soviética 160 kilómetros hacia el este. El embajador británico en Berlín, que presenció parte de la batalla cerca de Varsovia desde su lujoso Rolls-Royce, la describió en términos grandilocuentes: «Si Carlos Martel no hubiese detenido a los sarracenos en su conquista de Tours [...] hoy se enseñaría el Corán en las escuelas de Oxford. Si Pilsudski y Weygand no hubiesen detenido el avance triunfal del ejército soviético en la batalla de Varsovia, no sólo la cristiandad hubiese experimentado un serio revés, sino que la misma existencia de la civilización occidental hubiese estado en serio peligro»¹³.

Aunque las consecuencias no hubiesen sido tan trágicas como las describió el embajador inglés, resulta interesante especular sobre cuáles hubieran sido las repercusiones si los soviéticos hubieran conseguido dominar Polonia y se hubiera producido el contacto físico entre la Revolución rusa y las fuerzas marxistas de Alemania. La derrota puso fin a los sueños de Lenin de convertir la revolución que él

¹² T. HUNT TOOLEY, «The internal dynamics of changing frontiers: The plebiscites on Germany's Borders, 1919-1921», en C. BAECHLER y C. FINK (eds.), *The Establishment of European Frontiers after the Two World Wars*, Berna, 1996, pp. 149-165.

¹³ Lord D'ABERNON, *The Eighteenth Decisive Battle of World History*, Londres, 1931, pp. 8-9.

había dirigido en Rusia en octubre de 1917 en una lucha revolucionaria a través de toda Europa. Los líderes soviéticos nunca se olvidaron de la guerra con Polonia. Veinte años después, parte del país sería ocupado en una orgía de brutales represalias¹⁴.

Prusia oriental, el corazón del poder de los *Junker*, fue aislada del resto de Alemania por el recientemente creado corredor polaco que daba acceso a Polonia al mar. Alemania perdía tres millones de habitantes, no todos de origen alemán, y un número adicional cuando la Alta Silesia fue dividida en 1922. Los alemanes no sólo se negarían a aceptar el nuevo acuerdo polaco, sino que los diferentes Gobiernos británicos creyeron que la revisión futura de las fronteras del este era inevitable. Ni la provisión de la unión de Alemania con Austria, ni la incorporación de los habitantes germanoparlantes de la región de los Sudetes en Checoslovaquia suscitaron la misma pasión que el tema de Polonia. Esas decisiones se encontraban en clara contradicción con los principios de autodeterminación y de soberanía popular¹⁵.

En cualquier caso, pronto resultó evidente que el concepto de *autodeterminación* no se aplicaría a las poblaciones no blancas del planeta. Francia y Gran Bretaña estaban dispuestas a aumentar, no a disminuir, sus pretensiones imperiales tras una guerra tan larga y costosa, y Wilson, a pesar de su idealismo, compartía las posiciones racistas que prevalecían en Estados Unidos en aquel momento. Se negó, por ejemplo, a discutir el futuro de África con el líder negro norteamericano W. E. B. Dubois, que le envió un memorando en noviembre de 1918, sugiriendo que África fuera reconstruida «de acuerdo con los deseos de la población negra y los intereses de la civilización»¹⁶. Una petición similar en defensa de los habitantes del Sudeste asiático, dominado por Francia, llegó de la mano del joven nacionalista Ho Chi Minh, pero también fue ignorada. La prensa nacionalista india declaró tras el armisticio que las hazañas y los sacrificios de la India justificaban su exigencia de igualdad en el Imperio¹⁷. Esto fue considerado inaceptable por el Gobierno británico.

¹⁴ Véase N. DAVIES, *White Eagle, Red Star: The Polish Soviet War, 1919-1920*, Londres, 1972.

¹⁵ C. CLARK, *Iron Kingdom*, Londres, 2006, p. 620.

¹⁶ W. KEYLOR, *The Legacy of the Great War*, Boston, 1998, p. 226.

¹⁷ S. BHATTACHARYA, «Anxious Celebrations», en H. CECIL y P. LIDDLE (eds.), *At the Eleventh Hour*, op. cit., p. 195.

En Japón, el final de la que había sido considerada como una guerra europea fue recibido con indiferencia. El balance de los tratados de paz había sido contradictorio. Por una parte, Japón tuvo éxito no sólo en asegurarse las posesiones alemanas y sus derechos en China, sino también en hacerse con las colonias alemanas del Pacífico como mandatos, aunque su Gobierno hubiera preferido la anexión pura y dura. Por otra, existía menos satisfacción con el establecimiento de la Sociedad de Naciones, pues los japoneses anticipaban que podría actuar de contención contra sus futuros intereses. En particular, ante la oposición norteamericana y, especialmente, la australiana, los japoneses no lograron que la Sociedad de Naciones aceptara introducir una serie de frases que prohibieran la discriminación racial y las políticas discriminatorias. Billy Hughes, primer ministro de Australia, reflejando el temor de su población blanca ante el «peligro amarillo», rechazó las reivindicaciones japonesas relativas a la igualdad racial. En Japón se creó una poderosa mentalidad colectiva nacionalista, aunque las bases económicas del país eran todavía frágiles para intentar modificar el equilibrio de poder en el Pacífico¹⁸.

Por otra parte, los negociadores eran plenamente conscientes de las dimensiones económicas del acuerdo. Alemania fue privada de más del 10 por 100 de sus recursos anteriores a la guerra, incluyendo materias primas esenciales, y sometida a restricciones comerciales y económicas. De forma inesperada, las exigencias aliadas de reparaciones se convirtieron en uno de los escollos más importantes a los que se enfrentaban los vencedores. El presidente norteamericano, que no deseaba reclamar nada, prefería que los costes de guerra que debía pagar Alemania se restringiesen al daño efectuado a los civiles y a sus propiedades. Clemenceau y Lloyd George, que se encontraban bajo grandes presiones internas en el tema de las reparaciones, intentaban obtener las restituciones que exigía la opinión pública. Incapaces de alcanzar un acuerdo, tanto en los costes de guerra como en relación con la capacidad alemana para pagar, los tres líderes se mostraron de acuerdo en posponer la decisión hasta 1921, cuando una comisión interaliada decidiese sobre el tema.

¹⁸ N. SHIMAZU, «Detached and Indifferent: The Japanese Response», en H. CECIL y P. LIDDLE (eds.), *At the Eleventh Hour, op. cit.*, pp. 224-234, y J. TOLAND, *The Rising Sun. The Decline and fall of the Japanese Empire. 1936-1945*, Nueva York, 1970, pp. 3-54.

Lloyd George, Orlando y Clemenceau consideraban que las quejas de Wilson sobre las reparaciones resultaban hipócritas debido a la simultánea insistencia en que todas las deudas contraídas por los Aliados con Estados Unidos debían ser pagadas. Por su parte, Wilson consideraba que Estados Unidos era el único «pueblo desinteresado en la Conferencia» y que los hombres con los que se iban a reunir no representaban a sus propios pueblos¹⁹.

Las cláusulas en las que se exigían reparaciones fueron denunciadas en Alemania y crearon consternación en las delegaciones norteamericanas y británicas. La decisión de posponer el acuerdo fue un grave error de cálculo. Con la retirada norteamericana del acuerdo de paz, ese retraso tan sólo produjo dilatados debates entre Francia y Gran Bretaña y una batalla continua con los alemanes, que estaban firmemente decididos a pagar lo menos posible. Las reparaciones se convirtieron en el campo de batalla, en el símbolo e incluso en la realidad de la lucha franco-alemana para el futuro control de Europa.

Uno de los artículos más discutibles y problemáticos fue el 231. La llamada «cláusula de culpabilidad de guerra» estaba destinada necesariamente a provocar a los alemanes. Los alemanes utilizaron la acusación de que Alemania y sus aliados eran los únicos responsables de la guerra para atacar no sólo las cláusulas de reparaciones, sino la misma base ética de todo el tratado. Sin darse cuenta, los negociadores proporcionaron a los alemanes un arma poderosa para socavar la justificación moral de la paz.

Con la excepción del primer ministro italiano, el Consejo de los Cuatro prestó menos atención a los acuerdos en el sudeste europeo y se mostró más dispuesto a aceptar las recomendaciones de los comités territoriales sobre las nuevas fronteras. Tanto los británicos como los norteamericanos apoyaban firmemente la aplicación de los principios de autodeterminación, mientras que Francia favorecía la creación de Estados poderosos como parte de una barrera de contención en el este que sirviese de compensación para la pérdida de la alianza rusa. Como en el caso alemán, la nacionalidad no podía ser la única guía para establecer las fronteras.

¹⁹ Citado en L. WOODWARD, *Great Britain and the War of 1914-1918*, Londres, 1967, p. 574.

Las exigencias italianas para obtener la frontera norte del paso Brenner y sus conflictos con Yugoslavia demostraron ser los puntos más calientes de esos desacuerdos. Un desilusionado Orlando regresó a Italia para enfrentarse a la acusación de haber firmado una paz mutilada. En Italia, la guerra había creado un clima de intensa exaltación nacionalista. Los opositores del sistema liberal se vieron motivados por el fracaso del nuevo primer ministro Orlando en conseguir las ganancias territoriales que deseaban los italianos. Orlando se mostró débil en comparación con los otros líderes aliados, como Wilson, Lloyd George y Clemenceau. La prensa hablaba de los «Cuatro Grandes» y, sin embargo, la debilidad de la posición italiana se hizo evidente en la Conferencia de Paz. Los italianos, según Orlando, «eran tratados como sirvientes»²⁰.

Orlando tuvo una idea que entusiasmó a los nacionalistas y enfureció a los Aliados: «El Tratado de Londres más Fiume». Uno de los asesores franceses apuntó: «El *signor* Orlando habló poco. El interés de Italia en la conferencia estaba excesivamente centrado en la cuestión de Fiume y su participación en los debates fue, en consecuencia, limitada. Al final se resolvió la cuestión en una conversación a tres bandas entre Wilson, Clemenceau y Lloyd George»²¹. En Fiume, además del factor nacionalista, entraron en juego otros intereses. Se temía que con ese puerto Yugoslavia pudiera hacer competencia al de Trieste. Por otro lado, sectores del ejército italiano deseaban mantener la tensión bélica para retrasar la anunciada desmovilización que llevaría a la inevitable reducción del presupuesto militar.

Orlando regresó a Italia desprestigiado y D'Annunzio comenzó a hablar de una *vittoria mutilata*²². Orlando fue sustituido por Francesco Saverio Nitti, cuya actitud conciliadora hacia los Aliados le valió el apodo de *Cagoia* («cagón»). Los nacionalistas y otros intervencionistas ya habían afirmado que Italia había ganado la guerra a pesar del Gobierno italiano. Tras los tratados de paz, tenían la impresión de que el Gobierno no era ni siquiera capaz de ganar la paz. La mayor parte de los italianos consideró que habían sido engañados por sus aliados. El embajador británico apuntó respecto a la actitud italiana

²⁰ M. MORSELLI, *Caporetto, 1917: Victory or Defeat?*, op. cit., p. 111.

²¹ A. TARDIEU, *The Truth about the Treaty*, Indianápolis, 1921.

²² A. BONADEO, *D'Annunzio and the Great War*, Londres, 1995.

en la Conferencia de Paz: «Ha sido de supremo desdén hasta hoy y ahora es de extremo enfado. Todos dicen que la señal del armisticio fue para Italia la de empezar a luchar»²³. Italia comenzó a adquirir lo que se ha denominado condición de «perdedor honorífico» en el escenario internacional de la posguerra. Italia había «asumido la psicología de una nación derrotada»²⁴. El mito de la «victoria mutilada» desempeñaría un papel destacado en el ascenso del fascismo.

El caso italiano era especial, pues se trataba de una nación victoriosa que consideraba que había sido tratada como perdedora. La estrategia italiana en Versalles dejó mortalmente herido al sistema liberal del país. Al exigir cuestiones inalcanzables, lograron que los italianos despreciaran la victoria, a no ser que esta supusiera la anexión de Fiume, un pequeño puerto en el otro lado del Adriático, sin conexión histórica con la patria. Fiume se convertiría en el primer punto neurálgico creado por los tratados de paz. Como el territorio de los Sudetes para la Alemania de Hitler y el de Transilvania para Hungría, se convirtió en un símbolo de injusticia. En realidad, la «victoria mutilada» italiana, como la denominaron los extremistas, fue obra de los políticos.

El presidente Wilson estaba convencido de que la diplomacia secreta había sido culpable de la guerra y no se sentía en modo alguno vinculado por los términos del Tratado de Londres. Los franceses, por su parte, se oponían a la cesión de territorio por parte del recién creado Estado yugoslavo. Eso significaba que las reivindicaciones italianas de Trieste y Dalmacia no podían ser satisfechas. Italia tampoco fue invitada a participar en el reparto del Imperio turco en Oriente Medio, que cayó finalmente en manos de franceses y británicos, aunque bajo el sistema de mandatos de la Sociedad de Naciones²⁵.

Los negociadores no fueron responsables de la balcanización del sudeste de Europa, que tuvo lugar antes de que se reuniera la conferencia. Ellos tan sólo podían ratificar los resultados de las revoluciones nacionales e intentar solucionar los problemas fronterizos. Tres nuevos Estados, Checoslovaquia, Polonia y Yugoslavia (cono-

²³ M. MACMILLAN, *París, 1919, op. cit.*, p. 351.

²⁴ A. LYTTELTON, *The Seizure of Power. Fascism in Italy, 1919-1929*, Londres, 1973, p. 30.

²⁵ H. JAMES BURGWIN, *The Legend of the Mutilated Victory: Italy, the Great War and the Paris Peace Conference, 1915-1919*, Westport, 1993.

cida hasta 1929 como el «Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos»), existían ya antes de 1919. Otros siete Estados reclamaban su independencia: Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania y las más fugaces repúblicas de Georgia, Azerbaiyán y Armenia. Tras un largo debate se acordó no hacer nada respecto a la Unión Soviética. Debido a la ausencia de Rusia de la Conferencia de Paz, a la guerra civil y a los conflictos fronterizos, no se podían adoptar decisiones sobre las fronteras en el este.

El Tratado de Saint-Germain en Laye con Austria, de septiembre 1919; el Tratado de Neully con Bulgaria, de noviembre de 1919, y el Tratado de Trianon con Hungría, de junio de 1920, fueron concluidos una vez que Wilson y Lloyd George abandonaron París. Los tres tratados, semejantes al de Versalles, contenían el acuerdo de la Sociedad de Naciones y similares cláusulas de responsabilidad de guerra, reparaciones y desarme. A diferencia del tratado alemán, cada uno de ellos reconocía el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos y contenía provisiones proporcionando protección para las minorías étnicas religiosas y lingüísticas. Austria se convirtió en poco más que un Estado marginal con una población de ocho millones y con un futuro económico muy precario. Con la prohibición de unirse a Alemania, la frontera austriaca mantuvo las líneas anteriores a la guerra.

El tratado con Hungría fue retrasado debido a la revolución de Bela Kun y a la incapacidad de los negociadores para decidir su futuro. En muchos aspectos, Hungría fue la gran perjudicada de los tratados, ya que fue despojada del 60 por 100 de su población y de dos tercios de su territorio anterior al conflicto. De hecho, 6,2 millones de austriacos y 7,6 millones de húngaros tuvieron que cargar de forma desproporcionada por los «pecados» de 52 millones de habitantes del Imperio austrohúngaro. Como señalaría Churchill, de cada dos soldados que hubiesen luchado codo con codo durante la guerra, uno podía considerarse «un desdichado con suerte por escapar con vida de la venganza de los conquistadores, mientras que el otro parecía formar parte de los conquistadores»²⁶.

Bulgaria tan sólo perdió el 8 por 100 de su territorio, principalmente la zona de Tracia, a favor de Grecia, que bloqueaba el acceso

²⁶ W. S. CHURCHILL, *The World Crisis: The Aftermath*, Nueva York, 1929, pp. 231-232.

búlgaro al mar. Aunque los griegos representaban el segundo grupo étnico en Tracia occidental, resultaba impensable devolvérselo a los turcos, que formaba la mayoría. La zona de la Dobrudja del sur representó también un problema, pues, aunque Bulgaria la había perdido el favor de Rumania en 1913, los rumanos no tenían una base étnica para reclamarla. Finalmente se optó por dejarla en Rumania. Aunque no perdió demasiado territorio, Bulgaria había sido debilitada con respecto a sus vecinos. El tratado de Neuilly fue único, ya que se incluyó la suma exacta de la reparaciones, 90 millones de libras, que sería reducida posteriormente.

Los intereses de las grandes potencias y las promesas estratégicas y económicas a los Aliados no fueron los únicos motivos por los que los principios de autodeterminación no pudieron ser aplicados de forma consistente. Los expertos en los comités territoriales debían considerar la viabilidad estratégica y económica, así como las lealtades étnicas para la supervivencia de los nuevos Estados. Muy pocos se percataron de la complejidad racial de Europa oriental. Resultaba casi imposible establecer fronteras que se adaptasen a las líneas nacionales. Muchas más personas vivían bajo Gobiernos de su propia nacionalidad que en 1914, pero muchas de las nacionalidades reivindicativas de los viejos imperios se convirtieron en las insatisfechas minorías de los nuevos Estados. El triunfo de los principios nacionales impulsó los movimientos revisionistas y nacionalistas entre los descontentos y surgieron nuevos conflictos entre vecinos creados por los tratados de paz.

El Tratado de Sèvres, firmado el 10 de agosto de 1920, fue el último, el más complicado y el más efímero de todos los Tratados de París. Representó un punto destacado en la historia del imperialismo europeo de corte clásico y representó una enorme extensión para el poder británico y su influencia en el mundo. El colapso absoluto del Estado otomano, las disputas entre los herederos, y las divididas delegaciones en Londres explican por qué se retrasó tanto la paz. Esa demora demostró ser fatal para las enormes ambiciones británicas y para los sueños griegos de una gran Grecia. En marzo de 1919, cuando los italianos amenazaron con tomar la localidad de Esmirna, los griegos, apoyados por el primer ministro británico, ocuparon el puerto y la zona oriental de Tracia. Fue la acción de Esmirna la que motivó la famosa resistencia kemalista en el verano de 1919. El tratado confirmaba la pérdida turca de todos sus territorios árabes y su división entre Francia y Gran Bretaña. La Hijaz, ahora denomi-

nada Arabia Saudita, se convirtió en un Estado independiente bajo Hussein de La Meca²⁷.

En cuanto al resto de Turquía, los negociadores ignoraron el éxito de los kemalistas y redujeron la zona europea de Turquía a una sombra de lo que había sido. Constantinopla permaneció bajo soberanía turca, pero gran parte de sus territorios europeos fueron entregados a los griegos, así como dos islas del mar Egeo. Anatolia fue repartida con un acuerdo separado en el que se reconocían los intereses especiales de Italia y Francia. Se creaba un Estado armenio independiente y una zona autónoma del Kurdistán. Los estrechos quedarían abiertos tanto en paz como en guerra para todos los países, excepto en aquellos casos que la Sociedad de Naciones decidiese otra cosa.

Tales acuerdos no pudieron ser llevados a la práctica. Los turcos derrotaron a los griegos en 1922 y explotaron las disensiones entre los Aliados a su favor, cancelando las reclamaciones italianas y francesas y dejando solos a los británicos al defender Constantinopla contra los nacionalistas. En octubre de 1922, el primer ministro británico cedió y se mostró conforme en firmar un nuevo acuerdo de paz. El nuevo tratado con Turquía fue firmado en la localidad de Lausana el 24 de julio de 1923. Se liberó a Turquía de todas las reparaciones y de las limitaciones militares, excepto por una pequeña zona desmilitarizada a lo largo de los estrechos. Turquía logró recuperar la zona de Tracia oriental, Esmirna y algunas de las islas del mar Egeo. Bajo el liderazgo de Atatürk, Turquía se convirtió en una fuerza de estabilidad en la región. El tratado, el único que fue negociado, fue el que tuvo más éxito y el que perduró más en el tiempo. A partir de aquel momento, todas las naciones perdedoras intentarían lograr su Lausana particular²⁸.

Al final, los Tratados de París demostraron ser un decepcionante final para una guerra de tales proporciones. El mariscal Foch estaba en lo cierto cuando afirmó que no se trataba de una paz, sino de un armisticio de veinte años. Se ha señalado que el tratado de Versalles fue demasiado duro para lograr conciliar a Alemania y demasiado blando para controlarla. En todo caso, resulta complejo pensar en un acuerdo aliado de paz que hubiese sido aceptable para los alema-

²⁷ Véase P. HELMREICH, *From Paris to Sévres: The Partition of the Ottoman Empire and the Paris Peace Conference, 1919*, Aarhus, 1973.

²⁸ P. KINROSS, *Atatürk. The Rebirth of a Nation*, Londres, 1993, pp. 163 y ss.

nes que se negaban a enfrentarse a la realidad de su derrota. A pesar de la ausencia norteamericana, si los franceses y los británicos se hubiesen mantenido unidos, el tratado podía haber sido defendido. Sin embargo, los franceses exigieron un estricto cumplimiento mientras los británicos deseaban revisiones.

La falta de armonía entre las potencias victoriosas y la fortaleza de los movimientos revisionistas en ambos bandos convirtieron el tratado en una tregua inestable que duró hasta los furibundos ataques de Hitler contra los acuerdos territoriales. Sin embargo, la tarea a la que se enfrentaban los negociadores era muy compleja. El viejo equilibrio de poder había sido destruido y ya no podía ser restablecido. Alemania había sido derrotada, pero seguía siendo potencialmente fuerte. Los franceses eran demasiado débiles para mantener sin apoyo el artificial equilibrio de 1919. Gran Bretaña prefería integrar a Alemania en el concierto europeo antes que apoyar a los franceses. Los papeles ambiguos y periféricos de Estados Unidos y de la nueva Unión Soviética contribuyeron a la inestabilidad del acuerdo. Harían falta décadas y otra guerra mundial antes de que su fuerza potencial se convirtiese en poder real. Lejos de pecar de utópicos, los negociadores reconocieron y respondieron a la fortaleza de los movimientos nacionalistas en Europa. Las fronteras nacionales establecidas en París duraron hasta 1939, e incluso entonces, con algunos cambios notables, sobrevivieron a los períodos de dominación nazi y soviética.

La guerra logró destruir para siempre las bases del equilibrio europeo. En su afán por tomar la cólera de los alemanes como prueba de victoria, los Aliados no advirtieron que perdían la paz en el mismo momento en que ganaban la guerra. Salvo dos o tres provincias perdidas, Alemania permanecía intacta; no había sufrido daños materiales durante la guerra (como sucedería en la Segunda Guerra Mundial), su potencial económico seguía siendo formidable y las reparaciones previstas por el Tratado de Versalles no limitaban ni su desarrollo, ni su libertad de maniobra. Mientras que Francia, destruida en parte y agotada, gastaba una porción de las energías nacionales para rehacer su economía, Alemania sólo tenía que transformarla. En realidad, la guerra finalizó de la peor manera posible. Los alemanes negaron haber sido derrotados. Los americanos insistieron en que había sido su victoria y, sin embargo, los aislacionistas republicanos se negaron a ratificar el tratado retirando la presencia norteamericana de Europa. Los franceses insistían en que había sido una victoria exclusivamente

Europa en 1919-1922



suya, mientras los británicos concluyeron que todo el conflicto había sido inútil y criminal y que no debía repetirse.

Al final, los Aliados persiguieron objetivos contradictorios: castigar a un enemigo agresivo mientras intentaban aplacarle, sin conseguir ninguno de los dos. El armisticio de 1918 acabó con el conflicto armado, pero en el mundo se planteaba un nuevo tipo de lucha ideológica. Tras su triunfo en Rusia, el comunismo comenzó a expandirse por aquellas poblaciones desesperanzadas por la guerra, iniciándose así el período más intenso en actividad revolucionaria en Europa desde 1848. Los años de miseria habían fomentado la militancia revolucionaria, la cual llevó al hundimiento de las formas de política elitista que habían estado vigentes hasta entonces.

La Segunda Guerra Mundial demostró que la Gran Guerra no fue, después de todo, «la guerra que pondría fin a todas las guerras». En todo caso, resulta paradójico que el Tratado de Versalles, pese a sus cláusulas punitivas, aumentara la vulnerabilidad de Francia y la ventaja estratégica de Alemania. Antes de la guerra, Alemania se había enfrentado a vecinos poderosos, tanto en el este como en el oeste. Con Francia debilitada, el Imperio austrohúngaro disuelto, y con Rusia concentrada en sus problemas internos, no había manera de reconstruir el antiguo equilibrio del poder, sobre todo porque las potencias anglosajonas se negaron a garantizar el acuerdo de Versalles.

Uno de los motivos por los que Hitler ejerció un atractivo tan fuerte en Alemania en 1933 fue porque gran parte del pueblo creyó de forma genuina que habían sido engañados en 1919. Sin embargo, ese hecho por sí solo no explica la Segunda Guerra Mundial. Hitler fue capaz de jugar astutamente con varios de los temas que habían llevado a la movilización en la primera guerra: la idea de la Madre Patria por encima de la lealtad de partido, y la política de *OberOst*, la misión histórica de Alemania en el este, idea anclada en el imaginario alemán desde la época de los caballeros teutones. Por encima de todo, el fracaso del káiser como guerrero generó la peligrosa esperanza de que un verdadero líder hubiese conducido a Alemania a la victoria. Sin embargo, hacia 1918 los alemanes también habían aprendido lo que implicaba una guerra moderna. La gente ya no se lanzó a la calle cuando se declaró la guerra en 1939.

En los años anteriores al conflicto, los inquietos modernistas maldecían la estabilidad y la complacencia europea. Aquellos que habían ansiado la inestabilidad disfrutaron brevemente. Sin embargo, con la

carnicería no llegó la redención. Tras la guerra, los acuerdos de paz y la quiebra económica aseguraron que el caos se convirtiese en el orden natural. El mapa de Europa se había convertido en una representación más certera de las identidades nacionales que el de 1914, pero el precio por respetar las identidades nacionales fue una mayor inestabilidad. Antes de la guerra, un mundo estable era motivo de inquietud; después de 1918, el caos y la incertidumbre del mundo hicieron que la estabilidad y el orden resultasen muy atractivos, algo que sabrían capitalizar los movimientos radicales de derecha.

Para miles de antiguos combatientes, desilusionados por el desempleo, la inflación y el aburrimiento del orden burgués de la posguerra, el conflicto había representado algo cruento pero positivo: valores marciales, camaradería de los guerreros y acción. Para tales grupos, en particular en las naciones derrotadas y en la insatisfecha nación italiana, pero también entre la derecha francesa, las ideas de los nuevos movimientos fascistas, de orden, disciplina y gloria nacional, y de aplastar a judíos y bolcheviques, poseían un gran atractivo. A sus ojos, la lucha, la fuerza y el heroísmo eran los rasgos duraderos de la vida, mientras que los principios del internacionalismo wilsonianos eran falsos y anticuados. El mismo coronel House, ayudante de Wilson en París, reconoció que «hubiera preferido otro tipo de paz». Sin embargo, admitió, «se esperaba demasiado de unos hombres reunidos en unos momentos tan difíciles como aquellos, y enfrentados a unos objetivos tan ambiciosos»²⁹.

²⁹ A. A. LENTIN, *Lloyd George, Woodrow Wilson and the Guilt of Germany: An Essay in the Pre-History of Appeasement*, Leicester, 1984, p. 105.

13

La cultura de la guerra

«Here dead we lie because we did not choose
To live and shame the land from which we sprung.
Life to be sure, is nothing much to lose,
But young men think it is, and we were young»¹.

A. E. Housman, *Here dead we lie*.

El arte y la guerra

La Gran Guerra fue asimilada a los escritos de posguerra de escritores como D. H. Lawrence, T. S. Eliot, Ezra Pound y Virginia Wolf. La presencia persistente del conflicto es resumida de forma gráfica por el personaje de Wolf, Mrs. Dalloway. Cuando en el transcurso de una recepción le llega la noticia del suicidio de un joven con neurosis de guerra, reflexiona: «En medio de mi fiesta, irrumpe la muerte»².

Ninguna guerra se libra tan sólo en el frente. En el caso de la Gran Guerra, todas las formas artísticas se vieron afectadas por un conflicto que transformó el mundo de forma irrevocable. El compositor Edward Elgar, cuya música anterior al conflicto era optimista y exaltaba temas patrióticos, compuso su afligido *Concierto para chelo* en 1919 para expresar su sentimiento de pérdida. Como tantos otros ciudadanos europeos, los artistas dieron la bienvenida a la guerra. Cuando, por ejemplo, el pintor Otto Dix se incorporó a filas, comentó que esperaba que la guerra le permitiese vivir «unas experiencias tremen-

¹ «Aquí yacemos muertos porque/ no elegimos vivir y avergonzar a la tierra en la que nacimos./ La vida, es cierto, no supone una gran pérdida,/ pero los jóvenes piensan que sí lo es, y nosotros éramos jóvenes».

² V. WOOLF, *Mrs Dalloway*, Harmondsworth, 1925, p. 201.

das e inaccesibles en la vida civil»³. El canadiense Wyndham Lewis instaba a los artistas como él a que «no se perdieran esa experiencia». Dado que los inicios del siglo xx fueron un período vanguardista en las artes, la guerra fue vista por los artistas como un nuevo reto, como algo único que debía ser reflejado. Para los artistas futuristas, que deseaban romper con el pasado y celebrar las nuevas tecnologías, el dinamismo y el poder, el conflicto sería un «violento incentivo», como señaló el pintor Christopher Nevinson. Para aquellos artistas que exploraban temas apocalípticos profetizando agitación y calamidades, la guerra era una especie de consumación.

Muchos artistas se presentaron como voluntarios a la guerra, uniéndose a menudo a unidades especiales de artistas. Sus habilidades eran requeridas en una gran cantidad de tareas, como crear modelos para prácticas de tiro, fabricar máscaras para los soldados con heridas faciales, diseñar camuflajes, etc. Posteriormente, algunos fueron nombrados artistas oficiales del conflicto con la tarea más general de describir el campo de batalla. Trabajaban bajo fuertes restricciones y sometidos a la estricta censura impuesta por los gobiernos. Al mismo tiempo, se producían desarrollos en la pintura y el dibujo modernistas. El pintor cubista francés Fernand Léger sirvió como camillero y pintó el frente en términos cubistas. C. R. W. Nevinson, también cubista cuando comenzó el conflicto, reflejó el frente occidental con máquinas, escenarios y figuras humanas geométricas, enfatizando la naturaleza automática e impersonal del frente, los hombres como máquinas de matar. En un plano más emocional, tanto George Grosz como Otto Dix realizaron grandes obras en las que describían el frente occidental que conservan su poder de estremecer al espectador. Las pinturas de Dix describen en blanco y negro la mutilación, la muerte y la corrupción de la guerra.

Conmovidos por la carnicería que habían presenciado, muchos artistas se sintieron motivados a expresar sin ambages lo que habían visto. Consideraron que su misión era modificar la visión heroica de la guerra representada por carteles propagandísticos, anuncios y periódicos. Nevinson abandonó su visión triunfalista de la guerra, aunque siguió utilizando formas futuristas en sus pinturas. El comandante de la operación en Gallipoli, el general sir Ian Hamilton, escribió el pre-

³ J. WINTER, «Painting Armageddon», en H. CECIL *et al.*, *Facing Armageddon*, *op. cit.*, p. 860.

facio para el catálogo de una exposición de Nevinson en 1916, en el que señalaba que las pinturas acercarían «al soldado a la guerra más que de lo que sus ojos habían sido capaces de hacerlo»⁴. Posteriormente, Nevinson abandonaría el futurismo y se convertiría en artista oficial del conflicto. Sin embargo, el Departamento de Información rechazó su pintura *Paths of Glory* (*Senderos de gloria*), pues mostraba cuerpos sin vida en una trinchera. Finalmente finalizó su obra con una señal que rezaba: «Censurado».

El pintor Paul Nash llegó al frente occidental en 1917 y presenció las consecuencias de la batalla de Passchendaele, que describió como «la más terrorífica de las pesadillas». En 1918 escribió a su mujer: «Es inexpresable, no hay Dios, no hay esperanza. Ya no soy un artista interesado y curioso. Soy un mensajero que llevará las palabras de los que luchan a aquellos que desean que la guerra siga para siempre. Mi mensaje será débil, inarticulado, pero contendrá una verdad amarga y espero que arda en sus horribles almas». Poco después, Nash produjo uno de los cuadros más famosos de la guerra, *We are making a New World* (*Estamos creando un nuevo mundo*). Su campo de batalla no incluye soldados, pero los montones de barro representados se asemejan a cascos alzándose desde el suelo, los tocones de árboles representan restos humanos y las nubes rojas simbolizan la sangre. El cuadro pasó la censura, ya que, como señaló el censor, «no proporcionaba información al enemigo»⁵. Al Departamento de Información pareció no importarle el hecho de que Nash estuviese plasmando una visión dantesca de la guerra. Otro artista comisionado por el Gobierno británico, el pintor de retratos norteamericano, John Singer Sargent, produjo una inolvidable imagen de la guerra en su cuadro *Gassed* (*Gaseados*), en la que representaba a un grupo de soldados cegados por un ataque de gas. Fue expuesto en la Royal Academy en 1919 y está considerada una de las pinturas más impactantes del conflicto.

Más populares incluso fueron las pinturas del período final de la guerra del artista irlandés William Orpen. Contratado en un primer momento para pintar la Conferencia de Paz, Orpen produjo la obra *The Signing of the Peace Treaty in the Hall of Mirrors*, que fue muy bien recibida. Sin embargo, Orpen «seguía pensando en los sol-

⁴ R. CORK, *A Bitter Truth: Avant-Garde Art and the Great War*, Yale, 1994, p. 132.

⁵ *Ibid.*, pp. 198-202.

dados que se habían quedado en Francia para siempre» y expresó la idea utilizando el mismo decorado para realizar *To the Unknown Soldier in France* (*Al soldado desconocido en Francia*). A ambos lados de un féretro cubierto por una bandera se encuentran dos soldados, desnudos y con casco, sobre los que sobrevuelan dos querubines. El Imperial War Museum, que lo había encargado, finalmente lo encontró inaceptable. Todavía es posible contemplarlo en el museo, aunque los soldados han sido borrados. A pesar de todo, Orpen y sus compañeros artistas produjeron una cantidad suficiente de lienzos como para asegurar que los hombres que combatieron y murieron entre 1914 y 1918 fueran inmortalizados. Ayudaron a configurar una nueva percepción del conflicto. Mientras tanto, las tropas preferían la visión tradicional más heroica o cómica que quedaba patente en las imágenes o postales que tantos coleccionaron durante la guerra.

En el campo alemán, Otto Dix también luchaba por trasladar su visión de la carnicería. El cuadro semiabstracto *La bengala*, de 1916, representa una impactante escena de soldados muertos en las alambradas. Dix fue incapaz de olvidar sus experiencias tras la guerra y utilizó bocetos que había realizado en el frente para producir una serie de cincuenta pinturas terroríficas tituladas *Guerra*. Una de ellas muestra gusanos surgiendo de un cráneo; y si la obsesión de Dix por mostrar la capacidad de la muerte por mantener la vida parece sensacionalista, debe ser comparada con los recuerdos de un soldado británico: «Me dijeron que debía regresar a la Tierra de Nadie y enterrar a los muertos del Regimiento Newfounland. Parecían destrozados y las ratas surgían de sus pechos. Las ratas se alejaban de la lluvia debido a que la tela sobre las costillas parecía un nido agradable. Cuando tocabas un cuerpo, las ratas surgían por todas partes»⁶. Dix pintó también a un gran número de soldados mutilados que simbolizaban su repulsión por la guerra. Su obra nunca fue muy popular en Alemania y se convirtió en el objeto de la ira de los nazis, que prohibieron la exposición de sus cuadros y llegaron a quemar alguna de sus pinturas.

La guerra estimuló en los soldados artistas no tanto un nuevo estilo artístico, sino un deseo intenso de expresar la verdad. Los artistas que no participaron directamente en el conflicto reaccionaron de forma diferente. El anciano Claude Monet, amigo cercano del primer minis-

⁶ R. VAN EMDEN y S. HUMPHRIES, *Veterans*, Londres, 1998, p. 130.



La guerra según
Otto Dix.



John Singer. *Gaseados*.

tro francés, Clemenceau, pintó lirios de agua como «la única forma de no pensar en lo que estaba sucediendo», aunque le resultó casi imposible, pues su hijo estaba combatiendo en el frente y una gran cantidad de soldados heridos pasaban por delante de su casa en Giverny. Una respuesta muy diferente fue la del pintor dadaísta y fundador del movimiento, Tristan Tzara, en Suiza. Creyendo que la guerra había «institucionalizado el absurdo» y acabado con la individualidad, los dadaístas se limitaron a representar lo ilógico y lo ridículo, «una bufonada hecha de la nada». Para ellos, los artistas contemporáneos más auténticos eran los comandantes que «pintaban en sangre». Los dadaístas no duraron mucho tiempo, pero colaboraron en crear los «distorsionados sueños» del movimiento surrealista de la posguerra⁷.

La guerra y la literatura

La Gran Guerra se convirtió en un tema obsesivo de los intelectuales, especialmente de los literatos: Remarque, Celine, Hemingway, Orwell, etc. También tuvo un gran impacto entre los poetas. Más de dos mil poetas publicaron sus obras en Inglaterra durante la guerra, con más de 3.000 volúmenes publicados. Escritores de novelas, dramaturgos, artistas, compositores, escultores y arquitectos contribuyeron con sus vidas al legado cultural del conflicto. Más de ochocientos fallecieron en la guerra.

El historiador Paul Fussell ha defendido que la Gran Guerra supuso un caldo de cultivo propicio para la ironía y el sarcasmo, tanto del arte modernista como del discurso moderno cotidiano. Por su parte, Modris Ekstein ha ido más allá, asegurando que la guerra representó el auténtico nacimiento del mundo moderno. En cualquier caso, se debe tener presente que el modernismo y el arte de vanguardia hundían sus raíces en el mundo anterior al conflicto. Sin embargo, la aceleración y la popularización de la cultura modernista provenía en gran parte de la guerra y del mundo de las trincheras del frente occidental⁸. El ejemplo más claro de este fenómeno cultural fue el caso de los poetas de la guerra, figuras como Siegfried Sassoon, Robert Graves, Wilfred Owen y Vera Brittain, que intentaron plasmar con un vocabulario

⁷ P. CONRAD, *Modern Times, Modern Places*, Londres, 1998, pp. 209-211.

⁸ P. FUSSELL, *The Great War and Modern Memory*, op. cit., pp. 18-24.

poético los aspectos más espeluznantes del frente occidental. Aunque Sassoon era oficial, se identificó en seguida con los rangos inferiores y desarrolló un fuerte rechazo hacia el alto mando.

El poeta Wilfred Owen desarrolló un estilo similar describiendo de forma explícita la muerte y la violencia. Como otros poetas de la guerra, Owen aportaba un mensaje directo de desesperanza al señalar que la gran era de progreso de la Ilustración había muerto. En *Strange Meeting* (*Extraño encuentro*), se imaginaba una reunión entre dos soldados enemigos tras su muerte, en la que ambos se reconcilian: «I am the enemy you killed, my friend» («Soy el enemigo que mataste, amigo mío»). Owen falleció el 4 de noviembre de 1918, antes de finalizar el poema.

La amargura fue la característica de los poetas de la guerra, y esa amargura se plasmó en sus poemas, en la ficción y en las memorias, como ejemplifican las obras de Vera Brittain, *Testament of Youth* (*Testamento de juventud*), de 1933, o la obra de Robert Graves, *Adiós a todo eso*, de 1929. Los poetas vanguardistas y los escritores se mostraban dispuestos a utilizar la guerra como los teóricos sociales. Hemingway se apresuró a la guerra, al igual que John Dos Passos. Hacia finales de la década de 1920, una serie de amargos trabajos comenzaron a surgir de los escritores de la «generación perdida», uno de los más famosos fue *Sin novedad en el frente*, de Erich Maria Remarque, de 1929.

El poeta favorito en Gran Bretaña fue el mencionado Rupert Brooke, cuya obra *1914 y otros poemas*, de 1915, se vendió muy bien el año de su publicación y se habían publicado 28 ediciones en 1920. En poemas como «The Dead» expresaba el ambiente patriótico compartido por tantos hombres al inicio del conflicto.

El doctor canadiense John McCrae escribió uno de los más famosos poemas de la guerra, «In Flanders Fields» («En los campos de Flandes»):

«In Flanders fields the Poppies blow
Between the crosses, row on row,
They mark our place, and in the sky
The larks still bravely singing fly
Scarce heard amid the guns below»⁹.

⁹ «Las amapolas soplan en los campos de Flandes,/ Entre las cruces, fila a fila,

Los críticos de este grupo de poetas combatientes consideran que estos escritores de clase media, muchos de los cuales eran suboficiales, proporcionan una visión subjetiva, desequilibrada y errónea de las condiciones en el frente de batalla. Reaccionaban de forma más virulenta contra las condiciones en las trincheras que los soldados que provenían de los paupérrimos barrios de la Inglaterra industrial, donde las condiciones no eran mucho mejores que en las trincheras¹⁰.

Conforme se desarrolló la lucha de trincheras, se generó un mito sobre la guerra, en particular entre los jóvenes oficiales británicos. De acuerdo con ese mito, los jóvenes acudieron a la guerra con un enorme idealismo e inocencia, esperando mejorar el mundo. Fueron masacrados en masa por hombres mayores, generales, políticos y civiles, que sacaban partido del conflicto. Este amargo desencanto fue silenciado al principio, apareciendo ocasionalmente en poemas como los de Sassoon en 1916:

«Lines of grey, muttering faces, masked with fear,
They leave their trenches, going over the top,
While time ticks blank and busy on their wrists,
And hope, with furtive eyes and grappling fists,
Flounders in mud. Jesus, make it stop!»¹¹.

Con el tiempo, esa visión se convirtió en la forma dominante de imaginar y comprender el conflicto. Intentaba dotar de sentido a la experiencia rechazando buscar su significado global. Por el contrario, imponía una estructura binaria sobre ella: antes y ahora, antes y después, ellos (los no combatientes) y nosotros¹².

marcan nuestro lugar, y en el cielo/ Las alondras, con su valiente canto, vuelan/ Apenas oídas, entre los rífls de ahí abajo/ Somos los muertos. Hace pocos días/ Vivimos, sentimos el amanecer, contemplamos el brillo del ocaso/ Amamos y fuimos amados, y ahora yacemos/ En los campos de Flandes./ Llévate nuestra pelea con el enemigo:/ Hacia ti, desde nuestras manos caídas, alzamos/ Las antorchas; y sostenlas en lo alto./ Si rompes la palabra dada a los que morimos/ No dormiremos, aunque las amapolas crezcan/ En los campos de Flandes».

¹⁰ Véase C. BARNET, *The Collapse of British Power*, Londres, 1984, pp. 429-431.

¹¹ «Filas de rostros grises, murmurantes, máscaras de miedo,/ abandonan sus trincheras, pasando por la cima,/ mientras el tiempo pasa en blanco apresurado en sus muñecas/ y aguardan, con ojos furtivos y puños cerrados,/ luchando por flotar en el barro. ¡Oh Dios, haz que pare!».

¹² F. FIELD, *British and French Writers of the First World War*, Cambridge, 1991.

El mito de la guerra surgió de las experiencias de una reducida minoría de soldados del frente, jóvenes oficiales de clases acomodadas. Para estos hombres educados, se trató, como señala Paul Fussell, de «una guerra literaria»¹³. Sin embargo, la gran mayoría de los soldados del frente provenían de las clases urbanas trabajadoras y del campesinado. Estos hombres, mucho menos formados, no conservaron sus experiencias en cartas ni en obras de ficción. Su mentalidad tiene que ser deducida del lenguaje que hablaban, las canciones que cantaban, los periódicos de trincheras que leían y de su forma de comportarse. En general, veían la guerra como un trabajo inevitable que debían realizar como parte de un equipo, y lo encaraban, en general, como habían encarado su trabajo en la vida civil¹⁴.

John Stanhope Arkwright, quizá el más leído de los poetas durante el conflicto, logró mantener visiones de sacrificios heroicos durante toda la guerra, lo que, tal vez, explica su éxito. Su poema «Armisticio» resulta muy alejado del sentido de futilidad tan destacado en los trabajos de Owen o Sassoon:

«Bow Down, Old Land, at the altar –stops of God,
Thank Him for Peace –Thank Him for Victory;
But chiefly thank him that thy feet have trod
The path of honour in the Agony»¹⁵.

Sería erróneo concluir que el arte vanguardista y la ironía fueran las únicas respuestas a la guerra de trincheras. Muchos veteranos entrevistados por el sociólogo Tony Ashworth en la década de los sesenta señalaban que la vida en las trincheras era dura, pero que la experiencia de estar «cumpliendo con el deber» y el sentido de camaradería había sido una experiencia positiva. Edmund Blunden, un joven poeta, describió en su célebre obra *Undertones of War*, de 1928,

¹³ P. FUSSELL, *The Great War and Modern Memory*, op. cit.

¹⁴ Véanse D. ENGLANDER y J. OSBORNE, «Jack, Tommy and Henry Dubb: The Armed Forces and the working class», *The Historical Journal*, vol. 21, núm. 3, 1978, pp. 593-621, y D. WINTER, *Death's men: Soldiers of the Great War*, Harmondsworth, 1979.

¹⁵ «Inclínate, Vieja Tierra ante Dios/ Agradécele por la Paz, agradácele por la Victoria/ Pero, sobre todo, agradácele que tus pies hayan marchado/ por el sendero del honor en la agonía».

aspectos positivos de la guerra, como la amistad, la lealtad y la dedicación, que se podían hallar en las trincheras¹⁶.

Otra forma radicalmente diferente de enfrentarse al conflicto fue a través de la dulzura de la literatura infantil, y esa tendencia generó algunos de los legados más duraderos y menos conocidos. No resulta sorprendente que muchos de los participantes en la guerra intentasen escapar de la realidad que les rodeaba a través de la imaginación o creando un mundo paralelo alejado del caos y la brutalidad de las trincheras. Resulta sorprendente la gran cantidad de veteranos del frente del Este que se convirtieron en escritores de literatura para niños.

Hugh Lofting trabajaba en el Ministerio de Información cuando se enroló en el ejército en 1916 y, desde las trincheras, comenzó a escribir cartas a su hija que contenían las primeras descripciones del *Dr. Doolittle*. Se mostraba horrorizado por la guerra y, en particular, le apenaba profundamente la gran cantidad de caballos muertos: «Si pusimos a los animales en la misma situación de riesgo que la nuestra, ¿por qué no les tratamos igual cuando fueron heridos?». Pero, para proporcionarles el mismo tratamiento, Lofting consideró que para ello era necesario conocer el lenguaje de los caballos. Ahí surgió la idea del doctor capaz de hablar con los animales. En 1917, tras ser herido, Lofting fue licenciado del ejército. El primero de los libros del *Doctor Doolittle* publicado en 1920 se convirtió en un clásico y un gran éxito de ventas¹⁷.

Otra reacción creativa a la guerra de trincheras fue el mundo de *El hobbit* y *El señor de los anillos*. J. R. R. Tolkien se encontraba en Oxford finalizando sus estudios a mediados de 1915 cuando se incorporó a los Fusileros de Lancaster, llegando al frente a mediados de 1916. El batallón de Tolkien se encontraba como reserva en el frente el primer día del Somme y se lanzó posteriormente al ataque contra un punto fuerte alemán en Ovillers. Su batallón se vio envuelto en una terrible lucha. Unos meses después, una grave enfermedad le apartó de las trincheras y le mantuvo en el hospital durante el resto del conflicto. Tolkien no encontró nada agradable en la vida militar ni en la guerra, aunque se fijó en algunos aspectos positivos.

¹⁶ E. BLUNDEN, *Undertones of War*, Londres, 1928.

¹⁷ H. CARPENTER y M. PRICHARD (eds.), *The Oxford Companion to Children's Literature*, Oxford, 1984, p. 324.

Como Blunden, Tolkien se identificó con los considerados inferiores y desprotegidos, señalando posteriormente que uno de los personajes de *El señor de los anillos*, Samwise Gamgee, era una reflexión sobre el soldado británico al que consideraba «muy superior a mí». En seis meses, Tolkien perdió a la mayoría de sus amigos en el Somme. Para conjurar el trauma, Tolkien quiso crear un mundo mitológico que reflejara la realidad que había vivido en las trincheras «en chozas repletas de obscenidades y en refugios castigados por el fuego de artillería». Su obra *El señor de los anillos*, con su descripción de la «tierra media» inspirada en la «tierra de nadie» se convertiría en un enorme éxito de ventas¹⁸.

Un amigo de Tolkien, Clive Staples Lewis, se encontraba también en Oxford cuando se incorporó al ejército en 1917. Sirvió en el Regimiento de Infantería Ligera de Somerset hasta que fue herido en la batalla de Arras. El cristianismo de Lewis, como el de Tolkien, le diferenciaría posteriormente de los intelectuales de la «generación perdida». Lewis dejaría una descripción optimista de la guerra: «Había gente desagradable en el ejército, pero también se podía encontrar a estudiosos, poetas, bufones, cuentistas y hasta hombres de buena fe». Lewis escribiría la saga de libros infantiles *Las crónicas de Narnia*, en las que relata las aventuras en Narnia, una tierra de fantasía y de magia, poblada por animales que hablan y otras criaturas mitológicas que se ven envueltas en la eterna lucha entre el bien y el mal¹⁹.

En las trincheras del Somme también surgió la idea para el Bosque de los Cien Acres donde habita Winnie the Pooh. Alan Alexander Milne, el creador de la serie de libros que hizo su aparición en 1924, sirvió en el Regimiento Royal Waswicksire. En el frente, Milne experimentó las mismas amargas experiencias de la «generación perdida», incluyendo unas devastadoras fiebres que le debilitaron gravemente. Durante la guerra, como Tolkien, se dedicó a escribir para evadirse de la realidad. Sin duda, el mundo colorido, amable y alegre de *Winnie the Pooh* presenta un claro contraste con las brutales condiciones del frente de batalla. En su origen, el nombre Winnie era el de un oso que vio en Londres, la mascota de la segunda bri-

¹⁸ H. CARPENTER, *Tolkien: A Biography*, Boston, 1977, pp. 31-85.

¹⁹ C. S. LEWIS, *Surprised by Joy: The shape of my early life*, Nueva York, 1955, pp. 183-197.

gada de infantería canadiense, que se llamaba Winifred en honor de Winnipeg, Canadá²⁰.

Muchos otros escritores de literatura para niños pasaron también por la experiencia de la guerra. Enid Bagnold, una enfermera voluntaria que trabajaba en un hospital de Londres observando las terribles heridas de la guerra, se convertiría en novelista y sería la autora del clásico juvenil, *National Velvet*. El joven Walt Disney, nacido en 1900, era demasiado joven para servir en el ejército, pero mintió sobre su edad para ingresar en el servicio de ambulancias de la Cruz Roja en 1917. Habría llegado a Europa antes de que concluyera la guerra, pero cayó enfermo víctima de la gripe. Finalmente, llegó a Francia y a las líneas del frente justo antes de finalizar la guerra, recorriendo las zonas devastadas y dibujando graciosas figuras en su ambulancia²¹. Jean de Brunhoff llegó al frente occidental antes del fin de la guerra. Posteriormente sería el creador de los libros de Babar. El austriaco-alemán, Ludwig Bemelmans, se alistó en el ejército norteamericano y fue el creador de la serie de libros para niños, *Madeline*²².

La novela resulta de gran utilidad como aproximación al período. A menudo, como señala el historiador John Lukacs, a propósito del *Great Gatsby* (*El gran Gatsby*), una novela nos puede servir como fuente privilegiada y darnos importantes claves de la historia social de un período²³. En el caso de la Gran Guerra, la novela nos traslada la percepción literaria de la gran tragedia humana del conflicto²⁴. La novela relacionada con la guerra se encuentra dividida entre aquella que exalta el conflicto y la que lo rechaza. Entre las primeras hay que destacar en Inglaterra *Tell England*, de 1922, escrita por Ernest Raymond, y *The First Hundred Thousand*, escrita por Ian Hay, de 1915. En la obra *Tell England*, tres jóvenes de una escuela pública se alistan en el ejército con dieciocho años. Los tres finalmente mueren y el capellán sobrevive para contarle a Inglaterra (*to tell England*) la «belleza» de su sacrificio.

²⁰ H. CARPENTER y M. PRICHARD (eds.), *The Oxford Companion to Children's Literature*, op. cit., pp. 350-353.

²¹ B. THOMAS, *Walt Disney: An American Original*, Nueva York, 1994.

²² J. M. BINGHAM (ed.), *Writers for Children*, Nueva York, 1988.

²³ J. LUKACS, «The Great Gatsby? Yes, a Historical Novel», en *Remembered past. John Lukacs on History, Historians and Historical Knowledge. A Reader*, Wilmington, 2005, pp. 721-727.

²⁴ Véase el estudio de F. K. STANZEL y M. LÖSCHNIGG (eds.), *Intimate enemies: English and German Literary Reactions to the Great War, 1914-1918*, Edimburgo, 1990.

Se trataba de un caso típico de la mayor parte de la literatura publicada tras la guerra. Tendía a utilizar un vocabulario exaltado con palabras como *honor*, *valor* o *sacrificio*, que camuflaban la dura realidad.

El público inglés prefirió las novelas patrióticas a las del desencanto, con la guerra con la única excepción de *Sin novedad en el frente* y *Twelve Days*, de Sydney Rogerson (1933). En el segundo grupo encontramos: la obra de C. E. Montagne, *Disenchantment*, de 1922, la famosa obra de teatro *Journey's End*, de R. C. Sheriff. La novela de Richard Aldington *Death of a Hero*, de 1929; *Adiós a todo eso*, de Robert Graves (1929), y la de Frederick Manning, *The Middle Parts of Fortune* (1929). Los escritores desilusionados intentaron trasladar la horrible realidad. Se dedicaban a describir incidentes del día a día, en vez de tratar temas grandilocuentes. Llamaban la atención sobre el dolor más que sobre el entusiasmo, y describían la inutilidad más que la gloria. Uno de esos ejemplos es el poema de Wilfred Gibson «Breakfast» de 1917:

«We ate our breakfast lying on our backs
Because the shells were screeching overhead.
I bet a rasher to a loaf of bread
That Hull United would beat Halifax
When Jimmy Stainthorpe played full-back instead
Of Billy Bradford, Ginger raised his head
And cursed, and took a bet, and drop back dead»²⁵.

En Estados Unidos destacó la obra de autores que no habían sufrido el conflicto, como Scott Fitzgerald y William Faulkner, que veían el conflicto como un trágico sinsentido. Resultan destacadas las obra de John Dos Passos, *Three Soldiers* (*Tres soldados*), de 1921. En la obra *Adiós a las armas*, Ernest Hemingway escribió un relato, en parte imaginario, del desastre italiano en Caporetto, ya que sólo llegó a Italia en 1918 y no presencié ningún combate²⁶.

²⁵ «Desayunábamos tumbados sobre nuestras espaldas/ porque los proyectiles volaban sobre nosotros/ Aposté una loncha de tocino contra una de pan/ a que Hull United vencería a Halifax/ Cuando Jimmy Stainthorpe jugase de defensa en vez de Billy Bradford. Ginger levantó su cabeza/ y maldijo, y aceptó la apuesta/ y cayó muerto»; B. GARDNER (ed.), *Up the line to Death*, Londres, 1998, p. 84.

²⁶ P. QUINN, «The Experience of War in American Patriotic Literature», en H. CECIL *et al.*, *Facing Armageddon*, *op. cit.*, pp. 752-766.

La literatura del desencanto surgió en gran parte por el sensacional éxito de la obra de Erich Maria Remarque, *Sin novedad en el frente*. El libro en sí no era autobiográfico, ya que Remarque llegó al frente de batalla en junio de 1917 y sería herido el 31 de julio de ese año, para regresar al frente cuatro días antes del armisticio. El libro, como señalaba Remarque en el prólogo, quería «hablar de una generación de hombres que, aunque escaparon a las bombas, fueron destruidos por la guerra»²⁷.

En Alemania, el libro fue condenado por la izquierda, que consideraba que no acusaba a las élites alemanas de haber causado la guerra, y por la derecha, por ignorar el ideal heroico de la causa nacional. Otras obras antimilitaristas fueron *The Case of sergeant Grischka* (*El caso del sargento Grischka*), de Arnold Zweig, y *Krieg* (*Guerra*) de Ludwig Renn. Entre las favorables al conflicto hay que citar *In Sahtlgewittern* (*Tormentas de acero*), de Ernst Jünger, publicada en 1920. Jünger sirvió durante casi todo el conflicto y recibió entrenamiento especial como tropa de asalto y sufrió catorce heridas. En *Tormentas de acero* describe sus experiencias, trasladando la excitación y la satisfacción por el cumplimiento del deber. Su guerrero forma «un nuevo tipo de hombre, una nueva especie destinada a gobernar»²⁸. De la comunidad de esos camaradas surgiría una nueva Alemania. Sería un tema explotado por los nazis.

En Alemania, donde el sentimiento de victoria era claramente inapropiado, aquellos que habían servido y aquellos que habían fallecido eran considerados todavía héroes, aunque sus esfuerzos no hubieran logrado el éxito. En *Otto Babendiek*, Gustav Frensen rogaba a sus compatriotas que consideraran la guerra como un triunfo del espíritu alemán: «No tenemos por qué sentirnos avergonzados, porque hayamos sufrido mil veces más, tanto los oficiales como los hombres, y hayamos sido mil veces más valientes que nuestros enemigos. Así que marchemos a casa con laureles, a casa con el viejo Hindenburg»²⁹.

El heroísmo de los soldados añadía peso a la percepción de que habían sido traicionados. Los soldados que así se sintieron encontra-

²⁷ E. M. REMARQUE, *Sin novedad en el frente*, Barcelona, 1968.

²⁸ Obituario de E. Jünger que falleció en 1998 a la edad de ciento dos años, *The Times*, 19 de febrero de 1998.

²⁹ H. CECIL y P. H. LIDDEL, *At the Eleventh Hour*, op. cit., p. 342.

ron en los movimientos de extrema derecha el lugar donde hallar orgullo y jurar venganza. En *El camino de vuelta*, de Erich Maria Remarque, Heel, un arquetipo de oficial alemán, descarga su frustración uniéndose al *Freikorps* para poder seguir combatiendo con los que habían causado la derrota y la triste situación de Alemania.

En Francia existía un sentido de liberación, pero no realmente de victoria. En términos de porcentaje de la población fallecida, el sacrificio francés fue mayor que el de otros beligerantes. Las pérdidas fueron demasiado grandes para permitir un sentido auténtico de celebración, lo que explica que el Día del Armisticio fuera observado de forma mucho más silenciosa que en Gran Bretaña. Henri Barbusse, cuyos escritos reflejaban el sentimiento del deber y la determinación al comienzo del conflicto y el sentido de pérdidas irreparables al final del mismo, aconsejó a sus compatriotas la mejor manera de honrar a los muertos:

«La única actitud aceptable es llevar a las tumbas un silencio impecable. Al menos, si no decimos su nombre, nadie se atreverá a hacerlo. Un padre no tiene el derecho moral de utilizar la muerte heroica de su hijo para aumentar su prestigio personal [...] ni para apoyar una doctrina política comercial que, de forma consciente o inconsciente, provocaría nuevas masacres y llevaría a la humanidad al abismo»³⁰.

En Francia las más destacadas fueron la obra *Civilisations*, de Paul Valéry; la de Henri Barbusse, *Le Feu* (*El fuego*); la obra perteneciente a la «literatura del absurdo» de Ferdinand Céline, *Voyage au bout de la Nuit* (*Viaje al fin de la noche*); René Benjamín y su *Gaspard*, de 1915, así como la obra de Roland Dorgèles, *Les Croix de bois* (*Las cruces de madera*), de 1919³¹. En esta última, el protagonista, Sulphart, discute con un conocido sobre el hecho de que el fin del conflicto llegara demasiado tarde para que nadie pudiese cantar victoria. Cuando es cuestionado sobre cómo podía identificarse una victoria, «Sulphart, desconcertado, dudó por un momento, buscando las palabras, para explicar su enorme alegría. Entonces, sin ni siquiera entender el terrible significado de su frase, simplemente con-

³⁰ J. WINTER, *Sites of Memory, Sites of Mourning: The Great War in European Cultural History*, Cambridge, 1995, p. 182.

³¹ R. WOHL, *The Generation of 1914*, Cambridge, 1979, pp. 5-42.

testó: “Creo que es una victoria porque yo he salido vivo de ella”³². Resultaba complejo para los franceses encontrar el significado de una guerra en la cual la victoria se definía como mera supervivencia.

En Italia, los futuristas recibieron con entusiasmo el conflicto mundial. Entre ellos Gabriele D’Annunzio y su *Notturmo* de 1921. D’Annunzio, aunque ya había cumplido los cincuenta, destacó en atrevidas hazañas en las tres ramas de las Fuerzas Armadas. «Debo las más altas conquistas de mi espíritu a la sangrienta y embarrada guerra», escribió. El 12 de septiembre de 1919, Gabriele D’Annunzio encabezó una fuerza de más de mil «legionarios» voluntarios y desertores del ejército que partió desde Ronchi, cerca de Trieste, hasta la disputada localidad de Fiume. D’Annunzio escribió críticas y artículos para periódicos locales y publicó su primera novela, *Il piacere* (*El placer*), en 1889. Sus obras eran una artificiosa exaltación del heroísmo y de la acción, del erotismo y de la violencia. Una frase de su obra *La nave* («Armar la proa y navegar hacia el mundo») se convertiría en uno de los lemas del nacionalismo italiano³³.

Cuando comenzó la Gran Guerra, D’Annunzio regresó a Italia y apoyó la entrada de su país con los Aliados. El 9 de agosto de 1918 organizó una de las mayores hazañas de la contienda al conseguir que nueve aviones realizaran un vuelo sobre Viena para arrojar panfletos propagandísticos. El cielo se llenó de octavillas con los colores nacionales de Italia que instaban a Austria a rendirse. Los italianos, que estaban ansiosos por encontrar héroes, disfrutaron con sus alocadas incursiones aéreas.

Ante la crisis de Fiume, D’Annunzio aceptó la invitación de un grupo de jóvenes oficiales para resolver la cuestión de la disputada localidad. Ocupó la ciudad sin encontrar resistencia y permaneció allí hasta diciembre de 1920 bajo el lema «la revuelta contra la razón». Declaró a Fiume Estado constitucional independiente, presagio del posterior sistema fascista italiano. Se nombró a sí mismo *Duce*. Intentó organizar una alternativa a la Sociedad de Naciones para las naciones oprimidas del mundo y trató de forjar sin éxito alianzas con grupos separatistas de los Balcanes. La acción de D’Annunzio re-

³² H. CECIL y P. H. LIDDEL, *At the Eleventh Hour*, op. cit., p. 344.

³³ Sobre su vida, véase J. WOODHOUSE, *Gabriele D’Annunzio: The Defiant Archangel*, Oxford, 1998.

cordó a muchos la gesta de Garibaldi y «los Mil». En los meses siguientes, Fiume fue un frenesí de ceremonias, espectáculos y bailes. «En la ciudad resonaban —según los observadores—, los jadeos de los amantes, y se reservó un hospital para tratar las enfermedades venéreas»³⁴. Los voluntarios, llamados «argonautas», desafiaban a los austriacos al cruzar en lanchas rápidas a Italia en busca de la Marina italiana para que acudiera en auxilio de Fiume.

Durante más de un año, D'Annunzio desafió a su propio Gobierno, a las potencias aliadas y a Yugoslavia. Asimismo, supuso un desafío para el propio Mussolini y el movimiento fascista. Si D'Annunzio tenía éxito en conquistar no sólo Fiume, sino también Italia, Mussolini se convertiría, en el mejor de los casos, en su segundo. Mussolini valoró cuidadosamente su posición. Tenía que desear éxito a la operación, pero no podía verse involucrado en un posible fracaso. Uno de sus biógrafos denominó acertadamente a D'Annunzio, «el primer *Duce*»³⁵. Su golpe en Fiume fue muy popular en Italia, aunque con el tiempo la gente comenzó a hartarse de su megalomanía. El ejército italiano finalmente entró en acción y Fiume se rindió en diciembre de 1920, después de que la Armada italiana bombardeara la ciudad. D'Annunzio, que había estado clamando al cielo «Fiume o muerte», halló una tercera vía al huir a Italia el 18 de enero de 1921. El incidente fue mucho más que un golpe teatral y anecdótico del excéntrico escritor. Se trató de un peligroso precedente y un desafío abierto al Tratado de Versalles³⁶.

Otro autor destacado fue Filippo Tommaso Marinetti, que consideraba que los uniformes, la maquinaria y los sonidos y olores de la guerra eran maravillosos. Combatió en la Gran Guerra y, posteriormente, en la campaña italiana en Abisinia, que definió como el mejor poema futurista que había aparecido hasta entonces³⁷. No todos los intelectuales italianos estuvieron a favor del conflicto, como Benedetto Croce, que, a pesar de haber votado a favor de la guerra, se convirtió al neutralismo y se retiró para escribir historia. La obra de Adolfo Omo-

³⁴ M. MACMILLAN, *París, 1919*, op. cit., p. 373.

³⁵ M. LEDEEN, *The First Duce*, Baltimore, 1977, y A. LOZANO, *Mussolini y el Fascismo italiano*, op. cit., pp. 101 y ss.

³⁶ J. MACDONALD, *A Political Escape: The Story of Fiume and D'Annunzio*, Londres, 1921.

³⁷ P. CONRAD, *Modern Times, Modern Places*, op. cit., p. 211.

deo, *Momento della vita di guerra*, publicada entre 1929 y 1933, intentaba ser una memoria a sus camaradas fallecidos y un intento de rescatar a su generación de la distorsionada historia fascista³⁸.

Por último, en Austria-Hungría, las dos obras más destacadas fueron también las más antialemanas y antibélicas: la obra *Jeremías*, de Stefan Zweig, y *Die letzten Tage der Menschheit* (*Los últimos días de la humanidad*), de Karl Krauss, esta última también antisemita. En el resto del Imperio austrohúngaro hay que destacar la obra de Jaroslav Hasek, *El buen soldado Svejk*, de 1921, que reflejaba las ambigüedades de la participación checa en el conflicto.

El cine y la guerra

Como señalaba Robert A. Rosenstone, «ha llegado el momento en que el historiador debe aceptar el cine histórico como un nuevo tipo de historia que, como toda historia, tiene sus propios límites. Por ofrecer un relato diferente al de la historia escrita, el cine no se le puede juzgar con los mismos criterios. La historia que cuenta el cine se coloca junto a la historia oral y a la escrita»³⁹. El arte cinematográfico es un testimonio de la sociedad de su tiempo. Para Marc Ferro, pionero de la utilización del cine como fuente de la ciencia histórica, «el cine, sobre todo el de ficción, abre una vía real hacia zonas socio-psicológicas e históricas nunca abordadas por el análisis de los documentos»⁴⁰.

Una película histórica permite aproximarse al acontecimiento, a los personajes y a los problemas de la época narrada, pero también es cierto que supone una importante fuente de información sobre la visión que sobre ese hecho histórico tenían las autoridades del país productor. El cine fue mucho más influyente que la literatura a la hora de configurar la memoria popular de la Gran Guerra⁴¹. Ninguna pe-

³⁸ Véase J. A. THAYER, *Italy and the Great War*, Wisconsin, 1964.

³⁹ Citado en J. M. CAPARRÓS LERA, *100 películas sobre Historia Contemporánea*, Madrid, 1997, pp. 171-181.

⁴⁰ M. FERRO, *Analyse de film, analyse de sociétés. Une source nouvelle pour l'Histoire*, París, 1975.

⁴¹ Sobre el reflejo de la Gran Guerra en el cine, M. PARIS, *The First World War and Popular Cinema: 1914 to the present*, New Jersey, 2000, y A. NELLY, *Cinema and the Great War*, Londres, 1997.

lícula de la era del cine mudo podía reproducir el ruido y el olor del conflicto; sin embargo, hacia 1920, los directores consiguieron plasmar en mayor medida la realidad. Hollywood adoptó una visión entre lo realista y lo épico. Ello contribuyó a generar una visión mitológica del conflicto recreando temas que se repetirían con el tiempo: amor, lealtad, muerte y resurrección⁴².

Ése es el caso de películas como la versión de Rex Ingram de la novela de Vicente Blasco Ibáñez, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, de 1921, y la de Abel Gance, *J'accuse*, en la que los muertos resucitan para verificar si su esfuerzo no ha sido en vano, obligando a los vivos a que demuestren si han sido merecedores del esfuerzo de los muertos. Esta imagen del retorno de los muertos fue tratada también en la película de Raymond Bernard, *Le Croix de bois*, y en la última escena de *Sin novedad en el frente*, en su versión de 1930.

Nurse Edith Cavell, dirigida por Herbert Wilcox, aborda la vida de Edith Cavell, basada en el relato *Dawn (Amanecer)*, del capitán Reginald Berkeley. La primera versión de la película apareció en 1928 con el título *Dawn*. Sin embargo, ante la presión alemana y en el deseo de mejorar las relaciones entre Gran Bretaña y Alemania, la cinta fue retirada y apareció en 1939, ya con el título *Nurse Edith Cavell*. En la misma, Alemania quedaba en mejor posición que en la película original. El tema de los abusos alemanes y las atrocidades cometidas durante el conflicto fue también reflejado por el cine norteamericano. Entre las más conocidas se encuentran *The Little American*, de Cecil B. De Mille, de 1917, y *My Four Years in Germany*, de 1918. El formidable éxito en taquilla de *The Little American* influyó de gran manera en la opinión pública norteamericana. Narra la historia de una joven estadounidense (Mary Pickford) que se dirige a Francia a visitar a su tía en agosto de 1914. El buque en el que viaja (el *Veritania*, una clara alusión al *Lusitania*) apenas evita el hundimiento por parte de un submarino alemán. Una vez en Francia, se ve atrapada por la invasión alemana y un soldado alemán intenta violarla.

El punto principal de esta película («películas de odio», según la descripción alemana) era que mezclaba el hundimiento del *Lusitania* con las supuestas atrocidades cometidas por los alemanes en

⁴² M. PARIS (ed.), *The First World War and popular cinema. 1914 to the present*, Edimburgo, 1999, pp. 51-73.

1914. Con menos éxito, pero igualmente polémica, fue *My Four Years in Germany* (*Mis cuatro años en Alemania*), basada en las memorias de James W. Gerard, embajador de Estados Unidos en Alemania de 1914 a 1917. Se trataba supuestamente una película realista sobre las atrocidades alemanas⁴³. Aunque en las memorias de Gerard no se hablaba de atrocidades, en la película se describían fusilamientos de ancianos a manos de las tropas alemanas, así como de tropas aliadas en los campos de internamiento alemanes. Las falsedades que contenía obligaron al comité de censura germano-americano a suprimir las escenas más ofensivas⁴⁴.

Sobre la brutalidad de la guerra resulta imprescindible la película de 1957, de Stanley Kubrick, basada en la novela homónima de Humphrey Cobb, *Senderos de Gloria*. Este célebre filme antibelicista está basado en un hecho histórico, acaecido en Sovain el 17 de marzo de 1915: el general francés Delétoile hace fusilar a seis hombres, elegidos al azar, de la 5.^a Compañía del 63 Regimiento, por cobardía ante el enemigo. Asimismo, el general Reveilhac ordena disparar a la artillería contra sus propias trincheras, para que los soldados no retrocedan ante el ataque enemigo, y después manda fusilar a cuatro de ellos también al azar. El título está tomado de los versos del poeta Tomás Gray: «Los senderos de la gloria no conducen más que a la tumba». La película fue prohibida en Francia hasta 1980 y en Bélgica se produjeron manifestaciones de protesta con motivo de su estreno. Otras dos películas que reflejaron la tragedia y el horror de las trincheras fueron *What Price Glory*, de 1926, dirigida por Raoul Walsh, y *The Big Parade*, de 1925, dirigida por King Vidor⁴⁵. La incompetencia militar queda asimismo reflejada en la adaptación cinematográfica de la obra de Joan Littlewood, *Oh! What a Lovely War*, realizada por Richard Attenborough en 1969.

Sobre los cambios sociales que impondría la primera guerra mundial, la película *La Grande Illusion* (*La gran ilusión*), del maestro Jean Renoir, de 1937, basada en parte en el escape de De Gaulle del casti-

⁴³ J. W. GERARD, *My Four Years in Germany*, Nueva York, 1917.

⁴⁴ C. W. CAMPBELL, *Reel America and World War I: A Comprehensive Filmography and History of Motion Pictures in the United States, 1914-1920*, Nueva York, pp. 60 y 97-99.

⁴⁵ J. E. O'CONNOR y M. A. JACKSON (eds.), *American History/American Film: Interpreting the Hollywood Image*, Nueva York, 1979, pp. 17-38.

llo de Rosenberg tras su captura en marzo de 1916. La película mostraba las similitudes entre los pueblos europeos por encima de la guerra. Al mismo tiempo, era una alegoría sobre la desintegración de una clase social —la aristocracia— a la que pertenecían los dos capitanes protagonistas. Renoir, que había servido en la fuerza aérea durante el conflicto, estaba relacionado con el Frente Popular y en la película también deseaba destacar que las diferencias sociales eran más fuertes que el odio al enemigo⁴⁶.

Kubrick, como Renoir, muestra a soldados que comienzan la guerra con entusiasmo y posteriormente cambian de actitud al descubrir la lógica perversa del conflicto. *Hombres contra la guerra* (1971) analiza la historia desde el punto de vista italiano. El planteamiento opuesto fue adoptado por Howard Hawks en *El sargento York* (1941), que narra la historia de Alvin York, cuáquero pacifista que se convierte en héroe de guerra. York es persuadido de cambiar su idealismo pacifista para participar en la guerra. Howard Hawks esperaba que el ejemplo de York sirviera para convencer a los aislacionistas norteamericanos de participar en la Segunda Guerra Mundial, mientras que Renoir utilizó *La gran ilusión* para que sus compatriotas evitaran otra guerra. Entre las películas más antibelicistas hay que mencionar además *Sin novedad en el frente*, de 1930, dirigida por Lewis Milestone, basada en la novela homónima de Erich Maria Remarque. Es célebre su conmovedor y mítico final: un soldado veterano —con el frente en calma— se asoma de la trinchera para cazar una mariposa y es abatido por un disparo del enemigo.

Dos películas sobresalientes son *Lawrence de Arabia* (1957), que plasma la ambigüedad del protagonista, y *Gallipoli* (1981), una conmovedora película que refleja bien el conflicto entre deber e idealismo, por un lado, y el sinsentido de la guerra, por otro. En su escena final, dos amigos australianos se encuentran atrapados en un ataque inútil contra las posiciones turcas. La película logró que los hombres del ANZAC volvieran a ser héroes en su país. Tras la controvertida participación australiana en la guerra de Vietnam, el recuerdo de Gallipoli se había difuminado y los movimientos pacifistas cuestionaban la ética de cualquier conflicto. La película *Gallipoli* fue fundamental para transmitir la historia de la batalla a las nuevas generaciones y

⁴⁶ I. F. W. BECKETT, *The Great War*, op. cit., pp. 460-461.

para volver a despertar el interés de Australia y Nueva Zelanda sobre su participación en la Gran Guerra.

La película enfatizaba el triunfo del carácter australiano ante la adversidad y muchas de las características de la identidad y del mito ANZAC: fortaleza física, compañerismo, deportividad, antiautoritarismo, igualitarismo y dureza, a menudo en contraposición con los oficiales británicos, descritos como incompetentes y fríos. La película fue criticada por su visión unidimensional de los ANZAC y por algunos elementos sesgados sobre la culpabilidad británica por los repetidos ataques sobre la zona denominada «Nek» y por su descripción del mito de los ANZAC como víctimas heroicas de la incompetencia y la explotación británicas. La película fue acogida con gran entusiasmo en Australia y Nueva Zelanda y, de forma mucho más tibia, en Gran Bretaña.

«Entre Verdún y Dachau». Conclusión

«La guerra es menos costosa que la servidumbre, dijo Vauvenargues... La elección es siempre entre Verdún y Dachau»¹.

J. Dutourd.

La historia de Leonard Thompson, un mísero agricultor de la localidad británica de Suffolk, donde, como él mismo señaló, «la gente trabajaba literalmente hasta la muerte», proporciona un buen resumen del legado de la guerra. Thomson escribió: «Todos nos sentíamos felices cuando estalló la guerra el 4 de agosto de 1914, estábamos locos de alegría por abandonar las granjas». Tras el período habitual de entrenamiento, fue enviado al frente de Gallipoli en 1915. «Estábamos todos allí sentados, en el Helosponto, esperando a que se iniciase el combate. Lo primero que vimos fue una gran carpa. No la asocié con el ejército, sino con las fiestas que se celebraban a menudo en los pueblos. Otros debieron pensar lo mismo, pues nos acercamos a ella con curiosidad percatándonos de que la entrada estaba atada con cuerdas. Las desatamos y nos encontramos que estaba repleta de cadáveres. Filas y filas de soldados ingleses con los ojos abiertos. Todos enmudecimos». Thompson combatió en la campaña de Gallipoli, en la que vio un montón de muertos: «Alcancé a decenas de turcos porque yo manejaba una ametralladora. ¿Morían? No lo sé. Te asustabas enormemente por la masacre y a menudo pensabas: “¿De qué va todo esto? ¿Para qué sirve?”. Pero, en general, te limitabas a pensar en sobrevivir. Te sentías valiente y honrado por luchar por Gran Bretaña».

¹ J. DUTOURD, *The Taxis of the Marne*, citado en A. HORNE, *The Price of Glory*, op. cit., p. 347.

Posteriormente fue enviado a Francia, donde participó en la ofensiva del Somme antes de ser capturado por los alemanes en la localidad de Arras en 1917, experiencia que describió como lo peor que le había sucedido nunca, por la escasez de comida y el maltrato a manos de los alemanes. Fue liberado en noviembre de 1918 y regresó al hogar, donde se encontró con un mundo transformado. «Los soldados que regresaron al pueblo se recuperaron rápidamente. Las personas del pueblo que habían perdido a sus hijos se sentían extrañas, pero, en general, todos nos mostrábamos muy agradecidos y deseábamos regresar cuanto antes al trabajo. Sin embargo, las cosas habían cambiado y la gente era diferente. Los granjeros que habían servido en el ejército eran vistos de forma distinta. Contaban con más privilegios que antes. Sentíamos que ya no podía haber marcha atrás y en 1920 formamos una rama del Sindicato de Trabajadores Agrícolas». Sin embargo, en 1921 se produjo una grave crisis agrícola: «Los agricultores quebraron y se asustaron, así que arremetieron contra nosotros. Les recordamos que habíamos combatido en la guerra y ¡nos respondían que ellos también lo habían hecho! Así que se desató el odio. Tuvimos que cerrar nuestro sindicato, pues ya nadie podía pagar las cuotas». Thompson siguió defendiendo los derechos de los trabajadores a pesar de que, durante la década de 1930, hacía falta un gran valor para hacerlo en Suffolk y, con el tiempo, «las cosas cambiaron». «Ahora ya soy viejo y me dedico a leer libros sobre la Gran Guerra, mi guerra»².

De esa forma sucinta Thompson nos describe varios de los legados del conflicto. En primer lugar, podemos observar el trauma provocado por el descubrimiento de aquella tienda de campaña y la pérdida de la inocencia. Comprendemos su intenso deseo de regresar a la normalidad y el sentimiento de que la vida tenía que ser mejor que lo que había sido antes. Nos percatamos de que ponía en duda la guerra, aunque se sentía orgulloso de lo que había hecho por su país. Resulta evidente que para él, como para muchos otros jóvenes europeos, la guerra fue el hecho más significativo de su vida. Muchos de los efectos políticos, sociales y psicológicos de la guerra quedan recogidos en la historia de este hombre. Thomson sintió la tragedia brutal de la lucha en la que se han enfocado la mayor parte de las historias

² R. BLYTHE, *Akenfiel: Portrait of an English Village*, Londres, 1969, pp. 38-44.

de la Gran Guerra. Sin embargo, el combate también elevó sus expectativas vitales y le proporcionó esperanzas de un mundo mejor. La historia de Leonard Thompson debe servirnos de advertencia para evitar versiones simplistas sobre el impacto del conflicto.

El legado más cruel de la Gran Guerra fue la enorme destrucción que produjo en los distintos teatros de hostilidades, especialmente el europeo. Las pérdidas en vidas humanas excedieron los 8,5 millones de hombres, la mayoría de Rusia, Alemania y Francia. Se produjo un acusado descenso de la natalidad, con millones de heridos y mutilados. Todas las pirámides demográficas de los países que intervinieron en la contienda registraron acentuados estrangulamientos en la zona de edad de los veinte a los cuarenta años.

El coste en vidas humanas superó todo lo conocido hasta entonces. La extensión de los frentes y la eficacia de las nuevas armas generaron una enorme mortandad entre los ejércitos combatientes. Lo más revelador de la crueldad del conflicto fueron las bajas sufridas por la población civil. No sólo se debieron a los bombardeos contra objetivos no militares o al hundimiento de buques mercantes como consecuencia de la guerra submarina: el hambre se apoderó de países enteros. A la desnutrición provocada por el racionamiento le acompañaron, sobre todo en las zonas próximas a los frentes, las epidemias de cólera, tifus, etc. El coste exacto de la guerra en términos de vidas humanas probablemente ya no será conocido. Las pérdidas aproximadas alemanas ascendieron al menos a 1.808.545 muertos y 4.247.000 heridos, mientras que las bajas francesas se han estimado en aproximadamente cinco millones, de los cuales 1.385.300 eran muertos o desaparecidos. Unos 150.000 americanos perdieron sus vidas de un total de bajas de 325.876. Las pérdidas totales del Imperio británico fueron de 3.260.581, incluyendo 947.000 muertos y desaparecidos. Tan sólo en el frente occidental, las pérdidas británicas y de sus dominios ascendieron a 2.690.000³.

Más del 12 por 100 del total de los soldados británicos que sirvieron en Francia y Bélgica murieron y casi el 38 por 100 sufrieron heridas. Así, cerca de la mitad de los soldados de la Fuerza Expedicionaria Británica en el frente occidental podía esperar convertirse

³ J. WINTER, «Some aspects of the demographic consequences of the First World War in Britain», *Population Studies*, núm. 30, 1976, pp. 539-552.

en bajas, algunos en más de una ocasión. Aproximadamente uno de cada ocho moriría. Las bajas de la FEB no relacionadas con la batalla (enfermedades y heridas accidentales) ascendieron a 3.528.468 oficiales y soldados. De estos, 32.000 fallecieron por una gran variedad de causas, entre éstas neumonía, congelación y meningitis. Es preciso destacar que la mortalidad global de la pandemia de gripe «española» de 1918 pudo haber acabado con más personas de las que murieron en la guerra⁴.

Esa denominada «gripe española» debió posiblemente su nombre a que España, como Estado no beligerante, no vio motivos para acallar las noticias de que el país estaba siendo asolado por una variedad inusualmente virulenta de gripe. Ésta llegó en tres oleadas; la primera, durante la primavera de 1918, comenzó en Estados Unidos o en los campamentos del ejército estadounidense en Francia. Posteriormente, en agosto, un segundo brote más virulento surgió al mismo tiempo en varias localidades a miles de kilómetros de distancia. Esta gripe, muy infecciosa, se convertía rápidamente en neumonía, contra la que no existía cura. El tercer brote, que tuvo lugar en la primavera de 1919, azotó a la desnutrida población de Europa, asolada por la guerra. A pesar de los esfuerzos frenéticos por controlar y tratarla, murieron entre 20 y 25 millones de personas. Después, tan misteriosamente como había llegado, la gripe española desapareció⁵.

Las estimaciones de los muertos rusos en la guerra oscilan entre el medio millón y los dos millones, y, como las cifras de los muertos, aquellas de los prisioneros rusos y de los desaparecidos varían considerablemente. Uno de los estudios más serios realizados tras la guerra apuntaba a 3.400.000 prisioneros y 228.000 desaparecidos. Cuando las cifras de los capturados y de los desaparecidos se sumaron a las de los muertos, el ejército ruso difería de forma significativa de los otros principales países beligerantes. Por cada 100 muertos en el período 1914-1918, Rusia contó 251 prisioneros o heridos; Austria-Hungría, 150; Italia, 92; Alemania, 65; Francia, 46, y Gran Bretaña y el Imperio británico, 21. En otras palabras, los soldados rusos se encontraron más frecuentemente en situaciones donde su captura era inevitable, o

⁴ H. P. WILMOT, *La Primera Guerra Mundial*, Barcelona, 2004, p. 287.

⁵ J. M. BERRY, *The Great Influenza. The Story of the Deadliest Pandemic in History*, Londres, 2009. Otra teoría apunta a que la gripe había sido llevada por marineros desde Asia a la Península Ibérica.

eran más propensos a rendirse que los otros debido, en general, a las terribles condiciones reinantes en el ejército.

Austria-Hungría sufrió 905.299 muertos, el 60 por 100 de ellos en el frente del Este, y 837.483 desaparecidos. Tras la guerra, esa cifra fue revisada a 181.000, dado que la mayor parte de los desaparecidos resultaron ser tropas eslavas que se habían rendido o se habían pasado al enemigo.

A partir de 1917 muchas unidades rusas se disolvían de forma espontánea debido a que los soldados campesinos se dirigían a sus hogares para asegurarse de que no se perdían la redistribución agraria que se produjo tras el reparto de las propiedades de los terratenientes. Otros abandonaron, pues ya no veían sentido alguno a seguir combatiendo, hecho que ilustra la dificultad de obtener la unidad nacional en un país enorme. En la guerra contra Japón de 1904, los observadores rusos se quejaban de que tan sólo los soldados del este del lago Baikal se tomaban en serio la guerra. De la misma forma, a partir de 1917, los regimientos siberianos eran los primeros en abandonar el frente, señalando que «los alemanes no llegarían nunca a Siberia».

La economía europea quedó muy maltrecha por los años de guerra que habían alterado drásticamente la vida económica de los países beligerantes y la de los neutrales. Lo repentino del conflicto y la creencia de que su duración sería breve hicieron que las potencias de ambos bloques entrasen en él sin adecuar sus economías a las nuevas condiciones. La movilización masiva de combatientes, la utilización de los transportes para el traslado de tropas y material bélico y la prioridad otorgada de forma brusca a la producción de equipo de guerra ocasionaron graves disfunciones en las economías nacionales.

Desde un punto de vista económico, la inmediata posguerra estuvo marcada por la «crisis de subproducción», el agotamiento de las reservas de materias primas, la falta de abonos químicos, el desgaste o destrucción del equipo mecánico, la desorganización de los transportes y la escasez de mano de obra. El coste de la guerra se estimó en torno a los 180.000-230.000 millones de dólares (en valor de 1914). En los trece meses que siguieron al armisticio, se rellenaron 180 millones de metros cúbicos de trincheras y se limpiaron 222.480.000 metros cúbicos de alambradas. El trabajo continuaba una década después. Incluso tras limpiar el área, la regeneración de la agricultura fue muy compleja, pues los sistemas de canalización habían sido aniquilados y se había destruido la capa arable. El suelo estaba repleto de

hierro y acero, metales de los que se derivaron grandes concentraciones de nitratos y metales pesados que contaminarían el agua y la tierra durante décadas⁶.

Los exportadores europeos perdieron mercados porque su industria, absorbida por las necesidades militares, no podía suministrar los productos y se habían terminado las inversiones de capital. Así, en 1919 tanto la subproducción como la crisis financiera impidieron, a corto plazo, la expansión económica. Estados Unidos, proveedor de los contendientes durante dos años y medio, acrecentó el ritmo de su producción industrial y cuadruplicó el tonelaje de su flota mercante, obteniendo en el período de la guerra un excedente de balanza comercial igual al de todo el período entre 1787 y 1914. Poseía la mitad de las reservas mundiales de oro y había prestado a Europa 10.000 millones de dólares americanos. Entre 1914 y 1918, Japón adquirió privilegios en China, la ocupación parcial de Siberia Occidental y de las colonias alemanas en el Pacífico mientras surgía en el país una poderosa mentalidad colectiva nacionalista.

Como se ha visto, el conflicto produjo una profunda transformación del mapa político del continente europeo. Los tres grandes imperios, Rusia, Austria-Hungría y Alemania, que tan sólo cuatro años antes habían dominado la política mundial y que habían arrastrado a Europa a la mayor guerra fratricida de su historia, habían sido arrojados al olvido. Alemania tuvo que ceder Alsacia-Lorena a Francia, las provincias prusianas de población polaca a Polonia, la región de Schlesweig norte a Dinamarca y los pequeños territorios de Eupen y Malmedy a Bélgica. Rusia abandonó definitivamente sus territorios polacos y también los países bálticos (Estonia, Letonia y Lituania). La guerra generó expectativas de independencia en los dominios europeos, alentada por la fragilidad militar y los principios wilsonianos (en la India, Sudáfrica, en las colonias holandesas de Asia y China). Asimismo, se sembraron las semillas del conflicto en el Oriente Medio.

Las dinastías de los Hohenzollern, Romanov, Habsburgo y Vahdeddin (otomana) habían desaparecido. De las particiones de sus imperios nacieron nueve nuevas naciones: las Repúblicas bálticas, Polonia, Finlandia, Checoslovaquia, la República de Austria, Hungría

⁶ Véase H. CLOUT, *After the Ruins: Restoring the countryside of Northern France after the Great War*, Exeter, 1996, pp. 154-160.

y Yugoslavia. Este «desmenuzamiento» de los imperios, cuyo rasgo principal fue la «balcanización» de la Europa danubiana, se basó en el «principio de las nacionalidades» y el «derecho de autodeterminación de los pueblos» enunciados por el presidente Wilson en sus Catorce Puntos. De los sesenta millones de demandantes de independencia de la Europa de 1914, quedaban algo menos de treinta millones en 1919. Sin embargo, el agresivo nacionalismo de las nuevas naciones daría paso a nuevas zonas de confrontación, como los litorales norte y este del Adriático, Macedonia, la «línea Curzon» en Polonia y las fronteras rumanas. Como señala Mark Mazower, «el triunfo del nacionalismo supuso el surgimiento de la minoría como problema político contemporáneo»⁷. Simultáneamente, surgía la semilla del revanchismo en los imperios mutilados y los pueblos vencidos; sentimientos canalizados por dos movimientos políticos opuestos: los fascismos y los regímenes socialistas que siguieron la estela victoriosa de la Revolución rusa de 1917.

La «paz» que emergió de los tratados firmados entre 1919 y 1920 constituyó un «nuevo orden» débil e insatisfactorio. En primer lugar, y de forma destacada, no fue construida para perdurar. En un sentido más técnico, la Paz de París no redistribuyó el poder de una forma realista basándose en el potencial de los países involucrados. Un cálculo de ese tipo depende de una gran variedad de factores internos complejos y de política internacional, de geografía, tendencias económicas y tecnología entre otros. Sin embargo, en las conferencias que pusieron fin a la guerra, los estadistas carecieron de la imaginación de un Mazarino en 1648 o de un Castlereagh en 1814, que les permitió crear un sistema europeo apropiado para el período, que no otorgaba demasiado a los ganadores, ni restaba tampoco mucho a los perdedores y que reconocía que, al final, todas las naciones debían mostrarse en mayor o menor grado de acuerdo con la paz. Nada de eso sucedió en la Paz de París.

A escala planetaria, la Gran Guerra confirmó el declive progresivo del Occidente europeo y la ascensión definitiva de dos nuevas potencias: Estados Unidos y Japón; es decir, el desplazamiento del centro de gravedad fuera de Europa. Estados Unidos, proveedor de

⁷ M. MAZOWER, *Dark Continent, Europe's Twentieth Century*, Nueva York, 1998, p. 40.

los contendientes durante dos años y medio, acrecentó el ritmo de su producción industrial y cuadruplicó el tonelaje de su flota mercante, obteniendo en el período de la guerra un excedente de balanza comercial similar al de todo el período comprendido entre 1787 y 1914. Poseía la mitad de las reservas mundiales de oro, había prestado a Europa 10.000 millones de dólares americanos y rescató gran parte de los títulos de Estados Unidos en manos extranjeras⁸. Los Estados de Europa occidental ocupaban desde finales del siglo XIX un lugar aventajado en el desarrollo económico mundial; habían impulsado la explotación de los recursos de nuevos territorios con sus técnicas e inversiones, estableciendo paulatinamente un sistema colonial en Asia y África. Los años de guerra debilitaron para siempre la suprema confianza que Europa tenía en sí misma, que le había llevado a dominar el mundo. Tras lo acontecido en el frente occidental, los europeos ya no podían afirmar orgullosos al resto del mundo que tenían una misión civilizadora que cumplir.

En el ámbito político, el final del conflicto hizo cada vez más difícil que la farsa constitucional continuara en los Estados europeos. Un conflicto tan devastador generó enormes tensiones económicas y sociales que alteraron la relación de fuerzas en la mayoría de los países. La escasez de alimentos, el dislocamiento económico, la miseria social, la precariedad y la inflación condujeron al despertar político y a la militancia ideológica de las masas. Bajo estas presiones, las modalidades existentes de política jerárquica, clientelista y elitista se derrumbaron. Al final de la guerra, a las tradicionales élites gobernantes les fue imposible retrasar el reloj y regresar al mundo de 1914.

Se puede hablar también de un balance «intelectual y moral» del conflicto. En el orden moral, los cambios producidos por el conflicto fueron incluso más profundos. El conflicto marcó a toda una generación que en adelante se definió básicamente por su carácter de excombatiente. Los acontecimientos fundamentales del período de entreguerras: la agitación social de los años veinte, la crisis económica y el auge de los totalitarismos en los treinta, los agravios y conflictos que se encuentran en la génesis de la Segunda Guerra Mundial, tenían como telón de fondo la inquietud y la insatisfacción de una gene-

⁸ D. YERGUIN, *The Commanding Heights. The Battle between Government and the Marketplace that is remaking the Modern World*, Nueva York, 1998, pp. 46-67.

ración sacrificada en los campos de batalla que creyó que su esfuerzo no se había visto recompensado.

Sin embargo, aunque la Segunda Guerra Mundial es inexplicable sin conocer la primera, no existió una inevitabilidad entre ambas. Hitler no declaró la guerra a causa de Versalles, aunque lo utilizó como útil arma de propaganda. Incluso si Alemania hubiese permanecido con sus fronteras, con sus fuerzas militares, habría exigido la destrucción de Polonia, el control de Checoslovaquia y, por encima de todo, la conquista de la Unión Soviética y la esclavización de los eslavos. Hubiese exigido «espacio vital» para el pueblo alemán y la destrucción de judíos y bolcheviques, puntos que no aparecían en el Tratado de Versalles. A pesar de los claros vínculos entre la Primera y la Segunda Guerras Mundiales, resulta simplista concluir que el segundo conflicto mundial fue un producto directo de la Gran Guerra. Algunos factores eran anteriores al conflicto y otros surgieron después.

En la mentalidad colectiva, la guerra dejó una profunda huella simbolizada por la generación de combatientes. Dos actitudes prolongarían este sentimiento a lo largo de la siguiente década; el denominado «espíritu del antiguo combatiente» y una fuerte corriente pacifista expresada por las actividades de Wilson o Briand. En Inglaterra, el mito que surgió de la guerra hizo que ésta fuese representada como una «generación perdida», masacrada inútilmente «por los adultos que engañaron a los jóvenes». De esa forma, los supervivientes se desilusionaron y se apartaron, no sólo de su pasado, sino también de su herencia cultural. Al mismo tiempo, en Alemania un mito diferente suplantaría la realidad de la derrota y de la guerra, un culto a los soldados caídos que reforzaría la estética del nacionalismo agresivo cultivado por el partido nazi⁹. La delincuencia juvenil aumentó en Alemania durante la guerra. El crimen aumentó un 57,4 por 100 entre los jóvenes de entre quince y dieciocho años, y es posible que la ausencia de los padres y las privaciones durante la guerra contribuyeran a la atracción que generó el movimiento juvenil nazi y la figura de Hitler como figura paternal¹⁰.

⁹ R. BESSEL, «The Great War in German Memory: The Soldiers of the First World War, Demobilisation and Weimar Political Culture», *German History*, núm. 6, 1998, pp. 20-34.

¹⁰ Véase P. LOEWENBERG, «The Psychohistorical Origins of the Nazi Youth Cohort», *American Historical Review*, núm. 76, 1971 pp. 1407-1502.

Se trataba también de una fuerte crisis de los valores universalmente admitidos hasta ese momento; frente a los valores tradicionales, que antes de la guerra se fundaban en el «deber», tras los sufrimientos de la guerra se reclamó la rehabilitación del «placer» —los «locos años 20»—. Se evolucionaría hacia el individualismo escéptico: Proust, Joyce, Huxley, Pirandello. La influencia norteamericana comenzó a extenderse por Europa a través de los soldados desembarcados. Los valores intelectuales también acabaron tambaleándose; se reaccionó frente al racionalismo, desde la filosofía de Bergson y Unamuno al surrealismo de Breton y Elouard. El desencanto por la guerra se inició pronto, la realidad de la guerra no tenía nada de romántica. Bastaba pasar una semana en las trincheras para despojar a la guerra de su romanticismo. A medida que la guerra se prolongaba y aumentaba la matanza, inevitablemente se iban escuchando voces de protesta. Al final, la mayoría se mostró avergonzada de haberse dejado influir por esa visión romántica de la guerra. Se ha identificado una «conciencia generacional» entre los veteranos de la guerra. Muchos se sintieron traicionados creyendo que vivían en «un abismo entre dos mundos», de ahí la fuerte atracción que sintieron por el extremismo político en el mundo de la posguerra. Como ideologías, el fascismo y el nazismo retuvieron el sentido tribal de aislamiento entre la sociedad y el soldado, la aceptación de la regimentalización y, por encima de todo, la brutalización debido a la exposición a la violencia.

La mayoría de los europeos habían creído que la guerra sería breve y que podían vencer sin grandes pérdidas o inconvenientes. Desde el inicio, sin embargo, la participación de los imperios coloniales europeos llevó a una escalada del conflicto más allá de Europa. Una combinación de los objetivos de guerra de los beligerantes con los intereses egoístas entre otras potencias hicieron inevitable que la guerra se convirtiese en un conflicto global. Además, el impacto de la industrialización había transformado la naturaleza de la guerra. Las campañas iniciales de 1914 se desarrollaron como habían esperado los soldados, pero conforme se hizo evidente la fortaleza de la defensa se produjo un empate militar. Demasiados oficiales se percataron demasiado tarde de la naturaleza de los problemas militares a los que se enfrentaban. En muchos aspectos, sin embargo, se trataba todavía de un conflicto militar en transición, en el que las nuevas tecnologías no estaban lo suficientemente perfeccionadas como para proporcionar una solución al empate.

El empate animó a los Estados a recurrir a todos sus recursos nacionales para lograr la superioridad sobre sus oponentes. Para asegurarse de la movilización total de los recursos, era necesario que los gobiernos interviniesen de forma masiva en sus economías domésticas. El crecimiento del Gobierno fue enorme y permanente, aunque algunos de los controles del período de la guerra se atenuaron posteriormente. El impacto a corto plazo de la guerra sobre la sociedad y, de hecho, sobre la cultura fue insoslayable, aunque, a largo plazo, existieron más continuidades que discontinuidades entre las sociedades de antes y después de la guerra. De hecho, incluso el servicio militar por parte de los soldados-ciudadanos que combatieron en la guerra no tuvo el impacto duradero que es representado habitualmente basándose en evidencias muy selectivas de un grupo poco representativo de intelectuales y literatos. Representar a los soldados de la Gran Guerra como meras víctimas pasivas es minusvalorar los ideales por los que combatieron.

Las consecuencias más significativas de la guerra fueron políticas. Los cambios más profundos tuvieron lugar en aquellos Estados que no pudieron enfrentarse a los desafíos de la guerra y que fueron derrotados. Allí donde la autoridad estatal fue socavada por la derrota, surgieron condiciones revolucionarias, y todos los beligerantes se vieron obligados a hacer frente al problema del mantenimiento de la moral nacional. Uno de los legados del conflicto fue que la política de posguerra estuvo marcada por la experiencia de guerra. Así, la memoria del conflicto se convirtió rápidamente en un «pasado utilizable» tanto para los vencedores, como para los vencidos.

La derrota de las Potencias Centrales y el colapso de la Rusia zarista llevaron a un replanteamiento del mapa de Europa, de Oriente Medio y de África. En el proceso, el equilibrio global de poder cambió de forma significativa. Estados Unidos surgió como potencia militar y económica, y la oportunidad que se otorgó a los bolcheviques para alcanzar el poder convirtió al comunismo en una ideología poderosa y atractiva. De hecho, con independencia de si las dos guerras del siglo XX son consideradas como un único período de conflicto dividido por una tregua de veinte años, es posible defender que el mundo creado por la Gran Guerra perduró hasta el colapso del comunismo en Europa en 1989¹¹.

¹¹ M. HOWARD, «The Springtime of Nations», *Foreign Affairs*, núm. 69, 1990, pp. 17-32.

Francia y Gran Bretaña se lanzaron de nuevo a la guerra en 1939, aunque sin rastro del entusiasmo que acompañó el estallido de la Gran Guerra. La matanza aún mayor provocada por la Segunda Guerra Mundial, con el asesinato en masa de civiles a una escala inimaginable hasta entonces, suprimió el recuerdo de la Gran Guerra, que pasó rápidamente de la conciencia contemporánea al ámbito difuminado de la historia y se convirtió, en comparación, en un «asunto menor». A su vez, cuando surgió una nueva generación y la Segunda Guerra Mundial perdió su inmediatez, se produjo también un cambio de actitud. Parte del pensamiento cínico, del humor negro y de la política nihilista de los años veinte se repitieron en la contracultura de la década de los sesenta, al tiempo que se comenzaba a considerar la Primera y la Segunda Guerra Mundial como parte de un mismo y catastrófico conflicto.

La enorme cantidad de jóvenes muertos en la Gran Guerra animó el sentimiento popular de conmemoración. Era particularmente fuerte en Gran Bretaña, país que no había sufrido las guerras de independencia ni de unificación que habían afectado a otros países europeos durante el siglo XIX y que, por tanto, no estaba tan preparado para la tragedia humana del conflicto. En 1919, en el primer aniversario del armisticio, se erigió un cenotafio temporal según el nombre griego para designar una tumba vacía. El éxito de la iniciativa llevó a la construcción de uno permanente. Al mismo tiempo, un cuerpo sin identificar fue llevado desde Francia. Había nacido la célebre figura del «soldado desconocido»¹².

Esa idea del soldado desconocido resultó muy atractiva para todas las naciones combatientes. En Francia fue acompañada de una llama eterna bajo el Arco de Triunfo y monumentos similares surgieron en Italia, Grecia y Estados Unidos. En Alemania, sin embargo, los intentos por construir un monumento similar en 1923 provocaron fuertes disturbios entre pacifistas y nacionalistas. El dolor de la derrota había sido demasiado profundo como para que los supervivientes se pusieran de acuerdo sobre la conmemoración. El monumento más destacado fue el de Hindenburg, en Tannenberg. En Turquía, en la zona de Gallipoli, Mustafa Kemal *Ataturk*, que se convertiría en líder de Turquía, convirtió la península en un parque memorial.

¹² E. HOMBERGER, «The Story of the Cenotaph», *Times Literary Supplement*, 12 de noviembre de 1976, y M. GAVAGHAN, *The Story of the Unknown Warrior*, 11 November 1920, Cambridge, 1995.

Es frecuentemente visitada por australianos y neozelandeses, que recuerdan esa campaña con una mezcla de orgullo y amargura, el lugar donde se forjó la identidad nacional.

Los cementerios y memoriales de guerra franceses adoptaron a veces formas insólitas, como la famosa «Trinchera de las Bayonetas», en Verdún, donde una compañía francesa de infantería había sido supuestamente enterrada viva por el bombardeo alemán, dejando tan sólo visibles las bayonetas. En 1920 se creó un memorial financiado por un banquero norteamericano a cierta distancia del supuesto lugar original. En realidad, aquello nunca sucedió, pero su efecto fue impactante. Se crearon también osarios para los restos de las víctimas no identificadas en cuatro lugares representativos que se habían convertido en campos de batalla sagrados: Douaumont (en Verdún), Lorette (en Artois), Dormans (en el Marne) y Hartmannswillerkopf (en Alsacia). Douaumont contiene los restos de 130.000 hombres. Se erigieron también más de 36.000 memoriales locales entre 1916 y 1926, situados a menudo en cementerios.

En Gran Bretaña, Rudyard Kipling trabajó durante años para proporcionar cementerios y memoriales adecuados para los fallecidos. En la actualidad, los viajeros pueden observar los frutos de esos trabajos por toda Europa, donde hasta las pequeñas localidades conmemoran a aquellos que fallecieron en el conflicto. Desde las carreteras del norte de Francia se pueden visitar enormes monumentos en los campos de batalla como Thiepval y Vimy, así como innumerables cementerios de guerra. Los alpinistas pueden visitar el memorial de guerra en el monte Grappa, en los Dolomitas italianos, o las figuras conmemorativas de Constantin Brancusi en Tîrgu-Jui, en los Cárpatos rumanos. Desde la antigua capital otomana de Estambul se pueden recorrer con facilidad los campos de batalla y los monumentos conmemorativos de la península de Gallipoli. Sin embargo, y lamentablemente, salvo en algunos de los antiguos Estados combatientes, dichos memoriales significan cada vez menos para las nuevas generaciones. Es posible que la inmortalización en piedra de la Gran Guerra lleve hacia un proceso de distanciamiento y olvido. En vez de convertirse en una memoria viva y fluida, esos monumentos se han convertido en algo fijo y carente de vida, lo que se traduce en su olvido progresivo¹³.

¹³ Una de las mejores guías es la de R. E. B. COOMBS, *Before Endeavours Fade*, Londres, 2006. Para aspectos nacionales de los memoriales, D. BOORMAN, *At the*

Cuando se firmó el Tratado de Versalles, varios de los principales actores en el drama del comienzo de la guerra habían fallecido. El zar Nicolás, su mujer y cinco de sus hijos fueron ejecutados por los bolcheviques en Siberia. István Tisza, el primer ministro húngaro que en julio de 1914 intentó frenar a Viena en sus planes belicosos, fue asesinado por los comunistas mientras Hungría se desintegraba en octubre de 1918.

Carlos I, depuesto como último emperador Habsburgo, pero que se negaba a abdicar, falleció de neumonía en el exilio con apenas treinta y cinco años. El presidente Woodrow Wilson abandonó la Casa Blanca en un delicado estado de salud en 1921 desilusionado al ver cómo «su» Sociedad de Naciones era rechazada por el Senado norteamericano. Había pronunciado decenas de discursos en una gira por todo el país intentando convencer a sus conciudadanos. Sin embargo, se topó con una fuerte oposición: aislacionistas, progresistas que le acusaban de haber traicionado sus propios principios, ciudadanos de origen irlandés que le acusaban de no haber defendido a Irlanda, republicanos, etc. Falleció en 1924. Estados Unidos firmó tratados con Alemania, Austria y Hungría, pero nunca ingresó en la Sociedad de Naciones. El final del presidente Wilson tuvo su paralelo en el del revolucionario Lenin, que sufrió varias hemorragias cerebrales antes de fallecer en 1924.

Muchos de los viejos soldados fueron falleciendo paulatinamente. Robert Nivelle finalizó su carrera en el norte de África y falleció en el olvido en 1924 sin haber escrito sus memorias, ni haber realizado un esfuerzo por intentar justificar la infausta ofensiva que lleva su nombre. William Robertson dirigió las fuerzas de ocupación británicas en la zona del Rin en 1919 y 1920, fue nombrado mariscal de campo y pasó a la reserva. Alexei Brusilov sirvió a los bolcheviques hasta 1924. Ferdinand Foch fue nombrado mariscal de Francia y su hoja de servicio fue cubierta de honores. Posteriormente, al igual que Joseph

Going Down of the Sun: British First World War Memorials, Nueva York, 1988; K. INGLIS, *Sacred Place: War Memorials in the Australian Landscape*, Melbourne, 1998; R. SHIPLEY, *To Mark Our Place: A History of Canadian War Memorials*, Toronto, 1987; J. M. MAYO, *War Memorials as Political Landscape: The American Experience and Beyond*, Nueva York, 1984, y P. DOGLIANI, «Les monuments aux morts de la Grande Guerre en Italie», *Guerres Mondiales et Conflits Contemporains*, núm. 167, 1992, pp. 87-94.

Joffre y Erich von Falkenhayn, se retiró del escenario. Luigi Cadorna, deshonrado tras la hecatombe de Caporetto, sería rehabilitado por Mussolini y nombrado mariscal de campo en 1924. Franz Conrad von Hötzendorf se trasladó a Alemania y, como muchos otros, dedicó los últimos días de su vida a escribir unas memorias elogiosas consigo mismo y de un valor histórico dudoso. Douglas Haig, aunque logró una compensación de 100.000 libras otorgadas por el Parlamento británico al final de la guerra, se había convertido en una figura muy controvertida y era demasiado odiado por Lloyd George como para convertirse en jefe de Estado Mayor Imperial. Se dedicó a recaudar fondos para los veteranos hasta su muerte en 1928.

El único general de la Gran Guerra que tuvo un papel muy significativo en la posguerra fue el turco Mustafá Kemal. Adoptando el nombre de Atatürk (padre de los turcos), se convirtió presidente de la República Turca de 1924 y comenzó el colosal trabajo de convertir el antiguo Imperio otomano en un Estado occidentalizado, moderno y secular. Sus resultados se pueden apreciar todavía en la Turquía actual.

Guillermo II coquetearía con los nazis cuando éstos irrumpieron en Alemania, pero nunca existió mucho respeto entre ambas partes, en particular cuando el otrora káiser se percató de que Hitler no tenía intención de restaurar la monarquía. Hermann Goering consideraba que el káiser era un «loco incorregible», y Hitler, que «era medio judío». Cuando en 1940 Hitler ocupó París, Guillermo II le envió un telegrama de felicitación, gesto que tras la guerra le costaría la confiscación de su casa de Doorn, en Holanda. Falleció el 4 de junio de 1941 en vísperas de otra invasión alemana de Rusia, orgulloso de que «sus» generales hubieran ocupado media Europa. Para privar a Hitler de un golpe propagandístico, ordenó que su cuerpo no fuera repatriado a Berlín. Fue enterrado sin esvásticas en Doorn.

Su primo Jorge V falleció cuatro años antes que Guillermo, los últimos años de vida se vieron alterados por la negativa de su hijo mayor, y heredero, a abandonar su escandalosa relación con la divorciada norteamericana Wallis Simpson.

El rey Alberto I de Bélgica falleció en un accidente de alpinismo en 1934, escalando las alturas de Marche-les-Dames, cerca de Namur, y le sucedió su hijo, el rey Leopoldo III. Su valerosa actuación durante la Gran Guerra le valió el sobrenombre de El Rey Caballero.

Georges Clemenceau, que ya tenía más de setenta años cuando se convirtió en primer ministro de Francia en 1917, tuvo una intensa vida política. Rechazado por muchos políticos franceses por la forma en la que había monopolizado la dirección de la guerra en su último año y las negociaciones de paz, se presentó para ser presidente en 1920. Perdió y dimitió como primer ministro. Se dedicó a viajar por el mundo, a cazar tigres en la India, a escribir libros y realizó una gira por Estados Unidos para alertar de los peligros de la indiferencia norteamericana hacia los asuntos europeos antes de fallecer con ochenta y ocho años. Su odio por Alemania nunca disminuyó y se dice incluso que solicitó ser enterrado de forma vertical mirando para siempre hacia la frontera con Alemania.

Algunas de las figuras de la guerra vivieron bastante tiempo. David Lloyd George perdió su puesto de primer ministro en 1922, cuando el Partido Conservador abandonó su coalición y tomó el poder de forma independiente. Permaneció en el Parlamento durante más de dos décadas, aunque convertido ya en una figura marginal sin una base de poder sustancial.

El más brillante y dinámico de los bolcheviques, León Trotsky, perdió su pugna por el poder con Stalin en los años que siguieron a la muerte de Lenin. Fue expulsado del Partido Comunista ruso en 1927, exiliado en Asia central en 1928 y expulsado de la Unión Soviética en 1929. Perseguido de forma implacable por los agentes de Stalin, se trasladó a Turquía, después a Francia, a Noruega, y finalmente, en 1936, a México. Fue asesinado cuatro años más tarde por Ramón Mercader, un agente de Stalin. El asesinato de Trotsky completó el terror desatado contra una generación de viejos bolcheviques.

Paul von Hindenburg se retiró del ejército alemán tras la guerra. A pesar de ser un monárquico declarado y de que no sentía respeto hacia la nueva República, consintió presentarse para presidente en 1925 y fue elegido debido a su condición de héroe nacional. En 1932, ya octogenario y convertido en una figura pasiva, se presentó a la reelección, pues no veía alternativa al ascenso de Hitler. Una vez más, tuvo éxito. Un año después fue convencido para que nombrara a Hitler canciller por asociados que le aseguraron que, una vez en el poder, Hitler podía ser manipulado. Hindenburg todavía vivía cuando los nazis iniciaron su reino de terror con el cual controlaron el país.

Una trayectoria vital más dramática fue la de Henri-Philippe Pétain, que en los inicios de la Gran Guerra había sido un coronel cerca

de la jubilación y, al final, se había convertido en mariscal de Francia y comandante en jefe de los ejércitos. En 1918 permaneció en el servicio activo. Tras la invasión alemana de Francia en 1940, con ochenta y cuatro años, se le solicitó que formase Gobierno. Cuando los alemanes conquistaron dos tercios de Francia, Pétain logró un armisticio y fue nombrado jefe de Estado con poderes casi ilimitados por un nuevo Gobierno basado en la localidad balnearia de Vichy. Su desempeño durante la ocupación alemana fue ambiguo. Permaneció en el poder por el miedo de que su partida facilitase que los nazis cometieran más actos criminales e intentó obstruir en algunas facetas el gobierno de los ocupantes alemanes. Pétain evitó entrar en la guerra con el Eje, tal y como pretendía Hitler y éste le solicitó en la entrevista que mantuvieron en Montoire el 24 de octubre de 1940. Tras la liberación fue llevado a juicio por el nuevo Gobierno francés y condenado a muerte. La sentencia fue conmutada por cadena perpetua y falleció con noventa y cinco años confinado en una isla de la costa atlántica francesa en 1951.

Una de las figuras más jóvenes y destacadas de la guerra tuvo también una larga e intensa trayectoria vital. La carrera de Winston Churchill prosperó en la década posterior al Tratado de Versalles. Fue nombrado secretario de Estado para la Guerra desde 1919 a 1921, secretario colonial en 1921 y 1922 y ministro de Hacienda desde 1924 a 1929. Durante esos años abandonó a los liberales para regresar al Partido Conservador, donde había iniciado su carrera un cuarto de siglo antes. Sin embargo, los conservadores no le habían perdonado y desconfiaban de él. Desde 1929 fue consignado a lo que él denominó «la tierra salvaje de la política», y no cejó en su empeño de alertar sobre el rearme de la Alemania nazi.

Gavrilo Princip, el hombre que realizó los dos primeros disparos de la guerra y se convirtió en su desencadenante, fue declarado culpable, pero al no haber cumplido los veinte años, se salvó de la pena de muerte siendo condenado a veinte años de prisión. Falleció víctima de la tuberculosis el 28 de abril de 1918 en la prisión de Theresiensdatd. El puente Lateiner, cerca de donde se situó Princip el día del atentado, pasó a denominarse puente Princip y en el lugar del asesinato se colocó una inscripción: «En este histórico lugar, Gavrilo Princip inició el camino hacia la libertad, el día de San Vítus, 28 de junio de 1914».

En el período posterior a la guerra, desde noviembre de 1921 hasta febrero de 1922, las grandes potencias celebraron una con-

ferencia en Washington sobre la limitación de armamentos navales. Sus delegados se comprometieron a desguazar algunos buques y construir otros de acuerdo con una serie de cuotas. Los idealistas creyeron que se iniciaba, por fin, una nueva era de paz duradera. Cuatro años después los estadistas europeos se reunieron en la localidad de Locarno, donde Gran Bretaña e Italia se mostraron de acuerdo en garantizar las fronteras de Alemania contra posibles aventuras militares por parte de Francia. Los tres aliados se comprometieron a patrocinar el ingreso de Alemania en la Sociedad de Naciones poniendo fin a su ostracismo. Además, se obligaron a proseguir su propio desarme, que bajo el Tratado de Versalles debía seguir a la desmilitarización de Alemania. El espíritu de Locarno fue recibido como un monumento de redención confirmando la conciliación europea en el camino hacia la unidad global. Cuando en 1928 otros estadistas se encontraron en París para firmar un pacto que legalizaba la guerra, el denominado Pacto Briand-Kellog, los hombres comenzaron a creer que esos encuentros, decisiones y proclamas determinarían el futuro del mundo. Sin embargo, aunque la guerra había finalizado, el odio permanecía.

En comparación con la atención que suscitaron esas esperanzadoras conferencias, un incidente que tuvo lugar en Múnich en 1923 pasó casi desapercibido. Erich Ludendorff se encontraba al borde del desequilibrio psicológico. Tres años antes había conspirado en Berlín para poner fin de forma violenta a la República de Weimar, pero el golpe fue derrotado por la falta de apoyo del ejército y por una huelga general de los trabajadores. Cuando fracasó el denominado «*Putsch de Kapp*», a Ludendorff se le permitió retirarse con su honor incólume a Baviera, donde establecería otro cuartel conspiratorio. Allí conoció al cabo austriaco, Adolf Hitler, un frustrado estudiante de arte que había escuchado con alegría la declaración de guerra en 1914, enrolándose en el ejército alemán. Se le asignó al Regimiento de Bavaria número 16 y llegó al frente a tiempo para la batalla de Ypres. Fue así como presenció la terrible *Kindermord*, «la matanza de inocentes», donde miles de reclutas sin apenas entrenamiento fueron aniquilados por los veteranos soldados ingleses.

En octubre de 1916 Hitler resultó herido durante la batalla del Somme y fue enviado a Berlín para recuperarse, donde percibió una fuerte atmósfera de descontento y derrotismo, y su furia se volcó hacia políticos, periodistas, judíos y radicales de izquierda. Hitler

regresó al frente con la convicción de que el esfuerzo de guerra estaba siendo socavado por «judíos y marxistas». En octubre de 1918 perdió temporalmente la vista en un ataque de gas mostaza y fue trasladado a un hospital en Pomerania. Allí se enteró de que una revolución había estallado en Alemania, que el káiser había abdicado, que se había declarado la república y que se había perdido la guerra. La «suprema experiencia» de Hitler en las trincheras, atormentado por el destino de sus compañeros muertos y mutilados y por el sacrificio alemán que sólo había conducido a la derrota, le llevó a comprometerse en vengar sus muertes, humillar a los enemigos de Alemania y convertir a los alemanes en un pueblo orgulloso, rencoroso y despiadado. Su deseo de venganza llegaría al alma de muchos corazones alemanes.

Al abandonar el hospital, Hitler regresó a Múnich, que experimentaba fuertes convulsiones políticas. La región de Baviera se había ido convirtiendo en un nido de grupos nacionalistas de extrema derecha. No se sabe a ciencia cierta cuál fue la relación de Hitler con el ejército durante ese período, aunque lo más probable es que se dedicase a vigilar a los numerosos grupos extremistas en la ciudad de Múnich. Pronto tomó contacto con uno de los numerosos partidos nacionalistas y racistas, el minúsculo Partido de los Trabajadores Alemanes (DAP), fundado por Anton Drexler y Karl Harrer. Hitler no tardó en reemplazar a Drexler en la jefatura del partido y, meses más tarde, el partido cambiaba de nombre y adoptaba el de Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes (NSDAP). Su programa exigía la revisión del Tratado de Versalles, el retorno de los territorios perdidos como resultado del tratado de paz y la reunificación de todos los alemanes étnicos en un mismo Reich. Los judíos serían excluidos de la ciudadanía a pesar de que muchos habían combatido por Alemania.

Hitler y Ludendorff se mostraron de acuerdo en planear una revolución. El 8 de noviembre de 1923, el líder del Gobierno bávaro, Gustav von Kahr, estaba pronunciando un discurso en una cervecería de Múnich. Hitler irrumpió en el lugar y, subiéndose a una mesa, disparó con un revólver al techo gritando: «¡La revolución Nacional ha comenzado!», y afirmando que se había formado un nuevo «Gobierno provisional». En realidad, todo lo que Hitler dominaba en ese momento era una cervecería. Los grupos que habían ofrecido su colaboración a Hitler para marchar sobre Berlín y derribar al Gobierno (el ejército, la policía y el Gobierno bávaro) se negaron a cooperar.

Hitler no se desanimó y al día siguiente intentó marchar con sus acólitos y tomar el Ministerio de la Guerra en Múnich. La policía puso violentamente fin a la marcha: 16 miembros de las SA fallecieron en el intento y Hitler abandonó apresuradamente el lugar de los hechos. La única figura en pie era Ludendorff, que, uniformado, marchaba hacia las tropas que le bloqueaban el camino. Abrieron una vía y le dejaron pasar. Ésa fue su última aparición significativa en la historia. Durante un tiempo su alma siguió marchando con el ejército de camisas pardas nazis. Muchas de las ideas de los primeros nazis, una parte no desdeñable de su mitología y de su vocabulario formaban parte de los desvaríos de un hombre senil y rencoroso.

A pesar de las conmociones ocasionadas por la guerra, en Alemania, la gran mayoría, incluyendo a los trabajadores, optó por la continuidad. Las viejas élites se sintieron inseguras y se volvieron hacia los socialdemócratas. Éstos, por su parte, suplicaron a las viejas élites que colaboraran. Quizás los alemanes hubiesen optado por cambios profundos de haber sabido la forma en que Ludendorff había llevado a la ruina a la nación. Sin embargo, Ludendorff supo encubrir los hechos y los socialdemócratas y los liberales aceptaron el encubrimiento. De esa forma, la guerra no desacreditó ni destruyó el viejo orden en Alemania y hacia 1930 las viejas élites entraron de nuevo en escena. Todo lo que necesitaban era apoyo popular, un líder que atrajese a las masas y Hitler parecía ser ese hombre, al menos en 1932, cuando su movimiento dio la impresión de debilitarse en las urnas y las viejas élites consideraron que podía servirles para sus intereses.

En los círculos de la derecha conservadora, Hitler fue ampliamente subestimado. Muchos conservadores confiaban en que pronto dejaría su lugar a quienes habían detentado siempre el poder en Alemania. En los primeros años del nazismo, el Ministerio de Asuntos Exteriores británico temía más al prusianismo (el poder de aquellos que habían llevado a Alemania a la guerra en 1914) que al propio Hitler. Todos esos errores de interpretación, basados en prejuicios derivados del profundo legado de la Gran Guerra, y que impidieron que se adoptaran medidas oportunas para atajar el peligro de Hitler en aquellos momentos, resultan hoy ciertamente sorprendentes. Las consecuencias de aquella miopía serían devastadoras para Alemania y para el mundo.

15

Fuentes y bibliografía

Fuentes primarias

España

Archivo de la Familia Villalobar, Madrid.

Archivo General de Palacio, Palacio Real, Madrid.

Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, Madrid, Archivo Histórico, Fondo Política, Serie Primera Guerra Mundial, Unidad fechas 1914-1918, La obra humanitaria de Alfonso XIII, leg. 3030-40.

Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, Documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores, Embajadas en Washington (IDD: 26) y Bruselas (IDD: 113).

Bélgica

Archives Générales du Royaume. Bruselas. Bélgica.

Archives de la guerre, T. 179.

Commission d'Enquête sur la violation du droit des gens, III. 374, B1, 12.

Fondos Schollaert-Helleputte, 124.

Fondos Rolin-Jaequemyns.

Fondos Broqueville, 442, 443, 378-384.

Archives du Ministère Belge des Affaires Etrangères. Bruselas.

298, V, Atrocités allemandes, franc-tireurs, projet enquête internationale, 1927.

298, VI, Atrocités allemandes, Franc-Tireurs XI.

216-19, Bélgica ocupada.

Gran Bretaña

National Archives, Kew.

Imperial War Museum, Londres.

Liddell Hart Center for Military Archives, Kings College, Londres.

Francia

Service Historique de l'Armée de Terre, Château de Vincennes.

Estados Unidos

Hoover Institution Archives, Palo Alto, California.

Hugh Gibson Papers, cajas 31-32, cartas de Hugh Gibson a su madre, 1914-1915.

Colección Max Marawske, caja 23.

Frank Angell Papers, caja 3.

Scott Hutt Paradise Papers, caja 1, legs. 1-6.

Correspondencia Herbert Hoover.

Turquía

Basbakanlik Osmanli Arsivleri, Estambul.

Hariciye Nezarati Siyasi, caja 2318, correspondencia de guerra.

Dahiliye Nezarati Sifre Kalemi, telegramas del Gobierno otomano, cajas 47-48, comunicados de guerra.

Bibliografía

Obras principales

ADDINGTON, L. H., *The Patterns of War Since the Eighteen Century*, Bloomington, Indiana University Press, 1994.

ALBRECHT-CARRIÉ, R., *A Diplomatic History of Europe since the Congress of Vienna*, Nueva York, Harper, 1958.

ALLARD, P., *Les dessous de la Guerre révélés par les Comités secrets*, París, Les Editions de France, 1932.

AMBROSIUS, L. E., *Wilsonian Statecraft: Theory and Practice of Liberal Internationalism during World War I*, Wilmington, DE. SR Books, 1991.

ASQUITH, H. H., *Memories and Reflections. 1852-1927*, 2 vols., Londres, Cassell, 1923.

— *Letters to Venetia Stanley*, Oxford, Oxford University Press, 1982.

AUDOIN-ROZEAU, S., *La Grande Guerre, 1914-1918*, París, Armand Colin, 1998.

— *1914-1918, Les combattants des tranchées à travers leurs journaux*, París, Armand Collin, 1986.

ARTHUR, M., *Forgotten voices of the Great War*, Guilford, Lyons Press, 2002.

- BANKS, A., *A Military Atlas of the First World War*, Londres, Pen & Sword Books, 2002.
- BARBUSE, H., *Le Feu*, París, Flammarion-Le Livre de Poche, 1997.
- BARNETT, C., *The Swordbearers: Supreme Command in the First World War*, Nueva York, Signet, 1965.
- BECKER, J.-J., *L'Europe dans la Grande Guerre*, París, Editions Belin, 1996.
- BECKER, A., et al., *14-18, Understanding the Great War*, Nueva York, Hill & Wang, 2002.
- *Oubliés de la Grande Guerre, Humanitaire et culture de guerre, 1914-1918, populations occupées, déportées, civils, prisonniers de guerre*, París, Noé-sis, 1998.
- *14-18. Retrouver la Grande Guerre*, París, Gallimard, 2000.
- BEDARRIDA, F., *L'Angleterre triomphante*, París, Hatier, 1974.
- BLAINEY, G., *The Causes of War*, Melbourne, MacMillan, 1988.
- BLUM, J. M., *Woodrow Wilson and the Politics of Morality*, Boston, Little Brown, 1956.
- BROOK-SHEPARD, G., *Archduke of Sarajevo. The romance and tragedy of Franz Ferdinand of Austria*, Boston, Little Brown and Company, 1984.
- BROWN, M., *Verdun 1916*, Londres, Trafalgar Square, 2000.
- BRUCE, A., *The Last Crusade: The Palestine Campaign in the First World War*, Londres, John Murray, 2002.
- BUCHAN, J., *The battle of the Somme*, Nueva York, George H. Doran, 1917.
- CECIL, H., et al., *Facing Armageddon. The First World War Experience*, Londres, Pen & Sword Books, 1996.
- CHICKERING, R., *Imperial Germany and the Great War, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
- CHURCHILL, W., *The World Crisis (1911-1918)*, Londres, Macmillan, 1943.
- CHICKERING, R., et al., *Imperial Germany and the Great War, 1914-1918 (New Approaches to European History)*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
- CLARK, A., *The Donkeys*, Londres, Pimlico, 1998.
- CLAYTON, A., *Paths of Glory: The French Army 1914-1918*, Londres, Cas-sell, 2003.
- COETZEE, F., et al., *World War I: A History in Documents*, Oxford, Oxford University Press, 2002.
- COFFMAN, E. M., *The War to end All Wars: The American Military Experience in World War I*, Kentucky, University of Kentucky Press, 1998.
- COWLEY, R. (ed.), *The Great War: Perspectives on the First World War*, Nueva York, Random House, 2003.
- CRON, H., et al., *Imperial German Army, 1914-1918: Organisation, Structure, Orders of Battle*, Solihul, West Midlands, 2002.
- DELAPORTE, S., *Les médecins dans la Grande Guerre (1914-1918)*, París, Bayard, 2003.

- DEAUVILLE, M., *Jusqu'à L'Yser*, París, Calmann Levy, 1917.
- DEDIJER, V., *La Route de Sarajevo*, París, Gallimard, 1966.
- DOCKRILL, M. L., y GOOLD, J. D., *Peace without Promise: Britain and the Peace Conferences, 1919-1923*, Londres, Batsford Academic, 1981.
- DUROSELLE, J.-B., *La Grande Guerre des Français, l'incompréhensible*, París, Perrin, 1994.
- EDMONS, J. E., *Military Operations: France and Belgium 1918*, vol. I, Nashville, Battery Press, 1995.
- EICHENGREEN, B., *Elusive Stability. Essays in the History of International Finance. 1919-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
- EKSTEIN, M., *Rites of Spring. The Great War and the Birth of the Modern Age*, Londres, Papermac, 1990.
- ELLIS, J., *Eye-Deep in Hell. Trench Warfare in World War I*, Nueva York, Pantheon Books, 1976.
- EVANS, M. M., *Battles of World War I*, Marlborough, Wiltshire AirLife, 2004.
- EYRE HUNT, E., *War Bread. A Personal Narrative of the War and Relief in Belgium*, Nueva York, Henry Holt and Company, 1916.
- FALLS, C., y BAYLISS, G. M., *Military Operations: France and Belgium, 1917*, Londres, Imperial War Museum, 1989.
- FARRAR, L. L. Jr., *Divide and Conquer: German efforts to conclude a separate peace, 1914-1918*, Boulder, Columbia University Press, 1978.
- *Arrogance and Anxiety: The Ambivalence of German Power, 1848-1914*, Iowa City, University of Iowa Press, 1981.
- FERGUSON, N., *The Pity of War: Explaining World War I*, Nueva York, Basic Books, 2000.
- FISHER, F., *Germany's war aims*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 1967.
- FARRAR-HOCKLEY, A., *Death of an Army*, Ware, Wordsworth Editions, 1998.
- FERRO, M., *La Gran Guerra. 1914-1918*, Madrid, Alianza Editorial, 1998.
- FORTY, S., *Historical maps of World War I*, Ohio, PRC Publishing, 2004.
- FROMKIN, D., *Europe's last summer. Who started the Great War in 1914?*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2004.
- FUSSELL, P., *The Great War and Modern Memory*, Nueva York, Oxford University Press, 1975.
- GATZKE, H. W., *Germany's drive to the West (Drag nach Westen): A Study of Germany's Western War Aims during the First World War*, Baltimore, Johns Hopkins Press, 1950.
- GEISS, I. (ed.), *July 1914: The Outbreak of the First World War. Selected Documents*, Nueva York, Charles Scribner's sons, 1967.
- GERARD, J. W., *My Four Years in Germany*, Nueva York, George H. Doran Co., 1917.
- GIBSON, H., *A journal from our delegation in Belgium*, Garden City, Doubleday, Page & Company, 1917.

- GILBERT, M., *The First World War. A complete history*, Nueva York, Henry Holt and Company, 1996.
- GILDON, G., *The Final Days, 1918*, Gloucestershire, Stutton Publishing, 2000.
- GOEMANS, H. E., *War and Punishment: The causes of war termination and the First World War*, Princeton, Princeton University Press, 2000.
- GOTLEIB, W. W., *Studies in Secret Diplomacy during the First World War*, Londres, Allen Unwin, 1957.
- GRAY, R., *Kaiserschlacht 1918: The Final German Offensive of World War One*, Wesport Ct., Praeger Publishers, 2004.
- GRIFFITH, P., y DENNIS, M., *Fortifications of the Western Front, 1914-1918*, Londres, Osprey Publishing, 2004.
- GRIFFITHS, W., y GRIESS, T. E., *The Great War (West Point Military History)*, Nueva York, Square One Publishers, 2003.
- GROOM, W., *A Storm in Flanders: The Ypres Salient, 1914-1918: Tragedy and Triumph on the Western Front*, San Antonio, Grove Press, 2003.
- HABER, L. F., *The Poisonous Cloud: Chemical Warfare in the First World War*, Oxford, Clarendon, 1986.
- HAMILTON, R. F. (ed.), *The Origins of World War I*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.
- HARDIER, T., y JAGIELSKI, J. F., *Combattre et mourir pendant la Grande Guerre (1914-1918)*, París, Imago, 2001.
- HARMANN, D. G., *The arming of Europe and the making of the First World War*, Princeton, Princeton University Press, 1996.
- HASTE, C., *Keep the Home Fires Burning: Propaganda in the First World War*, Londres, Penguin, 1977.
- HASTINGS, M., *Catastrophe. Europe goes to war, 1914*, Londres, William Collins, 2013.
- HATT, C., *World War I, 1914-1918 (Documenting History)*, Londres, Frank Watts, 2001.
- HAYTHORNTHWAITE, P. J., *The World War One, Source Book*, Londres, Arms & Armour Press, 1996.
- HECKSCHER, A., *Woodrow Wilson: A biography*, Nueva York, Scribners, 1991.
- HERNÁNDEZ, J., *Todo lo que debe saber sobre la primera guerra mundial (1914-1918)*, Madrid, Nowtilus, 2007.
- HERWIG, H. H., *The First World War, Germany and Austria-Hungary 1914-1918*, Londres, Arnold, 1997.
- HEYMAN, N. M., *Daily life during World War I*, Westport, Greenwood Press, 2002.
- HOBBSAWM, E., *The Age of Empire. 1875-1914*, Nueva York, Vintage Books, 1987.
- *The Age of Extremes. A History of the World, 1914-1991*, Nueva York, Vintage Books, 1994.

- HORNE, A., *The Price of Glory: Verdun 1916*, Londres, Penguin Books, 1994.
- HORNE, Ch. F. (ed.), *Source Records of the Great War*, 8 vols., Nueva York, National Alumni, 1923.
- HORNE, J., y KRAMER, A., *German atrocities 1914. A history of denial*, New Haven, Yale University Press, 2001.
- HOWARD, M., *War in European History*, Oxford, Oxford University Press, 1987.
- HUGHES, M., *et al.*, *Leadership in Conflict: 1914-1918*, Londres, Pen & Sword Books, 2000.
- HYNES, S., *A War Imagined. The First World War and English Culture*, Nueva York, Atheneum, 1991.
- IGNATIEFF, M., *The Warrior's Honour: Ethnic War and Modern Conscience*, Nueva York, Metropolitan Books, 1998.
- ISORNI, J., *Histoire Véridique de la Grande Guerre*, París, Flammarion, 1970.
- JAGER, H., *German Artillery of World War One*, Londres, Crowood Press, 2001.
- JOHNSON, J. H., *1918: The Unexpected Victory*, Minneapolis, Arms & Armor, 1998.
- JOHNSON, L. R., *Central Europe, Enemies, Neighbours, Friends*, Oxford, Nueva York, Oxford University Press, 1996.
- JUKES, G., *et al.*, *The First World War: The Western Front, 1917-1918*, Londres, Osprey Publishing, 2002.
- KAGAN, D., *Sobre las causas de la guerra y la preservación de la paz*, Madrid, Turner, 2003.
- KEEGAN, J., *The First World War*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1999.
- KENNEDY, P., *Auge y caída de las grandes Potencias*, Barcelona, Plaza & Janes, 1994.
- KESSLER-CLAUDET, M., *La Guerre de quatorze dans le roman occidental*, París, Nathan-University, 1998.
- KITCHEN, M., *The German Offensives of 1918*, Londres, Trafalgar Square, 2001.
- LAURENCE RIMELL, R., *Zeppelin! A battle for Air Supremacy in World War I*, Londres, Conway Maritime Press, 1984.
- LEED, E. J., *No Man's Land: Combat and Identity in World War I*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.
- LEWIS, J. E., *The Mammoth Book of Eyewitness World War I*, Nueva York, Carroll & Graf Publishers, 2004.
- LIDDEL, P., *et al.*, *The Great War, 1914-1945: Who Won, Who Lost*, Londres, Harper Collins, 2002.
- LIDDELL HART, B. H., *The Real War, 1914-1918*, Nueva York, Little Brown, 1962.

- LOZANO, A., *Breve historia de la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Nowtilus, 2011.
- LUDENDORFF, E., *La Guerra total*, La Paz, Editorial Renacimiento, 1951.
- *Ludendorff's Own Story*, Nueva York, Harper & Brothers, 1919.
- MACDONALD, L., 1915. *The death of innocence*, Nueva York, Henry Holt and Company, 1995.
- *To The Last Man: Spring 1918*, Nueva York, Carroll & Graf Publishers, 2001.
- MACMILLAN, M., *París 1919, six months that changed the world*, Nueva York, Random House, 2002.
- *The War that ended peace. How Europe abandoned peace for the First World War*, Londres, Profile Books, 2013.
- MACDONOUGH, G., *The Last Kaiser. The life of Wilhelm II*, Nueva York, St. Martin's Griffin, 2003.
- MASON, J. W., *The Dissolution of the Austro-Hungarian Empire. 1867-1918*, Londres, Longman, 1985.
- MASUR, G., *Prophets of Yesterday. Studies in European Culture. 1890-1914*, Nueva York, Harper, 1961.
- MASSIE, R. K., *Dreadnought: Britain, Germany, and the coming of the Great War*, Nueva York, Ballantine Books, 1992.
- *Castles of Steel. Britain, Germany and the Winning of the Great War at Sea*, Nueva York, Random House, 2003.
- MAY, A., *The Passing of the Hapsburg Monarchy, 1914-1918*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1966.
- MAYER, A. J., *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.
- MAZOWER, M., *Dark Continent, Europe's Twentieth Century*, Nueva York, Penguin Books, 1998.
- MEYER, J., *La vie quotidienne des soldats pendant la Grande Guerre*, París, Hachette, 1996.
- MIDDLEBROOK, M., *The First Day on the Somme: 1 July 1916*, Londres, Penguin, 2006.
- MILZA, P., *Les Relations Internationales de 1871 à 1914*, París, Armand Colin-Másson, 1996.
- MILLER, S. E. (ed.), *Military Strategy and the Origins of the First World War*, Princeton, Princeton University Press, 1991.
- MIQUEL, P., *La Grande Guerre*, París, Fayard, 1917.
- *Le gâchis des généraux. Les erreurs de commandement pendant la guerre de 14-18*, París, Plon, 2001.
- *Les Oubliés de la Somme*, París, Tallandier, 2002.
- MORROW, J. H., *The Great War: An Imperial History*, Nueva York, Routledge, 2003.

- MOSSE, G. L., *De la Grande Guerre au totalitarisme. La brutalisation des sociétés européennes*, París, Hachette, 1999.
- *Fallen Soldiers: Reshaping the Memory of the World Wars*, Nueva York, Oxford University Press, 1990.
- NEILLANDS, R., *Attrition: The Great War on the Western Front 1916*, Londres, Robson Books, 2003.
- OUSBY, I., *The Road to Verdun: World War I's Most Momentous Battle and the folly of Nationalism*, Nueva York, Anchor, 2003.
- PALMER, A. W., *Victory 1918*, Boston, Atlantic Monthly Pr, 2000.
- PANDO DESPIERTO, J., *Un Rey para la esperanza. La España humanitaria de Alfonso XIII en la Gran Guerra*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2002.
- PARRINE, C. P., *Heir to Empire: United States Economic Diplomacy, 1916-1923*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1983.
- PASCHALL, R., *The Defeat of Imperial Germany 1917-1918*, Cambridge, Da Capo Press, 1994.
- PASSINGHAM, I., *All the Kaiser's Men: The Life and Death of the German Army on the Western Front, 1914-1918*, Londres, Sttuton Pubns. Inc., 2004.
- PERSICO, J., *Eleventh Month, Eleventh Day, Eleventh Hour: Armistice Day, 1918, World War I and Its Violent Climax*, Nueva York, Random House, 2004.
- POLANY, K., *La gran transformación*, Madrid, La Piqueta, 1989.
- PONSONBY, A., *Falsehood in War-time: Containing an Assortment of Lies Circulated Throughout the Nations during the Great War*, Nueva York, Dutton, 1928.
- PONTING, C., *Thirteen Days. Diplomacy and Disaster. The Countdown to the Great War*, Londres, Pimlico, 2003.
- PORTER, I., y ARMOUR, I. D., *Imperial Germany 1890-1918*, Londres-Nueva York, Longman, 1991.
- PROCHASON, C., y RASMUSSEN, A., *Au nom de la patrie. Les intellectuels et la Première Guerre Mondiale (1910-1919)*, París, La Découverte, 1996.
- REMAK, J., *Sarajevo. The story of a political murder*, Nueva York, Criterion Books, 1959.
- RENOUVIN, P., *La crisis Europea y la Primera Guerra Mundial. 1904-1918*, Madrid, Akal, 1989.
- RICH, N., *Great Power Diplomacy, 1814-1914*, Nueva York, MacGraw Hill, 1992.
- RITTER, G., *The Sword and the Sceptre: The Problem of Militarism in Germany*, Coral Gables, University of Miami Press, 1970.
- ROBB, G., *British Culture and the First World War*, Londres, Palgrave Macmillan, 2002.
- ROMEIN, J., *The watershed of two Eras, Europe in 1900*, Middletown, Wesleyan University Press, 1978.

- ROMERO SALVADÓ, F. J., *España, 1914-1918. Entre la Guerra y la Revolución*, Barcelona, Crítica, 2002.
- ROSHWALD, A., y STITES, R. (eds.), *European Culture in the Great War. The Arts, entertainment and propaganda, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
- ROUSSEAU, F., *La guerre censure. Une histoire des combattants européens de 14-18*, París, Seuil, 2003.
- ROTTER, Ch., *The Art of Psychological Warfare, 1914-1945*, Nueva York, Stein & Day, 1974.
- ROZE, A., y FOLEY, J., *Fields of Memory: A Testimony to the Great War*, Londres, Seven Dials, 2001.
- RUTHERFORD, W., *The Russian Army in World War I*, Londres, Gordon Cremonesi, 1975.
- SCHEVILL, F., *A history of the Balkans*, Nueva York, Dorset Press, 1991.
- SCHRÖDER, H.-J. (ed.), *Confrontation and Cooperation: Germany and the United States in the Era of World War I, 1900-1924*, Providence, Berg Publishers, 1993.
- SIMKINS, P., et al., *The First World War: The War to End All Wars*, Londres, Osprey Pub. Co., 2003.
- SKED, A., *The Decline and fall of the Habsburg Empire, 1815-1918*, Londres, Longman, 2001.
- SOUTOU, G.-H., *L'Or et le sang: Les buts de guerre économiques de la Première Guerre Mondiale*, París, Fayard, 1989.
- STEARNS, P. N., *European Society in Upheaval: Social History since 1800*, Londres, MacMillan, 1970.
- STEGLICH, W., *Die Friedensersuche der Kriegführenden Mächte in Sommer und Herbst. 1917*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag Wiesbaden GMBH, 1984.
- STEINBERG, J., *Yesterday's Deterrent: Tirpitz and the birth of the German Battle Fleet*, Londres, Ashgate, 1965.
- STEINER, Z. S., y NEILSON, K., *Britain and the Origins of the First World War*, Londres, Palgrave Macmillan, 2003.
- STEVENSON, D., *Outbreak of the First World War: 1914 in Perspective*, Londres, Palgrave Macmillan, 1997.
- *Cataclysm: The First World War as Political Tragedy*, Nueva York, Basic Books, 2004.
- STRACHAN, H., *The First World War*, vol. I, *To Arms*, Oxford, Oxford University Press, 2001.
- *The Oxford Illustrated History of the First World War*, Oxford, Oxford University Press, 2001.
- *La Primera Guerra Mundial*, Barcelona, Crítica, 2004.
- (ed.), *World War I, A history*, Oxford, Oxford University Press, 1998.

- STONE, N., *The Eastern Front, 1914-1917*, Nueva York, Scribner's, 1975.
- SWEETMAN, J., *Tannenberg*, 1914, Londres, Cassell, 2002.
- TAYLOR, E., *The Fall of the Dynasties: The Collapse of the Old Order, 1905-1922*, Garden City, Doubleday, 1963.
- TERRAINE, J., *The Western Front, 1914-1918*, Filadelfia, Lippincott, 1965.
- *To Win a War*, Garden City, Doubleday & Co, 1981.
- TUCHMAN, B. W., *Los cañones de agosto*, Barcelona, Península, 2004.
- *The Zimmerman Telegram*, Nueva York, Random House, 1994.
- TUCKER, S. C., *The European Powers in the First World War. An Encyclopedia*, Nueva York, Garland, 1996.
- *The Great War, 1914-18*, Bloomington, Indiana University Press, 1998.
- TURTLEDOVE, H., *The Great War: Walk in Hell*, Nueva York, Del Rey, 2000.
- VAN CREVELD, M., *Supplying war: logistics from Wallestein to Patton*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977.
- VINCENT, C. P., *The Politics of Hunger: The Allied Blockade of Germany 1915-1919*, Athens, Ohio University Press, 1985.
- VVAA, 14/18. *La très Grande Guerre*, París, Le Monde Editions, 1994.
- WAITES, N. H., *Troubled Neighbours: Franco-British Relations in the Twentieth Century*, Londres, Weidenfeld, 1971.
- WALLACH, J. L., *Uneasy Coalition: The Entente Experience in World War I*, Westport, Greenwood Press, 1993.
- WILSON, K. (ed.), *Decisions for war, 1914*, Nueva York, St Martin's Press, 1995.
- WINTER, D., *Haig's Command*, Nueva York, Viking, 1991.
- WINTER, J., y SIVAN, E. (eds.), *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge. Cambridge University Press, 2000.
- WOHL, R., *The Generation of 1914*, Cambridge, Harvard University Press, 1979.
- WOLFF, L., *In Flanders Fields: Passchendaele 1917*, Londres, Penguin Books, 2001.
- WOODWARD, L., *Great Britain and the War of 1914-1918*, Londres, Methuen, 1967.
- ZEMAN, Z. A. B., *The Gentlemen Negotiators: A Diplomatic History of the First World War*, Nueva York, Macmillan, 1971.
- ZUBER, T., *Inventing the Schlieffen Plan, German War Planning 1871-1914*, Oxford, Oxford University Press, 2002.
- ZUCKERMAN, L., *The Rape of Belgium. The Untold Story of World War I*, Nueva York, New York University Press, 2004.
- ZWEIG, S., *El mundo de ayer, memorias de un europeo*, Barcelona, El Acanalado, 2001.

Artículos principales

- ANDREW, C. M., «German World Policy and the Reshaping of the Dual Alliance», *Journal of Contemporary History*, vol. I, núm. 3, 1966, pp. 137-151.
- ASWORTH, T., «The Sociology of Trench Warfare, 1914-18», *British Journal of Sociology*, núm. 19, 1968, pp. 407-423.
- BENNET, J. D. C., «Medical advances consequent to the Great War, 1914-18», *Journal of the Royal Society of Medicine*, núm. 83, 1990, pp. 738-742.
- BERGOUNIOUX, A., y POLIVKA, P., «Clausewitz et le militarisme allemand», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, vol. 23, 1976, pp. 501-527.
- BERNÈDE, A., «Les Français à l'Assaut du Chemin des Dames, 16 de avril 1917», 14-18: *Le Magazine de la Grande Guerre*, núm. 3, 2001, pp. 6-15.
- BESSEL, R., «The Great War in German Memory: The Soldiers of the First World War, Demobilisation and Weimar Political Culture», *German History*, núm. 6, 1998, pp. 20-34.
- BOVYKIN, V., «The Franco-Russian Alliance», *History*, vol. 64, 1979, pp. 20-35.
- BRUCE, R., «To the Limits of Their Strength: The French Army and the Logistics of Attrition at the Battle of Verdun, 21 february-18 December, 1916», *Army History*, núm. 45, 1998, pp. 9-21.
- DANIEL, D. J., «Schlichting, Schlieffen and the Prussian Theory of War in 1914», *Journal of Military History*, núm. 59(2), 1995, pp. 257-277.
- DAVIS, H. C. W., «The Genesis of the war», *English Historical Review*, XXXIX, 1924, pp. 217-239.
- DEHIO, L., «Deutschland und die Epoch der Weltering», *Historische Zeitschrift*, núm. 123, 1952, pp. 11-35.
- DOCKRILL, M., «David Lloyd George and Foreign Policy before 1914», en A. J. P. TAYLOR (ed.), *David Lloyd George: Twelve Essays*, Londres, 1971, pp. 16-32.
- EKSTEIN, M., «Sir Edward Grey and Imperial Germany in 1914», *Journal of Contemporary History*, vol. 6, núm. 3, 1971, pp. 121-131.
- ESPADAS BURGOS, M., «España y la Guerra», en *Historia 16, Siglo xx, Historia Universal*, 5, *La Gran Guerra*, Madrid, 1997, pp. 97-117.
- EKSTEIN, M., «Sir Edward Grey and Imperial Germany in 1914», *Journal of Contemporary History*, vol. 6, núm. 3, 1971, pp. 121-131.
- FARRAR, L. L. Jr., «Divide and Conquer: German Efforts to Conclude a Separate Peace, 1914-1918», *East European Quarterly*, Monograph 45, 1978, pp. 57-84.
- «Reluctant Warriors: Public Opinion on War during the July Crisis, 1914», *Eastern European Quarterly*, Monograph 16, 1983, pp. 39-52.
- FERRO, M., «The Russian Soldier in 1917: Patriotic, Undisciplined and Revolutionary», *Slavic Review*, núm. 30, 1971, pp. 483-451.

- FISHER, C., «The Changing Dimensions of Europe», *Journal of Contemporary History*, vol. 1, núm. 3, 1966, pp. 3-20.
- FLAMMER, P. M., «The Schlieffen Plan and Plan XVII: A short critique», *Military Affairs*, núm. 30, 1966-1967, pp. 207-212.
- FOX, C., «The Myths of Langemarck», *Imperial War Museum Review*, núm. 10, 1991, pp. 13-25.
- FRENCH, D., «The Dardanelles, Mecca and Kut: Prestige as a Factor in British Eastern Strategy, 1914-16», *War and Society*, núm. 5, 1987, pp. 45-61.
- GEISS, I., «Le Déclenchement de la Première Guerre Mondiale», *Revue Historique*, 1964, pp. 415-426.
- «The Fischer Controversy and German War Guilt», en H. H. HERWIG (ed.), *The Outbreak of World War I*, Nueva York, 1997, pp. 131-135.
- GIL PECHARROMÁN, J., «La Gran Guerra», en *Historia 16, Siglo XX, Historia Universal*, 5, La Gran Guerra, Madrid, 1997, pp. 7-73.
- HATTON, P., «Britain and Germany in 1914. The July Crisis and War Aims», *Past and Present*, 36, 1967, pp. 138-142.
- HELMREICH, J. E., «Belgian concern over neutrality and British intentions, 1906-1914», *Journal of Modern History*, XXXVI, 1964, pp. 416-427.
- HERWIG, H. H., «The failure of Imperial Germany's undersea offensive against world shipping, February 1917-October 1918», *Historian*, vol. 33, 1970, pp. 611-636.
- HÜPPAUF, B., «Langemarck, Verdun and the Myth of a New Man in Germany after the First World War», *War and Society*, vol. 6, núm. 2, 1988, pp. 70-103.
- KAISER, D., «Germany and the Origins of the First World War», *Journal of Modern History*, LV, 1983, pp. 442-474.
- KARSH, E., «Myth in the desert, or Not the Great Arab Revolt», *Middle Eastern Studies*, 1997, pp. 267-312.
- KOCH, H. W., «The Anglo-German Alliance Negotiations: Missed Opportunity or Myth?», *History*, vol. LIV, 182, 1969, pp. 378-392.
- LANGHORNE, R. T. B., «The Naval Question in Anglo-German Relations, 1912-1914», *Historical Journal*, vol. XIV, 2, 1971, pp. 359-370.
- LEE, H. I., «Mediterranean Strategy and Anglo-French Relations, 1908-1912», *The Mariner's Mirror*, 57(3), 1971, pp. 267-285.
- MCDERMOTT, J., «The Revolution in British Military Thinking from the Boer War to the Moroccan Crisis», *Canadian Journal of History*, núm. 9, 1974, pp. 159-178.
- MEAKER, G., «A War of Words: The Ideological Impact of the First World War on Spain, 1914-1918», en H. SCHMIT (ed.), *Neutral Europe Between War and Revolution, 1917-1923*, Charlottesville, 1988, pp. 1-65.
- MOMMSEN, W. J., «Domestic Factors in German Foreign Policy before 1914», *Central European History*, núm. 6, 1973, pp. 3-43.

- MORALES LEZCANO, V., «La neutralidad española en la guerra del 14» y «La intelectualidad del 14 ante la guerra», *Historia* 16, núm. 63, 1983.
- MOSSE, G. L., «Two World Wars and the Myth of War Experience», *Journal of Contemporary History*, núm. 21, 1986, pp. 491-513.
- NEWELL, J., «Learning the Hard Way: Allenby in Egypt and Palestine, 1917-18», *Journal of Strategic Studies*, núm. 14, 1991, pp. 363-387.
- ROTHENBERG, G. E., «The Austro-Hungarian campaign against Serbia in 1914», *Journal of Modern History*, vol. LIII, 1989, pp. 127-146.
- SHOWALTER, D. E., «The Eastern Front and German Military Planning 1871-1914», *Eastern European Quarterly*, núm. 15, 1981, pp. 165-180.
- STEVENSON, D., «Belgium, Luxembourg and the Defence of Western Europe, 1914-1920», *International History Review*, núm. 4, 1982, pp. 504-523.
- STONE, N., «Moltke-Conrad: Relations between the Austro-Hungarian and German General Staffs, 1909-14», *History Journal*, núm. 9, 1966, pp. 204-211.
- TORREY, G. E., «The Rumanian Campaign of 1916: It's Impact on the Belligerents», *Slavic Review*, núm. 39, 1980, pp. 27-43.
- TRUMPENER, U., «War Premeditated? German Intelligence operations in July 1914», *Central European History*, núm. 9, 1976, pp. 58-85.
- «German military aid to Turkey in 1914: An historical re-evaluation», *Journal of Modern History*, XXXII, 1960, pp. 145-149.
- «Turkey's entry into World War I: An Assessment of Responsibilities», *Journal of Modern History*, XXXIV, 1962, pp. 369-380.
- «Suez, Baku, Gallipoli: The military dimensions of the German-Ottoman coalition, 1914-18», en K. NEILSON y R. PRETE (eds.), *Coalition Warfare: An Uneasy Accord*, Waterloo, Wilfrid Laurier University Press, 1983, pp. 31-51.
- VVAA, «Le Monde de 1914», *La Nouvelle Revue d'Histoire*, núm. 14, 2004.
- «14-18 Mourir pour la patrie», *L'Histoire*, núm. 107, 1988.
- «La Guerre de 14-18», *Vingtième siècle*, núm. 41, 1994.
- WILSON, T., «Lord Bryce's Investigation into alleged German atrocities in Belgium, 1914-1915», *Journal of Contemporary History*, núm. 14, 1979, pp. 369-383.

16

Índice de mapas¹

Europa en 1914	29
Plan Schlieffen, 1905	120
Marcha hacia el Marne, 1914	120
Frente oriental, 1914-1915	157
Frente italiano, 1915-1918	196
Batalla del Somme	254
Campaña rumana	273
Gallipoli, 1915-1916	356
Ofensiva de Arras	433
Duodécima batalla de Isonzo (24 de octubre a 12 de noviembre de 1917)	451
Ofensiva Kerenski (1 de julio a 4 de agosto de 1917)	482
Europa en 1919-1922	559

¹ Agradecemos a la revista *La Aventura de la Historia* el permiso para utilizar su material cartográfico para la edición de este libro.

Índice onomástico

- Aehrenthal, Alois Lexa von, 63, 64
 Alba, Santiago, 414
 Alekseyev, Mijaíl, 150, 167
 Alfonso XIII de Borbón, 25, 324,
 397n, 399, 399n, 401, 402, 407n,
 410n, 411-413, 413n, 417-419,
 419n-420n, 421, 421n, 422-423,
 424n, 605, 612
 Allenby, Edmund, 254, 377, 377n-
 378n, 379, 433, 514, 617
 Andrieu, Clovis, 328
 Apollinaire, Guillaume, 519
 Arkwright, John Stanhope, 571
 Asquith, Herbert Henry, 25, 99,
 100n

 Baden, Maximilian von, 516
 Barbusse, Henri, 76, 76n, 577
 Barrès, Maurice, 139, 233
 Bay, Enver, 340
 Beatty, David, 285-288, 290-291,
 293, 293n
 Below, Fritz von, 247, 254
 Below, Otto von, 449, 451, 476n,
 496
 Below-Saleske, Karl-Konrad von,
 95, 97-98
 Bergson, Henri, 13, 32, 594
 Bey, Talat, 341
 Bilinski, Ritter von, 17
 Birdwood, William, 354, 363

 Blasco Ibáñez, Vicente, 581
 Blinker, Reginald, 284
 Blixen, Karen, 386, 396
 Bloch, Ivan Stanislovitch, 35, 176,
 176n, 301
 Blunden, Edmund, 258, 511n, 571,
 572n, 573
 Boelcke, Oswald, 306
 Boroevic, Svetozar, 194, 451
 Botha, Louis, 389
 Bratinau, Ion, 269-270, 274, 514
 Brialmont, Alexis, 80, 103
 Briand, Aristide, 209, 233, 242, 593,
 602
 Brittain, Vera, 20, 291, 292n, 465,
 465n, 568-569
 Brooke, Rupert, 39, 360-362, 362n,
 569
 Brusilov, Alekséi, 21, 21n, 222, 239,
 261-262, 262n, 263-264, 264n,
 265, 265n, 266, 266n, 267-268,
 268n, 269, 271, 425, 471, 473,
 481, 481n, 483, 598
 Bülow, Bernhard von, 24, 64
 Bülow, Karl von, 84, 98, 105, 120,
 123, 128, 132, 135-137

 Cadorna, Luigi, 192-195, 197, 199-
 202, 448-450, 453, 455-456, 599
 Caillaux, Joseph, 26-27, 27n, 40, 66,
 435

- Caillaux, Henriette, 26-27
 Calmette, Gaston, 26-27
 Cambó, Francesc, 400, 407, 423
 Cambon, Paul, 54, 99
 Caproni, Gianni, 302, 311
 Carlos I de Austria, 268, 425, 517, 525-526, 598
 Casement, Roger, 260 260n
 Cavell, Edith, 113, 324-325, 325n, 327, 581
 Céline, Ferdinand, 568, 577
 Chi-Jui, Tuan, 385
 Childers, Erskine, 331, 332n
 Chotek, Sofía, 15, 23
 Clemenceau, Georges, 210, 320, 435, 438, 458, 500, 533, 536, 543-545, 548, 551-553, 568, 600
 Collins, Michael, 261
 Connolly, James, 261
 Constantino I de Grecia, 207-208, 210
 Corradini, Enrico, 190
 Court Repington, Charles à, 77
- D'Annunzio, Gabriele, 192, 553, 553n, 578, 578n, 579, 579n
 Dato, Eduardo, 398-400, 404, 406, 410
 De Valera, Eamon, 261
 Diaz, Armando, 456-458
 Dimitrevich, Dragutin, 16
 Dimitriev, Radko, 216
 Dix, Otto, 563-564, 566, 567
 Dos Passos, John, 569, 575
 Driant, Emile, 229, 232, 235
 Dunsterville, L. C., 351
- Einstein, Albert, 32
 Erzberger, Mathias, 515n, 518
 Evert, Alexei, 265, 267
- Falkenhayn, Erich von, 143, 213-215, 217-218, 221-224, 225, 226, 226n, 227-228, 235, 237, 239, 242-244, 265, 268, 272, 273, 599
- Feisal I de Irak, 379
 Fernando I de Rumania, 270, 514
 Fischer, Fritz, 34
 Foch, Ferdinand, 119, 128, 127, 189, 228, 232, 438, 500, 504-505, 508, 510, 517-518, 548, 557, 598
 Fokker, Anthony, 306
 Francisco Fernando de Austria, 14-19, 21-22, 25, 72, 163, 171, 519, 545
 Francisco José de Austria, 15, 19, 23, 25, 56, 170, 268, 425
 French, John, 120, 122, 131-132, 132n, 145, 184
 Freud, Sigmund, 30, 32, 39, 100
 Fuller, F. C., 467, 469
- Gallieni, Joseph-Simon, 129, 130, 131-132, 141, 236
 Garros, Roland, 32, 306
 George, Lloyd, 184n, 246, 257, 317, 333, 347, 353, 355, 429-430, 441-442, 446, 458, 469, 488, 523, 528, 531, 536, 542-543, 545-546, 548-549, 551-553, 555, 561n, 599-600, 615
 Gerde, Edmund, 17
 Gibbs, Philip, 247n, 256, 256n, 258n, 311, 521
 Gibson, Hugh, 110, 110n, 112, 112n, 326, 326n, 606, 608
 Goltz, Kolmar Von Der, 164n, 372-374, 374n, 375
 Gorki, Máximo, 481
 Graf von Spee, Maximilian, 282, 282n-283n
 Graves, Robert, 568-569
 Gronau, Hans von, 136
 Guillermo II de Alemania, 13, 23, 25, 33, 37, 41, 43-44, 44n, 57-61, 68, 73-75, 82, 83, 87-88, 93, 97-98, 100, 100n, 113, 125, 133, 137, 140-141, 143-144, 164, 207, 213, 217-218, 228, 225, 226-228,

- 242-243, 269-270, 272, 275, 278,
285-286, 290, 292, 317, 325,
332, 341-342, 425, 427, 480,
492, 498-499, 502, 504, 510-511,
515-518, 522, 524, 560, 599,
603, 611
- Habsburgo Lorena, María Cristina
de, 412
- Haig, Douglas, 183-184, 188-189,
246, 249, 249n, 250-252, 252n,
256-258, 260, 298n, 353, 430,
440-443, 445-447, 465-466, 469,
495, 499, 499n, 500, 502, 508,
599, 614
- Haldane, Richard Burdon, 66-68
- Hall, Reginald, 332, 33n, 463
- Hamilton, Ian, 353, 358, 358n,
359-360, 362-364, 366, 369, 564
- Harding Davis, Richard, 109, 113,
114n
- Hasek, Jaroslav, 21, 21n, 580
- Hemingway, Ernest, 454, 454n,
568-569, 575
- Hentsch, Richard, 89, 135-137, 140,
205
- Hintze, Paul Von, 515
- Hitler, Adolf, 143-144, 163, 186,
327, 490, 513, 524, 545, 554,
558, 560, 593, 599-604
- Horthy, Miklos, 527
- Hötzendorf, Conrad von, 153, 165,
192, 425, 599
- Hoyos, Alexander, 73
- Huggins, Reginald, 298
- Hutier, Oskar von, 138, 496
- Immelmann, Max, 308
- Ingenohl, Friedrich von, 286
- Iswolsky, Alexandr Petrovich, 64
- Jaurès, Jean, 38-39
- Jellicoe, John, 277-280, 282, 285-286,
288-291, 293, 298, 353
- Jovanovic, Jovan, 17
- Jünger, Ernst, 215, 468, 468n, 576,
576n
- Kaledin, Alexei, 263, 265
- Károlyi, Mihályi, 517, 525-526
- Kemal, Mustafa *Ataturk*, 364, 371,
596, 599
- Kerensky, Alexandr, 475, 481, 483,
483n, 484, 485
- Kluck, Alexander von, 84, 89, 96,
103, 105, 120, 122-124, 126,
128-129, 131-137, 139, 141-142
- Kohl, Helmut, 245-246
- Kornilov, Lavr, 482, 483, 483n
- Krivoshein, Alexandr, 221
- Kubrick, Stanley, 582-583
- Kun, Béla, 526-527, 555
- Lawrence, T. E., «Lawrence de Ara-
bia», 377-379, 380n, 390, 583
- Leopoldo II de Bélgica, 86-88, 119
- Lenin, Vladimir Ilych Ulyanov, 147,
334, 460, 470-471, 480, 480n,
481, 483-484, 485, 486, 486n,
488, 491, 541-542, 549, 598, 600
- Lerroux, Alejandro, 402, 406-407
- Lettow-Vorbeck, Paul, 388n,
389-391
- Lichnowsky, Karl, 13
- Liebknecht, Karl, 329, 329n, 521
- Lincoln, Trebitsch, 307n, 333, 333n
- Lippmann, Walter, 26
- Lody, Karl Hans, 332-333
- Lofting, Hugh, 572
- Mackensen, August von, 213-214,
216-217, 219, 272, 273, 274
- MacMahon, Henry, 378
- Maginot, André, 232, 241, 244
- Malaparte, Curzio, 452, 452n
- Manoury, Michel-Joseph, 131-132
- Marinetti, Filippo Tommaso, 192,
579

- Marwitz, Georg von der, 99, 469
 Mata Hari, Gertrude Margaretha Zelle, 336-337, 337n, 390
 Maura, Antonio, 399-4000, 406, 410, 424
 McCrae, John, 569
 Merizzi, Erich von, 48-19
 Millerrand, Alexander, 530
 Milne, Alan Alexander, 573
 Mitteis, Ludwig, 13
 Mitterrand, François, 245-246
 Moltke, Helmuth von, 82, 82n, 84, 88, 88n, 89-90, 91, 91n, 93, 98, 104n, 105, 123, 127-129, 132-137, 139-141, 143, 147, 153, 153n, 154, 158, 164, 166, 242, 339, 340, 617
 Monash, John, 506-507
 Monet, Claude, 566
 Monro, Charles, 369
 Mussolini, Benito, 192, 193n, 203, 203n, 459, 579, 579n, 599

 Niedermayer, Oskar, 375
 Nietzsche, Friedrich, 32
 Nivelle, Robert, 238, 242, 425, 428-432, 434-436, 438, 439, 441, 444, 447, 598

 Okuma, Shigenobu, 381, 383
 Orlando, Vittorio Emanuele, 458, 543, 552-553
 Orpen, William, 565-566
 Ortega y Gasset, José, 37, 37n, 409
 Owen, Wilfred, 315, 511, 511n, 568-569, 571

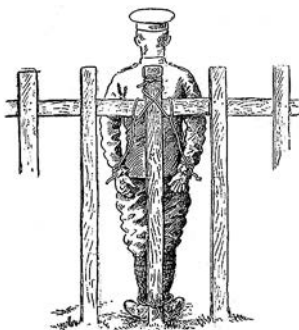
 Pasha, Enver, 348, 381
 Pasic, Nicolás, 16
 Pearse, Patrick, 260
 Pegoud, Adolph, 308
 Pérez de Ayala, Ramón, 409
 Pétain, Henri Philippe Benoni Omer, 228, 232-233, 233n, 234, 238-240, 240n, 242, 244, 312, 322, 428-429, 435, 438, 439-440, 495, 499-500, 600-601
 Plumer, Herbert, 442-443
 Pohl, Hugo von, 286
 Poincaré, Raymond, 22, 54, 66, 74, 401, 435, 517, 548
 Poitorek, Oskar, 17-19
 Polany, Karl, 43, 43n, 612
 Prittwitz, Max von, 154, 158, 161
 Putnik, Radomir, 166, 170, 170n, 171, 173, 205

 Rasputín, Grigori, 218, 472, 472n, 473
 Rathenau, Walther, 529, 529n, 530
 Rawlison, Henry, 183
 Raymond, Ernest, 574
 Redl, Alfred, 152-153
 Reed, John, 173, 173n
 Remarque, Erich Maria, 568, 576, 576n, 577, 583
 Rennenkampf, Paul von, 155-156, 160-162, 164
 Renoir, Jean, 582-583
 Richtofen, Manfred von, 308-309, 309n
 Rickenbacker, Eddy, 308, 519, 519n
 Rivers, W. H., 319
 Rolland, Romain, 328, 329n
 Romanones (conde de), Álvaro de Figueroa, 403, 406, 410, 422-423, 423n, 523n
 Rosenblum, Sigmund Georgievich, 333

 Salvemini, Gaetano, 190
 Samsonov, Alexandr, 155-156, 158, 160-162, 162n
 Sargent, John Singer, 565
 Sassoon, Siegfried, 175, 223, 447, 568-571
 Scheer, Reinhard, 287-293
 Schweitzer, Albert, 393

- Scott Fitzgerald, Francis, 243, 575
 Seeckt, Hans von, 266
 Selliers de Moranville, Antonin de, 97
 Seymour, Charles, 21, 21n
 Sikorsky, Igor, 302
 Smuts, Jan C., 306, 390
 Sorel, Georges, 32
 Stalin, Iosif, 195, 479, 479n, 486, 600
 Staples Lewis, Clive, 573
 Stinnes, Hugh, 33
 Strauss, Richard, 13
 Sukhomlinov, Vladimir, 149
 Swinton, Ernest, 466
- Tolkien, J. R. R., 572-573
 Townshend, Charles, 309n, 372-374
 Trenchard, Hugh, 306-307
 Trotsky, León, 481, 483, 485, 486, 600
- Valéry, Paul, 577
 Venizelos, Eleutherios, 207-208, 210-211
- Villalobar (marqués de), Rodrigo de Saavedra y Vinent, 94, 95n, 106, 106n, 324, 326n, 418n, 421n, 523, 523n
- Wells, H. G., 113, 301, 301n, 322
 Wilson, Arthur, 294
 Wilson, Woodrow, 26, 395, 408, 418, 423, 448, 460-461, 461n, 462, 462n, 463-464, 464n, 465, 491, 509, 515-518, 523, 525, 539, 541, 543, 545-546, 549-550, 552-555, 561, 561n, 591, 593, 598, 607, 609
- Yuan-Hung, Li, 385
- Zapelli, Vittorio, 193
 Zeppelin, Ferdinand von, 301
 Zimmerman, Arthur, 73, 332, 461-463, 480, 488
 Zuber, Terence, 89, 89n, 90
 Zweig, Arnold, 576
 Zweig, Stefan, 23, 24n, 91, 92n, 100, 101n, 523, 524n, 580

Este libro, *La Gran Guerra (1914-1918)*,
de Álvaro Lozano, se imprimió
en Madrid, en febrero de MMXIV.



«Yo creo que la guerra se está prolongando deliberadamente
por aquellos que tienen el poder para acabar con ella»
(Capitán Siegfried Sassoon)